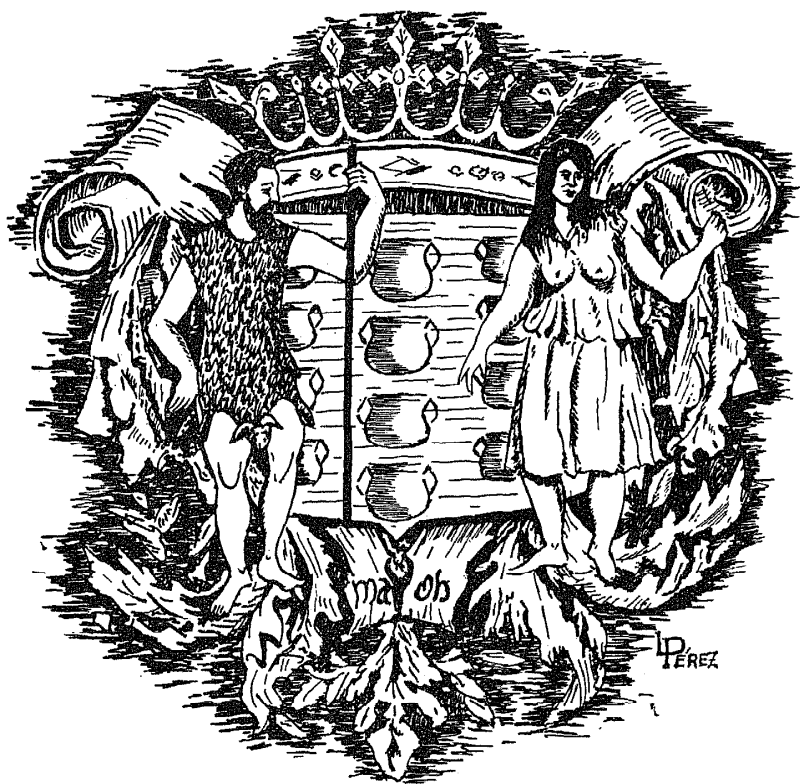


LANZAROTE



AGUSTÍN BIAHOZ

Núm.

De esta primera edición de "LANZAROTE" se ha hecho una tirada de 3.025 ejemplares, de los cuales están numerados, con la firma del autor, los 100 primeros, y de éstos van encuadernados en piel desde el 1 al 25.

DEPOSITO LEGAL M. 5332 - 1962

NUMERO DE REGISTRO 3.049 - 1960

Queda hecho el depósito que marca la Ley

IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los Talleres Tipográficos de Manufacturas "ANCO, S. A." - MADRID (España)

LANZAROTE

*A Pilar,
en lo incommensurable,
siempre.*

AGUSTIN DE LA HOZ

LANZAROTE

EDICION PATROCINADA POR

EL GOBIERNO CIVIL DE LAS PALMAS

CABILDO INSULAR DE GRAN CANARIA

AYUNTAMIENTOS Y CABILDO INSULAR DE LANZAROTE



1962

*Otras islas se ven, que blanco velo
las ciñe en torno, menos elevadas;
llamólas, por su fértil cielo y suelo,
la antigua edad las islas Fortunadas,
y tan amigo suyo estimó al cielo,
que de su voluntad, no cultivadas,
las tierras entendió dar nobles frutos
y las incultas vides sus tributos.*

*Siempre decía florecer la oliva,
destilar de las piedras miel sabrosa,
y con murmullo blando al agua viva
bajar del alto monte presurosa,
templar el aire la calor estiva,
de suerte que a ninguno es enojosa;
y en fin por su templanza, laureos, palmas,
ser los Campos Eliseos de las almas.*

TASSO, *Jerusalén Libertada*, XV, 35 y 36

P R E F A C I O

P R E F A C I O

En el libro décimo de las "Confesiones", San Agustín proclama delante de Dios y de los hombres la sinceridad completa de su obra, y añade: "Me creerán aquellos a quienes el amor abre los oídos". Yo, con la aquiescencia del Santo, proclamo lo mismo respecto al presente libro, ya que las horas prolongadas que pasé dedicado a la contemplación de mi país fueron ciertamente sinceras, y austeras también, porque Lanzarote —isla de cien volcanes— encierra paisajes y sentimientos no penetrados y comprendidos.—Empero, más de una vez me acordé, impaciente, de aquella sentencia de Horacio ante el acdo griego: "Indignor, quandoque bonus dormitat Homerus", y continuaba sin esfuerzo convencido sobremanera que fatiga no es desaliento. A veces leía lo que redactaba, no pareciéndome haber recogido el alma insular que adivinaba infinitamente más atractiva. Por estas razones, y acaso empujado por celestiales aurigas —entre los cuales, sin duda, hubo de estar el alma de mi mujer—, me nació el empeño de hacerla conocer a los demás, hacerles sentir lo que he sentido desde mi primer contacto con el espíritu de Maoh, tóptico aéreo y misterioso, tan dulce, tan rebelde y tan maravillosamente interesante. Tal vez no haya isla que, como la de Lanzarote, se revele en sus paisajes, tan peregrinos y varlos en tan pequeño soma. He aquí, pues, el origen y la intención de mi "Lanzarote".

La Isla de los Volcanes ha estado "aislada", pura y mística, hasta ahora encantada por el mítólogo Agustín Espinosa. Pero, nada más que encantada. La Isla de los Volcanes ha estado ahí, con sus paisajes dormidos, o cuando más a falta de intérpretes selectos y sensibles. Tan sólo un sosegado concepto de geografía descriptiva es capaz de enfrentarse al encantamiento padecido por la Isla de los Volcanes, porque ése ha de ser siempre el eterno medio que la descubra en su original belleza. El paisaje de Lanzarote apenas se incorpora a las plumas nacionales, y cuando esporádicamente se trata de esta isla atormentada se refleja, sin duda, un país y un paisaje convencionales, fisonomías no contempladas, acaso ni siquiera visitadas ..

Pretendo reflejar la historia literaria de Lanzarote, y la descripción geográfica del país, y además la historia general de su paisaje y cultura, sin detenerme estrictamente en la rigurosa cronología (historia política), ésta, según don Ramón Pérez de Ayala, interpretada comúnmente como historia general "que es la que prevaleció con tal rótulo genérico en la época clásica y desde el Renacimiento acá". Sin embargo, lo anterior nada implica en contra del hecho pasado, aunque en rigor la máxima intención de este volumen sea la de ocuparse de la consecuencia del hecho pretérito. La arribada de Juan de Bethencourt (Conquista franco-normanda) a esta isla es un indisputable hecho pasado, pero la cristianización de Lanzarote, y por ende la del Archipiélago canario, fue su transcendental consecuencia.

El árbol se conoce por sus frutos, y nadie pretendería presentarnos a Gracia sin mención del Peloponeso sojuzgado por Esparta. Además, recalco, la misteriosa Isla de los Volcanes es tan distinta a otras, que entre cien ninguna sino ella sobresaldría. La grave lección es que los más valiosos matices de la vida primitiva en Lanzarote, y los de la inmediata posterior a sus primeros contactos con la civilización occidental y cristiana, se saben muy escasamente. Ahí

están los yacimientos de Zonzamas, cuyos petroglifos, idolillos y "queseras", aguardan todavía una interpretación fidedigna. Incluso grandes legajos de la historia insular más cercana nuestros días desaparecieron devorados por las llamas, lo que demuestra que con el hombre muere a veces parte de su quehacer sobre la tierra. Al cabo de los siglos, sin embargo, un pastor beduino descubre en las cuevas de Qumran unos rollos de cuero envueltos en tela de lino; diez años más tarde (1957) aparecen las ruinas de un monasterio anterior a Jesucristo, y diez mil fragmentos de manuscritos procedentes de la biblioteca que hubo en aquel convento cercano a Jerusalén. Las Canarias, y en particular Lanzarote, son un constante rcano. Acaso los venideros siglos deparen igual suerte a los filólogos, geólogos e historiadores, para desentrañar aspectos que en la Isla de los Volcanes permanecen todavía velados.

Volvemos, pues, a la necesidad de que sea este volumen una historia literaria de Lanzarote, una descripción geográfica del país, porque abundando en tal concepto, y faltos del riguroso conocimiento acerca de la vida aborigen, eso que llamamos prehistoria, incluso, era histórica general sostenida en la "tradición viva", como asevera magistralmente Pérez de Ayala: pasado, presente, mito, leyenda y poesía, todo ello literatura oral, y agrega: "Las otras historias sobrecinieron mucho más tarde. Pudiéramos añadir que la historia por antonomasia es la obra continua del habla viviente". Y así es, en efecto. Por eso, en mi andadura insular prefiero tropezar con el hecho pasado y no partir de él, porque mi propósito es valerme de la consecuencia y nunca del profundo e inabismable arcano que constituye el pretérito de Lanzarote.

Mi profundo agradecimiento al Excmo. Sr. Gobernador Civil, don Antonio Avendaño Porrúa y Corporaciones insulares, que con laudable cariño lograron esta primera gran salida de la Isla de los Volcanes hacia más anchos caminos.

EL PUERTO DEL ARRECIFE

CAPITULO PRIMERO

Del Puerto del Arrecife y de su formación, de los viajes de Diego García de Herrera a Berbería, del Castillo de San Gabriel y del Puente de las Bolas, de la venta de esclavos y de las emigraciones a Norteamérica.

El Puerto del Arrecife fue y lo seguirá siendo pulmón y pulso de Lanzarote. A esta isla la llama Estacio Seboso (en Plinio) (1) la Pluvialia (2) y la menciona Plutarco en la vida de Sertorio (3). Lo santiguos isleños la nombraron Maoh (4), aunque según otros autores también la invocaron Torcusa y Titerroigatra (5). En realidad del nombre aborigen poco o nada se sabe. Hay peregrinas anécdotas acerca de su denominación actual, como aquella en que desembarcados los hombres de Bethencourt, sin resistencia alguna de parte de los insulares, gritaron: "¡Lanscurt!", que significa "¡Bebemos!", por lo que los españoles supusieron que así se llamaba la Isla. Otra anécdota que hasta hoy va

(1) Los escritos de Estacio Seboso y de Juba, rey de Numidia, se han perdido, pero la parte de los mismos que se refiere a las Islas Canarias fue extractada por Plinio.

Sobre la correlación de los nombres dados a las Islas Canarias por griegos y romanos, véase: Alvarez Dolgado, Juan, "Las Islas Afortunadas", pág. 26 y sigs. Al parecer, la correlación siguiente es la más verídica:

NOMBRES ASIGNADOS POR			NOMBRES ACTUALES
SEBOSO	PLINIO-JUBA	TOLOMEO	
	1. Ombríos	1. Aprositus	1. Gran Salvaje (Portugal)
2. Junonia	2. Junonia Maior	2. Hero	2. La Palma
3. Pluvialia	3. Junonii Minor	3. Pluvialia	3. Gomera
4. } Espérides	4. Capraria	4. Capraria	4. Hierro
5. }	5. Nivaria	5. Niguaría	5. Tenerife
6. }	6. Canaria	6. Canaria	6. Gran Canaria
7. Afortunadas	7. Purpurarias		7. { Lanzarote Fuerteventura Islas Menores
8. Capraria			8. Madera
9. Pluvialia			9. Porto Santo (Portugal)

(2) Leonardo Torriani dice que cierto autor —no dice cuál— quiere que Pluvialia y Ombrión (La Gran Salvaje) sean una misma isla, por lo parecido del nombre latino con el segundo griego.

(3) La moderna investigación ha demostrado que las Afortunadas a que alude Plutarco no son las islas de Lanzarote y Fuerteventura (Las Purpurarias), sino las de Madera y Santo.

(4) Leonardo Torriani.—Alejandro Cioranescu, op. VIII, pág. 1.

(5) Ambos nombres carecen de rigor semántico, por lo que es aventurado aceptarlos en tal sentido. Algunos arabistas interpretan la voz "Titerroigatra", que recogen las viejas crónicas, como una expresión de bienvenida, pero otros autores se refieren a que "La Gran Aldea" sea traducción de la dicha voz, aunque nada, empero, menciona la voz "Torcusa" para denominar a esta isla.

de boca en boca es la que cuenta que Juan de Bethencourt, informado por dos naturales (6) sobre la rendición general de Lanzarote, cobró tanto júbilo que desarmándose hizo pedazos de su lanza, y de la *lanza rota* salió, ¡cómo no!, el nombre "Lanciarotta". Mas es necesario observar que en el portulano de Angelino Dulcert, que corresponde a 1339, aparece Lanzarote con una cruz de gules sobre campo blanco, sin duda, escudo de armas de Génova. El rótulo adyacente denomina a esta isla Lanzarotus Marocellus, apellido latinizado que corresponde a una familia genovesa de Malocello que, al pasar a Francia en 1338, cambia en Maloysel, así como su nombre en Lancelot. Fue este Lancelot (Lanzarote) Malocello quien dio su título a esta isla, y su estancia en la misma debió acontecer hacia 1312, morando en su castillo (7) unos veinte años hasta que los "majos" se sublevaron contra él.

De la belleza litoral de Arrecife poco se ha dicho, siendo, como es, vigorosa acuarela de pura y clásica plasticidad. Su cielo anda siempre sin brumas, con luces sólidas, con reflejos estables en su mar, que antoja un puñado de medallas sembradas a voleo sobre la orilla. ¡Y allá el Atlántico tenebroso, veces negro, otras infinitamente azul!

El intimismo de la incipiente urbe se muestra con gozosa plenitud, como abrazado por esa serena placidez en la que todo relieve se atenúa debajo de un sol vertical y limpio. Sobre los fondos cerúleos surge el caserío, y las embarcaciones parecen envueltas de una luz blanca que las purifica y tranquiliza, aunque se haya dicho que Arrecife vive revolucionada por el viento, la tierra y el mar. Sin embargo, es el mar quien crea y embellece al Puerto del Arrecife, colmándole de Historia, romances y leyendas:

"En el mar hay escondida
una fuerza más grande que la vida;
la tierra es criatura y el mar es creador".

También la tierra le ofrece abrigo y caridad, porque por eso toma forma de anfiteatro, que, siendo desnudo y pino, atrae y cautiva cuando los alisios y altanos concitan en la bahía a todos los mitos de las bajamares, llenos siempre de dioses rumorosos y de centauros, sirenas y unicornios del barroco universal. Acaso esos "mitos" sean la portañá ciudad de Arrecife, que por mágico conjuro parece un sueño fenicio, y no precisamente al modo de la leyenda sirio-fenicia (8) que concibe a La Atlántida, sino como ciudad emergida de entre las olas.

Preceden al puerto ásperas llanuras, solas y desoladas, que tienen nombre cruel (9), con su camposanto de baja barbacana blanca y su repertorio funeral que es, desde 1858, más murmurador que el zumbido de un moscardón. El cementerio de Arrecife es de lo más anacrónico que hay, hasta el punto que su frontón principal, veces resulta del triangular clásico y, veces, del más empedernido romano. Tiene gracia e incultura en sus arquivadas dóricas, empujados en la pared, con remates nada menos que al estilo del Partenón. Posee en su intemperie las mejores intenciones arquitectónicas, y extiende su atávica personalidad hasta los celebrados panteones de trillizas capillas, invariablemente dotadas de aras santas y blandones funerarios, algunos más expresivos que el "Requiem" de Mozart.

(6) Bautizados Alfonso e Isabel.

(7) Dice don Simón Benítez Padilla que este castillo aún existía en 1402, cuando llegó la expedición normanda de Bethencourt y Gadifer de la Salle. "Y se hallaría —afirma— ubteado, por ser la situación más estratégica, en el mismo islote que hoy contiene el castillo de San Gabriel, junto al Charco de San Ginés".

(8) Ramón Pérez de Ayala.—"Viaje al Sur".—(La ciudad sumergida).

(9) Los llanos del Matadero están comprendidos entre el cementerio y la playa del Reducto.

Desde el Matadero o Medianía hacia la ciudad están, al alcance de la mano, las bajas del Camellito (10), que eternamente besan los pies a la isleta Fermína (11), y hace posible la remansada existencia del pintoresco Reducto, playa ésta situada dentro del casco urbano de Arrecife. El tramo litoral que hay desde el Matadero al Reducto es rico en peces originarios, y acaso sea, asimismo, uno de los más preciosos paisajes submarinos, con sus algas, coralinas y maravillosos beriles, donde la vieja se convierte en jugoso plato y, a la vez, preciado trofeo. A partir de aquí se inicia un verdadero mundo marino al que la naturaleza brindó numerosos arrecifes llenos de interés y amenidad. Sobre tales rompientes emerge la luminosa población del Puerto del Arrecife, que se abre como la Rosa de los Vientos, a modo de cruz trebolada, cuyos folíolos son sus singulares barrios, de cara a la mar y de espaldas a la tierra:

“Las casas de los pueblos marineros
abren todas al mar sus agujeros:
rejas y puertas y ventanas,
toda la vida de la mar esperan...”

Nació, pues, Arrecife, puerto primero, y después ciudad. Nació poco más tarde de la arribada de don Juan de Bethencourt, y ya, en 1477, las naves de Diego de Herrera (12) avituallan y cargan materiales que transportan a la costa de Mar Pequeña, para construir allí una torre-factoría, pues habían perdido de la de “Añazo”, en Tenerife, saliendo de Arrecife el año 1478, por lo que el Puerto resulta ser el único histórico puente del que España se valió para clavar por vez primera en territorio del Africa “conocida” el Peñón de Castilla. Por esas fechas Arrecife era ya familiar a los navíos que hacían mercadería de negros en Senegambia y la Guinea, carabelas piratas las más que consideraban a Lanzarote como cierta base desde donde controlar toda la costa africana, amén de capturar *majos* aborígenes, ya que en una sola razzia se llevaron un gran cargamento de canarios (13), y “las mujeres y mocas y niños y niñas catyvaron e los vendieron por esclavos e esclavas por muchas partes de nuestros reynos de Castilla y Aragón (14)”. Claro, que tales fechorías no eran obstáculo para que el grumetillo de a bordo, obedeciendo las consignas de su capitán, saludara a los días más horripilantes del comercio de esclavos en Lanzarote con el consabido soniquete de:

—Bendita sea la luz
y la Santa Veracruz,
y el Señor de la Verdad,
y la Santa Trinidad.

—Bendita sea el alba,
y el señor que nos la manda.
Bendito sea el día
y el Señor que nos lo envía.

(10) Arrecife rico en pesca y referencia de pescadores.

(11) Se le conoce también por “Isla del Amor”.

(12) Rumeu de Armas en *La torre africana de Santa Cruz de la Mar pequeña*, dice que “desde que en 1452 heredaron y asumieron el señorío de las Canarias Inés Peraza y su consorte Diego García de Herrera, se convirtieron en campeones de la expansión de España en Berbería de Poniente.

(13) El cronista Gómez Eannes de Azurara, cuenta que sus compatriotas se llevaron esclavos en 1444. Don Elías Serra Ráfols, en *Contribución catalana a la conquista de Canarias*, dice cosas parecidas refiriéndose a Lanzarote.

(14) Vid. Wolfel, op. cit., doc. 6, págs. 42-43, Cédula de 27 de agosto de 1490, dirigida a los obispos de Málaga y Canarias.

No cabe la menor duda de que algunos de esos barcos serían parte de los cinco que el Señor de Lanzarote requisó para socorrer, en 1479, al alcaide de la torre de Mar Pequeña, Jofre de Tenorio, asediado por el jeque Aoiaba. Venció de nuevo en Africa don Diego García de Herrera, que regresó al Puerto del Arrecife ese mismo año, desde donde encaminó sus pasos hacia la Real Villa de Teguisse, para hacer una de sus aparatosas entradas triunfales, si bien nada hacía para evita que el Puerto del Arrecife continuara siendo el más importante centro de trata destinada a Valencia (15). Otras varias expediciones hizo don Diego García de Herrera a Berbería, de las cuales (16) una tiene la siguiente adécdota: preparaba el gran Señor dos naves que llevaran suministro a Mar Pequeña, cuando se presentó un barco francés, y sin la menor resistencia de Herrera, aquél se las llevó por delante totalmente cargadas de víveres y menajes. Un caso todavía obscuro es el abandono de la torre-factoría de Santa Cruz de Mar Pequeña por Diego García Herrera, aunque el prestigioso historiador, Rumeu de Armas, cree que fue abandonada por los *herederos* del fundador, a poco de fallecer éste, en 22 de noviembre de 1485.

Que Diego de Herrera fue un individuo de sumas aspiraciones bien claro queda a través de sus relaciones, un tanto obscuras, con el inquieto Obispo Diego de Ylleca, porque de esta amistad salió la apasionada idea de conquistar para ellos la isla de Gran Canaria, a donde hicieron repetidas incursiones sin éxito, a no ser el rapto de Thenesoya Vidina, de Tasiga y de la sierva Orchena, capturadas en la costa de Gáldar cuando Herrera regresaba a Lanzarote procedente de la isla del Hierro. Saboreaba sus efímeros triunfos el Señor de Lanzarote cuando en el Puerto del Arrecife se presenta Diego de Silva, enviado a las Canarias por don Fernando de Portugal, quien sin más penetró con su gente isla adentro para hacer correrías y apoderarse de cuanto iba encontrando y le convenía. Por más que Herrera lo intentara no lograba que el de Silva lo reconociera como dueño de Lanzarote, pero para salvar a su padre estaba doña María de Ayala, que enamoró a Diego de Silva y lo llevó al altar, no sin que antes suegro y yerno se reconciliaran. Esta circunstancia cambió toda la trayectoria de Diego García de Herrera, quien se desentendió del Obispo de Ylleca para entregarse en cuerpo y alma a las aventuras de su hijo político. Diego de Silva preparó un ejército con auxilios de Portugal, que envió al almirante Sardina, y desembarcaron en Gando, donde se establecieron. No fueron buenas las intenciones de Herrera en Gran Canaria, y ello determinó la marcha a Portugal de Diego de Silva, porque no quería seguir las perversidades de su suegro respecto a la nobleza de los Guanartemes (17).

El desarrollo del Puerto del Arrecife anda paralizado por estas carnestolendas, ya que los mercaderes fueron desplazándose a la Real Villa de Teguisse atraídos por el fausto de la familia Herrera-Peraza, que tanto dió que hablar por el desplante brindado a Juan Rejón en enero de 1478, negándole el mantenimiento solicitado para sofocar el hambre que padecían los soldados de SS. MM. Católicas en el Real de Las Palmas (18). Juan Rejón, que dio su nombre

(15) Vicenta Cortés.—*La Conquista de las Islas Canarias a través de las ventas de esclavos en Valencia*.

(16) "En 1480, seguramente, se preparó por Herrera una expedición de castigo contra los moros de los alrededores de Santa Cruz de Mar Pequeña que habían participado en el asedio, operación que se vio coronada por el éxito, pues regresaron con muchos cautivos y cuantioso botín".—Rumeu de A.

(17) Respecto a este interesante pasaje de la Historia de Gran Canaria, léase las 14 y 15 de las "Páginas históricas de Gran Canaria".—Carlos Navarro y Rutz.

(18) "En ello parece que actuó de manera decisiva el llevar allá a dos vasallos rebeldes del Señor de Lanzarote, Diego García de Herrera, llamados Pedro de Aday y Luis Casañes. Se dijo que el propio Hernán Peraza, hijo de Diego de Herrera y futuro señor de la Gomera, mató en la refriega que tuvo con 'as gentes de Rejón a los dos vasallos infieles'.—Néstor Alamo.

a las bajas situadas entre el islote del Francés e islote del Castillo, regresó a Las Palmas como cándida paloma que fuera a caer en las garras del siniestro deán de Rubicón, Licenciado don Juan Bermúdez, que le preparaba una coartada mortal, cuando el militar tenía pensada su inmediata vuelta al Puerto del Arrecife para castigar la afrenta, no a su persona, sino a los Reyes; pero a los dos días fue deportado a España en la flota que regresaba a Sevilla, vía Sanlúcar, y que dejó en las playas de Papagayo al Obispo Frías, en su catedral de San Marcial de Rubicón.

Las naves del Descubrimiento están ya en aguas de Lanzarote y a la altura de Alegranza, agosto 7 de 1492, y torna a saltarse el timón de "La Pinta", roto el día anterior y sujeto con sogas, por lo cual el maestre Martín Alonso hubo de emplear su mejor pericia a fin de arreglarlo como Dios le diera a entender. Su pretensión fue arribar a Lanzarote, y acaso al Puerto del Arrecife, de cuyas calas apacibles habría oído hablar a los marineros de Huelva. El miércoles, día 8, de buen tiempo, las naos del Gran Almirante descubrieron tierra, afirmando todos que estaban en Lanzarote, pero Colón demostró que aquella isla no era otra que la de Gran Canaria, y por allí arribaron para reparar.

Después del Descubrimiento, las carabelas piratas se prodigaron más que nunca en la bahía de Arrecife, las más de las veces con "piel de cordero", cuyos capitanes y nostramos antojaban ser "honrados" mercaderes, cuando en verdad no eran sino negreros y ladrones venidos al Puerto para ofrecer la triste carga a los representantes (19) de las poderosas firmas peninsulares dedicadas a ese género de comercio, y que a su vez tenían delegaciones en diversos puertos de la ruta afro-europea.

En abril de 1495 se autorizó a todos los súbditos de Castilla a marchar a las nuevas Indias, pero a base de determinadas condiciones, como la necesidad de una licencia para poder embarcar, explotar, establecerse o comerciar en el Nuevo Mundo. Cuando Isabel la Católica muere, Fernando V se decide a convertir en patrimonio de todos los españoles el derecho de marchar a las Américas, cosa que aún facilitó más ampliamente Carlos I. Contaba Lanzarote entonces, incluyendo a las muchas familias peninsulares afincadas en la isla por razones de índole militar o comercial, con mil habitantes, de los cuales un centenar residía ya en el Puerto del Arrecife. Reinando Felipe II restringe la anterior libertad de emigración y, por ende, de despoblación insular, disponiendo S. M., por R. O. de 1546, que no puede nadie salir para las Indias si no cuenta con una licencia, de la que los extranjeros quedan excluidos. Los que no podían ir al Nuevo Mundo son éstos: a) Los convertidos de origen moro o judío; b) los reconciliados ante la Inquisición e hijos; c) los descendientes de aquellos que habían sido quemados por el Tribunal del Santo Oficio; d) los que no fueran naturales de los Reinos de España; y e) los esclavos; blancos y negros.

La Casa de Contratación, que radicaba en Sevilla desde el año 1503, quedó encargada de vigilar la corriente emigratoria y de llevar en sus libros de asiento el número y la calidad de los pasajeros embarcados para América (20). Al soco de este movimiento emigratorio y comercial fueron surgiendo las primeras edificaciones destinadas al comestible y efectos navales, brotando la futura urbe de los arrecifes (21), entonces rodeados de mar como verdaderos islotes. Como

(19) "Por nuestro trabajo podemos afirmar que toda firma mercantil fuerte tenía sus delegados en los puertos, receptores al por mayor del tráfico atlántico ya antes de las relaciones con América, a causa, sobre todo, de la trata de negros".—Vicenta Cortés, "Esclavos canarios en Valencia", Vid. docs. núm. 74-76-82-84. y 144 que lo confirman.

(20) "El Comercio Canario-Americano" (Siglos XVI-XVII y XVIII).

(21) El Puerto del Arrecife toma su nombre del arrecife sobre el que brotaron sus primeras casas y que en su primitiva geografía convertíase en un islote debido a la pleamar.

consecuencia de estas instalaciones mercantiles, y del cada vez más nutrido censo, al que contribuyó en mucho la restricción emigratoria, comenzaron a levantarse las casas destinadas a los obreros y demás galopines del Puerto. Eran aquellas unas casas diminutas, con techos de dos aguas, pero sin tejados, solamente recubiertos por la tradicional mezcla de lodo y paja. Estas viviendas se prodigaron de tal manera que dieron origen al vetusto barrio de la Puntilla, y en torno al cual se le vantó una ermita a 68 mtrs. del Charco "La Caldera", bajo el patrocinio de San Ginés, Obispo de Clermont, cuyo retrato, enmarcado, apareciera un día por las orillas de la cala que tomó su mismo nombre (22).

De súbito se presentan las cuatro velas de Vespucio, Ojeda y La Cosa, y entran en el Puerto del Arrecife donde cierto aventurero les indica las casas y almacenes de doña Inés Peraza, que fueron asaltadas por aquella turba ávida de botín (23), necesitadas de bastimentos y otras cosas que no habían conseguido en Cádiz. Ese mismo mes de mayo de 1499 (y nos situamos de nuevo en la época inmediata posterior en que se autorizó la libre emigración) pasaron Vespucio, La Cosa y el atrevido Ojeda a la isla de Fuerteventura, donde hicieron peor rapiña. Son los albores del siglo XVI y para Lanzarote es fundamental el grave problema de su despoblación (24). La falta de mano de obra obligaba a los Señores de la isla a las "cabalgadas" anteriormente estimuladas por Doña Juana la Loca, la cual autorizaba el "jaleo" contra los moros de Río de Oro en la vecina costa de Africa, con el fin de capturar esclavos para el cultivo. Al paso que iban las cosas, y así se informa a Felipe II, las islas quedarían desiertas e indefensas "frente a los navíos luteranos y otros enemigos", por lo que el gobernador Pedro de Escobar pide, y consigue, que el Rey prohíba en 1574 la salida de los vecinos de Gran Canaria, Fuerteventura y Lanzarote.

En vista de los atropellos cometidos contra el Puerto del Arrecife, se apresia la terminación de la fortaleza de San Gabriel, en el islote del Quemado, sitio sin eminencias frente a La Barra, ésta de menos de diez palmos en alta marea, y haciendo vértice con el islote del Quebrado (25). En aquella roca fue construida una pequeña defensa de unos 40 pies por cada lado, de forma rectangular, con sus baluartes de los llamados de punta de diamante, pero sin la barbacana y altura de mole que hoy se le ve. Tenía ese primitivo castillo toda distribución interior de madera, la cual ardió totalmente cuando Morato Arceaz lo atacó una mañana del mes de julio de 1586, invadiendo luego la isla para marcharse el 23 de agosto del mismo año, después de la firma del tratado con Argote de Molina (26). Mientras duró el asedio del Morato cobró gloria imperecedera la mujer lanzaroteña (27), que no sólo arengaba a los varones uni-

(22) De la tradición. Tal retrato del Obispo de Clermont se encuentra en la sacristía de la iglesia parroquial, y es de escaso valor artístico.

Según el informe de Leonardo Torriani a Felipe II, la cala de San Ginés se llamó primeramente "La Caldera".

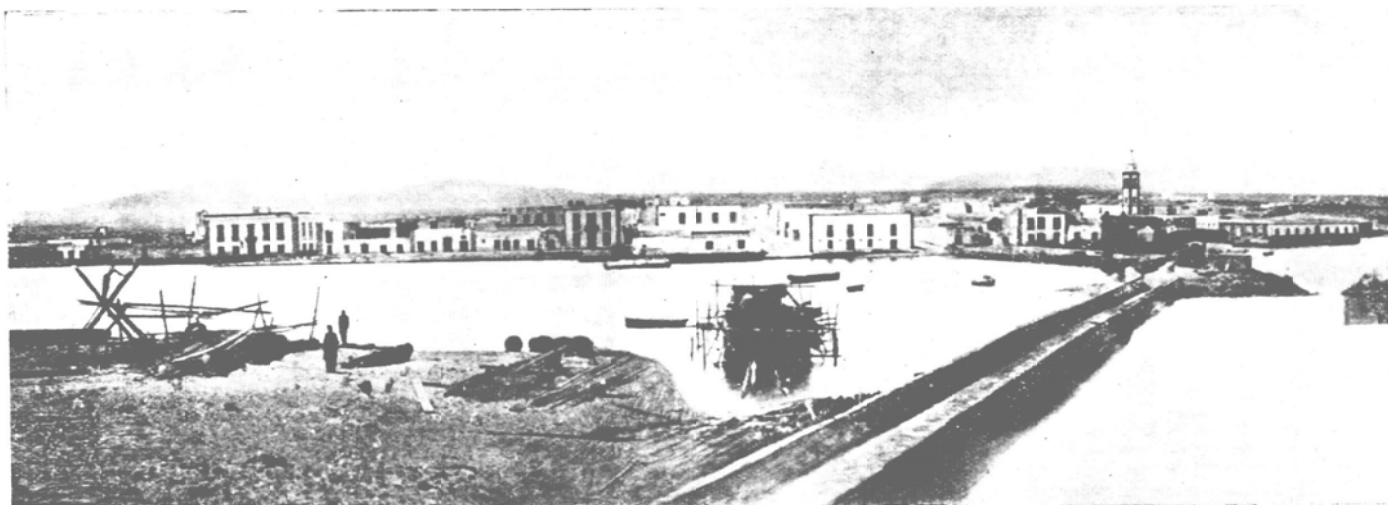
(23) "Tomaron cuanto les vino en gana; según los testigos: pipas y pez, y sebo y sebada, y madera y muchas otras cosas de las que ende había". A esto hay que adicionar gran número de vasijas de cobre y barro, de que también se incautaron".—Néstor Alamo.— *El Almirante de la Mar Océana en Gran Canaria*.

(24) En el censo de las Provincias y Partidos del siglo XVI, llevado a efecto por el Cabildo Catedral aparece Lanzarote con 800 habitantes, dato lleno de inexactitudes y que no se debe tener en cuenta.

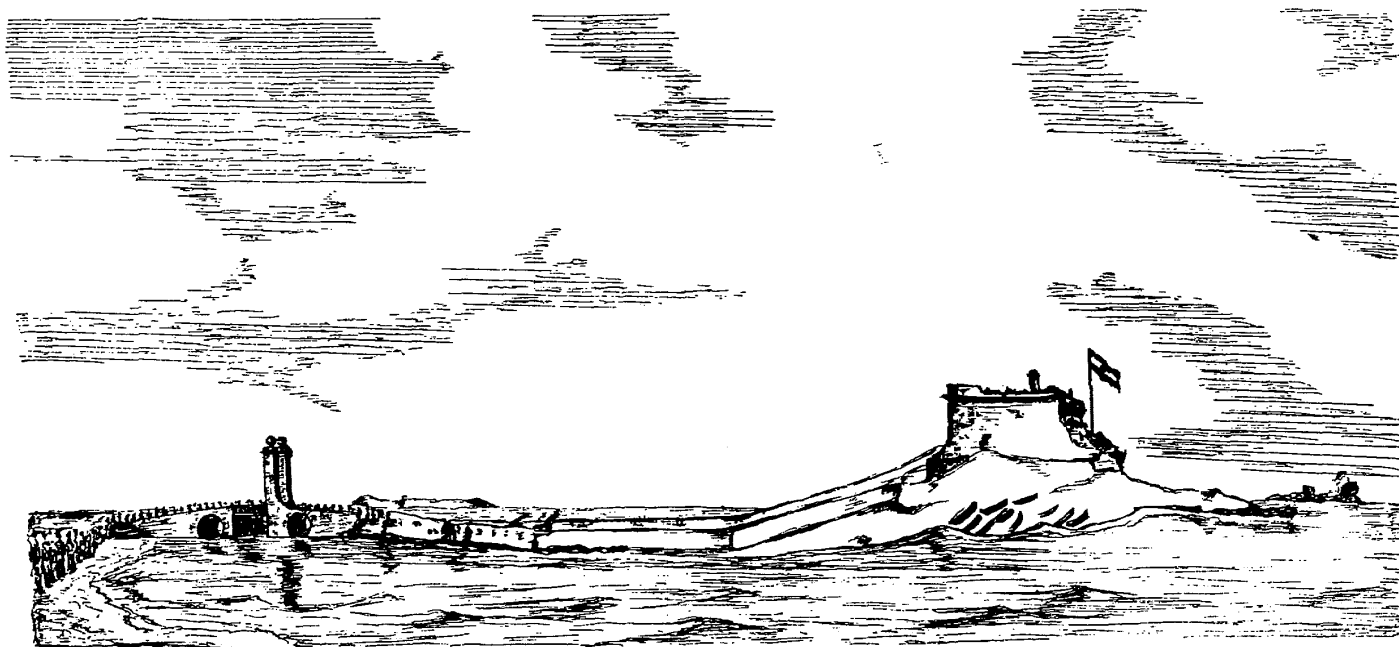
(25) En 1800 todavía se designaba así a la isleta Fermína.

(26) En ese Tratado firmado en Arrecife, en las inmediaciones de la fortaleza, se restablecía la paz entre el Morato y los Marqueses de Lanzarote, y el rescate de la Marquesa y de la esposa del propio Argote de Molina mediante el pago de quince mil ducados.

(27) "Tres lugares hay en Dalmacia —dice Torriani— sobre el mar Adriático, que pertenecen a los Ilustrísimos Señores venecianos, muy parecidas a éste (al castillo de San Gabriel) el uno, es el castillo de San Nicolo, frente a Sebenico; el otro, es la ciudad de Dulcigno, y el tercero es la Curzola, ciudad o isla, la cual estando sitiada por gran parte de la Armada turca, año 1521, fue vergonzosamente aban-



Vista parcial del Puerto del Arrecife, de fecha posterior a 1750 y anterior a 1850 (Obsérvese que la incipiente urbe contaba con una decena de molinos de viento)



Los amotinados parciales del Cabildo de Lanzarote, guiados por el Procurador “Andresito”, aquella tarde de junio de 1810. Obsérvese que están intentando pasar el rastrillo del Puente de Las Bolas, a fin de asaltar el castillo de San Gabriel, donde se hace fuerte don Bartolomé Lorenzo Guerra, Gobernador de la isla, nombrado por la Junta Central. Los sitiados han hecho varar a todos los barquillos, que pueden verse agrupados en la orilla opuesta (El dibujo es de Alvarez Rixo, y la presente reproducción de Antonio Lorenzo Martín).

formados, sino que además derramó su sangre antes de verse transplantada a los harenas del Arraez. Del inolvidable descalabro tardó mucho el Puerto del Arrecife en recuperarse, máxime cuando el problema de la despoblación se acusa más y más, circunstancia que obligó una visita del Capitán General (28), que en vez de ayudar a Lanzarote consintió la apatía de su gente al encararse con los arraeces invasores, cosa que confirma el hecho histórico y glorioso de las mujeres lanzaroteñas salidas al campo de batalla por falta de acometividad en los soldados (29). Entretanto se inaugura la tahona del Puerto, que resultó un verdadero acontecimiento para aquellos mercaderes y obreros ociosos durante la mayor parte del año, dedicados a la borrachera y a los juegos del Mesón, entonces auténtica "casa de cambios" y en extremo peligrosa. La población del Arrecife estaba constituida por una gente discolosa y, a la vez, displicente, a la cual solamente hacía volver en sí la vista de un velero en el horizonte, porque causábales grandes júbilos ese acontecer esporádico en medio de la monotonía y aburrimiento generales. Todos se alegraban, unos porque aguardaban impacientes sus mercancías, y otros porque anhelaban saber a qué precio se cotizaba las piezas humanas en el comercio africano.

Un acontecimiento fue en el Puerto la llegada del ingeniero italiano Leonardo Torriani, en 1590, que traía carta de S. M. Felipe II con el fin de planear la mejor defensa de las Islas Canarias (30). Torriani llevó a cabo el actual sistema defensivo del castillo de San Gabriel, que comprende el amurallamiento almenado, barbacana principal, nueva distribución interior, y los Puentes de Las Bolas. El ingeniero italiano se esmeró en la mampostería, logrando realizar perfectas habitaciones a base de voluminosos sillares.

¡Quién descubriera, en plenitud lograda, toda la historia y romance de esta fortaleza! Se llega a ella cruzando el rastrillo elevadizo, de zafio torno simple, por el Puente de las Bolas, que cual arco triunfal se alza sobre las marismas a modo de pares obeliscos, y cuyos lantcones de gruesas cadenas rememoran días forzados y heroicos. La cantería de estos bellísimos puentes está toda pulimentada, si bien en la actualidad los efectos de la garúa nos la muestran carcomida. Luego de rebasar tan famoso baluarte hay que andar el camino almenado, sobre los viejos arrecifes que fueron testigos del rescate de la Marquesa de Lanzarote y de la mujer de Argote de Molina. Ya delante del castillo, resultan aún más curiosas la ballesteras del adarve, cuyos lastrones, empujados en el rústico muro, de cara a la mar, son de considerables medidas. Una vez cruzadas las aguas que separan a la fortaleza de las orillas porteñas, se pasa al islote del Quemado, en cuya insinuación primera está el pie de la fortaleza, que acaso constituya el más principal monumento de Arrecife. Este castillo de San Gabriel, a pesar de haber sido declarado militarmente inútil

donada por los hombres y defendida por las mujeres; el valor de las cuales fue igualado por éstas de Lanzarote, la última vez que los moros y los turcos..."

Falta el final de la frase, pero se entenderá que trataba de expresar el heroísmo de las lanzaroteñas frente a la rapiña de los arraeces.

(28) El primer Capitán General fue don Luis de la Cueva Benavides, que llegó a Las Palmas a principio de 1589, revestido de grandes facultades en lo militar y lo civil. Caso con la hija del conde Ruya, Marqués de Lanzarote.

(29) Don Luis de la Cueva Benavides fue llamado a España para que diese cuenta de sus atropellos con Lanzarote, y se le sustituyó en el mando de la Audiencia por el doctor don Antonio Arias, que fue nombrado Regente en 1594.

(30) "A la Real y Católica Majestad de Felipe II, Nuestro Señor, Rey de las Españas.—Leonardo Torriani.—Cremonense.—Proemio: Habiéndome ordenado Vuestra Majestad, en años pasados, que hiciese la descripción de las Islas Canarias, me pareció que tan pequeñas tierras, destacadas del Africa, así solas por la pequeñez del asunto, no podía serle sino de poco agrado. Y así, al encontrar en los momentos de las letras, con qué hermosearlas, me determiné añadirle la historia y los acontecimientos que en ellas pasaron hasta a nuestros tiempos, con los pareceres y los dibujos de sus fortalezas".

por R. O. de 27 de febrero de 1895, siendo destruída una mayor parte de sus accesorios defensivos, cuales fueron la garita exterior, la saetera angular, la barbacana, y el preisabelino campanario, se conserva en inmejorable estado, en particular el cuerpo de la fortaleza. En su interior hay poco hueco, siendo sus habitaciones reducidas debido al grosor de la sillería empleada por Torriani durante la reforma de la primera edificación (31). A la azotea, explanada rectangular, se sube por una escala de piedra de quince peldaños labrados, para encontrarnos en la esquina Este, donde está el cuerpo de guardia; en la Norte, están el campanario y la saetera; en la Oeste se inicia el camino de ronda, con parapeto para la fusilería, en cuyo medio principal se abre la única cañonera del castillo de San Gabriel.

Como consecuencia del régimen prohibitivo respecto al tráfico de barcos extraños en el Puerto del Arrecife, ahora fortalecido, vino a menos su acostumbrado comercio, hasta el punto de que en 1655 una pipa de vino, que se cotizaba a 30 ducados, era rechazada aun al precio de 20 reales, en especial después de la separación lusitana. Empero, tal falta de comercio no era obstáculo para que las naves en ruta hacia Indias, según afirman Bernáldez y Alonso de Santa Cruz, recogieran de Lanzarote ovejas, cabras, conejos, orchilla cebada, pan y vino. Este desorden económico, en el cual perdió siempre el Puerto del Arrecife, se vio frenado cuando en 1659 la Corona ordenó que sólo se naveraga en flot ya que muchos navíos del Norte llegaban a Canarias abarrotados de ropa "y con hacer escriptura de ventas supuestas en cabeza de algún vezino, salen con pretexto de la permisión con cincuenta o sesenta pipas de vino registrados a la costa de Cuba y de allí pasan con registro a Cartagena, Campeche, Veracruz o adonde quieren, y cuando vuelven con manifestar cosa muy poca y dar licencia para que vayan a carenar a Lanzarote salen y pasan en derecho a su Pátria". Vuelven, pues, los puertos canarios por sus fueros y el tráfico de internacionales embarcaciones se engrandece, por lo que "España, o mejor dicho, la Casa de la Contratación, radicada en Sevilla, destina en Canarias a unos funcionarios denominados Jueces de Registro, para que controlen todo el comercio y emigración (32)". A los Jueces de Registro sucederán, durante el siglo XVIII, los Superintendentes, aunque en el control de los puertos canarios intervinieran además otros organismos como la Intendencia General, la Administración de Aduanas y el Consulado, que acogotan a las islas sin que éstas pudieran sacudirse la mediatización y las consabidas acotaciones. Lanzarote, por ejemplo, deseaba exportar sus famosos vinos, pero el criterio egoísta de los comerciantes de Sevilla y Cádiz se interpuso una y otra vez, poniendo cortapisas a los legítimos derechos de los lanzaroteños. Mas, como el impulso tomado por el Puerto del Arrecife era inviolable, los insulares recurrieron al contrabando y al fraude, acaso sinceramente para salvar la ruina en que la "circunstancia peninsular" hacía de la isla y Archipiélago en general.

Por si fueran pocos los males, nótase en 1720 la súbita presencia de los "realillos falsos", aureolados del milagroso mercader holandés que los extrajo de un barril de arenques por arte de birlibirloque. Eran unas monedillas sin eso legal y contrahechas, popularmente conocidas por "bambas", y que no tardaron en inundar las islas todas. Pero, cuando tanto negocio se hubo hecho a costa de los "realillos", sonó el grito de "la moneda no vale", e inmediatamente las consecuencias se transformaron en terribles anatemas, cerrándose las tiendas y evaporándose las mercancías de primerísima necesidad. Ante tamaña anomala

(31) Leonardo Torriani, en su informe a Felipe II, afirma la necesidad de fortificar la fortaleza, a saber, según las fuerzas del enemigo, y el número de defensores.

(32) "El Comercio Canario-Americano" (Siglos XVI-XVII y XVIII).—Francisco Morales Padrón

lía intervinieron las autoridades, que multaron a los comerciantes, pagando éstos con "bambas", aunque no eran aceptadas por los representantes del Estado. ¿Cómo admitir una moneda —se preguntaban los isleños— que no reciben las autoridades, a pesar de que nos multen por negarnos a vender a cambio de "bambas"? La realidad era que las autoridades deseaban onzas de plata, porque demostrado estaba que con cada onza se podía fabricar hasta 40 realillos.

Al año siguiente, 1721, no van a menos los males que agobian a la Isla de los Volcanes, y por si lo sucedido en fechas anteriores no fuera suficiente se desencadena un formidable huracán, que asola gran parte de la geografía insular, llegando a morir sus habitantes de pura necesidad. Mas, las parcas andaban de fijo sobre Lanzarote, y en octubre de 1722 fuertes vientos destrozan lo poco que en pie había quedado durante el aciago pasado año. Pese a todo, Lanzarote contribuía más que nunca a la repoblación del Nuevo Mundo, y en 1723 salían varias familias hacia Veracruz, que contra el criterio del virrey de México llegaron cerca del presidio de San Antonio de Béjar. Fue el mismo virrey quien ordenó al Gobernador de la Habana que si llegaran más familias canarias las utilizase en aquella isla, pues su traslado a México ocasionaba muchos gastos. Antes de leerse en la Habana esta orden, llegaban a Veracruz 23 canarios más que se unieron a las ya citadas diez familias, formando un grupo total de cincuenta y tres personas, ya que algunos fallecieron debido a las penalidades del viaje y otros desertaron antes de adentrarse por las grandes zonas desérticas. Estos canarios habían embarcado en Santa Cruz de Tenerife, a bordo del navío de don Jacinto de Mesa, siendo todos ellos de Lanzarote y de Tenerife (33).

En 1724 el Puerto del Arrecife hace grandes fiestas con motivo de la visita del Obispo Lucas Conejero de Molina (34), quien el mismo día de su llegada realizó magnífica entrada triunfal en la Real Villa de Teguiise, manifestando al pueblo de la entonces capital de Lanzarote que él se oponía a las pretensiones del Puerto, fundadas en la declaración de Leonardo Torriani (35). Tales fiestas en honor del Obispo "del Puerto de la Orotava", como era conocido, se tornaron al poco en sosera experiencia, pues un corsario argelir que traía aprisionada a una nao holandesa se detuvo en el Puerto para hacer aguada, y avisado el coronel de las Milicias, don Rodrigo Peraza, hubo zafarrancho general y repique de campanas, a modo de generala, aguándosele la fiesta al señor Prelado que tanta defensa quería hacer en pro de que Teguiise continuara conservando su capitalidad. Para combatir al pirata holandés, don Rodrigo, urdió una treta de lo más infantil, con tal suerte, que pudo capturar al corsario y apoderarse de los barcos y sus tripulaciones. No es preciso contar cómo hizo su entrada triunfal en la Real Villa el coronel de las Milicias, cuya recepción estuvo ahora a cargo del Obispo jesuita.

Desde 1726 al 29 mucha gente del interior busca cobijo en el Puerto del Arrecife, y vive malamente, en miserables casuchas construídas sin orden ni concierto.

(33) De Lanzarote era: 1.—Juan Leal (53 años) y Lucía Hernández (55), que llevaron seis hijos: José, 24; Vicente, 21; María, 18; Catharina, 15 y Bernardo, de 13.

2.—Juan Leal (el mozo) y Gracia de Castro, de 30 y 29 respectivamente, que embarcaron con sus hijos: Manuel, de 10 años; Dolores, 4 y Juan, 2.

3.—Lucas Delgado, 37 años, y Mariana Melián, de 36, que partieron con 5 hijos: Juan, 17; Francisco, 15; Manuel, 9; Domingo, 1 y Leonor de 4 meses. Además cargó con la suegra, Inés de Goyas.

4.—Antonio Santos e Isabel Rodríguez, de 45 y 30 años, con tres hijas: María, 20; Ana, 17 y Catharina, 16.—Francisco Morales Padrón.—"El Comercio Canario-Americano", (Siglos XVI-XVII y XVIII)

(34) Obispo jesuita que pasó su pontificado en Tenerife.

(35) "Por considerar que la fortaleza de Guanapay no tiene capacidad para tanta gente, me parece que conviene que se traslade la villa capital al Puerto del Arrecife (x).

(x) De tal declaración los porteños hicieron dogma de fe, y no cesaban de hacer gestiones encaminadas para arrebatár la capitalidad que poseía Teguiise.

Este éxodo del campo hacia el Puerto no significa el consabido absentismo, sino la más veraz interpretación del terror insular debido a las convulsiones y rugidos del subsuelo. Le incumbe el apaciguamiento del pueblo aterrorizado al Capitán don Melchor de Arbelo, que emplea gran pericia a fin de evitar que los lanzaroteños abandonen la isla amenazada. El 1 de septiembre de 1730 comienzan las presentidas erupciones, que están consideradas como de las más importantes de la historia del vulcanismo. En su lugar se dirá cómo sucedieron estas vomitaciones lávicas que terminaron el 16 de abril de 1736, y cómo quedó la isla inundada de magma pestilente y devastador. Imponente fue la impresión que recibió el Obispo don Pedro Dávila y Cárdenas, cuando desembarca hacia finales de enero de 1733 y contempla el gran río de lava que bajaba desde Tahiche hasta Puerto de Naos. Ni que decirlo habrá, pues el terror era tanto que el Capitán de las Armas, don Melchor de Arbelo, hubo de reclutar "gente muy seria y responsable" para que los lanzaroteños no robaran los barcos surtos con el fin de rumbear a otras islas. Gran parte de los marineros escaparon a Fuerteventura y otras familias, con especial permiso del Comandante General, fletaban barcos con que trasladarse a Las Palmas y Tenerife.

No por esta catástrofe se dejó de exigir a Lanzarote el número previsto de familias para la colonización del Nuevo Mundo, obligación insoslayable si la isla quería exportar determinados productos para sobrevivir de las tan repetidas desgracias. Por estas fechas, es Viera y Clavijo quien pide justicia para Lanzarote, y aboga que los emigrantes deberían afincarse en la "isla sufrida" antes que en América. Para tener clara conciencia del grave problema lanzaroteño decide una urgente visita el Obispo don Juan Francisco Guillén, pero cuando iba a embarcar se presentó en Las Palmas el Almirante Windon, en contra de quien luchó el animado Obispo a base de santo valor, no sin riesgo de su persona. Entre 1776 y 1777 llega al Puerto del Arrecife el Comandante General de Canarias, quien queda asombrado de la miseria y despoblación de la isla. Acaso la visión que obtuvo de la "isla sufrida" le decidiera, más que por otras razones, al famoso Plan Político, que en la actualidad se conserva en el Archivo de Simancas. Son los tiempos en que todo escasea en Lanzarote, siendo el único movimiento del Puerto las naves llegadas de Mogador con algún trigo, o cebada, pero que en realidad apenas abastecían a la población, obligada a comer carne de burro, de gato y otras alimañas. Los mendigos se multiplican alrededor de las casonas del Puerto del Arrecife, en particular delante de la ermita de San Ginés. Muchos necesitados encontraron salida en los barcos que invernan en la bahía (36), cuyos nostramos utilizábanlos como engrasadores de sogas y madeiros a cambio de unas galletas. La crisis económica aún se recrudeció en los dos siguientes años (1778-79) ya que las cosechas obtenidas en ese tiempo fueron completamente nulas, y a las que se añadió la ausencia de muchos de los barcos dedicados al comercio, orientando sus rumbos hacia las islas mayores. En socorro de Lanzarote acudió don Carlos III, que ordenó se construyese un casti-

(36) En 1770 inverna el navío "Santísimo Sacramento" (a) "El Santiago", de 225 toneladas, siendo sus propietarios don Amaro González de Mesa, don Fernando Rodríguez de Molina y don Bartolomé Montañez.

El navío "Nuestra Señora de la Candelaria" (a) "La Aurora", de 218 toneladas y cinco partes de otra.

El navío "Nuestra Señora de la Concepción", de 180 toneladas, de los herederos de don Pedro Orea.

El navío "Nuestra Señora del Coro" (a) "La Guipuzcoana", de 200 toneladas, cuyos propietarios eran don Guillermo y don José Comins.

En 1772 invernan la fragata "El Corazón de Jesús", de 126 toneladas, propiedad de don Manuel Alugeti.

El navío "Nuestra Señora de la Candelaria" y "Nuestra Señora del coro", barcos antes citados.

Al siguiente año aún está fundiendo en Puerto de Naos el navío "Nuestra Señora del Coro", al que hace compañía un nuevo barco titulado "La Soledad" (a) "El Fénix", de 230 toneladas.

llo en el Puerto del Arrecife, hacia su extremo norte, y que dominara el refugio de Puerto de Naos, entre las bocas de San José y del Perejil, años atrás atacado por los corsarios ingleses Lord Anson y Hawque con el propósito de robar las embarcaciones que habitualmente invernaban allí (37). La misma comisión canaria que se personó ante el "Alcalde de Madrid" con el fin de informarle de la crisis lanzaroteña, fue encargada por el propio Rey para dirigir la nueva edificación bajo la advocación de San José, de donde tomó su actual nombre la "Fortaleza del Hambre", que así también se le conoce. Este castillo está situado sobre un cantil de unos 70 metros de altura y ocupa una superficie de 700 metros cuadrados; su forma es semicircular y su puerta principal mira al Norte. Por muchas razones, entre otras la de mitigar la miseria de 1778-79, la muerte del Rey de España, Don Carlos III (38), acaecida en diciembre de 1788, fue muy dolorosa para Lanzarote, en particular, para el Puerto del Arrecife, cuyos regidores proclamaron riguroso luto en toda la isla.

Sin embargo, al siguiente año del hambre, la cosecha de trigo y cebada fue óptima, a la par que el cultivo de la barrilla lograba ciertas mejoras. Y en 1780 logra un codiciado precio, que trae consigo el arribo de los grandes exportadores de la sosa, dispuestos a no discutir reales a los isleños. Lanzarote tiene ya una notable fuente de ingresos, y los campesinos cobran sin dilaciones ni contratiempos. Ahora todo parece haber pasado, y de las anteriores desgracias ya nadie se acuerda. A partir de aquí el Puerto del Arrecife inicia una rápida evolución, y de esa época datan los adustos edificios del Camino Real, en la actualidad calle de "León y Castillo".

(37) Hubo duelo de artillería con el castillo de San Gabriel, que domina el Arrecife principal y cuyos fuegos apagáronse dos veces. Un piquete de cien marinos desembarcó por la cala de Los Mármoles y los isleños, empleando a los camellos como tanques, destrozaron aquellas fuerzas inglesas. Pero desembarcados nuevos refuerzos, la suerte de los dromedarios resultó, un descalabro, pues las bestias heridas y asustadas por las artillerías se revolviéron contra sus conductores, a quienes atacaron a mordiscos, estando a punto de ocurrir una verdadera catástrofe. Los ingleses, al no ver las embarcaciones que buscaban, y que suponían abrigadas en la cala de Puerto de Naos, reembarcaron su destacamento y se fueron por donde habían venido.

(38) Nótase en Arrecife la falta de la calle de "Carlos III".

ARRICIFE, CAPITAL

CAPITULO II

De los "roncotes" lanzaroteños y pescaderías en Africa Occidental, del célebre monopolio de Juan Caballero y de la creación de la Parroquia, de las preocupaciones de la Real Villa capital y de la "división" y Puertos Francos y de la capitalidad de Arrecife.

¡Qué romance hay en la alta mar en calma, en los altos cielos despejados, en los pepllos relumbrantes y en los castillos del Puerto del Arrecife! Y todo se contempla sin celajes ni brumas, que macularían la pureza azul del trasfondo litoral, donde las cosas se iluminan y el ambiente se entibia por el tránsito solar que convierte a las olas en montones de joyas preciosas. ¡Qué auroras boreales en las nubes del ocaso! ¡Qué luz la del Puerto!

Los barrios de Arrecife, o foliolos del trébol urbano, son una espléndida decoración en torno al corazón del Puerto, porque mientras la Destila y el Puerto de Naos exhiben las calas preciosas de sus yodadas orillas, con sus típicas embarcaciones de mástiles enjambrados, los barrios del Lomo y La Vega muestran los blancos molinos de viento sobre risueñas colinas. Las calles de Arrecife son rectas y de graciosos perfiles arquitectónicos, con sus pintorescos y raros recovecos, sus diminutas e intrascendentes plazuelas y su excelente Parque Municipal (39), en la Avenida de La Marina, donde canta una fuerte acaso salida del genio de la Lámpara de Aladino (40). Sobre la urbe surge el blanco capirote de la iglesia, y desde el sonoro campanario se ve salir el vuelo de palomas que zurean y se confunden con las inquietas palmípedas, en continua evolución sobre las humeantes factorías de salazones y conservas. Por el cobalto manso, lejano, donde el sol de Arrecife hace grandes senos de oro, vese a la hinchada vela rasgando el horizonte. Es la vida de Arrecife bajo la égida del mar, como si eternamente este "puerto" estuviera acabando de nacer de entre las entrañas marinas. ¡Mar y sol, cal y mar, es la luminosa existencia de Arrecife! Los mismos roncotes (41) parecen frutos que brotan del árbol trepidante de los barcos, y son esos hombres quienes nunca aprenden a olvidar lo que les sugiere la tierra, a pesar de que sea la mar su sino intransferible:

(39) El Parque municipal de Arrecife ha podido ser construido sobre terrenos ganados al mar, y constituye la mejor prueba de que también las flores son amigas del océano.

(40) Para Arrecife, puerto sin agua abundante (en la actualidad las galerías de Famara lo abastecen sobradamente), resulta poco menos que milagroso el recreo de una fuente.

(41) "Roucote", voz popular canaria que designa al pescador de costa. También a éste, en Lanzarote, se le llama propiamente "costero".

“Los marineros de canosa frente,
estatuas que ha esculpido su garra omnipotente,
pasan como hombres tipos a la orilla del mar;
llevan en sus pupilas el misterio
y tienen un hablar de ministerio,
mamado en su nodriza, la recia tempestad”.

Acaso ese “sino” del mar propugne en el roncote su desmedido apego a la tierra, y quizás por esa misma causa los hombres de Arrecife hayan hecho rito y religión de aquellos báquicos y alegres carnavales de Las Cuatro Esquinas (42), hervidero humano ataviado de máscaras de “buche”, al estilo del país, con montera de airón y cintas multicolores. ¡Con qué ganas gritaban hembras y varones, satisfechos de vivir y de gozar! Era que ellas y ellos muy bien sabían que, a la fugaz y parrandera presencia de los roncotes, sucedería la sorda ausencia cuando la flota insular (43) rumbeara hacia la Bahía del Galgo (44), península de Río de Oro y Angra de Cintra. En esos linderos saharianos, el marino de Arrecife, soportando sirocos y galernas, añora la tierra propia, porque durante varios meses (45) ve costas ajenas, vedadas a su expansión muscular, estrictamente ajustada a la eslora y manga de sus respectivas embarcaciones. ¡Por eso sueña el blanco casero donde hizo nido de amor sin limitaciones! Y le asalta el recuerdo de su isla querida cuando lava la recién abierta carne de la corvina, soñándose él en el tálamo lejano, fatalmente trocado en “la costa”, o “canal” (46), por hediondas piras de salpreso. Porque es curioso, el marinero de Arrecife no ha aprendido a ser disconforme como el campesino que emigra hacia otras tierras, sino que, al contrario, resulta incapaz de ausentarse por mucho tiempo de sus barcos. Lo que sucede al roncote es un infantil apego a la tierra nativa, que cree ser su único derecho a la libertad, aunque ésta sea de treinta días. De ese “apego” el marinero de Arrecife hace su encono y su esperanza, entrambos leves, es natural, pero que saborea día y noche hasta hacer hitos de sueño mirándose las manos ulceradas mientras engulle los “pianos” (47) y el gofio de su triste rancho en frío. ¡Cómo sueña despierto el marinero lanzaroteño! ¡Qué hielo de soledad experimenta su soma ensalitrado sin el palpo de la hembra cariñosa!

“... dura raza, señora del Océano;
domadora del viento y de la ola,
rival del balleuto entre la espuma...”

Pero, volvamos a la historia del Puerto del Arrecife, ya que de su belleza

(42) Hasta hace medio siglo la marinería de Lanzarote hacía centro de sus enavales en la bifurcación conocida, aún hoy, por “Cuatro Esquinas”.

(43) La flota de Arrecife, de casi 400 unidades, en su mayoría hoy motorizada, es la más importante de las pesqueras del Archipiélago.

(44) “Conversaciones sostenidas en Arrecife de Lanzarote entre jefes de tribus mulsumanas y directores de la “Sociedad Española de Africanistas y Colonias”, constituida en 1883, permiten el acceso a esa costa asegurando el Gobierno español la protección de los intereses creados y por crear. El establecimiento de pontones pesqueros en Río de Oro y Cabo Blanco, y el éxito de las expediciones del joven aventurero Emilio Bonell, aconsejaron al Gobierno español, en declaración hecha a las potencias extranjeras en 26 de diciembre de 1884, poner bajo su protectorado la costa occidental de África, comprendida entre los cabos Bojador y Blanco, paralelos 20 al 27 de latitud norte, ya que en virtud del “Acuerdo de Berlín, *todo territorio libre podrá ser ocupado*.”—Sebastián Jiménez Sánchez.

(45) En la Bahía del Galgo y Arguín (donde los nómadas ascendieron a Gonzalo de Cintra en 1445) la zafra corvínica, que realiza la flota de Arrecife, dura cinco meses aproximados.

(46) La Bahía del Galgo es conocida, entre los roncotes por “el canal”.

(47) El roncote llama “piano” a la vértebra de corvina sancochada. Tales “pianos” constituyen, con el gofio, la base principal de su alimentación.

en otro lugar nos ocupamos. Arrecife, durante la década 1780-90, crece y se desenvuelve con rapidez de vértigo, pues no en balde el negocio de la barrilla aumenta y se multiplica la producción. Exactamente en 1790 un quintal de barrilla vale la bonita suma de sesenta reales, precio que convierte en ricos a determinados campesinos y que, como siempre, se transforman en absentistas empedernidos, estableciendo sus residencias en el Puerto del Arrecife, al objeto de adquirir barcos para dedicarlos a las pescaderías (48), de cuya riqueza en peces nadie dudaba ya debido a las zafras rápidas y abundantes que entonces realizaba la flota lanzaroteña en aquellas aguas de nadie. Los ricos cosecheros de barrilla, o mejor, los absentistas residentes en Arrecife fueron ganando terrenos al mar, y así nació en el Puerto la avenida de La Marina, que luego dio origen al primitivo muelle de Las Cebollas y, en nuestros días, al espléndido Parque, después de acertadas ampliaciones. El dicho muelle de Las Cebollas fue inaugurado con la llegada del Obispo don Antonio Tavira y Almazán, en 29 de junio de 1792, siendo recibido por una encorsetada muchedumbre de señoras y señoritas, todas ellas portadoras de banderas alusivas a la Inmaculada Concepción. Entre el gentío cruzó el Prelado, bajo palio, precedido por la Cruz, y se dirigió a la ermita de San Ginés, donde clavó un edicto citando y emplazando en el término de diez días a todos los que tuvieran solicitud de erección de parroquia a la ermita del Puerto del Arrecife. Al cabo de los diez días, don Antonio Tavira tuvo a bien el crear una "segunda parroquia" en Arrecife, cosa que fue motivo de aspavientos y regocijos populares, cuya duración alcanzó a la semana. Con no menos entusiasmo el Puerto saludó, al siguiente año, el descubrimiento de la vacuna del inglés Jenner, a la vez que la construcción de almacenes y viviendas se prodigaban ahora con arreglo a un determinado orden urbano, quedando ya perfilados los lugares y calles que en la actualidad se conocen. En 25 de junio de 1798 el Obispo don Manuel Verdugo y Alviturria, natural de Las Palmas, crea la Parroquia de Arrecife, bajo el mismo patrocinio que contaba la ermita de San Ginés, que por esas fechas se estaba ampliando. Cuenta ya Lanzarote con 4.705 habitantes, de los cuales pertenecen al Puerto setecientos (49), que se vuelcan por el Camino Real en festiva manifestación por la independencia religiosa lograda, marchando a la cabeza del humano río el primer párroco de Arrecife, don Francisco Acosta Espinosa. Este diligente cura fue de lo más activo, y en seguida comenzó a levantar el capirote-campanario que él mismo trazó para su ermita recién ampliada. Fue el párroco Acosta quien, ayudado por don Lorenzo Cabrera López, inició la homérica hazaña de reclamar para la incipiente urbe un ayuntamiento autónomo, si bien muy controlado política y administrativamente por la Villa capital. No fueron baldías tales gestiones, pues en noviembre de este mismo año, la entonces Real Audiencia de las Islas expide un auto en el siguiente sentido: "En Canarias a diez y siete de noviembre de mil setecientos noventa y ocho los Sres. Presidente, Regente y Oidores, habiendo visto el expediente promovido por don Lorenzo Cabrera López y demás vecinos del Puerto del Arrecife de la Isla de Lanzarote, sobre que se les provea de Alcalde, Diputados, Personero y Fiel de Fechos, mediante hallarse erigida Parroquia en él; los informes evacuados por el Alcalde Real Ordinario de dicha Isla y lo dicho sobre todo por el Sr. Fiscal de S. M. en su escrito de 27 de octubre ppdo. Dijeron que los vecinos que componen la nueva

(48) El nunca bien ponderado don Antonio María Manrique y Saavedra, notario y publicista, natural de Tetir, en las columnas del "Cronista" dedicó, a fines del pasado siglo, especial interés a la tan debatida cuestión de Santa Cruz de Mar Pequeña, defendiendo en todo momento las pescaderías donde la flota de Arrecife tenía ya gran porvenir.

(49) A tales cifras no se le pueden conceder absoluto crédito por ser datos facilitados por curas de pueblo, que poco interés en ello parecían tener.

Parroquia para el año que viene de 1799 y los sucesivos elijan Alcalde pedáneo, dos diputados, personero general y Fiel de Fechos, que se denominan del Puerto del Arrecife, concurriendo a autorizar esta primera elección para que sirva de norma a las demás el Alcalde ordinario con el escribano que elija, arreglándose a las reales cédulas y órdenes de la materia, de las cuales llevará consigo testimonio para que de ellas empiece a formar libro Capitular del Pueblo, teniéndose en buena custodia, todo a costa de dichos vecinos y procurando con la posible brevedad y economía se dé cuenta a la Sala y por ésta al Supremo Consejo". La recepción de este escrito fue causa de grandes fiestas, con voladores y hogueras, hasta que el 27 de diciembre del mismo año se reunió, previa convocatoria, todo el vecindario de Arrecife bajo la presidencia del Alcalde ordinario, don Luis Cabrera Rodríguez, procediéndose a la elección legal de los doce Comisarios Electores que, a su vez, habrían de elegir los antedichos cargos reseñados en el escrito de la Real Audiencia, cosa que se llevó a buen término el mismo día, no sin que antes se ausentaran los parroquianos convocados. Resultó electo Alcalde del Puerto del Arrecife don Lorenzo Cabrera López, diputados don José Linares y don Cayetano Sánchez; personero don Juan de Páiz y para Fiel de Fechos se designó a don Miguel Ramírez, todos ellos hombres dignos y promotores de la Municipalidad arrecifeña. Son los mismos lanzaroteños que manifestaron enérgicas protestas contra el pretendido monopolio de la barrilla, solicitado por el portugués Juan Caballero Sarmiento, que no sólo pretendía la exclusiva del comercio sino además la del cultivo. El cabildo de Lanzarote reacciona fuertemente y se opone a tales absurdas pretensiones; "No es fácil —escriben los lanzaroteños— de atinar las proposiciones que habrá hecho, y los medios de que se habrá valido este extranjero para presentar como beneficiosa la operación más dura y destructiva de la población y agricultura del país. Animado este hombre de un espíritu de ambición quiere restablecer su crédito con la ruina de dos Yslas (50) y se podrá mirar con ojos enjutos el que se enriquezca uno solo a costa de tantos insulares". Son los días en que las resoluciones colectivas e individuales roban intenso patriotismo en pro de la defensa de las libertades ciudadanas, aunque también es cierto que, por vez primera en Arrecife, se toman drásticas medidas de seguridad con el fin de refrenar los impulsos de los porteños, sin duda herederos de las osadías y algarazas de aquellos primeros mercaderes que otrora señorearon el Puerto. Además, por estas fechas de 1.800, todavía eran numerosos los aventureros radicados en Arrecife, y contra ellos precisamente se orientaron las ordenanzas y bandos, consistentes en la prohibición de transitar por las calles portando cuchillo de punta, o garrote que excediera de las cuatro cuartas. También se dispone que el ciudadano no puede asistir a la Santa Misa, ni deambular por la urbe, embozado con la montera so pena de ser detenido y castigado "ejemplarmente". Entretanto llegan las valiosas imágenes del Rosario y San Ginés, esculturas estofadas, procedentes de la escuela andaluza, hoy casi extinguida. Poco más tarde se recibe el lienzo de Animas enmarcado en la Parroquia de Arrecife y atribuido a don Luis de la Cruz y Ríos, que rápidamente ascendería a pintor de Cámara de Fernando VII (51).

El rápido crecer del Puerto del Arrecife se vio sorprendido por un escandaloso litigio que promovió contra los vecinos el Coronel de las Armas, don Francisco Guerra Clavijo, secundado por don Manuel Carrillo Alborno, respecto a

(50) Pretendía el portugués ser el introductor de la barrilla en Lanzarote, cuando en verdad pretendía la ruina de las Purpurinas.

(51) En 1815 don Luis de la Cruz y Ríos abandona Tenerife y su puesto de director de la Academia de Dibujo abierta en La Laguna, por el Real Consulado de Mar, para irse a Madrid y retratar a S. M. el Rey Don Fernando VII.—"Retratos reales de Luis de la Cruz y Ríos", de Jesús Hernández Perera.

su alegación de "que casi todo aquel territorio era suyo" y que por lo tanto tenía perfecto derecho a cobrar los terrenos ocupados por quienes, sin su consentimiento, habían edificado en su propiedad arrecifeña. Era entonces alcalde del Puerto don Manuel J. Alvarez, tinerfeño del Valle de la Orotava, que arribó a Lanzarote en primero de julio de 1798, donde estableció una especie de reinado comercial. Fabricó un peregrino palacio en el Puerto del Arrecife, con el insoportable aljibe, invirtiendo en ello más de 16.000 pesos, productos de la venta de sus bienes tinerfeños. Sus negocios barrilleros fueron prósperos nada más llegar y ya en 1805 se convierte en Real Alcalde del Puerto del Arrecife. Incumbió a don Manuel J. Alvarez, padre del que luego sería historiador de Canarias don José Agustín Alvarez Rixo, que ostentando su cargo tomó carta en el asunto del Mayor Guerra para defensa de sus administrados, logrando una solución completamente favorable y a pesar del poderoso Coronel de las Armas.

A partir de aquí cada cual edificaba con plena libertad, y la futura urbe íbase ensanchando, incluso sobre los terrenos más discutidos por el Mayor Guerra, que eran los que forman hoy la calle de Fajardo, donde el alcalde don Francisco Aguilar y Leal levantó una cárcel de la que carecía Arrecife.

El año de 1808 es tranquilo en el Puerto y en la isla hay gran prosperidad, aunque hubo esporádicos temores por la presencia de naos armadas pertenecientes a Inglaterra, en guerra con España. No llegaron a desembarcar, si bien se fondeaban en la bahía de Arrecife, Charco de San Ginés, frente al Taro, y Puerto de Naos, bajo la vigilancia perpetua de los castillos arrecifeños. Llegada que fue la paz con los ingleses, quedó el cabotaje libre y floreció nuevamente la barrilla y la orchilla, que alcanzaron superiores precios. Pero también llegó la invasión francesa y el Puerto del Arrecife sintió verdaderamente la prisión de Don Fernando VII, aunque éste viera con pasividad su arbitraria detención en Francia. Grandes manifestaciones se hacían en el Puerto por cada victoria nacional sobre los soldados de Napoleón, y tanto fue llagado el amor propio de los españoles isleños de Arrecife, que durante una patriótica manifestación pidieron a don Manuel J. Alvarez un retrato del vencedor de Marengo y lo echaron a una hoguera de paja, que aventaban como si quisieran hacer fuegos de artificio. Y los arrecifeños, acaso convencidos, gritaban a mandíbula batiente: "¡Ya no existe Napoleón!", o se cachondeaban: "¡Se finiquitó el Cocco!" Un fraile dominicano, llamado Bernardino Acosta, para seguir las juergas populares se metió a versificar al modo de los villancicos, con los rintintines de pascua, para mejor solemnizar las réplicas del Puerto al derrotado en Waterloo. Los versitos eran más o menos así:

¡Viva, viva, viva!
 ¡Viva el Rey Fernando!
 Rey a quien adoran
 sus fieles vasallos.
 Viva aunque no quiera
 su pérfido aliado,
 el vil Bonaparte,
 ese vil tirano,
 horroso oprubio
 del género humano.
 (Al estribillo)

Lanzarote reconoció en seguida el mandato de la Junta de Gobierno creada en La Laguna, pero los vecinos del Puerto desearon dejar constancia escrita de su fervorosa adhesión, suscribiendo un largo documento en el que, entre otras

cosas, dice que reconoce como a legítimo Señor a Don Fernando VII, y jura su defensa y la de España hasta derramar la sangre. Firman don Francisco Aguilar, Lorenzo Cabrera López, José Ginory Ramos, Luis Cabrera Rodríguez, Mannel Alvarez, Juan de Páez, Luis Cabrera López, Policarpo Medinilla, Miguel Ramírez y Eusebio de Casares, todos ellos "sujetos espontáneamente a las órdenes de V. E. y las esperan para obedecerlas llenos de respeto". Es natural que a los vocales de la Junta de Tenerife gustara sobremanera este sahumero de Arrecife, máxime cuando se comprometía a pagarles un "medio diezmo". Pero lo absurdo del caso es que los entusiasmados porteños de Lanzarote habíanse anticipado al criterio del Cabildo Insular, que los llamó al orden, si bien nadie logró porque por estas caledas cualesquiera hacía tal cual cosa al soco de Don Fernando VII. Vemos, pues, a las damas haciendo recolectas en pro de la Guerra Peninsular, con destino a los soldados que desde Santa Cruz embarcaban hacia España.

El 6 de junio de 1809 el Gobierno decreta el cese de la Junta tinerfeña, y en septiembre del siguiente año llega al Puerto del Arrecife el Marqués de Villanueva del Prado, que iba para la Península a ocupar el cargo de vocal por estas islas en la Junta Central, acompañado del coronel Ríos y del brigadier don Antonio Eduardo.

Todos los anteriores acontecimientos vinieron a parar en revolución local, pues desde 1808 un tal Juan Brito, hombre zafio que ni sabía leer, pero nuevo rico, pretendía un coronelato para su yerno don Juan Valenciano, con el fin de que éste pudiera más fácilmente alcanzar el Gobierno Militar de Lanzarote. Se carteaba el acaudalado Brito con el zumbón y astuto Marqués de Casa-Cagigal, quien más por burla que por amistad contestaba las cartas con frases cariñosas, cuales: "Tu amigo que te estima, Cagigal", o "Querido amigo Brito, ya sabes que tú eres quien me manda". Estas cosas soblaban demasiado al nuevo rico, que para darse importancia iba por dondequiera leyendo las amistosas epístolas de su querido Marqués. A veces se quedaba arrobado, y decía: "Qué no haré yo por ese hombre que tanto me estima", y regalaba al General importantes regalos, de muchísimo valor.

Al cabo, envidió Valenciano de doña María Brito y, sin que pasara mucho tiempo tornó a casarse con otra mujer, si no rica, sí de más categoría social que don Juan Brito y familia. Este acontecimiento enfadó mucho al comerciante, pues estaba seguro que Valenciano despreciaba la buena memoria de su hija, y que, además, la importaba un pito su fortuna. Como primera medida de sus inmediatas venganzas, declinó su mediación ante Cagigal para, a su vez, recomendar a don Bartolomé Lorenzo Guerra, de igual graduación que Valenciano, obteniendo para aquél el Gobierno Militar de Lanzarote, a quien como a hijo propio ofreció su casa, muy lujosa, en el Puerto del Arrecife. Depuesto el Marqués de Casa-Cagigal en julio de 1808, su sucesor destituyó a don Bartolomé Lorenzo Guerra nada más que por ser hechura de aquél, confiando el mando insular al Ayudante mayor don José Feo y Armas, vocal de la Junta tinerfeña por Lanzarote. El agraviado Guerra embarcó para España al objeto de que por el Gobierno se le reconociera la justicia que le asistía, respaldada, claro está por unas talegas de miles de pesos concedidos al efecto por su protector don Juan Brito, que no conoció los resultados porque pasó a mejor vida en 1809, antes de ver al frustrado gobernador en Lanzarote.

Entremos, pues, en la revolución local. El gobernador interino don José Feo y Armas, y especialmente su tío, don José Feo, clérigo intrigante y de bastantes caudales, Comisario del Santo Oficio, juntaron y convocaron un Cabildo a su modo, siendo los primeros meses de 1810. De su cuenta y riesgo el nuevo Cabildo apresó e hizo huir a numerosos vecinos que no consentían el desafuero,

pero el gobernador accidental hizo publicar la siguiente proclama, al parecer, con visos de referendum: "La Ysla no quiere otro Gobernador que a don José Feo y Armas". En tales circunstancias se enteran tío y sobrino de la inminente llegada de don Bartolomé Lorenzo Guerra, investido por la Junta Central del Reino como Coronel y Gobernador propietario. Entonces arremetieron contra todos los que se habían opuesto, y estimularon las tropelías de sus adictos. Mucho sufrió la gente de Arrecife, en particular el Vble. Párroco don Francisco Acosta Espinosa, que hubo de embarcar para Tenerife a fin de no ser maltratado por los amotinados. El pecado de don Francisco Acosta Espinosa consistía en que hospedaba a los Guerras en su casa parroquial, cuando sus paisanos de San Bartolomé, bajaban al Puerto.

Al fin, en junio de 1810 llegó a Tenerife el coronel don Bartolomé Lorenzo Guerra, enterándose por el Párroco de Arrecife de todas las artimañas del Gobernador interino. El Coronel embarcó para Lanzarote sin pérdida de tiempo, trazándose un plan defensivo caso de que allí no le quisieran recibir para posesionarse de su cargo. Efectivamente, una vez fondeado en el Puerto del Arrecife, varios emisarios le invitaron a marcharse de nuevo, y le amenazaron con la gente y guarnición sublevadas en la Real Villa de Teguiise. Entonces, Guerra, decidido y valiente, se incauta de cuantos víveres pudo recoger, y hace un sentido llamamiento a sus seguidores para sofocar la revuelta. Varios artilleros se le sumaron, y asimismo marineros y patrones de pesca, que luego utilizaría el Coronel como enlaces entre los castillos de San Gabriel y San José, donde se encerró el legítimo Gobernador para dirigir la defensa de los leales.

Los amotinados parciales del Cabildo de Lanzarote, guiados por el Procurador Andresito, enjuto y amarillo, con su levita parda y un hacha herrumbriente en la mano diestra, bajaron en tropel desde distintas partes del interior, armados de pistolones y palos para atacar la fortaleza de San Gabriel. Fue una tarde de junio de 1810, muy soleada, sobre las cinco horas sería, cuando ya estaban enfilados por el adarve del Puente de Las Bolas, cuyo rastrillo permanecía sin elevarse, y desde donde hicieron disparos a granel, sin ton ni son, sin orden ni concierto. Desde el castillo se les conminaba a la rendición, diciéndoles que se retirasen o de lo contrario dispararían. El Gobernador dispuso que no se hicieran tiros sino en caso de extrema necesidad, y en esa hora llamó a uno de los patrones de pesca para que lo llevara en una balandra al castillo de San José, a una milla y media del de San Gabriel. Sin embargo, la muchedumbre seguía gritando y aproximándose cada vez más, por lo que el subteniente don Leandro Camacho, resolvió disparar el cañón del artillero Manuel Valentín López, haciéndose un tiro alto con metralla que, pese a la precaución tomada, mató a uno e hirió a dos de los sitiadores. ¡Cómo corrieron todos! No parecían sino cabritos desmandados, tropezando unos con otros como por ver quién mejor escapaba. ¡Qué carreras a gatas para asocarse tras los muros del adarve! Este desconcierto fue hábilmente aprovechado por el patrón de pesca Antonio de Brito, que salió disparado desde el castillo y soltó los garfitos que sujetaban el rastrillo, por lo que haciendo esfuerzos sobrehumanos consiguió mover el molinete y elevar el puente.

Los atacantes, en su desafortada carrera llegaron al soco de la iglesia de San Ginés y se fueron camuflando por las callejas de La Puntilla, pero algunos vieron que por el islote del Francés, o de Degredo, hacia el Charco de San Ginés, navegaba la balandra que llevó al Gobernador a la fortaleza de San José, por lo que pensaron que ahora el Coronel Guerra se disponía a entrar por las bajas de Juan Refón al castillo de San Gabriel. Lograron atacar y encallar a la balandra, pero se decepcionaron al ver que don Bartolomé Lorenzo se había quedado en la otra fortaleza de Puerto de Naos.

Al siguiente día, los amotinados parciales del Cabildo de Lanzarote hicieron bajar desde la Real Villa de Teguiise a la mayor parte del Regimiento, con cuatro cañones de alcance. Esta recua de guerrilleros, según se acercaban al brazo de lavas que viene Tahiche abajo, recibió un cañonazo procedente del castillo de San José, de tal manera estruendoso que los amotinados se despararraron como conejos sobre las escorias, y no se levantaron hasta la noche, en que hicieron su entrada en Arrecife. El Puerto estaba completamente desierto, y hasta los barquitos de pesca y barcos allí anclados fueron varados por Guerra a la vera de la fortaleza para evitar una invasión desde el mar. Estas y otras dificultades hicieron entrar en razón a los alocados parciales del Cabildo, quienes sin un jefe diestro decidieron abandonar la partida y no seguir exponiéndose por una causa que todavía no acababan de entender. Pena daba verlos alicaídos, silenciosos, cada cual camino de sus casas respectivas... Por su parte, don Bartolomé Lorenzo Guerra despachó una goleta para Santa Cruz a cuyo bordo iba el subteniente don Leandro Camacho, que en su nombre informaría al Comandante General don Ramón de Carvajal. Empero, S. E. no tenía tropas y arbitró que Guerra embarcara para Tenerife, a la vez que enviaba a Lanzarote a dos consiliadores, que por inútil gestión tuvieron que regresar a las cuarenta y ocho horas.

La Real Audiencia condenó al procuradorcillo *Andresito* a pagar fuerte suma de dinero, embargándosele los bienes a fin de satisfacer la multa, de cuyas resultas falleció dos o tres años después. Otro paniaguado del barullo insular fue don Nicolás Cabrera, vecino de Las Tías de Fajardo, y hermano del cura don Cayetano, párroco de aquel pueblo. A don Nicolás no le pusieron multa alguna porque se quedó en la palestra, pero sí al borracho "pinta puertas", que manipuló los cañones traídos desde la Real Villa de Teguiise, llamado el *Cachupín*. Una de las principales víctimas de los amotinados fue el honorable Capitán don Ginés de Castro, padre del futuro Alcalde Mayor, de su mismo nombre, que destacó en 1824, a quien tenían por partidario del Gobernador Guerra, sencillamente porque su hijo acompañaba al Coronel en las fortalezas de Arrecife. La gente lo insultaba y, desde su hogar de San Bartolomé, lo llevaron preso hasta la Real Villa, donde se explicó como un verdadero soldado, quedando a bien con todos y, en particular, salvando sus caudales, que pretendíanle confiscar.

Entretanto, en noviembre de dicho año, se desplegó en Santa Cruz de Tenerife una horrible epidemia, sucumbiendo en ella don Bartolomé Lorenzo Guerra, sin que llegara a gobernar a su isla natal.

Con la llegada del nuevo Capitán General, Duque del Parque Castrillo, en 1811, fue detenido y llevado a Tenerife el interino don José Feo, que ingresó en prisión la noche del 30 de mayo de ese año, permaneciendo allí todo el tiempo que gobernó estas islas el flamante Duque. El Capitán General, que no se andaba por las ramas, detuvo y embarcó para Tenerife a dos frailes cabildistas, uno el Prior de Santo Domingo, llamado Bernardino Acosta, y el otro, P. Medina, igualmente dominico, que fueron cogidos por sorpresa. Tamañas detenciones llenaron de terror a los disidentes, quienes para curarse de espanto ni siquiera ya salían de sus casas. Hay que tener en cuenta que el Prior de los Dominicos de la Real Villa, quiso adular al Capitán General escribiéndole los versos que a continuación se transcriben, pero ni por esas escapó el fraile poeta:

Ven Bendito de Dios.
Ven Parque amable,
Ven Iris deseado,
Que ya empieza

A percibir la Paz inalterable
 El alma, a quien la brindas
 Con franqueza:
 ¡Oh dulce General,
 Acepta afable
 De Lanzarote
 La primer fineza,
 Ella te ofrece con preciosos dones,
 La obediencia, el amor,
 Los corazones!

Raras serán las tropelías que no tengan sus anécdotas, como aquella de la sesión habida en la ermita del Espíritu Santo, en la Villa capital, donde los miembros del Cabildo invitaron al escribano don Carlos Monfort para que, desde el sagrado púlpito, arengara a los reunidos para “no desmayar en la buena causa que seguían”. Este “sermón político” le valió al señor Monfort su incorporación a la Comisión que marchó a Tenerife para cumplimentar al Duque del Parque Castrillo, quien habiendo recibido el “scoplo” le dijo: “Es preciso recompensar a usted, Padre Predicador, por su excelente sermón”. El señor Monfort quedó petrificado, casi sin habla ni aliento, temiendo las represalias del Capitán General que ni pizea de caso le volvió a hacer. Las drásticas medidas adoptadas por el Duque, cesaron ese mismo año en que llega al Puerto del Arrecife don Pedro Rodríguez de la Buria, Teniente General, nombrado para Comandante de la Provincia. Este suceso inesperado, fue un verdadero acontecimiento, pues los lanzaroteños, escamados del tiránico Duque, festejaron al recién llegado y le hicieron ofrendas mil, entre las cuales hubo una sonada exposición de objetos del país y fuegos de artificio. Tales demostraciones de afecto conmovieron al nuevo Comandante General, que mostrándose tibio con unos y cordial con otros, logró restañar muchas heridas políticas. Después de posesionarse de su Comandancia, nombró a don José Berriz de Guzmán como Gobernador Militar de Lanzarote, persona docta que se condujo con tacto y buenas razones. Fue este año uno de los tantos desgraciados, y el nuevo Gobernador ordenó en 15 de noviembre que se abrieran los pajaros para que los pobres pudieran adquirir granos, los cuales solían reservar algunos propietarios para venderlos clandestinamente a precios elevados o embarcarlos para el exterior, por lo cual instaló la célebre “Casilla del Resguardo” bajo el control de un cabo y dos carabineros.

Las gestiones encaminadas para habilitar al Puerto del Arrecife van por muy buen camino, y así lo recaba Gordillo ante las Cortes de Cádiz, que decretan dicha habilitación el 11 de julio de 1811, aunque por muy escasos días, ya que a instancias de los armadores tinerfeños el decreto fue anulado. Esos presentes con que Tenerife “mimaba” a Lanzarote quedan bien expuestos si se tiene en cuenta los tristes acontecimientos respecto a las pescaderías africanas y flota lanzaroteña, ésta compuesta de varias goletas vistosas y veloces, hasta el punto y seña de que fueron literalmente atacadas como por envidia. Sirva de ejemplo, aquella famosa embestida que a una preciosa goleta lanzaroteña dio con su embarcación el patrón Cipriano Abilés, y que a Dios gracias perdió su bergantín, que se deshizo contra el bien construido casco de la goleta conejera. Esta quedó “trancada”, como dicen los marineros, pero sin daño alguno, dedicándose en seguida a recoger a los fanfarrones tripulantes del agresivo bergantín. Escenas de esta clase eran vistas con frecuencia en la ruta pesquera, que pretestaban a modo de desafío con los barcos lanzaroteños, cuyos patrones, amantes de su isla, hacíanlos correr hasta la locura con tal de que esas embarcaciones no pudieran

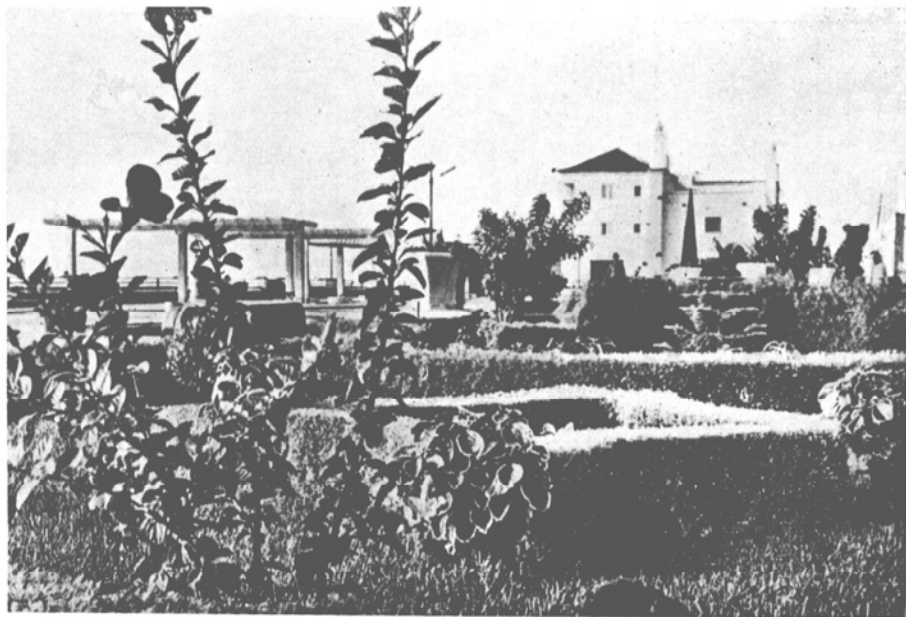
vanagloriarse de haber vencido a una goleta de Lanzarote. La flota de esta isla soportó lo indecible para no verse desplazada de la explotación de los bancos africanos, una industria creada exclusivamente por el hombre lanzaroteño, y que los acaudalados armadores afincados en Nivaria pretendían ahora monopolizar, aunque eso supusiera un golpe mortal para la economía de Lanzarote y su Puerto del Arrecife (52).

A partir de 1813 la vida vuelve a hacerse casi imposible en toda la geografía insular, registrándose, además de la sequía, grandes terremotos, que ya no cesarían hasta los diez próximos años, o sea, en 1824, en que comienzan las erupciones de los volcanes Clérigo Duarte, Cuervo y Tinguatón, de los que se hablará en su capítulo correspondiente. En 1813, año que comentamos, sufre bajas considerables el vino, que desciende aún más en 1814, y todavía más en 1815. Por ejemplo, en 1813 se vende entre los 45 y 50 pesos, y en 1815 de 35 a 40, cuando se había vendido en 1812 a 100 pesos, según confiesa el Marqués de Villanueva del Prado, que en eso cifraba el porvenir de las Canarias. La escasez de cosechas, que traía cola desde tres años atrás, hizo necesaria la reiterada importación de víveres de Madera y Azores, ya que a nuestras islas mayores no se podía ir, dada la epidemia reinante en Tenerife y Gran Canaria, cuyo tráfico estaba prohibido. Como no había modo de mantenerlo se vendió para la Madera casi todo el ganado insular, a precios de ganga, nada más que para evitar que muriera de hambre. Asimismo se inició el éxodo de lanzaroteños hacia la ciudad del Plata, aunque en condiciones semejantes a las tradicionalmente aplicadas a los esclavos.

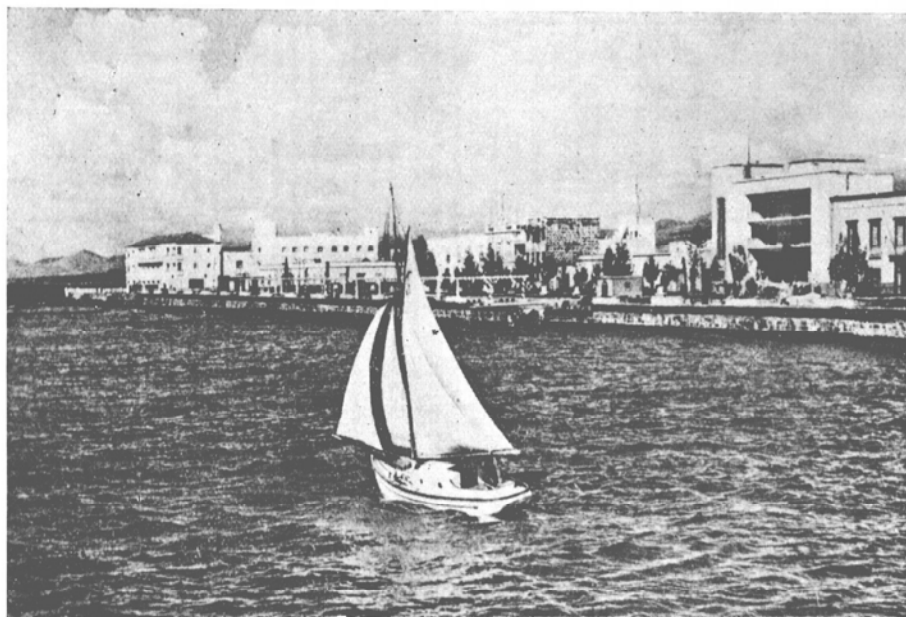
Continuaban los recelos respecto a los barcos que arribaban al Puerto del Arrecife procedentes de Tenerife y Gran Canaria, por lo que se construyeron dos casitas a modo de lazaretos en el Islote del Francés, para evitar la intemperie a los apestados, que los hubiera habido si no media la milagrosa mano de la Providencia. En el mes de octubre de 1811 fondeó en el Puerto del Arrecife la goleta *Lorenza*, siendo su patrón Mariano de Brito, que se pudo fugar del puerto de La Orotava, donde había fiebre amarilla desde el día 4 del mismo mes. La Sanidad no la quiso admitir en el Puerto arrecifeño, pese a que los tripulantes se asomaron más sanos que unas pascuas. En la ribera de Arrecife se convocaron las familias de los marineros, que emprendieron unos llantos desorbitados, pero que lograron conmovier a los de la Sanidad, y se dispuso que no sería ahuyentada la *Lorenza*, sino que se le imponía una cuarentena de 80 días, al término de la cual podría la gente desembarcar. Sin medicamentos ni médico, los marineros de la goleta mostraban diariamente sus caras a los inspectores, siendo que los apestados se sombreaban las caras con hollín para disimular sus amarilleces, aunque suponemos que serían enfermos de menor cuantía, o que ya habían superado la enfermedad. Muchos de los marineros se iban a tierra por la noche "para dormir con sus mujeres", dice Alvarez Rixo, sin que nadie les viera, por lo que quizá el contacto de las aguas frías mejorábales la enfermedad, porque a pesar de todo no hubo en el Puerto del Arrecife un solo contagio. Además, por si fuera poca cosa lo de la sequía y los temores de la peste, se mete en la isla una gigantesca plaga de langosta africana, dándose la acostumbrada alarma para que acudieran vecinos de todos los pueblos a fin de exterminarla, aunque ningún daño hizo debido a la pobreza en que se hallaban los terrenos.

Después de varios años de penurias el Puerto del Arrecife torna a normalizar su comercio, y exporta cebada a puertos peninsulares, transportada por barcos propios de cabotaje, a la vez que las naos de la ruta de América, cargadas de emigrantes, hacían escala en Arrecife, donde adquirían objetos y víveres, concu-

(52) Don Antonio María Manrique dejó bien claro estos puntos en 1899.



Sobre terrenos ganados al mar hay en Arrecife bellos rincones.



La bahía de Arrecife es muy propicia para la náutica deportiva.



Castillo de San Gabriel, baluarte principal de Arrecife.



*Castillo de San José, edificado por S. M. Carlos III, conocido también por la
"Fortaleza del Hambre"*



La pequeña Venecia del Atlántico muestra uno de sus clásicos aspectos, localizado en la presente foto del Charco de San Ginés.



Un curioso aspecto del Parque Infantil de Arrecife.



Puerto de Naos, hogar de la flota pesquera más importante del Archipiélago canario.



Las factorías de salazones y conservas se suceden en Arrecife a medida que la flota pesquera se incrementa y moderniza.

riendo a establecerse aquí muchas personas de Tenerife que veían su “agosto” en la importancia que cada vez adquiría el Puerto lanzaroteño. Es la época en que salen para Londres, a estudiar, dos o tres vecinos de padres acaudalados, que a la vuelta parecían verdaderos *dandys* y señores de sus progenitores, pues traían ideas nuevas y trajes que asombraban. Con esta gente endigalda apareció, procedente de la Península, don José Feo y Armas, que después de diez años de ausencia había logrado su graduación de Coronel y Gobernador Militar de Lanzarote, posesionándose de su alto cargo en 1821, para morir en su famosa casa de Testina (hoy desaholada) el 19 de julio de 1824, cuando sólo faltaban doce días para la erupción del volcán de Tiagua.

El primero de octubre de 1824 cundió gran alarma en el Puerto del Arrecife a causa de haberse visto una gigantesca columna de humo hacia el Norte de la isla, por lo que el Alcalde Mayor, don Ginés de Castro y Alvarez, montó a caballo en dirección a Famara, para examinar, si posible le era, tamaño suceso. Mas, al llegar al barranco del Maramajo, comprobó que sólo se trataba de una enorme nube formada por los nuevos vientos del NO. Igual que un siglo atrás, los habitantes de Lanzarote pretendieron abandonar la isla sinistrada, pero si en 1730-36 hubo un héroe como don Melchor de Arbelo, ahora cuenta con don Ginés de Castro, quien no parará de cabalgar hasta la total extinción de los volcanes, cuyas erupciones habían comenzado desde el 31 de julio para terminar a finales de octubre, volviendo la calma entre la gente. Muchas de las familias que se ausentaron a otras islas por miedo a estas últimas erupciones volvieron a Lanzarote, por lo que el censo de ésta queda nivelado, sin grandes pérdidas, pero no así el Puerto del Arrecife, que aumenta algo, contando ya con 1.520 hembras y 1.179 varones del total que suma la isla, o sea, unas 15.400 almas, según el cómputo que realiza el Instituto Geográfico y Estadística (53). Al expirar el primer lustro del siglo XIX el Puerto del Arrecife tiene ya cierto rango de capital, y cuenta además con una flota de veinte grandes embarcaciones pesqueras, amén de multitud de barquillos propios para el empleo del chinchorro. Sus edificaciones parecen multiplicarse para abrigar a la cada vez mayor presencia de comerciantes, éstos atraídos por el auge que toma ahora la barrilla, cuya exportación alcanza por estas fechas los ciento cincuenta mil quintales que, al precio de noventa reales, supone en la isla un ingreso de casi tres millones de pesetas oro (54).

Dice Alvarez Rixo que no había gran cultura entre los comerciantes locales, excepto los de Tenerife, que eran instruidos, por cuya razón “el hombre chicharro que llegaba a Lanzarote recibía muchas atenciones, particularmente de las mujeres, que tenían bastante discreción para conocer la ventaja que hacían a los naturales de su Ysla”. Por su analfabetismo tenía el comerciante lanzaroteño que valerse de los pocos individuos que poseían cierta educación, como don José Alvarez y don Francisco Aguilar, para los asuntos de Inglaterra, y don Policarpo Medinilla para los franceses, a quienes confiaban sus planes más reservados por incapacidad y falta de elementales disciplinas. Sin embargo, pese a todo, el Puerto del Arrecife prosperaba a la vez que se ensanchaba su cañerío, cosas ambas vigiladas muy de cerca por la Real Villa, que no era indiferente y sentía pavor por ese rápido crecimiento del Puerto, pues no en balde la raída y desorientada capital de Lanzarote ya había perdido las dos terceras partes de su población. Empero, pese a las dificultades que oponía la vieja capital, los campesinos propietarios fueron cada vez más numerosos en ruta hacia el Puer-

(53) El cotejo realizado con datos parroquiales permiten aconsejar indisputable crédito a esa estadística oficial.

(54) Según Eugenio Rijo Rocha.

to, y detrás de ellos ibanse asimismo muchos centros oficiales, tales como la Administración de Reales Rentas, la Ayudantía de Marina, el Gobierno Militar, éste trasladado en 1827. En la Real Villa solamente quedaban el Juzgado, similar a los de Primera Instancia e Instrucción, desempeñado por el Alcalde Mayor, en esta hora ya denominado Alcalde Real Ordinario.

Que el Puerto del Arrecife encaminaba sus pasos con premura hacia la capitalidad insular no hay duda, pues circulan multitud de documentos que así lo atestiguan, pero que por causas de íntima reserva no reproducimos. Vemos, pues, cómo los centros oficiales se desplazan al Puerto juntamente con los vecinos del interior, cobrando Arrecife cada vez más importancia en su tráfico y actividades de toda índole. Es la época en que la Condesa de Santa Coloma dispone que su Islote del Francés (55), dado el movimiento diario que se registra en el Puerto, se emplee como coto en que albergar a las cabalgaduras, en particular, camellos celosos. Más tarde el administrador de la Condesa trabaja el islote y en él planta cebada, logrando regulares resultados (56), y en la actualidad está ocupado por una importante factoría de salazones y conservas.

Hacia 1830 se plantea el problema de la enseñanza, aunque Arrecife ya contara con dos escuelas de primeras letras, resultaba insignificante para atender a los niños más humildes, y alega el Alcalde la imposibilidad de aumentar las clases porque no puede cubrir el presupuesto de diez mil reales anuales. En 1834 el Ayuntamiento, con aportaciones voluntarias del vecindario, edifica una carnicería y una pescadería. ¿Para qué carnicería y pescadería en el puerto —se pregunta el administrador de Rentas Nacionales—, ante la inhumana despooblación de la isla, cuyos hombres eran enviados a la Argentina como verdaderos esclavos, hasta el colmo de que los 15.400 hombres que poblaban la isla en 1824 se redujeron hasta la mitad en sólo diez años.

Por fin llega el ansiado Decreto divisionista de 17 de marzo de 1852, causando grandes alegrías entre la población lanzaroteña la presencia de una empavesada goleta que el canarísimo Gabinete Literario había enviado al Puerto del Arrecife para comunicar la buenanueva. Todos los hijos de Lanzarote daban vivas a Gran Canaria y los "cuhetes" sonaban casi sin interrupción, mientras que las nuevas campanas de San Ginés sonaban a gloria. En esa misma goleta embarcó una comisión encargada de expresar en la recién nacida capital de la nueva provincia el contento general de Lanzarote, y participar además en los festejos que Las Palmas venía celebrando con tal motivo. Sin embargo, por esas fechas felices, no todo fue agua mansa, pues algunos recalitrantes de la "integración" proferían gritos y amenazas de muerte, ¡sí, señor!, contra cualesquier patriota de la sacrosanta División. Los tales "integracionistas" volcaron sus actividades en la fundación de libelos, algunos manuscritos, sin otros fines más altos que los de inventar "trapos íntimos" a quienes cumplían, repetimos, con el sagrado deber divisionista. Es interesante aclarar que el proceso de la Capitalidad de Arrecife tuvo sus más y sus menos, pues mientras Las Palmas abogaba por ello, Santa Cruz denegaba toda solicitud en tal sentido. Esto era debido, según

(55) Las propiedades de la Condesa de Santa Coloma en Lanzarote eran: el bloque de casas donde más tarde se instalaron las Siervas de María y luego las Amantes de Jesús, que acaban de abandonar esta isla. Las salinas de El Río, en Famara. Casi todo Maneje. La Vega de Guatiza. El Islote del Francés y diversos solares en el Puerto del Arrecife.

(56) Don Enrique Sáenz Doñoso (x), oriundo de Madrid, fue a estudiar a Francia, donde tuvo como condiscípulo al Conde de Santa Coloma, con quien hizo fraternal amistad. En 1880 fue nombrado administrador general para las posesiones de Canarias, residiendo primeramente en Las Palmas, ordenándosele más tarde el traslado a Lanzarote, para lo cual le asignaban 5.000 pesetas al año y el 10 por ciento de las cosechas.

(x) Sucedió a don Leandro Fajardo en la política conservadora, siendo jefe de ese partido hasta el día de su muerte, que acaeció en 1902.

opinión de Antonio María Manrique, a que los armadores santacruceros —entonces muy influyentes en los destinos canarios— veían en el Puerto del Arrecife un serio y tenaz contrincante en la industria pesquera. Sólo con el informe del ministro de la Gobernación, don Patricio de Escosuras, y con el Decreto divisionista, se reconoció la capitalidad de Arrecife, ganada por propio derecho y por ser magnífico puerto de mar. El curso del tiempo así lo ha demostrado.

En medio de la barahunda política sufre Lanzarote nuevo colapso, que le dura unos cinco años (entre 1852-57) por obra y gracia de la sequía, que impidió la menor cosecha, a la vez que el comercio de la barrilla caía verticalmente desde la altura en que se encontraba. A estas calamidades se suma la fuerte emigración hacia el Nuevo Mundo, ya que en 1855 salen con destino a la Habana y Buenos Aires 3.000 individuos de Lanzarote, reduciéndose la población de la isla hasta casi la mitad de sus normales habitantes, pues cada año salía numerosa gente dispuesta a hacer fortuna en América, cosa que paralizó, de pa a pa, el auge que en los últimos años tomara el Puerto del Arrecife. Empero, pese a tantos inconvenientes, el Puerto no se decide a quedar estancado, si bien es cierto que la ausencia de los agricultores (éstos volvieron al campo debido a los cuidados que requería el cultivo de la cochinilla) restó alguna importancia al comercio, trasladado en su expresión más abundante al pueblo de Tiagua. Por otra parte, las gestiones encaminadas a la declaración de Arrecife como cabeza de Partido Judicial culminaron en feliz realidad el 26 de septiembre de 1847, aunque no se trasladara definitivamente el Juzgado de Primera Instancia e Instrucción hasta estos años de 1856, o sea, cuatro años después que la Real Villa se convirtiera en “antigua” capital de la isla.

En octubre de 1857 el Ayuntamiento de Arrecife instala su primer alumbrado público, a base de los típicos faroles de petróleo, a la vez que exigía del vecindario un tributo de dos y medio reales de vellón mensuales por cada edificio alto, y un real y treinta maravedises por cada una de las “terreras”. En este mismo año, abundantísimo en garbanzos, comienzas las obras del nuevo cementerio, de cuya inauguración ya dimos cuenta al principio de esta somera historia, porque el primitivo de La Destila era incapaz de cumplir sus amargas funciones (57). En años sucesivos el Ayuntamiento adquiere, previo concierto con don Manuel Rafael de Vargas Mellado, por 45.000 pesetas, a pagar en catorce anualidades, las ruinas de la casa y almacenes de Madan, que se convierten en Casa Consistorial, Juzgados de Primera Instancia, Plaza del Mercado y Grupo Escolar, regido éste por el maestro don Vicente Llorente.

Entre los tipos de la época dignos de mención es el que fue Alcalde de Arrecife, don Camilo González Morales, hombre campechano y dado al buen vino de La Geria, “Quijano” en una invariable yegua blanca, sobre la que tambaleaba su enjuta y corva figura cervantina. Cierta día, cuando salía de oír la Santa Misa escuchó que le llamaban “borracho”, y sin inmutarse subióse encima de la barbacana de la Plaza de Las Palmas para llamar la atención del pueblo. Logrado esto, con la solemnidad y rito característicos en él, dijo: “Pueblo bárbaro, aquí tenéis el Alcalde que merecéis”, y se daba fuertes golpes en su enflaquecido pecho. Más tarde se fue a Cuba, donde don Fernando León y Castillo le había encontrado “enchufe”, a propuesta del diputado por Lanzarote, don Fernando de Castro.

Folletinescò fue el vidrioso asunto del telégrafo, cuyo cable, por decreto de 23 de octubre de 1883, debía pasar por Lanzarote, aunque por abuso de su cargo don Juan Ravina lograra el amarre con Tenerife, por lo que así se truncó

(57) Sobre la planta de ese viejo cementerio se pretendió edificar una iglesia en honor de la Virgen del Carmen, para lo cual dio el pueblo mucho dinero, pero con el tiempo se construyó en ese lugar el actual Instituto de Enseñanza Media.

una vez más el legítimo desarrollo de esta isla. ¡Benditas aquellas iras santas de don Fernando León y Castillo! (58). La Ley de Puertos Francos no hizo tampoco olvidar, pese a la alegría de todos los canarios, esa vieja aspiración integracionista que retrazaba las reivindicaciones de Lanzarote respecto a la industria pesquera. Por fin, decretada la definitiva división provincial, el Puerto del Arrecife se ve libre de las dificultades que le ocasionaba la influyente Santa Cruz, y pudo dedicarse plenamente a la explotación de los bancos saharianos, sin los inconvenientes que la situación política de la integración le imponía para favorecer a los poderosos armadores santacruceros.

(58) "León y Castillo desahogó su pecho en forma tan enérgica, que seguramente aquel señor no se había encontrado ni se encontró jamás en situación tan humillante para un hombre de honor y dignidad", dice Carlos Navarro y Ruiz, comentando la entrevista de don Fernando y el representante de la Compañía Telefónica en Madrid, don Tadeo Oksza, cómplice de don Juan Ravina.

ALFONSO XIII EN ARRECIFE

CAPITULO III

De la mascarada de don Gregorio Chil y Naranjo, de la redención de las Islas, del "Triángulo" y el "Compás", de las Siervas de María y de la real visita de don Alfonso XIII.

Transcurren los años y la flamante capital de la Isla insiste con afortunadas gestiones en pro de la creación de un hospital insular, siendo su legítimo fundador, en 20 de junio de 1887, don Manuel Miranda Naranjo, tan vilipendiado por las ideas avanzadas de algunos de sus parroquianos. Era la época del "Triángulo" y el "Compás", cuando en el ya Puerto de rango las damas imitaban a las "ladies" que en Inglaterra habían impuesto la moda del cabello gris, y que, constituyendo una Comisión, se hicieron cargo del recién establecido Hospital, donde fallece el acaudalado sacerdote don Leandro de Lara y Arbelo.

Al siguiente año, en abril, se terminaron los obras del muelle de Puerto de Naos, debido a lo cual, y para celebrarlo con rumbo, se empavesaron todos los barcos surtos, entre el estruendo de cientos de "culhetes" voladores. Fue este año de 1888 muy próspero en los negocios del mar y del campo, pues todos los barcos rindieron zafra abundante, y la cosecha de cebollas llegó a 35.000 quintales, vendidas a diez reales quintal, que, con las realizadas a quince reales, sumaron 24.500 duros de ingreso total en la Isla. Por estas fechas se celebra en La Orotava una exposición agrícola, y Lanzarote concurre con dos cajas de vino embotellado y una caja de pasas.

Este mismo año llega al Puerto el famoso zoólogo alemán Ernst Haeckel, de la Universidad de Jena, acompañado de dos investigadores más. Este ilustre alemán encontró en la rica bahía arrecifeña gran número de peces —jaleas, o siphonophoras—, de los cuales hizo magníficos dibujos a todo color. Tales especies eran escasamente conocidas y, algunas de ellas, no se han vuelto a ver desde entonces. También este año queda establecido el nuevo alumbrado público a base de lámparas del sistema de luz belga, que tenía "una potencia iluminadora triple que la ordinaria", o sea, la simple llama del farol, o belmontina.

En 1890 sufre Lanzarote otro gran descalabro económico motivado por una calamitosa sequía que arruinó por completo a la agricultura, pues los campos quedaron poco menos que estériles. Como consecuencia hubo de anularse el beneficioso contrato de vinos con Leacock y Cía., de Las Palmas, que ascendía a 1.600 pipas en años de cosechas regulares, y por ende, en Lanzarote, quedó la mano de obra sin empleo, que hubo de solicitar en masa a la activa capital de de la Isla.

Mas, el Puerto del Arrecife andaba muy mal parado por el súbito descubrimiento de las anilinas, por lo que muchos compradores de cochinilla hicieron

mutis y la mayoría de barcos que frecuentaban el muelle de Las Cebollas orientaron sus amuras hacia otros puertos más rentables. Por tanto, la multitud jornalera iba de casa en casa, de pueblo en pueblo, buscando ocupaciones que no hallaba nunca en esta época, acaso de las más crueles, económicamente hablando, pues hasta el dinero dejó de circular. Digna memoria merece el gran antropólogo canario, don Gregorio Chil y Naranjo (59), que organizó la célebre mascarada en Las Palmas a beneficio de Lanzarote, vistiendo el grave doctor primitiva zalea y garrote para recorrer las calles de Vegueta en súplica de limosnas con destino a la isla "desgraciada" (60).

Don Fernando León y Castillo logra aquel decreto de 22 de febrero de 1892, fielmente orientado para la definitiva redención de todas las Canarias. En consecuencia, para paliar la situación creada, el Gobierno de la Nación concedió a Lanzarote algunos pequeños créditos extraordinarios con el fin de realizar cualesquiera obra pública en que emplear a los numerosos obreros sin trabajo, los cuales estaban privados de medio y lugar donde ejercer el menor oficio. También acudió en favor de esta isla la de Gran Canaria, cuya sociedad "Amigos del País" recaudó fondos, que se sumaron a los ya aportados por el Estado y otras cuotas voluntarias remitidas por canarios residentes en el Uruguay. Con el total de esos socorros, y poco más que facilitaron acaudalados lanzaroteños, se construyó el puente del camino que hoy une al Puerto de Naos con el de Arrecife, y que sesga una de las orillas del bellísimo Charco de San Ginés, quedando asimismo comunicado el Isote del Francés, de 470 metros de longitud, hasta este instante dedicado a "echadero de camellos". Por su parte, el Ayuntamiento, que había emprendido obras de urgencia para emplear a tanto ocioso, inauguró el "Paseo de las Cebollas", con su quicóscio y "elegantes canapés" (61).

Es la furia de los partidos políticos (62) quien hace torcer la apacibilidad de Arrecife, que azuzada por leves y pasajeras promesas hizo comercio y juego de votos y estratagemas. Así vemos extrañas convocatorias encaminadas a reunir a los isleños de "ideus avanzadas" en los sótanos de la casa de Melero, en la actualidad Avenida de "Coll", donde se acababa de fundar (63) una logia masonónica, que en pocos años habría de convertirse en cosa así como Secretaría de semejante organización internacional para todas las Canarias. Esta logia de Arrecife se llamó "TIMANFAYA" y estaba registrada en el Gran Oriente con el número 199. Madrugadoras caravanas de jinetes y burros constituían el tráfico religioso-político en derechura a la siniestra casona. Sin duda, tales circunstancias, crearon en Arrecife una tradición popular según la cual todo quisque vestido con adustez, en particular de negro, y que fuera endilgado, tenía que ver

(59) Fundador del Museo Canario en Las Palmas y el primer impulsor español del estudio de la "Prehistoria Canaria" con carácter científico.

(60) No sabemos, al cabo de los años, que Lanzarote haya perpetuado el recuerdo de tan preclaro y pio varón, que no dejó de apoyar a la isla hasta que don Fernando León y Castillo lograra aquél decreto de 22 de febrero de 1892.

(61) Fue Alcalde en este tiempo el conejero de pro don Rafael Ramírez Vega.

(62) El primer domingo de septiembre de 1896 se armó un desagradable jaleo por las calles de Arrecife, con motivo de las elecciones a diputado, siendo don Benito Pérez Armas autor de enérgicas campañas en contra de Gran Canaria, no sin hacer zalemas a sus superiores tinerfeños.

Eran los tiempos en que se pretendía malentender a canarios y lanzaroteños, éstos encabezados por el vate Pineda que, por cierto, también fue implacablemente atacado por el autor de "Las lágrimas de Cumella".

(63) En junio de 1893 hubo un gran guateque inaugural al que asistieron unas 60 personas de distintos pueblos de la isla. Este acto se celebró en la dicha casa de Melero, hoy moderno Instituto de Higiene, donde había vivido don Tomás Frías (x), nacido en Arrecife y que emigró al Uruguay. Su hijo es el notario y diputado Frías, del partido nacional uruguayo.

(x) El apellido Frías, que nos recuerda al aguerrido Obispo de San Marcial de Ruþicón, está extinguido ya en Lanzarote, y sólo existe como denominación en El Rincón de la Vegueta (Tinajo).

con el "triángulo" y el "compás". ¡Qué impío jaleo se armó cuando el médico James, al que se le prohibió el ejercicio de su carrera por vestir de negro, ser adusto y endilgado! Mas, don Tomás James no era masón, pero en Arrecife cualesquiera prójimo con ese sambenito no tenía nada que hacer. ¡Arrecife, católico a marchamartillo, con su postura y ganas de lucha, logró en muy poco tiempo la extinción de la logia, si bien desparramados por la isla quedaron algunos buenos servidores de la retrógrada y antipatriótica entidad!

Con este ambiente de cruzada y cruzados, a veces frío y displicente, y veces caliente y revuelto, la ya capital de Lanzarote se desmereza delante del siglo XX, en cuyos primeros días llega sor Paulina Archeta, monja de mucho brío y santidad, con las soras María, Martirio y Cecilia, para fundar casa y escuela en la plaza nombrada de Las Palmas, quedando definitivamente instaladas las Siervas de María el 22 de junio de 1902, siendo acogidas con repique de campanas y fuegos de artificio, aunque luego hubieron de abandonar la plaza por padecer la comunidad de religiosas verdadera hambre, que las pobrecitas iban afrontando con el mayor decoro posible (63). En 1913 se embarcan sonrientes y a todos manifiestan que "cierran la casa-escuela por no encajar la enseñanza en el espíritu de la regla de la Orden". La verdad sea dicha, las monjitas se marcharon de Arrecife después que hicieron vendas de todas sus sábanas para atender a los enfermos, facilitar sus propios colchones a los indigentes, amén de no tener una sola perra con que comprar un pan... ¡Benditas Siervas de María, que abonaron con fe y sacrificios la tierra del Arrecife! Por fin llega el Padre Cueto al muelle de Las Cebollas, éste abarrotado de bulbos, siendo el año de 1903 uno de los más recordados debido a los grandes festejos y banquetes celebrados en honor del Prelado. No se ha conocido jamás ninguna otra decoración tan fausta y tan artística, como la que mostró el frontispicio de la iglesia parroquial a modo de salud. Todos los aledaños de la Plaza de Las Palmas eran sinfín de camello, burros y caballos, si bien el hormigueo humano fluía y refluía por todos los contornos, a ratos atosigado por la presencia lustrosa de algún señor que, en rica tartana, acudía hasta los pies del señor Obispo a rendirle pleitesía. Habló duramente el Padre Cueto y, como un nuevo San Agustín, emplazó a los enemigos de la Iglesia para hacer públicamente un escarceo de las eternas verdades de la Religión. Prometió interceder ante los poderes públicos para paliar la crisis planteada por la sequía de 1901, y en consecuencia se creó en Las Palmas una comisión ejecutiva, iniciadora de suscripciones públicas con el fin de adquirir granos, agua y toda clase de alimentos. En Madrid se celebró una fiesta presidida por las condesas de Inestrilla, Torrejonso y Xiqueña, recaudándose crecida cantidad, y a ésta se sumó la de los canarios residentes en Buenos Aires, que siguieron igual conducta que los del Uruguay. Pasada la angustiosa situación, y vueltas las lluvias, llega a Arrecife a mediados de agosto de 1905 el famoso violinista Brindís de Sala, que actuó con mucho éxito en el teatrillo de la "Democracia", acompañado al piano por doña Reyes Cabrera, todavía a la luz de belmotina y candilillos de aceite dulce, donde a hurtadillas el bobo Perico mojaba el pan que invariablemente se le multiplicaba debajo del brazo. Perico "El Bobo", fue empleado durante muchos años de su vida, y algunos después de su muerte, como el "coco" de los niños, y acaso en pago a esos edificantes servicios las mamás entregábanle al tontorota gratuitos mendrugos de pan. Perico, estupefacto, solía interrogar a los chicos: "Di tú, ¿por qué juyes, si naida te jago?" Y respondíale la chiquellería, atemorizada: "Zute, p'allá, que te comiste un niño detrás de La Gufoña". Según las meticulosas madres, con sus sombreros de

(63) Desde 1901 a 1902, años funestos, faltaron las lluvias y parte de la población —16.500 habitantes— emigró a Las Palmas y Santa Cruz, llegándose a pagar por los 500 litros de agua 3,75 pts. procelentes de los pocos aljibes que se conservaban abastecidos.

grandes plumas y sus cuerpos encorsetados de pies a cabeza, el pobre Perico cenaba con niños crudos, por lo que la sublime infancia arrecifeña, enconada contra el desgraciado tontorota, llegó un día a escupir el santo rostro de Perico.

Necesario es aclarar que, con motivo de la crisis económica de 1901, numerosas familias emigraron al Puerto de La Luz, en cuyas isletas se afincaron atraídas por el progreso de la sede provincial. Más, en 1903, los barcos procedentes de Buenos Aires, con cargamentos de paja, maíz, turba, etc., trajeron el bacilo de Yersin-Kitasato, enfermedad natural de la rata, que conservando el germen lo transmite por el picotazo de la pulga. *Ese foco dio origen al regreso de muchas personas en las Isletas radicadas desde ocho años atrás, cosa que preocupó grandemente en Arrecife, cuyo alcalde dispuso una graciosa cuarentena a los recién llegados (64), por lo que enterados los paisanos del Puerto de La Luz abandonaron la idea de regresar a Lanzarote (65)* El Ayudante de Marina detiene y confina al barco inglés "Ages Ryg", que procedente de Las Palmas venía a cargar las cebollas de Bosch y Sintes; a este buque y a la "Frasquita", de nacionalidad francesa, se le hicieron minuciosas observaciones antes de que abarloadan en puerto. Al mismo "correillo", que traía la noticia el triunfo de don Fernando León y Castillo, como Senador, sobre el lanzaroteño y doblemente académico don Francisco Fernández de Bethencourt, se le hizo registro. En este barco llegó un tipo curioso y decidido, que se hacía llamar Mr. Jacques Lebanby, quien en seguida quedó tramando la compra de media isla, *sin decir con qué objeto, lo que causó extrañeza y hubo de marcharse por donde había venido.*

En medio de tantos contratiempos, la incipiente capital de Lanzarote se ve metida de lleno en intringulis políticos, pues desde que en 1905 obtuviera García Guerra los 121 votos de mayoría y, por ende, lanzara aquella protesta contra la elección de diputados a Cortes, fechada el 4 de mayo de ese mismo año, los republicanos comenzaron a moverse a base de jóvenes elementos, y crearon el comité reorganizador presidido por don José Franchy y Roca, que también regía esos destinos en Las Palmas. Los engaños y zancadillas eran el pan de cada día, y el auge del puerto muchas veces quedó rezagado a los impulsos políticos, cuyos directores poseían periódico pagó o propio, y que no pasaban de ser mera retahíla de tonterías como ésta:

"Diz que murió "El Proletario"
en una hedionda letrina.
¡Oh, que muerte tan cochina
tuvo el pobre semanario!"

Era tanta la fiebre de polémica y desorientación, que en una población que estaba naciendo todavía hemos contado hasta veinte publicaciones periódicas (66). El único periódico que se salva de la quema es "La Alborada", semanario del "bello sexo", según reza en su cabecera. En él canta a la mujer Francisco Jordán, y del poeta son estos versos:

"Un algo tengo en el alma,
un algo que no comprendo;
tú sabrás cómo se llama
que tus ojos me lo dieron".

(64) Nada más que por sospechas, y sin más dictamen médico, se aislaba a cualquier ciudadano en Lanzarote. ¡Y ojos te vieron ir!

(65) Por esas fechas la población más numerosa de la Isleta procedía de Lanzarote, y al declararse la peste quisieron regresar a su isla natal, pero las "medidas" tomadas aquí les convenció que daba lo mismo quedarse en el Puerto de La Luz.

(66) Agustín de la Hoz.—"Apuntes para una historia del periodismo canario".

Son los días en que llega al puerto el reformado transatlántico "Alfonso XII" que trae a bordo nada menos que al Rey de España, acompañado de su hermana la Infanta María Teresa y su esposo don Fernando de Baviera. Todo estaba dispuesto para la regia visita, ya que en 20 de mayo del año anterior había llegado al Puerto don Eduardo Cobián, personalidad de la política nacional, orador eminente, y persona de absoluta confianza del Monarca. No cabe la menor duda, que Su Majestad eligió al señor Cobián (67), por indicación del Gobierno, que comenzaba a prestar especial atención al Archipiélago canario una vez perdido el imperio colonial. Con el enviado especial del rey llegaron a bordo del "Numancia", viejo buque de guerra con gloriosa historia, varios periodistas encargados de informar respecto al interés de las islas Canarias (68).

El "Alfonso XII" amarró en la barra de Arrecife un amanecer de los primeros días de abril de 1906, y Arrecife supo responder a las gestiones realizadas por don Eduardo Cobián, recibiendo al Monarca por todo lo alto, ya que en el muelle de Las Cebollas levantó, en honor a don Alfonso XIII, la más peregrina tribuna que rey vivo haya visto jamás. Era el parapeto como un gran ventorrillo de los tradicionales "sangineles" (69), con sus columnas y arcadas de palmas, celosías pintadas de muchos colores y fondos de carísimo terciopelo morado, amén de sillas y sillones de Chippendale. Su Majestad ni siquiera se fijó en tales aparatos, porque salió volado para admirar la estulta y rara presencia de los chromedarios que, en decúbito prono, mostraban sus atavíos de gran gala. Entretanto, don Adán Miranda, revestido de alcalde, descubrió la chistera, una y otra vez, alzándola con su brazo regordete, para gritar: "¡Viva el Rey! ¡Pueblo de Arrecife y campesinos de Lanzarote, vivaaa don Alfonso 'treseee'! Labradores, camelleros, ricos armadores y pobres marineros, todos a coro, respondíanle: "¡Vivaaa, vivaaa!" El Rey niño, que como embebido, escuchaba el tableteo exótico que produce la lengua de los camélidos, trabó en seguida conversación con Pablo "El Fino" (70), quien invitó al joven Monarca para que se encaramara sobre la cruz de una de las bestias. Tan mal le salió la levantada que por poco nuestro Rey da de narices contra el suelo. A la vista del accidente se precipitó hacia allí el general Luque, pero "siñó" Pablo se interpuso diciéndole: "No se apure mi niño, que el chico ya no es caído, y puede ahí arriba apretar eso". El ministro de la Guerra se quedó con la boca abierta, comprobando que aquel humilde camellero no se inmutaba al tratar a Su Majestad de "chico" y a él de "niño", y acaso por ello bien entendiera el señor Ministro que en la limpieza de corazón siempre andan las bienaventuranzas. Lo que pasó no fue otro suceso sino que a don Alfonso se le rodó el regío pie sobre las correas del pretal, aflojándose éste y, por ende, la silla inglesa vaciló, con peligro de la real persona. Ya pasado el susto el amadísimo Rey de España hizo llamar a Pablo para tenderle su mano y preguntarle de paso mil cosas acerca de los camellos y sus costumbres.

Don Alfonso XIII, con sus ministros de Gobernación, Guerra y Marina, ocupó lujoso coche tirado por dos caballos, con auriga de uniforme, y se trasladó a la iglesia parroquial, donde fue recibido por el cura don Bernardo Miranda Na-

(67) Don Eduardo Cobián era abogado de la Casa Real.

(68) El 22 de abril de 1903 entró en el Puerto del Arrecife el cañonero "Doña María de Molina", con cinco periodistas, uno de los cuales, en 1906, publicó un libro la mar de inexacto sobre Lanzarote y demás islas canarias. Algo así como la peregrina publicación que haría don Francisco González Díaz y que titulaba "Tierras sedientas", en 1921, cuyo prólogo constituye una verdadera felonía.

(69) Por "sangineles" denominanse los días en que Arrecife celebra sus grandes y famosas fiestas de San Ginés.

(70) Para el pequeño censo que siempre ha tenido Arrecife, acaso posea la más importante lista autológica de tipos originales. Pablo "El Fino" fué uno de ellos, cuyo excelente sentido del humor llega hasta nuestros días.

ranjo, que entonó el solemne y ritual Te Deum en acción de gracias. Después visitó las escuelas públicas, y a continuación asistió al banquete de gran gala durante el cual departió con las damas y caballeros de la buena sociedad arrecifeña. Por la tarde Su Majestad y los ministros de su Gobierno montaron a camello, bien acomodados en sillas inglesas, con el fin de inspeccionar las obras que desde 1901 se venían realizando en las Mareas del Estado, situadas por las afueras del barrio La Vega, acá de las planicies de Argana y que no habían de terminarse hasta 1913. La comitiva real visitó cada uno de los ocho depósitos formados por dos grupos de otros ocho, cuya capacidad total alcanza las treinta y dos mil pipas (71). La complacencia del Rey y ministros fue total, y Arrecife acordó hacer memoria perenne de la estancia de don Alfonso. Ya entrada la tarde, los visitantes tuvieron necesidad de reembarcar por el muelle de la pescadería, a causa de la bajamar que impedía la menor operación en la esplanada de Las Cebollas. En medio del clamor popular, se le oyó decir a Pablo "El Fino" que si el "muchacho" hubiera permanecido una semana siquiera en Arrecife, de seguro, habría llegado a ser un excelente jinete sobre la cruz de un camello. El Rey de España, don Alfonso XIII, se fue alejando hacia el viejo cascarón del "Alfonso XII", y de pies encima de la tilla de la lancha saludaba una y otra vez con su gorra marinera al gentío que de todo corazón le deseaba feliz regreso a la Capital del Reino.

(71) En la actualidad están destinadas dichas "Mareas del Estado" para almacenaje de aguas de Famara.

LA SACROSANTA DIVISION

CAPITULO IV

De la construcción del "muelle nuevo" y del navegante solitario, de "Angel Guerra" y de los Pósitos Marítimos, de la soñada Base Naval en "El Río" y de la definitiva división de las Islas Canarias.

Dos años después de la real visita de don Alfonso XIII, comenzaron las obras del nuevo muelle de Arrecife (72), que terminaron hacia mediados de 1920, no sin que fuera necesaria la creación de una entidad administradora que se encargara de la ejecución de las obras, nombrándose presidente de la misma al honrado hombre que fue don Carlos Sáenz Infante, que también con la fe de los vehementes levantó el bello edificio del Cabildo Insular (73), tan discutido y boicoteado entonces por creerse demasiado suntuoso para la población (74).

Como hemos dicho, el nuevo muelle comenzó a construirse en la primavera de 1908, con un presupuesto de 1.102.915,38 ptas. extrayéndose la piedra del conocido Morro del Molino (75), que por esta causa tomó entre el vulgo el sobrenombre de "Pedrera". Es ésta, quizá, una de las épocas más caracterizadas en Arrecife, con la ya simpática figura de don Domingo Armas Martiñón en la tertulia de la botica, los ensayos de espiritismo en una habitación del Casino, donde se "hizo" llegar el ánima borrosa de cierto pillo muerto durante una jarana en casa de las "camareras", cuyo garito tenían en los Echaderos de los Camellos. El caserón del Casino fue construido por don Agustín González, aquel encofetado varón que en el año de 1.880 se presentó en la isla como administrador de los bienes de la Marquesa de La Quinta-Roja (76). ¡Qué gran señor se hizo en Lanzarote don Agustín, con su eterno manto desteñido, calzones ajustados al tobillo, barbas de chuleta y bastón de rica empuñadura! Eran los días del Casino de los bailes famosos, en noches de "Bigú" y pan de "siña" Antofñita, cuando don Frasco Torres fuera proclamado el "Brillant-Savarín" del pescado, con mojo o con mahonesa. Era el Casino de las burlas donosas, el de las cenas pantagruélicas, con saraos de etiqueta, durante los cuales, bajo el empaque de un frac, los viejos verdes sen-

(72) Hoy el "nuevo muelle" es incapaz de acoger el tráfico portuario, y acabase de inaugurar otro puerto hacia el norte de la ciudad, llamado "Los Mármoles" (x).

(x) Hubo reciente litigio jurídico-administrativo entre los municipios de Arrecife y Tegüeso por la adjudicación a la capital de los terrenos que la Real Villa poseía en las inmediaciones del nuevo Puerto.

(73) El edificio del Cabildo Insular se comenzó en 1926 y fue inaugurado en diciembre del 29.

(74) Hoy está demostrado que el edificio insular es insuficiente para albergar los distintos departamentos nacidos de su cada vez más importantes menesteres administrativos.

(75) Vulgarmente conocido por "Molino del Caopedro"

(76) La Marquesa de la Quinta-Roja tenía sus posesiones de Lanzarote en el lugar denominado Las Quemadas.

tían latir sus corazones ante la tímida doncella de bordado polizón, o de la soberbia matrona ataviada de tiritas y miriñaque. Corrían años de abundantes y repetidas cosechas, a la par que el mar prodigaba su riqueza en favor de la flota, por lo que esta isla fue jaula para ciertas y determinadas personas. Ocurría que el Puerto de La Luz, a causa de la guerra europea, se estaba viendo menos traficado por pabellones extranjeros, y a tales circunstancias debe Arrecife su primer contacto formal con las suripantas de aquel puerto. La llegada de las “niñas” fue un verdadero escándalo, hasta el punto que las mujeres casadas no soltaron a sus cónyuges ni en sol ni en sombra. Las de vida airada procedían del “Palacio de Cristal”, cerrado en Las Palmas por crisis de “visitantes” extranjeros. “La Carmita”, fundada en la calle de Fajardo, y “La Angelita” en la que hoy, certeramente, se denomina “Otilia Díaz”. Como aves que no calientan nido, las suripantas no tardaron en pactar, a fin de evitar la competencia, y a finales de 1915 abren una casa común, que popularmente se denominó “La República”, en la calle de Hermanos Zerolo (77). Pero, como entre faldas anda el juego, las prostitutas se enfadaron entre sí, coincidiendo tal suceso con la inauguración del bar de La Posada, y don Vicente García (78) ni corto ni perezoso contrató a una “camarera” para engodo de parroquianos, cosa que fue objeto del más aparatoso contratiempo (79), y que no pasó al olvido sino a causa de la presencia en el Puerto de un navegante solitario, que tripulaba la más absurda y ridícula embarcación que conocieran los tiempos. Era de goma y tela, a modo de cigarro puro, con un solo hueco por donde malamente cabía el cuerpo del navegante. ¡Todo el vecindario fue a contemplar al barbudo y medio muerto aventurero alemán, que dijo proceder de Las Maderas! El único tripulante del “Deutscher Sport”, llevaba ocho días sin moverse ni comer bocado alguno, por lo que fue llevado a “casa don Claudio” para reanimarlo con tazas de caldo.

Anteriormente, con la alegría de unos y con manifiesto desagrado de otros, había llegado al Puerto del Arrecife la Comisión de Las Palmas, encargada de celebrar actos públicos conducentes a la obtención de adhesiones con el fin de apoyar la resolución del ministro de Marina, señor Ferrándiz, que establecía de forma eficaz y viable la división de la Provincia, y redimir a Gran Canaria, Lanzarote y Fuerteventura de la esclavitud en que se encontraban (80). Ya en 18 de febrero de 1911 había tenido necesidad de salir precipitadamente hacia Las Palmas don Ruperto González Hernández (81), entonces alcalde de Arrecife, para asistir a la asamblea convocada por el señor Massieu y Falcón, en réplica a la reunión habida en Santa Cruz el 18 de agosto de aquel mismo año, desgraciadamente con un representante lanzaroteño allí afinado (82). Mas no andaba por ahí sólo el gazapo, sino que en Arrecife salía a la pública luz “El Autonomista”, una hojilla diaria subvencionada desde el exterior y que no tenía otra finalidad que la de manifestarse en contra de la sagrada división, en particular

(77) Hasta 1914 no conoció Arrecife a la prostitución organizada, si bien ya existían casas de lenocinio abastecidas por mujeres de la localidad, tales “La Soffia” y las tristemente célebres hermanas “Saleas”.

(78) El viejo caserón de La Posada acaba de ser destruido por un incendio, estando instalada en él la Compañía Telefónica. La Posada era de don Abraham Díaz, que la arrendó primero a don Carlos Quintana y luego a don Vicente García.

(79) Las principales damas de Arrecife armaron una tremolina indescriptible, pero lograron que sus maridos no fueran al “café” de La Posada entretanto les despachara rones aquella condenada.

(80) Estas reuniones interinsulares se prodigaron tanto en Las Palmas, con asistencia de lanzaroteños, como en Lanzarote, con participación canaria.

(81) Padre de don Ruperto González Negrín, quien por su patriótica ejecutoria y vida ejemplar ha merecido la eterna gratitud de todos los lanzaroteños.

(82) Don Benito Pérez Armas atacó injustamente las aspiraciones reivindicatorias de la Gran Canaria, Lanzarote y Fuerteventura.

para ultrajar a don Fernando León y Castillo y al inolvidable don José Betancor, más conocido por "Angel Guerra":

"Surge ante el espectador
una cinta rica y varia:
la isla de Gran Canaria
y su siervo Betancor".

Y con motivo de la creación de la Delegación Regia de la Enseñanza en estas islas, "El Autonomista" arremete contra nuestra Provincia y canta:

"Si esa isla está irritada
y su irritación es mucha,
que se dé una buena ducha
a orillas del Guiniguada" (83)

Mas, aprobada la nueva Ley Administrativa de Canarias, mediante la cual se crean los Cabildos Insulares, llegó el momento de elegir sus diputados a Cortes, y Lanzarote, haciendo honor a su hidalguía, proclamó, de acuerdo con el artículo 29 de la Ley a don José Betancor Cabrera, "Angel Guerra", que fue aclamado con verdadera satisfacción por ser hijo de esta isla, cuya representación ostentaría en todas las legislaturas en que tuvo Lanzarote su distrito electoral, o sea, desde la Ley de Canalejas, de 1912, hasta la caída de Primo de Rivera, en que alcanzó la Dirección General de Prisiones, y desde cuyo alto puesto favoreció grandemente a su isla natal y a la Provincia en general (84). Fue en 1919 cuando se inaugura la línea marítima interinsular, a base de los llamados "correillos" y "playeros", que aún hoy continúan prestando esos servicios. El primer atraque se efectuó el 23 de enero de 1919, a las tres de la tarde, siendo ingeniero del Puerto don Celestino Pérez de la Sala. Asimismo, según la nueva ley para Canarias, se procede a la proclamación del Cabildo de Lanzarote, siendo elegido primer Presidente don Domingo Armas Martínón.

Por esta época doña Matilde Cullen Ibáñez de Cabrera recibe un cuadro que levantó polvareda por creerse obra de la virtuosa mano de Goya. El personaje retratado es un busto del Obispo don Manuel Verdugo y Alviturria (1796-1817), dominico natural de Las Palmas, antepasado de la donadora, tía de doña Matilde, doña María García Llanera. En la hechura del rostro representado en el cuadro hay algunas auras goyescas, aunque bien cierto es que dicho hallazgo no ha merecido de parte de los competentes un estudio definitivo (85). De este escarceo pictórico ya en 1918 se ocupaba "El Renacimiento", pero nada sacó en limpio y últimamente el semanario "Pronósticos" afirmaba y ponía en

(83) Fue director del "Autonomista" don Isaac Viera, de cuyo nombre sólo absurdos salían, cuales, por ejemplo, los rípios que se citan. Estaba entregado y subvencionado por la política integracionista tinrfeña.

(84) Don José Betancor Cabrera ("Angel Guerra"), presidió la inauguración del monumento de Victorio Macho a don Benito Pérez Galdós, en el muelle de Las Palmas, y el Gabinete Literario le rindió homenaje, ofreciéndole un banquete el 21-2-30. Como hombre de letras, "Angel Guerra" (x) dejó quince bellos volúmenes, y su periodismo tuvo rango universal.

(x) Véase "Algunas razones en pro de Angel Guerra".—Agustín de la Hoz.—"Diario de Las Palmas" 6-5-58.

(85) Néstor Alamo, en su artículo publicado en la Prensa de Las Palmas, 3-4-46, alude a un retrato de Verdugo, Obispo de Camarías hacia finales del siglo XVIII, cuadro que se atribuye a Goya y que conserva la Iglesia Catedral de Las Palmas. "En vida del retratado —dice el historiador canario— decoró los muros del palacio episcopal; a su muerte fue sucesivamente transmitido a los distintos poseedores del Mayorazgo Verdugo; muerto el último de los cuáles, don Santiago Verdugo y Pestana, su viuda doña María García Llanera donó el cuadro (1908 y 1909) a la Iglesia Catedral de Las Palmas, su actual paradero"

boca de doña Matilde Cullen Ibáñez que fue ésta quien recibió de su tía doña María García Larena el cuadro atribuido a Goya. Empero, don Pedro Cullen del Castillo, me asegura en carta firmada la víspera de Reyes de 1960 que "ha tiempo di mi opinión sobre los cuadros-retratos del Obispo Verdugo. El único que puede atribuirse a Goya es el que está en la Catedral, no sólo por la opinión de los críticos, sino porque existe una larga tradición familiar que asegura que Goya hizo un retrato. El que existe en poder de Emilio (86), como el que posee el Cabildo Insular de Gran Canaria y otros que se encuentran en Tenerife son obras de don Luis de la Cruz, famoso miniaturista y pintor de Cámara de Fernando VII".

A partir de la primera decena del siglo XX, el Puerto del Arrecife torna a experimentar rápido crecimiento. Por todas partes se respira un afán de mejorar los logros obtenidos después de la liberación provincial. La pesca volvió por sus antiguos fueros y el campo de Lanzarote se engrandecía, pues quitadas las trabas a la exportación, en particular la de salazones, que se enviaba al continente africano (87), y otras importantes partidas con destino a fábricas de conservas, a la vez que el comercio con el resto del Archipiélago se desarrollaba normalmente sin las dilaciones y pegas de otrora, concentrándose así toda la vida insular dentro del Puerto del Arrecife, cuyos edificios parecían multiplicarse ya que las clases artesana y marinera podían, acaso por vez primera, construir sus propias casas (88). Se puede afirmar, sin duda, que la primera etapa del presente siglo la vivió esta isla de Lanzarote y, en particular el Puerto del Arrecife, con ese afán e ímpetu de quienes se proponen olvidar el pasado y pretenden, contra reloj, ganar el tiempo perdido. Es un ansia de mejoramiento que se pulsa en cada ciudadano, estimulándose la iniciativa privada, por lo que vemos que ya en 1914 se inaugura el Teatro y al siguiente año queda instalado el teléfono interurbano, amén de multitud de casas de negocio que se abren por doquier. La isla y su capital siguen su marcha ascendente, de sol a sol, año tras año, y en primero de mayo de 1921 cuenta con alumbrado eléctrico, hecho que coincide con el Real Decreto del señor Cambó, ministro de Hacienda, que dispone la jurisdicción del ramo en Las Palmas de Gran Canaria, y no en Tenerife, como inexplicablemente continuaba Lanzarote sujeta a la jurisdicción tinerifeña (89).

En agosto de 1922, aprovechando las famosas y linfáticas Fiestas de San Ginés, se abren los Pósitos Marítimos, cuyo primer inspector local fue don Andrés Clares Deporturas, quien al siguiente año implantó la inolvidable Sección de Socorros Mútuos, formando un capital de la mitad de las cuotas aportadas por los socios. De éstos existían tres clases: de número, los mayores de 20 años hasta los 60, con cuota de una peseta; adjuntos, de 12 a 20 años, con cuota de 0,50 pesetas; y las mujeres viudas con igual cuota. Los beneficios que se obtenían eran: asistencia médica y cirugía menor, gratuita a los socios, y mediante abono de una peseta a los hijos menores de 12 años. El bien que hizo esta organización resultará siempre impagable, porque la clase marinera tuvo en los Pósitos Marítimos una entidad dispuesta siempre a cubrir la menor necesidad. Pero, ¡ay!, don Andrés Clares Deporturas salió poco menos que expulsado de Lanzarote ante el descarado boicot de ciertos caciques que, al no poder tolerar la Sección de Cooperativas de Consumo, intentaron anular tan apostólica labor.

Dado el tráfico que ya hay por la "Calle Real", hoy "León y Castillo", el

(86) Se refiere a don Emilio Cabrera Cullen, hijo de doña Matilde Cullen Ibáñez.

(87) Poco faltó para que los armadores santacruceros acabaran con nuestra incipiente flota pesquera.

(88) De la época son las más de las casas que forman el barrio del Lomo y caserío inmediato al Charco de San Ginés, bajo el Murré Elvira.

(89) Real Decreto de 7-11-21.

Ayuntamiento acuerda aumentar su plantilla de tres municipales a cinco, con un sueldo de 110 pesetas mensuales, excepto uno de ellos, que haría de cabo, recibiendo por tanto 15 pesetas más. Una vez uniformados los nuevos "guindillas" es el señor Alcalde quien personalmente les encarece especial cuidado con los flamantes sables, porque si las hojas quedaran sin grasa el orín acabaría rápidamente con ellas. El Alcalde les recomendó, por último, que no desenvainaran sus armas "a no ser por una extrema necesidad de hacer sangre y asustar a los que se insubordinasen" (90). Con este nuevo equipo municipal se personó en la "recova" el teniente coronel don Fermín García Selva, que era Delegado del Gobierno y presidente de la Junta de Abastos, para hacer cumplir el acuerdo tomado respecto al precio de la carne. El flamante Delegado colgó personalmente, con letras bastante visibles, este letrerito: "Carne de vaca limpia, 2,50 pesetas kilo; para cocido, 1,80 ídem; y hueso, 0,80 ídem. Y A CUMPLIRLO A RAJATABLA". ¡Epoca feliz e inocente que, aparte de no cumplir con el cartelito de marras; recibe con alborozo los 1.500 arbolitos del vivero provincial! Fue ésta la primera y la última Fiesta del Arbol que haya celebrado Arrecife. Tales arbolitos los distribuyó el propio señor Delegado, ahora don Francisco Hernández Arata, no sin tener en cuenta la opinión de consejeros y de propietarios de mérito, a fin de hacer una equitativa distribución de la *rara avis* que fue en esta isla el árbol. Los que se plantaron en el Puerto estuvieron vivos una semana, gracias al jugo que se trajeron del vivero, aunque en los pueblos de San Bartolomé y Guatiza han tenido larga vida porque supieron cuidarlos. Esta política del árbol la estimuló el ex Alcalde de Arrecife y actual Presidente del Cabildo Insular, don José Ramírez Cerdá, dotando a la ciudad de preciosas zonas verdes (91).

Tras aquellos días del Arrecife paradisíaco, se recibe desde La Laguna la triste nueva de la muerte de don Antonio Zerolo, acaecida el 18 de noviembre de 1923, siendo el joven letrado don Eugenio Rijo Rocha quien, en las columnas de "Novedades", hace la sentida necrológica al poeta desaparecido, y cuyas estrofas obtuvieron reconocimiento de elocuentes y sonoras. Había nacido este vate arrecifeño en 1845.

Entretanto se luchaba con ahinco en pro de la Carta Municipal, cuyas ordenanzas debían fijar el rumbo del tan deseado arbitrio sobre el movimiento de mercadería por los muelles de Arrecife. Es en 10 de enero de 1926 cuando se logra ese nuevo beneficio, con lo que las arcas municipales, casi siempre en cuarentena, lograron despabilar un poco más la *fiebre amarilla* que secaba la economía del Ayuntamiento. Entonces surge la gallarda figura de don Aquilino Fernández, que eleva un largo informe al Capitán General de Canarias para que prestara atención a la importancia militar de El Río, cuyas aguas tranquilas y refugio natural de ese estratégico estrecho eran ideales para establecer una Base Naval. Por si fuera poco, en 7 de agosto del mismo año los alcaldes de Lanzarote, todos a una, elevan instancia al señor Presidente del Consejo en favor de la Base Naval en El Río, habida cuenta del amplio informe que redactara don Gabriel E. Ferrer, y que entregó al Primer Ministro el diligente Mauresa, residente en Madrid (92).

(90) Es *vax populi* que el alcalde advertía a los municipales que el sable si se desnudaba de la vaina era para hacer sangre, por lo que jamás los pobres guardias tuvieron un ápice de valor para lucir el menor pedazo de hoja, la cual permanecía herrumbriente "per secula seculorum".

(91) Don Ginés de la Hoz Gil, actual alcalde de Arrecife y Procurador en Cortes, perpetúa la dicha política del árbol.

(92) En este asunto de la "Base del Río" estaba interesadísimo el Jefe del Gobierno, general Primo de Rivera. El almirante don Pascual Cervera y Topete, en cartas de 19 y 22 de abril de 1898, reclama al Ministro de Marina, don Segismundo Bermejo, la urgente fortificación de El Río, para evitar que los yanquis se apoderaran de la isleta Graciosa.

Sobre los primeros días de febrero de 1926 se encuentra en Arrecife don Ramón Franco, que se dispone a dar el salto aéreo hasta Buenos Aires y cubrir su célebre viaje de 10.120 kilómetros, invirtiendo 61 horas y 44 minutos en 7 etapas. El 11 de febrero Franco comunica al Puerto del Arrecife que ha llegado a Buenos Aires, y en medio del regocijo general se agrupa la gente más curiosa en torno al escaparate de don Aquiles Heitz, para admirar el busto del eximio aviador español hecho por el joven Francisco Lasso Morales, que luego fue becado para ampliar estudios en la Península y terminó de peluquero. El Ayuntamiento acuerda titular una calle con el nombre del aviador, y con fecha 14 de abril del 26, don Ramón Franco escribe la siguiente carta al señor Alcalde de Arrecife:

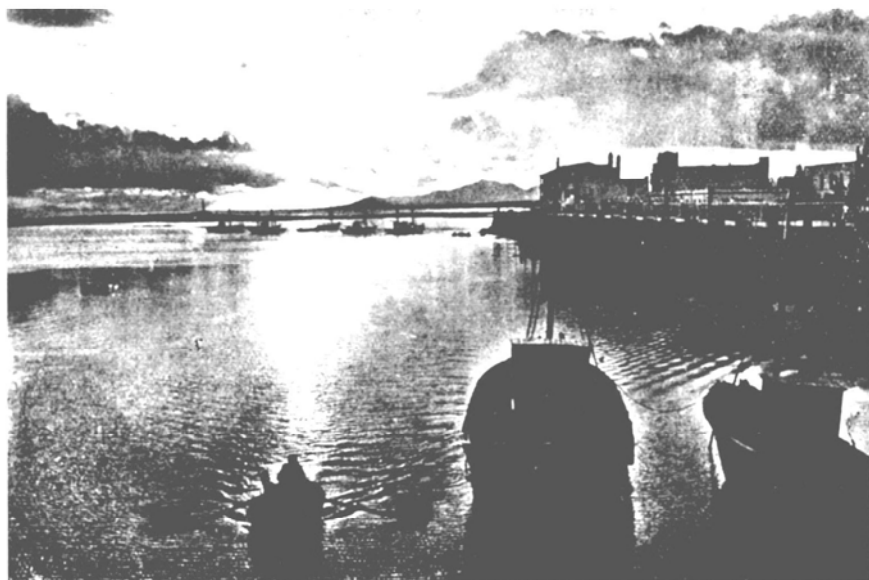
"Muy distinguido Sr. mío: Por conducto del Excmo. Sr. General Jefe de los Servicios de Aviación, llega a mi poder su atenta comunicación de fecha 18 de febrero último.

"Agradezco muy de veras, tanto a usted como al Ayuntamiento en pleno de su digna Presidencia, la cariñosa felicitación que me envían.

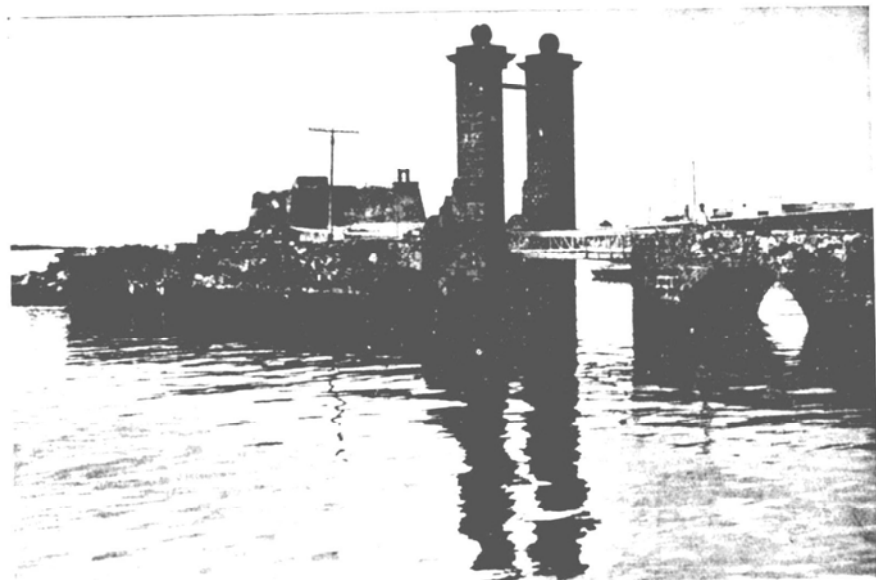
"Con verdadera satisfacción me entero de que han tenido ustedes para conmigo la inmerecida atención de dar mi nombre a una de las calles de esa simpática Villa, y puede usted estar seguro de que guardaré de ella y de su digno Ayuntamiento un eterno recuerdo.

"Reciba usted con mi sincero agradecimiento, que le ruego se sirva hacer llegar a ese municipio, los míos más afectuosos saludos de su affmo. s. s. q. c. e. s. m. "RAMON FRANCO".

Quede, pues, aquí la somera historia que del Puerto del Arrecife hemos narrado, dejando para futuros quehaceres aquellos pormenores que, por no ser objeto de este volumen, eludimos reseñar. Pasemos, empero, hacia el trasfondo insular donde existe, además del pintoresco exotismo del paisaje, la peregrina historia literaria de la Isla de los Volcanes, digna de ser mejor conocida y más paseada.



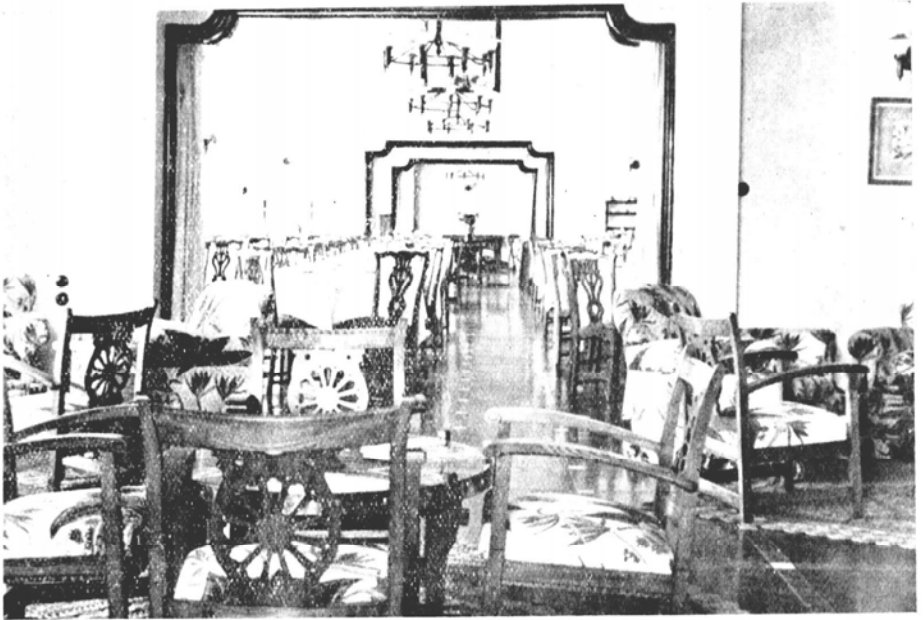
Al mar abre Arrecife sus puertas, y del mar lo espera todo . . .



Vetusto puente de Las Bolas, y camino almenado donde tuvo lugar el rescate de la primera Marquesa de Lanzarote.



Vista parcial del bellissimo Parque Municipal de Arrecife, y en primer término el obelisco al volcán.



Uno de los lujosos interiores del Parador Nacional del Turismo en la capital de Lanzarote.

YACIMIENTOS ARQUEOLOGICOS DE ZONZAMAS

CAPITULO V

De la dinastía aborigen y de su último Rey, de las Fortalezas y "Quesera" prehistóricas de Zonzamas, de la Reina Ico, la del cabello dorado y piel de leche, y de la hermosa princesa doña María de Teguisse y Bethencourt

Para llegar a los yacimientos arqueológicos de Zonzamas, puede uno utilizar la carretera de San Bartolomé, desviándose luego hacia el Valle Sagrado, o encaminar la del Norte que, al pasar, parte en dos a Tahiche el Chico y trepa malezas arriba como una enorme boa.

Según se sale de Arrecife, traspuestas ya las Cuatro Esquinas, vemos cómo se atormentan las calles pinas de ese barrio marineru, cuyo caserío multicolor, de tonos chillones, anda acogotado entre escarpaduras y laberintos rocosos. Está abrazado por una gran maleza, que es emporio de conejos y de palomas, de perros y de gatos, y además es fronterizo al arroyo de negras lavas que bajan serpenteando hacia el mar, por la cala de La Arena, sobre la cual se alza el vetusto Castillo de San José, excelente mirador desde donde ver a los interminables pedregales, estériles y sinuosos, de Corral Hermoso, apenas moteados por hierbajos y aulagas. Tahiche el Chico es muy marineru, aunque esté distante de la mar, y confunde los trabajos de la mujer con los del hombre, siendo que tales faenas se reducen, excepto en lo que atañe a la vida a bordo de los barcos, al remiendo de redes, deshilación de calabrotos en desuso (1) y al quehacer cotidiano de las factorías de salazones y conservas, ubicadas éstas no mucho más arriba. En realidad la mano de obra principal de las factorías es femenina (2), si bien no resulta difícil presenciar en días de gran zafra ese conubio febril de hombres y mujeres, que lavan y salan corvinas para orearlas después encima de los empedrados secaderos.

Carretera adelante se aplanan la tierra y ve uno Los Cerros y el primitivo lugar de Tegia, o Tejía, hacia el noroeste, y al fondo adustas montañas llenas de arrugas, como si fueran a modo de zarpadas profundas (3); pero hacia el sur, las malezas de Maneje se abren ya, de par en par, y muestran la aridez de Los Granados, que no cesan hasta las faldas de los montes de Zonzamas, éstos de matiz aceitunado y tras los cuales está el Valle Sagrado del mismo nombre.

Llegar a tan primitivo lugar sobrecege, y es tan profundo el silencio que por nada profanaría uno tanta maravilla espiritual. Como por arte de magia se siente en los ojos la severidad de esta zona aborigen, y se cye uno mismo las propias pisadas entretanto va levantándose la misteriosa fortaleza de Zonzamas,

(1) "Flakística", dicen ellos.

(2) Un millar de mujeres trabajan en Arrecife como peonas de las fábricas de salazones y conservas

(3) Montañas Corona y de Saga, entre Las Mesetas de los Ancones y el Cortijo del Majo.

situada (4) sobre un mamelón, de mole ovoide y proporciones ciclópeas, que el rey de los *majos* construyó, posiblemente, para defender la escasa agua encharcada en las inmediaciones y poderla repartir con equidad y justicia entre sus súbditos (5). Los siglos que tiene esta fortaleza prehistórica son desconocidos, y su finalidad no parece que fuera exclusivamente belicosa, antes al contrario, hay fundamentos que indican su destino defensivo (Defender "algo", dice Zeuner) y que, con toda seguridad, sería la protección de las *aguas encharcadas* y que la rapiña de los *majos* hicieronlas objeto de despilfarro, cuando en tanta estima debieronlas tener. Por otra parte, esta fortaleza-castillo, o "puesto de control", está en una región descubierta, completamente flanqueada en sus cuatro cardinales, consideraciones que nos confirman sus funciones de índole administrativa (6).

Con mucho respeto trepa uno por las grandes piedras, algunas de varias toneladas, y se encuentra con la puerta de la "caverna", a modo de embudo, que va a dar al claustro subterráneo que, a la vez, se comunica con dos galerías de huecos reducidos, éstos de más longitud que altura, donde han hecho estudios afamados etnólogos en contra de la opinión de algunos autores (7). Bajo este claustro nace un floreciente auge de la cerámica lanzaroteña, acaso procedentes de las aldeillas de Acatife y Ajei, con sus grandes vasos, abundando también los pequeños (*tabajostes*, *tofios*), que son en realidad vasos de orfeño, con sus perfectísimos vertederos. Algunos de los grandes recipientes tienen motivos de espigas, sinuosos o de dientes de lobo, incisos y exisos. ¿Cómo es posible que surgiera este arte nuevo sin que hubiera ningún vestigio de esta madurez (8) en las dinastías anteriores, si las hubo? Aquí se plantea el latente problema de la inmigración, apasionante por demás y que todavía es un arcano, aunque bien es verdad que, por diversas causas comprobadas, está demostrado que los isleños no tenían relaciones a través del mar. La cerámica de Lanzarote, por ejemplo, es totalmente distinta a la encontrada en el resto de las demás Canarias, y también es cierto que el isleño vino de afuera, pero que por razones superiores se vio obligado a la reclusión y soledad de sus respectivas tierras insulares. No conocieron los metales y sus herramientas eran de piedra. ¿Por qué permanecieron aislados? ¿Durante cientos de años llegarían a olvidar los medios de que se valieron para arribar a estas tierras? Al parecer, la solución del problema de la inmigración continuará por mucho tiempo siendo un arcano (9):

(4) La situación aproximada de estas históricas ruinas es: lat. 29º, 00'18" - Lon. 7º, 22" del meridiano de San Fernando.

(5) Dr. Frederick E. Zauner.—"Diario de Las Palmas", 9-10-59. En ningún lugar de Lanzarote se encuentran vestigios de las "casas hondas" (x) que dice el Dr. Verneau, quien visita la isla en 1885, teoría que confirma también V. Berthelot, ob. cit. lám. 3, fig. 1.

(x) Sin embargo, las hay en Fuerteventura. La desaparición de las "casas hondas" de Lanzarote, quizá debase a dos cosas: que no hayan existido y Verneau sufriera un error, o que el hombre lanzaroteño, más tarde, removiendo el suelo las cubriera para revalorizar sus tierras.

(6) Es de considerar la circunstancia de que la fortaleza esté enclavada en el centro del triángulo formado por las tres aldeas aborígenes de Acatife, Tegía y Ajei.

(7) Véase E. Serra Rufols, "Crónica arqueológica".—"Visita de estudios a Lanzarote y Fuerteventura" Rev. de Hist., 1942, pág. 127.

(8) La cerámica de Lanzarote es de las más bellas y variadas del Archipiélago canario.

(9) Zeuner cree que pronto se descifrará el problema de la inmigración. Los habitantes de las Canarias que tienen tipo fundamental *cromagnon* (lo mismo *guanches*, de Tenerife, Hierro y La Palma, que *canarios* de Gran Canaria, y *majeros* de Lanzarote y Fuerteventura) son altos, rubios y de ojos azules; mientras que los de tipo acusado *mediterráneo* o *semita* (y que habitan en las mismas islas y en semejantes proporciones son más bajos, *morenos* y de pelo y ojos negros. Pero ucos y otros son *dolicocéfalos* y, en general, de frente alta y nariz fina. Luego están los llamados *armenoides*, branquicéfalos chatos y morenos que tienen su mayoría en la Gomera, aparte de los mestizos de estas ramas y de otras de inmigración posterior. En agosto de 1961 visitó Lanzarote el Dr. Fusté Arn, antropólogo, y, luego de una

“Para llegar a ti perdí el camino.
y errante y peregrino
entre tinieblas desespere y dudo”.

Las arenas y ripios que se pierden cerca del horizonte, en este Valle Sagrado de Zonzamas, ejercen largos biseos con el viento alisio que viene loco desde la meseta de La Torre, vivificando a uno pretéritas rememoraciones insinuadas en el complejo de grandes piedras, dispuestas en pared oval, cuñadas fagistral y sabiamente, como si se tratara de una arquitectura funcional con miras a la eternidad. Entre las piedras enormes hay una de más de mil kilogramos, con grabado de cinco acanaladuras concéntricas, formadas por ranuras ovoidales, de separaciones paralelas aproximadamente de un centímetro, y que constituye única referencia en la Provincia de Las Palmas (10). También se ha encontrado un idollillo de piedra volcánica tallada (11), cuya finalidad está todavía en medio de la más completa noche. Lo curioso del caso es que los campesinos de hace dos o tres siglos, y algunos ancianos de los actuales (12), creían en un tesoro escondido por los reyes aborígenes en esta fortaleza, cosa que confirmamos escuchando a un pastor de casi ochenta años, y que a su vez lo oyó decir a sus antepasados. Al parecer, para recuperar esa fortuna se hace necesaria una minuciosa defensa de las fuerzas malignas, porque mal lo pasaría quien osara acercarse con tales intenciones lucrativas al lugar donde el demonio es guardián secular. Por eso, cuando ha habido alguien que intentara la aventura del rescate, siempre fue provisto de agua bendita con que ir rociando las piedras, que la fantasía de los pastores afirma están poseídas por Satanás.

Tales leyendas en torno a estas ruinas venerables, acaso tengan su principio en la calidad magnética de sus piedras, dándose el caso de algunas que atraen o repelen, a modo de un imán de herradura, como si tuvieran a la vez dos polos del mismo nombre (13).

Zonzamas fue reyezuelo de Lanzarote hacia 1377, y debió ser un espíritu extraordinario, que gobernó a su pueblo sin polémicas ni rivalidades, descartándose el aserto de Leonardo Torriani (14) que asegura, gratuitamente, que la isla de Lanzarote estaba dividida, en tiempos de Juan de Bethencourt, en dos reinos distintos, el uno Teguse (15) y el otros Bristol (16). Anteriormente al reinado de Zonzamas nada hay probado documentalmente, y nuestra historia conocida parte de ese magnífico rey lanzaroteño, ataviado con sus pieles de

minuciosa investigación, concluyó que en la actual población de esta isla se detentan claramente los dos elementos principales que constituyen la población aborigen: cromanoide y euroafricanoide.

(10) Nuestro ilustre paisano don Antonio María Manrique, al parecer, no vio esta piedra, o no le dio importancia.—Rev. de El Museo Canario, año II, núm. 10, de fecha 22-7-1880. Recientemente un prestigioso arqueólogo ha querido ver en dicho petroglifo un idolo mutilado desde la cabeza a los hombros a partir del cual quiere ver perfectamente la forma de un collar.

(11) “Adoraban un idolo de forma humana, pero no se sabe quién era”, asegura Leonardo Torriani.

(12) Sebastián Jiménez Sánchez, cuando realizaba investigaciones en las ruinas de Zonzamas, año de 1945, encontró una excavación de 1,50 metros llevada a cabo por ingenuos buscadores del fabuloso tesoro.

(13) En junio de 1880, don Antonio María Manrique se asombraba del fenómeno y escribía: “Tan vivas impresiones fueron interrumpidas algunos instantes por un fenómeno inesperado. Al verificar algunas observaciones con la brújula de declinación, vi con sorpresa que los polos de la aguja tomaron súbitamente una dirección contraria, trastornándose completamente”. En realidad, este fenómeno de tipo magnético se dan en partes diversas, y en la Gran Salvaje es cosa de cada día.

(14) Torriani es la única fuente que indique la existencia de dos reinos distintos en Lanzarote. Seguramente fue error de información, puesto que las demás referencias, empezando por *La Canariem*, mencionan un solo rey, a quien Abreu Galindo llama Guadarfín.

(15) El nombre de Teguse es desconocido, si bien es cierto que Teguse (doña María) se llamó la hija de don Luis de Guadarrfa, que luego sería mujer de Maciot de Bethencour (cf. Viera y Clavijo, V. 5).

(16) Bristol no puede ser nombre aborigen.

cabra y sus pies envueltos por rudo cuero, a modo de calzado, que llamaban *majos* (17). Casaba con cuantas mujeres quería, respetando, eso sí, la ley de los dioses que prohibían matrimoniar con las hermanas. Era Zonzamas, lo pudo ser, un tipo fornido, un gigante pleno de elegancia y personalidad, calada su corona de pieles con mil adornos de conchas marinas, pero sin arrogancia fatua, porque sus ejemplos y dignidad bien claros quedan por su extraordinaria bondad y, por ende, su extremada confianza. Un día los caracoles situados en las colinas de Acatife (18) sonaron vehementemente en medio del temporal que, desde el Atlántico, encabritado, entraba isla adentro para poner pánico en las mujeres y ganados. Las grandes olas del océano habían arrojado sobre las costas de Punta Grande, acá de la ensenada de Las Caletas, a un navío totalmente desarbolado. Viéronlo los *majos* no sin que experimentaran terror ante "aquel bulto", pero después se asombraron al contemplar cómo de aquellos escombros llegaban a tierra firme unos semejantes, aunque cubiertos por otras prendas maravillosas. Era la nave del vizcaíno Ruiz de Avendaño, que forzado por la borrasca hubo de buscar los apacibles caletones de Lanzarote, pero con tan mala suerte que acabó zozobrando contra los arrecifes. Desembarcado el vasco y conducido a la aldea de Acatife, residencia del rey insular, por éste fue bien recibido y alojado en el real palacio (19). Dícese que con ese motivo Ruiz de Avendaño, abusando de la confianza concedida, llevó relaciones íntimas con la reina, la bellísima Faina, que hubo una niña de cabellos dorados y piel de leche. El nacimiento de la princesa Ico, la hermosa, fue seguido de espectaculares luchas en honor de la familia real, ya que Zonzamas tenía por suya a su nueva "hija", si bien los nobles y ancianos andaban musitando. La princesita Ico creció tímida y ágil como las gacelas, y sus ojos grandes, azules y abiertos, como los redondeles de cielo que se reflejan en los pozos. Solía corretear por entre los ganados, para al cabo echarse junta al rey, que no hacía otra cosa sino sandalias y abalorios que ofrecer a la blanca y rubia niña. Empero, el pueblo continuaba su rumiar en torno a la belleza reunida en el pelo y piel de la infanta. Desde luego, los nobles del reino teníanla por bastarda, y calladamente entre ellos lo comentaban.

A la muerte de Zonzamas sucédele su hijo Timanfaya, y así lo reconoce el Concejo de Notables (guayres), pero en 1399 fué raptado con su esposa y 170 de sus súbditos, cuando la razzia (20) que en ese año llevó a cabo la armada de Gonzalo Peraza Martel. No tiene nada de particular que los reyes de Lanzarote y los 170 *majos* fueran a integrar los grupos de isleños que ya se cotizaban como esclavos en los puertos europeos. Muchos de estos sucesos y botines fueron motivos de divulgación para las Islas Canarias, por lo que infinita gente andaba impaciente por llegar a las ricas tierras atlánticas.

Desaparecido Timanfaya (21), reina su hermano Guanareme, que fallece al poco tiempo, y en consecuencia a falta de varones, tócale subir al trono a la

(17) Cf. Abreu Galindo, I, 9, pág. 54: "Traían calzados, de los cueros de las cabras, el pelo afuera, unos como zapatos, a quien ellos llamaban *majos*".—En igual sentido informa muy someramente Torriani.

(18) Nombre indígena de la aldea que precedió a la actual Villa de Tegüise.

(19) Don Antonio María Manrique cree que Ruiz de Avendaño fue alojado en la fortaleza de Zonzamas, pero otros autores modernos, y nosotros, declinamos ese aserto en la seguridad de que el vasco tuvo hospitalidad en Acatife.

(20) Torriani dice erróneamente que tal razzia fue hacia el año de 1380. Pero Abreu Galindo, I, 7, pág. 43, la sitúa en el 1399.

(21) Arias Marín y Cubas, llama a este régulo Guanareme, confundiéndolo con su hermano, el abuelo de doña María de Tegüise, y a su esposa Timanfaya, pues también Viera llama rey a esta mujer, que nada tiene que ver con el malogrado príncipe aborigen.

princesa Ico (22), la del cabello dorado y piel de leche, que provoca el descontento general entre los suyos, acaudillados por un viejo pariente de Zonzamas llamado Ache, quien exige del Concejo de Nobles una prueba sobrenatural acerca de la legitimidad de la futura reina. Se reúnen los consejeros y determinan que la princesa debe ser sometida a la prueba del humo, para que el "dios desconocido" dé fe de su auténtica nobleza. Fue Ico encerrada en una covacha con otras cuatro mujeres de clase inferior, y se las fumigó bastante con aulagas verdes, que una vez prendidas son causa de muchísimo humero. Las villanas perecieron asfixiadas, pero la bella y dulce princesita sobrevivió gracias a una esponja empapada de agua, que se aplicó a la nariz, siguiendo el consejo de una astuta anciana. Así ocupó el trono de Lanzarote la legendaria Ico, en cuyo reinado se sucedieron las razias que dejaron bastante esquilhada a la isla, por lo que la reina sufrió lo indecible viendo a su pueblo impotente para luchar contra los invasores vascos y andaluces. Consolábale la fiel presencia de su marido, el Guanareme consorte, que no escatimaba la oportunidad de combatir a los aventureros ávidos del botín que ofrecía el trono de su amada esposa. En este ambiente de terror fue creciendo Guadarfia, cuyo carácter y temperamento hacían recordar a Ico las aguerridas figuras de su padre y hermanos. Ya la reina con bastantes años, y viuda, abdicó en su hijo, falleciendo a los pocos años.

Con motivo de la abdicación de Ico volvió a resurgir el asunto de su legitimidad, y los ancianos, instigados por un hijo de Ache, que aspiraba a la Corona, consideraron asimismo bastardo al preconizado rey de Lanzarote. Como era de esperar, Guadarfia, acabó con las intrigas de su pariente, llamado como su padre, Ache. Son los albores del siglo XV, y el magnánimo régulo se impone en el trono con extraordinaria sabiduría de administración y gobierno, ganándose el respeto y devoción de sus súbditos, que le ofrecen lo mejor de sus ganados, amén de tejer para él diversos abalorios de conchas y huesos. Pero, esta tranquilidad insular iba a ser rota, porque desde La Rochela ya venían rumbo a Lanzarote, las naves de Juan de Bethencourt y Gadifer de la Salle (23). La conquista de Las Canarias iba a comenzar, pero esta narración tiene su lugar más adelante, o sea, en el País del Rubicón. En cuanto al rey Guadarfia, rezan las crónicas, se le ve luchando como un titán contra los invasores, de quienes fue prisionero en cuatro ocasiones. Preso Guadarfia en el castillo de Papagayo, se defendió heroicamente de una traición tramada entre los conquistadores y el usurpador Ache. La quebrantación de los juramentos hechos al rey de Lanzarote consistió en burlar la fe que el monarca había depositado en Juan de Bethencourt so palabra de no ocupar la isla. A estas artimañas de Bethencourt se ofreció Ache, afanoso de ser coronado rey al "desaparecer" el aguerrido Guadarfia. Docena y media de fieles *majos* llegaron al campamento de Rubicón para informar, favorecidos por la noche, al regio prisionero de las prédicas insidiosas del usurpador. Fue tanto el coraje del intrépido régulo lanzaroteño, que en un supremo alarde de fuerzas rompió, o arrancó, la argolla de sus cadenas para huir sigilosamente aún con los grilletes asidos a sus muñecas. De ese modo se presentó, en unión de sus fieles súbditos, en la aldea real y sorprende al traidor Ache cuando arengaba al pueblo para que le reconociera rey. Detenido el perverso ambicioso, los "guayres" dictan su sentencia de muerte y es ejecutado como persona vil: se le recostó sobre un enorme lastrón y con una

(22) Algunos autores creen que Ico casó con su hermano Guanareme, pero otros no comparten ese criterio dados los testimonios y tradiciones de las costumbres nativas: "Casaban con cuantas mujeres querían —dice Torriani— y no tenían respeto más que a las hermanas". Lo más probable sea que Ico casara con un notable, llamado Guanareme al ser proclamado rey consorte.

(23) Itabían salido de La Rochela en 1.º de mayo de 1402.

piedra de muchos kilos se le fue machacando la cabeza hasta deshacérsela por completo. Luego su cuerpo se incineró, con lo cual se dio por sofocada la absurda rebelión.

Mas, hemos dicho que Guadarfía poseyó siempre gran sentido de sus obligaciones, y considerando cuánta sangre estaban derramando durante las incursiones de Bethencourt, decidió entregarse y concertar una paz, que desgraciadamente no cumplió el aventurero francés.

El último rey de Lanzarote, fue bautizado con su esposa y sus 18 fieles "guayres", hacia los comienzos de 1404. Se le impuso el nombre de don Luis de Guadarfía y su padrino fue el propio Juan de Bethencourt, administrándole las aguas el cura Juan Leverrier.

De la muerte de don Luis de Guadarfía poco o nada se sabe, aunque sí algo de su descendencia, cuales fueron sus dos hijas: Teguise, que casó con el visorrey Maciot de Bethencourt, y doña Guillermina de Fía, cuya hija Catalina fue madre de doña Constanza, más tarde señora de Lanzarote, como se dirá en su lugar.

Así fue extinguida la insondable dinastía lanzaroteña, cuyos orígenes continúan en los secretos del pretérito.

Mas el interés del Valle Sagrado de Zonzamas todavía nos ofrece atracciones y problemas de suma importancia arqueológica. Ahí está la famosa "Quesera de los Majos", que se muestra como un complejo no solamente reducido a la piedra con estrías, sino que tan esenciales como ella son los canales que la circundan (24). A la vista de este monumento puede verse el comienzo de dichos importantes canales, en una red que se diría de ventilación y que conducen a la "quesera" propiamente dicha. Es ésta una piedra ciclópea de unos mil kilogramos, considerada como la base de un templo prehistórico (25), o ara de sacrificios, cuyas funciones religiosas no son aún conocidas. Son pocos los arqueólogos que suponen a la "quesera" una estela funeraria, si bien el sabio doctor Zeuner y el doctor Fernández Fuster se inclinan por la idea de ver en ella un ara de sacrificios (26). Al parecer, la "Quesera de los Majos" es mucho más anterior que el cercano palacio de Zonzamas, porque con toda seguridad aquélla corresponde a la cultura del bronce atlántico (27), si bien la "Quesera de Bravo", en las inmediaciones de Los Jameos del Agua, por el campo lávico, en que está situada, no puede ser anterior al mil antes de Cristo (28), con lo cual se tiene respecto a ella una fecha *post quem*. En la provincia de Las Palmas no existe otro monumento similar, a no ser el de "Cuatro Puertas", en Gran Canaria, si bien esta "Quesera de los Majos" está mejor conservada y más labrada que aquél. Se supone, y nada tiene de particular, que en las "queseras" se practicaba un culto muy antiguo, por demás complicado, cosa que nos confirma una vez más el arcano profundo que envuelve a la Prehistoria canaria, en particular, a la parte que afecta a Lanzarote.

(24) Dr. Frederick E. Zeuner.—"Diario de Las Palmas", 9-10-59. En igual sentido se manifiesta el Dr. Serra Rafols, pero el arqueólogo don Luis Fernández Fuster cree que las "queseras" tendrían una finalidad religiosa y probablemente a modo de *bustum*, un horno crematorio, lo que presupondría un rito de incineración en sus constructores. En este caso, sobre las "queseras" se elevaría la pira funeraria y encima se colocaría el cadáver. Las galerías, o canales, exteriores obrarían a modo de tiro para facilitar la combustión. Pero esto no deja de ser una hipótesis ("Diario de Las Palmas", 22-3-60).

(25) "Diario de Las Palmas", 22-3-60, según el Dr. Fernández Fuster.

(26) "Lo tenían (al ídolo) —informa Torriani— en una casa como templo, donde hacían congregaciones, la cual estaba rodeada por dos paredes, que entre sí formaban un pasillo, y le sacrificaban leche y manteca.

(27) Dr. don Luis Fernández Fuster, "Diario de Las Palmas" 22-3-60.

(28) Según la datación del geólogo don Telesforo Bravo.

“En tus aras quemé mi último incienso
y deshojé mis postrimeras rosas.
Do se alzan los templos de mis diosas
ya sólo queda el arenal inmenso...”

A menos de un tiro de piedra hay grabaciones de escaso valor arqueológico (29), al igual de las ruinas que están próximas al palacio de Zonzamas, que acaso sean los restos de aquellas cuadras construídas años más tarde de la Conquista, cuando los señores de Lanzarote absorbían por completo a la pequeña población del sagrado lugar (30). ¡Salve, pues, Valle Sagrado de Zonzamas, cuna de mis reyes, de mis bellas princesas, de mis valientes y nobles antepasados! Así, el ayer y el hoy se hallan, como la vida ya la muerte, hermanos de cara a la eternidad...

Desandar el camino de jables rumorosos, en el silencio del Valle Sagrado, caminando ya hacia Tahiche el Grande, bordeando la mole cónica de Maneje, amplia y formidable, supone aspirar el aliento de Maoh, ese espíritu lanzaroteño que hace religioso al recinto histórico, cual si fuera trono divino donde el dios primitivo concitara todavía a los rayos solares. Dejar las huellas de uno señaladas en las arenas, significa dejar algo, algo que siempre queda aunque el viento lo borre...

(29) A veinte pasos de la “Quesera de los Majos” hay unas grabaciones jeroglíficas, al parecer de época relativamente cercana, y que representan regios exornos o de dignidad religiosa.

(30) “Haciendo una excavación probablemente se hallarían los cimientos de las casas del poblado.--

TAHICHE EL GRANDE

CAPITULO VI

De Tahiche el Grande y de Santiago Apóstol, de la muerte del cochino y del sillón a lo Felipe II, de los trajes de lunares y de los sombreros de paja.

Para mí, Tahiche el Grande, está siempre envuelto en inesperado recato. No conozco otro pueblo donde se pueda ejercer ese paseo solitario y teatral, que se busca clásicamente a la orilla del mar, o en los huertos adustos de los monasterios. Aquí, en Tahiche el Grande, encuentran su lugar el recato y el silencio.

Se está en este pueblo cuando se llega a la bifurcación de tres carreteras: la que viene de Arrecife, la que tuerce hacia la Real Villa de Teguisse, y la que se desvía por entre el próximo caserío en dirección a las dos Guatizas. Desde este áspero cruce se ve el mar, y acá de éste calderas erizadas de crestas jergólicas. A poco tramo se levanta la mole parda de montaña Ubique, y a sus pies descarnados se insinúa la vega del pueblo, donde las cabras buscan afanosas los primeros verdes ocasionados por las lluvias, cuando las hay...

A Tahiche el Grande le viene como anillo al dedo la referencia aquella de Unamuno: "... ocurre pensar si son otros los vivos, que fueron los muertos, si no es una misma generación la que bajo diversas figuraciones se sucede..." Tahiche el Grande es un pueblo que no mira al campo sino al océano, y su gente parece no moverse en el tiempo que les corresponde; sus hombres no saben lo que es doblar la cintura sobre la tierra sedienta, pero sí saben manejar el afilado cuchillo destripador, y son diestros saladores, a bordo de los barcos. Así, las mujeres, también gustan de las labores en torno al pescado, siendo las más dedicadas a esos menesteres en las fábricas de Arrecife, cuya distancia de siete kilómetros cubren diariamente con luz del alba. Impresiona ver las recuas alegres de esas muchachas sonrosadas y prietas cantando y andando hacia las factorías. Todas usan guantes de gruesa tela para que sus manos no se vuelvan ulcerosas como las de sus padres, hermanos, novios y maridos. Los habitantes de Tahiche el Grande, que no llegan al millar, tienen sus costumbres, su vocabulario, sus desdenes por los señoritos y su socarronería por las "mecanicidades" actuales. Uno de los más viejos nos dice que, en su casi centenar de años, su pueblo en nada ha variado, que es como fué, y me añadió que él también iba a "la costa" cuando había que temer a los *saharauis*, de la tribu de los Regucibas, la más fiera de cuantas acampan por las inmediaciones del Angra de Cintra hasta el Cabo Blanco. Según este viejo lobo de mar, él estuvo cuando el suceso del "Requinto", un balandro que de noche fue asaltado por los moros y desvalijado por completo, haciendo prisioneros a todos los tripulantes, para luego canjearlos por gofio o pescado. Cuando la flota lanzaroteña y los demás

barcos canarios no estaban de pesca, por terminarse la zafra, los bedunos solían conducir a sus prisioneros hasta el mercado de Timbuctú, y allí los vendían a precio de baratija (1).

La gente de Tahiche el Grande decora sus casas con ejemplar atuendo tradicional, luciendo a modo de sala flamante habitación llena de cuadros litografiados, y su destiladera repleta de culantrillo y loza ilustrada de ramitos de flores. La gente de Tahiche el Grande siente un exagerado orgullo por conservar la raza de sus cabras y cuidan religiosamente la afamada calidad de sus quesos, que forran de pimentón, sabrán ellos por qué.

Las casitas de este pueblo están en medio de pircas muy mal aderezadas, tras las cuales siempre hay enlutadas mujeres, tocadas con sombreras de paja, que atienden a los cereales y legumbres. Por cualquier sitio hay grupos de burros y cabras, de niños y gallinas, de perros y cochinos; son los niños preciosas criaturas vestidas de faldones coloristas, mocosa la nariz, y de grandes orejillas; sus cabecitas van invariablemente cubiertas por un sombrero a lo holandesa, muy propio para eludir la cascada solar, que cae desde un cielo limpio y azul. Bajo la amorosa sombra de los muros algunos ancianos, sombrero sobre la cara, sostienen enconada lucha con las moscas entretanto escuchan el silbo del almuerzo. Las sabandijas van y vienen casi atontadas de tanto regodeo sobre las piedras recalentadas; zumban los moscardones en torno a la efímera flor de las chumberas, y los verdinos (2) ladran, y rebuzna el burro, y se oye el tableteo histérico que hace la lengua de algún camello celoso.

Son las casitas de Tahiche el Grande muy humildes y pintorescas, con sus destartaladas gañanías de piedra y lodo, y sus hornos peculiares, que parecen morabitos diminutos. Pasear por entre esa particular arquitectura resulta la mar de delicioso, pues se puede andar sin temor a los automóviles ni febriles motocicletas. Son caminos rodeados de muros, paralelos y angostos, adornados de geranios color de rosa pálida, y buganvillas encendidas que, incluso, se arrastran por el suelo insinuando una alfombra de púrpura; tras los muros asoman las tuneras coronadas de frutas encarnadas. Parece que uno pasea por aquí como si fuera el Adán contemporáneo, sintiéndose dueño del lugar, sin ruidos ni exigencias, a no ser la de los verdinos que ladran en nuestra propia cara. Los burros que pasan demuestran tener un gran sentido de la urbanidad, ya que son ellos los que se apartan para no molestar a los peatones. Las gallinas, empero, no se ladean y se quedan tan mausas. ¡Qué decorativa es la gallina en un camino de pueblo! El gallo lo es menos, porque siempre tiene que hacer, ora con una, ora con otra.

Llegar a Tahiche el Grande cuando hay muerte de cochino, no supone otra cosa sino que hay que comer carne de cerdo y beber, *velis nolis*, sendos vasos de vinillo rubio y calentón. Presenciar una muerte de cochino, acaso como sorpresa, resulta siempre un gran gozo y un gran dolor, pues, inmediatamente al sacrificio, se cuelga entero al animal que parece mirarnos desde sus cuencas encogidas, por lo que sus ojos permanecen más brillantes, más triste y melancólicos. No cambia el cochino esta expresión, aunque se le destroce pedazo a pedazo, que van cayendo en la hirviente sartén, cuyos aromas aguan el paladar e invitan a nuevo sorbo de vid. Las mujeres, con sus livianas sayas de lunares, y sus pañuelos anudados bajo la barbilla, preparan la mezcla para las morcillas, entretanto el resto de la reunión bebe y come sentado en torno. La succulenta carne

(1) Es de grata memoria la acción africanista del fallecido general Bens, que sin medios ni ejército pero con mucha "mano larga" entre los *saharauis* logró el respeto de éstos para los *roncates* canarios.

(2) Raza canina originaria de Fuerteventura, y que está hoy casi extinguida en aquella isla

huele en todo Tahiche el Grande, y su apetitoso olor es un mensaje que convoca a todo el vecindario que, sin otra invitación formal, a no ser la de sus ancestrales preceptos, se congrega y toma parte en la comilona, como miembro de una comunidad que defiende sus tradiciones, pues, a la recíproca, cada quisque, dará de comer y de beber a los presentes llegado el momento en que haya muerte de cochino en su casa. Durante la muerte del cochino no es posible ni el odio ni el rencor, porque en esa noche la reconciliación es la base de la fiesta; son noches de amor, y son noches de paz, aunque ésta, como en las guerras, se obtenga a cambio de un poco de sangre.

Tiene Tahiche el Grande una ermita formada nada más que por una bóveda de medio punto, toda de cantería, con su presbiterio separado del cuerpo principal. Las arcadas carecen de valor, y la ermita, por no valer nada, vale. Está dedicada a Santiago Apóstol, cuya imagen del retablo único es rústica y sin valor artístico, pero el primitivo cuadro que aparece encima del altar es de gran mérito, acaso del XVIII, de caracteres renacentistas, que representa al mayor de los Santiagos venciendo a los sarracenos en la batalla de Clavijo. El cuadro muestra a un verdadero San Yago, en los desfiladeros asturianos, fogoso jinete y excelente espadachín, mientras los moros, de ojos desorbitados, padecen pánico ante el grito "¡Santiago y cierra España!" Otra obra de arte digna de verse en el soberbio sillón de estilo Felipe II, tapizado en cuero repujado que está situado del lado del presbiterio y que, sin duda, es obra de mucho mérito.

A pocos pasos de la ermita está el recinto de las verbenas más famosas de Lanzarote, que tienen lugar por la Festividad de Santiago, y donde gente de todas las latitudes insulares se concitan para bailar desde el alba a la noche, entre ininterrumpidas explosiones de cohetería y petardos de extraordinario sonido. Todos se divierten acompañados al ritmo alegre de los aligeros timplillos, sonoros y viriles, mientras que desde los ventorrillos se escapa la tentación hecha carne en adobo. Por estos tiempos de Santiago las brevas ennegrecen hasta resumir almíbar, y el pueblo torna a su recato silencioso para la recolección en las higueras, éstas estupendamente abrigadas entre las grietas del rastrojo lávico que, serpenteando, pasa lamiendo el caserío.

Fue en 1885 cuando el Dr. René Verneau, eminente antropólogo francés, visita Tahiche el Grande para buscar los vestigios de las famosas "casas hondas" (3), encontrando varias de ellas. Constituyen un tipo muy distinto de los poblados de cuevas y de cabañas de piedra, con sus lajas dispuestas sobre rocas verticales, a modo de clásicas galerías (4). Estas "casas hondas" están localizadas en el lugar aborigen de Tegía, hacia Corral Hermoso, no muy distante de la necrópolis prehistórica descubierta en Maneje, por las inmediaciones del Valle Sagrado de Zonzamas. Sin duda, los yacimientos de Tegía vienen a ser, acaso, los monumentos *maños* más importantes de Lanzarote, si bien han sido profanados por la irresponsable curiosidad de sus "descubridores". Pero, aún pueden visitarse para admiración general, dadas sus formidables trazas y ciclópeas concepciones estructurales.

Así es Tahiche el Grande, un pueblo dormido, que sólo despierta con los fuegos de la víspera de Santiago, y que despierto estará hasta el instante en que se apaguen las luces de sus verbenas, para volver a su sueño milenar, a sus puras y clásicas costumbres de pueblo ancestral:

(3) Ver nota 5, cap. V, del presente volumen.

(4) V. Berthelot, ob. cit. lám. 3, fig. 1.

"Pellas de gofio, pan en esqueleto,
forma a estos hombres —lo demás *concluto*—,
y en este suelo de escorial, gris y enjato,
como pasó el abuelo pasa el nieto,
sin hojas, dando solo flor y fruto."

Tahiche el Grande es como el humus prodigioso de las tradiciones, y en esa creencia envía a sus hombres al océano para que no sepan nunca cómo se surca la tierra...

N A Z A R E T

CAPITULO VII

De un pueblo recién nacido y de la creación de su riqueza, de María Difunta y de los desprecios que hacen los nazarenos a Satán.

¡Qué hermoso es saltar de un pueblo a otro con estrellas del alba! Está saliendo el sol como queriendo dar luz y calor a la dignidad humana, y ve el viajero cómo va despertando el paisaje, sin un solo árbol, mientras las coronas de las Peñas del Santo, más allá de Morro Alto, se azulaban en disputa con el cielo limpio, sin ninguna nubosidad. Mirando hacia el Norte se distingue la Meseta de La Torre, y al lado la montaña de Guanapay, encima de la cual se distingue la inconfundible silueta del castillo de Santa Bárbara.

Llegando ya a Nazaret, el pueblecito de María Difunta, se ven las parcelas enarenadas, que lindan con la carretera y se expanden, llanura a través, para crear riqueza donde no la había. Siempre ha sido interesante el hecho de que, terrenos poco menos que improductivos, o con rendimientos muy escasos en seco, resulten aptos de transformarse en otros que suelen dar hasta dos cosechas anuales (1), si las lluvias llegan con oportunidad. El manto de arenas volcánicas actúa sobre la tierra a modo de capa protectora, que retiene la humedad del suelo, evitando la evaporación, ya que no deja entrever la menor capilaridad y, a la vez, acapara los rocíos de la noche tan importantes en una isla que, cual ésta, carece de regulares precipitaciones (2).

Nazaret ha nacido recientemente al socaire de los enarenados y a éstos debe su desarrollo casi vertiginoso, por lo que se esmera cuidando sus terrenos con objeto de alargar la vida de los enarenados. Para lograr este fin, los nazarenos prestan gran atención a sus labores y evitan que la tierra y la arena prodigiosa se entremezclen, ya que de suceder lo contrario las parcelas trabajadas se volverían duras y estériles. Por eso, las gentes de Nazaret hacen a mano sus plantaciones, sus escardas y sus recolecciones, no empleando el arado, sino el azadón que maneja hábilmente un hombre, y de este modo poco sufrirá el terreno que tanto cuesta poner a punto. Acaso sea Nazaret el gran ejemplo insular de creación de riqueza, pero de una riqueza equitativa, en la que todos participan, según los más elementales principios cristianos. No hay ricos en el pueblo de la Virgen Yacente, no. Lo que hay son creadores de riqueza, que no es lo mismo, forjándose así una comunidad que desconoce el egoísmo y que desprecia la avaricia del co-

(1) "La razón de esta abundancia se lee en las maravillas del Etna, escritas por Plinio en el capítulo 109 del II libro", dice Torriani (x).

(x) Esa afirmación es gratuita, pues el cap. indicado no habla del Etna ni de las cenizas volcánicas.

(2) "Entre estos montes (los de Lanzarote) —dice Torriani—, se hallan hermosísimos y muy extensos y llanuras alegres, de gran fertilidad, producidas por las cenizas que antiguamente arrojó el fuego por las vorágines de los montes; las cuales, podridas por la humedad, producen todos los años infinita cantidad de cebada y de trigo, a cuarenta y sesenta por uno".

razón. Viven practicando su peculiaridad de hormigas y abejas, removiendo la tierra o trazando sobre ella esos acabados rectángulos que son los enarenados. Por todos los sitios que alcanza la vista está visible la obra magna del hombre nazareno, que no siente tristeza por las lacras, fallos o injusticias, porque no las conoce y pone los remedios a tiempo, ayudándose unos a otros en mutua armonía, con admirable hermandad natural, como si ellos fueran, además del sobrenombre, herederos ciertos de aquel Nazareno de la Cruz.

En medio de los enarenados, las casitas de Nazaret blanquean destacándose sobre el riguroso lito de la tierra cubierta de "lapilli", unas casitas gratas, modernas y graciosas, también construidas por amicales agrupaciones, que no devengan jornales y que, al contrario, contribuyen económicamente a los gastos de fabricación. Es este un pueblo que tiene de antemano resuelto el problema de la vivienda, tan notorio hoy, pues cuando existe vecino casadero, todos a una, determinan levantarle la casa como ofrenda nupcial. De este modo, de diez a doce casas que tenía a principios de siglo, para sus entonces treinta vecinos, en la actualidad tiene las suficientes para dar cobijo a sus trescientos habitantes. Son casas con pequeños jardines exteriores que ponen, sobre el negro arenal, la nota viva de los geranios y buganvillas de rabiosos encarnados. La fraternal unión existente entre los nazarenos de Lanzarote hace posible cosas que, para otras humanas comunidades, son inaccesibles, aunque en Nazaret esas cosas sean familiares y estén impregnadas de alto sentido transcendente:

"Para estar juntos en la vida eterna
cuando acabe esta vida transitoria;
si Dios, que el curso universal gobierna,
nos devuelve en el cielo esta unión tierna,
yo no aspiro a más gloria..."

En el pueblo de María Difunta no es fácil hablar con el diablo, al modo de otros pueblos, porque los nazarenos de Lanzarote no toman en serio esas supercherías y amañes, y porque ellos son muy serios, y porque siempre andan amables y risueños, ahuyentando con tales virtudes y, en particular, con su laboriosidad, al ocio fatal que, a fin de cuenclas, es el que, desde que el mundo es mundo, ha metido de puertas adentro todas las raras historias satánicas, las más de las veces traídas a bordo de los barcos que proceden de las costas africanas (3). Para ser como son los nazarenos de Lanzarote no hace falta más que dos cosas: ser cristianos convencidos y tener por abogada a la bella Virgen Yacente. Les pregunto a unos hombres que trabajan, extendiendo serones de "lapilli" sobre la tierra bermeja, y me dicen que el diablo es una tontería y un temor propio de gente sin ocupación, y que ellos nada quieren saber de ese Satán, sino de sus campos benditos por el sueño, o tránsito, de la santísima Virgen, que parece dormida en la urna de la ermita. La ermita de María Difunta tiene una humilde arquitectura que nada ofrece de particular, y a lo largo de sus interiores paredes corren los bancos-arcas, de fuertes y valiosos herrajes, donde se guardan los adornos para los días de gran fiesta.

Visitar una casa de Nazaret supone oler limpieza. Todo parece recién estrenado, además de transido por el aroma constante que llega desde los jazmineros. Pasillos y patios son museos de tiestos floridos. Y es que en Nazaret nada viejo hay, ya que nació, como quien dice, el otro día. Busca uno su historia y no la encuentra sino en borrador, porque la definitiva la está comenzando a escribir sobre el suelo revalorizado. Acaso la futura historia de Nazaret no tenga otros

(3) Por nuestra experiencia africana, podemos afirmar que la influencia ha sido mucha.

personajes importantes que sus hombres hermanos, cual uno solo, y la arena volcánica. Deambular por estas cenizas negras significa palpar la vida de Nazaret, donde incluso el camello ha sido desplazado. El dromedario de Nazaret tiene pocas labores, pues abandonado el arado, se le utiliza raramente como medio de transporte. Mas, como no hay principio que no vueivan a su fin, el camello que viniera del Africa a ella está retornando (4). Ahí está alto, basculando su cuello, o en decúbito prono, mirando a uno y otro lado con el mayor desprecio por cuanto le rodea. Son éstos unos animales terriblemente intolerables, siempre mascando algo, o bostezando a trochimocchi. ¡Ah, camello legendario, señor de Lanzarote! Ver a las mujeres nazarenas dobladas sobre los enarenados, bien haciendo la escarda, o recolectando el fruto de la tierra, hace pensar que, al ayudar tan vehementemente a sus hombres, sacrifican, plenas de voluntad, su femeneidad en el ara del matrimonio. Sin embargo, respecto a este aserto, andará el viajero errado, porque no sabrá calcular que tales féminas son, como en los tiempos primitivos, jóvenes castísimas y laboriosas, compañeras inseparables del varón, y madres excesivamente conscientes de su destino. Por eso, nada más que por condición, la nazarena se dobla cara a la tierra, y tiene tiempo para criar a los hijos, guisar, lavar y poner la casita como si estuviera hecha de mármol blanco.

Es tanta la felicidad que hay en Nazaret, que conversando con sus vecinos llegará el visitante a sospechar que se ríen de todo, incluso de quien quiera saber cómo viven tan aferrados a su triunfal destino. Quizás sea ésta la causa de su ensimismamiento, que el forastero poco comprende, y a lo mejor por esa misma reserva inexplicable le venga a Nazaret la fama de pueblo practicante del monólogo interior, que se transmite mentalmente como abracadabrantistas que luchan por salvar el secreto que hace de pequeño caserío un hermoso mundo:

“¡Oh! ¡Los que, afortunados poseedores,
habéis nacido de la tierra hermosa...”

Sí, Nazaret tiene hombres y mujeres que viven ayudándose en eterna armonía, con envidiable hermandad, como si ellos fueran los mejores herederos de las enseñanzas de Cristo.

(4) Numerosas partidas de dromedarios (x) de Lanzarote están siendo enviadas al Africa Occidental.

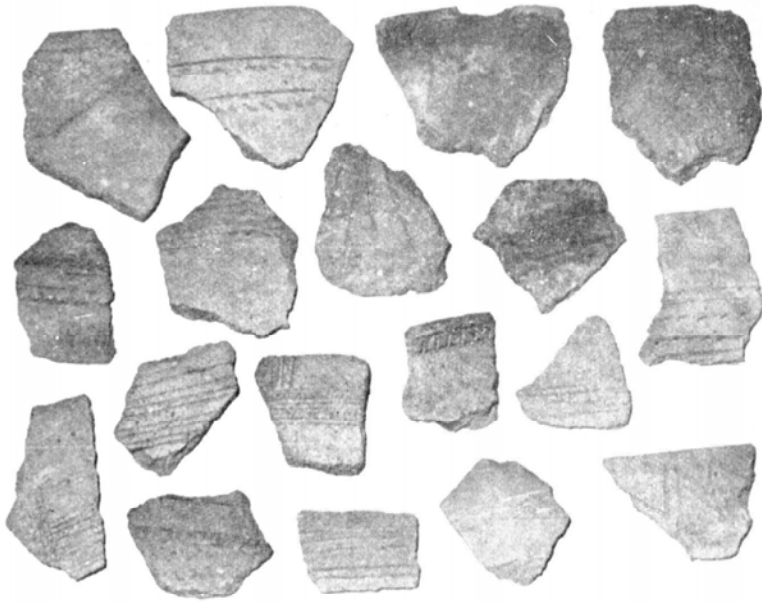
(x) Lo más probable es que este rumiante fuera importado a esta isla cuando Diego Garfía de Herrera comenzó sus correrías por la ceruana costa de Africa. Es falsa, según la opinión de varios autores, la creencia de Cravler de que fuera Juan de Bethencourt quien introdujera el camello en Canarias.



Cubierta de sepultura antropomorfa de extraordinario interés, correspondiente a los yacimientos arqueológicos de Zonzamas.



Petroglifo en los yacimientos arqueológicos de Zonzamas. (Obsérvese el collar que, por algunos arqueólogos, correspondería a un ídolo primitivo seccionado por los hombros).



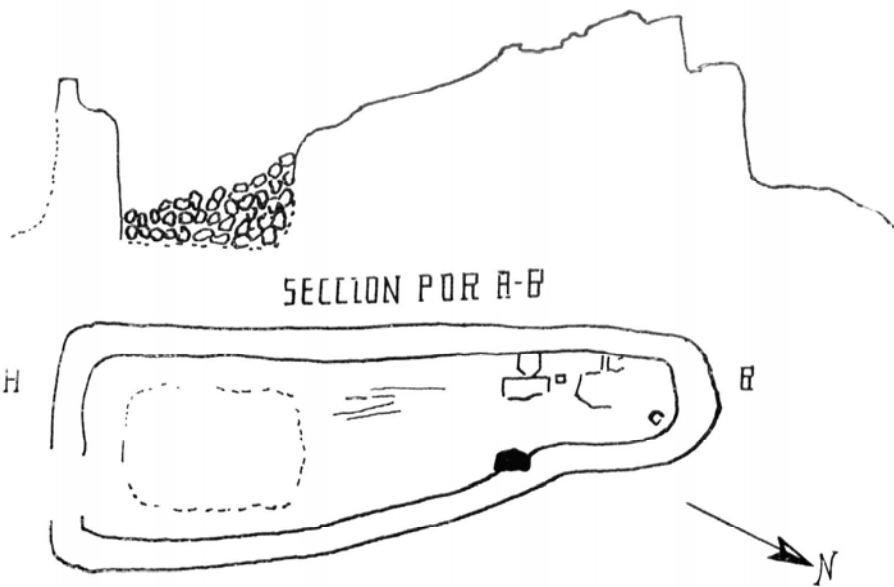
Cerámica lanzaroteña prehispánica, en estado fragmentario. Véase que su ornamentación es a base de líneas incisas, muy vistosa y de excelente técnica constructiva.



Arquitectura primitiva, de orden ciclópico, en Zonzamas. Obsérvese la cuña en primer término.



La "Quesera" de Los Majos, posiblemente un ara santa de sacrificios.



Plano de la fortaleza aborigen de Zonzamas, original del prestigioso arqueólogo español don Luis Fernández Fuster.



Valle Sagrado de Zonzamas, al pie de montaña Maneje, y corriente lávica que semiseptuló a una importante necrópolis aborigen.

REAL VILLA DE TEGUISE

CAPITULO VIII

De la Real Villa de Teguisse y de su malparado castillo de Guanapay, de los vetustos conventos y de las invasiones morunas, del bizarro Marqués de Lanzarote y del follón Clavijo, que brindó su peripecia al genio de Goethe.

Lo primero que se encuentra uno al llegar a la Villa señorial es un pueblo castellanizado que, por su estructura arquitectónica, nos dice bien a las claras la estrechez en que hubieron de vivir los españoles fundadores (1). Teguisse es, sin duda, el arca santa del Cristianismo en Lanzarote, una de sus primeras expresiones y punto de arranque de toda la historia religiosa de la isla después del Obispado Rubicense. Las mismas Españas, la peninsular y la transoceánica, son hoy historia gracias al Cristianismo, sin el cual la existencia de ese mundo nunca acabaría de completarse. Tal vez el mismo Occidente sostenga sus propias columnas nada más que en los eternos pilares de la cultura cristiana. La Real Villa fue, a su modo, el indiscutible cordón umbilical a través del cual los demás pueblos lanzaroteños iniciaron su conocimiento de la civilización y del Evangelio, tomando la isla entera contacto con las nuevas tendencias que se le iban a imponer desde el exterior.

La importancia de la Real Villa de Teguisse (2) es grande, y sólo por tan apreciable coyuntura debiera ser más conocida y visitada, con serlo ya bastante. ¡Cuanta historia hay en las piedras adustas y nobles caserones, en sus palacios, conventos, iglesias y ermitas! Todo aquí resulta interesante, y el forastero acabará enfrentándose con acontecimientos e indisputables hechos históricos, para envolverse al cabo en los pretéritos aromas de la vieja urbe. No cesará el visitante hasta que la curiosidad se le sature bien, incluso impregnando el espíritu de cuantos peregrinos sucesos existen adheridos a los muros vetustos. Ya dentro de la Real Villa todo se hace angosto, sintiéndonos algo oprimidos por sus calles "toledanas", recargadas de fresco silencio que parece salir de las casonas de gárgolas y aleros revestidos de fucos. Las balconadas tienen inconfundible forja peninsular, aunque con cierta influencia hispanoamericana que, a la

(1) La fundación de la Real Villa de Teguisse (x) data desde 1418, pues Maciot de Bethencourt vivió normalmente en ella con su mujer, la princesa aborigen doña María de Teguisse.

(x) Torriani escribe *Teguisse*, y cree que este nombre es de "un rey antes de que los cristianos hubiesen conquistado las islas".

(2) Teguisse está asentada en las inmediaciones de la prehistórica aldea de Acatife. Las antiguas crónicas la llaman también "La gran Aldea", posiblemente en el dialecto aborigen "Titerroigatra".

contrapartida, dejó también su huella colonial en casi todas las islas del Archipiélago (3).

La población actual de Teguise no tiene gran número de habitantes, pudiéndose afirmar que tiene igual cantidad de individuos a los habidos en 1587, entre los que se encontraban 250 hombres de armas con unos 40 caballos (4). La gente de Teguise hace vida recóndita y rememora en su atávica sociedad las viejas costumbres de su primer abolengo, conservando aún hoy ese antiguo prurito de los patronímicos y demás nimiedades de dudosas prosapias. ¡Grandes y sonados disgustos han habido en la Real Villa de Teguise a causa de un "Bethencourt afrancesado frente al humilde "Betancoer" del castellanol No les acaba de caber en la sesera a los Bethencourts de por aquí que este apellido sea hermano legítimo de los plebeyos (así lo creen) Betancores, porque tampoco admiten tener por pila y santo óleo a los galáicos Maciotes (5), abuelo y nieto, no ya respecto al tronco del árbol insular, que parte del aventurero francés al conocer éste a la princesa Teguisse, sino además del tronco genealógico de todos los Betancores y Bethencourts del Archipiélago, al tomar Maciot de Bethencourt, hijo de Arrieta Perdomo y de doña Margarita de Bethencourt, por esposa a doña Luisa, raptada en las costas de Galdar por Diego García de Herrera cuando aún se llamaba Tenesoya. El antiguo historiador de Gran Canaria, Sedeño, recoge el suceso en las siguientes octavas:

“Estándose bañando con sus damas,
de Guardarteme el Bueno la Subrina,
tan bella que, en mar, enciende llamas,
tan blanca que a la nieve más se empina:
salieron Españoles de entre ramas
y, desnuda, fue presa en la marina;
y aunque pudo librarse, qual Diana
del que la vio bañar en la fontana,
partir se vio la nave a LANZAROTE;
donde, con el Santísimo Rosío,
la bañó en la fuente el Sacerdote
de Dios. Salió con tal belleza y brío
que con ella casó Monciurt Maciot,
que el Noble Betancourt era su Tío;
y de estos dos, como de jardín las flores,
proceden los ilustres Betancores”.

En realidad estos escarceos son capciosos en el presente capítulo, por lo que creemos justificadísima nuestra evasión del peregrino asunto, magistralmente tratado por ilustres autores.

(3) El profesor Marco Dorta ha dado recientemente una magnífica lección al caso (x).

(x) “Estas construcciones —dice Morales Padrón— conservadas actualmente en La Laguna y Las Palmas enviadas a América y guardan un inconfundible parentesco con esa arquitectura arquipelágica y limeña que el arquitecto peruano Héctor Velarde define diciendo que es una mezcla de harém y confesionario (Oriente y Occidente). Indagando en la influencia canaria y en la arquitectura peruana, puede pensarse que el clima lo ocasionó o, más seguramente, la presencia de algunas figuras canarias relevantes en la vida peruana”.

(4) La causa perenne de esta escasa población de Teguisse fue debida, primero, a las invasiones turcas y, segundo, porque el Puerto del Arrecife la absorbió por completo.

(5) “A principios del siglo XVI vive en la plazuela del Real de Las Palmas —según dice Néstor Alamo— la duquesa princesa Tenesoya, traidora en dueña venerable bajo el nombre de Luisa de Bethencourt mujer viuda de Maciot de Bethencourt”.

Lo que caracteriza a la Real Villa de Teguiise es su inconfundible señorío, sus conventos vetustos y regios palacios, que hacen de la villa un verdadero museo de arquitectura religiosa y civil. Porque, este pueblo nos recuerda a Toledo con sus piedras quemadas al sol, sus tejados enfermizos y su místico recogimiento ambiental; otras veces parece un gran cortijo andaluz, con su aire dulzón, sus balcones floridos y sus blancos humilladeros, de rústicas cruces, a modo de descarnados calvarios; otras veces recuerda a Compostela, con sus musgos y calles empedradas, patinadas de leve llovizna, o de rocío madrugador, con sus tabernas umbrías y solitarias durante el día, pero iluminadas por sendos candiles durante la noche, para acoger a los tipos silenciosos que siempre se niegan a disfrutar del paseo callejero. Desde luego, la Real Villa de Teguiise tiene encantos a todas horas, y en cualquier rincón se puede ver el sello inconfundible de lo hispánico y lo católico.

El sentido poeta lanzaroteño Leopoldo Díaz Suárez ha cantado así a tan rancio lugar:

“Digno este canto de tu gloria sea,
¡oh, Teguiise inmortal de grata historia!,
para cantarte basta hacer memoria
en medio del fulgor que te rodea.

Recordemos tus triunfos; que se vea
como el oro surgir de entre la escoria
los hechos más salientes de tu gloria,
brillantes como el sol que nos caldea.

Tus calles y tu aspecto, noble Villa,
seméjense a los pueblos de Castilla
famosos por sus casas señoriales.

Tú también, nobilísima Teguiise,
bajo el rayo de sol que te bendice,
ostentas tus conventos inmortales”.

De los amores del visorrey Maciot de Bethencourt con la hija de don Luis de Guadarfía, último régulo de Lanzarote, poco o nada se sabe, y es de manos de la tradición la noticia de su matrimonio (6). Solamente sabemos que juntos vivieron en la aldea de Maciot (en el Sur insular) y después en la Villa de Teguiise. Tampoco se sabe con absoluta certeza el número exacto de los hijos que tuvieron los señores de la isla, pero los genealogistas les tribuyen dos hijas: Luisa Margarita de Bethencourt, que casó con don Juan de Arrieta Perdomo y Melián (7), y doña María Luisa de Bethencourt, que matrimonió con el aventurero Ruiz González de la Cámara, primer Gobernador de la isla de San Miguel, e hijo de don Juan González Zarco, descubridor y conquistador de dicha isla en 1420.

Es por este año cuando los Casaus, o de Las Casas, armadores y piratas sevillanos, obtienen de Don Juan II una R. C., por la que se les concedía la conquista de las islas aún no sometidas, que eso era el salvoconducto para saquear y asaltar en aquellos tiempos. Estos derechos de los Casaus no tardaron en pugnar con los del Conde de Niebla, don Enrique de Guzmán, prócer andaluz, que los había adquirido en 1418 a cambio de las fuertes sumas que le adeudaba Juan

(6) Es tradición que Teguiise es el nombre de una hija del rey Guadarfía, que fue mujer de Maciot de Bethencourt.

(7) Es este matrimonio el tronco de los “Bethencourt” insulares, por lo que a Lanzarote respecta.

de Bethencourt, y quien para dar satisfacción al conde de Niebla remitió poderes a su sobrino Maciot, que embarcó para Sevilla al objeto de celebrar las escrituras, si bien Maciot de Bethencourt quedaría aún como *poseedor e thenedor de ellas, y su capitán e governador*. Para evitar, pues, los graves daños que acarrearía el litigio entre los Casaus, es don Enrique de Guzmán quien decide vender sus derechos a Guillén de Las Casas, en 25 de marzo de 1430, por cinco mil doblas meriscas, “de buen oro”. Pero, a pesar de esta nueva venta, Maciot de Bethencourt continúa gobernando la isla de Lanzarote “como si fuera suya”, y a sí mismo se titula Señor de ella en una carta de 8 de junio de 1447, y de la que se deduce que él administra la justicia y percibe las rentas, a la vez que concede toda clase de privilegios. Fue en los primeros meses de 1448 cuando Maciot decide vender a don Enrique de Portugal, a cambio de una renta de 20.000 reales, la isla de su señorío, Lanzarote, pensión que perdió después “per forca ou per direito tomada de castellaos ou franceses ou algunas otras gemtes”. Ni que decirlo habrá que tal acontecimiento fue sobradamente celebrado por don Enrique, que al fin alcanzaba la posesión tantas veces soñada de una isla del Archipiélago canario. Rápidamente envía a Lanzarote dos barcos al mando de Antão Goncalves y Alvaro Domellas, con un ejército suficientemente armado. Don Antão Goncalves traía la representación de su rey y mostrándola en la isla, quedó como Capitán General y Gobernador de Lanzarote, ahora dominio portugués. Este cambio de dominio fue pacífico, y el hasta entonces Señor de la Isla, Maciot de Bethencourt, embarcó en las carabelas portuguesas a fin de residir en la Madera con toda su familia.

Gobernó con benignidad Antão Goncalves, ganando en Lanzarote buena voz y fama de hombre justo y virtuoso, pero que hubo de reembarcar a consecuencia de la sublevación de los insulares, que veían en él y en sus funcionarios lusitanos la representación del dominio extranjero. Habían considerado los lanzaroteños, españoles sobremanera, que los portugueses no contaban con numerosas fuerzas militares, por lo que decidieron atacar a la dominación extranjera, cosa que les salió a pedir de boca, logrando la expulsión de don Antão Goncalves y de todos los suyos, no sin dejar sobre el terreno algunos muertos, hacia finales del año de 1449. Mas don Enrique de Portugal, se encabritó hasta el colmo y envió a principios de 1450 ocho carabelas armadas con el anhelo de recuperar la isla perdida. La orden dada era la de penetrar en Lanzarote “a sangre y fuego”, pero los lanzaroteños supieron defenderse y evitar la sangrienta invasión, para rechazar valientemente a los corridos portugueses.

Después de que hubo estado la isla bien desalojada de extranjeros, los insulares designan como Capitán General interino, o como Gobernador del Rey de Castilla, a don Alfonso de Cabrera, hasta tanto la Corona dispusiera su voluntad sobre el porvenir de Lanzarote, cuyos varones más preclaros elevan al Rey de Castilla un detallado informe sobre los acontecimientos que rescataron a la isla de dominios particulares. Ahora es Fernán Peraza, sucesor de Las Casas, quien reclama el señorío de Lanzarote, pero el Rey dispone que, entretanto eso se dilata, quede la isla “en secuestro” y designa para ese fin a don Juan Iñiguez de Atabe, su escribano de Cámara.

El nuevo Señor de Lanzarote, Fernán Peraza, fallece en 1452, período éste de la historia lanzaroteña un tanto obscuro respecto a la cronología de los acontecimientos, si es que cuanto afirma Castillo sucedió en efecto. Según Chil y Narango el matrimonio de Diego García de Herrera y doña Inés Peraza de Las Casas, no se celebró sino en 1443, pero Viera afirma que se realizó hacia 1445. La consecuencia de este matrimonio, concertado por el Conde de Niebla, fue que en 1452 (muertos los abuelos, padre y hermano, de doña Inés Peraza) convierte a los esposos en Señores legítimos de Lanzarote y Fuerteventura, ya conquistadas,

y de las islas aún por conquistar. Dichos nuevos Señores "del Reyno de Canarias" no llegaron a las islas hasta 1454, no siendo bien recibidos y mucho menos aceptada su autoridad sobre los lanzaroteños. Solamente después del mandato de Don Enrique IV, ya en 1455. A partir de esta fecha la Real Villa fue adquiriendo cuerpo de residencia señorial, construyéndose gran parte de los bellos edificios que más tarde incendiarían los moros durante diversas razzias. En la primitiva Villa tuvo lugar todo el jaleo que provocó Juan Rejón en 1478, y la célebre recepción que los Peraza-Herrera hicieron al Dean de Rubicón, cuando el propio Rejón, ahora triunfante de las insidias de Bermúdez (8), a éste hizo deportar a la Gomera, advirtiéndole al mestre de la nave para que lo desembarcara por las costas de Orone y Anaga, cuyos bandos andaban en rebeldía contra su señor, Hernán Peraza, seguro de que los gomeros acabarían con el siniestro Deán (9). Sin entrar en más pormenores, la primera vida de la Real Villa de Tegui se andó siempre en vilo a causa de las tretas y peripecias que allí ocurrían a menudo entre los militares enviados por la Corona de Castilla y los Señores de la Isla.

Diego García de Herrera dedicó gran parte de su vida a la realización de expediciones a la costa africana, e islas Canarias no conquistadas, saliendo de ellas muy mal parado, asunto largo de contar y que tan bien recogen los antiguos y modernos historiadores.

El primer Marqués de Lanzarote nació en la Real Villa de Tegui se, hacia 1536, y fue hijo legítimo de Pedro Hernández Saavedra, el Mozo (hijo de Pedro Hernández Saavedra, el Viejo, y de Constanza Sarmiento, primera de este nombre y apellido) y de Constanza Sarmiento, hija de Sancho Herrera y de Catalina Escobar de las Roelas. Fue don Agustín de Herrera y Rojas un tipo decidido y de gran atrevimiento, pues sin contar con muchos medios realizó unas 14 expediciones a Berbería (10), capturando infieles que en Lanzarote fueron bautizados y empleados luego en las labores diversas de su Señorío. No siempre sacó partido a sus cabalgadas por África, ya que en cierta ocasión los moros, a la recíproca, se le llevaron a doña Inés Benítez de las Cuevas, su señora. Por real título de 9 de septiembre de 1567 fue creado Conde de Lanzarote, y en 1 de mayo de 1584 se le concedió igualmente el título de Marqués de Lanzarote. Casó en segundas nupcias con doña Mariana Enrique Manrique de la Vega, y una de sus hijas naturales casó con el prestigioso militar Capitán Argote de Molina. En tiempos de don Agustín de Herrera la Real Villa de Tegui se tiene ya 120 viviendas y dos iglesias (el cratorio de San Francisco y la matriz de Guadalupe), las más habitadas por gente traficante y militares, que contribuyen al tradicional esplendor del Marqués y Conde de Lanzarote, ofreciéndole lo mejor de sus mercaderías a cambio de poder ejercer el comercio con plena libertad. Entretanto, don Agustín prodigaba las tierras a la menor muestra de amistad que se le hiciera, tomando por eso gran fama de rumboso y juerguista (11).

Fue una mañana de julio de 1586 cuando don Agustín de Herrera saltó de la cama para dirigir la evacuación de la Real Villa, que estaba siendo asaltada e incendiada por las huestes de Morato Arraez, compuestas por 400 turcos y numerosos moros llegados a bordo de siete galeones (12). Las fuerzas invasoras

(8) Licenciado don Juan Bermúdez, clérigo con título de Dean de la Iglesia de San Marcial de Rubicón.

(9) Néstor Alamo.—"El Almirante de la Mar Océana en Gran Canaria".

(10) Datos poco autorizados afirman que don Agustín de Herrera capturó 12.000 moros durante sus correrías por África.

(11) Hay testimonios documentales que demuestran la liberalidad del Marqués, el cual hace donación de tierras sin mayor causa que su personal capricho.

(12) Viera y Clavijo dice, X, 6 (vol. II, pág. 274) que eran 800 hombres de armas y 400 turcos, aunque otros datos indican que eran 500 turcos.

lo minaron todo, y las dos fortalezas de la isla (13) se les rindieron apenas sin oponer resistencia, mientras que la posible parte de población, que le fue permitido escapar, encaminábase campo a través hacia la Cueva de los Verdes, extraordinario refugio del que se hablará en su momento. Esta razzia, por demás feroz y sanguinaria, duró hasta el 23 de agosto del mismo año, suscribiéndose un tratado de paz que firma en Arrecife don Gonzalo Argote de Molina y el Morato, y mediante el cual se concierta el rescate de la Marquesa y el de la propia mujer de Argote.

La casa de don Agustín quedó malparada, si bien se apresuró a restaurarla mejorándola. Este histórico palacio es uno de los edificios más antiguos del archipiélago, mostrando la curiosidad de su gárgolas, como si el país fuera de lluvias, contándosele hasta seis bellos canales al exterior. Por dentro tiene el palacio una interesante galería, con tres puertas de rica madera labrada, y tiene el suelo empedrado al estilo mudéjar; las celosías que dan al patio-jardín son dignas de estudiarse por las complicadas expresiones y difíciles filigranas de su entretejido; los techos, con artesones alegóricos, y las puertas con raros herrajes que llaman la atención.

Dos años después de la invasión de Morato Arraes, don Agustín de Herrera quiso cumplir el testamento de don Sancho Herrera y de Castilla, el Viejo, fechado en 21 de octubre de 1534, y que ordenaba que se hiciera un monasterio de frailes de San Francisco dentro de su huerta de Famara, y que fueran gastados en las obras unos 500 ducados de oro. El Señor de Lanzarote delegó en Argote de Molina el cumplimiento de la voluntad de Sancho el Viejo, pero avisado militar, demostró con sobrada razón que la huerta del macizo de Famara era vulnerable y fácil presa para los tradicionales invasores, desechando esa idea por descabellada (14). Gran devoto de la Virgen Madre, en quien siempre depositó su confianza, Argote de Molina colocó los cimientos del futuro convento de San Francisco en 1588 para terminar las obras en 1590, período de tiempo magnífico que le valió a don Gonzalo el sobrenombre de Salomón insular, ya que en sólo dos años logró cumplir con creces aquel viejo deseo del Señor Sancho Herrera y de Castilla (15), aunque con el nombre de Santa Madre de Dios de Miraflores (16), si bien en la actualidad se le conoce por San Francisco.

Delante del altar mayor, a la derecha, está el sepulcro de don Sancho Herrera con la siguiente inscripción: "Aquí yace el muy Ilustre Caballero Sancho de Herrera, Señor de Lanzarote y Fuerteventura, hijo de Diego de Herrera y de Castilla, cuarto nieto del Señor Rey Don Alonso de Castilla, último de este nombre, trece del Orden de Santiago, del Consejo de los Reyes Católicos, y de Doña Inés Peraza de Las Casas, su mujer, reyes de estas Islas de Gran Canaria, fundador de este convento. Murió el día 20 de octubre de 1534, a la edad de 92 años". Por este formidable monasterio, cargado de historia y de valiosas expresiones artísticas, ha pasado gran cantidad de investigadores y amigos del Arte y de la Religión.

El otro templo con que contaba la Real Villa en los tiempos del valiente Marqués don Agustín Herrera, era el parroquial y que es más antiguo que el de San

(13) La de San Gabriel, en Arrecife, y la de Guanapay, en Tegüise.

(14) Donde se proyectó la edificación del convento de San Francisco fue junto a la hoy extinguida ermita de Las Mercedes, en Famara.

(15) Este convento fue abierto al culto por despacho del Obispo Juan Poggio, de la Tropea, que por entonces era Nuncio de Su Santidad en España.

Digno es de visitarse por sus preciosos retablos, sus columnas de estípete, y sus valiosas imágenes.

(16) Argote de Molina modificó la última voluntad de Sancho, El Viejo, denominando al convento Santa Madre de Dios de Miraflores (x).

(x) Miraflores es un valle de la Real Villa.

Francisco. Es una construcción de rancio sabor arquitectónico y religioso, correspondiente al siglo XV, y que ha sido muy castigado por la barbarie invasora de los años 1569-71-86 y 1618, de forma tan brutal que, por verdadero milagro, está, a Dios gracias, en pie (17). Es la iglesia que más ha sufrido el paso de los infieles, y cuya imagen de Nuestra Señora de Guadalupe muestra en su cara la hendidura del hacha salvaje y sacrílega (18). Durante esos fatídicos ataques se perdieron importantes legajos relativos a la verdadera Historia de Lanzarote, por cuyo motivo la sombra más oscura se cierne sobre el pasado insular. Por si fuera poco, sufrió este maravilloso templo un voraz incendio a principios del presente siglo, que causó serios desperfectos en su artístico campanario. En la actualidad, es centro de importantes investigaciones, a la vez que despierta la curiosidad entre cuantos se acercan y se entregan a la admiración de sus magníficos retablos e ingeniería de auténtico valor artístico:

“Entre la sombra oscura
se adivina la trágica escultura
que representa a Cristo agonizante.
Lívido el rostro, el pecho jadeante,
fijos los mustios ojos en el cielo...”

La llegada de Leonardo Torriani, enviado especial de Felipe II, hace que el Marqués de Lanzarote se desviva por atender a tan regio emisario, a quien acompaña al viejo volcán de Guanapay para que aprecie la situación estratégica de la pequeña fortaleza levantada en una de las orillas de la caldera, y que viese asimismo la situación deplorable en que quedaba la Real Villa en tiempos de invasores, porque siendo pequeño el primitivo castillo de Guanapay (19) la gente se veía obligada al éxodo en busca de la Cueva de los Verdes, donde permanecían ocultas las mujeres con sus hijos, entretanto los hombres luchaban como Dios y sus pocos recursos les dieran a entender. Hacia el este de la iglesia parroquial, por una suave pendiente, está el tristemente célebre “Callejón de la Sangre” (20), que nos recuerda la lucha desigual entre moros y cristianos en 1586:

“Del palafrén se derriba,
no porque al moro conoce,
sino por ver que la yerba
tanta sangre paga en flores”.

(17) Fue incendiado en 1569 por el corsario del rey de Fez, Calafat, que se presentó en la isla con nueve galeras y 600 hombres armados e hizo razzias durante 19 días.

En 1571, el corsario berberisco Dogali lo maltrata de nuevo, y en 1586, Amurat, pirata argelino incendia y destruye gran parte del templo y todo su valioso archivo, lo que es causa que muchas cosas de la época inmediata anterior se ignoren. El 6 de febrero de 1909 se incendió el templo, perdiéndose su maravilloso coro, repujado en cedro, así como el Tesoro y la magnífica imagen del Carmen. Sólo pudo ser salvada la talla de la Concepción.

(18) Existe la pia tradición de que un arrúez hirió con su hacha a la imagen de la Santísima Virgen, pero que cuando se disponía a descargar un nuevo golpe, el bárbaro fue atacado por su propio perro impidiéndole destrozar la valiosa imagen.

En el rostro del busto de N. S. de Guadalupe de Tegui se puede ver la hendidura producida durante el ultraje.

(19) A este castillo-vivienda lo hemos oído nombrar de Santa Bárbara, no sabemos por qué, ya que desde mucho antes de la llegada de Torriani, en 1590, se le llamaba Guanapay, como el toponímico del volcán donde se asienta.

(20) La tradición asegura que durante la invasión de Morato Arnez, en 1586, corrió un arroyuelo de sangre cristiana por el trágico callejón de la Real Villa.

El castillo de Guanapay es, de todas las fortalezas insulares, el de más abo- lengo y rancio como entidad castrense (21). La historia militar del castillo de Guanapay no puede ser más penosa, pues en cuantas veces se enfrentó a los invasores resultó desmantelado. Por eso, la llegada de Torriani, aparte de entusiasmar a don Agustín de Herrera, alegró bastante a don Gonzalo Argote de Molina, que colaboró con el ingeniero italiano para la reedificación y ampliación de tan maltratada fortaleza. Así, pues, según los proyectos del cremonense quedó en 1596 totalmente restaurado con las características que hoy conserva, o sea, de forma romboidal, de irregular factura con rientes poligonales y elípticos; con 17 peldaños de mampostería revestida, que sirven para subir a la pequeña meseta que está a la altura de la puerta principal, y que mira hacia Poniente, a la cual se pasa por un pequeño puente fijo de madera; sigue un pasillo que desemboca a un patio que da a varios locales. Frente al corredor de la entrada existe una escalera de cantos, sin pasamano, por la que se sube a la explanada donde se encuentra la Sala de Armas; al Este de esta Sala está la escalerilla que conduce al techo, punto más alto del castillo (22). El interés que demostró Torriani, sobre la ampliación del fuerte de Guanapay, se debe en gran manera a la consideración que planteaba su reducida capacidad, pues "dividida la población entre la Cueva de los Verdes y el castillo podrían defenderse los moradores de Teguisse en el corto tiempo que solían durar las incursiones piráticas en una tierra empobrecida y devastada". No cabe la menor duda de que el ingeniero cremonense pensó la estrechez en que podrían estar dentro de una fortaleza, pero para los pocos días que iban a soportar la feroz presencia del invasor, resultaba mucho más saludable que ir huyendo campo a través durante el día y la noche. Estas fueron las bases en que se fundó Torriani para la ampliación del castillo de Guanapay, cosa que surtió su efecto cuando en 1618 la Real Villa fue asaltada e incendiada por los arráeces Jabán y Solimán, que desembarcaron 5.000 hombres llegados en una escuadra de 60 naos. Como estaba previsto, parte de la población de Teguisse salió volada para la Cueva de los Verdes, y otra parte, según lo previera Leonardo Torriani, se encerró en la fortaleza de Guanapay hasta tanto se fueran los invasores, hostigados por el capitán Matías de Anchieta, que al frente de una Bandera de 100 hombres había llegado en socorro de la isla.

Una de las pocas personas que sobrevivieron para contar este hecho fue el licenciado don Juan de Betancor, racionero de la Catedral de Canarias y lector de Gramática, ayo y maestro del segundo Marqués de Lanzarote (23). Este ilustre lanzaroteño murió en 1640.

Por estos tiempos se edifican dos nuevas ermitas en Teguisse, a saber, la del Espíritu Santo, con fondos del capitán don Gaspar Rodríguez Carrasco, y la de San Rafael, ésta última hacia las afueras de la Villa, y que se caracteriza por su espadaña en la trasera del edificio y no en el frontispicio, como era tradicional (24). Siguen edificándose recintos sagrados, y vemos que a fines del siglo XVII se levanta el convento de la Veracruz, famosos por su Cristo, que muchos autores atribuyen al mágico pincel del canario Luján Pérez (25). Tiene este convento en

(21) Existen muchos indicios —no rigurosamente comprobados— de que los cimientos de esta fortaleza fueron los de la torre edificada por Lancelot Malocello en 1312, pero que el prestigioso don Simón Benítez sitúa donde se alza hoy el castillo de San Gabriel, en Arrecife.

(22) Ver, Antonio Rumeu de Armas: "Piraterías y ataques navales contra las Islas Canarias".

(23) Don Juan de Betancor escribió una obra histórica sobre la "Conquista de Canarias y Derechos de Quintos", luego muy citada en los litigios acerca de la materia.

(24) La ermita del Espíritu Santo no pudo ser terminada hasta 1698, y se desplomó el 2 de febrero de 1862.

(25) Existe en Teguisse un Crucificado, de propiedad particular, con la siguiente inscripción: "Lo hizo Pérez". Es una de las primeras obras, al parecer, de Luján Pérez.

su frontis principal un arrabán de claras insinuaciones mudéjares, de considerable valor, y una espadaña al estilo preisabelino, tal y como Torriani exornó los campanarios de las distintas fortaleza insulares. Delante de la puerta, el convento de la Veracruz luce un frondoso ombú, como tributo vivo de la influencia hispanoamericana en estas construcciones religiosas.

Desde que en 1698 don Gaspar Rodríguez Carrasco terminara la ermita del Espíritu Santo, dicho capitán, por inspiración divina, abrigó la idea de levantar junto al nuevo templo un hospital (26) que acabara con la indigencia en que se hallaba la plebe, pensando que nadie mejor para regentarlo que los Padres de San Juan de Dios de la Provincia de Andalucía, pero éstos declinaron el encargo "por no poder mantener una casa sola dicha Orden a tan larga distancia de dicha isla y no tener entonces ésta ningún comercio y proporciones y protestando no ser de su institución ni poder mantener médico y botica, que era la principal causa a que había atendido el fundador", con este motivo quedó paralizado el proyecto del hospital (27). Estando así las cosas, muy serias por cierto, llegaron a esta isla unos aventureros religiosos de la Orden de Santo Domingo, que se las arreglaron para acomodarse en las casas fabricadas por el Capitán Rodríguez Carrasco, aunque con el propósito de fundar comunidad. Mas las leyes prohibían expresamente tales fundaciones, no siendo para los fines de la caridad y redención de los enfermos, por lo que se armó un buen jaleo, ya que la Real Villa se vio privada de su hospital al ser tolerado el afincamiento definitivo de la orden de Santo Domingo en las casas destinadas, por donación testamentaria, al albergue de los enfermos y de los niños expósitos. Respecto a este curioso lío cívico-religioso existe un amplio documento dirigido a la Reina por la Junta Municipal de Beneficencia de Teguiise, en el que reclama a S. M. el restablecimiento del Hospital y Cuna de niños, y que firman todos en 1837. Es, pues, una realidad histórica que este monasterio de Santo Domingo fue autorizado al margen de las leyes, y para comprobarlo baste la cita del clamatorio documento que aplaudió todo el vecindario de Teguiise, en protesta de la comunidad dominica que lo dominaba entonces. Fue primer prior de este convento fundado en 1726, fray José Antonio de Clavijo, tío del famoso Clavijo, gran teólogo y uno de los hombres de mérito que tuvo Canarias en el siglo XVIII. Nació en la Real Villa de Teguiise en 1701 y murió en la Orotava hacia 1764, con el mismo cargo, en el convento de aquella ciudad.

En medio de este ambiente en extremo religioso, nace don José Clavijo y Fajardo, siendo sus padres don Nicolás Clavijo y doña Catalina Fajardo. Permanece en la Villa de Teguiise desde el día de su nacimiento, en 1726, hasta los catorce años, en que pasa a Las Palmas para tomar más amplia educación. De este listo, aventurero y sagaz Clavijo, siempre atrajo más la anécdota de su vida que su inteligencia, y quizá que su obra, con ser ésta de la categoría del "Pensador". La popularidad europea con que cuenta Clavijo se la debe a su peregrina aventura, que ha pasado a la historia como "el caso Clavijo", y que se basa en la amistad que tuvo con Luisa Carón, hermana de don Agustín Carón de Beaumarchais, gran aristócrata de la Francia de Luis XV. Pasados los años de París, se vuelven a encontrar los "novios" en la capital de España, donde reanudan las relaciones sin que Clavijo haga nada en pro del matrimonio a que estaba obligado. En vista de la situación, Beaumarchais desafía a Clavijo, asunto que inspira al genial Goethe para su drama "Clavijo", y que tanta fama a dado a este patronímico vinculado a Lanzarote y demás islas del Archipiélago. Don

(26) En realidad, quería destinar a ese menester sus casas edificadas extramuros de la población, por las inmediaciones de la marea circular, famosa por su barbacoa al clásico modo andaluz.

(27) Fragmento de la "Representación de la Junta Municipal de Beneficencia a S. M.", reclamando el restablecimiento del Hospital y Cuna de niños expósitos.

José Clavijo y Fajardo murió ya anciano, en 1806, siendo Director del Real Gabinete de Historia Natural, y su novia también se muere en un convento de Royale (Picardía), sin llegar a conocer el asunto que tan bien supo recoger el cíclope alemán.

Todavía Teguiise con duelo por la muerte de Clavijo, nace en la casa del Escribano don Matías Rancel, cronista de la guerra en Lanzarote, don Domingo Rancel, ingeniero militar, que se destacó en la guerra de la Independencia, donde, entre batalla y batalla, fue especializándose en las ciencias de ingeniería. Estuvo destinado como coronel Comandante Militar de Las Palmas, y dirigió las obras de construcción del muelle de San Telmo, en cuyo tiempo le sorprendió la muerte.

Otro nacimiento ilustre acontece por esta época, y es el que en 1845, la Nochebuena precisamente, da a luz a don Alfonso Spínola Vega, que fue hijo de don Melquiades Spínola y Bethencourt, y de doña María Vega y Carreno. Sobre los méritos del doctor Spínola ya hay mucha letra impresa, pero lo que es inédito, sin duda, es la cuestión de la lápida que debería estar colocada en la fachada de su casa natal y que inexplicablemente continúa en un alto rincón del Ayuntamiento tinerfeño. La extraviada obra se debe al escultor Cantú, y ostenta en alto relieve la noble cabeza del doctor Spínola, que corresponde exactamente al espíritu y carácter de este hombre ejemplar. La inscripción dice: "Al ilustre hijo de la Villa de Teguiise, Doctor don Alfonso Spínola, sabio, filósofo, médico y apóstol, que honró a su Patria en América.—(El 20-7-1905 en San José de Mayo.—Los Españoles del Uruguay)". También la inscripción refleja los altos méritos del doctor Spínola, como podrían testimoniario cuantos tuvieron la suerte de conocer a este hombre de excepción, cuya nobleza solamente podría compararse con los santos. Murió a los 60 años en San José de Mayo, y el Uruguay le rindió recientemente un sentido homenaje de gratitud por su apostolado en dicha nación (28).

Desde los finales del siglo pasado y principios del presente se destaca Teguiise como emporio teatral, y ya se ve a doña María Perdomo de Ferrán cosechando éxitos con sus comedias "por su orden arquitectónico y preciosos ornamentos" (29). Por fin el Gobierno civil autoriza a don Francisco Perdomo Betancor para que haga sus ansiadas calicabas de investigación en pro de yacimientos acuíferos dentro del término municipal de Teguiise, en especial por el barranco de Las Pocetas, pero sin resultados positivos. Estos pequeños fracasos del señor Perdomo eran causa de sus tradicionales erabiscamientos con el zumbón y bondadoso párroco don Domingo Hernández Romero, que no creía linda ninguna de las intontonas calicabistas de don Francisco, el cual, al cabo de los años, llegó a convencerse de que buscar agua subterránea no es señalarla con el índice sobre determinado lugar de un mapa.

En 1910 vemos cómo el castillo de Guanapay alberga a un destacamento de soldados "palomeros", cuyo sargento don Federico Ferreira se casa con doña Catalina Pérez, formando *velis molis* la familia "Palomera", sambenito que les endosó el pueblo, como pasa en todos los pueblos, y que aunque el pueblo quiera no le puede quitar de encima.

Tiene Teguiise muy desarrollada la típica industria del temple, que es hermano del ukelele, oriundo de Portugal y que luego se extendió por las costas de Oceanía e islas de Hawái, para terminar invadiendo con su sonora presen-

(28) Nuestro admirado Eugenio Rijo Rocha nos muestra un documento según el cual el filántropo Dr. Spínola fue director de la Banda municipal de Teguiise (Véase: "Gloria de la Humanidad", Agustín de la Hoz).

(29) De la Prensa de la época, Otra actriz de primera fila fue la ilustre poetisa doña Inocencia Aldana de Molina.

cia algunas localidades de Europa y América. En Lanzarote este curioso instrumento de cuerda se llamó primero “Camellito”, acaso para diferenciarlo del ukelele, debido a su clásica joroba, pero desde tiempo inmemorial se le viene llamando “timple”.

“Timple le decía mi abuelo
y timple le digo yo,
porque si le digo “tiple” (30)
no le suena bien la voz.”

Queden aquí los viejos recuerdos y leyendas de la Real Villa de Tegüise, así como los acontecimientos de su pasado más próximo, para no enturbiarlos con el vivir que ahora se ofrece a nuestros ojos.

(30) Algunos han pretendido llamarlo “tiple”, voz que no se ajusta en nada al vocablo popular generalmente aceptado por todos.

TESEGUITÉ

CAPITULO IX

De cómo Teseguite ha reivindicado sus tierras y de sus molinos de viento, de la ermita de San Leandro y del horroroso crimen de María Cruz, y de su hermana "La loca de Lanzarote".

Cae apacible la última hora solar, y el cielo se azula y se sonroja hasta quedar hecho un fulgente zafiro. El paisaje antoja una pampa, cuya monotonía es rota, a veces, por enanas palmeras. Ve uno candidas palomas zureando entre las ramas de un viejo especiero, y más hacia allá, fuera del camino, un burro está atado al tronco de una higuera que no tiene hojas. El dueño del solípedo, doblado el espinazo, revista la sementera débil y mal nacida a causa de las escasas lluvias. El campesino mira al cielo y cabecea dubitativamente. El cielo es un ascua infinita. El ocaso del sol es un diamante fabuloso. La tarde es un sepulcro.

En Teseguite todo aparenta seguir igual como hace cien, doscientos o trescientos años, pero con la ventaja de que ya no se cree en las sesiones espiritistas, ni en las brujas, ni en las pócimas... Teseguite, y su toponímico es el diminutivo del de Teguisse, tiene pocos vecinos (unos cuatrocientos), pero son despabilados, vivaces y grandes emprendedores. Hasta hace medio siglo las esforzadas tierras de Teseguite eran propiedad de dos o tres señores forasteros, que las disfrutaban bien en medianías o en total cosecha. Sin embargo, a fuerza de constancia y vehemencia, los pobladores de Teseguite han ido recuperando la propiedad, pudiéndose afirmar hoy que cada quisque tiene en el pueblo su parcela. En otros tiempos, en los campos lanzaroteños, y en particular en estos de Teseguite, los brazos del campesino resultaban muy maltratados, haciéndolos permanecer más tiempo en las fincas que en los hogares, para exigirles bajo un sol inacabable hasta el ciento por uno de su mísero jornal, siguiendo los preceptos establecidos desde maricastaña. Con el tiempo y la reivindicación de sus tierras, el campesino de Teseguite ha dignificado sus labores agrícolas, que con las nuevas normas protectoras se hacen más fáciles y llevaderas. La mecanización de las faenas de enarenado de tierras antes estériles ha conseguido, sin duda, más amor a la agricultura, tiempo atrás en peligro de muerte debido al gigantesco esfuerzo que tenía que realizar el hombre para obtener un mínimo fruto. Hoy causa alegría ver por estos campos las eras, abrasadas de sol, girando en torno camellos y burros, mientras cantan las muchachas que, apuradamente, mueven la tralla. Sus sombreros de paja, de ancha ala caída, tienen el mismo brillo de la mies, y los hombres bronceados se encorvan, una y otra vez, apisonando haces, o blandiendo la habilidosa mano, que usa la hoz casi con ritmo de zarzuela.

Teseguite tiene varios molinos de viento, una molina de fuego, y una gra-

ciosa ermita con barbacana y calvario exterior. La entrada en Teseguite recuerda en seguida aquellos versos de Enrique de Mesa :

“Un molino,
perezoso a par de viento.
Un son triste de campana.
Un camino
que se pierde polvoriento...”

Si la visión cervantina de Castilla fue a base de molinos de viento, no menos exacta es la visión de este pueblo lanzaroteño. Hoy se ha revalorizado dicha visión en Castilla remozando a la mayoría de esas inmortales expresiones del paisaje, dándoles los antiguos nombres que el Príncipe de los Ingenios conociera. También los molinos de Teseguite tienen sus propios vocativos, que son preciosos, nacidos del vocerío popular, y se van a remozar como sus hermanos castellanos. ¡Muchos son los molinos de viento que aún subsisten en Lanzarote, y qué ubicaciones tienen, tan propicias para el paisaje insular! ¡Qué hermoso es el paisaje con molinos! Mucho más hermoso aquí, en el país de los alisos, que concitan al poderoso Eolo para que ayude a moler la soledad mística de estos singulares campos de Lanzarote. Porque los molinos en Lanzarote son los testigos del enorme esfuerzo que hace el hombre para domesticar a la tierra, y enseñarla a ser fecunda. Son los vigías de una lontananza calcinada, de una tierra moribunda, pero a la que el hombre insular, contra todo evento, reaviva después de su parto angustioso. ¡Nadie debiera destruir un solo molino de viento! Incluso si la máquina lo desplaza, como así sucede, consérvense los molinos para no talar el paisaje, pues de lo contrario la isla andaría de espaldas al eterno reino de los vientos, tan lanzaroteños y tan atlánticos, que todo lo salubrifican y yodan, haciendo del país un verdadero sanatorio del mundo. Lo mismo debajo del sol, relumbrando sus cales blanquísimas, con calma chicha o con brisas, los brazos de los molinos son siluetas de enacoretas, aunque en noches de luna llena se parezcan de verdad a los fantasmales gigantes de Don Quijote. Por eso, y no por otra cosa, los molinos deben conservarse nuevos y flamantes, vestidos siempre de blanca cal y lonas nuevas, para que brillen sobre la tierra, y para que nuestro paisaje no sea mutilado (1).

Teseguite tiene la particularidad de ser el caserío más diseminado de Lanzarote, porque el pueblo parece un puñado de casitas sembradas a voleo. Son casas, en mayoría nuevas, que muestran ya el sabroso rincón de sus jardines y huertas, sobresaliendo el sencillo edificio del templo dedicado a San Leandro, el establecedor del rito mozárabe, y que acaso por ese entronque de tipo religioso la mozarabía de Teguite se pusiera bajo su advocación (2). Muchos de los moros que importó don Agustín de Herrera, durante sus célebres correrías en África, se bautizaron y quedaron en completa libertad para hacer hogar en Lanzarote, aunque el Primer Marqués procuraba que vivieran extramuros de la Real Villa de Teguisse, naciendo así el poblado de Teseguite. Labrando y cultivando la tierra se domesticaban a sí mismos, pero dentro del alma llevaban su triste condición de infieles. Casábanse con las hijas del país, hasta el punto que Terriani llega a manifestar que “los tres cuartos de los isleños son todos moros, o sus hijos o nietos”. No cabe la menor duda de que conservaron sus costumbres berberiscas y sus pensamientos semitas, por lo que aun después de bautizados mantenían su peculiar manera de hablar, ”y

(1) Magistral canto hace “Angel Guerra”, en “La Lapa”, a los molinos insulares.

(2) Teseguite fue primeramente habitado por moros cristianos pertenecientes al Señor de Lanzarote.

cuando uno pregunta a otro si tiene algo que hacer contesta que "si Dios quiere", y si le preguntan si el domingo irá a oír misa, contesta que "por fuerza" (3). Los primeros habitantes de Tesequite eran gente flaca, parsimoniosa y muy zumbona. Comían gran cantidad de harina de cebada que mezclaban con miel y manteca (4), chumbos pasados al sol y alguna carne de cabra asada. Es significativo cómo Lanzarote asimiló la "porreta" (5), que es muy estimada por el campesino actual, cuya mozarabía ancestral la lleva dentro acaso sin notarlo.

Mas Tesequite, con no tener acontecimientos, tiene uno que vale por muchos. Es el caso horrible de María Cruz y de su hermana, "La loca de Lanzarote", que tanta piedad han levantado desde la aciaga noche de un día de 1919. María Cruz estaba cenando en su casa, que es la que hoy está detrás de dos palmeras al margen de la carretera de Tesequite. La casa de María Cruz está revestida de rojo, como si aún hoy quisiera reprochar, desde su descanso eterno, la ineficacia de las marrullerías de la tierra.

Tocáronle en la puerta, y ella respondió con la mayor naturalidad. Desde fuera pidiéronle fósforos, y ella abrió el postigo para hacer ese favor pensando que, en aquellas horas tardías, sería algún campesino de camino. Se sintió atenzada por la cabeza y, en seguida, un dolor agudo por toda la garganta. Allí quedó colgada, la pobre María Cruz, casi sin cabeza, que estaba brutalmente seccionada. Los asesinos entraron en la casa solitaria y comieron alegremente del arroz de María Cruz ; luego robaron unas trescientas pesetas y se marcharon hacia donde jugar una partida de cartas.

Como sospechosa se detuvo a Petrita Cruz, hermana de la muerta, delicada criatura para partir el cuello de María de un solo tajo. Ignoro qué haría el forense y qué causas tendría el juez para culpar a la inocente Petrita. Habría que desempolvar aquel sumario.

A todos gritaba la supuesta fraticida que ella no había cometido tan horrendo crimen. Gritaba, gritaba y gritaba, su inocencia, por lo que tardó muy poco en perder los sentidos. Había sido separada de su hogar, de su esposo que, como todos los vecinos, la creía inocente. En la cárcel se le infunde miedo para que se confiese culpable, y ella resiste en medio de su locura. La bárbara y calumniosa acusación se confirma, entretanto la pobre loca de Lanzarote queda embarazada dentro de la prisión, haciéndose aún más penosa la tragedia. ¿Quién, valiéndose de la enajenación de Petrita Cruz osó hacer lascivia? Loca, murió en la celda.

A los ocho años del repugnante crimen se descubren, por desavenencias entre ellos, a los verdaderos asesinos. Son tres jóvenes. Uno de ellos vicioso en extremo, los otros jugadores y atrofiados por el vino. Se sabe que están en Buenos Aires, y nada se hace por reivindicar la memoria y el martirio de Petrita Cruz. Una mañana, concretamente el 7 de agosto de 1927, llega el *correillo* y a su bordo viene Marco Concepción, a quien se supone complicado en el asesinato de María Cruz. No sé cómo ni por qué, pero lo cierto es que Marquillo fue puesto en libertad, y lo mismo él que sus compañeros han vivido hasta nuestros días gozando de la luz solar, entretanto la sangre de María Cruz y la vida martirizada de Petrita, claman la reivindicación de sus nombres.

"Conmueve la tribulación de esa desdichada víctima de un horror judicial

(3) Descripción de las Islas Canarias.—Leonardo Torriani, op. X, pág. 44. Alejandro Cioranescu.

(4) En Ait Baamarán y en toda la zona berber del Atlántico hay un clásico plato, llamado *aleuzou*, que se compone de esos elementos.

(5) Hoy se conocen en Lanzarote por "porretas", y en Berbería por "canaris".

—dice “El Tribuno”— (6), de un verdadero error judicial cual el de Osa de la Vega, fundado en la declaración de culpabilidad que a palos y vergajazos arrancaron hombres sin honor ni conciencia a los dos “asesinos” del pastor Grimaldos. En Lanzarote no hubo tormentos ni nada parecido: tampoco tuvo contra sí Petra Cruz la oposición de sus convecinos, que siempre la creyeron inocente. En el caso de Belmonte de Tajo resucitó el “asesinado”; en este de Lanzarote se ha dado después de ocho años con los criminales. Asusta pensar en los inocentes que puedan estar en presidio, quedar, si viven, destruída su buena fama, porque no se encuentre nunca a los asesinos ni aparezca jamás vivo el asesinado.”

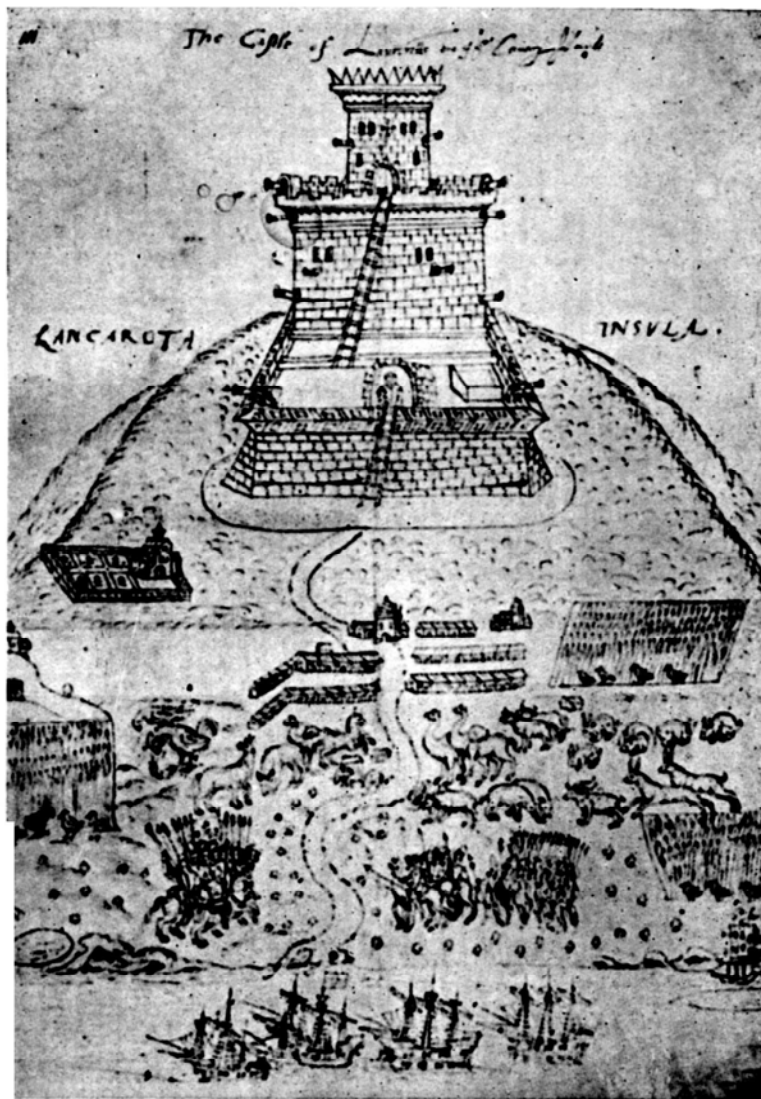
El crimen de María Cruz perdura latente en Teseguite y en la isla entera, pero acaso sea la figura de Petrita, sin juicio y sin vida, con el lauro del martirio, la que más adentro del corazón insular esté, porque es ya un símbolo impercedero de felicidad truncada.

Yo me figuro por las noches, bajo la luna calina, a Petrita Cruz conversando con su hermana María, todavía maravilladas de seguir viviendo antes de la resurrección:

“Dime, Padre común, pues eres justo,
¿por qué ha de permitir tu providencia
que, arrastrando prisiones la inocencia,
saba la fraude a tribunal augustos?”

La llanura de Teseguite parece extendida sin márgenes, y son las montañas lejanas las que parecen hacer su calle más importante. La noche se cierra y todo se sume en silencio...

(6) Tomamos la información del semanario “Lanzarote” (18-9-27), que, a su vez, la reproduce de “El Tribuno” y que firma don Roberto Castrovido.



The castle of Lancerotto, one of the Canary Islands.—Dibujo fechado hacia 1597. Se trata del castillo de Guanapay, cuya traza y emplazamiento, por Leonardo Torriani, pueden verse en A. Rumeu de Armas: "Piraterías y Ataques navales...", t. I. Lám. 47, según dibujos conservados en la B. U. de Coimbra. (Obsérvese que el presente grabado, además del castillo, recoge a la Real Villa de Tegise y al Puerto del Arrecife, y que en el combate contra el conde de Cumberland los isleños emplean, en vanguardia, camellos.)



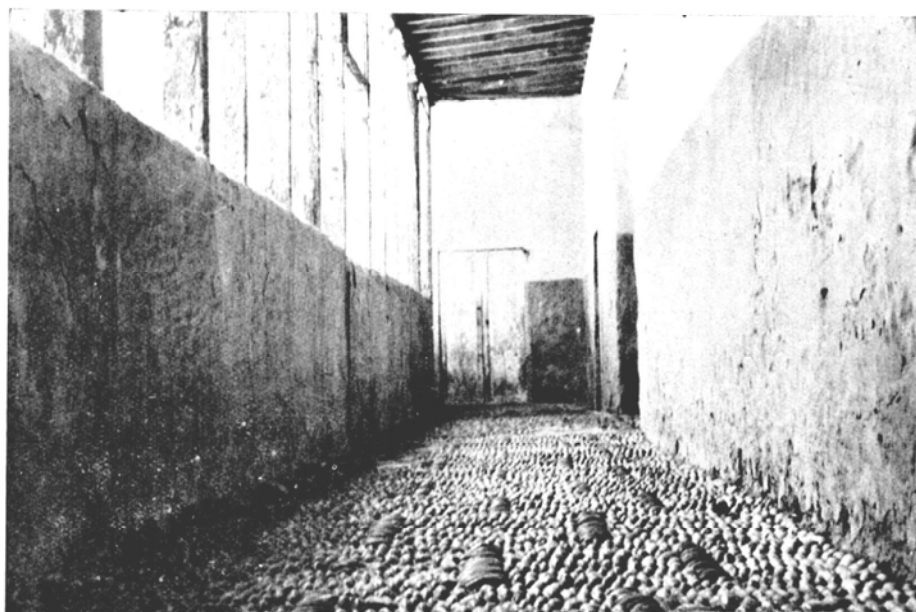
Recogida de cebollas en las tierras de Tegise.



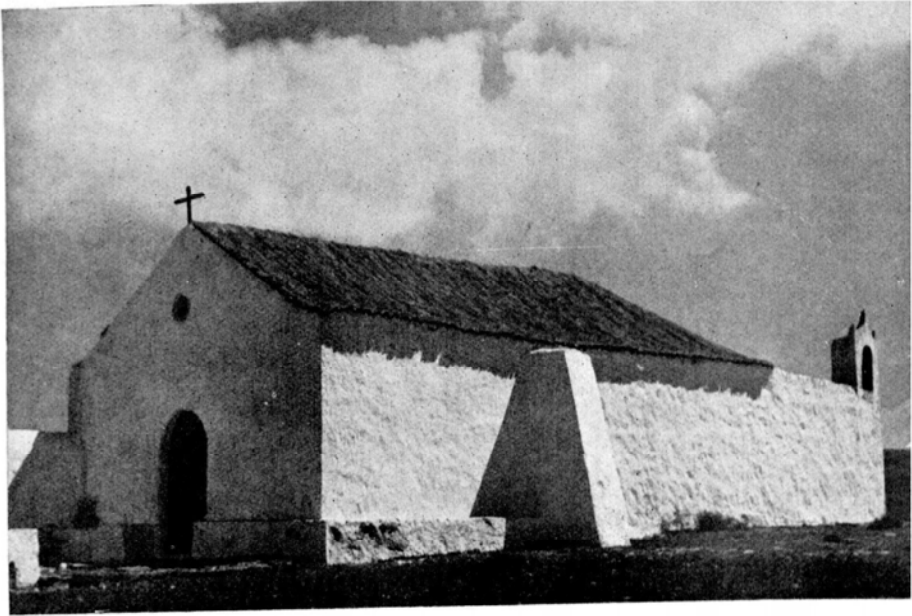
Panorámica de Tegise, cuyas tierras bermejas aparecen cubiertas de cenizas volcánicas.



Típica casona de la Real Villa de Tegui.



Interior de un antiguo caserón de Tegui, con detalle de pavimento a base de gujarros artísticamente dispuestos.



Original ejemplo de arquitectura colonial constituye la bella ermita de San Rafael, en Tegui.



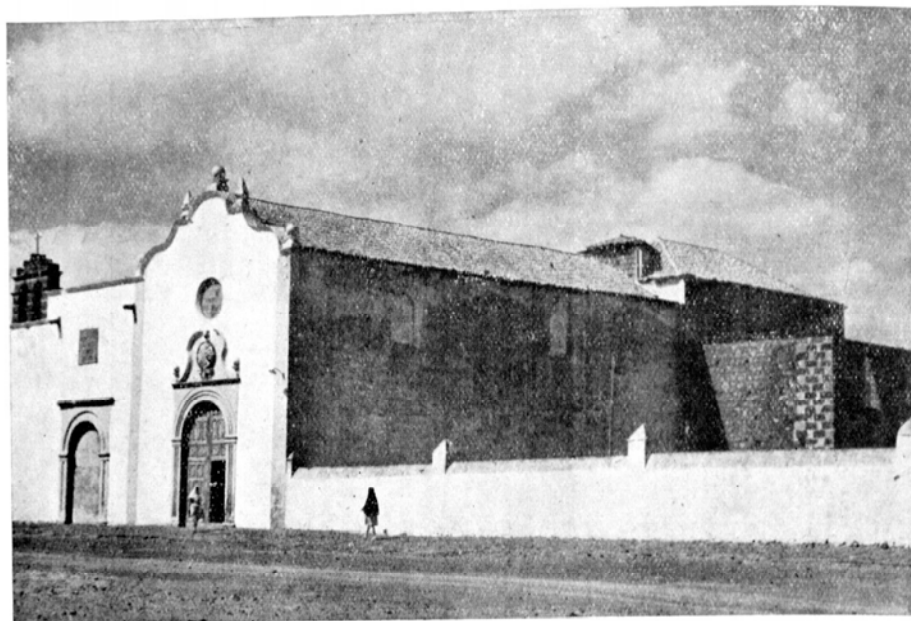
Soberbia estampa del castillo Guanapay, sobre el volcán de la Real Villa de Tegui.



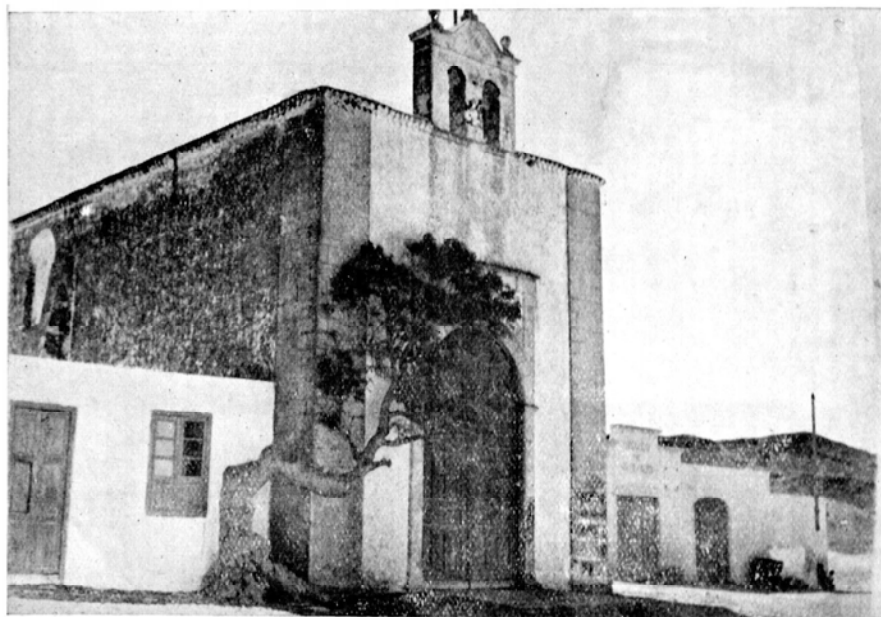
*Iglesia de N. S. de Guadalupe, destruída en 1909 por un voraz incendio.
(Obsérvese que el campanario de hormigón sustituye al que
destruyeron las llamas,*



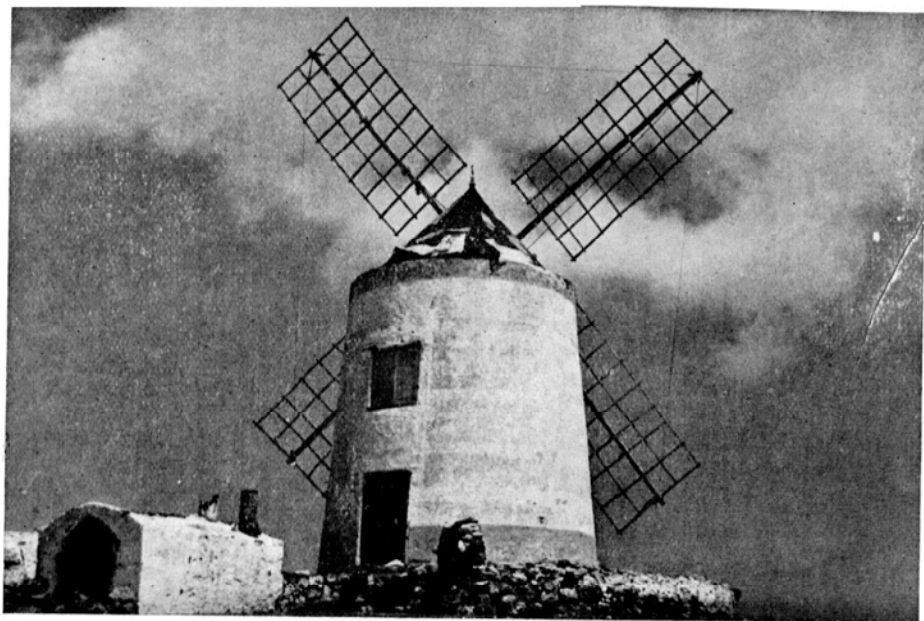
Vetusto convento de San Francisco, auténtica reliquia de Lanzarote.



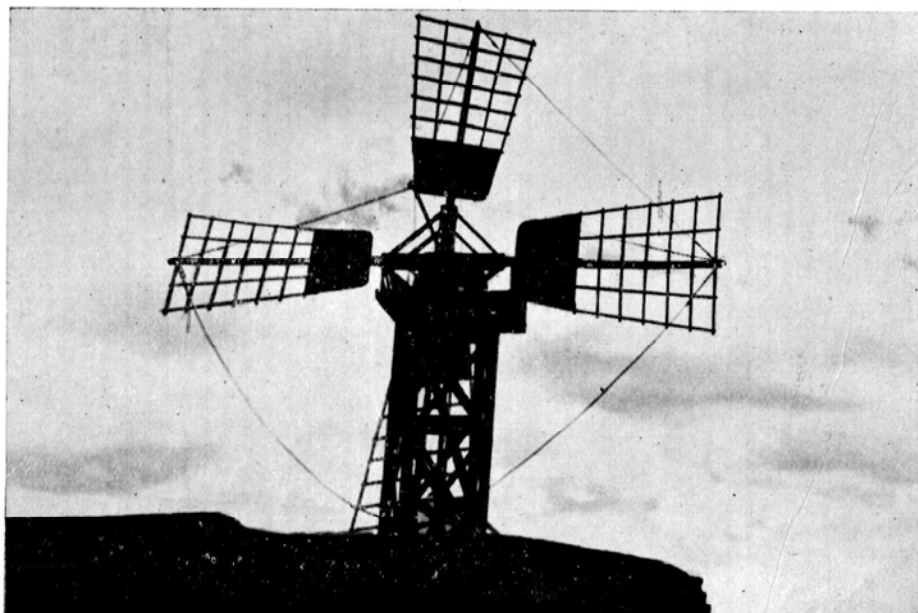
Convento de Santo Domingo, en cuyo arrabán vese el escudo de los fundadores.



Templo de La Veracruz, y ombú de la pampa, en Teguipe.



En Teseguite se prodigan los elegantes molinos de viento.



Típica molina de viento.



En El Mojón la tierra es dura y hay que trabajarla cotidianamente para arrancarle algún fruto.



También la escarda resulta labor minuciosa en El Mojón.

EL MOJÓN

CAPITULO X

De El Mojón y sus demonios encarnados, del queso envuelto en roja arcilla y del pan redondo esponjado debajo de un colchón, y de las cerámicas insulares.

Desde Teseguite hasta El Mojón hay poco tramo de camino. El Mojón es muy blanco y diseminado como Teseguite, pero más chico y con mucha brujería. De sus doscientos habitantes, el que más o el que menos sabe hacer el "santiguado" (1). El mal de ojo y el bostezo se curan en El Mojón como en la ermita de San Sebastián los pecados cotidianos.

La gente de El Mojón es harto exótica y conserva usos y costumbres que asombran por su peregrinaje. Podemos afirmar que es gente en continua lucha contra el demonio, al que combaten a base de agua bendita y amuletos de todas las clases. Sin ir más lejos, hace poco vi una finca rectangular dedicada a cereales, con tiras rojas en cada uno de sus vértices para que no le hicieran "mal" a la cosecha. Estas creencias son dogma de fe en El Mojón, y a ellas se aferran con inusitada vehemencia.

El caserío de El Mojón parece desierto, como si sus doscientos vecinos se hubieran extinguido en un proceso súbito, porque no se les ve aun en pleno día. Antoja ser un pueblo de casas abandonadas, sin dueños, pero que se conservan como embalsamadas, con sus cales frescas y sus flores lozanas. En El Mojón el silencio abruma y la luz solar aplasta. Tiene uno que descubrir los amables rincones para encontrar gente, una gente acaso demasiado feliz y consciente de su destino. No son estoicos, no, porque luchan por sobrevivir y se encaran con la tierra sedienta. Sus caras parecen las mismas en la alegría como en la tristeza, y su trajín se interrumpe igual por un bautizo que por un entierro. No son nada curiosos, pero gustan de pasar las tardes a la puerta de sus casitas en franca parla. Les gusta mucho el pescado salado y se pirran por las batatas. El hombre es enjuto, más bien alto, con mucho nervio y, a la vez, de aparente somnolencia. La mujer es menuda y vive forrada de negro, con la excepción de su pañuelo amarillo y su sombrera de paja. La mujer de El Mojón fuera bella si no hiciera muecas leporinas con la boca, porque es blanca como la leche y tiene la piel de nata:

"Cubriendo va el sobretodo
las facciones de tu cara;
tan sólo se ven tus ojos
bajo el sombrero de palma..."

(1) En la vecina costa africana hemos asistido a "santiguados" parecidos.

En las vísperas de la Navidad de 1959, fue detenido José Roja Medina (a) El Brujo, nieto de la célebre María Salomé, y que en El Mojón explotaba la buena fe de aquella gente humilde.

Pasando uno por el barranco del Maramajo comprueba que es un error muy grande la general creencia, sobre todo fuera de la isla, respecto a las lluvias en Lanzarote: toda el agua se pierde, porque se encamina hacia el mar por estos barrancos que son verdaderos canales, los más de lecho basáltico que no dejan filtrar en la tierra ni una gota. Cuando la lluvia cae en buena gavia sus efectos son inapreciables, máxime si también los enarenados beben lo suyo. Después todo depende del cuidado y esmero con que el campesino trate a la tierra que, de este modo, no regatea una buena cosecha anual, y a veces dos.

Pero lo que siempre ha caracterizado a El Mojón son sus cerámicas, que han constituido la tradición típica del país, aunque se esté perdiendo aquella admirable gama que iba desde el afligranado porrón hasta la milana para componer cabritos. Y es que ya nadie, en El Mojón, quiere ser alfarero, alegando que es ministerio de poca renta. ¡Hasta los alfareros padecen el mal moderno, acaso más duro que las plagas de Egipto! ¿Dónde están los talleres alfareros de El Mojón? Nadie lo sabe, y así ha desaparecido la técnica de la inserción de los pitorros, asas, aletas y la variedad curiosa de las tapaderas. Nadie es capaz de contarnos nada de la coloración y del bruñido en ánforas y demás objetos de barro. Fue el trabajo de la cerámica el más tradicional y, a la vez, el más antiguo, porque su iniciación se remonta a los primitivos pobladores de Lanzarote, acaso llegados del Africa blanca (2), portadores de una antigua cultura que se aisló por causas aún ignoradas y que en su aislamiento se barbarizó (3). Era, pues, El Mojón depositario de esta tradición insular (4) cuya alfarería se realizaba según los viejos cánones de la vida aborigen.

Las costumbres de El Mojón son ancestrales y perduran por verdadero afán de los componentes de este pueblo pintoresco. Es el detenido temblor de una vida lejana, la presencia casi milagrosa de unas horas que parecen llegar del otro mundo y, sobre todo, escenario de vieja conseja. No es igual a otros pueblos este de El Mojón, cuyos habitantes parecen sombras clavadas en los huecos de las puertas, y que se reúnen para cuajar leche y hacer queso. El queso de El Mojón es famoso, porque se cura enterrado en roja arcilla, la misma que servía hasta no hace mucho para hacer porrones. Los quesos así embadurnados adquieren una corteza sólida, que los inmuniza mucho mejor que su corteza natural. Este queso es picón, pero graso y gustoso, porque nada pierde con su peculiar forro de tierra, debajo la cual permanece los días precisos para su "curación". En muchos otros lugares han intentado emular las artes de El Mojón para la cura del queso, pero han fracasado porque cuando descendió Jesús a la tierra, aterido por el frío del invierno, solamente El Mojón supo reservarle queso, en tal cantidad, que Dios les rogó lo enterraran en arcilla para que no se pudriera. Así nació en El Mojón esa milagrosa técnica que hace más sabroso, sin disputa, al famoso queso lanzaroteño.

Quizá sean los de El Mojón los individuos que mejor llevan el humorismo consigo, sin que sean tildados de tomar la vida a guasa. El parroquiano de El Mojón no tiene guasa, ni tiempo para la guasa, y menos para andar con chistes en la boca. Sí tiene un indisputable humor, que no es lo mismo, sin exigir de nadie unas compresivas carcajadas, o caso parecido, cual es la risotada grosera. No, el hombre de El Mojón afronta y contempla su vida con seriedad, y afronta y contemplan la vida ajena con igual proporción, porque desdeña la comicidad, la sátira y el payasismo. Nunca he visto una sonrisa más pura ni más grave que la de los hombres y mujeres de El Mojón, a pesar de que estas últimas ten-

(2) Es la creencia general.

(3) Sebastián Jiménez Sánchez cree que las Canarias fueron la parte terminal de esa antiquísima cultura.

(4) En otras islas hay pueblecitos como Atalaya y Candelaria que conservan sus talleres de cerámicas

gan, a veces, el rictus leporino. Figurémonos las caras solemnes de esta gente cuando, después de sobada la masa, hacen figuras de pan para colocarlas debajo de los colchones cameros, al objeto de lograr mejor esponjamiento de la masa. Si en lugar de sonreír, casi invisiblemente, la gente de El Mojón hiciera acto de desacuerdo con esta rara industria panadera, de seguro provocaría grandes carcajadas. Pero no tiene ningún desacuerdo, y por eso se figura que tales simplezas le son consustantivas desde el claustro materno, naturales funciones imposibles de dejar a trasmano. ¿Habrá más seriedad y más humor en estas exóticas ceremonias de la esponjación del pan?

Párrafo aparte merece el curioso edificio de la ermita de San Sebastián, con su barbacana y sendero de rústico calvario. Es realmente admirable que a lo largo de este sendero no crezca sino una hierba delicada y olorosa, mientras alrededor existen matojos y hierbajos. La gente de El Mojón asegura que esas finísimas hierbas son huellas de los ángeles bajados del cielo para aliviar las heridas del Jefe de la guardia de Diocleciano, que en el valioso cuadro de la ermita está padeciendo martirio. Al parecer, por tan sublime causa, no crece la malceza en el "camino de San Sebastián" en este bendito pueblo de El Mojón:

"Flecha que de tu cuerda silbadora
partió, no se clavó, que así no acaba.
En el aire no más quedó temblando,
y ahora se te vuelve y se te clava..."

Acaso sean las flechas del cuerpo de San Sebastián las que, después de estar hundidas en la carne del soldado romano, se vuelvan ahora para clavar en carne acostumbrada a la superstición, redimiéndola así para la verdadera felicidad de otra mejor vida, sin las influencias del diablo dominador. La majestuosa belleza de estas llanuras, donde El Mojón se alza como copo de nieve, acabará alejando de sí la superchería del hostezo y del mal de ojo. Entonces, desaparecido el "santiaguado", la fe y la esperanza serán las grandezas más hermosas de El Mojón.

LAS DOS GUATIZAS

CAPITULO XI

De Guatiza, la de Santa Margarita, y de su homónima, la del Cristo de las Aguas, del cultivo de la cochinilla y del Brujo Cháves, y de otras cosas peregrinas.

Para llegar a las dos Guatizas hay que cruzar el puente de la Vega Vieja, acaso la mejor escapatoria de los suspiros, conceptos y endechas, que siempre han caracterizado a este poblado siamés. Las dos Guatizas, aunque parezcan soldadas por sus costillares, no tienen igual edad. La Guatiza de Santa Margarita data del siglo XVI y la del Cristo de las Aguas es un siglo más joven que su homónima. Empero, las dos Guatizas ven el mar azul salpicado de extraños carabos, y ven nerviosos alazanes moros que irrumpen por la brecha del caserío, apenas asocado por el monte Tinamala. Las dos Guatizas sueñan cada noche con la muerte, el hambre y el peligro...

En los primeros años del 1600, nace Guatiza sobre un mamelón achatado que cae exactamente sobre La Vega, famosa ésta por ser rica en garbanzas, blandas y sabrosas como las papas de la tierra. De las garbanzas de Guatiza se dice que tienen mucha ternura y que por eso se hacen pura delicia en cualesquier puchero cristiano. Los primitivos pobladores de Guatiza se rasuraban la cabeza y tenían barba abundante, eran trabajadores y les gustaba la carne seca con tortas de harina de cebada. Vivían en pequeñas casitas de lodo y piedra, que fueron mejorando con los años hasta enjabelgarlas con cal, cosa que hizo visible el caserío desde el océano, llamando la atención de los bereberes, que por ese entonces vivían dedicados a la rapiña por todo el litoral lanzaroteño (1). Los moratos solían arribar por Puerto Moro, adonde se va par la Vista de Las Nieves, un poco al norte del Riadero y de la Cueva de la Arena. En la caleta del Riadero apareció flotando un crucificado de algún valor (2), que al poco hizo el prodigio de atraer las lluvias tan deseadas, precisamente cuando el pueblo andaba en crisis terrible debido a la pertinaz sequía de tres años consecutivos. El milagro del Cristo le valió el sobrenombre de "Cristo de las Aguas", y en su honor Guatiza levantó iglesia.

En el Riadero se bañan las mozas de las dos Guatizas, pero sin propios atavíos, a no ser los zagalejos que se les pega a las carnes ocasionando atrevidas transparencias. Por eso, quizá, sea Riadero exclusiva "piscina de las mujeres, pues éstas no consenten que los varones buceen por sus aguas, y los mandan a que tomen el fresco en Las Caletas. Empero, en las inmediaciones, por el Arquito y la Cueva de la Arena, las mozas han permitido la presencia de un tipo

(1) Se trata de las invasiones de Calafat (1569), de Dogal (1571) y de Amurat (1586), que abarcan un espacio de 17 años, en cuyo período de tiempo hubo varias incursiones de poca importancia.

(2) De la tradición.

curioso y romántico. Se trata del célebre Pedro Avero, que fabricó, a su manera, un pintoresco chalet —hoy ruinoso—, donde el legendario personaje vivió su vida como un sibarita. El chalet no pasó de ser un verdadero camarote de barco, con sus literas de latón, sus náuticos bombillos y sus cortinas de tela estampada. El extraño Pedro Avero allí hizo retiro del mundo, aunque sin privarse de las codicias de la carne, pues enamorado de una estupenda “palmera”, acaso anacoreta como él, hacía pía y poética coyunda a la orilla del mar. Un día desaparecieron los enamorados, y las dos Guatizas han hecho leyenda y tradición de tal episodio, que suelen narrar las jóvenes mientras se bañan luciendo sus zagalejos coloristas:

“¿Quién no llorará,
aunque tenga el pecho
como un pedernal,
y no dará voces
viendo marchitar
los más verdes años
de mi mocedad?
*Dexadme llorar,
orillas del mar...*”

No es lo mismo hablar de Guatiza la de Santa Margarita, que de Guatiza la del Cristo de las Aguas, porque la primera es vieja, empinada y fría, muda y sin facciones peculiares. Lo que más caracteriza a esta parte del pueblo siamés es su iglesia-cementerio, adonde acude el vecindario cada año para festejar a la virgen mártir y llorar de paso por los difuntos. La iglesia de Santa Margarita no tiene mayor importancia, pero sí el cuadro historiado de escuela flamenca, y que acaso constituya la obra de arte más valiosa de toda la isla (3). La pintura se conserva por puro milagro, aunque con algunas desgarraduras, consecuencia, sin duda, de la “sensibilidad” de algunas almas pías que han pinchado los ojos de los sayones que en cada cita del martirio de la Santa aparecen. Una letra gótica, muy caracterizada, ilustra la rapsodia del valioso cuadro, que no debe restaurarse sino conservarse por ser una gran pintura. La Guatiza del Cristo de las Aguas está en baja tierra, y su ubicación obedece a una realidad histórica, cual es la que hizo abandonar a la Guatiza de arriba, donde los moratos irrumpían para robar cabras y gallinas, y alguna que otra moza, hasta el punto de que una noche a una recién parida le desmantelaron la casa delante de sus propios ojos. El éxodo de los vecinos de la Guatiza alta hacia la vega hizo posible que los moros no volvieran a desembarcar por los caletones de la Tía Vicenta ni por el Puerto Moro, que de ello le viene el nombre. Por eso en Guatiza se sueña todavía con la muerte, el hambre y el peligro, dando categoría atlántica a un tipo de romance esencialmente canario:

“Laurencia se fue a bañar
sus carnes blancas y bollas,
vino un barquito de moros
y a Laurencia se la llevan.”

Eso que tan fríamente se llama historia en Guatiza se oye gritar hasta por entre las grietas de las mismas piedras. Nada más que eso es Guatiza, un amasijo de mito, de historia y de leyenda:

(3) Nuestra opinión la han compartido diversos técnicos, entre los que podemos citar al profesor Marco Dorta, de la Universidad de Sevilla.

“Aquí se muere a estocadas
y a balazos roto el pecho.”

La tierra siempre fue inhóspita y el mar amenazador. Cuando no venían los carabos de Berbería, era algún galeón turco en son de guerra. Esa realidad preterita se le ha quedado en el hondón de los ojos a Guatiza, y de ese modo sus mujeres, como nuevas Penélopes, tejen y destejen su propia comedia. La historia de Guatiza es una historia breve, porque acaso Guatiza tenga primeramente su mito y después su leyenda. Las brujas se dan por aquí como insectos hemípteros, y el espiritismo se ha practicado bajo las formas más absurdas y capciosas. Así vemos cómo en tal cual casa una vieja gorda, zafia y mordaz, logra sendos diálogos con los muertos sin otro intérprete que una simple mesa de tres patas. ¡Pobre Guatiza mía! ¡Cómo deben abrasarte los demonios inventados por el viejo Chaves! Don Antonio Chaves, brujo de tomo y lomo, llegó a tener gran clientela, y su prestigio rebasó la angostura de su isla natal para llegar a todas las restantes del Archipiélago, en particular la de Gran Canaria. Don Antonio Chaves curaba el cólico “Miserere” a base de soplar por el ano de los enfermos, valiéndose de un sencillo fuelle de fogón. Don Antonio Chaves era, antes que nada, un clarividente, y tenía excelentes conocimientos farmacológicos. El brujo de Guatiza tuvo una sola derrota en su vida, y fue la que le hizo el demonio que poseía su hija doña Basilia Chaves, que no podía soportar el santo nombre de la Cruz de Cristo, ni la presencia de un cura, o cualesquier objeto sagrado, incluso la música. El viejo Chaves no pudo dejar en herencia su extraño secreto, porque su hija, embarazada, por obra y gracia de Dios, descubrió que el brujo andaba preparando al futuro nieto ya desde el vientre de su madre. Este contratiempo hizo gran mella en su ánimo, por lo que decidió morirse, y se murió llevándose el secreto de sus raras artes a la otra vida. Al mito de Guatiza pertenecen hoy las visiones de Chaves, porque este hombrecillo acogotó al pueblo con una fe ambivalente, y que con los años el pueblo ha trocado en comedia fácil de representar:

“Los ojos escaldados de tu llanto,
tu rostro cadavérico y hundido;
único desahogo en tu quebranto,
el histérico ¡ay! de tu gemido...”

A la entrada de Guatiza hay preciosos eucaliptos en ringla, que refrescan y aroman el aire que galopa vega arriba. Vense tres molinos de viento con velas de lona, o aspas de foques latinos, como las escandalosas de los barcos veleros. Las casas se juntan y se separan de tramo en tramo, y tienen pircas blancas y muros de piedra que cercan a los nopales infectados por la cochinilla, y aquí o allá siempre hay palmeras que no son muy altas.

Las dos Guatizas son las promotoras y conservadoras de la cochinilla en Lanzarote, cuyo nombre técnico es “*Dactilopius coccus*”, insecto originario de Méjico, y que trajo a estas islas el farmacéutico Villavicencio, que encontró, no sólo serios obstáculos, sino también la más enconada oposición por parte de los agricultores canarios, escandalizados por el intento de querer “infectar” sus tuneras con el desconocido hemíptero. No cabe la menor duda que la cochinilla hizo resurgir el porvenir del campo lanzaroteño durante muchos años, en particular a fines del pasado siglo y primer lustro del presente, pues según registra el ingeniero jefe de la Sección Agronómica de Las Palmas, don Antonio González Cabrera, en 1929 alcanzó valores de 6 y 7 pesetas la libra, mucho más altos a los superiores habidos en la época de su mayor esplendor.

Empero hoy, la cochinilla se cotiza a 100 pesetas la libra, y se considera un precio regular, lo que quiere decir casi lo mismo que Jorge Manrique en sus inmortales versos.

Aunque son varias las clases de tuneras en las que es posible la vida de la cochinilla, generalmente se prefiere el nopal blanco, que ofrece un sabroso y fresco chumbo y, a la vez, sus pencas como jugoso forraje. La plantación puede hacerse plantando las pencas directamente, o por replantación de palas previamente criadas y enraizadas en viveros. La primera es rápida, pero exige unos dos años para que pueda ser infectada de cochinilla; la segunda, como va al terreno con cuatro o cinco palas, puede al año de la replantación recibir a los insectos. La "pega" de cosecha consiste en recoger con cuchara las cochinillas de un cultivo anterior, en el momento del desove (parto), el cual se reconoce no sólo por el desarrollo alcanzado y desprendimiento parcial de los hemípteros, sino porque en la parte superior de las "madres" comienzan a verse las diminutas larvas cármines. Con tales "madres" se llenan pequeños sacos de "rengue", tela tosca que se hace de la estopa del cáñamo de Java, para colocarlos sobre las palas de los nopales, que la nueva cochinilla infectará debido a su frenética reproducción durante el estío (4). La colocación de los sacos, o "chorizos", se hace desde el amanecer a la noche, siendo muy conveniente los días soleados para que el desarrollo de las larvas se efectúe con rapidez y normalidad. Resulta una labor minuciosa, donde prácticamente son las manos femeninas las que realizan tal delicado trabajo. Los hemípteros hembras una vez pegados ya no vuelven a moverse, pero los machos, que están dotados de alas, van de nopal en nopal para fecundar a las hembras, y luego de cuyo acto mueren estoicamente.

A los dos meses y medio, poco más o menos, en septiembre y en octubre, tiene lugar la recogida de la cosecha. El momento de la recogida se conoce gracias a la particularidad que muestran los insectos, ya que la cochinilla gorda y grande comienza a desprenderse de sus seis patas hasta quedar prendida al nopal solamente por su pico o trompa. Es esta una labor exclusiva de las mujeres, que con toda delicadeza proceden al desprendimiento de los insectos con una cuchara de largo mango y que depositan en la milana, o patena, propia de este cultivo. Así que tiene lugar la cosecha, se procede a matarlas y desecarlas para la venta, siendo esta operación la más sensible de todas, pues el menor descuido puede desmerecer la presentación del preciado artículo. En Guatiza se extienden los insectos sobre un suelo límpido para recubrirlos con cenizas de pencas, y después se criba haciendo vaivén, no sin que antes hubieran puesto al sol la totalidad de la cosecha durante 3 ó 4 días. El cultivo de la cochinilla es la gran misión de la mujer de Guatiza, porque para un solo celemin de tierra se precisa unas ocho mujeres, y un solo hombre para ir despencando, o acaso para evitar que las mozas se entretengan alegando acerca del próximo baile.

Los vecinos de Guatiza pidieron a grito pelado que se les comunicara con el Puerto del Arrecife, para que los carros que bajaban sus garbanzas y su cochinilla no se atascaran por el viejo camino. Los públicos poderes le respondieron en 30 de enero de 1903 que las obras se podían hacer por cuenta de los parroquianos, y en especial con la aportación de la Excmo Señora Condesa de Santa Coloma, principal propietaria de la Vega. Los vecinos de Guatiza siguieron gritando, pero ni pum. Hoy cuenta con flamante carretera que es orgullo del pueblecito siamés.

El hombre de Guatiza casi siempre es un tipo adusto y enjuto, aunque a veces se le ve reír torciendo el labio belfo, pero es trabajador y asceta, ahorrador

(4) La medida de esos sacos, de malla clara, es de una cuarta de largo por tres dedos de ancho, y una cabida de dos onzas.

por sentimiento más que por abundancia de capital. Empero, las mujeres son guapas y curiosas, más sacrificadas que los hombres, porque se van al campo desde la madrugada para regresar avanzado ya el crepúsculo. ¡Moruno crepúsculo el de Guatiza! Que la mujer de Guatiza viva más en el campo que en casa se explica debido a que come sancocho en las fincas, y por las noches potaje de lentejas o de chícharos, que ellas hacen con suficiente grano para recalentar durante tres o cuatro días. Así las labores de cocina no entorpecen a las faenas del campo. El hombre, come, calla, y ahorra. No es tacaña consigo la mujer, porque si bien es cierto que trabaja de sol a sol, también es verdad que se les ve en La Imparcial (5) con sus buenos y caros vestidos, o con gabardinas de colorido americano, como dicen, muy dignas y validas de sí, con cierto airecillo aristocrático que contrasta con sus maquillajes escandalosos y recargados. Ya en 1920 la mujer de Guatiza era educada por las aligeras manos de don Manuel Martínón que, aparte de buenos modales, las enseñaba a tocar el piano. Quizá fuera el mismo don Manuel quien enviara a Guatiza el 7 de noviembre del 26 a doña Dolores González para adiestrar a las chicas en bordados y costura a máquina.

Los moros ya no son en Guatiza bronca y épica realidad, sino soñada aventura de las anteriores generaciones, pero en las mentes de las mozas bullen huestes y muchedumbres mientras cantan:

“Laurencia se fue a bañar
sus carnes blancas y bellas,
vino un barquito de moros
y a Laurencia se la llevan.”

(5) Casino de pro que se inauguró el 18 de julio de 1926.

M A L A

CAPITULO XII

Del pueblo de Mala y de sus chumberas, de la romería de Las Mercedes y de la famosa presa del Estanque, de la alegría de Mala y del chico que mató a su padre por una bicicleta.

A la vista del pueblo de Mala, que está entre la montaña del Mojón y la de Temeja, no se ve otra cosa sino nopales blancos de cochinilla y nopales de chumbos colorados. Según el terreno va siendo más o menos seco, las chumberas de Mala presentan caracteres diferentes, aun siendo tuneras de la misma variedad. Vemos que las de las tierras bajas, cálidas y costaneras, tienen ovaladas las palas, con púas fuertes y abundantes, pero si miramos tierra adentro, hacia tierras más altas y frescas, las pencas se hacen más grandes, redondas y carnosas, siendo sus púas muy ralas y poco consistentes. Respecto a la cochinilla remitimos al lector al anterior capítulo, pero no así para enterarse de los trabajos y labores que requiere el teneral. Llegar a Mala significa ver directamente cómo forman el abancalado y la nivelación que impone los accidentes naturales de los terrenos. Estas tierras reseca no precisan de labores de desfonde (sorribas), pero como complemento se dan dos o tres aradas en cruz, que se aprovechan para estercolar el suelo. Una vez el terreno preparado y dispuesto para la plantación, se abren los surcos en dirección perpendicular a la pendiente del mismo, distantes entre sí dos o tres metros, según las tierras sean de poca o mucha fertilidad; en dichos surcos, de un palmo más o menos de profundidad, se van colocando las plantas a medio metro unas de otras.

A las espaldas de Mala está la montaña de Silvo, que no de Silva, como se oye decir, y todo por allí continúa siendo tunerales erizados, por entre los cuales surgen pámpanos añosos y retorcidas higueras de leche, o brevaes frondosos. Es ésta una de las partes insulares que escaparon de las iras de Vulcano. El caserío de Mala no es gran cosa, pues apenas hay poco más del centenar de chatas viviendas, todas pintorescas y canarias, excepto una de ellas que tiene pinta andaluza, y que en otros tiempos debió interpretarse como verdadero palacio; es una casona encarnada, con pircas y cancelas, rejas y petulantes balcones; data desde cuando Mala nació gracias al floreciente auge de sus plantaciones de tabaco, renacimiento que de la roche a la mañana se esfumó, fracasando así el pueblo de Mala, y para atestiguarlo ahí quedó la casona como vestigio de una fugaz prosperidad:

“Vidiéronla los ángeles seer desamparada
de pïedes e de manos con sogas bien a tada,
sedïe como oveïa que faze ensarzada,
fueron e adussïéronla pora la su maiada...”

Sin embargo, Mala es sin duda el pueblo más alegre de Lanzarote y también el más festero. El pequeño vecindario se pirra por un baile, que tiene su apoteosis durante las festividades en honor a Nuestra Señora de Las Mercedes, donde todo parece forja poética debido al tipismo canario que en ellas se ve, no con ficciones hechas al caso, sino con todo el rigor de sus ancestrales tradiciones. Las mujeres acuden a la ermita ataviadas al modo del país, con encantos en sus caras y en sus ojos, montadas sobre los dromedarios adornados de caireles y sillas vistosas; después, la función religiosa, solemnidad principal de la romería, que las mozas realzan con amenas prácticas rituales. ¡Santas y nobles verbenas de Las Mercedes por las que el no menos santo cura merodeaba ahuyentando al diablo, ese viejillo verde de pecados absurdos e impertinentes! Todo en este pequeño rincón es alegre, acogedor y atrayente, aunque se haya dicho que sus hombres son foscos y dados a la riña. El trabajo lo hacen de sol a sol, unos ratos alrededor de las tuneras y otros olisqueando por entre las parras. Son silenciosos y se pasan las noches enteras dándole vuelta al magín para ver cómo pueden mejorar y ampliar su producción, aunque cada día comprueben de que es esa una empresa harto difícil si las lluvias no son propicias. Pero la inteligencia y tenacidad de los "malos" puede mucho, y poco a poco van aumentando sus labores sobre un campo que, con titánico afán, han ampliado en constante e ininterrumpido empeño:

"Las lágrimas correr una tras una
con noble orgullo por mi faz yo siento,
pensando que hayan sido, por fortuna,
esas honradas manos mi sustento
y esos brazos mi cuna..."

Las callejas de Mala son polvorientas, pero conservan una típica limpieza que invita a pasearlas; sus mismas tierras de labranza, de bien hechas que están, parecen grandes y simpáticas huertas. Las tierras de Mala piden a grito pelado que no se continúe derrochando el agua de lluvia que se pierde, barranco a bajo, hacia el mar. Es la tierra que suplica la construcción de la proyectada presa del Estanque, que abarcaría unas 300 fanegadas, con una longitud aproximada a los seis kilómetros, y de una capacidad para almacenar 500.000 pipas, a las que habría que añadir las aguas aprovechables de los pequeños barrancos, tales como el Moza y el que viene serpenteando por el valle del Palomo. ¡Qué beneficio insular si se construyera dicha presa en Mala! ¡Y qué pena da ver cómo Dios manda, alguna vez, buena agua para dejarla ir al mar, como si la tierra no tuviera sed!

Todo en Mala es sencillo, reposado, como el andar cansino de los dromedarios, y el paisaje tiene la pureza de las zonas predesérticas y la gracia solar, cuya luz tibia no deja nunca que los promontorios más cercanos se muestren algodónados, aun en días de calma. La ardiente maleza que camina en derechura a la costa, salteada de nopales de pencas ovales, tiene un color vario y verdadero que enriquece su aridez; empero, el verde riente de los árboles frutales, que suben hacia las peñas del Silvo, antoja oasis esparcido sobre un suelo despiadado. Tiene Mala, al naciente, sendo desierto de arena, con sus dunas, sus matojos, y sus euforbias, en cuyas inmediaciones se alzan solitarias dos molinas de gofio, que muelen maíz y trigo desde sabe Dios cuándo, y que todavía suministran a todos los vecinos su principal y rico alimento.

Una peculiaridad digna de todo encomio es que el pueblo de Mala, pese a

su pequeñez y pobreza, tiene gran número de estudiantes, contando en la actualidad con médicos, licenciados en derecho y filosofía, y maestros de escuela primaria, que aunque terminen en absentistas continúan trabajando por la mejora de sus tierras desde sus respectivos destinos, por lejanos que sean. Ni que decirlo habrá que, con el estudio de sus hijos, Mala ha logrado acabar con la epidemia de su tracoma, desterrando para siempre la fastidiosa presencia de la chiquillería sin pestañas y párpados dilatados. Son los jóvenes estudiantes quienes abrieron una sociedad de cultura y recreo, que ellos mismos titularon "El Renacimiento", acaso considerando todas las nuevas ventajas que al pueblo ha servido la Universidad a través de sus aprovechados vecinos. Sin embargo, la sombra del pasado perdura y, si bien es cierto que los tipos como Gregorio el peatón han desaparecido, no menos cierto es que todavía se dan los atróficos como el mocosito que mató a su padre por una bicicleta. Gregorio el peatón, fue un tipo zumbón y algo histérico, que tuvo siempre manías de fortuna, y por eso jugaba a las cartas, Gregorio era el cartero, y se andaba los pueblos a principio de siglo para repartir la valija, cosa que no hizo jamás sin detenerse en las tascas, donde jugaba hasta con frenesí. Un día se jugó el dinero de los giros y el bastón, con maño de marfil labrado, propiedad de don Domingo Cancio, abogado de la Real Villa de Teguiise (1), que conmovió a toda la isla con sus lamentos.

El caso del mocosito que mató a su padre levantó más polvareda aún, pues, al parecer, el parricida padecía idiotez maligna, sin que esto quiera decir que careciera de la luz suficiente para distinguir el atroz alcance de su repugnante delito. El sumario dice que el chico requería constantemente la cantidad suficiente para adquirir una bicicleta, muy en boga por los pueblos lanzaroteños, pero el padre consideró que ese era un gasto superfluo, máxime teniendo en cuenta su modesto vivir. Pasaron los días y los meses, y el joven de 16 años insistía cada vez más exigente, apremiando la compra que el padre no deseaba realizar. Un día, cuando regresó el viejo de sus labores agrícolas, quedó sorprendido viendo que su hijo lucía flamante bicicleta, sin que le diera más cuenta ni razones. El padre pregunta, y el chico responde, no sin petulancia, que fue su madre la que le dio el dinero. El campesino, sin más, interroga a su mujer, y ésta le acusa de privar al "niño" de un placer. El campesino monta en cólera... (?)

"Han encontrado muerto a fulano". Así corrió de boca en boca la fatal noticia, poniendo en entredicho la sanidad y noble condición del poblado de Mala. No, no fue hallado muerto, porque estaba el "difunto" mediovivo y aún pudo ser trasladado al Hospital Insular de Arrecife, falleciendo antes de su ingreso en el mismo. Investigación:

"Dijo que iba a matar a mi madre —afirma el chico— porque me dio las perras... y yo quise evitarlo".

Los universitarios de Mala, acaso justificando en el fondo tamaña atrocidad, dicen que el suceso es asunto de pedagogía, de educación a tiempo, para que las pobres mentes oscurecidas por naderías y absurdos, como esa totorontada de la bicicleta, sean iluminadas con luces de verdaderos ideales que destierren, de una vez para siempre, esos instintos que perduran en su pueblo, y que si Dios no los evita llenarán aún más páginas de sucesos.

"Basta al que empieza aborrecer el vivo
y el ánimo enseñar a ser modesto,
después le será el ciclo más propicio..."

(1) Del "Heraldo de Lanzarote", agosto 1911.

Todo el rigor de la Ley ha caído sobre el parricida, que se ve sin bicicleta, sin padre y sin madre... Entretanto la parte culta de Mala lucha a brazo partido con la otra mitad inculta, con el exclusivo fin de que la nativa alegría del pueblo no se vuelva a ennegrecer por acontecimientos impropios de hogares que sienten espontáneo amor a la sabiduría. ¡Lucha parte selecta de Mala por tu otra parte descuidada! ¡Lucha, Mala, para que tu sonrisa no tenga nunca rictus de tristeza!

A R R I E T A

CAPITULO XIII

De don Arrieta Perdomo y Melián, y de doña Margarita de Bethencourt, de la necrópolis aborigen y de la fachosa Guillermina, de don Juan Manuel, político de rumbo, y de un chalet que fue tabú.

Después de remontar Lomo Cumplido y bajar al valle del Palomo, uno llega al "mal país" (1), que es la región dramática del norte de Lanzarote, donde ya no hay la alegría de un solo árbol ni la grata sorpresa de los enarenados. Luego se alcanza el cruce de Peña Trujillo, y desde aquí se ve a Dios como acontecía a San Agustín cada vez que miraba al mar; en medio del Atlántico, intensamente azul, intensamente negro, está reverberando sol el Roque del Este, con su célebre Campanario que advierte a todos los navegantes su peligrosa existencia. El Roque del Este es un sueño de San Balandrán, poco más a menos, porque es diminuto, pardo, gris, y se difumina en medio del celaje como una nubecilla baja. Este peñón, por no tener nada, sólo tiene soledad e infinita tristeza, y acaso por ese litúrgico intimismo vayan a morir allí todos los pajaritos de Lanzarote. ¡Qué hermandad propicia para el cielo! ¡Pobres pajaritos que, como las almas de los hombres, buscan su propio descanso eterno! No cabe duda de que en el Roque se hace posible la triste soledad del infinito, ya que esa isleta no tiene más atractivos que los calcinados huesillos de los pajaritos y la fría, silenciosa y sinistra soledad que los envuelve *per secula seculorum*.

Antes de llegar a la playa de La Garita, siguiendo el litoral desde Arrecife, se ven calas preciosas y sorprendentes playas, aparte la gran piscina natural que constituye el Charco de San Ginés. Por estas rutas norteñas está la plaza de San José, literalmente adentrada por entre los bravos cantiles donde se alza el castillo del mismo nombre. Por las exuberaciones de los roquedales, en su mayoría corrientes lávicas que se dirigieron al mar, resulta este paseo veraniego la mar de interesante, pues contrastan sus caletas extrañas y luminosas con las escorias negras, a la par que el océano se reviste de colores, resultando todo un hermoso y variado conjunto. Por donde quiera surgen las figuras pétreas emergiendo de las aguas muy azules, abrazadas por el festón immaculado que forman las olas, como queriendo poner encaje y lujuria donde no existe sino desnudez y belleza. La Playa Bastián nada más está que a 8,500 Km. de Arrecife; los Charcos, tan ricos en pesca submarina y de lanzado, a 9,500; y el Caletón Blanco, hacia Orzola, en cuyas inmediaciones campean los conejos salvajes, que son deleite de los cazadores. Pero, ahora, nos encontramos en la playa de La Garita, cuya más reciente e ilustre visita fue la de S. A. R. el Conde de Barcelona, capitaneando el "Saltillo", y antes de rumbear hacia Barbados.

(1) "Malpei", dice el campesino lanzaroteño, conservando la voz francesa

La playa de La Garita tiene mucha grava que los camiones se llevan para hormigonar las nuevas construcciones insulares. Tiene también hornos para quemar la piedra de cal, idénticos en su forma y su menester a los que se ven por la cercana costa de Berbería. La colocación de las piedras formando cavidad abovedada tiene su ciencia, pues la menor torpeza trae consigo el derrumbe de la campana que milagrosamente se sostiene sin llegar a tocar los tizos (2). La playa de La Garita es tibia y recoleta, de finísimas arenas, donde se concitan los que desean verdaderamente un poco de sosiego. El mar que muere sobre esta playa es dócil, con olillas suaves y tardas. Pasada La Garita entramos en el Puerto de Arrieta, que se llama así en honor de un aventurero vasco, don Arrieta Perdomo y Melián, que en 1425 se desposó con doña Margarita de Bethencourt, hija de Maciot de Bethencourt y de la princesa aborigen Teguisse (3). Que en Arrieta hubo vida "majorera" nadie ya lo duda, porque ahí está el caso de la necrópolis que ciertos bárbaros destruyeron en su totalidad, sin dar tiempo para que los expertos sacaran de ella algún partido. En fechas recientes, muy cerca del mar, cuando Francisco Berriel buscaba materiales para enarenar las márgenes del barranco Tegazo, encontró tres bellos ejemplares de cerámica canaria: una cuenta y dos recipientes (4) de bastante capacidad (vasos muy toscos y de forma poco elegante). El señor Berriel determinó entregarlos al Museo Canario, pero un tal Pedro Nolasco Betancor se encargó de llevar las joyas a Las Palmas, y en vez de ofrecerlas gratuitamente, como así se le había indicado, las vendió a la prestigiosa entidad. Empero, la cuenta fue entregada a don Diego Ripoché, que la recibió de manos de un lanzaroteño de pro, que la recuperó a cambio de un hermoso y carísimo pañuelo. La dicha cuenta no está hoy en el Museo Canario, porque desgraciadamente, cuando éste se trasladó desde las Casas Consistoriales a su actual edificio, desapareció sin que se sepa todavía su paradero.

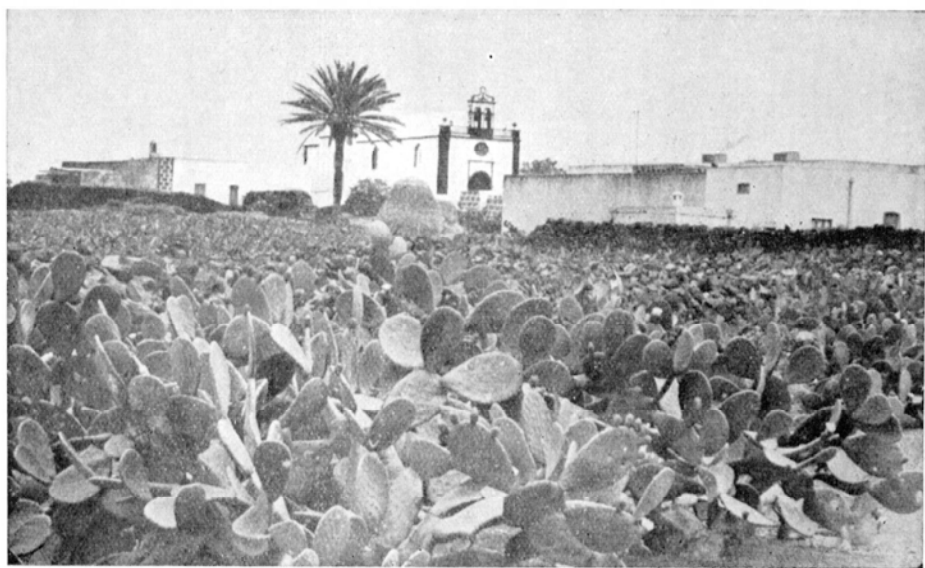
Hay pozos de agua salobre en Arrieta, que probablemente conocieran los aborígenes, cosa que confirma la tradición asegurando que cierta vez en que un "majo" ordeñaba a una parte de su ganado, mientras el resto "abrevaba" en las cercanías, se presentó súbitamente un morisco que se precipitó a beber del "togio", ofreciéndoselo el aborigen sin la menor resistencia, más cuando ya tragaba el moro abundantes sorbos, el "majo" sagaz le puso de sombrero tan pesado recipiente para darse a la fuga hacia los altos de Temisa. De la vida primitiva que hubiera en Arrieta poco o nada se sabe, pues sólo indicios se han hallado, en particular la presencia de los pozos y la necrópolis, huella esta última que nos hace pensar en la posibilidad de que hubiera vida sedentaria, al contrario de otras zonas con agua, y en las que el aborigen únicamente hizo vida trashumante.

Las casitas de Arrieta son edificaciones playeras, con pocos huecos, y tiene varios ventorrillos de bebidas y aceite y vinagre. Da gusto ver a los barquitos varados, bajo cuya sombra las viejas hacen tertulias sin quitar los ojos a las gallinas que picotean por la orilla. Sobre las casitas de Arrieta sobresalen dos suntuosos edificios, uno que fue despensa política, y otro que hasta no hace mucho fue tabú para la gente de este puerto pintoresco. La casa de don Juan Manuel Curbelo ofreció a principios de este siglo amable descanso a los políti-

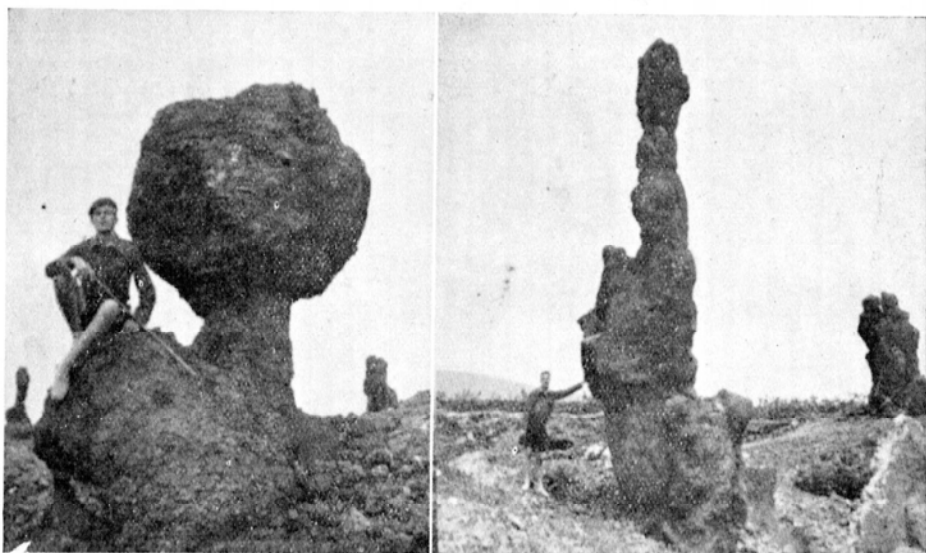
(2) Estos hornos de cal tienen su precedente en los de Berbería de Poniente cuya bóveda se forma con grandes piedras llamadas "armaderas".

(3) Ver la nota 7 del capítulo VIII, del presente volumen.

(4) La de mayor capacidad se halla en la vitrina núm. 11 de la Sala Grau, en El Museo Canario de Las Palmas. Respecto a ella dice Sebastián Jiménez Sánchez, Rev. "El Museo Canario", octubre-diciembre 1946, pág. 77: "... es de grandes proporciones y semeja una bañera circular; tiene fondo lano y paredes verticales. Fue encontrada en la playa de Arrieta. Sus dimensiones son: alto, 26 cm., diámetros, 45 cm. Su color es gris claro.



Pircas de cochinilla, e iglesia del Cristo de las Aguas, en la baja Guatiza.



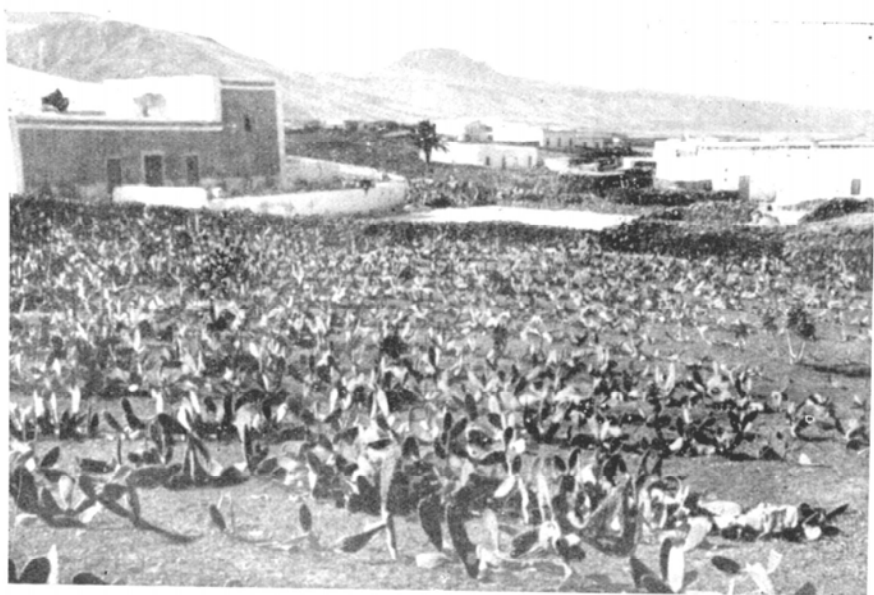
*El hombre lanzaroteño transportando arenas para revalorizar sus tierras
deja tras sí caprichosos modelos de cenizas petrificadas.*



Guatiza es un mar de nopales infectados de cochinilla.



La vieja, la cuchara y la patena, son la base elemental de la recolección de los insectos.



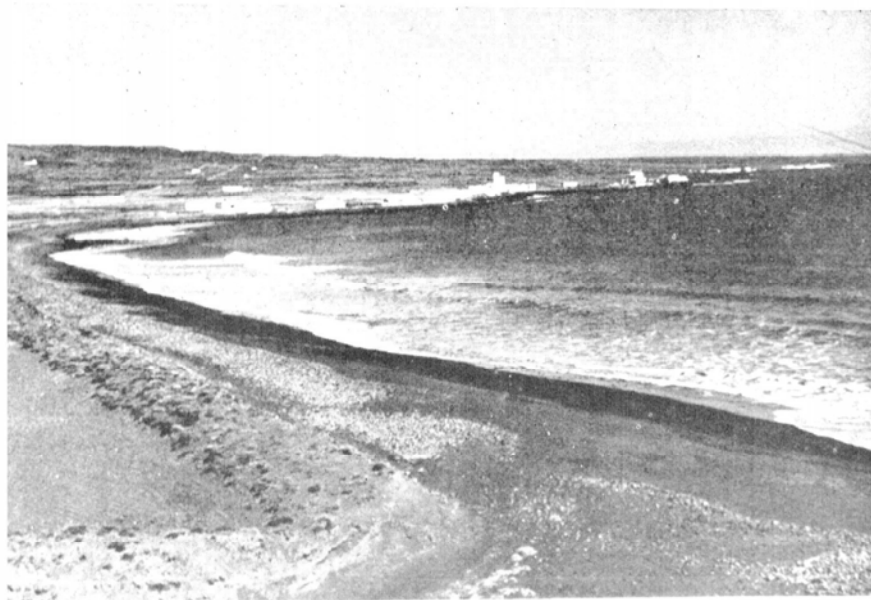
El caserío de Mala auda salpicado entre terrenos de noyales.



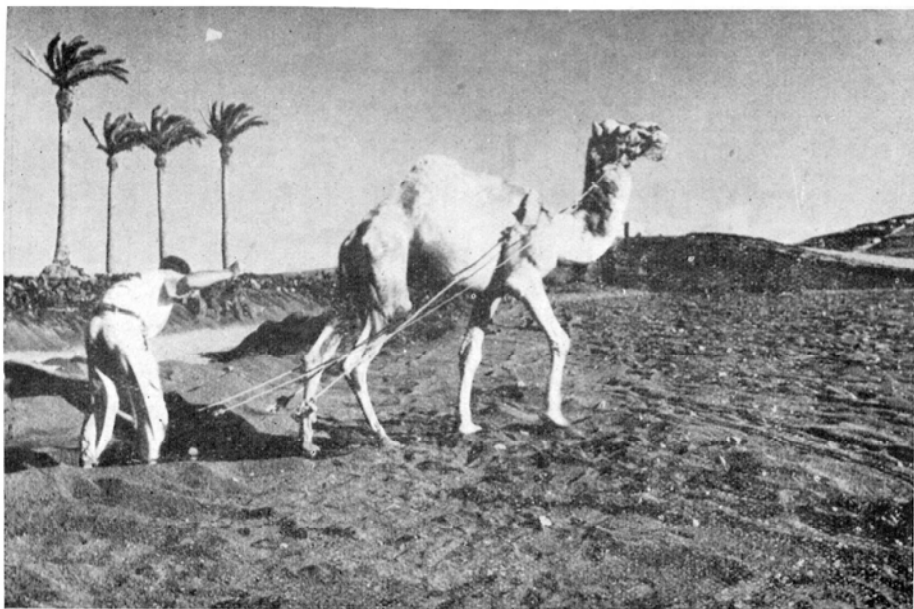
La infección de las tuneras requiere pericia y cuidado. En primer término una "maga" siembra los proliferantes insectos.



Pozo de Arrieta, junto al mar.



El Puerto de Arrieta y veraniega playa de La Garita.



Nazaret es un pueblo que ha nacido enarenando la tierra.



Viejo caserón de Nazaret, cuyo atrio tiene maderas benditas.



Recogida de brevas en el volcán de Tahiche.



Típico horno familiar, donde se elabora el apetitoso "pan redondo" de Lanzarote.

cos. Situada en el cruce de Peña Trujillo, se oculta coquetona en un repliegue del camino que conduce a la Vista del Río, y es tránsito obligado de todo viaje turístico. Fue siempre una casona limpia, amplia y alegre, con cierta adustez y prestancia de noble palacio, con su hidalgo, pues no otra cosa resultó ser su morador. Don Juan Manuel, aunque en el fondo sentía adversión a la política, solía restañar las heridas de sus amistades, fueran del partido que fueran, ¡y eso que eran muchos! La casona de este hidalgo sibarita llegó a convertirse en la despensa política de Lanzarote, porque dentro de su severa apariencia había discursos, directrices y sinnúmero de banquetes. “El día que se firmen los contratos —decía en 1926— yo sacrificaré el mejor de mis novillos para merendar todos los amigos” (5). Sin embargo, hoy la casa no es más que un recuerdo y su vieja grandeza no existe sino en los labios que, de tarde en tarde, conversan debajo los barquillos varados en la playa. Son los mismos labios que recuerdan el tabú de Arrieta, representado en su chalet azul, con muchos cristales y tejadillo rojo. Es esta casa veraniega de forma rectangular y tiene amplia terraza sobre las olas perfumadas. La construyó una señora venida de Buenos Aires y que escandalizó a toda la isla porque iba sola, amazona, por villas, aldeas y pueblos. Todavía algunas de las abuelas más ancianas cuentan que la americana se marchó a sus lares, dejando en Arrieta esa casa azul que, hasta no hace muchos años, fue tabú para las pías vecinas del lugar. La piedad del Puerto de Arrieta es mucha, aunque a veces se da entremezclada de supersticiones absurdas. No tiene el puertecito iglesia ni ermita, pero en toda casa hay repetidas imágenes del Carmen. Casi todas las mujeres de Arrieta se llaman Carmen y muchos hombres responden por Carmelo.

La gente de Arrieta, en general, tiene gran imaginación y es dada a literaturizar, y todas sus fantasías están entroncadas con el Carmen y sus leyendas del mar. La gente de Arrieta no acaba de entender que a la Santísima Virgen se la pueda rezar bajo diversas advocaciones, porque ni siquiera saben renovar su piedad, ni se atreven a poseer otra imagen que no sea la de María con los grandes escapularios. Los escapularios son para los vecinos de Arrieta un talismán de salvación y, en torno a este enigma, cuentan narraciones milagrosas acaecidas en alta mar; en una de ellas, cierta noche cayó en medio de las turbulentas olas un marinero, pero implorando a Nuestra Señora del Carmen se vio izado a bordo del barquito asido a los escapularios. Si no fuera porque también cuentan horripilantes sucesos de maleficios, podría asegurarse que en Arrieta se topa uno con santos pescadores, al modo evangélico, pero sus aficiones supersticiosas hacen ambivalente esa religión marinera que vive Arrieta a macharmartillo.

Un caso curioso registra la pequeña historia de Arrieta, y es el de Guillermina, una bella mujer que atraía a los hombres porque les daba buen café. Aún se asegura en muchas leguas alrededor que como Guillermina nadie ha hecho café en Lanzarote. Era una mujer entreverada de hermosura y picardía, que acabó casándose con un viudo, Juan Armas Perdomo, con cuyo hijo Manuel sostenía relaciones incestuosas la pasionada Guillermina:

“Y le mata una gallina,
y le hace una cazuela,
y le da de comer pan
del mejor de la vidriera;
y le da a tomar el vino
del mejor de la hodega...”

(5) Semanario “Lanzarote”, agosto 1926.

Estas cosas no podían ocultarse a la observación del viejo Juan Armas, por lo que más de una vez tuvo greasca con la sonrosada y zafia esposa, la cual viéndose acorralada recurrió, como buen ave de casta, a sus propios remedios. Poco a poco fue dándole motivos al marido, para que éste se creyera *maloficiado*, no tardando mucho tiempo hasta que el pobre Juan Armas perdiera el sueño por creerse víctima del más raro sortilegio. Por donde quiera buscaba amuletos con el fin de protegerse, aunque sin obtener grandes resultados. Empero, acertó con el hallazgo de un saquito rojo, lleno de arcilla santiguada, que colgado al cuello lo hacía sentirse mejor. Tal remedio trajo mala ventura, porque una noche Juan Armas mandó a mejor vida la de Guillermina. ¡Daba lástima cómo el “maloficiado” se aferraba al saquito rojo! Ni siquiera, al pasar a la cárcel, quiso desprenderse del amuleto, llorando como un niño para que no se le privara de esa “defensa” contra la malignidad de su esposa, cuya influencia sentía correr por sus venas a pesar de estar muerta. La obsesión de Juan Armas era, en verdad, un miedo terrible al maleficio que creía mortal (6).

Hasta no hace mucho tiempo, acaso una década, los hombres de Arrieta eran todos pescadores de costa, que iban a la mar en sus barquillos de vela latina, para luego vender la pesca por todos los pueblos cercanos, mas, con el auge de la flota corvina de Arrecife los hombres de Arrieta han abandonado sus tradicionales faenas para embarcar a bordo de las “traññas”, ausentándose del lugar siete u ocho meses, al cabo de los cuales regresan para llenar el ambiente de Arrieta con fantásticas narraciones del mar:

“Las olas sucediéndose en legiones,
retumban como trágicos bordones
y alzan un “Días Irac” funerario...”

Quizá sea esa la causa que detiene la vida en el Puerto de Arrieta, porque su vivir antoja una pausa mítica, una brevedad de sueño, después del cual el pueblecito rejuveneciera para quedarse de nuevo sumido en indescifrable letargo, pero lleno de absoluta tranquilidad, cuyo verdadero sentir parece serenarse aún más en la placidez de la playa de La Garita:

“El alma de la tarde se deshoja en el viento,
que murmura el milagro con murmullo de cuento.”

Junto al mar está el caserío de Arrieta, con su muelle carcomido, sus descendidas rocas, sus barquillos varados, sus corros de ancianas, que sisean en los dulces atardeceres de Arrieta, donde la pura historia suele revestirse con el ropaje de la leyenda:

“El mar es el enigma...”

(6) Sentir esos “miedos” es muy corriente en Lanzarote, en especial los campesinos que son dados a la imaginación.

JAMEOS DEL AGUA

CAPITULO IV

Del excepcional Muidopsis Polimorpha y de su maravilloso retiro subterráneo, de la leyenda del moro y la cristiana, y de las investigaciones del gran biólogo Mr. A. Knyrett.

Según se va desde el Puerto de Arrieta hacia Punta Mujeres, nótase que el paisaje tiene sed y que todo alrededor vive en continuada asfixia, debido al sol entero que cae casi vertical sobre el "mal país". Sin embargo, con sed y con sol, con grandes masas de piedras erizadas, donde los "bobos" crecen a su antojo, se ve algún espacio de tierra en el que perdura una especie de primavera sietemesina, con flores tristes y macilentas, por cuyas inmediaciones andan saltarines los tordillos y *algurrones*, quizá con el estupor que debieron sentir las aves del Paraíso cuando se vieron sin ramas. Ni un solo árbol, y nada más que piedras y euforbias:

"¡Horizontes lejanos que parecen
vagas costas del reino de los muertos!"

Y así antoja ser el "mal país", pues no otra cosa es la tierra negada y agonizante, cuya aspereza demuele al espíritu más ecuánime. Camina uno sobre piedras grises llenas de fucos, éstos como si fueran diminutos trozos de tela almidonada, que crugen al pisarlos. El andariego tiene que saltar de aquí para acullá a fin de no caer de bruces sobre el suelo entrecortado por raras escodas, dejando atrás a Punta Mujeres, pequeño caserío veraniego que está cerca de la Punta del Burro, adonde se llega después de sortear arrecifes picudos y anacoretas. Por aquí se ven rocas emergiendo del mar, como milagrosos monjes negros que anduvieran sobre las olas. Hacia el norte vese la formidable masa azulada de la Punta de Las Escamas, y atrevidos barquillos de vela latina continuamente en rifa con la mar.

Por fin, Los Jameos del Agua... ¡Qué claustro fantástico, y cómo descansa el alma después de tanto paisaje adusto! ¡Qué lugar encantador y ameno es este de Los Jameos del Agua! Ni más ni menos, estamos en el monasterio subterráneo donde viven los monjes ciegos y de hábito albo como los de Santo Domingo. Son esos raros frailes unos langostinos sin ojos que los naturalistas aprecian y califican como exóticos ejemplares de la zona abisal. El prestigioso biólogo inglés Mr. A. Knyrett Totton, que ha dedicado la mayor parte de su vida a la investigación sobre zoología marina, hizo apreciables estudios acerca de la *squilla*, o langostino transparente, encontrando nuevas especies no relacionadas por el sabio alemán Ernst Haeckel (1). El biólogo inglés, que visitó Lanzarote en

(1) Ernst Haeckel, de la Universidad de Jena, visitó Lanzarote en 1866, con dos compañeros. Sus

abril de 1955, determinó que el *mundopsis polymorpha* que, excepcionalmente, perdura en Los Jameos del Agua, procede de una fauna separada hace milenios del mar. El langostino blanco tiene visos rosáceos y es muy sensible a los ruidos, por lo que muchas veces resulta imposible verle señoreando por las orillas del lago subterráneo donde mora.

La formación de este importante Jameo del Agua obedece a lógicas consecuencias de la vulcanología, o sea, que en las erupciones (2) que desolaron esta zona insular, o *malpei*, dieron lugar a una serie de tubos lávicos que evacuaron hacia el mar, enfriándose su parte superior, bajo la que penetraron las aguas del Atlántico, hirviendo éstas a grandes temperaturas, causando, como es natural, aparatosas explosiones (3) de tipo térmico y, en consecuencia, la rotura de la parte superior de dicho tubo lávico. Ejemplo de esta violenta expansión es el tapón, o piedra expulsada, que yace junto mismo a la abertura que da luz y fantasía a las aguas de Los Jameos del Agua. No sucedió igual en el próximo Jameo de La Cazueta, ya que sufriendo idéntico proceso térmico, no llegó a explotar sino que, al contrario, formó una enorme ampolla de estado semipastoso, fluctuante, y que al enfriarse se hundió sobre sí mismo para dar forma de "cazueta" a su actual estructura, cuyos bordes están perfectamente revestidos de los grandes lastrones escoráceos que, en principio, formaron la bóveda.

A poniente del Jameo de La Cazueta, a poco tramo, está la impresionante "Quesera de Bravo", descubierta en nuestros días (4), un monumento arqueológico, o ara santa, donde posiblemente los aborígenes sacrificaban leche a Dios. No cabe la menor duda acerca de la similar tipología de esta "nueva" estela con la de Zonzamas, aunque la de Bravo ofrece dimensiones mayores y labrado más perfecto, con la particularidad de que en el lecho de sus canales hay cubetas acaso para retener sedimentaciones, detalle que no se repite en los canales de la "Quesera de Zonzamas", los cuales son lisos (5). Además, mientras la estela de Zonzamas orienta sus estrías de poniente a naciente, esta "Quesera de Bravo" las tiene de norte a sur, levemente inclinadas, con su peculiar desagüe, que vierte magistralmente. Ni que decirlo habrá, que este descubrimiento ha revolucionado a la moderna investigación, ya que con toda seguridad habrán de aparecer los vestigios de alguna población aborígen en las inmediaciones, porque en torno al Jameo de La Cazueta existen piedras del orden ciclópeo, que parecen estar allí por haber habido alguna primitiva construcción (6).

Los Jameos del Agua constituyen un espacio esplendoroso, para concitar a quienes deseen hacer una breve y poética excursión. ¡Qué sitio para poetizar el subsuelo, o donde buscar la emoción ideal que dé más vigoroso pulso a las inquietudes de tal cual! Este fantástico claustro está formado por verdaderas maravillas pétreas, a modo de campana, de unos 18 metros de ancho, 22 de altura y unos 70 de corredor. Su suelo lo integra una laguna de verdadero mito, pues desde su brillante mansedumbre parece que fuera a emerger aquella be-

trabajos en esta isla se incluyeron en los resultados científicos de la expedición Challenger, publicados por el Gobierno británico.

(2) Se calcula que dichas erupciones datan varios miles de años, y el ilustre geólogo don Telesforo Bravo les asigna una edad no inferior a los 3.000 años.

(3) Cosa parecida acaeció con las aguas saladas que arrojaron los tres cráteres de 1824, en particular, el llamado del "Clérigo Duarte", que suponemos fuera debido a una gran rasgadura de la isla por donde penetraron las aguas del mar, y que éstas, al hervir, salieron a la superficie por dichos cráteres hasta el punto que el de Tinguatón tuvo tres bocas por donde brotaron otros tantos surtidores a ingentes alturas.—"Diario de Las Palmas", 23-2-60.

(4) El 17 de febrero de 1960, la descubren el eminente geólogo don Telesforo Bravo y el ilustre lanzaroteño don Mariano López Socas. Del primero toma el nombre la "quesera".

(5) Telesforo Bravo, "Diario de Las Palmas", 23-2-60.

(6) Telesforo Bravo, "Diario de Las Palmas", 23-2-60.

lífsima cristiana, ya redimida, y que con tanto pormenor nos cuenta la tradición: Se dice que cierta vez un berberisco se prendó de una moza cristiana, y que ésta, sin ningún temor de Dios, con el moro se fugó, porque supo halagarla con fatuas promesas de imaginación oriental y, a la vez, la colmaba de multitud de baratijas. El infiel se llevó a la moza (7) “desde el Lugar de Haría hacia Los Jameos del Agua, donde la conoció, sin reparar el grande mal que emprendía...”, “ya que por vez primera se maculaba el monasterio de los frailes albos”, o acaso porque se profanaba el templo del silencio y la ilusión. Empero, la leyenda poetiza a la aventurera amorosa, ya que afirma que la muchacha y el bereber tuvieron largos diálogos y visiones misteriosas, durante los cuales el tiempo ni la razón existían para ellos, entrelazados por la desbocada pasión sin freno ni templanza. Mas el pecado aguardaba su castigo, y he aquí que la chica bautizada se cayó al fondo transparente de las agnas, que se fueron abriendo hasta tragar por completo el cuerpo de la pecadora... Se dice, además, que el moro lloró amargamente por la cristiana, apareciéndosele el alma de ésta para suplicarle un peregrinaje sobre el áspero “malpei”, sin calzado, cosa que hizo el arrepentido enamorado hasta que, de manos sacerdotales, recibió el bautismo. La gente cree reconocer un lamento tras la tersa superficie del lago, que tiembla de noche como recordando a todos que en su seno cristalino y puro cayó alguien en pecado mortal:

“Inmóvil, como un ídolo sagrado,
ceñido en mallas de compacto acero,
está ante el agua estático y sombrío,
a manera de un príncipe encantado
que vive eternamente prisionero
en el palacio de cristal...”

Palacio de cristal, sin duda, es este claustro sepultado por las escorias lávicas, con sus aguas templadas y traslúcidas, que dejan mirar sus fondos como si fueran los ideales sueños de ese templo de ilusión, sumido siempre en la más amable de las sombras. Las rocas volcánicas forman aquí un mundo jeroglífico de indudable estética, por entre las cuales, de raro en raro, pasan tardos los ermitaños langostinos que, sin ojo alguno, saben a donde van y lo que buscan, porque estos bichos decápodos, por un extraño sistema de radar, encuentran cada día el beso solar que se cuele a plomo por la claraboya que magistralmente confeccionó la misma naturaleza, como preciada dádiva de nitidez en la penumbra y borbotillo del original recinto...

(7) La tradición afirma que dicha moza era de Haría, y que en dicho lugar vivió hacia 1620.

CUEVA DE LOS VERDES

CAPITULO XV

De la famosa Cueva de los Verdes y de la odisea de los lanzaroteños, de sus fortificaciones y vestigios aborígenes e históricos. de los sitiadores árabes y del traidor Francisco Amado.

A poco tramo de Los Jameos del Agua está la famosa Cueva de los Verdes (1), que exteriormente no ofrece más particularidad sino la de un desplome más de los tantos que vemos en el "malpei", aunque en su interior constituya una maravilla hecha historia y leyenda (2). Esta gruta, en su entrada, o sea, al ESE., está aproximadamente a 2.500 metros del mar y a una altura de 70 metros sobre el nivel de aquél. Es, sin lugar a dudas, un tubo lávico que hace su pendiente con la del campo escoriáceo que se inclina desde el monte hacia la costa (3). Para penetrar en la Cueva de los Verdes es necesaria la provisión de linternas, si bien el autor entró en ella con un pequeño grupo electrógeno de 2,50 HP., logrando suficiente luz y, en consecuencia, la oportunidad de fotografiar por vez primera los inéditos interiores del antro sombrío (4). Con la exposición de las fotos obtenidas puede apreciarse, una vez más, cómo la Isla de los Volcanes es caso así cual "Caja de Pandora", porque por maravillar al visitante tiene sorpresas a cada paso, quizás anticipando la parte inédita de su joyel. Y es verdad, ya que Lanzarote tiene sobrados motivos para convocar al mundo, sin temor a que nadie que venga buscando belleza y emociones pueda caer en desilusión. El viajero, bien provisto de luces, podrá admirar la escenografía más complicada y se acostumbrará a salvar accidentes, para al cabo ejercitar sus propios sueños con imaginación portentosa, según lo reclame la impronta

(1) Torriani, al hacer la "descripción de Tegüisc", en 1590, dice que la Cueva es "muy grande y segura, hacia noroeste, a seis millas de distancia de la villa. Tiene la entrada tan baja y tan estrecha, que sólo una persona que se arrastrara pegada a la tierra puede entrar en ella; y en su interior tiene antros maravillosos, que parecen hechos por mano maestra, y con pasajes ásperos y difíciles, que no se pueden franquear sin luz. Algunos conocedores dicen que dentro tiene un río secreto, que corre con gran ímpetu, y que muy pocos conocen. Tiene también otra salida, que responde al mar, por la cual los hombres y las mujeres que se amparan allí, pueden salir y embarcar". Como se entenderá, Torriani, dejó hacer a su imaginación.

(2) Por vez primera en la historia de la Cueva (22-5-60) el autor organizó una exploración en la que participaron don Mariano López Socas, don José Juárez Sánchez-Herrera, don Tomás Lamamié de Clairac y Nicolau, don Gabriel Fernández Martín y otros estimados colaboradores. A todos, mi profundo reconocimiento.

(3) "Al vaciarse de lavas el túnel que formaban los jameos y la caverna, y establecida la comunicación con el mar, la marea ascendente comprimió los gases o el aire que llenaría la cavidad, haciendo saltar por presión la clave de la bóveda, al mismo tiempo que ocasionaba el desplome de parte del techo, produciéndose así los dos hundimientos laterales que dan acceso a la caverna".—E. H. Pacheco.—"Estudio Geológico de Lanzarote y de las Isletas Canarias" (1909).

(4) Don Gabriel Fernández Martín, logró las primeras fotografías que se han hecho del interior de la caverna.

de cada fantasmagórica perspectiva. El visitante, en el recinto maravilloso, contemplará cómo la Naturaleza despliega alardes y hace que el mundo subterráneo cambie su fisonomía a cada instante, a cada metro andado, a cada mirada...

Para describir la Cueva de los Verdes hay que serenarse no sea que la admiración prenda y flamee, o acaso, que de tanto remirar los ojos puedan éstos quedar incapacitados para la cabal repuntación que la caverna merece. Hay quien asegura que entre las galerías, ciegas o profundas, o bien en las salas complicadas, o en las altas bóvedas ojivales, o en las estalactitas, o en los grandes lienzos calcáreos, o al fondo de las gargantas y simas espectaculares, se oyen las voces melódicas de las nereidas y orbitolines que, en la Cueva de los Verdes, se convocan para celebrar los festines del sueño universal. El viajero experimentará múltiples sensaciones oníricas, y así se familiariza con la silenciosa realidad para salir, al fin, cautivo de tanta subterránea belleza. Por eso, describir la estética brutal de la Cueva de los Verdes supone el riesgo de lo infructuoso, porque es de admirar cómo la Naturaleza hace y reparte, con prodigio, los diversos claustros, donde a veces las paredes son rectilíneas y, a veces, elípticas, que se ensanchan y levantan como por arte de magia.

El túnel lávico de esta caverna puede dividirse en cuatro trayectos (5): el primero, que tiene una longitud aproximada de 400 metros, o sea, desde la Puerta Mora hasta la Garganta de la Muerte, punto en que se bifurca la galería, en vértigo geológico, para dejar un paso no más amplio de 3,50 metros de largo por 0,40 de alto y 0,50 de ancho. Este primer tramo se denomina *Pasaje de los Castilletes*, y tiene su explicación, ya que en su recorrido se puede ver las troneras, o “defensas”, con que los cristianos refugiados trataron de impedir, o entorpecer, el acceso de los arráeces sitiadores (6). Antes y después de cada “castillete” hay galerías inferiores y superiores, como la inmediata a Puerta Mora, que es corta y retrógrada, así como la llamada Biblioteca, debajo de la cual vese multitud de estalactitas mamelonarias, a modo de perfectos pezones. Las paredes aparecen revestidas de lavas vesiculares, que al escurrir hacia el suelo se solidificaron para formar acabadas aceras. Las bóvedas son de tipo ojival, si bien en su general configuración toman aspectos distintos, pues a trechos se ensanchan a modo de gigantescas campanas, como al instante se estrechan en su vértice superior, como sucede sobre la fosa del Osario, cuyo techo, en vez de ensancharse, se eleva muy agudo y forma una altísima ojiva de más de 15 metros.

El segundo trayecto tiene una longitud de 200 metros, a saber, desde la Garganta de la Muerte hasta el precipicio de Salsipuedes, recorrido éste el más importante en el sentido histórico, pues en él residieron los cristianos perseguidos durante las incursiones piráticas de los siglos XV, XVI y XVII (7). Se llama este lugar “El Refugio”, y en su suelo aparecen los vestigios de un pasado apenas conocido en tanto no se efectúen labores técnicas de arqueología, ya que lo descubierto hasta ahora hace presumir hallazgos todavía más valiosos. En parte, El Refugio ha revelado su secreto, porque los interesantes objetos allí encontrados (8) coinciden con la data histórica de la caverna, si bien ello nada

(5) El eminente Dr. El-Pacheco divide la cueva en sólo tres trayectos, pero nosotros, a la luz de los reflectores, hemos comprendido la necesidad de que sean cuatro.

(6) Amurat Arraez, 1586, y Jabán y Solimán, 1618.

(7) Con toda seguridad, según se deduce de Torriani, aunque no lo dice, el jeque Calafat, 1569, y el arráez Dogali, 1571, sitiaron también la Cueva de los Verdes.

(8) El ilustre lanzaroteño, don Mariano López Soans, encontró un curioso canafo, cuentas de ámbar, de hueso, de barro, y otros interesantes objetos. También se han encontrado cuentas de oro, y un excelente muestrario de cerámica andaluza de los siglos XV y XVI.

quiere negar respecto al uso que los "majos" lanzaroteños hicieran de la caverna, ya que también dejaron en su lugar la estela indeleble (9).

El tercer trayecto, y acaso el más fantástico, es el que parte tenebrosamente desde el desfiladero del Refugio hasta las "sepulturas" del Panteón, galería inferior de unos 210 metros de longitud, y que retrocede bajo el suelo que hemos descrito en el tramo del Refugio. El desfiladero, que es un corte a modo de tajo, lo forma un amplio desplome que abre una sima de 9,50 metros de profundidad para formar, desde su piso al techo de la galería superior, una bóveda altísima de casi 20 metros, con caprichosas cornisas, con ojivas agudas, al clásico modo de las grandes catedrales del gótico alárabe. La galería del Refugio, o segundo trayecto antes dicho, tiene su continuación interrumpida y que va a dar, abismo por medio, a otro corredor llamado Paso Ignorado, y cuyo fin es desconocido por su inaccesible entramado. Para descender a la sima de Salsipuedes hay que valerse de una escala de diez metros, ganándose así el áspero fondo del desfiladero, para en seguida pasar a la galería inferior, o Panteón, de sugerentes aspectos y que presenta su bóveda con curiosas formas debido a los salientes que hacen rebordes a todo lo largo de las paredes, éstas a veces rectangulares y, a tramos, de inverosímiles ojivas, muy atrevidas. Al final del Panteón existen los grandes lastrones de lavas esponjosas, muy bien dispuestos como ringla de ataúdes, que parecen reposar sobre un catafalco de espaciosas losas rectilíneas, a través de las cuales se puede admirar la extraña colocación de otras inferiores.

El cuarto y último trayecto, de unos 1.200 metros, está comprendido a partir del Panteón hacia el final de la caverna, o sea, hasta la Puerta Falsa, singular "Jameo" que tradicionalmente viene llamándose "Los Almacenes". Al parecer, este gran desplome abre, además, en dirección opuesta, el acceso a la supuesta continuación de la Cueva de los Verdes que, en el decir popular, tiene su fin al pie del antiguo volcán La Corona. No exploramos este tubo lávico porque los escombros escoriáceos dificultan sobre manera la entrada, y hace imposible el menor intento de incursión. Por ello nos atenemos al citado último trayecto por nosotros recorrido:

Traspuesta la fosa de Salsipuedes penetra el visitante en la Vía del Alivio, cuya denominación tiene el doble sentido que le atribuye la historia y la geología. Lo primero, porque desconociendo los sitiadores la salida secreta de Puerta Falsa, los refugiados se suministraban a través de esta espectacular galería, y lo segundo porque el piso está constituido por un polvo finísimo, muy suave, producto de la alteración de las escorias por la humedad, pareciendo que los pies martirizados andan sobre un suelo de plumas. Pasada la Vía del Alivio se alcanza, al cabo, la galería de las Cornisas Caídas, tramo éste muy extraño, soberbio y soberano, cuya estructura tiene su más rara expresión en los grandes salientes tubulares, o cornisas colgantes, que parecen señalar los arranques de una bóveda que no llegó a formarse. Estas cornisas aparecen revestidas de lavas vesiculares y vítreas, de vario espesor, y son cosa así como el encauce del suelo donde se amontonan las grandes piedras atormentadas, como si fuera un angustioso antro del Averno. Poco después se llega al Tramo del Engaño, que toma su nombre a causa de que las paredes y bóveda muestran revestimientos calcáreos, o grandes lienzos blanquíssimos, en los que se refleja la luz de las linternas, y hace suponer al visitante que la claridad exterior penetra en la caverna, haciéndole exclamar con espontaneidad que ha encontrado la salida.

(9) Los descubrimientos llevados a cabo en ciertos lugares de la Cueva de los Verdes, y el feliz hallazgo del naturalista don Telesforo Bravo de una "quesera" en las inmediaciones dan mucha luz acerca del uso que de la caverna hicieran los "majos" lanzaroteños.

Este fenómeno se repite varias veces durante el recorrido del Tramo del Engaño, hasta que se llega al escobroso paso final, o tramo de galería denominado La Tempestad, que eso es aquel agitado mar de piedras que parece un dantesco río subterráneo, angustiendo el suelo y sobrecogiendo al espectador. Este último trayecto está formado, en su totalidad, por aceras altísimas entre las cuales corre, como hemos dicho, el más impetuoso temporal pétreo, que sólo se encalma una vez alcanzada la Puerta Falsa, para salir al árido "malpei" luego de trepar el hundimiento muy semejante al "jameo" de Puerta Mora, o sea, la tradicional entrada a la Cueva de los Verdes (10).

¡Salir, al fin, de tales méritos encantamientos! Al contacto de la luz solar quedará siempre, en el visitante, ese regusto de saber que se ha contemplado un mundo misterioso, de admirables paisajes subterráneos, cuyos pormenores y repuntes traerá consigo el alma, porque no en balde el salvaje y sobrecogedor silencio nos hablará de asombro y belleza, representados por las mil formas distintas que tan bien alimentan a la imaginación. Sí, la Cueva de los Verdes, como maravilla del suelo e historia insular, como encantamiento de nereidas y orbitolines, pero, además, como centro penitencial donde quien quiera puede hacer ejercicio de sus sueños, de sus sentimientos...

Descrita, aunque someramente, la Cueva de los Verdes, entremos en las pocas luces que nos da su pequeña historia.

Desde épocas anteriores a la conquista franco-normanda, fue la isla de Lanzarote blanco principal de la piratería. Ya en 1377, reinando en Castilla Juan I, hijo de Enrique II, se reunían en la ciudad de Cádiz muchos individuos andaluces y vizcaínos para armar navíos y asaltar la costa africana, pero que, sorprendidos por un fuerte temporal, acabaron su periplo en la costa suroeste de Lanzarote, donde desembarcaron, matando a los pacíficos aborígenes que, como en otras ocasiones, habíanlos recibido con nobleza (11). Graves fueron los delitos que hicieron esos expedicionarios, que robaron ganado y esquilmaron los depósitos de ámbar, grasas y cueros, mientras que los "majos" se refugiaban en las cuevas, especialmente, en la Cueva de los Verdes. Esos aventureros hicieron cautivos que llevaron a la Península como real prueba de que cuanto contaban era cierto.

Durante todo el resto del siglo XIV se prodiga la piratería movida por la codicia, y en 1380 los vizcaínos, capitaneados por Gonzalo Peraza Martell, hacen estragos y cautivan a 170 isleños que no pudieron escapar en los seguros recintos subterráneos de la Cueva de los Verdes. Es en esta razzia cuando cae prisionero aquel magnífico y valiente rey de Lanzarote, Timanfaya, así como su bella esposa, de cuyo paradero nada se supo jamás. Lo más probable es que fueran a engrosar la lista de esclavos canarios que, cotidianamente, se vendían en los principales puertos europeos. Es de anotar cómo el esclavo canario iba tomando valor de cotización, pues en algunos mercados se afirmaba que "valía por tres negros jóvenes". Ante estas pingües perspectivas se comenzaron a organizar expediciones determinantes a una seria conquista, siendo el caballero Juan de Bethencourt quien obtiene la aquiescencia de doña Catalina, madre y tutora de Juan II, para que conquistase las islas de La Fortuna, a base de gente española y francesa. Más tarde, con la exigua presencia de los franco-normandos, son las isletas de Graciosa y Lobos los dos centros más importantes donde

(10) Nuestra expedición, que tuvo siempre elevadas miras de amor a la isla, y que estaba integrada por personas de reconocida solvencia moral y patriótica, casi no se realiza por la postura inexplicable de ciertos elementos, pero que gracias a Dios, hoy por hoy, salvadas esas miopías, la Cueva de los Verdes está fotografiada y descrita para conocimiento y estímulo de todos.

(11) En 1312 los aborígenes recibieron al genovés Lancelot Malocello, que convivió con ellos durante veinte años, cosa que demuestra el pacifismo de los lanzaroteños.

se concitan los piratas internacionales, los más so pretexto de "ida y vuelta" a las Indias, disculpa ésta que pretendían anteponer a sus robos en un país indefenso.

Las incursiones piráticas procedentes de la costa africana se acentúan cuando en 1477 don Diego García de Herrera decide levantar la Torre de Santa Cruz de Mar Pequeña. En 1479 dicha torre se ve asediada por el jeque Aoiaba, quizá como el primer aldabonazo de las razias que iban a comenzar. Pero, es a partir de 1556 cuando don Agustín de Herrera y Rojas trata de repoblar a Lanzarote valiéndose de las cabalgadas en Berbería, capturando miles de esclavos a los que luego daba libertad a condición de que no desertaran. Estas correrías de don Agustín, que no acabaron hasta 1569, tuvieron su represalia en sucesivas incursiones piráticas, de las que citaremos aquella cruel que dirigió el jeque Calafat el mismo año de 1569, invadiendo la isla por sitios diversos, estrategia que le dio excelente resultado. Calafat no pudo, a su pesar, impedir que los lanzaroteños se refugiaran en sus cavernas, mas tampoco obtuvo escaso botín de ganado, hombres, mujeres y niños, que se llevó cautivos. En 1571 es el arráez Dogalí quien desembarca por las inmediaciones de los Ancones, y hace la más sangrienta incursión que conociera la isla, ya que este pirata no llegó a canjear a las personas por enseres y ganados, sino que se ensañaba matando a mansalva, para después robar a su antojo cuanto de valor encontraba encima de los cadáveres.

Hacia fines de julio de 1586 comienza la invasión de Amurat Arráez, que desembarca con 800 hombres armados y 400 turcos. No encuentra gran resistencia el Arráez, quien incendia el castillo de San Gabriel, en Arrecife, y se interna isla adentro desolándolo todo, pero no encontrando alma viviente en la vieja capital. Había sucedido que gran parte de los habitantes se escaparon hacia la Cueva de los Verdes, y el resto estaba refugiado en la fortaleza de Guanapay, siendo en ésta donde el pirata y sus huestes hicieron la gran matanza de Teguiise, pues el viejo castillo cedió al menor impulso del arráez. En consecuencia fue prisionera la Marquesa de Lanzarote y la hija del Marqués, esposa del capitán don Gonzalo Argote de Molina, que para recuperarla firmó con Amurat Arráez el célebre tratado de paz en 23 de agosto de 1586.

Informada la Corona de tales desastres, aquélla decide enviar al ingeniero Leonardo Torriani, cremonés a las órdenes del Rey Felipe, para que efectúe un detallado informe acerca de la situación defensiva de las islas. Respecto al baluarte de Arrecife hemos informado en su lugar, así como del castillo de Guanapay, pero no la referencia acerca de la Cueva de los Verdes que Torriani considera de suma importancia para la defensa de los habitantes de Lanzarote, pues "no sería bien dejar tantas almas a merced de los enemigos; sino que se debe hacer un reducto, para que en él, y en la fortaleza de la entrada del puerto (fortificada como se dijo en el capítulo pasado), tengan refugio y defensa segura. Para hacerlo y gastar poco, no hay en toda la isla ningún lugar más apropiado que la misma fortaleza de Guanapay; la cual, aunque pequeña, repartidas las gentes en ambas fortalezas y en la Cueva de los Verdes (donde se pueden ocultar las mujeres con sus hijos y los enseres de casa), podrían ponerse a salvo la gente inútil, y defenderse los que puedan hacerlo".

Y así sucedió, en efecto, porque en 1618, al mando de los arráeces Jabán y Solimán, se presenta una poderosa flota de piratas compuesta por 60 embarcaciones y que traían en su bordo a 5.000 berberiscos y turcos. El 1.º de mayo desembarcaron y este mismo día cayeron sobre la Real Villa de Teguiise, pero como Leonardo Torriani había supuesto, los cristianos lanzaroteños se refugiaron en el remozado castillo de Guanapay y en la Cueva de los Verdes, que bloquearon los invasores en la certeza de rendirlos por hambres. Pero, Jabán y

Solimán ignoraban que los lanzaroteños se suministraban por la Puerta Falsa, o "jameo" de los Almacenes, hasta que el día 20 de mayo de 1618 el renegado Francisco Amado, con la esperanza de salvar a su familia a costa de sus correligionarios, delata la existencia de la oculta salida, por lo que los arráeces bloquearon ahora no sólo la Puerta Mora sino también la Puerta Falsa. Al fin, van saliendo muertos de hambre los cristianos, que van a caer en manos infieles. Son 800 los lanzaroteños vendidos por el traidor Amado, de los cuales 600 pueden ser rescatados a base de enseres y ganados, pudiéndose asegurar que la isla quedó vacía de cuanto de valor poseía entonces. Los 200 cautivos restantes, empero, fueron llevados a los mercados argelinos, y entre los cuales se contaron hasta 80 doncellas.

Un documento revela cómo el traidor Francisco Amado fue hecho prisionero por Mustafá, jeque de Berbería, que realizó una pequeña incursión en esta isla hacia 1622, sabiéndose con certeza que dicho renegado murió en la esclavitud hacia 1630 en el próximo territorio conocido hoy por meseta de los Tecnas.

Después de lo dicho, aunque someramente, comprenderá el lector la gran razón de Torriani al decir que: "En toda la isla no hay más de mil almas, de las cuales 250 hombres de armas, con unos 40 de a caballo. La causa de que haya tan poca gente es que gran parte de ella se la llevaron cautiva los turcos y los moros, por tres veces en espacio de 16 años" (12).

He aquí, pues, una maravillosa gruta con no menos peregrina historia. Y es que la Cueva de los Verdes, en cualquiera de sus aspectos, invitará al visitante al ejercicio de su soñar y sentir, aunque por fuera su apariencia no sea más que un reducto de escorias lávicas salpicadas de líquenes, y de éstos reciba su nombre.

(12) Se refiere a las invasiones de Calafat (1569), Dogalí (1571) y Amurat (1586), que abarcan 17 años.

ORZOLA

CAPITULO XVI

De Orzola y de sus famosos pescadores de viejas, de sus peculiares barquillos y de la "rifa" trágica, de sus capturas en las Islas Salvajes y de su piscina natural, o Caletón Blanco.

A partir de la Cueva de los Verdes, va viendo una multitud de jameos más o menos importantes, y que tienen nombres como el de La Gente o Jameos de Arriba. Y, en seguida, se llega a Las Siete Lenguas, que no "leguas", con sus rocas de vieja escoria volcánica, sobre las que cae un sol implacable, cuya luz cruda y desnuda hace posible que la piedra se escenifique y tome diversas formas fantásticas. Los líquenes que revisten al erizado suelo tienen fuertes colores entre amarillo-verdoso y marrón, dulcificando el paisaje la abundante presencia de la perdiz, que en medio del pedregal se camufla maravillosamente. Hacia Ye, pero ya en el camino de Orzola, está El Cortijo, famoso por su queso, que tiene el sabor de la almendra, quizá debido a que las cabras viven en libertad y no se alimentan de otra cosa que no sean las euforbias y alguna humilde mata propia del erial; además, el ganado nunca bebe agua, porque ni en Las Quemadas ni en Las Hoyas la hay.

Desde Las Hoyas a la célebre piscina natural de Orzola no existe gran distancia. El Caletón Blanco tiene porvenir, porque constituye uno de los lugares más propicios y seguros para ejercitar el baño de mar. Está formado por dos considerables diques de roca volcánica, en cuyo seno hay un lecho de finísima y limpia arena, que verse puede perfectamente por la transparencia de las aguas. Una barra asegura la ausencia de peces malignos, a la vez que encalma toda la superficie de la preciosa cala. Su declive, desde la tierra al mar, es sumamente suave, sin socavones ni obstáculos. Poco más hacia el norte se llega a los "bajos" de Los Sables, ricos en lapas y burgados muy sabrosos, que están al alcance de la mano y que el sol, tan cegadoramente hermoso, invita que están al alcance de la mano y que el sol, tan cegadoramente hermoso, invita a la aventura y a la alegría de coger de propia cuenta esos manjares marinos.

Desde los "bajos" de Los Sables hacia la "marca" de La Noria, avistando las cresterías de Los Rostros, el mar y la costa se endurecen por su bravura que, en la próxima mole del cabo Arco se hace apoteósica grandeza, mayor aún en esos escasos días de temporal cuando enormes olas parecen querer trepar peñas arriba. Detrás de cabo Arco está el pintoresco Charco de la Condesa, a pocos pasos de Orzola, y donde el canto de la calandria hace milagrosos pegios, a la par que el mar exhala sus sabores, como si quisieran hacer ronda de hechizo en torno al visitante.

Llegar a Orzola significa descubrir un típico puertecito pesquero, nacido por la necesidad de un embarcadero con que hacer comunicaciones con las islas del

archipiélago menor. Orzola es la patria de los más famosos y más expertos pescadores de vieja, y sus mujeres son, sin duda, las más ágiles "jareadoras" de ese jugoso silúrico, industria que se extiende hasta los más exigentes restaurantes. Es curioso ver la rapidez y la destreza con que las mujeres, de todas las edades, "jarean" en la orilla del mar a esos peces de unos diez centímetros de largo, de color negruzco, o colorado, de gran cabeza y boca chiquita, y que luego tienden al sol hasta que queden curtidos, pero sin perder un ápice de su primitivo sabor. Cuando el mar se encabrita los pescadores de Orzola quedan ociosos, porque la pesca de la vieja precisa de especiales cuidados, y porque el puertecito tiene una barra, que si bien le protege, hace difícil la "rifa" trágica con que los barquillos se enfrentan al entrar o salir por ella. En abril y mayo, cuando más arrecian las olas, los pescadores abandonan Orzola para rumbar hacia las "Islas Salvajes", en realidad la Salvaje, situadas entre Madera y Canarias. Allí permanecen durante una zafra que, a veces, dura como tres meses, para al cabo regresar completamente cargados de viejas selectas. En muchas ocasiones se topan con lanchas rápidas que acuden a la Salvaje para eludir la presencia de algún guardacosta español o lusitano, pero ellos ni se enteran de esas tropelías, excepto cuando oyen esporádicos cañonazos que los hacen temblar, y no por cobardía, sino por temor a que una bala perdida pueda hacer blanco en uno de sus barquillos. No, no son cobardes los hombres de Orzola, porque siempre se "rifan" la vida al pasar la barra trágica del puerto.

En las largas veladas de la zafra en la Salvaje, la mujer que espera a los seres queridos, se reúne con quienes comparten igual suerte, y hablan del mar, del más duro mar que ellas conocen. Pero, cuando las velas latinas doblan el Farión de afuera, reviven y se animan, charlan y cantan, como si los anteriores sentires les fueran ajenos:

"Las mujeres suspiran
cuando a la tarde miran
la gran fatiga, hecha pasión, del mar..."

Los barquillos se abarloan al pequeño espigón y los marineros, gozosos, inician la descarga de la vieja —princesa de este mar—, que las mujeres clasifican con tacto y vista, para transportarlas en seguida al mercado, ansioso de gustar la abundancia de esa "trucha" del océano, tan sabrosa y digna como el más fino de los mariscos.

Tiene Orzola una peculiaridad y es la que ofrece el tipismo de sus construcciones. Su caserío parece que anda siempre naufragando, aunque luzca enmarcado por la blanca cal que se produce bajo las Peñas de Andía, cuya calidad es la mejor de la isla. Cada casa de Orzola lleva desnudo todo el cuerpo, pero el cuadro de puertas y ventanas van invariablemente blanqueadas. Su sala, a instantes convertida en preciosa ría, está resguardada por la más difícil barra que imaginarse pueda, pero a la que el marinero de Orzola entiende y sabe dominar. Sobre el pintoresco puerto se alza ese casi itmo, esa punta piramidal, tan conocida por todos, que son los Fariones, pies de la balconada excelsa de Famara, con su corte de islas menores, que acaso le den a Lanzarote todavía más renombre. Los Fariones, derivación de farallones, y sobre todo el Farión de afuera, son ricos en "claclas", quizá el más delicado y gustoso marisco que se toma.

El viento, el mar y la nostalgia, son elementos que contribuyen a configurar la fisonomía urbana y la textura espiritual de Orzola, dándole su personalidad propia, singular precisamente:

“Entre las rocas de la costa alzada
se oye un extraño hablar de madrugada,
de gentes que en la noche vigilaron.”

Salpica el suelo la mar, las altas rocas, algún mástil de vela latina, y todo está alerta hasta por la mañana. Las mañanas de Orzola siempre son inéditas, veces de amables brisas sin alas, o en ocasiones con vientos yodados, que salubrifican y reconfortan. A mediodía es la hora de dormir, y unos dejan las portadas y otros sus barquillos, pero Orzola se convierte en una aldea bellísima, soleada y llena de cadencias del mar, porque a Orzola todo le viene del mar:

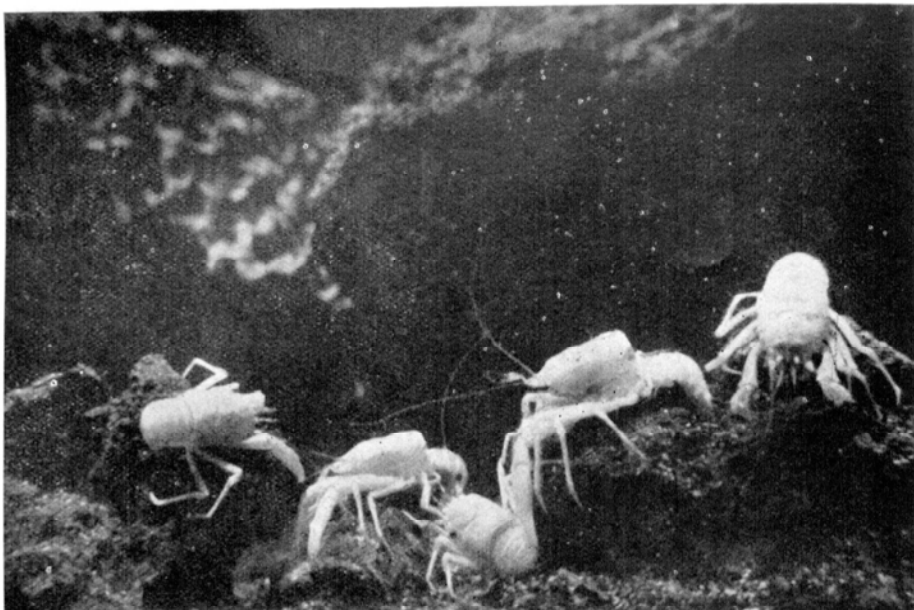
“¡Santo mar, fuerza nueva, agua querida,
adobo espiritual de nuestra vida,
campo siempre fecundo a la mirada!”



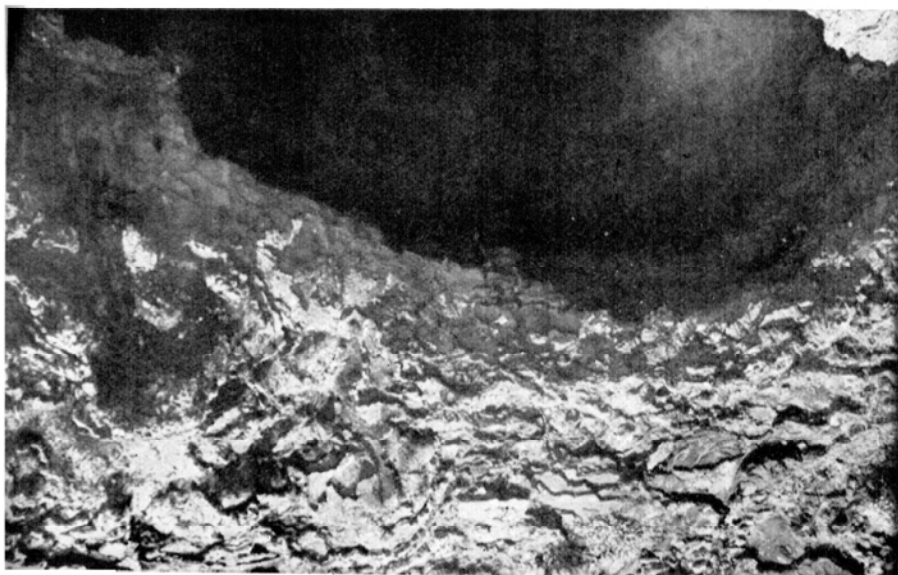
Diariamente individuos de todas las partes del mundo escalan el acceso a Los Jameos del Agua.



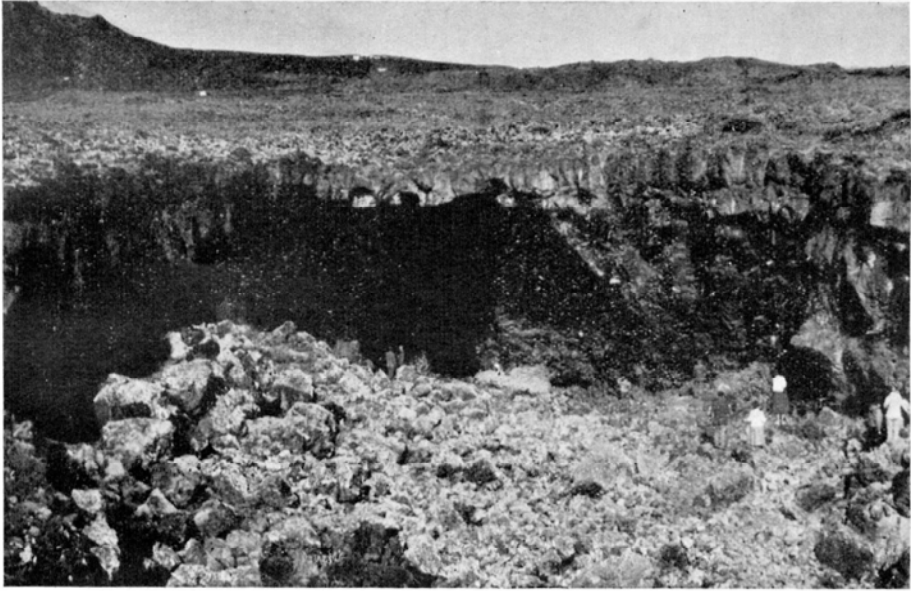
La encantada gruta de Los Jameos del Agua, de gran interés zoológico, que constituye el único hogar de animales marinos separados del mar hace milenios.



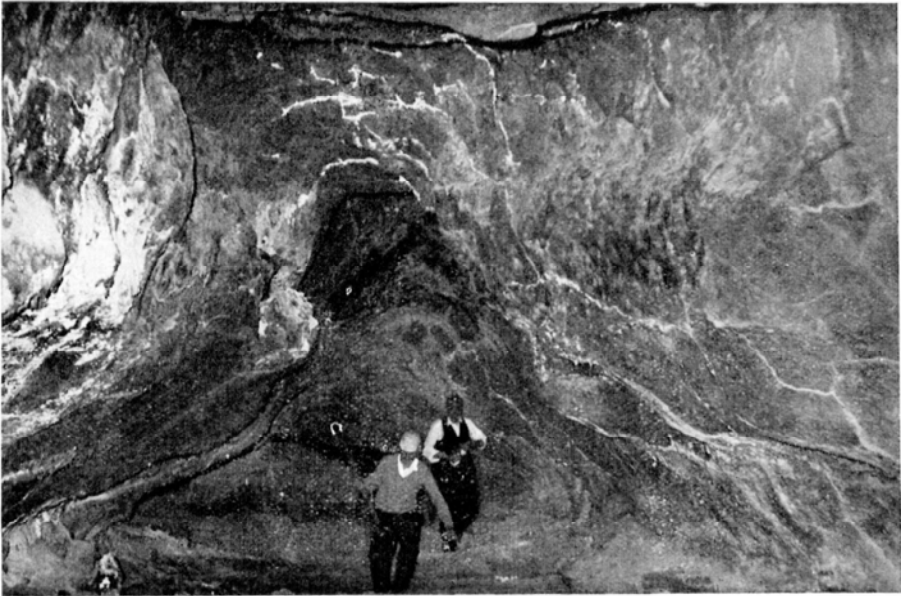
Excepcionales "munidopsis polimorpha", o langostinos transparentes, fauna tan sólo localizada en Los Jameos del Agua.



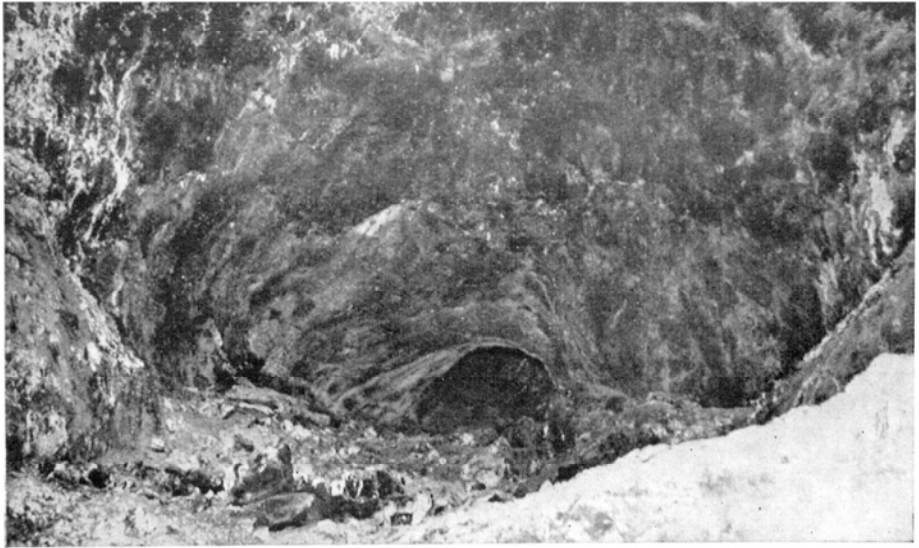
En las inmediaciones del "malpei", vesen multitud de curiosos "jameos", algunos de extrañas y complicadas formas.



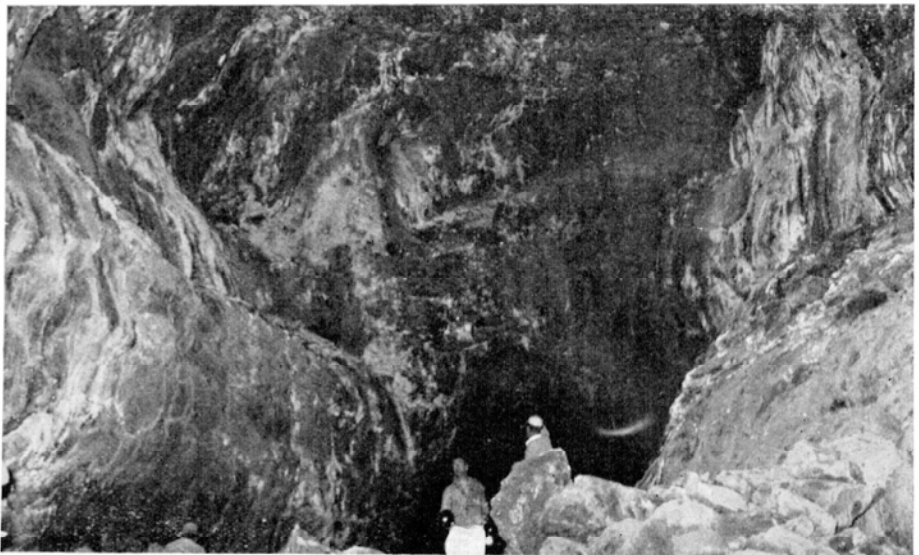
Impresionante entrada a la Cueva de los Verdes. (En primer plano, los grandes lastrones ocasionados por el desplome del tubo lávico).



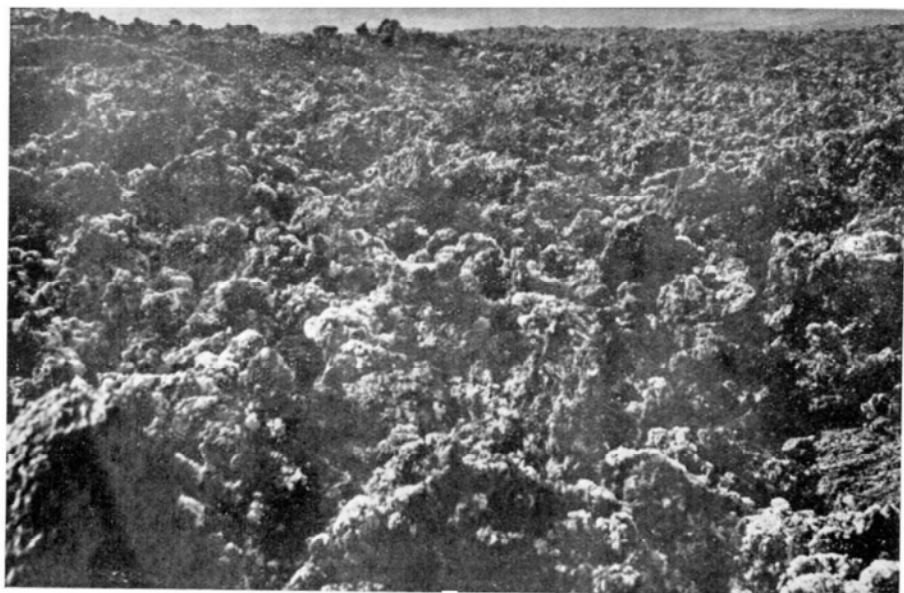
Interior de la Cueva de los Verdes, en su tramo primero, y cuya bóveda toma forma ojival.



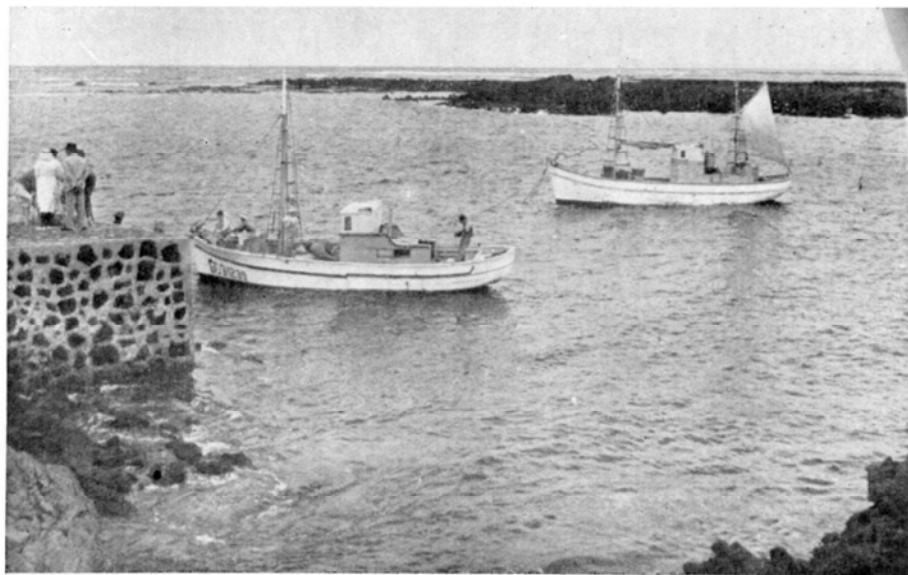
A 400 metros, y después de rebasar el "Pasaje de los Castilletes" se llega a la "Garganta de la Muerte", acceso por el que sólo puede pasar, a rastras, el cuerpo de una persona.



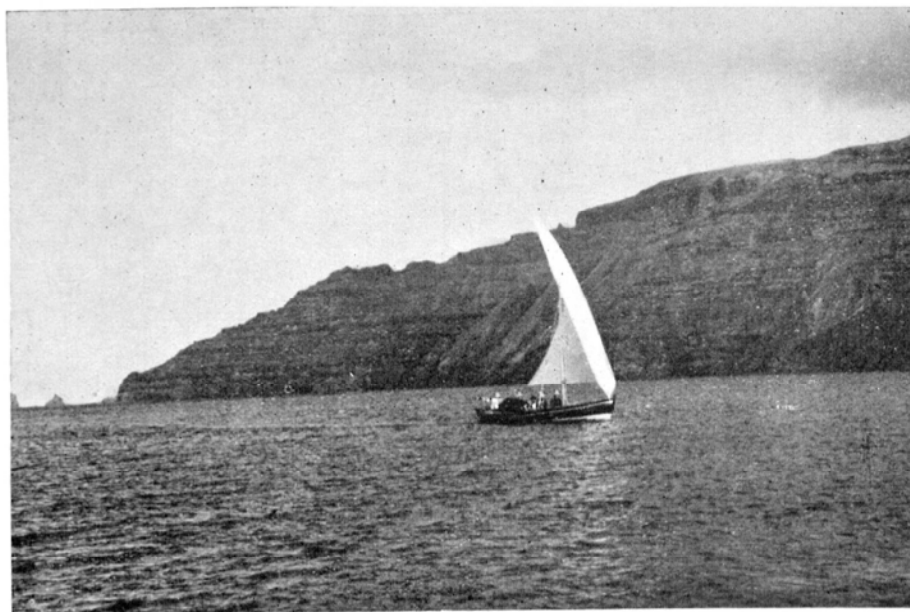
Ante el curioso e inquieto visitante se abre la tierra subterránea de la Cueva de los Verdes, para mostrar otro abismo de 16 metros de profundidad, en cuyo fondo se inician galerías de 1.200 metros y de 210 metros, todas cubiertas de altas bóvedas a modo de fantásticas catedrales.



Impresionante mar de escorias lávicas en el "malpei", hacia el puertecito de Orzola.



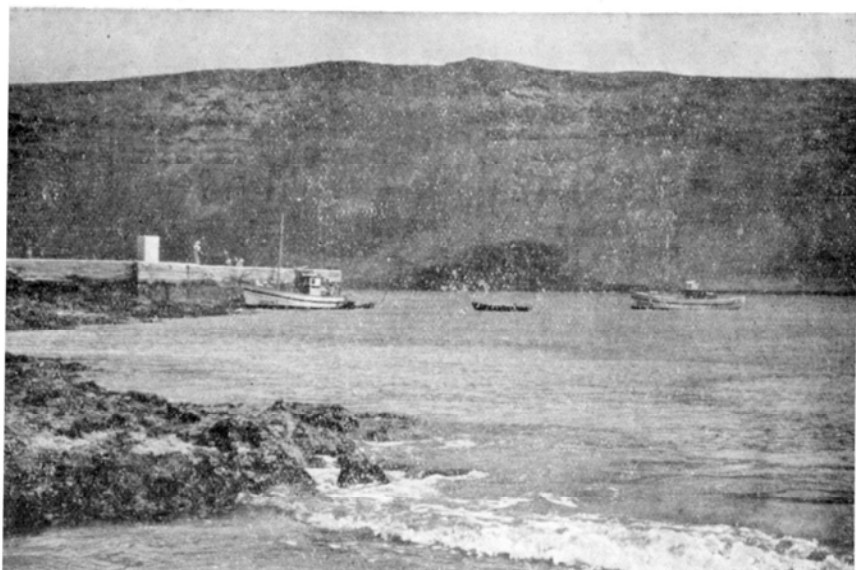
Formado por lavas antiqúisimas, el puertecito de Orzola es un seguro refugio y un pintoresco lugar.



Típica embarcación de La Graciosa que, después de rebasar la Punta Fariones y Farión de Afuera, navega plácidamente por el río.



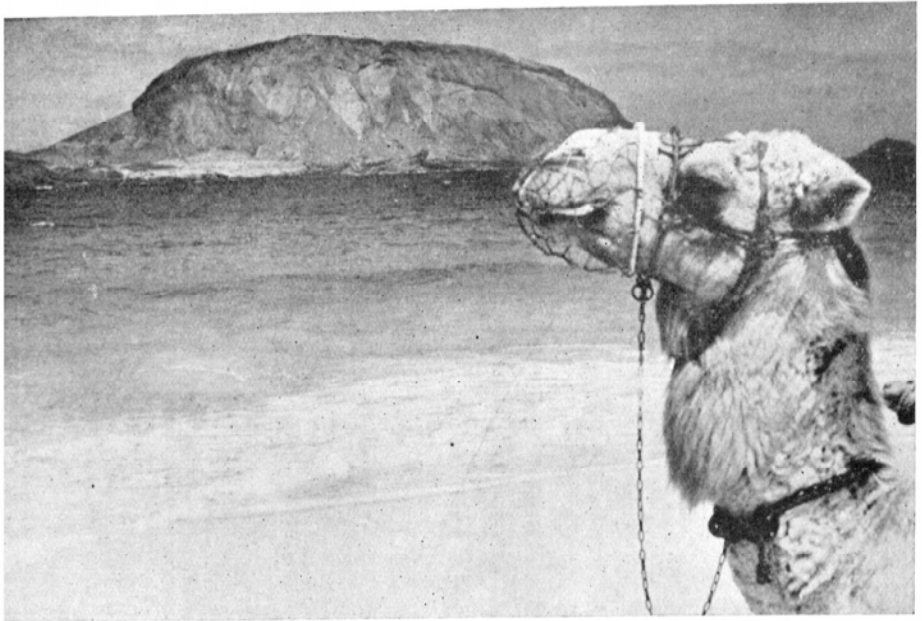
Sobre el muelle de la Caleta del Sebo, los "caballeros pescadores" proceden a la selección de la pesca.



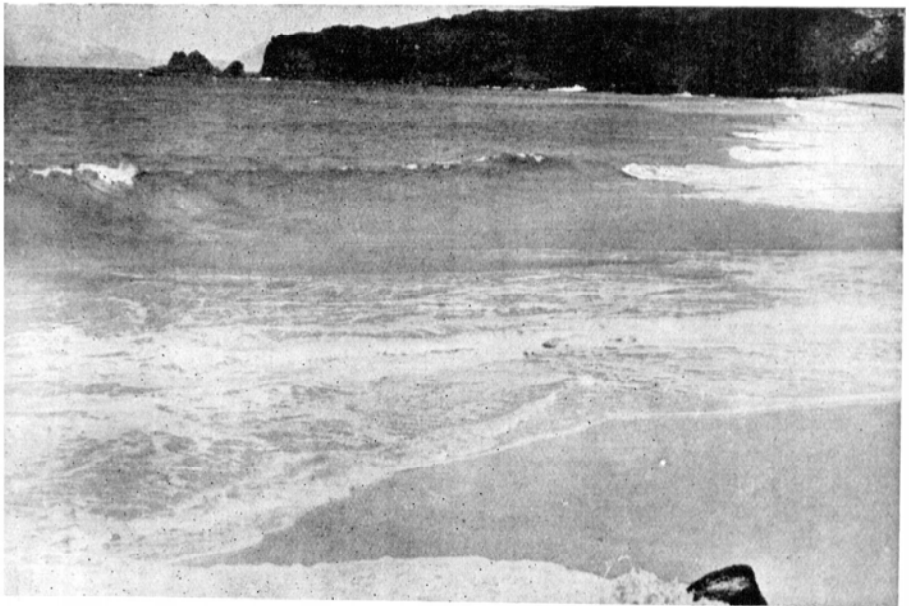
Vista de El Río, entre Lanzarote y La Graciosa. (A la izquierda el muelle de la Caleta del Sebo).



Salinar de Santa Coloma y playas de la Isla Graciosa.



Desde las faldas de la montaña Armida están, al alcance de la mano, las bellas islas de Montaña Clara, Roque del Oeste y Alegranza, entre las cuales son posibles todos los sabores del mar.



Preciosa y recoleta playa de Las Conchas. Al fondo las islas menores

ISLA GRACIOSA

CAPITULO XVII

De la Isla Graciosa y de los tesoros que esconde, del jardín y palacio de la bruja Armida, del almirante Pedro Barba y Campos, y de la merced de don Agustín de Herrera al Cabildo insular, y de la previsión social más hermosa del mundo.

Cruzar el brazo de mar que forma El Río, entre Lanzarote y su isla Graciosa, es como ir por sobre apacible laguna, pero con las ventajas de un paisaje marino inolvidable, porque todo el sabor del mar se respira y, además, porque estos apartados rincones tienen mucha historia. Según avanza la embarcación parece que el aire deja en la boca de uno un gustillo a ostras, haciendo que la lengua se nos mueva como si el propio jugo del preciado marisco resbalara por la garganta. Las “buenas mareas”, que en épocas invernales saben guardar avaramente su tesoro, muestran ahora por los acantilados apetitosos manjares, sin tasa e incluso sin peligro, dispuestos siempre al degusto del visitante tal cual sale de la mar. Por las orillas del Río se dan las famosas centollas, que tienen dentro de los buches un rico caldo de aromas marinos, y un sabor tan suave como el de las “clacías” de Punta de Fariones. Las aves náuticas pregonan sin descanso la abundante comida que la naturaleza prodiga por estas inmediaciones, rincón de mar antiguo que, a veces, toma un carácter sorprendente, cual solitario paraje desconocido y grandioso:

“Calma y serenidad, dulce concierto
de cuantas fuerzas en el hombre moran...”

Después de haber recreado la vista en la atalaya lanzaroteña, que semeja enorme palio de piedra, incalificable de bonita, cuyo pie tiene orla blanca y su mole cresterías majestuosas, se llega al pequeño muelle de la Graciosa, en la Caleta del Sebo, que relumbra sol por sus cuatro costados. El caserío de la Caleta del Sebo es una estirada fila de cubos blanquísimos, muy típicos y atractivos, con sus hombres endilgados de mahón impecable y sombreros de palma conoidales, enjutos y curtidos por la pertinaz garúa, y sus mujeres de ancha cadera haciendo mil equilibrios para llevar inmóviles las cestas de pescado sobre los rolos de sus cabezas, éstas tocadas asimismo por sombreras de trenzada palma, pero de alas menos caídas y más anchas.

El nombre de la isla Graciosa, dice Torriani, fue impuesto por don Juan de Bethencourt, a quien le pareció graciosa sobremanera cuando la avistó en 1402. Y es el ingeniero italiano, especial enviado de Felipe II, quien afirma que en la Graciosa representó Torcuato Tarso a Reinaldo encantado por la reina-bruja

Armida, cuyo nombre toma una montaña que está al poniente de la isla (1). Respecto al citado pasaje de "La Gerusalemme Liberata", XV, 42, reproducimos la traducción:

"En una de las desiertas hay un lugar retirado,
donde la costa se encorva y manda fuera
dos largos cuernos, y entre ellos oculta
una amplia bahía, y hace puerto un peñasco
que está cara a la costa y vuelto de espaldas al mar
y repele y parte las olas que vienen del piélagó.
Por ambos lados se alzan como torres
dos riscos que parecen hacer señal a los viajeros,"

Al parecer la bruja Armida prefirió su escondite de la Graciosa a la placidez y retiró del lugar, cosa que Torcuato Tasso corrobora en su cp. XV, 43, diciendo que:

"La dama en tan solitaria y quieta parte
entró, y recogió las velas tendidas."

El joven Reinaldo, guerrero predestinado, sin el cual no será posible la empresa de los Cruzados respecto a la liberación del Santo Sepulcro, desaparece del campo cristiano raptado por la bellísima Armida, bruja pagana que, si en otro tiempo fue su mortal enemiga, ahora está totalmente enamorada del soldado de Cristo, y se propone alejarlo de su divina misión con el fin de gozar con él un amor único en el más apartado rincón de la tierra. En la Graciosa, la bruja Armida supone que nadie llegará para arrebatarse a su enamorado, y descuida, en parte, sus poderes de encantamiento. Tiene en cuenta Armida que las olas del mar tenebroso continuarían impunes a la mirada de los navegantes, que por ninguna causa osarían pasar la misteriosa barrera del Océano. Mas, afanosa Armida de alejar de sí cualesquier peligro capaz de desfavorecer la felicidad que vivía con su enamorado, multiplicaba cada vez más las defensas de la isla Graciosa, que ya tenía un dragón y un león encargados de vigilar los accesos costaneros y entrada del palacio y jardín. Para asegurarse más aún, creó una fuente de agradable son, como aquel canto fatal que atraía a Ulises, cuyas aguas, tan pronto eran tocadas por persona alguna, hacíala estallar de risa hasta la muerte (2). La respetable antigüedad del poeta Tasso, nos indica que su época no sólo conocía la existencia de las siete islas mayores, sino también que supo de tres menores deshabitadas, y en una de éstas, la Graciosa, sucede la fantástica, pero conmovedora historia de la reina-maga Armida y de su enamorado Reinaldo.

El descubrimiento de América fue causa de popularidad para la Graciosa, pues las naves españolas, inglesas y francesas, que acostumbraban a dar la vuelta por este océano, echaban anclas enfrente de la isla encantada, de la que acaso conocían la descripción que el Tasso hiciera en su poema inmortal. Tales nautas, los más piratas y aventureros, desembarcaban en la Graciosa, por los siglos XVI y XVII, con el fin de limpiar los fondos de las embarcaciones, o arrancarlas debidamente, antes de adentrarse en la mar oceana. Tenían como otero principal la montaña de Armida, donde hacían observaciones para divisar alguna

(1) Siempre se llamó Armida, aunque haya degenerado en "Amarilla", nombre que vemos en mapas y en boca popular.

(2) Pomponio Mela: *De situ orbi*, III, 11, menciona la existencia en Las Afortunadas de una fuente que hace reír.

posible nave inoportuna, o para capturar los pequeños barcos de cabotaje interinsulares, que entonces iniciaban su comercio (3). Los isleños, a la recíproca, una vez comprobada la presencia de piratas en la Graciosa, cruzaban de noche El Río (4) y asaltaban a los navíos, no sin hacer la correspondiente matanza y botín de las mercancías, productos en general procedentes de las naos de Indias y de otras muchas partes de Africa, donde solían atacar aquellos desalmados.

La continuada presencia de aventureros en la Graciosa ha dado pie para que el vulgo afirme que en esa isla existieron varios tesoros escondidos, hasta el punto que ha habido multitud de excavaciones con el fin de hallar tales fortunas. Hasta 1820, asegura la tradición, se distinguía en la fabulosa montaña de Armida cierta señal que indicaba el lugar donde un famoso corsario había enterrado su personal tesoro. En la actualidad tal señal no existe, aunque hay quien cree que su misteriosa desaparición se deba, acaso, a alguien que en secreto rescatara dicha fortuna. Empero, los pescadores de la Graciosa, que son serios en extremo, continúan creyendo en las importantes riquezas escondidas por los piratas que antaño enseñorearon la isla.

La Caleta del Sebo, la capital de la Graciosa, está sobre una extensa playa de arenas blancas, moteada de matos, por la que da gusto ver la bíblica estampita de los dromedarios, cansinos y basculantes, con sus sillas de cruz, tras los cuales van el perro invariablemente, la lengua fuera, y las mujeres entre los animales, también cargadas, con hatos de leña sobre las cabezas. Al fondo del arenal se alzan las Agujas Grandes, y hacia el levante las Agujas Chicas, monumentos de escorias lávicas que precedieron a la formación de la isla.

En la Caleta del Sebo (5), vemos hacer unas operaciones que, al parecer, han precedido en muchos años a multitud de reglamentaciones sociales. Porque en la Graciosa la pesca se hace por zafras, saliendo los barquillos a la mar regularmente cada día, caso de no ser interrumpidos por malos tiempos, y los cotidianos productos de la venta se depositan en un arcón que guarda la anciana más caracterizada. Al cabo de la zafra pesquera se procede, previa convocatoria de los marineros, al reparto proporcional de los dineros acumulados en el fondo de la arqueta. En torno a la anciana hay seis hombres, un mocetón y un grumetillo muy niño todavía. La vieja, forrada su cara por pañuelo impecablemente blanco y tocada por clásica sombrero de palma, inicia el reparto, haciendo del dinero diversos montones: cantidades iguales para los adultos y para la conservación y entretenimiento del barquillo; montones equitativos, pero desiguales, para el muchacho y el niño... ¡Y hay más encanto aún! Montones de dinero, en proporción, para los compañeros que están enfermos y que no pudieron ir a la mar; otro montón para el desgraciado aquel, cuya navecilla zozobró a manos del temporal, y de ese modo contribuyen los compañeros a su recuperación. ¡Y por último, la más conmovedora escena, cuando todo está repartido y cada uno de su particular montón acerca al del enfermo unas monedas para ayudarle a la adquisición de las medicinas. ¿Es, o no, esto previsión social? La Graciosa practica ese culto a la caridad desde que su humanidad existe...

Que la isla Graciosa merece el sobrenombre de "la de las buenas costumbres", bien claro ha quedado expuesto, pero aún se puede abundar en dicho sentido: cuando un pescador se conquista a una chica casadera, comienza a construir su casa que, a veces, tarda en terminar dos años y, a veces, hasta una

(3) El siglo XVI es muy comercial para Lanzarote, que exporta a las Indias vino, carne, pescado y pez para las naves, según indicara Torriani en 1587.

(4) Entonces la isleta estaba deshabitada, y sólo en 1898 llegó a contar con 30 pescadores, que, eventualmente, vivían en chozas. Anteriormente, en 1888, don Antonio María Manrique se había trasladado a Madrid con el objeto de que el Gobierno le consintiera, de propia cuenta, poblar la isla Graciosa.

(5) Acaso el tópico le venga a dicha Caleta de la abundante grasa de pardelas y de cachalotes.

decena de ellos. Entretanto, los novios se muestran pacientes, aunque se miren sedientos y melosos, porque saben que sus convecinos, en día de temporal, cuando no puedan salir a la mar, les ayudarán en la construcción del nuevo hogar, y unos les traen piedras, otros el cemento, el hierro, materiales todos transportados desde el puerto de Orzola. Mas, las mujeres, con la novia, se van por la Punta de la Sonda, rebasando el pueblecito de Pedro Barba, hasta la playa del Ambar y la abrupta costa de Majapalomas, para "costiar" (6) por ver si la mar arroja alguna madera con que hacer puerta o ventana, siendo en ocasiones muy favorable la suerte.

Por la costa de la Graciosa se ven grandes cantidades de gaviotas y pardelas, que evolucionan en un cielo despejado y azul, como si con ello hicieran tregua con las olas, encalmadas y silenciosas. La pardela es un avecilla marina de menor tamaño que su congénera la gaviota, y su carne es muy apreciada por los campesinos lanzaroteños, además de que dicha palmípeda produce excelente grasa. En 1652 vemos cómo tal grasa es bien pagada para encender candiles y para engrasar los obenques de los barcos, que la demandan por su buena calidad. Sus huevos los ponen en agujeros o covachas de las rocas y para capturarlos los pescadores tienen gran destreza, pues les basta unas varillas que introducen en las cuevas, haciéndolas girar rápidamente hasta que el ave se enreda y sale prendida por sus alas.

En la Caleta del Sebo todavía se ven las ruinas de la poderosa empresa "Pesquerías Canario-Africanas", que hacia 1885 dio pauta a los famosos toneleros de Lanzarote, maestros indisputables de la "pipa" tan generalizada hoy. Se dice que la factoría quebró por obra y gracia del campante Silva Ferro, capitán retirado, que dio la puntilla a los accionistas, entre los que se encontraba el doctor Rubio Galí, el primero que en España ejecutó la operación de la ovariectomía. Dicho gerente y demás compinches, con tal de dar gusto al paladar, enviaban barcos al Puerto de La Luz en busca de cerveza, sin reparar en gastos ni sentir escrúpulo de clase alguna. Un individuo leal a los propietarios se propuso informarlos, pero no llegó a puerto... porque un temporal se lo tragó *per secula seculorum*, cuando paseaba sobre la cubierta del pesquero en que navegaba rumbo a Cádiz (7).

Llegar a la aldea de Pedro Barba, es repetir la visión que de la Caleta del Sebo tenemos, porque estos dos únicos pueblos de la Graciosa son iguales, como dos gotas de agua, humana y espiritualmente. Las costumbres son las mismas e idénticos sus sentimientos. Lo que sí choca es el nombre del caserío, alegre y blanco, como zureante paloma. Don Pedro Barba de Campos, almirante español, llegó a la Graciosa en 1418 para detener a Maciot de Bethencourt, acusado de vender indebidamente las Canarias (8), y por orden del conde de Niebla, que a su vez obedecía las consignas dadas por doña Catalina, madre de don Juan II. Las naos que amarraron en El Río fueron tres, pero sin aparato bélico, y sí pacíficamente como quien llega en cumplimiento de un acto de servicio, acabado el cual probablemente el Rey de Castilla aceptara la venta y, por lo tanto, la incorporación de Lanzarote y Fuerteventura a la Corona (9). Casi todos los historiadores de las islas Canarias hasta Viera y Clavijo consideraron a Barba de Campos como Tercer Señor del Archipiélago, pero hoy eso ya no se acepta debido a la luz que eruditos posteriores han proyectado sobre ese

(6) Costumbre arraigada en todas las costas lanzaroteñas.

(7) En 23 de agosto de 1876 fue otorgada la concesión de pesquerías en la Isla Graciosa a don Ramón Silva Ferro y, por R. O. de 23 de julio de 1899 se dispone la caducación de dicha concesión.

(8) Es éste un punto oscuro respecto al cual los historiadores no acaban de ponerse de acuerdo.

(9) La escritura se celebró en 15 de noviembre de 1418.

empeño histórico (10). La figura de don Pedro Barba fue en su tiempo tan notable, que Cervantes lo cita en el "Quijote", cap. 49, 1.^a parte. Murió ya anciano en el Puerto de Santa María, donde fue enterrado en el convento de la Merced, acaso por sus méritos de ajustador, siendo entonces necesaria la defensa de su tumba porque la gente pía llevábase la tierra de su última morada.

La isla de la Graciosa tiene además la playa de Las Conchas, tópico debido a la enorme cantidad de conchas marinas que hay sobre sus finísimas arenas, que se extienden desde Punta Gorda hasta Los Dioses, todos lugares pintorescos y exóticos, con sus plantaciones de cebada, amillaradas con la equidad más hermosa del mundo:

"Perdida en tanta soledad la calma,
de noche eterna el corazón cubierto,
la gloria muda, desalada el alma,
en este pavoroso desconcierto
se eleva la Razón, como la palma
que crece triste y sola en el desierto."

Todo en la Graciosa es como un milagro, porque a santidad y taumaturgia huele el caserío, y los hombres, y las mujeres... Los barcos, que a toda hora andan por el mar, siempre están como recién estrenados, lustrosos y dispuestos, porque por un sentido ancestral de la limpieza la gente de la Graciosa, pese al abundante acopio y al intenso laboreo, consigue que cuantas cosas le rodeen sean puras y limpias, como la noble estirpe de sus corazones.

Quizá, para salvar tanta belleza, el valiente y decidido Marqués de Lanzarote, don Agustín de Herrera y Rojas, hiciera merced de esta isla al patrimonio insular hace ahora cuatrocientos años.

(10) Además lo demuestra la información de Pérez de Cabitos y el testimonio de Ortiz de Zúñiga (Lib. X, pág. 319).

ISLA MONTAÑA CLARA

CAPITULO XVIII

De la Isla Montaña Clara y de su mar que tiene título de arquitecto, del más rico lugar en pesca submarina y de la merced de don Agustín de Herrera al marido de Ana Viciosa, de la Isla del Infierno y de sus tristes melochías.

Todo el Archipiélago menor de las Canarias es un testimonio vivo, pues, no en balde, de estas islitas parte la Historia de las mayores, y durante siglos fueron eje en torno al cual giraba todo acontecimiento relacionado con la conquista de Gran Canaria, Tenerife, La Palma y La Gomera, además de ser punto de referencia que concitaba, y concita aún, toda singladura en derechura al Nuevo Mundo. La isla Montaña Clara (1) mereció desde la antigüedad cantos de poetas inmortales, quienes como Torcuato Tasso refieren que era muy clara y luminosa, uno de los lugares más bellos y propicios, fantástico, asombroso, para sugestionar al visitante con sus maravillas inimaginables. El autor de *La Gerusalemme Liberata* la descubre así:

“ya parecía hacerse más baja
la primera isla, y subir la segunda”.

El Tasso se refiere, sin duda, cuando la Fortuna rebasa la isla de la Alegranza, navegando hacia la Graciosa para libertar al cruzado Reinaldo, preso de los encantos de la reina-bruja Armida (2). A la vista de Montaña Clara, que parece un emporio de luz, los jóvenes Carlos y Ubaldo, que son conducidos a las Islas Felices por la diosa Fortuna, preguntan a ésta si alguien más ha visto tales maravillas abrazadas eternamente por el Océano, y la Fortuna responde que no, que el mismo Hércules, una vez que exterminó a los monstruos del desierto líbico, tampoco osó aventurarse más allá de sus propias columnas. Sólo el valiente Ulises (3), que sentía en sus venas la fiebre del saber, pudo adentrarse en la Mar Tenebrosa, dejando sus habituales labores de cabotaje, pero las olas se tragaron su embarcación y pereció sin dejar referencias de lo que había podido ver y aprender durante su trágica expedición:

“Ma quei segni sprezzò, ch'egli prescisse,
di veder vago e di sapere Ulisse” (1).

(1) La isla se llama Montaña Clara y no “Santa Clara”, como afirma Abreu Galindo, 1, 9, pág. 52. Los habitantes de la Graciosa la llaman familiarmente “La Mariana”.

(2) Ver cp. XVII.

(3) El Tasso está de acuerdo con el divino Dante respecto al viaje de Ulises a las Islas Afortunadas

(4) *La Gerusalemme Liberata*, XV, 25.

Don Agustín de Herrera y Rojas, a finales del siglo XVI, hizo merced de Montaña Clara a favor del gobernador de las Armas, don Juan de León Monguía, hermano de la bien bragada señora doña Bernardina de Cabrera (5), más tarde esposo de doña Ana Viciosa, señora de Tinajo, que al enviar hizo venta de la isla a Marcial Martín, iniciado ya en el siglo XVII (6).

Pasada la mar chica, casi sobre las bajas de Majapalomas, hay que doblar la Punta Gorda, cocorota de la isla Graciosa, para cruzar el estrecho más rico en pesca submarina que cualquier otro lugar del Archipiélago canario. Montaña Clara es, indisputablemente, una hermosa islita blanca, un santuario del sol, con su medio cono volcánico emergido del mar, para estar siempre orlado por las olas. Más hacia el norte se ve otro islote escarpado y negruzco, que se llama Roque del Infierno, nombre dramático en el que queda prendida la leyenda, allí hecha oración propicia para su recinto vacío de vida. En la lontananza, como de color naranja, aparece la isla de la Alegranza, que muestra lapislázuli su morro de La Rapadura, cuya vida histórica ha quedado prendida a sus costas casi con minuciosidad de detalle, de hechos y personas.

Cuando se llega a Puerto Viejo, le embarga a uno la impresión de estar en una cala propia para refugio de aquellos románticos y misteriosos navíos piratas, que desaparecían de los mares sin dejar rastro de su paradero. De un momento a otro cree uno que aparecerá un viejo galeón, con su bandera negra de blanca calavera enarbolada, sin fanales, navegando silencioso, para arriar las áncoras hacia los fondos azules del caletón:

“el bergantín veloz
no se sabe si es mole o
fantasma precoz”.

Montaña Clara es un gran silencio azul, retiro que inquieta a las almas y aquíeta la contemplación. Montaña Clara hace volar la imaginación de quienes la visiten, porque su pura fantasía está incontaminada de la mentira aparente del impresionismo. Todo en Montaña Clara brilla por razón de un sol exacto, benigno y familiar, y acaso sea una más de las ilusiones de San Borondón, que no sabe del árbol ni del pajarillo, ni aguarda, como las tierras madres, el eterno germinar de la volandera semilla, porque su suelo es duro y lávico. Empero, sí sabe Montaña Clara de ese remanso que produce paz y alegría a quienes andan necesitados de ellas. Parece como si la preciosa isla, consciente de su propia personalidad, tuviera conocimiento de la cual cosa que hace olvidar las obligaciones, para dar ocasión de emprender una vida feliz y sosegada, soslayando cualesquier motivo que no vaya enderezado a la recuperación de energías y tranquilidad en las almas:

“A manera de un príncipe encantado
que vive eternamente prisionero...”

En Montaña Clara se le pone mucho amor a la noche, porque son noches para soñar, inmovilizando un poco la belleza de la luna, mientras se oyen llantos de niños, cuales son los grazmidos de las pardelas (7), procelarias nocturnas, que en días de tormenta parecen correr sobre las olas.

Montaña Clara es toda una obra de arte, pues no en balde el mar que la

(5) Véase Viera y Clavijo.

(6) A partir de esa fecha la isla Montaña Clara ha pasado de mano en mano, resultando por ello enojosa la relación de ventas.

(7) Procelaria Puffinus.

ciñe tiene título de arquitecto. Tiene forma de molusco fosilizado hace millones de años, aunque la isleta no pase de tres millares. Tiene cola, o su paradójica Punta del Agua, y cabeza con dos dientes a modo de tenaza, que se llaman Punta de la Camella y Entradero de los Conejos, donde se inicia una escarpa de 250 metros, toda cubierta de cenizas volcánicas. Desde esta altura puede admirarse el litoral totalmente festoneado por las olas, entre las cuales surge un dique de negro basalto, piedras redondas y del color de la oliva, así como numerosas bombas volcánicas y arenas procedentes de las antiguas explosiones que dieron origen a la isla. Afirmamos que el mar de Montaña Clara es arquitecto, y no erramos un ápice, pues a ese mar se deben las concepciones fantásticas, cuya mejor muestra está representada en el Charco Esmeralda (8), adonde entra el viajero asombrándose de la obra marina, que al trasluz parece hudiya y fantástica. El mismo mar, al trasluz, antoja estar sangrando por el esfuerzo de tallar tanta roca wagneriana, con sus cantiles escalerados de forma inverosímil, con sus senos claros, brillantes como nácares, con las enormes masas de espuma, o con sus olas remansadas, por las que uno espera ver el lomo plumizo de los escaulos asesinos:

“Estás en las serenas, en las puras
e ignoradas regiones de tu alma...”

Visitar, pues, estas formidables calas de Montaña Clara es contemplar una auténtica maravilla de las Canarias; es adentrarse en las regiones del alma, en un mundo misterioso, salvaje y original, sumido en las opacidades atlánticas, pero enormemente bello, donde el tiempo no cuenta para nada, ni se oye otra voz que la del mar, excelente cantor de infinitas constancias. Otras calas hay, sí, aparte Charco Esmeralda, como el Morro del Agujero y Cuevas Coloradas, donde las olas han tallado extrañas formas en las rocas, y el importante cantil de Punta del Agua, en forma de escalera, con tonos de sangre lívida, lugar encantador por su emplazamiento, sitio ideal para el visitante que busca emociones fuertes, y para el turista que guste de conocer cosas nuevas, o que dejen hondo recuerdo. Desde su cono rubio, del cual toma el nombre Montaña Clara, vese la atalaya principal de Lanzarote, cual altar de la raza aborigen a cuyo pie parece rezar, llena de heroicos recuerdos, la isla de los caballeros pescadores (9).

Los caballeros pescadores de Caleta del Sebo o de Pedro Barba, aparte de gobernar al mar, entienden mucho de alpinismo, y por esta última razón se vienen a Montaña Clara para hacer la zafra de la pardela. Tales marinos son muy ágiles escalando los cantiles, viéndoseles despreocupados en las posiciones más difíciles, con el fin de localizar los pollos de pardela, mientras porción de gaviotas evolucionan sobre ellos temerosas que roben a sus polluelos. Abajo el mar se rompe y se desflora como una primavera a la gris luz del alba, y todo parece indicar que en seguida saldrá de entre los senos azules un corro de nereidas, para hacer juegos tras los matorrales que crecen a la orilla, sin más aliento que el que les da la atmósfera salobre del Océano.

Todo el mar de Montaña Clara es rico, y en él se aúnan las ciencias, el trabajo y el deporte. La orografía del mundo submarino que rodea a Montaña Clara sorprende por su belleza, existiendo llanuras dilatadas y riscos imponentes, que los científicos, provistos de artefactos especiales para respirar y nadar, han comprobado durante sus vacaciones. También el mar de Montaña Clara

(8) Charco Esmeralda recibe su nombre del de la ilustre señora esposa de don José García Hernández ex-Gobernador Civil de Las Palmas.

(9) Don Telesforo Bravo llama así a los habitantes de la Graciosa, y nunca más feliz definición de tales marinos.

ofrece su dádiva a los pescadores, por la abundancia de peces de diferentes especies que lo habitan. Pero, quienes más gozan de este mar son los submarinistas, que se delicitán con la presencia de peces multicolores y de diversas formas, nadando a través de grutas, o descubriendo acaso raros ejemplares de la vida submarina. Los deportistas de fusil-arpón se regodean clavando meros de considerable tamaño, y que para ellos constituyen verdaderos trofeos.

Tiene Montaña Clara un segundo puerto natural, llamado El Veril, cuya costa es baja y con resguardo, por lo que casi siempre está convertido en paradero de gaviotas. Al Veril se va cuando, de peras a brevas, el mar se agita por Puerto Viejo, haciendo molesto el desembarco por allí. El paisaje de El Veril hacia el Llano del Aljibe es sahariano, con matojos sobre dunas de arenas volanderas, con las que el viento juega de vez en vez.

Cuando se deja Montaña Clara parece como si uno se llevara consigo parte de su tesoro, cual es la sensación de tranquilidad, sosiego y ganas de seguir soñando:

“Y sin que el aura devolverlo pueda
todo en reposo y en silencio queda”.

ISLA DE LA ALEGRANZA

CAPITULO XIX

De la Isla de la Alegranza y de su faro que tiene título de Adelantado de Europa, de la industria de la barrilla y de la pesca de pardelas, y del queso con agujeros de manteca.

Para ir desde Montaña Clara a la isla de la Alegranza (1) hay que navegar un buen tramo de mar abierta. Se hará el viaje a bordo de un barquillo de la Graciosa, adiestrado no sólo por la sabia concepción de sus líneas, sino, además, por la destreza de los caballeros pescadores. Estas embarcaciones son obras de arte, con sus tillas de impecable construcción, con su vela latina, y sus amuras desafiantes, agudas como cuchillos. Puede uno viajar en tales barcos, incluso ataviado de la más solemne etiqueta, porque la limpieza que a bordo existe parece indicar que tales embarcaciones no han sido destinadas nunca a la zafia faena pesquera. Más bien los barquillos de la Graciosa antojan ser naos de recreo, con sus marineros de vestidos aseados, muy azules, y sus sombreros conoidales que, a veces, emulan la luz solar entre las empleitas lustrosas. Ya regresen de la mar con noche cerrada, con lluvias y temporales, la primera ceremonia de los caballeros pescadores consistirá en limpiar sus barcos, que varan cuidadosamente hasta dejarlos acomodados en sendo lecho de piedra. Al día siguiente, el sol les descubre el aseo y, por eso, estos barcos parecen siempre recién estrenados, con sus vivos colores y sus nombres a ambos lados de la popa; son nombres propicios a la valentía, a la leyenda marinera, a la heroicidad: "El Audaz", "El Invencible" o "El Veloz". En verdad los barquillos responden a sus denominaciones, porque durante sus enconos con la mar son así de audaces, veloces e invencibles. Ni las grandes olas del temporal, ni las dificultosas distancias, que tienen que recorrer diariamente, pueden contra sus decisiones. Los caballeros pescadores se sienten seguros en sus barcos, y disputan al mar los tesoros que son menester para la economía de sus hogares. ¡Bien cierto es que el mar les cobra alguna vida como tributo!

Llegar a la isla de la Alegranza significa tropezar con el punto geográfico que, desde la antigüedad, consultaban los mareantes para hacer nuevos rumbos. Ocurría a menudo que los viejos capitanes se equivocaban de ruta, porque tomaban a otras islas por la de Alegranza (2), cosa que se fue corrigiendo hasta que, hoy día, la mayor parte de la navegación transoceánica enfla su amura hacia esta isla, y de ella parte hacia las más diversas rutas de América y Africa. El faro de la Alegranza, tiene título de Adelantado de Europa, y constituye una

(1) "Así nombrada por Juan de Bethencourt, dico Torriani, cuando la describió, por la alegría que tuvo de ver la tierra desenda". Idéntica explicación en Abreu Galindo, I, 9, pág. 52.

(2) Estas equivocaciones las padecieron más los portugueses que los españoles, verdaderos peritos en este mar.

vieja estampa marinera, pues su mole de piedra se alza sobre el salpicón enfurecido de las grandes olas, mientras que su luz resbala en medio de la noche para evitar la zozobra a los pesqueros y barcos de gran porte. Las noches del faro de la Alegranza son, las más, de mar en calma, largas noches con cielos empedrados de joyas, noches de luna blanca que tranquiliza el agua del mar hasta convertirla en azogue brillante. Pero, sin duda hay noches oscuras, con sinos de tragedia, interminables noches de grandes masas de océano y vientos altanos, en las que acaso el torrero sienta crujir los cimientos de la torre, fiel siempre, proyectando su luz auxiliadora:

“Y tú invisible te alzas, en tu frente
ostentando de fuego una corona,
cual rey del caos, que refleja y arde
con luz de paz y vida.”

Es una vieja estampa el faro de la Alegranza, con su escalera de caracol, la casita del torrero, con su mesa, su cama y sus libros de orden y materia difíciles. En esta torre el hombre podría ser un solitario, pero en la Alegranza hay dos familias de pastores que le hacen compañía. Por eso, quizá, los torreros que han pasado por esta isla no hayan sido filósofos y tallistas, aunque cierta vez uno clavara en los cantiles del Jablito una argolla, donde amarrarse para hacer la corriquia (3) desde tierra, entretenimiento arriesgado debido a las falsas condiciones del terreno. Dos torreros, a la vez, tuvo hace tiempo el faro de la Alegranza, que por causas ignoradas se enfadaron hasta el punto de no cambiar palabra alguna entre ambos. Para no verse las caras el uno entraba a su habitación por la ventana, y el otro, naturalmente, por la puerta que daba directamente a su cuarto. Las cosas oficiales se satisfacían con escritos silenciosos, o con muecas intencionadas. En fin, eran dos torreros, y tal índole lo explica todo, porque son héroes y casi monjes:

“Desde refugio de la airada suerte
de esta escasa tierra que presidéis...”

El torrero merece nuestro profundo respeto, porque gracias a su pericia el faro señala a los barcos aquellos agresivos escollos, la roca peligrosa, o la segura ruta del puerto:

“Sin voz hablando al tímido piloto,
que como a numen bienhechor te adora,
y en ti los ojos clava.”

Con motivo de la primera gran guerra visita el faro de la Alegranza el ingeniero don Francisco Gorrín, que estima que el viejo Adelantado de Europa debiera ser reemplazado por otra torre mejor acondicionada, pero el viejo cromo subsiste, algo amarillento por el tiempo, vigilando al océano y colmando a la isla de sugestivas evocaciones.

Fue un 25 de noviembre de 1926 cuando el crucero alemán “Enden” zarpó desde La Coruña hacia las Canarias y América, pero como por predestinación se detuvo un día alrededor de la Alegranza, localizando al cabo un banco arenoso que no estaba señalado en las cartas geográficas.

Alegranza, como las demás islas del Archipiélago menor, era propiedad del

(3) Arte de varear el pescado durante la pesca, en general nocturna.

primer marqués de Lanzarote, don Agustín de Herrera, que hizo merced de ella a favor de don Diego de Cabrera Leme (4), que más tarde la vendió a don Luis de Hemerando, de cuya sucesora doña Jerónima de Hemerando, la compró don Andrés Lorenzo Arias de Saavedra, en 1613, por diez mil ducados (5).

La fama de la Alegranza, sin duda, viénele de su posición estratégica, pues consta en clásicos autores que la gente marinera de la península ibérica y de otros puertos del Mediterráneo tenían gran conocimiento de esta atalaya canaria, adonde invariablemente se dirigían para hacer la ruta de Guinea y la Costa de Oro. La isla es como la de Gran Canaria, pero diminuta y sin vegetación, a no ser los matos silvestres que crecen en La Caldera, extinguido volcán de 287 metros de altura, que vomitó lavas en dirección al mar, hacia la parte brava de Punta Grieta y la Bajita, donde las olas baten furiosamente y las pardelas agudizan su grito, sordo y agrio, como soniquete de sinúmeros almuédanos. Esta parte de la Alegranza resulta algo ibseniana, con sus grises íntimos y su soledad eternamente quejumbrosa. Al sur está el cabo de La Moribunda, nombre de drama como la llanura de La Desgraciada, donde crece le hierba salvaje que mantiene al ganado a duras penas.

Poco más abajo de La Moribunda hay una cala que llaman de La Mareta, en cuyo cantil abrupto está la cueva de las mil maravillas, constituyendo un túnel navegable y en el que se hace posible la concitación de los colores más puros y distinguibles, fantasmagoría que el sol y la mar hacen, acaso, para preparar al viajero y disponerlo así para la contemplación de la laguna subterránea, repleta de bellas formas y variados matices. Casi sobre esta laguna está El Cortijo, formado por dos o tres casitas propias para los pastores y sus familiares, dedicados al plantío de cebada y maíz. Estas gentes sencillas y humildes viven en la Alegranza por y para el ganado, siendo el cortijero quien dispone y dirige las faenas, limitadas nada más que al cuidado de las reses y de la confección del queso. La tierra que cultivan es poca, sin más objeto que cosechar el suficiente grano para gofio y para sobrealimentar al ganado. Los pastores disponen, en El Cortijo, de una vieja tahona. Desde el caserío, tres casas no más, es fácil el acceso a montaña Lobos, llamada así porque en 1618 los moros, llenos de ruindad, introdujeron en la isleta multitud de chacaes, pero que no sobrevivieron al aislamiento. La montaña de Lobos no tiene esa mayor elevación, pero sí el Morro de la Rapadura, un cono perfecto, desde donde se ve la Punta del Trabuco, la de La Barqueta y Punta Delgada, en cuya cima está soberbio el faro, vigilando siempre las costas accidentadas. No resulta corta la andadura de la maleza, o llanura de La Desgraciada, porque es su porción media parte de la isla, como si fuera una pequeña pampa orquestada por el mar que embate los cantiles de Juan Moseque, por la Punta de los Mosquitos, o por el veril del Jablito hasta Punta Mosecos (6), toponímico éste en honor de los familiares de Juan Moseque, poblador de la Alegranza y pariente de doña María de Moxica.

La llanura de La Desgraciada es una dehesa importante, donde el ganado ovino y cabrío vive en libertad absoluta, sin más intervención de los pastores, que no sea la de amparar a las crías nacidas a la intemperie, o la de ir recogiendo, cacharra en ristre, la leche por donde haya ubre repleta. Fatua y descarada resulta siempre la pose del cabrío holandés, veces blanco como la nieve, y veces con manchas del color de la canela. Aquí y acullá las cabras triscan, mientras la

(4) Don Diego de Cabrera Leme fue gobernador de Lanzarote.

(5) Doña María de Moxica, en 1624, hace ruidosa demanda contra don Andrés Lorenzo Arias de Saavedra, por creer ser la legítima propietaria.

La isla de Alegranza pasó luego a manos de don Antonio Benítez, de la Orotava, siendo su actual y exclusivo propietario don Manuel Jordán Franchys.

(6) Es Mosecos, y no Mosegos, como se ve en algunos mapas.

bella estampa de los machos congoza en un paisaje de enanos verdes, pobres matas sietemesinas, que de tantas sales huelen a mariscos. El mar sigue mugiendo, y el sol cae de lleno, las gaviotas se recrean como magníficas planeadoras del espacio:

“Y ansiando descansar, siento el anhelo
de morir en el mar, con la esperanza
de que el sol, otra vez, me vuelva al cielo.”

Aparte de la industria del queso, Alegranza, que es también un posadero de pardelas, produce gran cantidad de esas procelarias, haciendo zafras de seis y siete mil aves, que cazan con largas varas de membrilleró en cuyos extremos engarban anzuelos de pescar. Son muchas las personas que acuden a la “pesca” de pardelas, siempre con el permiso del cortijero, y que animan la ínsula con la presencia casi continua de los barquillos y motoras en torno a la marina saturada de festones. Los caballeros pescadores de la Graciosa, que también acuden a la “pesca” de la pardela, suelen merodear por la Punta de los Mosquitos, con el fin de recoger algunos valiosos desperdicios que el mar haya depositado por allí. En otros tiempos, concretamente durante todo el siglo XVI, se recogió en ese mismo litoral gran cantidad de ámbar, procedente de las gigantescas ballenas que poblaban entonces el Atlántico canario.

La Alegranza es heráldica por naturaleza, soleada y brumosa, según sea el sitio desde donde se mire, porque a veces desciende hacia el mar, por La Moribunda y La Mareta, como un ascua luminosa, y veces parece que desde el mar se levanta, por Punta Grieta, para hacerse borrosa al difumino. De una forma, o de otra, Alegranza es lo primero que Europa ve en el horizonte cuando por estas rutas se aventura:

“¡Cuántos, ay, desde el seno de los mares
al lar los tornarás...”

VISTA DE GUATIFAY

CAPITULO XX

Del mirador o balconada de Guatifay y de los cien pozos salobres de Famara, del Oratorio primitivo y de la ermita de Las Mercedes, de una pretendida Base Naval y de la Batería cuando el asunto del Maine.

Sabido es que Lanzarote se alza verticalmente, por su cabecera, como divisoría de las islas menores del Archipiélago canario. El punto más elevado de Maoh está en esta zona de Famara, en las Peñas del Chache, 675 metros, aunque para la contemplación sea la Vista del Río un lugar de ensueños, desde donde se ve el mar abajo, como en abismo, guarneciendo playas, puntas e islitas. La balconada de Guatifay, que merece ser declarada sitio natural de interés nacional, causa especial sensación en quienes a ella se asoman, acaso, porque desde tan peregrino mirador se admira al océano en su auténtica plenitud, poblado por la más variada y maravillosa gama de colores irizados. Se ven playas blanquísimas, majestuosamente solitarias, llenas de dulce intimismo, y rocas lapislázulis precediendo a los cráteres perfectos, coronas volcánicas, de un mundo exótico y liliputiense apenas emergido sobre los hombros de Atlas. La vela latina, henchida al sol, relumbrante, deja entrever el tipismo de los barquillos rumbeando caprichosamente encima de la tersura azul de las aguas, tan tranquilas que parecen remanso de laguna.

Llegar al pie de Famara, procedente del Archipiélago menor, significa algo tan hermoso como recordar la contemplación de las isletas, pequeños mundos distintos, engarzadas al panderero azul, con sol y horizontes nítidos, para disponer al espíritu, ya ejercitado, a la visión perfecta de una gran mole piramidal, que no otra cosa es la famosa crestería de Guatifay. Antes de escalar este balcón natural, todavía hallará el viajero sorpresas como la de ver a varios hombres, dramáticamente adheridos a los cantiles, o colgados de gruesa sogas, cual riesgo circense, que con ágil maniobra de equilibrio y palanca hurgan las covachas para cazar pardelas, sin miedo al abismo que se les abre bramando bajo los pies, ni a los sanguinarios alfaneques que merodean engodados por la pollería procelaria y llorona. Hacia los Fariones está la fuente de Aguza, donde siempre bebieron los caballeros pescadores, en torno a la cual han crecido las junqueras con que los hijos de La Graciosa confeccionan sus pintorescos “valallos”, labor de cestería, de verdadero renombre en la artesanía insular :

“El niño trezaba sogas,
la madre pone el puchero”.

Supónese que sea de Famara la parte primera que emergió de las entrañas

submarinas, hace varios milenios, a causa de las graves explosiones que originaron a la Isla de Los Volcanes, cuyo vestigio más importante está constituido por este semicráter que forma la dicha crestería. Este soberbio risco de Famara, con grande pronunciamiento y bravura, es todo basalto que desciende a pico sobre el mar desde una altura no inferior a los 400 metros.

El pie de Famara fue siempre un importante estacionamiento pastoril, y constituyó un problema humano. El agua que se filtra risco abajo obligó a los primitivos pastores a la vida trashumante en torno a esas fuentes como la de las Palomas y de Aguza, espontáneas y únicas en la actualidad. Por eso, los "majos" de Lanzarote dejaron en las inmediaciones claras huellas, representadas por la gama de cerámicas de diversa época prehistórica, e incluso de modelaciones más recientes (1), por lo que su clasificación exige cariño y cuidado. La existencia de agua, en una isla que no la conocía sino de lluvia (2), dio lugar al éxodo de los aborígenes hacia Famara, continuando la trahumancia hasta casi nuestros días, mientras se abrían pozos y más pozos junto al mar (3) para abastecer, en todo tiempo, a las tardas caravanas de dromedarios vagantes por el paisaje llagoso y reseco, como lengua de desierto. Así, durante siglos, fue transportado el oro linfático a los más apartados rincones de Lanzarote. Con el devenir se hicieron perforaciones, importantes galerías, que manan en la actualidad suficiente remedio para las necesidades de la isla. Una de las galerías parte en dirección a la ermita de Las Nieves, y otra hacia las Peñas del Chache, en cuyo cruce se abrió un pozo de 70 metros de profundidad. La distancia de los yacimientos acuíferos, incipientes aún, ha dado lugar a una red distribuidora que, como una enorme tela de araña, alcanza y enhebra a los pueblos sedientos. El 27 de junio de 1953 la isla de Lanzarote celebraba la Fiesta del Agua con actos emotivos que, si no fueron aparatosos, sí resultaron emocionantes para un pedazo de mundo sometido siempre, respecto al agua, a restricciones infrahumanas (4). Como testigo singular quede "Guito", pregonero:

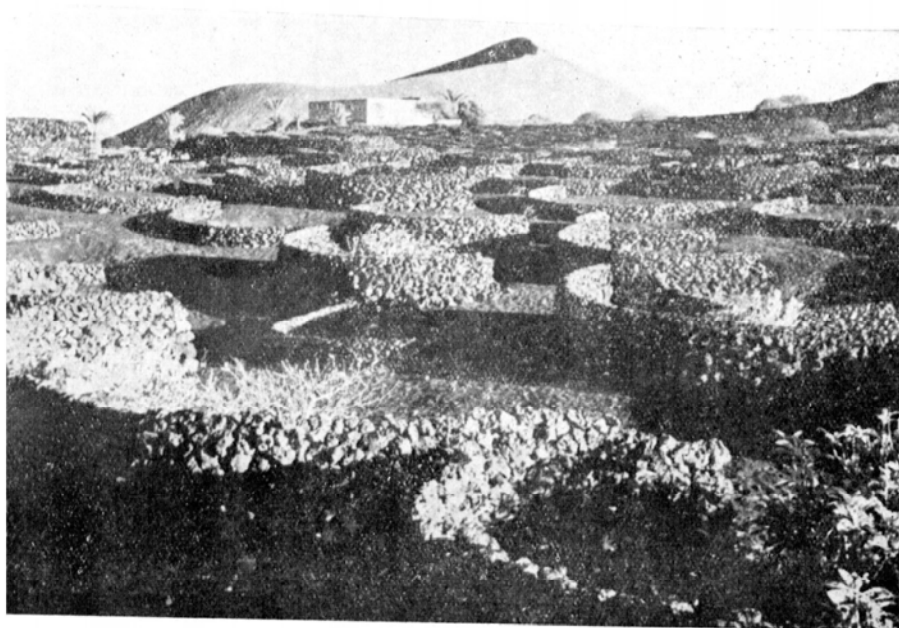
"Hubo el sábado en el pueblo
una gran festividad
"pa" celebrar la llegada
del agua a la capital.
Desde por la mañanita
nos dio la Banda una diana
con cohetes, voladores,
y repique de campanas.
Después hubo una comida
—sin aspavientos ni lujo—
para premiar el trabajo
de los hombres de Corujo

(1) Los doctores y arqueólogos Zeimer y Serra Rafols parecen no creer el supuesto de una aldea primitiva en los bajos de Famara.

(2) "Plinio, con la autoridad de Seboso, pone junto a la isla Capraria (Terteventura) a la Pluvialia, que es la séptima habitada, eso es, la que llamamos Lanzarote, porque es cierto cuanto él dice, que en aquélla no hay más agua que la que llueve".—Leonardo Torriani, op. II, pág. 10. Cioranescu.

(3) Tales pozos se abrieron en las inmediaciones del "Cortijo del Rincón".

(4) La búsqueda del agua ha sido constante en Lanzarote, y su resultado óptimo en el barranco de La Poeta, donde llaman "Rincón de la Paja". Ultimamente se busca agua por toda la isla, con rigor científico, empleando la "radio-varilla sonda" que, al parecer, detenta capas de agua en determinados lugares, como Los Ajaches y declive de Temisa. El cabildo Insular realiza en nuestros días un Plan Hidráulico, por un valor de 100 millones de pesetas, a cuyo término pudiera quedar resuelto el grave problema del agua en Lanzarote.



El hombre del norte insular, luchando contra el viento, construye innumerables socos para las viñas e higueras.



Recogida de papas en Ye.



El volcán de La Corona y el pueblo de Máquez que parece, por su cercanía, una prolongación de Haría.



El hombre del norte insular fabrica sus labrantías y trepa hasta las montañas más altas.



El palmeral de Haría otrora incendiado por los arraeces.



Patatales de Haría en plena producción.



El valle de Haría cantado por cuantos poetas lo vieron.



Un rincón del bello oasis de Haría.

Comida también, servida,
para consuelo del mal,
a los enfermos y heridos
del Asilo y Hospital.
Y como remate digno
de estos festejos locales
hubo pasco en el muelle
con fuegos artificiales.”

Al poco de andar por esta garganta de Famara, tan marina y prodigiosa, donde no es rara alguna planta nueva para las ciencias (5), observa uno que sobre La Punta, tras la cual están los salinares de Santa Coloma (6), hay la silueta de un individuo agitando una vara de “bobo” (7), en cuyo extremo flamea sendo pañuelo blanco. Está transmitiendo una noticia, probablemente para que venga un barquillo con la familia de tal cual enfermo, anteriormente transportado al Hospital Insular de Arrecife, porque la cosa es grave. Estas señales son, en extremo curiosas, porque sea en noche negra, o en día soleado, llegan a su destino con claridad meridiana. Para comunicar con la isla Graciosa (8), si es de noche, se enciende una fogata, caso de ser leve el contenido de la nota, mas un mensaje urgente será comunicado mediante dos grandes hogueras, y con tres si lo que se quiere decir tiene visos de fatalidad. En este último caso toda la isla Graciosa se pone en pie, y no queda varón que no acuda con su barquillo para ofrecer sus desinteresados servicios a los dolidos.

Para escalar el risco de Ramara hay un camino que llaman “del Obispo” porque hubo uno decidido y valiente que bajó y trepó por la escarpadura con la facilidad de una cabra. Pasma ver a las mujeres cómo suben sin agobio, haciendo mil equilibrios con las cestas que portan rebosantes de meros, samas y viejas, que van a vender a los pueblos más inmediatos. Al fin se llega a Las Rositas, desde donde puede uno ver el cementerio de los camellos, cuyos esqueletos quedan adoptando la pose varia y difícil de sus postrimeros esfuerzos por sobrevivir. Tal cementerio consiste en una esplanada de cara al abismo, con acceso dificultoso, pero de imposible retorno. Allí conducen los campesinos a sus viejos dromedarios, haciéndolos bajar, para que se mueran llegado su tiempo. Bordea uno la Vega Chica, a la vista de Ye, y se encamina hacia la balconada de Guatify, o vulgarmente La Batería, ésta construída en 1898, cuando el vidrioso asunto del “Maine”, que determinó al Gobierno español a reforzar la costa de Lanzarote, enviando desde la Península cuatro cañones de carro, que llegaron a La Batería remolcados por yuntas desde el Puerto del Arrecife. Se colocaron sobre una rústica balaustrada con las bocas enfiladas sobre El Río, y a 20 metros se fabricó un sótano para almacenar las municiones y dos viejos morteros (9). No cabe duda que, aparte de su belleza natural, la Vista del Río tuvo siempre marcado interés castrense, pues durante la segunda mitad del pasado siglo y principios del presente prestigiosas personalidades de la política y de la estrategia hicieron hincapié respecto al interés militar de una Base Naval en El Río.

(5) En 1949 varios científicos encontraron flora muy interesante, que calificaron de “nuevas para las Ciencias”.

(6) Tal noble Casa no es hoy propietaria de las dichas salinas, pero desde hace más de un siglo se viene llamando así a ese paraje.

(7) *Nicotiana Glauca*, muy estimada por los campesinos, ya que estimula la puesta de las gallinas, si bien para otros animales resulta nociva y puede producirles la muerte.

(8) En la actualidad tiene estación radiotelegráfica.

(9) De lo que fue La Batería nada queda hoy día, aunque en las inmediaciones, hacia Las Rositas, se proyecta edificar un soberbio mirador, o balconada turística.

incluso la Junta Técnica del Ministerio de la Guerra lo asignó en 1902 como "seguro refugio de nuestra Flota en el Atlántico". El 16 de abril de 1903 el Ayudante de Marina, don Francisco Aragón, hace pública réplica a un suelto que afirmaba la nulidad de El Río como Base Naval, y don Aquilino Fernández, trece años después, eleva un largo informe al Capitán General de Canarias, para que prestara atención a la importancia militar de dicho lugar. Por si fuera poco, el 7 de agosto del mismo año todos los alcaldes de Lanzarote envían respetuosa instancia común al señor Presidente del Consejo en súplica de la construcción de una Base Naval en El Río, habida cuenta el amplio informe que don Gabriel E. Ferrer remitiera al Primer Ministro, por mediación del señor Mauresa, residente en Madrid. Y ahí quedó la cosa.

El célebre P. Quirós comenta que Juan de Bethencourt "hizo nueva navegación a las islas, y aviendo ganado la de Lanzarote, hizo su morada en ella, de donde comenzó a conquistar las islas de Fuerteventura, Gomera y Hierro, por ser menos gente y más fáciles de conquistar. En esta jornada trajo el dicho caballero Juan de Bethencourt algunos religiosos de vida ejemplar y santa, de la Orden de nuestro Seráfico padre San Francisco, para convertir a los idólatras a la fe de Jesucristo, y predicar el santo Evangelio, confesar y animar a los del ejército". Parece ser que aquellos misioneros, que cita el P. Quirós, buscaron un lugar muy pobre, apartado una legua del fuerte militar, "llamado de Famara —dice el cronista—, donde con favor del dicho caballero Betancur edificaron un pobre Oratorio, para celebrar los cáncios divinos y darle el tiempo desocupado a la santa oración. De Famara (como dice el elocuentísimo Crisóstomo de los Macabeos) salían como leoncillos generosos de sus escondrijos y cuevas, buscando a los sanos, que es a los que ya habían recibido la fe, para predicársela y curarles de sus enfermedades, y reducirlos al estado de gracia..." (10). Acaso Quirós se refiera, bien por error, o porque cambió las fechas, a las misiones llegadas hacia 1416, en que se fabrica en Famara una ermita bajo la advocación de N. S. de las Mercedes, y que a partir de dicho año disfrutaron los franciscanos Pedro de Pernia, Juan de Baeza y otros, que no fueron, por descuido, identificados (11). Todavía hoy se ve el lugar donde estuviera la ermita, señalando por una cruz que lleva la siguiente inscripción: "Respetad este lugar por su tradición religiosa".

"de años cientos
templo antiguo ya ruinoso
cercado de matorrales
tiene asiento."

Cuando desde esta mole alzada se mira sobre el mar, sobre las minúsculas superficies del Archipiélago menor, y se piensa que son testimonio histórico, concentraciones de virtudes, sin apenas trascendencia, áreas de tranquilidad encima de las olas, siente uno como si de esos altares atlánticos se elevaran preces inmortales. Abajo la azulada lengua del mar inmóvil antoja un lienzo caído del cielo. El sol deslumbra en nítida atmósfera...

(10) El P. Quirós, Lib. I, cap. II, págs. 8-9, no dice la fuente de donde tomó esos datos acerca de los misioneros franciscanos, pues a tales no los menciona "Le Canariem", escrita por un testigo presencial y además religioso.

(11) Cfr. Zanzunegui, "Orígenes de las Misiones en Canarias" (Apéndice).

Y E

CAPITULO XXI

*Del pueblo cumbbrero de Ye, y de sus vecinos que hablaban "latín",
del viejo volcán de La Corona y de las medias lunas de piedra,
de la vida pastoril y de la cartomancia ambulante.*

El paisaje de la cima de Famara, tierra adentro, hacia el altozano de Ye, se despliega en repetidas escenas de intensa emotividad. Sobre esta altiplanicie abrupta, holgada y espaciosa, cruzan barrancos y torrenteras por complicadas anfractuosidades, entre las que el sol se recrea constituyendo la mayor riqueza del país. Hacia el confín de los Fariones, más allá de la Vega Grande y del Valle de Fuente Dulce, se ve a las Peñas de Andía, acaso así bautizadas por Shanti, el endiablado marino de don Pío Baroja, cuando después del hundimiento del *Dragón* hizo forzada singladura sobre el mar de Lanzarote (1). Las Peñas de Andía son rocas que llegaron a este pretil insular empujadas por furias lávicas y que ahí quedaron sin raíces, como trágicos oteros. En el centro de la accidentada cima de Famara se alza el gigantesco bibelot que es el volcán de La Corona, cónico y perfecto, en cuya mole se cuelga La Torrecilla del Apareo, en otros tiempos suntuosa majada donde se fecundaba al ganado. Al amparo de este volcán se cobija el caserío de Ye que, al contrario de otros comarcas, no se halla bajo la advocación de ningún santo (2).

Ye, diminuto, pobre y recóndito, es un pueblo original. Su gente parece que anda sobreviviendo en la lejanía, agobiada de nostalgia en medio de los cerros y mamelones circundantes, porque sabe que muchos se han de ver obligados al abandono del suelo entrañable para ir por otras tierras en busca de mejor fortuna. Pero el hombre de Ye siempre retorna al lar querido, y por eso se le suele colgar el sambenito de que "sabe hablar latín". Lo que pasa es que en Ye, tal cual, se considera gente de mundo, y cuando abre la boca lo suele hacer para dejar salir la misma majadería: "Cuando yo estuve en Las Palmas..." o "Usted que sabe del mundo, mi niño". Tal experiencia en mundología se debe a que, desde finales del siglo pasado a principios del presente, los vecinos de Ye emigraron al Puerto de La Luz para hacer su "venezuela", como hoy se dice. Eran los tiempos preciosos del jornal cosmopolita, cuando en el Puerto de La Luz las compañías extranjeras necesitaban mano de obra para suministrar carbón y agua a los grandes barcos de entonces, cuando las *chatas* y gabarras no daban un paso sin la corte segura de centenares de hombres. Parte de esos hombres eran de Ye, los cuales una vez en casa hablaban de muchas cosas, entre

(1) Ver Pío Baroja,—"Las inquietudes de Shanti Andía", Lib. IV, cap. VII, pág. 180.

(2) Los vecinos están divididos en este sentido, pues mientras unos quieren a San Francisco, el de los pajaritos, otros desean por patrono a San Antonio, el de los panes. Don Enrique Dorta Afonso, apóstol del norte insular, en colaboración con el pueblo, levanta actualmente una iglesia en Ye.

otras, como se ha dicho, "latín". Son estos individuos presuntos sabios, que por graciosa simpleza de todo saben sin saber de qué; empero, los pastores de Ye, los que nunca han salido de la tierrilla, parecen hombres-relicarios de virtudes y de las más bellas tradiciones. Imitan el canto meteorológico del alcaraván, pájaro nocherniego que les anuncia el estado próximo del tiempo; conocen las encrucijadas más remotas y son dados al monólogo interior, por cuya alma cruzan espeluznantes episodios de fantasmagorías y supersticiones.

¡Qué escenas pintorescas se han representado por las medianías de Ye, entre los sagrados durazneros y tunerales galletones! Bastaría mirar una sola vez para alcanzar en plenitud lograda la esencia espiritual de este pueblecito negruzco, que parece camuflado entre los mamelones que le rodean. Sí, en Ye, se practica la superstición en extremo. El diablo, ese enemigo del hombre, se suele ver en Ye bajo diversas formas: veces como un árbol empinado sobre cualesquier altura, otras habitando un perro, y las más dentro de los humanos cuerpos. El hombre de Ye, en particular su hembra, se defiende del demonio echando su suerte a las cartas, cosa que los jarandinos ambulantes aprovechan para endosarles además algunas gangas y badulaques.

El pueblo de Ye, negruzco, con grandes senos ocres si el sol le da fuerte, tiene casi todo su territorio dedicado a la vid, pero de la cual poco cata el diseminado caserío. Las viñas de Ye son propiedad de gente diversa que no vive en el pueblo, pero cuyas fincas brillan de puro cuidado. Son interesantísimas las sabias defensas para contrarrestar las fuerzas del viento, empleando auténticas medias lunas de piedra negra, geométricos socos, sobre las cenizas negras que cubren la tierra, y que hacen más sobresaliente el verde quemón de las vides, cuya cepas se extienden y se anillan como raras y caprichosas culebras. Las hojas de las parras se mueven con arpegios de abundante alegría, entretanto en cualesquier cercana lejanía vese a los grupos de cabríos y cvinos triscando las humildes florecillas del suelo montaraz. Estos ganados producen el buen queso de Ye, cuya fama se confunde con el de Los Lajares, que sabe al gusto de la almendra, como acontece con el del Cortijo de Orzola.

En Ye no ha entrado todavía la manía de la "radio" y sus majaderos seriales, porque a las mozas se les ve llenas de afanes y de cara a la tierra. Las mozas de Ye no se olvidan de las dulces canciones, isas y folias, de sus abuelas. Narran en corros tarderos, delante de alguna puertecita, o en algún amplio patio, las viejas leyendas que no quieren matar en aras del tiempo, conservando así sus supersticiones, su folklore y su modo de procurarse un entretenido modo de ver la vida:

"A su sobrino, que lo escucha atento,
mi hermana dice el pavoroso cuento,
y mi otra hermana la canción modula
que, o bien surge vibrante, o bien ondula
prolongada en el viento."

El pueblo de Ye, negruzco, diminuto y pobre, antoja una de esas aldeas montaraces que subsisten a través de los siglos como manifestación de vida común, de profundo amor a la tierra y a sus particulares modos de entender la vida y las costumbres.

M Á G U E Z

CAPITULO XXII

Del peregrino absentismo de Máguez y del miedo que sienten sus hombres por el futuro, de la sabrosa patata de Navidad y de la alfalfa milagrosa.

Desde el caserío de Ye al pueblo de Máguez hay un buen tramo montuoso, que encarna la delicia más apetecida por el viajero. Los paisajes cambian continuamente, verdaderas maravillas de color y matices según las horas del día. Por esta comarca norteña, a la que hace más de trescientos años llegaron los moros para razziar impunemente, se ven edificaciones de típica construcción mozárabe, viejos y solariegos edificios que aguardan al historiador de la arquitectura mora-cristiana de Lanzarote.

Dejando tras sí al volcán de La Corona, que ahora se destaca trágicamente, llega uno a las Peñas del Agne, cuyas extrañas resquebrajaduras parecen prontas a deshacerse a la menor brizna de viento. Desde estos cerros tortuosos, desiguales, se ve la tierra como un gran Belén de paz y tranquilidad, no sin algo de misterioso deleite al contemplar en la lejanía un mar de ensueño, profundamente azul, en el que rebaños de nubes blanquísimas parecen pastar. Cerca verdean las laderas de Los Helechos, y la montaña de Los Llanos traspone desnuda, gris-azulada, hacia el mal país de Máguez, que se inicia con las tristes Peñas de Los Cardos. Y al fondo, acá de la costa de Poniente, casi paralelo al riscadero del Gallo, se abre y se despereza el blanco caserío de Máguez, que acaso no sea hoy más que una prolongación del bello pueblo de Haría. Llegar a Máguez sorprende por la verdadera explosión vegetal que lo abraza. Todo parece estar impregnado del verde primero, suave, fresco y uniforme; toda la labrantía se alinea según el acabado trazo de los testes, que van trepando lomas y laderas con inverosímil agilidad; todo en Máguez es un canto a la geometría hecha surcos, o trazos rectangulares, o semicírculos perfectos, mientras la tierra antoja estar invadida de alegres y fecundas promesas. Entre montañas se ven los frutales, y árboles añosos, entre los cuales hay abundante caza de perdices, y viejos rumores que hablan misteriosamente de las sangrientas rapiñas llevadas a cabo por los moriscos, que por estas alturas lanzaroteñas se hicieron fuertes contra las reducidas fuerzas de don Agustín de Herrera, gran cristiano y excelente castigador de los infieles. Se dice que el valiente Marqués de Lanzarote, entre el estrépito de alfanjes y cimitarras, cantaba báquicas canciones para estimular su peculiar y alegre valentía. Las viejas consejas de Máguez proclaman que prestando gran atención puede oírse todavía, taumatúrgicamente exhumada, la cantiga de don Agustín:

“Los soberbios alcázares alzados
 en los latinos montes hasta el cielo,
 anfiteatros y arcos levantados
 de poderosa mano y noble celo,
 por tierra desaparecidos y asolados
 son polvo ya que cubre el yermo suelo...”

Si bien es verdad que tales versos pudieran haber sido inspiración del flamante Marqués de Lanzarote, no menos cierto es que los dichos son originales de Pablo de Céspedes, nacido en 1538 y muerto en 1603, dos años más joven que don Agustín de Herrera, quien pudo conocer el poema de Céspedes titulado “El arte de la pintura” y al que pertenecen los versos que las consejas de Máguez ponen en boca del primer Marqués de Lanzarote.

Las casas de Máguez conservan el tipismo de la primitiva arquitectura canaria, y parecen edificios adecuados para luchar contra factores desfavorables de la climatología, en Lanzarote innecesarios por inexistentes. El objeto principal de estas casas antoja estar basado nada más que en la salvación de las cosechas, con sus graneros altos, y sus barbacanas al modo mozárabe. Como típica construcción ahí está la iglesia de Santa Bárbara, guarnecida por una enorme barbacana, más propia de fortaleza moruna que resguardo apropiado. Tiene este muro un grosor considerable, con arco y calvario encima, cuyo portalón herrado es digno de estudiarse. Todo el patio interior está poblado de mimosas y geranios floridos, contrastando todo con la humilde edificación de la ermita que preside la Virgen de Nicomedía.

El hombre de Máguez es un tipo raro y enconado de empeños. Se marcha de Máguez, a pesar de la buena tierra, no para nuevos mundos donde hacer fortuna, sino al Puerto del Arrecife para abrir bares de pescado frito y vino bautizado. La capital de Lanzarote anda repleta de bodegones de Máguez, de tal cual “café” de Máguez, o de pensiones de Máguez. Acaso en Arrecife viva más gente de Máguez que de cualquier otro pueblo. El hombre de Máguez siente un miedo profundo por el futuro y no quiere quedarse en su casa, ni en su buena tierra, porque cree a machamartillo que en Arrecife hace dinero llenando de vino los estómagos de los roncotes. Y así es, en efecto. El hombre de Máguez, en su dramático huir del campo, lo vemos día y noche despachando vino, dorando en la sartén olorosas menudencias del mar, lavando y fregando, y haciendo camas en las que él no se acostará nunca. Es que este hombre se desvive por hacer unas perras, cuantas más mejor, aunque eso signifique pérdida de salud. Se priva de toda distracción, de toda tranquilidad, con tal de poder contar a fin de mes con un par de duros libres de polvo y paja. En fin, el hombre de Máguez vive muriendo a brazo partido en medio de la agónica incertidumbre que para él significa el futuro. Empero, cuando la suerte les sonrió fácil, o pronta, se les suele ver ganduleando, pero sin gastar una sola gorda de sus sacrosantos ahorros. Ni fuman ni beben de su bolsillo, aunque fuman y beben cuando Dios les hace alguna merced de manos ajenas.

Empero, la mujer de Máguez afronta el vacío que deja el éxodo del varón, y con el espinazo doblado sobre la tierra cumple la dura faena cotidiana. Por eso, muy de mañana, se asombra uno de ver recuas de alegres mozas madrugadoras, que cargan los instrumentos de labranza para hacerse más fácil la labor, indisputablemente propia de hombres, de esos hombres a los que la tierra paridora de Máguez no acaba de enamorar. El paisaje se embellece y por dondequiera pasar dromedarios basculantes con sus respectivas rastrillas de hierro, que luego arrastrarán tardos y tontivanos haciendo la escarda en los enarenados

que todavía no tienen semilla. Más allá, en una parcela que parece colgada de una loma, varias mujeres, de cara a la tierra, cumplen con la máxima evangélica, cual es la de separar a tiempo la mala hierba de la buena mies, porque la pobre mujer de Máguez sabe además que de esa mies habrá de comer pan durante todo el año.

Los enarenados del norte insular son ricos, y en ellos se cultivan milagrosamente aquellos productos que siempre necesitaron grandes volúmenes de agua, que en Lanzarote no existen. La alfalfa de Máguez resulta una producción milagrosa, aunque los rendimientos no sean tan óptimos como donde se cultiva con regadío. Sorprende además el cultivo de la patata de verano, imposible en otros lugares de la isla porque las condiciones climatológicas lo impiden. Máguez cultiva la patata en gran escala, gracias al esfuerzo de su mujer laboriosa, que no escatima agobio con tal de ver a principios de julio la pulpa hermosa asomando de entre la tierra. Pero, sin embargo, lo que tiene y da más fama a Máguez es la papa de Navidad, o temprana, cuyo sabor es imprescindible para el compuesto de los cabritos recién nacidos que se comen la Nochebuena. Esta papa de Navidad es tan estimada que se agota casi sobre la misma tierra, adonde van a buscarla pobres y ricos dispuestos a celebrar con buena cena la venida de Nuestro Señor. ¡Qué tierra ubérrima la de Máguez sin recibir el amor de sus hombres! Ahí está ese pequeño y delicado ejército de mujeres minando el suelo, entretanto sus "gallegos" se van por esos mundos con la rara ilusión de abrir en cualquier sitio un "café", un bodegón o una pensión. ¿Vuelven al campo? Pocas veces... Acaso, viejos y fracasados.

En cada casa de Máguez hay prácticamente una viuda, siempre al atardecer sentada delante de la pequeña puerta, rodeada de geranios y de nopales, soñando la tierra que sus manos enguantadas de mahón han trabajado:

"se arregla las puntas del pañuelo
y carraspea un desgarro."

¡Santa mujer la de Máguez, que soñando al varón lejano logra sustituirlo para fecundar a la buena tierra!

OASIS DE HARÍA

CAPITULO XXIII

Del gran oasis de Haría y del incendio que, en su palmeral, hicieron los moratos, de la virgen de Luján Pérez y de la iglesia en ruinas.

El excelso Valle de Haría (1) es, sin duda alguna, uno de los parajes más hermosos que pueden ofrecerse a los propios y extraños en toda la isla de Lanzarote. Haría constituye el gran oasis de las Islas Canarias, susceptible de proyectar con él los más felices planes turísticos, a fin de que por todos pueda ser admirada la plenitud de su belleza.

Desde Máguéz al poblado de Haría hay una distancia no mayor de dos kilómetros; sin embargo, pese a la cercanía que casi los uno resultan y son dos pueblos distintos, de diferente índole e inquietud.

El palmeral de Haría nace y se alza en medio de magníficas montañas, en cuyas laderas se ve la geométrica labranza del hombre que, en titánica lucha contra la sed de la tierra, busca la altura y la humedad. Subir a la Atalaya es participar de un recreo insospechado, pues desde su cima se puede contemplar, al antojo, el oscilante intercolumnio del inigualable palmeral, con sus troncos escamosos, oscuros, rectos y firmes, que parecen ocupar el menor coto de suelo para no entorpecer la esforzada labor del hombre. Un caserío típico, bellísimo de pura albura, se asoma y se oculta debajo de la explosión verde que corona a cada tronco, como exótica armonía de abanicos abiertos con murmullos cadenciosos. Las más variadas clases de aves, en particular los pajaritos, vienen a refugiarse en este valle donde Haría se tiende como rica sultana, y, así, esos seres alados evitan los infatigables dardos solares que, estación tras estación, en Lanzarote nunca se agotan. Es un bello sol entero que, aun al atardecer, cuando traspone plenamente encendido, tiene el color de la naranja, viéndosele apoteótico y plástico encima de los contrafuertes de Las Nieves, o más allá de las Peñas del Chache y del barranco de La Pocela. El palmeral de Haría se individualiza admirándolo desde la Atalaya, porque de su intercolumnio se distingue cada tronco eréctil, con sus palmitos en ininterrumpido coqueteo con la brisa que llega eternamente suave por gargantas y quebradas. Alrededor de las casas, cuyos hastiales relumbran, hay otras palmeras cimbreñas, que proyectan su amable sombra por encima de las más pequeñas, éstas de palmitos lustrosos, tiernos, como mozas insinuantes que aguardan la puesta de largo para ejercer su compostura con el macho del palmar, siempre aislado, coronando las lomas más próximas. El árbol macho siempre está solo, quieto, muy alto, pero es incesante en sus dulces invocaciones vespertinas, las cuales son tan vehementes que hacen estremecer de gozo a las más tímidas del palmar. Tanto al alba,

(1) Algunos historiadores lo llaman "Valle de los Castillos", pero no dicen por cuál razón. Empero, el Licenciado Juan Núñez de la Peña, dice que lo llaman "Lugar de Haría".

como al mediodía, el gran oasis es una verdadera joya de la naturaleza, aunque durante el crepúsculo es, en realidad, cuando ese valor intrínseco toma visos de auténtica maravilla. Es la hora en que comienza el diálogo rumoroso de las palmeras, desatado en vegetales pasiones, y cuando el paisaje de Haría se pinta con toda la gama del arco iris. ¡Aquí la imaginación se va a los encantos primeros del soñado Paraíso!

Santiago Pineda ha cantado así:

“Haría, pensil florido,
con cimbradoras palmeras,
con deliciosas praderas,
vergel de amor escondido.
A tu regazo he venido
a ensanchar mi corazón,
ávido de la emoción
que causa todo lo hermoso,
mi rebelde inspiración.
Bella sultana dormida
en lindo valle de amores,
luciendo ricos primores
y exuberante de vida.
Por suave arrullo mecida,
con aromas perfumada,
por extraños visitada,
por tu fama y nombradía
eres, pues, gentil Haría,
cada vez más admirada.
Es tu suelo hospitalario
y tus hijos cariñosos,
consecuentes, generosos,
honra del país canario;
no adulo, no es necesario.
Es la verdad al desnudo,
y como en ella me escudo,
puedo decir francamente:
¡Salve, Haría sonriente,
de rodillas te saludo!”(2)

Cuenta don Leoncio Rodríguez (3) que el palmeral de Haría fue mucho más denso que lo que hoy es, y considera que este oasis constituyó un enorme bosque incendiado por Morato Arráez durante su bárbara y sanguinaria incursión en esta isla (4). A pesar de ese trágico episodio, el palmeral de Haría sigue siendo el más importante de las Islas Canarias (5), además de ser arquetipo de la ya clásica belleza insular. Muchos han sido los poetas que cantaron a la palmera, pero quienes más la han inmortalizado son los arquitectos emulando el

(2) Don Santiago Pineda, publicó dicho poema el 17 de marzo de 1904

(3) “Arboles históricos de Canarias”, T. II.—Leoncio Rodríguez.

(4) Respecto a la veracidad de este incendio no conocemos otra referencia que la citada en la nota anterior.

(5) Comenta don Miguel de Unamuno, que Fénix, *phoenix* en griego, significaba la palmera y un ave, y el proverbio era que la palmera renace de sus cenizas, que se encendía un bosque de palmeras y éstas vuelven a brotar. Y los que luego ignoraron que se trataba de la palmera achacaron al ave el milagro.—“Soliloquios y conversaciones”.

despegue que airosa hace desde la tierra al cielo, y que tan bien recuerdan las naves de las catedrales. Porque la palmera es, primero que nada, una gran columna y a la vez una gran plegaria de toda la creación a su Hacedor. Es, por esta causa estética, la estimación que Lanzarote demuestra por su primoroso oasis, de sombra y de verdor, sin igual en todo el Archipiélago atlántico.

El pueblo de Haría es indolente, soñador y bondadoso, acaso por que ha hecho objeto de su adoración a esa maravillosa pompa palmeril de su litúrgico oasis, que venera con orgullo árabe, como si con éste el hombre de Haría creyera que la palmera es el único árbol bendecido por Dios.

Las casas de Haría son todas terreras, características, por cuyos zaguanes vese un pequeño universo de flores. Cuando más pobre es la vivienda de Haría más flores parece haber en su interior, en particular las bougambillas que todo lo invaden con sus rabiosos colores. Fuera de las casas, o mejor, en medio de las pircas blanquísimas, crecen multitud de geranios, de pinta y matices distintos, que trepan y se arrastran para exornar dondequiera, como si antojaran ser la primera necesidad de Haría, consistente en la conservación de su humilde estética entrañable. La flores en Haría son, desde tiempo inmemorial, algo consustancial a sus habitantes, una necesidad que se hace conjuro hasta en el intimismo de sus barrios pintorescos, como acaece en El Islote, agrupación silenciosa entre barrancos, donde también las flores constituyen el mejor atavío de las simples viviendas, que en sus solanas vetustas, o en sus techos de dos vertientes, muestran la dulce gracia de las enredaderas:

“La ciudad nativa con sus campesinos,
arcaicos balcones, portales vetustos
y calles estrechas, como si las casas
tampoco quisieran separarse mucho...”

La mejor biblioteca de Lanzarote la abrigó Haría, porque don Enrique Luzardo Bethencourt (6), jefe del partido liberal, tuvo la clarividencia suficiente para reunir, tomo a tomo, la más completa concitación de obras que haya conocido la isla. Esta famosa biblioteca, de varios miles de ejemplares selectos, fue heredada por don Enrique Curbelo, fallecido en Haría el 30 de agosto de 1920. Hubo además otra excelente biblioteca en este culto pueblo, y fue la que poseyó don Rafael Cortés Spínola, hombre de pro, cuya casa estaba abierta para el menesteroso, del cual se convirtió caritativo “médico”, pues conocía bastante bien determinados aspectos de la Medicina. Este gran señor de Haría donó su hermosa biblioteca a la parroquia, donde no existe ya ni un tercio de sus volúmenes.

La fiebre política de la época anterior a la primera gran guerra, y a la inmediatamente posterior, que tanto azuzó al Puerto del Arrecife, hizo su obra en Haría, y así vemos el incendio que resabiados políticos provocan en el Ayuntamiento y Juzgado, siendo ese año de 1904 en que don Domingo López Fontes, eximio alcalde de Haría, perdonó con verdadera caridad cristiana a los forajidos. Don Domingo López Fontes fue uno de los más grandes impulsores del porvenir que hoy disfruta el pueblo de Haría, y a él debe la umbría y dulce plaza, cuyos árboles plantó con sobrada visión del futuro. Dotó de muros a los barrancos sinuosos, e hizo cercos a los pozos, que él consideraba peligrosos para el vecindario. Son los tiempos en que la tartana de *sifñó* Damián tarda seis horas y media desde Haría al Puerto del Arrecife, y en la que hacen sus

(6) Don Enrique Luzardo Bethencourt falleció el 2 de julio de 1903, haciéndole el poeta Pineda una sentida necrología.

viajes políticos abracadabrantos como don Anacleto Rojas, muy conocido por sus confabulados con el sobrenombre de "Hermano Roque del Este". Vivía el inocente don Anacleto alrededor del Pozo de Tegala, viéndosele lucir la flamante leontina de oro, muy gruesa, o dar sus vocinazos con la más grave de todas las voces humanas. Era hombre de rumbo, sin prosapia, que para deslumbrar calzaba sus mesas paticojas con sendas onzas de oro.

Otro personaje, al que Haría debe lo suyo, fue don Antonio Ramírez del Castillo, afincado en Buenos Aires, donde se constituyó en el más pintiparado cónsul de todos los canarios, a quienes él llamaba cariñosamente "mis canaritos". En octubre de 1914 envió dinero para la adquisición del reloj y construcción de la todavía vigente torrecilla de la iglesia parroquial. Este prócer de Haría fue a morir, con los años, en una cama de pago del Hospital Insular de Arrecife.

Se dijo arriba "la todavía vigente torrecilla de la iglesia parroquial", y es que el viento no se la llevó la infortunada noche del 22 de febrero de 1956, como hizo con el resto del sagrado recinto, en la actualidad piedra sobre piedra (7). Esta iglesia de la Encarnación fue levantada en "el Lugar de Haría en 1619", por mano y obra del pueblo, que adquirió además una imagen de la Virgen de la Encarnación, obra del prodigioso buril de Luján Pérez. Curiosa es la circunstancia de las tradicionales fiestas de Haría, especialmente de las de índole religiosa, pues mientras la Encarnación es abogada del pueblo, son San Juan y Santa Rosa quienes mejor función y ecremonia alcanzan. A estas dos principales festividades acude gran cantidad de romeros, engodados por la sal, salsa y pimienta: de sus bellas tradiciones:

"Haría, sin oro ni plata,
tiene bellos palmerales,
tiene a Rosa de Lima,
la Santa más rebonita
que perfuma los altares" (8).

La iglesia de la Encarnación, que es con la de Yaiza una de las más antiguas de la isla, excepto la Matriz de Teguiise, tuvo en su primera época cura párroco y dos benefiados. Aún a principios del siglo XIX, el cura del "lugar" continuaba titulándose benefiado, cual lo era don Rafael María Navarro, de grata memoria. Este venerable sacerdote realizó importantes gestiones cuando las reueltas cabildistas, porque en 12 de marzo de 1811, expide para el nuevo Capitán General, Duque del Parque Castrillo, que el mes anterior se había posesionado de su cargo, un informe relacionando a S. E. todos los acontecimientos habidos en Lanzarote durante "la revolución" que provocara el Gobernador interino don José Feo y Armas, a instancias de su tío el cura Feo, intrigante y rico, que por cierto no hacía buenas migas con el beneficiado de Haría. Don Rafael María Navarro, en un brillante sermón conminó a sus vecinos para que firmasen un manifiesto, pero en seguida tal intento corrió como la pólvora, enterándose los señores del Cabildo, que enviaron a dos representantes para indagar sobre si las intenciones del venerable beneficiado eran ciertas. Vistos que fueron en el pueblo por el cura, éste, indignado de tanta inmiscuición en sus asuntos, ni corto ni perezoso, escribele la siguiente carta: "He sabido que han venido VV. a saber quién hizo la representación contra los desórdenes que VV. han exitado en esta isla; y para aborrrarles trabajos les participo fui yo,

(7) Hoy se procede a la edificación de un nuevo templo parroquial.

(8) De vox *pópuli*, y seguramente una vulgar adaptación del viejo romance limeño.

como también, que ante el Excmo. Señor Duque del Parque les impondrá de otras cosas más" (9). A los pocos minutos volvía el aguacil con nueva carta de los representantes del Cabildo, pero don Rafael María se negó a dar lectura de la misma porque "no quería enterarse de nada relacionado con esos baladrones". Esta valiente actitud del cura de Haría atemorizó a los enviados del Cabildo, que se marcharon del pueblo a toda velocidad, no sin que antes intentaran ser recibidos por el beneficiado. Los indagadores contaron a sus cabildistas la obstinada posición de don Rafael María, y muchos de ellos trataron, por cuantos medios tuvieron, congraciarse con el sacerdote a fin de evitar los procesos y prisiones que se les venían encima. En realidad, todo fue una farsa de don Rafael María, aunque los cabildistas se tragaron el anzuelo para quedar atemorizados durante el mandato del Duque del Parque.

La iglesia de la Encarnación, por la que tanto hiciera don Rafael María Navarro, quedó prácticamente inútil durante el vendaval de 1956, porque a partir de esa fecha fue perdiendo su equilibrio, cediendo sus paredes, mientras que la cobertura, asimismo herida de muerte, cedía también sin que se pudiera prever (cosa que no comprendemos) el alcance de la catástrofe, por estar "oculto el entramado del techo tras un cielo raso de más de medio siglo de antigüedad". En 1958 fuertes vientos golpearon la mole del edificio siniestrado, produciéndose el derrumbe y desplome de los techos, con grandes pérdidas, en particular, las ocasionadas en el altar mayor, formado de pilastras y columnas de orden corintio, y que sostenían a una vistosísima cornisa muy saliente.

En este hermoso "Lugar de Haría", se levantará el nuevo templo de La Encarnación, de acuerdo con el estilo bíblico y religioso que, al unísono del palmeral, son consuetos elementos de un paisaje excepcional.

(9) Se refiere don Rafael María a los agravios que recibe de los cabildistas, como se deduce del mencionado documento que obra en el Archivo Parroquial de Haría.

LOS VALLES DE SANTA CATALINA

CAPITULO XXIV

De la famosa romería en los cerros de Las Nieves y del peregrino milagro de Nuestra Señora, del éxodo de Santa Catalina y del remilgo amoroso de Santiago, el majadero.

Para salir del gran oasis de Haría hacia Los Valles de Santa Catalina hay que trepar la pendiente de Mal paso que, como una enorme "cse", sube y baja refajando a montaña Ganada, por las Peñas del Gato, y a la vista del Valle de Temisa. ¡Qué plenitud en el paisaje, con el palmeral al fondo, mientras que, en la lontananza, el volcán de La Corona antoja un ara santa perfectamente recortada en el lienzo azul! Desde esta altura se ve, revestido por un auténtico rompecabezas de polígonos coloristas, al Valle de Temisa, desde cuyos fondos abismados ascienden las labrantías hasta las cumbres. Allí, retozando sol, se destaca el bíblico oasis de Haría, visión perfecta y encantadora, que hace revivir al país norteño como para que sea admirado con la devoción y la sorpresa prendidas en los ojos.

Sabido es que Las Peñas del Chache constituyen, con el Pico del Pioo, los dos más importantes baluartes que, por estas escarpaduras, miran al barranquillo del Chafarí y a la ensortijada tierra de Tabayesco, ondulosa y con grandes toniques megalíticos. El mar atlántico se ve inmenso por ambas costas insulares, en naciente azul y salpicado de puntos blancos, y en poniente negro, terriblemente negro e infinito. Vese asimismo, como soñado, el puertecito de Arrieta, y las cresterías de Punta Mujeres, con sus salinares de una albura que el sol hace relumbrar. Pero, por acá, se distingue la rada de Penedo y la magnífica playa de de Famara, donde se inicia esa columna vertebral que cruza a la isla, cual si fuera un verdadero río de volanderas arenas.

Desde las peñas del Chache, traspuestos ya el cortijo de don Juan Feo y los roquedales de La Triguera, se llega a la corona del Pioo, enfrente de montaña Temeja, y casi sobre la ermita de Las Nieves (1), que se alza solitaria como un gran mojón de cal en medio de los pedregales y aulagas. La ermita de Las Nieves es una de las tantas que se hicieron en serie, a partir del siglo XVII, de idéntica planta, sin más valor arquitectónico que su relativa vetustez:

"Tú resalta en la Isla
por tu límpida blancura;
y en la noche aún más obscura

(1) En los archivos de la Catedral Basílica de Las Palmas existe un comunicado del párroco de Teguiise al Obispo de la diócesis (¿1852?), en el que da cuenta de la nevada última caída sobre las inmediaciones de la ermita de Las Nieves. Dato éste curioso, ya que sucesos de esta índole son totalmente infrecuentes en la isla, no habiendo otras noticias que de otras nevadas den fe.

sueles siempre destacar,
y en los trances apurados,
a los pobres marineros
les indicas los senderos
que conducen al hogar" (2).

La devoción a la Virgen de "La Montaña, que así se invocó primeramente a Nuestra Señora de las Nieves, tuvo su origen en la aparición de la Virgen a cierto pastorcillo, según refiere, en el siglo XVIII, Fray Diego Henríquez, cuyo documento se conserva en el "Brithis Museum" de Londres y que recoge en una de sus obras Sebastián Jiménez Sánchez. Al parecer, la Virgen encomendó al zagal que transmitiese al pueblo y clérigos su deseo de que en "La Montaña" se le erigiera templo bajo la advocación de "Virgen de Las Nieves", según expresara al inocente pastor la propia Señora. El chico cumplió su encargo y las gentes de Lanzarote obedecieron el santo mandato, pero... al poco tiempo esa desafortunada devoción se enfrió lo suficiente como para que la ermita llegara a un estado de semirruina, tal fue el abandono. Solamente se alzó contra esa mala desidia el Licenciado don Simón de Bethencourt que, contra viento y marea, reforzó las viejas paredes y restableció el techado, así como el pavimento, a base de lastrones labrados.

Cuenta este mismo Fray Diego Henríquez que en la ermita hubo dos imágenes de la Virgen de Las Nieves...: "y quan de la misma estatura de una vara de alto: la una de escultura y la otra de vestir, sin que aiga noticia o tradición alguna que pueda afirmar si alguna de las dos o cual dellas sea la que apareció al pastorcillo, quando mandó se le hiziese allí iglesia".

Es una pena que no se hayan conservado las dos imágenes, pese a los agobios del Mayordomo de la ermita, que se vio emplazado por el Vicario y Juez Eclesiástico, así como por la Celestial Señora, para que devolviera una de las imágenes que había llevado a su casa, so pena de carestía de lluvias, por todo el mes de abril. Asustado el "pobre" Mayordomo, devolvió al templo la Virgen que poseía ante el temor de que sus tierras no recibieran el fresco rocío de la fecundación. Efectivamente, devuelta la sagrada imagen cayó abundante agua.

Entre los altos de Las Nieves, Montaña Temeja, y Los Valichuelos, espejea el caserío de Los Valles de Santa Catalina, grandioso verdal que fue durante todo el siglo XVI residencia veraniega de los señores de Lanzarote (3), cuyos vestigios se ven aún representados por casonas de la época, resguardadas por altas barbicanas y vistosos portales rematados con calvarios de una sola cruz. La población se divide en "Valle de Arriba", que sube hacia las laderas del barranco de Tenguime, bordeando la carretera del Norte, y en "Valle de Abajo", que es el núcleo principal, cuyas casas parecen brotar del pie casi circular de los declives formados por agrupaciones montuosas. Desde el Valle de Arriba se ven laderías de verdadero mito, llegándose a contar hasta diez tonos verdes, separables y distinguibles a simple vista; vése asimismo ocho marrones, y muchos otros colores que se asocian entre el gris, azul, amarillo y violeta. ¡El sol cae y transforma la acuarela! Un cielo despejado, límpido, puro totalmente.

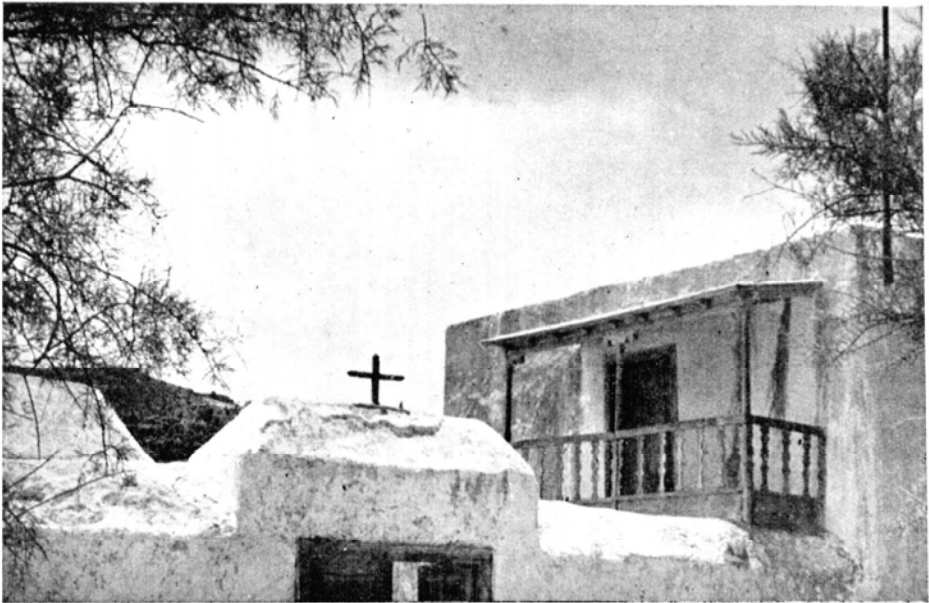
El hombre de Los Valles de Santa Catalina es parsimonioso, y suele hablar con una paciencia que desespera y tortura por su melosidad. Son, empero, ágiles para el trabajo, cuyas excelencias bien expuestas andan por las pendientes y laderas de los altozanos, labrados éstos casi con arte. El hombre de Los Valles se

(2) Fragmento del poema de Leopoldo Díaz Suárez: "Ermita de Las Nieves".

(3) En 1710 heredaba la casa solariega de los Herrera-Peraza, en Los Valles de Santa Catalina, el que luego sería Coronel de las Milicias, don Rodrigo Peraza.



Maízales en Los Valles de Santa Catalina.



Típica casa del colonial, residencia de verano de los primeros Señores de Lanzarote.



La Caleta de la Villa, su ermita, y la complicada casona de Don Luis, donada a la Iglesia.



Desde la Caleta de la Villa es necesaria una considerable andadura para encontrar agua.

levanta a las tres de la mañana para atender sus tierras paridoras, mientras las mujeres hacen guapurás y engordan en las humeantes cocinas haciendo potajes, talón de Aquiles, que duran tres o cuatro días, y que recalientan cada día, no sin añadirle un trozo de tocino por modificar el gusto. Los hombres, tenaces, nunca protestan, porque así interpretan la economía doméstica, adobando la maltratada comida con sendos pedazos de tollos, o con la sabrosa menudencia de burgados en vinagre.

En Los Valles de Santa Catalina hubo un tipo curioso y comilón, aunque no hiciera al día sino una sola comida, durante la cual engullía un kilo de queso, otro de fruta pasa, y una palanganita de leche, a la que añadía de diez a doce tapas de bizcocho. Después se dormía en cualesquier lugar. Una vez un guirre casi la salta un ojo porque lo consideró carroña tendida al descampado, y en otra ocasión una sabandija le puso huevos en la faltriquera durante uno de sus tremendos letargos.

Hace poco la crónica de sucesos dio cuenta de la muerte de un hombre dentro del pozo único que tiene Los Valles, pozo que causó legítimo alboroto el 30 de octubre de 1927, cuando las acciones subieron a mil pesetas por haberse demostrado que la "Comunidad La Salvación" alcanzó en su aljibe una altura de agua potable de 4,50 metros. Este pozo, desde entonces, se abastece a sí mismo, sin subir jamás del nivel primitivo, por lo que se le supone un desagüe no previsto y que debe dar a subterráneas cavernas colindantes. Pero, volvamos al negro suceso que, aparte el estropicio del agua, puso de relieve el gran apego que tiene la gente de Los Valles a la superstición, en particular, a cuantos asertos se relacionen con el pro y el contra de las leyes del amor. La cosa fue así: el hombre andaba enamorado de una prima suya, pero ésta se negaba a verlo, y menos a quererlo, corriendo el bulo maligno de que alguien la había maleficiado para que aborreciera al mozo. Este individuo, analfabeto de cabo a rabo, se preparó una bestia para irse a Guatiza con el fin de consultar la magia albinegra de aquel pueblo, pero tal viaje no se realizó porque se hogó... o se suicidó, convencido de que nadie ni nada podrían vencer a las fuerzas maléficas que alejaron sin piedad a su tierna pariente, aunque fuera verdad que la chica no lo quisiera un ápice y a él le hicieran ver lo contrario para esquilmar su bolsillo primero, y después su salud, y su vida al fin.

La ermita de Santa Catalina está al borde de la carretera del Norte, fabricada allí porque en 1730 los 42 habitantes del viejo poblado de Santa Catalina, entonces sepultado por las corrientes de lava, depositaron en dicho lugar a la imagen salvada milagrosamente de la espantosa catástrofe que destruyó el primitivo templo ubicado muy cerca de Los Miraderos, entre Pico Partido y la montaña de Rodeos. La actual ermita carece de valor, pero guarda una preciosa talla de madera olorosa de mucho mérito artístico del siglo XVI, y que representa a la Inmaculada.

Los Valles de Santa Catalina son famosos por ser cuna de expertos luchadores. Es célebre la noticia acerca del desafío que, en 1896, hizo Santiago, el majorero, al fornido atleta de Los Valles, Mamerto Pérez. Al parecer, aquel luchador no tenía contrario en la "Vuelta Abajo", de donde era, y decidió medirse con el campeón de la "Vuelta Arriba", o sea, con Mamerto. Salió Santiago muy de madrugada campo a través, recalando por Masdache, en dirección a Mozaga, pasando luego por los jables de la Real Villa, incansable, hasta dar vista a la derruida ermita de San José, acá de Cerro Terroso, desde donde inicia un paso lento para llegar fresco y dispuesto a la "pega" si el desafío fuera aceptado. Escalada ya la cuesta de Manguía, Santiago, el majorero, algo nervioso y sofocado, ve a Los Valles presididos por una casona señorial, flanqueada por altos pinos y árboles diversos. Es ya casi mediodía, y en Los Valles la vida

está, con palpable lentitud, congozando de un clima y de un sol en extremo benignos. Los pajarillos saltan de aquí acullá, y los dromedarios tabletean las lenguas como invocando a las camélidas afanosas tras el yugo. Santiago baja la cuesta y se encamina a casa de Mamerto Pérez, y le recibe la hermana de éste, guapetona y fornida para no menoscabar la casta. Desde el patio pregunta el anciano padre de familia que quién es. María Pérez dice que viene Santiago, el majorero, en busca de "Merto". Se rió cuanto quiso el viejo, pero volviéndose para su hija, con la mayor solemnidad, ordenóla: "Si "Merto" no está, "pega" tú con ése, pa que no pierda el viaje". Como es natural, Santiago encajó la ofensa más grave de toda su vida deportiva, pero se aficionó a María Pérez, casándose con ella. De este hercúleo matrimonio salió el famoso luchador Ulpiano, gran maestro después del no menos célebre Pollo de Uga, recién fallecido, y que tanta gloria diera a la lucha canaria.

CALETA DE LA VILLA

CAPITULO XXV

*De la onírica Caleta de la Villa y de sus inmigrante pescadores,
del siniestro barranco de La Horca y de las queseudoras Laderas,
del "Port Lligat" de César Manrique y de la Virgen que festejan
los bañistas.*

Dejando a trasmano la Vista de Las Nieves, por el caminito que, desde Los Valles de Santa Catalina, da al barranco Maramajo, tiene uno forzosamente que ver el histórico esqueleto de la ermita de San José, junta a la casona vetusta, donde antaño los Herrera-Peraza se hacían cenobitas por temporadas y por puro placer. Tuvo primitivo lagar esta santa casa, que constituyó siempre el báquico mojón de la Vega del Santo Carpintero. Estas tierras bermejas, otrora habitadas por seres mitológicos y melancólicos (1), dieron mucho oro vivo con que pagar a moros y cristianos (2), si bien hoy la fértil vega, opulenta y preñada de vides entonces, anda casi cubierta de enormes sábanas negras, o enarenados, a modo de grandes sudarios de penitencia, como si la madre tierra fuera la única encubridora de los delitos que dieron nombre y peor fama al barranco de La Horca (3), detrás de la montaña Chímia y al pie de Cerro Terroso. Por aquí se pasma el paisaje y todo queda proscrito, sin que se salve siquiera la brisa, porque ésta viene silbando y repleta de arenillas voladoras, amalgamándose así los dos elementos que forman a la mítica serpiente de mar que tiene Lanzarote, una serpiente que no es reptil durante su eterna cabalgadura insular, sino semiaérea, porque de norte a sur atraviesa la tierra a grupas del viento, para sumergirse de nuevo en el océano con igual violencia que los centauros cuando arrebatában a las mujeres de los laphitas. En ese río de arenas voladoras sobrevive la Vega del Revolcadero, donde campea el ganado cabrío haciendo mil milagros para encontrar verdes y abundantes matas. Acá de la Vega parece inverosímil la octaviana existencia de Las Laderas, diminuta aldea de pastores, cuyas casitas parecen los colorines de las ropas campesinas tendidas al sol. En Las Laderas se fabrica un queso muy mantecoso y de excelente sabor, demandado no ya por todas las Islas Canarias, sino además por exquisitos gastrónomos de la España peninsular. Pero, no todo es quesería en este pueblecito casi inexistente, porque también está dedicado al cultivo de las leyendas de amor, de dioses fantásticos y brujas vencidas. Acaso sea Las Laderas el pueblo que más mito-

(1) Hasta principios del presente siglo era dogma de fe "oir los tristes cantos de las brujas".

(2) En 1642 los varones y hembras dedicados al cultivo de esta vega, sólo recibían como "jornal" la consabida jarra de vino y la "embozada" de gofio, constituyendo la mezcla de estos dos elementos la clásica "rala" que aún en nuestros días se cunta con deleite.

(3) Existía en los Archivos de la Real Villa de Tegüise un acta de protesta ante don Rodrigo Peraza, y que firman dos beneficiados de aquella Iglesia Matriz, por la ejecución en 1719 de seis isleños sin ser previamente juzgados.

logía tenga mezclada con el tuétano, quizá porque como afirmaba el gran San Jerónimo (4) el desierto y la soledad son pródigos para la cría de seres fantásticos, a veces con adherencias zoomórficas. Sí, ahí está la aldea de Las Laderas, con su buen queso, tan cercana y, empero, tan escondida, tan silenciosa e inasible, como si perteneciera a esa buida gama de realidades de cuya existencia todo el mundo duda.

Desde Las Laderas pasa uno a Las Manchas, o mejor, bordeándolas, porque El Jable crece por allí hasta formar una meseta árida y ardorosa, donde el sol parece tener su mejor santuario. Todo cuanto abarca la vista es desierto y, al fondo, el azul marino debajo de otro azul claro, sin nubes ni bochorno. El cielo y la mar compiten en tersura. Arriba evolucionan algunas pálmipedas y abajo relumbra el capricho de las velas latinas. Sobre la orilla el caserío blanquísimo de La Caleta.

Entrar en La Caleta de la Villa (5), así por sus espaldas, causa la misma impresión que cuando lo hacemos por un poblado moro del próximo desierto sahariano, pues igual que aquéllos los callejoncillos de Las Caletas se inundan de fina arena. Empero, esta residencia estival tiene su mayor encanto de cara al mar, con la visión onírica de su marina, sus pescadores sentados al abrigo de sus barquillos, éstos verdaderas obras de arte que poseen los carpinteros de ribera. En ringla, "embancados", están las más veloces embarcaciones del lugar, cuales son "San Juan", "El Consuelo" y "El San Francisco", que no tuvieron otro rival a no ser el "Jesús del Gran Poder", supremo vencedor en el torneo insular de San Ginés. Este histórico campeón salió para Playa Blanca, de donde no ha vuelto a Las Caletas porque fue adquirido por Mariano Morales Gonzáles, residente en el país del Rubicón.

El pequeño caserío de La Caleta constituye una isla, ya que está segregado de todo, porque mientras al frente tiene al océano, detrás lo "aisla" el desierto del Jable, demostrándonos así que no aspira a marchar tierra adentro ni a rumbear sobre la mar, acaso porque prefiere ser nada más que un pequeño promontorio habitado, un sueño poblado... Ahora se explica uno el "Port Lligat" del celebrado pintor lanzaroteño César Manrique, que contra viento y marea montó estudio en La Caleta de la Villa. Desde el estudio de César quiere uno ver las mágicas visiones que por todas partes se ofrecen. La misma luz no es motivada por la estación, ni por los días, ni siquiera por las horas, sino por los instantes, cada uno de los cuales llevó a Manrique una claridad recién nacida. De este "Port Lligat" onírico saltó César hacia los anchos caminos de la fama, con sus pupilas llenas de luces esquivas, pero cuya belleza ha sabido llevar a los más famosos lienzos de su ya meritoria obra, donde su Isla de Lanzarote ha sido tema y materia de inspiración (6).

La Caleta de la Villa no tiene cien habitantes, aunque cuando van los habituales veraneantes parece un hervidero. En realidad, veraneantes hay siempre, porque el clima lo permite y porque en esta caleta preciosa si unos se van otros llegan. Los que de fijo viven aquí son las familias pescadoras, que inmigraron hace lustros de la isla Graciosa. Estos pescadores inmigrantes trajeron y conservan las ancestrales costumbres de aquel paraíso donde la moral y la limpieza corporal son sus dogmas principales. Por eso, los habitantes de La Caleta se apellidan todos Morales, Tavíos o Batistas, que son los que predominan en La Graciosa. El magnífico fabricante de "timples", residente hoy en la Real Villa, Simón Morales, nació en La Caleta. Claro, que no todo el tiempo es bueno

(4) Dice Burkhardt, que San Jerónimo tiene por auténticos a los sátiros que señalaban el camino a San Antonio cuando éste va a visitar a Pablo "y le imploraban su patrocinio".

(5) Toma este nombre en honor a la Real Villa de Teguiise, a cuyo municipio pertenece.

(6) Mi agradecimiento al pintor por ilustrar la portada de esta obra.

para pescar, y por eso los habitantes del puertecito —tiene un humilde espigón— se ven obligados a embarcar como marineros a bordo de los veleros de Arrecife que pescan en la Bahía del Galgo, quedando La Caleta sin las figuras extraordinarias de esos hombres casi míticos.

Deambular por el pueblecito no cuesta gran esfuerzo, ya que cuanto él es está al alcance de la mano. Por cualquier lado puede uno llegar al otro sin emplear más de cinco minutos, a no ser que se quiera medir la Playa de Famara con sus cinco kilómetros largos. Las calles son fieles al mar, y a él se encaminan repletas de arenas limpias. Todo está de cara al mar, como expresando que de él ha salido; incluso la ermita del Corazón de María, es fiel al mar porque parece un barco más sobre la orilla. La misma fiesta de la Virgen autoja una atávica fidelidad al mar, siendo los bautistas quienes exclusivamente costean el 22 de cada septiembre una función, un sermón y una procesión, para en seguida disfrutar de las aguas que los veraneantes intentan inventariar a cada instante como cosa soñada e inexplicable.

Una madrugada de enero de 1937, el viejo pescador, Nicolás Bernal Sosa, se hizo a la mar para pescar en Las Bajas, por la Rada de Penedo, cobrando algunas piezas de regular tamaño. Mas, a las tres de la mañana, se desató tan fuerte temporal que, al recibir el primer impacto de las olas, perdió las nasas y demás aparejos de pesca. Un segundo golpe de mar lo sacó "limpio" de su barquito, viéndose el sesentón sin poder nadar debido a las fuertes marcas que, ola tras ola, jugaban con él. Nicolás Bernal, que de cobarde no tenía un pelo, decidió no morirse ahogado, porque como él mismo afirmaba, "sambullendo" y "gatiando" por el fondo ganó los dos kilómetros que le separaban de la Playa de Famara. Luego en La Caleta viejos y jóvenes celebraron el regreso de Nicolás que, a pesar de sus afirmaciones, siempre vio ante sí pupilas incrédulas y muecas desdichosas. Sin embargo, hoy, las narraciones del viejo lobo de mar se repiten con orgullo, hasta el punto de que ya ninguno se atreve a dudar, sino que, por el contrario, exagera y pondera la hazaña de Nicolás, "hombre decidido y valiente", como diría don Pío.

Tiene La Caleta un raro edificio que construyó don Luis Ramírez, el de las visitas al Vaticano, y que a su muerte donó a la parroquia de la Real Villa de Teguiise, pero que en la actualidad anda solitario, sin dedicación a menester alguno. Don Luis Ramírez, famoso en Lanzarote, donó a la ermita del Corazón de María un Viacrucis confeccionado con conchas marinas. Don Luis Ramírez, por donar, sembró de donaciones a la isla, y de ahí su fama local y, acaso, su definitiva bienaventuranza.

La Caleta, pueblo pescador, sigue siendo una "isla", un reducto octaviano que emerge del mar para poner entre sí y el resto de la isla madre esas invisibles murallas que tiene todo desierto. Pero, ahí, en su playa, en sus casas, en su mar, está la luz prodigiosa, vibrátil y trémula, para transfigurar a los seres y a las cosas.

De noche, la inverosimilitud de la preciosa cala se hace más prodigiosa, con el trágico de los pescadores, lleno de murmurios, el silencio plateado de luna, la quietud divina del mar, terso y brillante, como si fuera argentina cuajadura:

"Sobre la mar esta noche
se ha perdido, soñando, el pensamiento".

Se abre una ventana y ese mar nos dice que existe solamente por el aroma que entra casa adentro, convenciéndonos entonces que la noche de este pueblecito no es ninguna imaginación.

S Ó O

CAPITULO XXVI

Del berberisco poblado de Sóo y de sus inclinaciones leguleyas, del R. D. de Felipe III y de las "soonas" embozadas, de la sandía famosa y de la triste ermita de los Sanjuaneros.

Entre el inmenso arenal de Las Manchas y el mar de Penedo va quedando atrás La Caleta de la Villa, que de lejos no parece anunciar nada extraordinario respecto a la placidez de aquella cala preciosa. Empero, al fondo, el soberbio risco de Famara hiende el tremeluciente océano, inundado de sol, donde las islas del Archipiélago Menor toman visos de verdadera fantasía en medio de la claridad que se derrama sobre la Rada de Penedo.

Litoral arriba se llega sin dificultad a la pintoresca Playa de San Juan, mucho más solitaria y, a la vez, mucho más irreal que la misma inasible Caleta, pues también el mar aquí anda cuajado, sin voz ni movimiento. Todo está quieto, y abruma encontrarse entre tanta beatitud, tan inmóvil e insonora soledad. A poco tramo de esta playa sanjuanera está el promontorio de La Respingtona, referencia de pescadores, y desde donde se inicia la ringla de pequeñas montañas que constituyen la cadena de Sóo. La montaña Cavera es un cono volcánico de entrañas dormidas, aunque a principios del pasado siglo retemblara como tropel de ciclopes. No explotó este volcán en 1819, época de repetidos movimientos sísmicos, siendo en la actualidad una baja montaña, arrugadísima como momia, sin más menesteres que dar su efímera sombra al erial de La Pereza. Cruzar el mar de arenas de La Pereza es cosa ardua, porque los vientos azotan *in perpetuum* el lugar, con sanguinaria libertad, lacerando al viajero como si fueran minúsculos orbitolines encabritados, hasta el punto de formar una ligera barrera, muy punzante, capaz de impedir el tránsito por estos andurriales de Eolo. Después del volcán Cavera, desde la costa hacia el caserío de Sóo, está el de Montaña Chica, a cuyos pies se extiende el solar más preferido de nuestro padre el Sol, conocido por Juan del Hierro. Este gran desierto arde por sus cuatro cardinales, y sólo la rara presencia de algún matojo rompe la monotonía e ingratitude del paisaje. Digna de verse es la Caldera Trasera, cráter perfecto, trágico, cuya erupción data desde las fechas no registradas y durante las cuales emergió la cadena de Sóo, probablemente ha más de mil años, como acontece con la motañeta Míhera, en El Cuchillo, considerada como el cráter más antiguo de Lanzarote.

La Caldera Trasera, además, constituye una excelente vista hacia el mar, distinguiéndose perfectamente el caletón de La Puntilla y el temible rebolaje de Machín, por donde ningún pescador se aventura y huye de él como alma que se lleva el diablo. Es tradición que en este Rebolaje zozobró una goleta del siglo XVIII, cargada de azúcar, pero cuyos restos desaparecieron al instante

debido al ímpetu devastador de las olas. Lo cierto es que el Rebolaje de Machín es *tabú* para los más diestros y sagaces marineros. La Costa Blanca se ve espejeante desde La Caldera, con la cala de Los Dises y Caleta del Caballo, ésta abrigada por la brava Punta Prieta, ya en la península Mejías, que tiene isleta y río liliputienses.

Bajando la Caldera Trasera, para andar un tramo y escalar la montaña de Sóo, se oye el bramido del Océano Atlántico e incluso se oye el fuerte estampido de las olas al estrellarse contra los cantiles y arrecifes del noroeste insular. En la cumbre de la montaña de Sóo el paisaje se entristece aún más, transformándose en algo tan escurridizo que apenas si de tal sensación se llega a tener plena conciencia. El tono gris del horizonte y la infinita angustia del gran desierto del Jable, abierto ahora de par en par delante del humilde caserío de Sóo, hacen que el presente se filtre como una gota de agua caída sobre estas ardientes arenas:

“¿Por qué a mi helada soledad viniste
cubierta con el último celaje
de un crepúsculo gris?... Mira el paisaje,
árido y triste, inmensamente triste”.

Las casitas de Sóo se reparten graciosamente entre las faldas de Pico Colorado y Montaña de Sóo, y huyen del arenal para trepar por ambas laderas. Son casas blancas, casas del desierto, casas morunas. Uno entra en Sóo y piensa que acaba de llegar a uno de esos minúsculos poblados que hay diseminados en las altiplanicies del Atlántico fronterizo al Sahara. La pobrísima estampa de Sóo, a base de viviendas chiquititas, con pocos huecos al exterior, con sus particulares hornos al margen de las cocinas, sus particulares muladares, sus moscas comunes y verdes, sus tipos conceños y endilgados, y sus mujeres embozadas de pies a cabeza, a la moruna moda, dar por sí mismo fe de una ascendencia etnológica insoslayable.

Sin duda, Sóo tiene sangre *semita* y su gente es morena, braquicéfala, de pelo y ojos negros, que corresponde al tipo preponderante de *majos* de los siglos XVI y XVII, afincados por orden de los Marqueses de Lanzarote en la zona del Jable, juntamente con los esclavos moriscos de los Herrera-Peraza, a quienes después del R. D. de Felipe III, en 1610, matrimoniaron con las indígenas, saliendo de tal “conveniente” amasijo una nueva raza que, acaso, tenga en la actualidad su más esclarecida representación. Si la consideración etnológica nos define al tipo de Sóo como “mediterráneo” o “semita”, en su carácter nos descubre un tipo de alma mora y tesón insular. Cosa curiosa es el atavío de las mujeres, cuyos rostros andan siempre ocultos debido al modo de usar la pañoleta, que arrebujan torso arriba para hacer desaparecer toda forma femenina. Aún sobre la pañoleta, de riguroso negro, como sus trajes talares, se calan la clásica sombrera del país, bajando bien las alas para que éstas oculten asimismo la línea visible de sus ojos.

El poblado de Sóo es leguleyo e inquisidor, y sus adustos varones, por saber leyes, se saben, a veces, tal cual que el B. O. del E. piense publicar tal cual día. Ilustres letrados de Arrecife afirman que los individuos de Sóo pasman por el conocimiento que tienen acerca de sus derechos, hasta el punto de haber varones que saben de memoria insospechados asuntos del Código. Sin embargo, las mujeres son enigmáticas, de ojos profundos y negros, siendo digno de anotar su amor el hombre elegido, no tolerando ninguna traición por parte del cónyuge:

“Sonó la voz del cerrojo,
la intrusa luz, irrumpiendo,
descubrió sobresaltado
sobre la cama al cabrero.
¡Sálvala, oh Dios!, se decía,
¡oh, Dios!, atiende a mis ruegos,
que aunque parezca serena
y su propósito es bueno,
si no media tu bondad
estoy viendo que la pierdo:
que es de Sóo, y lleva en sus venas
la tragedia de los celos” (1).

Cierta vez un joven osó hacer burlas de sus amores con una moza de Sóo, en pleno “baile candil” (2), mas ella nada objetó y, silenciosa, salió del cuarto, no sin provocar entre los asistentes numerosos santiamenos. En efecto, al siguiente día encontraron muerto de un tenicazo al “tenorio” de la noche anterior. Sucesos de esta índole siempre fueron frecuentes en Sóo, si bien hoy son bastante escasos. Empero sigue siendo ley inalterable, y con todas sus consecuencias, que quien se arrime a una “soona” no la tocará sino en la sacristía, porque de lo contrario sonarán palos y piedras sobre la cabeza del afrentoso, y si con esto *no bastara brillarian entonces las navajas y cuchillos hasta que la chica quedase “limpia” de vergüenza.*

El triunfo agrícola de Sóo consiste en el inverosímil cultivo de la sandía, que desde siempre ha estado considerada como el mejor manjar de verano que comerse pueda nadie. La vega de Sóo está totalmente dedicada a las cucurbitáceas, cuyos frutos de encendida pulpa, dulces y aguanosos, asoman su verde-obscura redondez entre el rastrero tallo de las plantas. La sandía de Sóo tiene, sin duda, reconocida fama en el mercado nacional, siendo Barcelona una de las ciudades españolas que más se deleita gozando del fresco almíbar incomparable. De cómo la sandía se hace apoteosis en este ardiente desierto, explicado queda porque las arenas voladoras, siendo de origen orgánico, traen consigo alguna humedad desde las orillas atlánticas, conservándola gracias a la capa superficial que se forma sobre el suelo, por rápida evaporación, quedando humedecida la parte inferior. Las brisas del norte, en especial, las que llegan desde la rada de Penedo, aportan humedad al desierto de Sóo durante la noche, y que la antedicha capa superficial resguarda del ardiente sol.

Salvador Rueda ha cantado así a la sandía:

“Cual si de pronto se entreabriera el día,
despidiendo una intensa llamarada,
por el acero fúlgido rasgada
mostró su carne roja la sandía.
Carmín incandescente parecía
larga y deslumbrante cucullada,
como boca encendida y desatada
en frescos borbotones de alegría”.

Esta fiel interpretación de los momentos en que nos disponemos a gozar de la dulzura y frescor de esta fruta, se repite de continuo en la recolección duran-

(1) Fragmento del romance “Tragedia de Sóo”, original de Leopoldo Díaz Suárez.

(2) El “baile candil” es cosa muy popular de Canarias, aunque en Sóo constituye aún hoy diversión acontecida.

te la cual nadie que llegara a Sóo dejaría de ser invitado a saborear la pulpa encarnada y chorreante de la sandía.

Además, Sóo, cosecha ricos melones dorados que saben a la carne del conejo salvaje, una carne prieta y, a la vez, rala; muy dulce y, a la vez, con cierto amargor como si fuera resbalando garganta abajo algo de almendra y de miel.

Así es el pueblo de Sóo, indolente, leguleyo y enigmático, que parece vivir sin prisa, sin presente ni porvenir. Nunca mejor que ahora, cuando ya dejamos a Sóo y a su triste ermita, para recordar aquel voto popular en tiempos de Pericles (3) que aprobaba la ley para castigar severamente a los que propalaran teorías astronómicas, “en las cuales se advierte la voluntad del alma antigua, decidida a borrar de su conciencia el pretérito”. Es ese el verdadero tiempo en que parece vivir Sóo, porque al contrario de todos los pueblos de la isla, manifiesta, en cualesquier circunstancia, su falta de interés por el presente y por el porvenir.

Todavía se recuerda al legendario cura don José García Durán, natural de Lanzarote y propietario de la Capellanía de Sóo, quien acaso poseído del mismo espíritu retrógrado silenció por mucho tiempo el primer cultivo de la barrilla (4) en esta isla. Según Viera, fue el cura García Durán quien introdujo en Lanzarote esa planta rastrera, roja y sudorosa, que los botánicos designan “escharcada”, cuando al volver de su cautiverio de Salé, en 1740, y después de conocer entre moros el empleo de las cenizas de dicha planta, trajo consigo semillas que cultivó en su Capellanía de Sóo, silenciando no solamente el valor de la planta sino además su existencia. Únicamente, cuando ya se hizo una verdadera plaga en los arenales de Sóo comenzó a ser conocida, y asegura Viera que cierto patrón veneciano, llamado Sanqui, la adquiría a cuatro reales el quintal. A partir de 1782 ya hubo en Sóo industria y comercio de barrilla, llegando Lanzarote a exportar en 1808 unos 120.000 quintales, que se aumentan en los dos próximos años hasta los 150.000 quintales, a razón de 90 reales.

Apartada del caserío, rodeada de rubios y atormentados arenales, sobrevive la triste y humilde ermita del cura García Durán, la de los dos Sanjuanés (5), con su techo de adobe, sin tejas, y su campanario de tres palitroques, su pequeña puerta y su calvario de cruz humilde. Es el intacto pasado de Sóo, como us ceñeos y endilgados varones, como el atávico embozo de sus mujeres y, sobre todo, como su indigenismo ancestral, que conserva la devoción y el agradecimiento a la Orden de los Trinitarios, redentora de aquellos primeros esclavos que padecieron por estas malezas de Dios...

(3) Spengler.

(4) De las plantas barrilleras utilizadas en Canarias, las dos más importantes —dice don Simón Benítez— son las que denominó Linneo *mesembryantemum crystallinum* y *mesembryantemum nodiflorum*.

(5) San Juan el Evangelista y San Juan el de Mata. Data esta ermita del año 1771 y, acogiéndose a la escritura existente en la ermita de San Rafael (Teguise), reclamó la imagen de San Juan Evangelista, solemnemente trasladada a Soo en 1772.



El gran Desierto de Sío.



Inmediaciones hacia la Cueva de Ana Viciosa (Tinajo).



La pintoresca y humilde ermita de Sóo, y su calvario.



Mercado de sandías en Sóo.

DOÑA ANA VICIOSA

CAPITULO XXVII

De la brava Costa de Barlovento y del endiablado Cuchillo, del más antiguo cráter de Lanzarote y del efímero caserío de La Santa, de doña Ana Viciosa y su romántica cueva, y de las leyendas de amor que se le imputan.

El porvenir, el futuro de Sóo, vuelve a preocuparnos cuando se va esfumando entre el cielo y los inmensos arenales. Ya en esforzado andar por la vega de Sóo, con Las Machinas y Muñique al sur, sigue uno pensando cuál será el futuro de la pequeña humanidad que vive en Sóo aferrada al pasado. No en balde se tiene la sensación de que el presente y el porvenir son pulverizados, para que revuelen juntamente con las arenas sin quedar nunca en su lugar. Por eso, al volver la vista hacia atrás, Sóo parece soñar engullendo su vivir, triturando las horas y minutos recién nacidos. Por la misma vega de Sóo, cuya andadura es pesadísima, flota una mano invisible que dirige y detiene a su antojo al tiempo. Una repetida pregunta tortura a la mente más equilibrada: ¿Y ahora, qué sucede? ¿Cuál es la hora presente?

La monotonía "sahárica" se rompe con la leve presencia de la montaña Mosta, que es necesario trepar para admirar al endiablado caserío del Cuchillo, donde una dama (1) de rango y prosapia manejó con mano dura a multitud de "majos" y moriscos a principios del siglo XVI, de los cuales "muchos se bautizaron y quedaron con libertad en esta isla" (2). La aldea del Cuchillo, pobre, chiquita y sin recursos, es muy dada a la fantasía, y cree en la bestialidad inteligente, en animales poseídos del demonio y en las dotes que tienen los cuervos para encontrar presas que alegran el corazón de los enamorados. Nada más sacrilego en El Cuchillo que poner en duda el origen tenebroso de esos animales agoreros. En cierto modo, hay culto al cuervo en El Cuchillo, aunque más bien se le teme... El cuervo vuela eternamente sobre el pobre caserío, y los "cuchilleros" miran los espacios para seguir la siniestra evolución del ave agorera, con la desdicha de no poder librarse jamás de las supercherías que, de padre a hijo, han ido arraigando en la sangre y médula del Cuchillo.

Desde la montaña Mosta ya parte uno hacia Costa de Barlovento, rumbo por entre Los Dises y la casona de La Caldera del Cuchillo, o montaña Mihera, milenario cráter identificado como el más antiguo de esta isla (3), cerca del Marrubio, donde don José Lubary armara aquel célebre escándalo, en la creencia de que había encontrado aguas extraordinarias. Ni corto ni perezoso cursó a Las Palmas el siguiente precipitado telegrama: "Vengan urgente punto

(1) Probablemente doña Constanza Sarmiento, hija de Sancho Herrera.

(2) Torriani, ep. X, pág. 44. Gioranescu.

(3) El doctor Han Magnus Hausen así lo acepta en su clasificación

hemos encontrado aguas raras". Luego, sin más averiguaciones se demostró que tales aguas no eran otras que filtraciones del océano.

Llegar a la Costa de Barlovento resulta un espectáculo maravilloso, porque allí el Atlántico brama, grita y silba, como la voz de los dioses implacables. Las grandes olas espumosas, sonoras y azules, se suceden una a una con claridad meridiana, en especial por la parte del Rebolaje de Machín, anatema terrible que no se detendría jamás ante los dardos de Hércules o la espada de Teseo. ¡Buena cosa encuentra uno por esta Costa de Barlovento, punto menos que desconocida! Por aquí tiemblan los cielos con el resplandor del sol, sintiéndose la bravura litoral como algo emocionante, como si de un momento a otro la cornisa rocosa fuera a desplomarse sobre las impetuosas mares festoneadas. La pequeña península de Mejías, con su isleta abarloada que, como una embarcación, parece tener un valor desmelenado, sin miedo al naufragio que tanto atemoriza a los pescadores. Y el río salado, con sus pirámides de sal, sus molinos y sus rectangulares espejos de agua cerrada. No nos da La Costa de Barlovento una imagen humanizada, sino la de una deshumanización absoluta regida, sin duda, por las fuerzas ciegas de la más salvaje naturaleza.

A poco tramo de la península de Mejías está la residencia veraniega de la gente de Tinajo, que suele inundarse cuando el Atlántico tiene inesperadas crecidas, acompañadas siempre por vientos huracanados (4). Esta residencia de estío, misteriosamente llamada La Santa, fue en otros tiempos muy frecuentada por gente linajuda, aunque en la actualidad apenas si nadie acude allí. Después de rápido barzoneo por las contadas casitas de La Santa, que parecen estar soldadas a los risquetes de la orilla, trepa uno la montaña Bermeja, resquebrajada, partida a tajos, y desde su cumbre vese a Dios, al mar, oscuro como boca de lobo. A los pies queda el fatídico y nunca bien aclarado Morro de los Betancores, donde dicen que se escondían las criaturas habidas al margen del matrimonio. Hay quienes hayan oído el lamento de los niños, ateridos de frío, y quienes hayan visto ahogarse por allí a una madre arrepentida y desesperada. A la derecha del de los Betancores, vese emergiendo de las aguas atormentadas a Morro Negro, con sus crestas y púas de piedra, cual si fuera un monstruoso reptil o un demonio disfrazado. Más allá la Costa Blanca, cuyas arenas no son otra cosa que un polvillo de conchas marinas, que refractan la luz solar, como si ese tramo precioso estuviera lleno de partículas diamantinas. Pero, a la izquierda, detrás de Los Lajares y de Los Cuchillos, está la legendaria Cueva de Ana Viciosa, casi abrazada por el Caletón de las Animas y a dos pasos del seno de Las Crucitas, acá de Punta Marcial, donde se inician los grandes escurrajos de lavas, de distintas y distantes erupciones, volcados al mar para formas la varia y rara costa de maravillas mil, pero en la actualidad de imposible tránsito (5).

Todo el trágico litoral que se alcanza con la vista, hasta los Morros del Viento, y aún más allá, hasta la tenebrosa Mar del Cochino, está tradicionalmente vinculado a las correrías del pirata Cabezaperro, ajusticiado en Tenerife hacia la mitad del siglo XVIII (6). Según la leyenda el célebre corsario tuvo un gran amor en Lanzarote, un amor casi platónico, y del que gozaba Cabezaperro durante los cinco o diez días que, a lo largo del año, la bonanza era posible en las bajas de Peña Dorada. El pirata obsequiaba a su dueña con baratijas de cristal de colores y algunas monedas, sin que su amor exigiera más de la moza que la reiterada promesa de no matrimoniar. Un día Cabezaperro, llevado de las delicias sentimentales, manifestó a la chica que descaba esconder su personal

(4) La Santa sufrió la última inundación en 1958.

(5) Desde Las Crucitas a la Punta del Jurado hay unos 20 km.

(6) La fantasa popular ha hecho amasijo de amores entre Cabezaperro y doña Ana Viciosa, pero nada menos cierto.

tesoro, ya que se había publicado y pregonado por doquier el precio de su cabeza. El sitio elegido fue la Bonanza del Buey, entre la impetuosa Mar del Cochino y Peña Dorada, no sabiéndose nada en absoluto porque la enamorada se llevó el secreto a la tumba, cuya muerte le sobrevino al llegar la noticia de que Cabezaperro había sido ejecutado en Santa Cruz. Desde entonces se busca el paradero del tesoro (7), y en la búsqueda se ha encontrado en la Mar del Cochino una argolla de tonelada y media, de bronce, que permanece hundida en las aguas, no siendo visible sino en las bajamares muy contadas. Al parecer, es la tradicional creencia, tal argolla fue colocada por Cabezaperro para amarrar su embarcación, con ánora afuera y cable en tierra, mientras eludía la presencia de algún navío oficial.

Mas, volvamos a la Cueva de Ana Viciosa, cuyo nombre lo toma de aquella gran señora que fue doña Ana Viciosa, esposa del viudo gobernador de Lanzarote, don Juan de León Moxica (8), hijo de don Luis de León que se murió en Agüimes (Gran Canaria) el año de 1572. Doña Ana Viciosa era de aúpa, con vigor de hombre, y de belleza singular, no en balde era nieta de mora cautiva. El galante marqués de Lanzarote, don Agustín de Herrera, le regala la isla de Montaña Clara (9). Mucho más inteligente y sagaz que su marido, del que enviudó rápidamente, doña Ana Viciosa se las arregló de tal manera que llegó a ser absoluta señora de Tinajo y de la inmensa zona de los volcanes, donde creó pequeñas aldeas abastecidas por moriscos adquiridos a los señores de la Casa Herrera. Esta Ana Viciosa, como mujer de rumbo que era, daba a sus amistades comidas pantagruélicas, cosa que no resultaba "buena" para los reverendos de la Real Villa de Teguiise, que se cuidaron de alejarla todo lo más posible de la capital insular, o Corte de los santos señores Herrera-Peraza.

Doña Ana Viciosa tuvo varios hijos, y en honor del más querido, Juan Perdomo, puso ese nombre a un pueblecito que luego sepultó el volcán por las inmediaciones del Golfo. Por estas fechas, 1610-1625, solían atacar las costas de barlovento algunos moros resabiados por las anteriores cabalgadas que hiciera don Agustín de Herrera en Berbería de poniente. Es cuando Ana Viciosa decide, por su cuenta y riesgo, colocar centinelas en las escarpaduras y atalayas, prefiriendo para ello a la montaña Teneza, con el fin de estar prevista y tener suficiente tiempo de preparar a sus gentes, ya que los soldados prometidos por la capital siempre llegaban tarde. Había descubierto Ana Viciosa una cueva a mitad del acantilado de Los Cuchillos, cuya boca se abría a unos doce metros desde el mar y a nueve desde su techo hasta la cima. La bien bragada señora hizo de tal cueva una verdadera fortaleza, un refugio magníficamente concebido, con sus troneras cara al Atlántico, su cuerpo de guardia, y sus habitaciones interiores, donde dicen las viejas crónicas que compartió horas de angustia con bellos "capitanes". Cuando los moros invasores osaban sitiar la cueva de Ana Viciosa salían siempre mal parados, porque la defensa que la célebre dama hacía era digna de un gran general.

Hoy el mar ha destruido el complicado camino que Ana Viciosa trazara, colgándolo por los cantiles, por lo que resulta difícil el acceso al histórico lugar (10). La Cueva se ha convertido, con el tiempo, en inmenso palomar y las

(7) Repetidas veces se ha intentado resentar la fortuna del pirata.

(8) Moxica, o Monguía.

(9) Anteriormente, el 17 de noviembre de 1502, Sancho de Herrera hace merced al padre de Ana Viciosa, don Juan de Sanvedra, de unas suertes en Montaña Roja.

(10) El Dr. Heme Verneau, que visitó la Cueva en 1885, dice que creyendo que fuera una antigua habitación mahorera pretendió reconocerla, pero que hubo de utilizar varias escalas empalmadas, por ser inaccesible de otro modo. La Cueva de Ana Viciosa estuvo habitada en días recientes, dice Verneau, cuando era fácil su acceso y el mar no la había hecho su obra de erosión.

cacerías se prodigan a mansalva. También despierta el humano egoísmo las grandes masas de estiércol de paloma acumuladas con los años, y sin ir más lejos hará ahora medio siglo, un grupo de campesinos ignorantes lograron escalar la Cueva, para levantar las lastras de estiércol y a la vez descubrir varios objetos de gran valor, pero que sin piedad hicieron desaparecer por obra y gracia de la incultura (11).

Desde las troneras de la Cueva de Ana Viciosa se ve el paisaje del cielo y el del mar, resultando ambos maravillosos y de unas coloraciones bellísimas, que cambian según el sol vaya marcando sus tintas y matices. Esta Cueva, a primera vista, parece una cripta con bóveda de más de tres metros, y alrededor varios huecos, siendo uno de ellos bastante amplio y bien dispuesto, acaso el dormitorio de doña Ana Viciosa cuando hacía noche allí, para guardar personalmente sus joyas de más valor.

Dentro de la Cueva retumba el bramar del océano con tal fuerza que parece más quejido de entrañas volcánicas que la voz de Dios.

(11) Cucharillas de plata y oro, con escudos grabados, varios recipientes, y otros objetos de interés.

T I N A J O

CAPITULO XXVIII

Del bizantino pueblo de Tinajo y del casi "san" Jacinto de Vera, de la mudéjar iglesia de San Roque y de la valiosa imagen de N. S. de la Candelaria, del famoso párroco don Tomás Rodríguez y del floreciente cultivo tabaquero.

Según se aleja uno de la Cueva de Ana Viciosa, bordeando la cornisa de Las Animas, hacia montaña Teneza, en derechura a Tinajo, vese entre las retorcidas escorias lávicas a multitud de "islotos" fértiles. Son estas "islas" pedazos de buena tierra, milagrosamente insepultos por el mar petrificado, que a partir de aquí invade las tres cuartas partes de Lanzarote. Los Islotos del Cortijo forman un verde archipiélago menor si se comparan con las grandes "islas" que van a dar a la Playa de la Madera, Volcán Nuevo y Caleta del Mariscadero. Las "islas", trágicamente enclavadas en la dantesca zona de los volcanes, son feraces y dan los frutos más sabrosos que otras tierras en libertad. El cultivo del tabaco, en las "islas", obtiene plantas de mejor calidad, aunque la tierra viva aprisionada por rocas jeroglíficas.

Llegar a Tinajo es como verse de sopetón trasladado a la primitiva Bizancio porque el pueblo que uno tiene delante es, sin duda, el que más chimeneas orientales muestra. Es rara la casa que no esté rematada por una chimenea a modo de bulbo de cebolla, con pretención de alminar, como si de auténtico estilo bizantino se tratara. En seguida, por asociación, se piensa en las mezcuitas de Constantinopla, o en el paisaje urbano de Fez.

Las casas de Tinajo son chatas, cuadradas y minúsculas, con pocos huecos al exterior e, invariablemente, precedidas por barbacanas de adobe y piedra, vestidas de blanquísima cal. En esos muros rectangulares crecen, sin más cuidado, geranios y adelfas, cactus y clavellinas; pero es la endilgada palmera, como único árbol, la que disputa soberbia a las empinadas chimeneas de Tinajo. Las casas de Tinajo tienen, además, chozas de pared de piedra tosca y techo de "torta" (1), a dos aguas, como se dice, y que antojan ser barracas enanas y anacrónicas en un país donde reina el padre Sol. Estas "barracas" poseen el gran tesoro de sus vigas, que son de rica tea, y que en la actualidad se cotizan mejor que cualquier quintalillo de buen tabaco. ¡Por eso se explica tanta "barraca" destechada! ¡Tanta tala en el paisaje, como acaece en toda la isla con los molinos de viento! Sin embargo, Tinajo, conserva y mimra la preciosa existencia de dos "molinas de gofio", de aspás y envergadura majestuosas, que exornan al pueblo y embellecen el panorama al cervantino modo.

Tinajo visto desde lejos, o mejor desde arriba, por los Morros de San Roque,

(1) "Torta", mezcla de lodo y paja.

con sus diversos y estallantes colores, entre los que predominan el blancor del caserío y el purísimo negro de los enarenados, con sus alegorías de falsos arabescos, su atávico urbanismo diseminado, autoja de verdad un poblado del próximo Oriente.

En 1650 Tinajo no era otra cosa que un pueblo miserable, y sus habitantes eran en casi su totalidad controlados y administrados por la legendaria doña Ana Viciosa. Los vecinos con que contaba el pueblo no pasaban del centenar y y los más se dedicaban al pastoreo. En 1679 vemos que Tinajo ya cuenta con una pobre ermita, bajo la advocación de San Roque, ampliada hacia 1738 y convertida en segunda parroquia el 29 de junio de 1792 por el prelado don Antonio Tavira y Almazán, quien para evitar reclamaciones de las ya creadas publicó edicto citando a los disconformes. Empero, en Tinajo, la miseria constituía una costumbre. Las Vegas, hoy tan fecundas, fueron durante los tres últimos siglos nada más que eriales de pasto. A partir de 1800 Tinajo inicia, aunque lentamente, sus primeros pasos hacia la civilización y el progreso. Por estas fechas se hacen nuevas reformas en la ya iglesia de San Roque, con sus naves y techumbre mudéjar, su valioso Cristo, atribuido a Luján Pérez, y su Virgen de la Candelaria, obra del orotavense don Fernando Estévez, discípulo que fue de Luján.

En 1826 los vecinos de Tinajo, para saldar pretéritas promesas, quisieron donar una imagen de la Candelaria a la iglesia parroquial, por lo que se hacen las gestiones con varios escultores de la época. Por fin queda concertada la compra con don Fernando Estévez, que se compromete a entregar la obra a cambio de "doscientas fanegas de cebada y lo demás en dinero" (2). Para abundar más, citamos la carta que el de la Orotava dirige al párroco de Tinajo en 12 de febrero de 1827: "Con fecha 12 del pasado mes de enero recibí la de usted en contestación al precio que dije ascendía la imagen de la Candelaria y ciertamente que extraño mucho el que ha ofrecido el señor Betancort (don Francisco), su amigo, pues después de costear yo todos los materiales como son madera, lienzos, engrudos, colores y oro, con todo lo demás que omito, no sé lo que pensaría dicho señor que me quedaría por premio de este gran trabajo". Luego el airado discípulo de Luján comenta y afirma que pasaría hambre antes de malvender su obra. No hizo mala adquisición Tinajo, pues la imagen estofada de la Candelaria es una de las más valiosas y perfectas con que cuenta Lanzarote. Claro, que don Francisco Betancort, hombre dado al negocio exclusivamente, poco o nada debía entender de los estofados artísticos. Así se lo hace saber más tarde al intrépido escultor don Fernando Estévez. Es este tenerfeño quien recomienda al párroco de Tinajo que adquiriera un cuadro de Animas, obra de don Manuel Antonio de la Cruz, padre de don Luis, más tarde pintor de Cámara de Fernando VII, y mediante pública recolecta se importa dicho cuadro, comenzando la gran influencia del arte lagunero en Lanzarote, salvo contadas manifestaciones anteriores, y que habría de perdurar hasta casi los principios del presente siglo.

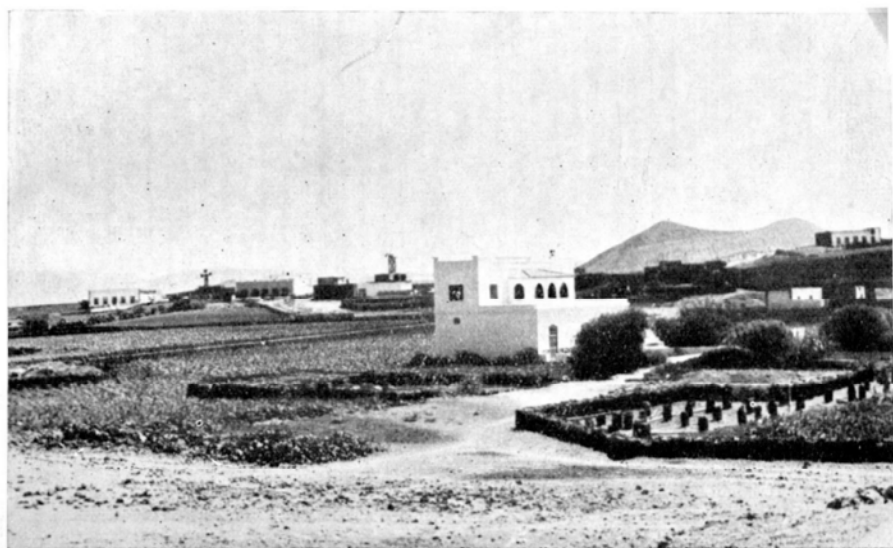
Nace en Tinajo don Jacinto de Vera, que después de desempeñar los cargos más destacados como presbítero, fue nombrado Obispo de Montevideo, falleciendo en 1881 mientras daba misiones cuaresmales. Su fama de santo es notable, y en la Antología Uruguaya se afirma que "murió en olor de santidad", y que todos lo seguirán considerando como "casi San Jacinto de Vera". Entremecedora fue la oración que pronunciara, con motivo del entierro, don Juan Zorrilla San Martín, ensalzando las virtudes ejemplares del santo Obispo lanzaroteño.

Desde 1850 a 1900 Tinajo prospera algo, pero muy lentamente. La riqueza

(2) Casi 1.000 pesetas de cebada, según el valor de entonces.



Iglesia de Tinajo, con su actualísimo reloj de sol.



Paisaje de Tinajo, con sus molinas de viento, tabacales y el rústico secadero de la planta de Nicot.



Caldera Quemada, y resquebrajaduras lávicas.



Santuario de N. S. de Mancha Blanca, o mojón que señala la detención de las lavas por intercesión de la Virgen.

está en tres o cuatro pares de manos caciquiles, desconociendo los vecinos las mínimas comodidades que exigirse pudiera en aquellos años no tan lejanos. Los señores no cuentan con otros menesteres sino el ocio y la política, sucediéndose atropello tras atropello a la sombra de la impunidad. Por fin, en 25 de enero de 1903, se persona una Comisión provincial que declara nulo y sin ningún valor a todos los efectos el "acuerdo" tomado por el Ayuntamiento, según el cual se exoneraba de los cargos de alcalde y concejal a don Braulio Toribio y Valencia-no, "por considerar que el Ayuntamiento de Tinajo obedece particulares encargos de persona desavenida con el señor Toribio". Erau las clásicas zancadillas de la menuda política, entonces tan en boga.

Fue el santo cura don Tomás Rodríguez y Romero quien llegó a Tinajo dispuesto a desmenuzar, con arrojo y valentía, el problema agrícola de su nueva Parroquia, estudiando almas, cuerpos, animales y terrenos. Nadie podrá arrebatár a don Tomás la gloria de haber sido quien realizara, en sus propias fincas, las primeras experiencias de enarenados. Demostró don Tomás a sus feligreses, adustos e indiferentes, que las tierras enarenadas valían un potosí, y de estas luchas y enconos ha salido esa entidad agrícola que es la zona tabaquera más importante de Lanzarote. Sí, don Tomás —sobran los apellidos— fue, sin duda, el gran redentor de Tinajo, el titán que con mano de hierro supo inculcar a sus vecinos el afán de la renovación.

Ya Agustín Espinosa se ocupó de don Tomás, haciendo su justa semblanza, pero don Tomás Rodríguez fue más, mucho más interesante, hasta el punto de que sus anécdotas y buen humor podrían llenar todo un volumen. Porque don Tomás, si de verdad fue cura, también fue un economista estupendo, a la vez que improvisado galeno. Era muy vivo y vivaz, trapeando la sotana canosa, por birrete, sombrero flexible; la voz gruesa, retumbante; alto y orondo, sin doblar nunca su desafiante figura; cortés cuando quería, y de erudición más que sobresaliente, bien llevada. En extremo ocurrente, listo como ardilla y de pasajero buen humor. Así era don Tomás, el hombre-cura histórico de Tinajo.

Hablar de Tinajo sin ahondar en su "institución" don Tomás, es como si se mencionara al Paraíso terrenal sin topar con el recuerdo de Adán. Por eso, aún, queremos seguir hablando de él, recordándole cuando, al sanchopancesco modo, hacía de caballero sobre famélica yegua, para pasarse de cabo a rabo la parroquia, visitando a los enfermos o recorriendo sus fincas. Así durante más de cincuenta años, siempre el mismo, con las misma postura e invariable carácter. Nunca se derrumbó su recia estampa de medio clérigo y medio cacique. Hace unos años se fue de este mundo, pero su fantasma flota y se respira en el ambiente insular, porque no hay rincón en Lanzarote donde no se le tenga grata memoria, si bien es verdad que, en torno a este memorable recuerdo, la fantasía y la jocosidad populares han inventado cuentos mil acerca de don Tomás. Lo que sí es cierto, rigurosamente histórico, es la paliza que le dio a un maestro de escuela que de él quiso hacer motivo de mofa. Tal irrespetuoso funcionario, con el río revuelto de 1931, ordenó a los niños que tiraran piedras contra la casa parroquial. Don Tomás, que estaba al acecho, abrió la puerta y salió como un volador en pos de las atemorizadas criaturas, agarrando a una que confesó sin más la consigna de aquel "circunstancial" bravucón. El buen cura decidió al instante jugarse el cuero, y montó guardia por los alrededores de la Plaza de San Roque en la seguridad de que por allí recalaría el osado maestro. Efectivamente, al poco, a eso del Angelus sería, pasa el emplazado y don Tomás se disparó hacia él dándole tan repetidos y sonados cogotazos, que el desgraciado quedó inerte y ensangrentado sobre el suelo (3).

(3) Poco después, en la Guerra Civil, don Tomás Rodríguez y Romero intercedió por su malparado agresor

Tinajo está enclavado entre el Atlántico, el desierto de Sóo y la infernal región de Timanfaya, y acaso por eso Tinajo sea un prodigio de labor y fecundidad agrícola. No es igual hablar de la agricultura continental, que de la insular y menos aún de la de Tinajo, porque mientras en la España peninsular, póngase por caso, la naturaleza colabora con el hombre que cultiva la tierra, en Tinajo, y en Lanzarote por extensión, es la naturaleza la que más bien entorpece las labores agrícolas. El hombre de Tinajo antoja un cíclope que se pasa la existencia en lucha tenaz sobre el suelo, abriendo con sus propias uñas los surcos, arañando la tierra, como si la apremiara a dar los frutos soñados. Todo lo que hace quince o veinte años era pura maleza, es hoy emporio de fértiles enarenados, tal y como profetizara el arquetipo don Tomás.

Tinajo tiene un barrio llamado Tajaste, que al recorrerlo hace pensar si no será su toponímico tan púnico como el que dio nombre al lugar donde naciera San Agustín (4). El caserío de Tajaste está separado de Tinajo por no mucho tramo, pero se une a su cabeza por el cordón umbilical de algunas casas dispuestas en riñón. En Tajaste capturó Juan Curbelo Rivera un cuervo de ocho meses, y a los tres de estar en su poder hablaba como un loro: "¡Juan!, ¡Juan!, decía el cuervo con meridiana claridad, y multitud de otras palabras, que recuerdan aquel "¡Nunca más!" del poema de Edgar Allan Poe. El paciente Juan Curbelo tuvo otro cuervo hablador en 1952, famoso por sus retahilas zafias y pícaras, y que recibió correspondencia desde diversas partes del mundo, así como un contrato en Tánger para grabar discos con su voz siniestra. Mas, el cuervo de Tinguatón, no llegó a emprender su derrota de gloria, porque el caballo de Juan Curbelo lo mandó a mudar, de una coz, al otro mundo.

A partir de Tajaste abundan los toponímicos de raíz árabe, que invariablemente tiene la inicial T, como Tajaste, Tinache, etc. Para dar una idea de tal abundancia, damos a continuación los nombres propios de la toponimia insular que comienza con la letra t:

Tabayesco	Tegia (5)	Tías	Tinguatón
Tabaiba	Tegoyo	Tilama	Tiñosa
Tablero	Teguise	Tilo	Tisalaya
Tahiche	Temeja	Timanfaya	Tomaren
Tahosín	Temisa	Timbaiba	Tope
Tahoyo	Temnime	Tinache	Torrejilla
Taiga	Tenesía	Tinajo	Trabuco
Tajaste	Teneza	Tinamala	Tremesana
Tamia	Tenguime	Tinasoria	Triguera
Tao	Terminillo	Tinaspría	Tronquillo
Tefía	Tesguite	Tinecheide	
Tegala	Testeina	Tinga	
Tegazo	Tiagua	Tingafa	

Aunque los toponímicos que se citan sean voces características (que no todas) del árabe, diferimos que sean esas las primitivas formas canarias. La toponimia insular aguarda pacientemente el estudio que despeje un poco el velo de su prehistoria.

(4) En la toponimia canaria existen formas fenicio-púnicas.

(5) Tegía, o Telía, o Teja, que así se ve en los mapas.

SANTUARIO DE MANCHA BLANCA

CAPITULO XXIX

Del Santuario de N. S. de los Volcanes y de los orígenes de su advocación, del milagro acacido en la niña Juana Rafaela Acosta y del pío cautiverio del famoso cuadro de Dolores.

Mancha Blanca dibuja la silueta de su blanco caserío a un lado de la fértil y alegre caldera del Guiguan. Cuando el creyente inicia su viaje de santa peregrinación es al monte Guiguan a donde dirige sus pasos, porque allí la Santísima Virgen hizo el más edificante milagro que ha conocido la isla de Lanzarote.

Durante las erupciones volcánicas de 1730 al 36, varios brazos de lava se expandían vertiginosos por la ya desmantelada geografía insular, amenazando sepultar y destruir cuanto quedaba aún intacto. Un torrente de magma y llamas cruzaba la zona de Mácher, a la vez que otro río infernal se precipitaba hacia Tahiche, Puerto de Naos y Las Caletas. Mas, el tremendamente impetuoso, el más voraz, procedente de los cráteres de Las Quemadas, veníase encima de Mancha Blanca y, como era de esperar, encima asimismo de Tinajo. La población quedó petrificada mientras los animales huían hacia La Costa sin orden ni concierto. Algunas aves caían asfixiadas de respirar los aires saturados de gases malolientes. Las invocaciones al Padre Eterno se repetían sin cesar, y se ofrecían promesas mil solicitando un milagro.

Había terminado de dar Misiones en Tinajo un franciscano, el P. Guardián, que había recalcado en sus prédicas que el pueblo debía acogerse a la protección de la Virgen de los Dolores, cuya fiesta acababa de conceder el Papa Clemente XII a España en 1735 para celebrarse por primera vez el 15 de septiembre del siguiente año, o sea, cinco meses después de terminadas las misiones del P. Guardián. Fue este franciscano quien, a primeros de abril de 1736, fecha aproximada de las vomitaciones de los cráteres de Las Quemadas, convoca y calma al pueblo para organizar una rogativa, a la vez que portando la imagen de N. S. de los Dolores (1), que se hallaba en la ermita de San Roque, hoy iglesia parroquial de Tinajo, se fueron el franciscano y vecinos al encuentro de las corrientes de lavas, volcadas ya de lleno sobre el incipiente caserío de Tajaste. La fervorosa procesión se situó en la montañeta de Guiguan, y desde allí prometieron solemnemente construir una ermita a la Señora si Ella conseguía detener la desolación que se estaba consumando por todos los rincones del corazón insular. Un individuo (2), decidido y valiente, abrazado a una cruz de tea, se adelantó cuanto pudo hacia el hirviente magma, con gran peligro de morir achi-

(1) El cuadro de N. S. de las Angustias, que se halla hoy en la sacristía del Santuario de Mancha Blanca. Se ha querido interpretar que fue escultura y no cuadro, pero nosotros nos inclinamos por lo último.

(2) Nos ha sido imposible su identificación.

charrado, clavó la cruz mientras los presentes, emocionados y transidos de amor a Dios, lloraban y rogaban con fe titánica. Y... ¡Milagro, milagro! ¡¡Milagro!! era el grito unísono. Efectivamente, cuando el tormentoso e incandescente río llegó a los pies de la cruz (3), aquél se detuvo como por sobrehumana apatencia, cesando de sepultar nuevas tierras. Mas, curiosísimo resulta el hecho, antinatural, de que las lavas de los próximos días no siguieran su curso normal, sino que se desviaron para buscar carrera sobre las petrificadas escorias de otroras. El 16 de abril de 1736 cesaron las terribles e inolvidables erupciones.

Pero, las promesas hechas a la Virgen en días aciagos y descsperantes, se olvidaron tan pronto como los insulares tuvieron paz y tranquilidad. Así pasaron los años, acaso más de cuarenta, durante los cuales el monte Guiguan sólo fue un símbolo, un agradable recuerdo de la intercesión de la Virgen, pero nada más. Apenas si entre los vecinos se hablaba de aquella vieja promesa de construir una ermita a N. S. de los Dolores. No por estas afirmaciones dejamos de creer que alguien habría en Tinajo dispuesto a recordar la insoslayable ofrenda confirmada por el voto general. Mas, ya lo hemos dicho, en Tinajo no vivían sino pobres pastores y la miseria constituía una costumbre. Solamente un par de ricos habría en toda la reducida población, por lo que no es baldío suponer que el olvido más bien sería de los hacendados que de los humildes cabreros, entre los que se contaba Juan Antonio Acosta, padre de la bienaventurada y dulce pastorcilla Juana Rafaela Acosta (4). Cuidaba ésta sus cabras por la fértil y alegre caldera de Guiguan, pues era la pastora vecina de Mancha Blanca, cuando una mujer enlutada la saludó amablemente y le dijo: *NIÑA, VE Y DILES A TUS PADRES QUE CUMPLAN LOS VECINOS LA PROMESA DE CONSTRUIR LA ERMITA, PUES DE LO CONTRARIO CORRERA EL VOLCAN DE NUEVO*. La niña, que en este año de 1774 debía haber cumplido los nueve de su edad, sin conceder mayor importancia a la comunicación de aquella mujer, contó el suceso a sus padres. Ni Juan Antonio ni Rita creyeron a su hija y le rieron por tales embustes. Días más tarde, la pobre pastorcilla torna a ver a la mujer enlutada, que le encarga nuevamente el mismo recado, pero Juana Rafaela se niega y alega que sus padres la castigan porque creen que sus palabras son mentira. Pero, la Santísima Virgen, que no era otra la mujer de luto, puso su mano sobre los hombros de la niña diciéndole: *VE, AHORA TE CREERAN*. Los padres de Juana Rafaela quedaron atónitos y sin habla, sorprendidos de ver la sombra morada, en forma de fina y bien proporcionada mano, que mostraban los hombros de aquella criatura privilegiada. No será motivo de discusión si afirmamos que Juana Rafaela fue en el acto conducida a la Real Villa de Teguisse, flor del espíritu religioso en la isla, y acompañada por ese interminable cortejo de fieles y curiosos característicos de tales acontecimientos. Juana Rafaela fue examinada minuciosamente, tanto por clérigos prudentes como por adustos señores, que a hisbiseos pronunciaban la palabra milagro. A Juana Rafaela la llevaron al templo matriz para mostrarle las diversas imágenes de la Virgen, y en la de Nuestra Señora de los Dolores la niña reconoce a la "mujer enlutada". A partir de ahora todos los vecinos, ricos y pobres, se afanarán por edificar la ermita prometida en aquellas casi ya lejanas fechas de angustia y desolación (6).

Hemos supuesto diez años de construcción y que probablemente la primitiva

(3) Donde hoy la vemos, para admiración de todos.

(4) Bautizada en Teguisse en 1767, hija legítima de Juan Antonio Acosta y Rita Umpiérrez.

(6) Si Juana Rafaela tenía entonces 9 años, en 1774, y suponiendo unos diez años de construcción, la ermita quedaría abierta al culto entre 1781 a 1785, pues en 1780 aún no se registraba en el lugar templo alguno, si bien se estaba construyendo.

ermita de los Dolores (7) se abrió al culto hacia 1781. Su planta fue la misma, poco más o menos, que la actual del Santuario, y su alzada sin el farol ni el frontis. Tenía techo de lastras volcánicas, muy pesadas, como es el de la actual sacristía, que se conserva de la primitiva construcción, con sus dos ventanas y una puerta tapiadas. El libro de la creación de esta primera ermita, con sus cuentas y documentos de terrenos de la Virgen (8), desapareció en 1795 cuando la creación de la parroquia de Tinja, quedando en Teguiise y definitivamente perdido cuando el voraz incendio que destruyó tantos preciados documentos en la iglesia matriz, a principio del presente siglo. No cabe duda que muchas cosas del Santuario de N. S. de los Volcanes están ocultas por causa de esa desaparición, cuales son el autor origen y procedencia (9), de la imagen de los Dolores, y otros asuntos todavía no esclarecidos, como aquel que nos pone en duda si fue cuadro o escultura la imagen llevada en rogativa a la montañeta Guiguan (10).

Desde el milagroso acontecimiento de 1736 la devoción a la Virgen de los Dolores corrió por la isla como reguero de pólvora encendida. Todos aportaban limosnas para el culto y conservación de la ermita, bien en dinero, productos del país o cesión de terrenos.

Hasta tal punto llegó la devoción a la Virgen que, en 1872, vemos cómo doña María Rosa Valenciano le compra un cuadro nuevo al célebre cura de Tinja, don Benito Parrilla, a cambio del viejo que el P. Guardián había llevado en procesión poco menos de siglo y medio atrás. Tal reliquia permanecería fuera de su lugar hasta 1910, año en que se descubre, arrinconado y cubierto por una tela, en el domicilio de don Esteban Velázquez y de manos de su esposa doña Juana Cabrera Feo. Preguntada ésta, que precisamente estaba enferma, manifestó lo antedicho respecto al trueque del viejo cuadro por otro nuevo. Como se le apremiara la entrega a la Iglesia de tan preciada joya, doña Juana, ni corta ni perezosa manifestó que no lo entregaría mientras durara su enfermedad, y que una vez sanada haría, además, una novena que tendría como imagen representativa a la del cuadro reclamado. Después de esto lo entregaría. Pero, doña Manuela Cabrera cobró salud e hizo su novena, y sin embargo seguía aferrada al cuadro como náufrago a tabla de salvación. Fuere como fuere, esta señora comenzó a ver claro cuando, en propias casa y familia, cayó una abalancha de malandantes sucesos (que culminaron con los pistoletazos de su marido) y que la decidió, al fin, a entregar el milagroso cuadro en 1910. ¡Treinta y ocho años duró el cautiverio de la estimada reliquia! Fue entonces cuando doña Rafaela Spínola, aficionada a los pinceles, recomienda dar por su revés al lienzo una mano de barniz encarnado, a fin de conservarlo mejor ya que por falta de otra persona más experta nada se pudo hacer para restaurar los bellísimos matices de su primitiva imagen, que como diría Fray Diego de Hojeda en octavas reales:

(7) En nuestros días Santuario de N. S. de los Volcanes.

(8) Estos terrenos se vendieron en 1800, 13-folio 4.º, siguientes de las cuentas en el Registro Civil y quien quiera puede ver de dónde procedían.

(9) Por el comercio y trato que Lanzarote tuvo, por tales fechas, con Sevilla y Cádiz, es probable que sea una escultura de la escuela andaluza.

(10) El que se halla hoy en la sacristía del Santuario de N. S. de los Volcanes es muy antiguo y presidió la primera y segunda ermita de San Roque, hoy iglesia parroquial de Tinja. No se halla en el primer inventario de 1679 (folio 9 y 10 de S. Roque) éste ni otro cuadro, pero en el inventario de 1738, el segundo de la ermita de San Roque (folio 23), se dice hablando de cuadros: "... mas otro nuevo de Nuestra Señora de los Dolores, de dos varas y media de alto, que es el que se llevó al volcán". En el inventario tercero de San Roque (folio 31 de 1764), aparece este cuadro con el nombre de las Angustias. En los siguientes registros de 1832-33-45 y 49, desaparecen los cuadros en los inventarios, porque en ellos "no se incluyen" los óleos ni las imágenes".

“Es su cuerpo gentil, su faz, hermosa;
 mas el rostro en sudor bañado tiene.
 Que beldad tan suave y amorosa
 con tal grave pasión solloce y pene,
 lástima causa. ¿Quién es la afligida
 en igual grado bella y dolorida?”

Unos cinco años tardó la edificación de la Casa Santera y la de Peregrinos, en particular, para que junto a la ermita viviese una familia y así evitar los repetidos robos con que frecuentemente era sorprendido el solitario templo, como se afirma en las cuentas de 1797, en las que “no se hacen ingresos porque robaron en la Ermita”. También ese mismo año es cuando se da cuenta de los gastos empleados en “las casas”, se reitera que son de urgente ejecución “porque se estaban experimentando muchos robos”. La Casa Santera y la de Peregrinos (11) estuvieron terminadas en 1800, pero es por estas fechas cuando las paredes laterales de la ermita se rinden, por lo que se adquieren 602 cantos (12) para reforzarlas con los actuales estribos, que reconoce don Antonio de Armas cobrando por su desplazamiento, desde Arrecife al Santuario, 170 reales. Empero, pese a tal esfuerzo, la vieja construcción seguía en franca decadencia, y es en 4 de noviembre de 1849 cuando el Obispo don Buenaventura Codina y Augerola manda reconocer la ermita y asimismo trasladar la imagen, con todo lo de más valor existente, a la iglesia parroquial de Tinajo, siendo el mismo Prelado quien declara en febrero de 1850 el estado ruinoso del Santuario de los Dolores. Después de la declaración episcopal —reza la tradición— algunos vecinos colaboraron al desplome de la techumbre, colocándose sobre los laterales, y cayó tan precipitadamente el viguerío que todos fueron en pos de los escombros sin sufrir daño alguno, por lo que se consideró un hecho milagroso.

Durante diez años una comisión “pro Santuario de los Dolores” recorrió la isla de cabo a rabo, reuniendo al final de 1860 una cantidad bastante estimable. Con los 1569 pesos y 5 reales recolectados, se contrató al popular maestro de obras Trías por 1.200 pesos, aunque el señor Trías añadió de propia cuenta “media vara más de alto a la ermita, el campanario, el farol gótico, o cimborrio, y una viga de tea para madre del coro, pidiendo por tales añadiduras 208 pesos”. Las maderas de tea para los techos, las lozas para el piso y cañizo del cielo raso, se importaron de Tenerife (13). Los gastos fueron multiplicando de tal forma que hubo necesidad de vender los “terrenos de la Virgen”, en 1861, y que adquirieron doña Rita Bethencourt y don Pedro Rocha, vecinos de La Vegueta, quienes entregaron 7.105 reales por dichas tierras, por lo que en enero de 1862 se pudo saldar la deuda contraída con el maestro Trías, no sin que para ello fuera necesario la pública limosna.

Por las desavenencias habidas con el contratista Trías, ya a finales de 1861 se había hecho cargo de las obras otro maestro albañil de Arrecife, un tal Sierra, que a primeros del siguiente año da fin a las reparaciones, aunque el Santuario ya había sido abierto al culto unos meses antes.

El 31 de julio de 1824, a las siete de la mañana erupció el volcán de la Capellanía del Clérigo Duarte (14), entre Tao y Tiagua, cuyas explosiones y gran aparato de gases aterrorizaron a todos los vecinos de los pueblos circundantes, que constituidos en fervorosa procesión encaminaron sus pasos hacia el Santua-

(11) Hoy no existen.

(12) Los cantos costaron 137 pesos y 18 reales.

(13) Estos materiales no entraron en el trato hecho por el señor Trías, alcalde de Tinajo y mayordomo del Santuario.

(14) Véase el cap. XLVIII de esta obra.

rio de Nuestra Señora de los Dolores, y ante Ella postrados invocaban su auxilio. Cargaron la imagen e iniciaron una marcha de rogativas, por el camino de Guiguan hacia La Vegueta, y a cuyo cortejo se unían labradores y pastores de Tinajo, Tajaste, Mancha Blanca, Tinguatón y La Vegueta. Sin embargo, sin considerar lo apremiante del tiempo, ciertos señores de Tinajo hicieron detener a la solemne procesión, so pretexto de correr el riesgo de estropear a la magnífica escultura de Nuestra Señora. Estas discusiones tuvieron su lugar en la palma de Yuco, donde se personaron tres individuos de los más acaudalados de Tiagua (15), que se hicieron responsables con todos sus bienes de cualquier daño que ocurrirle pudiera a la sagrada imagen. Llegó, al cabo, el religioso y popular cortejo a las faldas de Tamia, por el caminillo viejo de Tiagua a Tao, y ya a la vista del trepidante volcán colocaron la faz de la Virgen de tal manera que sus ojos también vieran la envergadura de las explosiones. Todos los concurrentes, rodilla en tierra, imploraron a Nuestra Señora que no permitiera que las tierras fueran de nuevo desoladas y sus bienes malparados. Al poco, ante el frenético gentío que gritaba: ¡milagro, milagro!, el volcán dejó de vomitar lava para expeler columnas de humo. Horas después de este nuevo milagro de la Virgen de los Dolores, el volcán retembló fuertemente, aunque en vez de escorias incandescentes soltó un verdadero río de fétidas aguas.

Recientemente se ha proclamado a la milagrosa Virgen de Mancha Blanca como Señora de los Volcanes, bajo cuya advocación se la venera. El alma insular ha dejado en el Santuario su dolorosa huella de terror, representada por mil exvotos de las formas y especies más variadas. Las anuales romerías del 15 de septiembre son auténtica apoteosis de fe, de esperanza y fervor, con sus ventorrillos al estilo del país, olorosos de carnes en adobo, con orégano y mucho vinagre de las "madres" de La Geria. Las ruletas con sus premios estrambóticos, las muñecas y rosquitas de pan azucarado, las lindas y sonrosadas muchachas sobre recuas de cansinos dromedarios enjaezados. ¡Todo humilde y noble, sin petulancias, pero destilando amor a la Reina y Protectora de la Isla de los Volcanes!

El poeta local, Guillermo Topham, interpreta así la devoción de Lanzarote hacia Nuestra Señora de los Volcanes:

“Bañada por la luz de mil amores
—entre lava y espuma de volcanes—
brotas como una flor, llena de afanes,
¡Oh, Virgen milagrosa de Dolores!

Cantos de paz y besos de ternura
se clavan como espinas en el cielo,
para llevar la gloria y el consuelo
al triste padecer de tu amargura.

Y cuando el sol levanta su mirada
llena de fuego y paz, en la alborada,
y el rumor de la arena se hace viento,
todos te cantarán cantos de amores:
las huertas, el volcán, y hasta las flores
que perfuman de luz el firmamento.”

(15) Don Juan Gil, don Marcial Acuña y el anciano señor Mena.

Y es que en torno al Santuario de N. S. de los Volcanes se guarda, como el más preciado arcano, el espíritu insular agradecido y ya para siempre vinculado a la devoción mariana, que significa la más acabada oración del hombre lanzaroteño en su diaria lucha por la vida (16).

(16) Mi profundo agradecimiento al Rvdo. Párroco de Tinajo, don Juan Rodríguez Alvarado, por su amable colaboración al facilitarme los datos que se citan en el precedente capítulo.

LA VEGUETA

CAPITULO XXX

De la hidalga Vegueta y de sus feudos ligios, del impulso tabaquero y del invicto "mosaico", de don Francisco Fernández de Bethencourt y de sus títulos de las Reales de la Historia y de la Lengua, del Yuco de Regla y de Tinguatón.

Sobre un extraño y espeluznante paisaje, entre verdes, ocre y negros, se nos mete por los ojos el caserío de Tinguatón, nada más ni nada menos que aprisionado por cinco cráteres, a saber: Tinache, Caldera Quemada, Uga, La Caldereta y Guiguan. La apariencia externa del pueblo no puede ser más humilde, aunque tras las paredes color de tierra haya quien discorra, con pasión y celo, delante de un montón de dinero. La rica tierra enarenada, regada por el aliento de los volcanes, forma una frontera de verdor entre las inmensas escorias lávicas y las bajas tierras de La Vegueta feudal. Tiene Tinguatón una particularidad muy señalada, cual es que siendo un pueblo relativamente joven tenga la presencia vieja, pero no tan vieja como para ennoblecerse, sino a modo de próxima vejez que es, sin duda, la más absurda y ridícula. Además tiene Tinguatón un exótico contraste, porque sobre las verdes huertas andan libres y dichosos los cuervos de finísima negrura. En Tinguatón es fácil hacer hablar a un cuervo, que suele verse domesticado, y sin embargo la gente de Tinguatón siente un horror instintivo hacia esas aves de vuelo siniestro. Estos vecinos de por aquí consideran al cuervo como ente de mal agüero, aunque por ese temor ancestral ni los mata ni los molesta. En realidad, la gente de Tinguatón es más supersticiosa que los cuervos agoreros, porque aquélla se le suele ver contando casos alucinantes mientras que esas aves inteligentes y pícaras apenas si se dedican a otra cosa que no sea su natural vivir. Bien es verdad que un cuervo no hará nunca por el paisaje lo que los pajaritos cantores, pero a falta de éstos jamás se encontrará un ave más decorativa para exornar las dantescas proximidades a Tinguatón. Acaso por ello Tinguatón tenga mucho de cenobio, con sus huertas recoletas y sus tierras enlutadas, como oasis místico en medio del infernal territorio de los volcanes.

Desde el poblado de Tinguatón a la hidalga Vegueta no hay gran tramo de camino, y llega uno convencido de encontrar una estampa del tiempo que fue, a través de la cual se espera ver la infantil inocencia, o despotismo intrasigente, que disfrutaron los señores de antaño (1).

Entrar en La Vegueta actual significa recordar cosas la mar de peregrinas y significa además topar con algún viejo que todavía nos llama "su mercé". La Vegueta se amodorra aún y continúa siendo un pueblo estático, inamovible,

(1) "Estúpido siglo XIX", afirmó Daudet, hijo.

sordo e invariable. Parece que en La Vegueta continúa el mismo cielo, los mismos clarosocuros, el mismo sol omnipotente, que servían de marco a la vida caciquil de sus hacendados. Sus casonas son las mismas, con sendos balcones repletos de buganvillas, donde se asomaban las doncellas de pro, y no pro, para sonreír a sus galanes de la Capital, apuestos y encopetados. En sus típicos lagares, de enormes prensas, se celebraban las pantagruélicas vendimias, que terminaban siempre con los enigmáticos discursos del cacique, éste cachazudo ante la cabizbaja exhalación de sus feudos...

Existe una plaza en La Vegueta que está aún por construir, pero que se recorta con las mismas sombras del caserío que se extendía hace dos siglos sobre el fértil suelo veguetero. Quiérase o no, en La Vegueta aletea todavía el pasado y, aunque los jóvenes no conjuguen en pretérito, son los ancianos y el ambiente quienes suspiran por otras. Sí, la nostalgia flota y perdura en La Vegueta, acaso abrumada por las casonas vetustas, que pasman y sobrecogen debido a sus masas silenciosas, a sus enredaderas casi gigantescas. No se puede decir en La Vegueta que lo que pasó, pasó, ya que en este pueblo el tiempo existe y no resulta efímero:

"Casi un misterio,
casi un: utópico refugio de piratas
con: un nombre tan lírico y exacto."

El 27 de julio de 1851 nace en Arrecife el veguetero don Francisco Fernández de Bethencourt (2), de rumbosa cuna, y desde niño se ausenta de La Vegueta para no volver nunca. A los diez años ingresa en el Pontificio Seminario de Las Palmas, pasando años después al de Tenerife (La Laguna), destacándose como exquisito poeta. A los 16 años inicia una serie de artículos en periódicos canarios, todos ellos inspirados por su catolicidad a machamarchillo, y también por su patriotismo y amor a la monarquía. Ya en Madrid se hace el más fervoroso paladín de la restauración borbónica, y no cumplidos los veinticinco años de su edad pública el "Nobiliario y blasón de Canarias", que le vale para que la Real Academia de la Historia le nombre su correspondiente el 12 de abril de 1879, o sea, cuando cumple don Francisco veintiocho años. Regresa a Santa Cruz de Tenerife para volver a la península con el fin de editar "Los Anales de la Nobleza española", siendo en 1880 cuando decide suspender la proyectada publicación por la constante labor que le exigía otra obra de más empeño, cual era su "Historia genealógica y heráldica". Este importante estudio fue muy sonado, por sus malentendidos, cuando la aparición en 1897 del tomo primero, que tuvo que corregir. Por causas que son obvias se suspendió la edición de los volúmenes siguientes, que aparecieron más tarde con el título modificado (3). En 1900 fue elegido individuo de número de la Real Academia de la Historia, y la Real Española de la Lengua lo llamó a su seno en 27 de noviembre de 1913, de cuyo sillón "K" tomó posesión el 10 de mayo del siguiente año.

Este ilustre veguetero educó a gran parte de las clases más elevadas de España, era hombre de sociedad y su casa (4) siempre estaba llena de invitados. De sobrias costumbres, meticoloso y excelente lector. Siempre que podía gustaba comer fuera, y el primero de abril de 1916, cuando lo hacía con el Obispo de

(2) En Tinajo no hemos encontrado la partida bautismal y, aunque se ha dicho que el ilustre académico fue cristianizado en Arrecife, tampoco está la referencia en la parroquia de San Ginés. Lo que sí sabemos es que nació en la casa núm. 1 de la hoy calle "Riego", de Arrecife.

(3) "Anuario de la Nobleza". Su primer libro fue uno de poemas que tituló "Recuerdos y Esperanzas" (1872), patrocinado por las damas monárquicas de Santa Cruz de Tenerife.

(4) En Madrid, Paseo de la Castellana.

Madrid, falleció de una emiplejía. Dejó una vasta obra de investigación y, sobre su figura y talento, se han escrito varios libros, en particular uno muy sentido de su hermana (5), editado en Madrid con el título "Francisco Fernández de Bethencourt".

Pero, volvamos al punto de partida. En la segunda mitad del siglo XVIII destaca en La Vegueta la pintoresca figura de don Florencio Rocha que, disfrutando de buenas rentas (6), edifica tres casonas iguales mientras sus feudos, como coro monjil, recitaban diente con diente villancicos de eterna fragancia, cuales éstos:

"Ángeles del cielo,
vengan ustedes a dar consuelo..."

Se dió el caso en que, a la amanecida, don Florencio mandó a sus peones al campo como todos los días, pero con la particularidad de que él también se ausentó a fin de resolver asuntos pendientes en Arrecife. Cuando regresaba a La Vegueta se sorprendió de ver a su mujer, muy airada, aguardándole por las afueras del pueblo. Preguntada la causa de tanto enfado, la solemne cónyuge narró cómo las mujeres de los peones se habían atrevido a dar a sus niños gofio y pejiros. Don Florencio, acaso para dar satisfacción, quitóse de cuentas y consideraciones, vociferando e insultando a todos, penetró en las casuchas de su propiedad destinadas al peonaje, y sin decir una sola explicación echó al camino todos los enseres de aquellas pobres familias. Después de la puesta del sol llegaron los feudos de don Florencio, quienes se encontraron la patética y miserable escena provocada por el dueño. Allí, como gitanos, pasaron toda la noche, hasta que por la mañana emprendieron el éxodo hacia Montaña Blanca, de donde eran:

"Ángeles del cielo
vengan ustedes a dar consuelo."

Una costumbre distinguida de La Vegueta feudal consistía en brindar a los recién llegados, en general gente de pro y de contra, con una taza de caldo de gallina. Tal ceremonia acabó por descalabrar a los estómagos señoriales, que ya andaban hastiados de tanta carne de ave. Pero, como era una obligación recibir las visitas con taza de caldo, la matanza de gallinas continuó, si bien los señores se abstenían luego de comer un solo bocado, por lo que echaban la carne a los cerdos porque no era conveniente que la servidumbre se acostumbrara a comer bien como los amos:

"Y si el estribillo
a los ángeles marea,
¡que baje Dios del cielo
y lo vea!

Y si no, que baje don Tomás, el santo cura, que para La Vegueta no tuvo otra cantinela: "Lanzarote, mis hijos, es un huevo, y La Vegueta la yema, aunque lo malo sea que la yema está chueca". ¡Sabías palabras las de don Tomás!

Don Bartolito Bethencourt fue quien levantó la señorial casona que parece estrangulada por una buganvilla (7), y fue el primero que cultivó tabaco en

(5) Doña María Fernández de Bethencourt casó con don Antonio Domínguez Alfonso, y de este matrimonio nació el que después sería comediógrafo, don Antonio Domínguez Fernández.

(6) Es la buena época de la barrilla y comienzos de la cochinitilla.

(7) Conocida por "Casa de don Ezequiel".

Lanzarote. Don Bartolito había emigrado a Cuba y volvió con bastantes "pesos" a su tierra, amón de suficientes conocimientos acerca de la planta de Nicot. Son los días del mes loco de 1884 y don Bartolito, que un día llegó a apostar 2.000 pesos al "caballo de espada", se convirtió en el santo profeta del fabuloso cultivo americano. Realizó mil ensayos, predicó cuanto quiso, pero al poco se cansó y abandonó sus afanes por las nuevas plantaciones. Don Bartolito, amigo fiel del malhadado "caballo de espada", no tardó mucho tiempo para mandarse a mudar al Nuevo Mundo.

Pero se dice que la semilla de los mártires es fecunda, y así con el tiempo ha venido a ser, La Vegueta, la mejor y más aprovechada productora de tabaco. De estas solanáceas, las que abundan son las llamadas "punta de lanza", de Kentucky, de hojas alargadas, cuyo peso se estima considerable en relación a su volumen. Estas plantas sufren dos cortes, que se aprovechan íntegros, pero no así el tercero, casi inaceptable. También se cultivan las de "hojas de medio corazón", más sensibles al viento y más livianas en cuanto a su volumen.

Da gusto ver el ir y venir de las mozas de La Vegueta, con sus atavíos coloristas, por las plantaciones de tabaco, sobre todo cuando entre canciones típicas del país cortan las resinosas hojas de las plantas o si calladas, en corro, "enmanillan" las que proceden de los secaderos. Tales mozas están clavadas a los tabacales, pero a la vez libres del pasado agobiador de La Vegueta. Son chicas habladoras, pero dulces y bondadosas, de bocas grandes y pómulos sonrosados, andan seguras, prietas las carnes y soñadoras, al estilo de las de "La Rosa del Azafrán".

Un monstruo voraz merodea siempre por las plantaciones de La Vegueta, y es el terrible "mosaico" (8), invitado y terco, devorador a veces hasta de una total cosecha sin que se encuentre el modo de combatirlo.

En 1926 llega a La Vegueta don Eugenio Croissier Zalazar, con la orden de localizar a todos los apestados procedentes del Puerto de la Luz. Ni que decirlo habrá que el señor Croissier fue poco menos que recibido "de espaldas", y que absolutamente nadie le dio la mano. Localizado un caso seguido de defunción el médico tuvo que hacer de sepulturero, ya que ningún vecino quiso escucharle y mucho menos acercarse al muerto (9) por temor al contagio. Resultó una verdadera odisea conseguir el traslado del cadáver al cementerio de Tinajo, situado a unos cinco kilómetros del lugar. Después del caso de peste La Vegueta desplomó sobre sí el letargo de su vieja época feudal, y nadie en el pueblo volvió a hablar del suceso que se consideraba una afrenta y una desfachatez del destino.

La Vegueta no tiene ermita, pero usa la del Yuco (10), no más allá de quinientos metros. El Yuco es el barrio por donde respira el espíritu religioso de La Vegueta, aunque ésta no comparte los cuentos de brujas y las mil leyendas de santos aparecidos del vecino caserío yuquense.

La ermita de Nuestra Señora de Regla, en Yuco, se levantó por suscripción popular hacia finales del siglo XVIII, y la imagen negra, chiquita, fue traída por un emigrante que, al volver desde Cuba, dijo haberla adquirido a unos franciscanos (11), quienes le vendieron además el manto pluvial que hoy luce la diminuta escultura durante las fiestas patronales. En los inventarios de la ermita se da cuenta de la moda que hay en la época de su fundación, y hasta finalizar el

(8) Míldew (del ingl. mildew, tizacillo; y Oídio).

(9) Se llamaba Francisco Duque.

(10) Dado el ir y venir de los indios isleños, algunos autores quieren ver en el topónimo Yuco una masculinación de Yuca, liliácea de la América tropical.

(11) Los franciscanos del Santuario de Regla en Chipiona (España) hicieron muy popular la devoción a esa imagen, que llevaron y difundieron por América.

siglo, de regalar o prometer cuadros a la Virgen morena, declarándose una verdadera invasión de ellos, hasta el punto de prohibirse la aceptación de ellos a “no ser grandes y buenos”(12).

El paisaje de Yuco está limitado por las Morras de Liria, siendo aquí la única visión posible para amplios horizontes. Todo cambia mirado desde las Morras de Liria, incluso se distingue perfectamente el lugar histórico-religioso de la Palmera de Yuco, donde el 31 de julio de 1824 se armó aquel jaleo entre vecinos de Tao-Tiagua y Tinajo, porque éstos se negaban a dar paso a Nuestra Señora de los Dolores que, aquéllos, llevaban en procesión hacia la Capellania del clérigo Duarte para apagar el volcán allí reventado.

Pero la vista que ofrecen las Morras de Liria es magnífica, en especial, si se mira hacia el norte para admirar el polvillo dorado del Jable bajo el sol que declina, o cuando por las mañanas, allá, al fondo lapislazuli, tremeluce el Atlántico y las islas menores parecen tener tonalidades de oro viejo, a la vez que el celaje las enmarca y dulcifica...

(12) Así reza en el Libro de la Ermita de Regla.

EL INFIERNO DE TIMANFAYA

CAPITULO XXXI

Del Infierno de Timanfaya y de sus dantescas erupciones, de las Montañas del Fuego y de sus misteriosas y seculares temperaturas, de los hornos naturales del Islote Hilario y de la atención que los sabios prestan a esta única referencia de la historia del vulcanismo.

Traspuesta la ubérrima tierra de La Vegueta, de espaldas ya a los atormentados volcanes de Tinache, montaña Quemada y Tisalaya, comienza el dantesco Infierno de Timanfaya, único posible paisaje donde realizar la más cierta cinematografía de la Luna (1). Todo cuanto alcanza la vista es suelo selenita, invadido por un enjambre de cráteres, hacia el suroeste, los unos perfectamente conoidales y los otros a modo de profundas y ensanchadas calderas.

Vamos, pues, a iniciar la andadura fantástica; no sin emoción, a recorrer la análoga zona que la Luna tiene en la Tierra, indiscutiblemente. Y lo peor de este viaje patético es no tener a la mano una Beatriz como en la teología del Dante (, acaso, no tener siquiera un Virgilio experto en terrenales dramas de esta índole:

“Levantada quietud rubia y morena;
hermosa arquitectura devastada;
esperanza de rocas, traspasada
por dardos que el amor lanza y condena.

Dunas y espumas hacen la cadena
que te tiene sumisa, aherrojada,
en un mundo de lava, sepultada
por trahumantes túmulos de arena.

El mar en tu cintura se adormece;
quema el fuego la piel de tu costado,
dice el viento lo que odia y lo que ama,
dice el pulso qué cosa se estremece
en el vasto horizonte desolado
donde la flor se nutre de la llama.” (2)

El poeta bien ha reflejado nuestro camino, porque andamos sobre una tierra “sumisa y aherrojada, en un mundo de lava, sepultada por trahumantes tú-

(1) Tal como la imaginación ha definido el paisaje lunar, en nuestros días científicamente comprobado, en ningún otro lugar del mundo existe una analogía con aquél como el del Infierno de Timanfaya.

(2) Bello soneto de Luis Diego Cuscoy.

mulos de arena". Camina uno sobrecogido, con repetidas ensismismaciones, pisando hasta con incredulidad el mar de lavas cordiformes, trezadas perfectamente, como si fueran plegaduras de sobrenaturales lienzos. Son los magmas del volcán de Tisalaya, que se extienden más allá de los cráteres Negra, Diana y Chupadero, serpenteando por entre las calderas del Corazoncillo, Santa Catalina y Colorada. Empero, nuestros pasos no vuelan como la visión espectacular que se nos mete alma adentro, y por eso estamos todavía sobre las escorias de inmóvil rotación. Tardos andamos, pisando nuestras propias meditaciones, siempre a merced de la soledad más horrible y del paisaje más diabólico. Todo este ámbito infernal parece dispuesto en forma de centro sacramental que, por el milagro de su petroglífico elemento, revela abstracciones rayanas en el tránsito de los éxtasis. ¡Es la muda y triste oración de las rocas atormentadas! ¡La sacra liturgia de los orbitólines, que pugnan por sobrevivir en este santuario de Vulcano! Es, en fin, la terrible religión de Selene, que abre cincuenta cráteres en Timanfaya para dormir en ellos a sus cincuenta hijas lisiadas en los hemisferios celestes...

Al cabo, se llega a montaña Corujo, cono perfecto y negro, a poco tramo del volcán de Los Rostros, a cuyo pie existen grietas impresionantes. En una de estas gargantas, de considerable anchura y dramatismo, se puede tirar un pedrusco y comprobar cómo cae dando tropiezos a la vez que el eco de éstos se pierde en los abismos, hasta el punto de no saberse cuál podrá ser el alcance de la sima a donde nadie bajó nunca. Las gargantas de Los Rostros tienen corte de volcanes, tales El Nuevo, Tingafa, Los Rodeos y Ortiz (3), que forman la primera de las seis cadenas volcánicas de esta zona.

Entre Tingafa y Pico Partido, un poco al sur, está la inaudita fuente de Los Miraderos, famoso fenómeno en medio de las temperaturas reinantes a flor de tierra, que son del orden de los 400° centígrados. Escala uno, pues, el Pico Partido, y la piedra vuelve a tomar infinita importancia teologal, porque sus símbolos y estremecimientos, nos recuerda que por algo Jesucristo a ella le confió los cimientos de la Iglesia. La piedra de Timanfaya es fortaleza, y eternidad, o quizá nada más que inexpugnable sepultura ya que, bajo la pleamar de sus negras lavas, yacen diez aldeas por los siglos de los siglos (4).

Las referencias que del cataclismo 1730-36 poseemos, débense al *Diario del Cura de Yaiza* (5), don Andrés Lorenzo Curbelo, testigo presencial de la odisea lanzaroteña, quizá la más importante de la historia del vulcanismo mundial, no ya solo por su duración sino, además, por la cantidad de lavas eruptadas.

Las aparatosas erupciones comenzaron el 1.º de septiembre de 1730 y terminaron el 16 de abril de 1736. Las explosiones primeras tuvieron su lugar, aproximadamente, por la zona de las Montañas Quemadas, que constituyen hoy la cadena principal de Timanfaya. Las lavas de estos volcanes irrumpieron sobre varias localidades, desolando el suelo, casas y alpendes, haciendo víctimas de la

(3) El volcán Ortiz tiene en el fondo de su cráter una fuente de aguas transparentes y agradables, que persisten todo el año, y forma un depósito de dos metros de hondo por uno y medio de lado.

(4) El Obispo Dávila en sus "Constituciones Sinodales", dice que las lavas de 1730-36 destruyeron los siguientes lugares: Tingafa, con 64 vecinos; Mancha Blanca, con 44; Mavetas, con 1; Santa Catalina, con 42; Jareta, con 7; San Juan, con 1; Peña Palomas, con 18; Timanfaya, con 24; Testeina, con 3; Rodeo, con 4; y Mazo, con 12.

Empero, también las cenizas hicieron pavorosos descalabros en Asomada, con 4 vecinos; Igudez, con 7; Geria, con 10; Masintafe, con 13; Mozaga, con 12; Lomo de San Andrés, con 8; San Bartolomé, con 85; Calderas de San Bartolomé, con 5; Conil, con 17; Masdache, con 30; Montaña Blanca, con 14; y Guatisea, con 1.

(5) Don Pedro M. Dávila (1731-39) tomó nota de dicho "Diario" para sus "Sinodales". La crónica del cura Curbelo fue encontrada en Santa Cruz de Tenerife por Leopoldo de Buch, acaso allí dejada cuando el cronista emigró con vecinos de Yaiza atemorizado por el volcán.

*Nuestra Señora de los Volcans,
patrona y protectora
de Lanzarote.*



*Obra natural que an-
toja una orfebrería ca-
prichosa. En realidad,
es una de las clásicas
bombas lávicas.*



Panorámica de la señorial Vegueta, de clásicos edificios, y en primer término sus tabacales.



Las vides ubérrimas anteceden al caserío de La Vegueta. Al fondo el impresionante cráter del volcán de Tinache.



Cadena de cráteres en Timanfaya. (En primer término varios conos de los cien volcanes con que cuenta Lanzarote).



El regusto de la visita a las Montañas de Fuego, atrae continuamente a multitud de turistas que, a la vez, gozan de la típica cabalgada sobre los dromedarios.



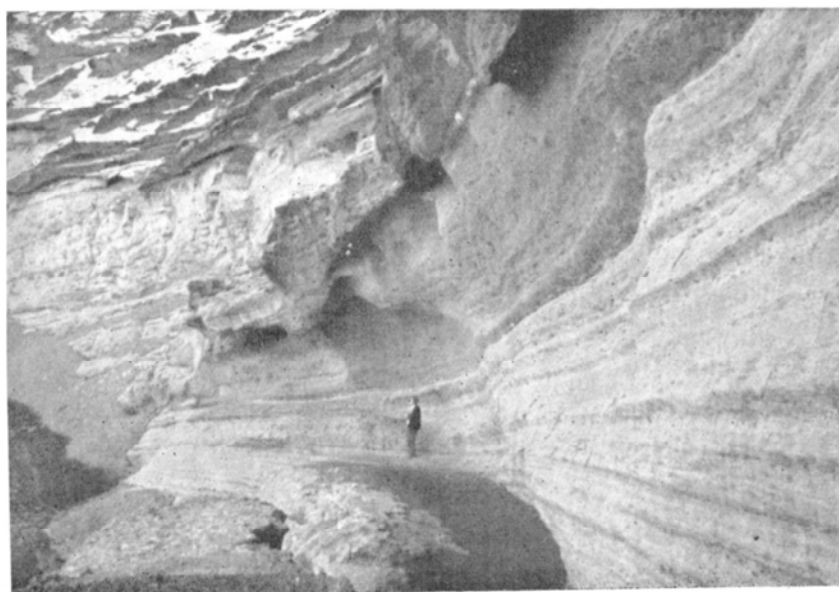
Perfecta visión de la Caldera Roja, primera de la cadena formada por los cráteres de Tingaja, Volcán Nuevo, Rostro y Corujo.



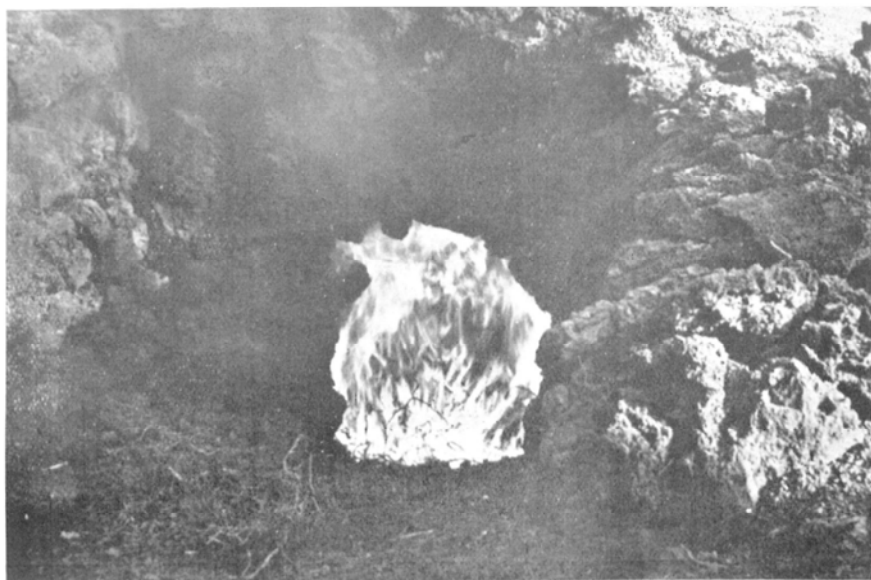
Temperaturas del orden de los 400° centígrados afloran apenas oradado el suelo. En la foto una joven hace su merienda utilizando ese calor espontáneo.



Vista parcial de la famosa cala de El Golfo. En primer término la Laguna Verde, una más de las múltiples piscinas naturales de Lanzarote.



La arquitectura con que la naturaleza ha concebido el recinto de El Golfo, ha sido siempre juzgada como digna del genio de Gaudí.



*Cuanto se pone encima de los hornos naturales del Istote de
Hilario arde fácilmente.*



*El turismo, cada vez más numeroso, admira el fuego que hay
en las entrañas de la tierra.*

furia violenta a cuantas personas y animales sorprendía. Si bien es cierto que, en otras épocas, los volcanes eruptaron magma y ceniza, como lo atestiguan las referencias dadas por algunos navegantes que vieron la isla "como un gran fogón", no menos cierto es que los materiales expulsados en las erupciones de 1780-36 ocupan casi la tercera parte de Lanzarote, en su propio corazón, aunque con cierta desviación hacia el sur. Aparte los milenarios cráteres ya existentes (6), se formaron treinta y dos entonces en un hipotético triángulo de más de ocho kilómetros por cada lado. Los nuevos volcanes fueron Tingafa, Tremesana, Encantada, Tisalaya, Anaro, Caldera Blanca, Tilama, María Hernández, Las Manchas, Vieja Gabriela, Pico Redondo, Islote de la Vega (caldera), Liria, Pedro Perico, Juan Perdomo, Pico Prieto, Teneza, Tinache, Tabaiba, Timbaiba, Tinamala, Tamia, Tinga, Caldera Bermeja, Volcán Nuevo, Corazoncillo, Caldera de Santa Catalina, Caldera Colorada, Los Rodeos, Uga, La Caldereta y varios que brotaron en la cadena antiqüísima de Timanfaya, cuyas lavas corrieron sobre las primitivas de fecha desconocida, pero no así los magmas eruptados por El Fuego, que cubriendo la zona de Los Miraderos, tierras feraces y de abundantes aguas de fuente, siendo Leonardo Torriani quien alaba estas tierras por su hermosura extensa y alegres llanuras. Todos los volcanes arriba reseñados vomitaron grandes cantidades de minerales líquidos, para formar ese inigualable espectáculo de lavas que, desde entonces, constituye el atractivo más importante para las ciencias y el turismo.

Aquí mismo, bajo los pies del viajero, está el pintoresco pueblecito de Santa Catalina, con su ermita y sus cuarenta y dos vecinos. En este lugar ya no existen las "alegres llanuras", sino cordilleras fantásticas, coronadas por crestas que aún parecen estar encendidas. Más allá, también debajo de las lavas, está la que fue verde aldea de Los Miraderos, entre la Montaña del Fuego y la Caldera Roja. Una de las fuentes de Los Miraderos ha sobrevivido y, en la actualidad, por pura ironía, mana su hilillo de agua en medio de una zona donde no es necesario ahondar el suelo para registrar temperaturas altísimas.

No, no es el Infierno de Timanfaya una gran piedra partida que se encadena en gargantas, ni es un conjunto de cerros redondos, ni es tampoco desfiladero. Esto pasaría en Cuenca, valga la comparación, pero no en Lanzarote, porque en Timanfaya la piedra es río, torrente, laguna e isla. El Infierno de Timanfaya es mar también, cuyas olas pardas, negras y grises, se forman con extraños bamboleos y adoptan mil formas milagrosas, a veces con insinuaciones de formas teológicas, que uno interpreta como con acongojado éxtasis, al modo de Zurbarán delante de un Crucifijo.

"Lanzarote, amarillenta
como un camello africano
soñando venas de río
para mojarle los labios.

¡El aire que tanto canta
pasa sin voz por tu lado!
Lanzarote, amarillenta
como un camello africano..." (7)

(6) "Esta isla (Lanzarote) no tiene grandes montañas, sino de una extensión casi llana se elevan montículos iguales y cavernosos, con el lomo abierto a manera de vorágine, de que salen torrentes de piedra quemada. Todo lo cual, reunido, demuestra que hubo incendios subterráneos, como volcanes, que asolaron la tierra y la hicieron áspera y montuosa".—Torriani, XI, 45, 1592.

(7) Del romance "Lanzarote", de Rafael Arozamena, "Antena", 12-4-55.

Todo sobrecoge en este infernal paraje, porque el viajero tendrá siempre la impresión de que los magmas y arenas, sin sombras ni brizna verde, son la extraña fusión de la naturaleza y la creencia, como acontece con los rayitos de luz encima de la cabeza de los santos. Sí, eso es Timanfaya; una explosión fabulosamente intacta, expresada por las mil siluetas y anfractuosidades de sus cráteres, cuyas crestas se enrojecen con diversos ardientes matices; cimas y colinas negras, siniestramente negras, resquebrajadas, con infinitas grietas inverosímiles, como la Caldera Roja y El Fuego, éste con su blanquísimo y absurdo Refugio que parece deslucido bajo la cuajada luz solar. Sí, Timanfaya es infierno y antro de estupor, que se nos muestra inmóvil, sin vida animal, sin vida vegetal, sin muerte, sin tiempo ni ubicación posible. Timanfaya es únicamente Timanfaya, donde se hace verdad irrefutable aquel letrero de pánico que viera el divino Dante:

“Deja aquí 'toda esperanza si entras”.

Eso es, lector, el Infierno de Timanfaya, un limbo parecido al que habitan las almas que murieron sin bautizar, o de los hombres justos que, por haber vivido antes de Jesús, no conocieron la verdadera religión.

Siguiendo la Pista Nueva, entre la cadena de Timanfaya y las cimas flamcadas de El Fuego y Caldera Roja, se llega al famoso Islote de Hilario (8), incandescente mamelón que maravilla al mundo estupefacto. Enfrente está la montaña negra del Cuervo, desde donde puede admirarse una pleamar de lavas erizadas, hacia la sepultada aldea del Mazo, cuyos edificios todavía se distinguen aprisionados por el magma. Este pueblo está hundido a poco tramo de la Caldera Bermeja y de Caldera Blanca, que erupcionaron sus minerales líquidos hacia las bajas de Peña Dorada, Punta del Roncador y Caletón Estrecho, mientras por los Morros del Viento aparecía el Volcán Nuevo para precipitarse al mar y dar un espectáculo de asombrosa grandiosidad. El fluido incandescente levantó formidables columnas de humo, ganando terreno al océano, entre tantos millares de peces morían achicharrados para aparecer, al poco, flotando sobre las aguas aún calientes. De esta época quedaron vírgenes las tierras de Los Islotes, prodigios de verdor, aprisionadas por todas partes, como si navegaran en medio de los dos mares más importantes de Lanzarote: las escorias volcánicas y las aguas del Atlántico.

Decíamos que el Islote Hilario es un mamelón que maravilla al mundo, porque en cualquier grietecilla se alcanza temperaturas de los 420° centígrados, y que el turismo utiliza para freír o cocer huevos, tostar castañas y cacahuetes, o para provocar vistosas hogueras, a cuyo fin colocan encima de tales grietas un hato de aulagas secas que arden al minuto. Interminables son las recuas de dromedarios que, cargados de turistas, trepan todas las inmediaciones de las Montañas de Fuego, o zona de Timanfaya (9), en particular al Islote Hilario, donde la curiosidad internacional tiene su apoteótica expresión. Cuanto se ve alrededor, hacia la Mar del Cochino, Bonanza del Buey y las calderas que preceden a Los Islotes, tiene increíbles figuras diabólicas, como esculturas y formas de seres fantásticos, o de enormes fieras que parecen acechamos petrificadas,

(8) Esta zona térmica toma su nombre de aquel Hilario lanzaroteño, que después de luchar en Filipinas, vivió como un eremita en dicho Islote durante más de medio siglo, sin más compañía que su camella.

Hilario plantó una higuera que, aunque pegó, jamás dio fruto alguno porque “la flor no podía alimentarse de la llama”.

(9) Toda la zona volcánica de Lanzarote es más conocida por una común denominación, o sea, por Montañas de Fuego.

pero con las garras clavadas en las escorias. A veces las piedras rojizas y retorcidas toman, por efectos de la aplastante luz solar, aspectos de monstruos anteriores a la regresión de las aguas del océano. El paisaje, según el padre Sol, se torna ora azulado, ora perla, con grandes senos negros, grises y blancuzco-amarillentos. El aire parece gas combustible, porque es denso y excesivamente luminoso, antojando que va a incendiarse o que, al respirarlo, nos va a quemar la garganta. El sol, eternamente llenando el aire, un sol absoluto, espirituoso, total:

“Andando, andando;
¡que quiero ver todo el llanto
del camino que estoy cantando!”

De repente se abre la tierra en grandes grietas profundas, casi abismales, simas inacabables, debido a que los cráteres no rebosaron en demasía, sino que se rasgaron por sus bases, o que por las grietas saltó el magma como verdadero surtidor incandescente. Don Pedro Manuel Dávila y Cárdenas, que a fines de enero de 1733 se encontraba realizando la visita pastoral, manifiesta que durante los tres días que permaneció en Lanzarote, en plenas erupciones, sólo divisaba en los volcanes una luz como de una vela (10) y que no estuvo más tiempo contemplándola porque el polvo de las cenizas le lastimaba el pecho (11). Allá, precediendo a la cadena de Timanfaya, se ve la interesante caldera de Los Cuervos, negra, alta, amplia, tal un teatro romano de grandes y estrambóticas proporciones, la que el 10 de octubre de 1730 sepultó a la aldea de Timanfaya y cuyas lavas impetuosas desolaron todas las inmediaciones hasta una distancia de cuatro leguas. Es acaso, el volcán que más cantidad de lava erupió durante su actividad, desaguando hacia Los Halcones, por las bajas de Cho Concepción, Punta de los Cangrejos y playa de La Mesa, manifestando don Andrés Lorenzo Curbelo, testigo presencial, que él veía elevarse del seno del mar unas grandes masas de humo y llamas, debido a las lavas encendidas que en el océano penetraban. Existe un curioso documento de 17 de octubre de 1370, que refleja meridianamente la situación de los primeros meses de las erupciones, y que el Cabildo de Lanzarote dirige al Presidente y Oidores de la Real Autoridad del Rey, para dar cuenta de los sucesos y miseria acaecidos en esta isla (12). Es cuando el

(10) Es natural que el señor Obispo se encontrara tan lejos de las explosiones para ver “esa luz como la de una vela”.

(11) Las nubes de cenizas llegaron bastante lejos del lugar donde se producían, hasta el punto de caer considerables lluvias de las mismas en las islas de Lobos y Fuerteventura.

(12) Por su interés y poca divulgación creemos interesante la reproducción del citado documento, que dice: “Muy Ilres. Señores. Con sobrados sentimientos de aflicción y desconsuelo participa este Cabildo a V. S. cómo habiendo reventado un volcán la noche del día primero del pasado, echando fuego diez y nueve días en que dejó quemadas casas, aljibes, maretas, fábricas, pajaros, tierras labradas y montuosas de los lugares de Chimanfaya, Rodeó, Mancha Blanca, la grande parte de las Jaxetas, buen lugar de Santa Catalina con su iglesia (sepultada) entuyendo además con las arenas el lugar de Peña Palomas, el sitio de las Jaxetas y la mayor parte de la Gería alta, causando en todo el mismo daño que hizo el fuego. De presente ha reventado otro volcán en diez del corriente, a las cinco de la tarde, con poca diferencia a distancia de tres cuartos de legua del primero, con la circunstancia de haber abierto dos bocas, la una de buen boquete, apartadas de muy cerca de la primera iglesia quemada de Santa Catalina, y la otra mayor echando por ésta tanto fuego y arena que a distancia de tres y cuatro leguas se siente la incomodidad que obra en la isla y el daño que hace en los tejados y tierras, pues se sabe por cierto que la Vega de Tomare, que es el corazón de la Isla, las vegas del pueblo con que confina y otras muchas de particulares, que en todo es en el Viñón y centro de los mejores con los lugares de Textaina, Guagal, Conil, Masdache, Guaticca, Calderetas y San Bartolomé con sus distritos se hallan ya perdidos porque han subido las arenas y las tierras incapaces de cultivo y labor, los aljibes y maretas sin agua, y perdidas totalmente las cosechas (1), las casas casi tapiadas, los pajaros quemados, igual estrago también se toca en la Gería baja, la Vega del Chupadero y parte de Uga, que se llega a otros terrenos, han cubierto no sólo las vegas, tierras y lugares expresados, con la imposibilidad de que cada aljibe o maretta pueda coger agua aunque llueva mucho (2), si también todo lo montuoso de los ganados mayores y menores, porque

intrépido capitán don Melchor de Arbelo y Spínola trata de aplacar los gritos de la muchedumbre aterrorizada que pide autorización para salvar sus vidas emigrando a otras islas. Es cuando el valiente capitán decide detener en el Puerto del Arrecife a todos los barcos surtos, con gran escándalo de nostrosos y armadores, por si fueran necesarios para habilitarlos como viviendas flotantes, o para transportar a los isleños más desesperados o en trance de locura.

Dejada atrás la caldera de Los Cuervos, azota el viento repleto del aliento de los cráteres, y pone en la boca su saborcillo a piedra lumbre, como sucede en el Lomo Amarillo, que deja en los labios la dádiva de su ambiente azufrado. Delante del viajero se van sucediendo grandes amontonamientos de arenas negras, que revisten las faldas y coronas de los montes, como testigos del cataclismo que, en seis ininterrumpidos años, convirtió a una zona feraz en verdadero paisaje selenita, con sus tonos sombríos y trágicos, sus extensiones atormentadas y yermas, todo ruina y desolación patéticas. La sorpresa y la admiración, quiérase o no, son en estos parajes sin par intrascendentes, porque lo que el viajero comprueba a cada instante es una opresión del cerebro, éste demasiado recargado por la obcecación de creer en el reino de la ingratitud y del olvido. Y es verdad, ya que los paisajes de lavas rizadas semejan indescriptibles abstracciones de formas y poses indefinidas, raros desnudos de piedra jeroglífica, y entre las cuales solamente el sol parece retozar a sus anchas. Sí, aquí cae un sol entero, vertical, que se derrama sin obstáculos sobre tanta definitiva desolación lunar. Aquí la sensibilidad parece nada más que quimera perdida en la agobiante eternidad de los cráteres estremecidos. ¡Qué ansias de evasión sentirá el viajero más seguro de sí! Sentirá ganas de reunir en su alma y en su corazón la síntesis armoniosa de todos los matices que, al conjuro de la luz, le llenará los ojos de soñadas huidas hacia la eternidad.

En el Infierno de Timanfaya, sola la luz solar antoja existir, habiendo veces que se experimenta la sensación de que esa luminosidad endiosada va a desplegarse sobre uno, como si de un momento a otro se fuera a romper el sortilegio mágico que milagrosamente detiene el sino absoluto de la vida. Creará el viajero, incluso, que sus hombros evitan en parte el inevitable hundimiento de la

por más culpas hasta los pájaros y conejos con la inmundicia de ratones y otros animalillos aadan por encima de otras arenas sin tener de qué alimentarse, siendo todo lo insinuado nada en comparación del dolor que causa el lloro y lamentos de los hombres, mujeres y niños, que se ven arruinados del ingrato elemento, despojados de sus propiedades y expuestos en los campos a las inclemencias de los tiempos con sus personas y sustentos buscando otras incultas. En ocasión tan incómoda como la presente a boca del infierno en que sin duda serán perdidos a la primera lluvia todos los granos que se hallan fuera de pajeros que son los trojes en que los de esta Isla los recogen y de los que carecen por los muchos que se han quemado, cuyo motivo el no haber casas en los lugares contiguos a los perdidos ni aun en los más distantes, para acoger gente y grano. Precisados de necesidad tan vigente han ocurrido a este Cabildo los desamparados instando sobre que los dejemos salvar para las otras islas y sacar sus granos, a lo que hemos acordado por junta que hieimos el día quince del corriente, participar a V. S. estos trabajos por medio de aviso que despachamos al Excmo. Sr. Comandante General de estas islas, a quien expresamos los mismos, y los continuos temblores que no cesan en toda la Isla. Este Cabildo con muchos que concurren al mismo, hacen de su parte lo posible por alentar a los desanimados con el terror del fuego que subsiste y para consuelo de pueblos, hemos determinado detener los barcos que se hallan anclados, porque esperamos que V. S. con brevedad posible determine para sosiego de alguna inquietud que se ha reconocido que no tome cuerpo mayor. Cuando el Administrador del Talaco, la Cruzada y Bulla pretendan extraer diferentes porciones de granos o que intenten preferencias, los incomodados son los que tienen esperanzas. Que V. S. nos apesure sus órdenes, las del Alcalde Mayor y Gobernador de las Armas piden con la misma instancia al Excmo. señor Comandante General. El cielo nos favorezca y guarde a V. S. como este Cabildo desea y ha menester. Lanzarote, a 17 de octubre de 1780, M. S. S. de V. S. sus más hundidos servidores Melchor de Arbelo y Spínola, Francisco Nantes Botencourt. Por acuerdo del Cabildo Nicolás Clavijo".

(1) La catástrofe no impidió al siguiente una cosecha de 55.000 fanegas de granos.

(2) Las "acogidas" de aguas se perdieron, como es natural.

luz, ya que un peso de íntima angustia le embarga la consciencia, como pretendiendo abatirlo a pesar de sus esfuerzos por sobreponerse a la grandiosidad del paisaje.

Mas, no se le agotará el alma al visitante, no. No se le agotará, porque la tarde descenderá con lento paso de paz y el cuervo, negro como las escorias y cenizas, será el extraño ruiseñor de vuelo crepuscular... La zona infernal de Timanfaya comienza, pues, a expulsar todos los rayos solares que la han tenido traspasada durante el día, y las rocas se van humedeciendo con las brisas salinas, y las arenas mojándose de puro anochecer... En el panderero azul, entretanto, las nubes blancas, arropadas, redondas como prietos corderillos parecen pastar en el cielo las últimas briznas de sol, ahora sonrosado y medio hundido en el horizonte. Al poco, con majestad, levemente, se hace hermosa la presencia de una luna pálida, cuya luz fantasmal modifica de cabo a rabo toda la diurna visión de Timanfaya:

“¿Quién se aventura de noche
sobre tus campos de lava?
Si es cierto que en los caminos
y al compás de las pisadas
se oyen lamentos horribles
de gentes martirizadas,
y a los bramidos del viento
y al resurgir de tu mar brava,
se unen lamentaciones
de las gentes que encantadas,
se convirtieron en piedra
bajo torrentes de lava”. (13)

La visión que de noche ofrece el Infierno de Timanfaya es inaudita, porque los sentidos nada pueden afirmar como cierta verdad, y porque todo el paisaje pierde su estructura primitiva para tornarse esotérico. De noche todo cambia y se hace sueño, en especial, cuando las caprichosas formas de las escorias antojan seres incorpóreos, sin que el observador, a su pesar, pueda percibir alrededor realidad alguna en el antro infernal que parece transfigurado y más serenity que nunca:

“Tu noche se hace luz en la esperanza
de un milagro de espigas y de flores,
que arranque para siempre tus dolores
de ese mundo de penas y añoranza.

En su vivir de muerte no descansa
este infierno de fuegos y colores
porque es vida vivir los sabores
si es la gloria después lo que se alcanza.

Por eso has de seguir con tu calvario
de lava, viento y sol, como suadario,
esperando la muerte cada día.

Esa muerte, que nunca será muerte,
cuando se tiene, como tú, la suerte
de sentirse feliz en la agonía.” (14)

(13) De Domingo Manfredi.

(14) Original del poeta y periodista lanzaroteño Guillermo Topham Díaz.

El perfume marino que llega desde la lejana Bonanza del Buey y de las Peñas Doradas, llena los pulmones, acaso agostados por la severa aspereza del azufre volatilizado. Llega la brisa del mar rezando sin palabras, entretanto se alza el murmurio de las piedras, que se asocian a la oración de la tarde, a la nocturna contemplación, en este trágico templo de la naturaleza atormentada.

El viajero comparará y distinguirá el significado del mundo locuaz y del mundo del silencio, este único representante en toda la historia del vulcanismo mundial, que tanto preocupa a las ciencias (15) por su enigma indudable, ya que desde hace más de doscientos años, y pese a las calorías perdidas, en nada ha variado ese fuego que asoma a flor de tierra.

Muchos son los sabios que visitaron el Infierno de Timanfaya, no como admiradores del dantesco paraje, sino dispuestos a esclarecer el misterio latente de sus entrañas. Pero, entre ellos, no ha surgido el nuevo Edipo capaz de descifrar como éste, en Tebas, el significado de la Esfinge de Timanfaya.

(15) En 1814, por vez primera Luitpold von Buch describe científicamente el fenómeno del Infierno de Timanfaya, resultando su narración de poca estimación, debido a la errónea información acerca de las emanaciones térmicas que según él iban acompañadas por vapor de agua. Esta referencia de Von Buch es inexacta.

Un año después, el investigador Hartung, añadía que el fenómeno arrastraba yeso, que "cristalizaba junto con las gotitas de agua condensada". Teoría muy dudosa.

En 1897, don Antonio María Manrique publicaba en la "Revista Canaria", de Las Palmas, un reportaje, donde da cuenta de vapores que se escapan por las grietas y que al contacto con el aire forman ciertas substancias, pero no dice cuáles eran.

En 1892 el austriaco Simony, que hace una descripción de los cráteres de Timanfaya.

En 1906 el alemán Sapper hace cosa parecida al anterior, pero acompañando fotografías y planos de la Isla.

Al siguiente año el sabio español Hernández Pacheco, realiza un profundo estudio de la isla y sus volcanes.

En 1908 llega a Lanzarote el famoso vulcanólogo suizo Brum, que analizó el gas del Infierno de Timanfaya, resultando un caso curioso, porque resultó ser aire atmosférico con vestigios (y esto dato es importante), de gas amónico y ácido carbónico, sin la menor emanación del gas corriente en las erupciones volcánicas. Completó su estudio con el hecho insólito de que los materiales de la superficie estaban impregnados de carbonato amónico, descartando de todo rilo el menor vapor de agua.

A partir del sabio Brum, que acaso sea el que más profundizó en sus estudios acerca de Lanzarote, visitan la isla numerosos científicos y hombres de investigación, tales Pereyra Calviati (lanzaroteño), Fernández Navarro, Darías y Padrón, René Verneau, Benítez Padilla, Jiménez Sánchez, Claudio Dervenn, Manuel Chamorro, Hans Hause, y un sin fin de pioneros cuando alguien dió la voz sobre la existencia de platino, oro, plata, etc., en las escorias volcánicas y cenizas procedentes de las erupciones.

Pero hoy por hoy, la esfinge del Infierno de Timanfaya continúa siendo un arcano.

En febrero de 1960 visita Lanzarote el eminente geólogo don Telesforo Bravo, que al autor manifiesta (Diario de Las Palmas, 23-2-60) respecto al calor perenne de las Montañas de Fuego: "Supongo que anteriormente a las erupciones de 1730-36 había en el subsuelo lanzaroteño grandes acumulaciones de carbonato de cal y que debido a las altas calorías se transformaron en "cal viva", que en la actualidad y por la lenta absorción de humedad, produce esa fuente de calor, a la larga extingüible. Puede, eso sí, enfriarse a través de varios siglos... Es éste un proceso muy lento, aunque al fin llegará a enfriarse como le he dicho".

EL GOLFO

CAPITULO XXXII

De El Golfo espectacular y de su laguna esmeralda, del semicráter arquitectónico y los extinguidos "clicos", de la playa negra y de sus arenas magnéticas.

Dejada la interesante y ambigua Tremesana, que es valle de lavas escoriáceas y, a la vez, cráter hundido a flor de tierra, anda uno por entre magmas viejísimos, cuales son los que rodean a la caldera del Islote de la Vega, al naciente del paraje de Juan Perdomo (1). El paisaje no cambia un ápice, pero tiene la dulce lejanía del mar, que se oye sonoro y se respira a través de las brisas salubres que envía desde los ya próximos cantiles. Después de barzonear la Tremesana, atrás quedan también las montañas Encantada y de Hernández, y la lejana visión del Infierno de Timanfaya, que una vez más nos penetra y gaja con todopoderosa borrasca espiritual...

Sabido es que la aldea de Juan Perdomo fue sepultada por lavas nuevas que corrieron en 1730-36 sobre otras antiquísimas, donde entonces se levantaba el incipiente poblado de pastores feudos de doña Ana Viciosa, señora de Tinajo, cuya sombra aún flota encima de las tradiciones cual si fuera espontáneo manantial impurificado. Juan Perdomo debió estar al soco de montaña Quemada, que el 5 de octubre de 1730 rebosó sus minerales líquidos para derramarlos sobre la diminuta aldea. Hacia el norte, entre montaña Encantada y los Halcones, se ve el cráter de Pedro Perico, solitario mojón del ya ineluctable mar de escorias al suroeste insular (2). Pero, si miramos al Atlántico, a un tiro de fusil, vemos a la Punta del Jurado, renegrido promontorio formado por magmas que ganaron su actual existencia a las aguas del océano. A partir de este cabo la costa declina hacia el sur, formando cala amplia, casi sin anfractuosidades, para elevarse al cabo donde un enorme cráter, en extremo profundo, parte por su mitad al monte de El Golfo.

Todo en este apartado lugar de Punta del Jurado tiene aspectos muy distintos, aunque sin duda es en El Golfo donde la belleza litoral tiene su ubicación más acabada. Por ejemplo, a uno se le antoja que en El Golfo la parábola del Sol se detiene como en los tiempos de Josué, victorioso sobre los cananeos. Mas, para desmenuzar el regusto de la contemplación, hay que coronar el semicráter desde donde la panorámica gana y se realza con verdadera plenitud de colores y formas. Ya en la cresta de este perfecto medio cono, suspendidos así sobre esta

(1) Juan Perdomo, toma su nombre del hijo de doña Ana Viciosa, señora de dicha zona en el siglo XVII.

(2) Cerca del volcán Pedro Perico existe una cueva, o cráter de explosión en forma de chimenea, en medio de un campo de escorias. Su acceso tiene un diámetro de ocho metros, desconociéndose su longitud en la actualidad.

altura considerable, veremos las bravas orillas recortadas y definidas por los azules y platas de su mar taumaturgico, en cuyo fondo asoma la gran espalda blancuzca de Fuerteventura, acaso más que nunca altiva y romántica como un sueño más de San Borondón. Pero, si volvemos la vista hacia el naciente toparemos con el Cortijo de los Morriles, alegre y acogedor, con sus tierras labrantías, que semejan huertas embalsamadas por una atmósfera aplastante de pura luminosidad, si bien por las noches esa misma atmósfera, al contacto de las ráfagas marinas, vierte humedad suficiente para dar vida a las tierras que durante el día padecen achicharradas.

El Golfo es un recinto a guisa de anfiteatro, donde se puede admirar un mar múltiple y distinguible: allá es azul negruzco, y ahí mismo, en la orilla, resulta tan azul como el cielo; si al naciente se sombrea con verdes senos, al poniente se llena de infinitas escamillas de plata. ¡Qué gama de luces forman las olas nevadas, las negras arenas de la playa y el verdimal de la laguna encantada!

Para descender hasta el fondo del semicráter es necesario utilizar el acceso norte, bien dispuesto, con escala de cantería, porque las demás escarpaduras son verticales y en extremo peligrosas. Según se desciende puede uno observar cómo las rocas basálticas y grisáceas se van tornando casi rojas, entreveradas por vetas de color rosa, como de compacto cuarzo de masas hialinas. Casi sobre la misma playa, las rocas se tornan oscuras y, a ras del suelo, forma una base ahumada como para familiarizarse con las negrísimas magnetitas de la playa.

En la playa hay algunos barquillos típicos, y mucho sol. Parece que el sol existe pendiente de esta cala preciosa. Se fija uno, lo que puede permitirle la luz, en las miríadas del océano y comprueba cómo centellean los beriles y los falsos jacintos de la orilla. La costa antoja multitud de diamantes esparcidos por la mano de un dios fabuloso... ¿Y eso? ¿No son por ventura esmeraldas nacidas en las arenas? No, porque son los cuarzos prásios que reverberan luz de sol, adheridos a los guijarros redondos y pulidos como pelotas.

No daña el sol en El Golfo, porque sus rayos son amables, y no hace daño ni exige del viajero más toca que la del aire salubre que pasa perfumado con los olores del mar, que nos hace la ofrenda cariñosa de sus mariscos apetitosos y exornos tan atractivos como los tritones, cornudos al modo de los renos.

Al fin, se llega a la hermosa laguna esmeralda, no sin sortear menhires de rojo basalto, con algo de ídolos de la isla de Pascua, en desafiante pose hacia el Atlántico. La verde laguna encantada está sobre el fondo del cono partido, invadido luego por las cenizas volcánicas a través de las cuales se filtra el mar que lame las afligranadas paredes, al parecer, prontas a desmigajarse debido a los caprichos de su natural arquitectura. Y es que en este recinto lo tactible se hace fantasía por la cantidad de contrastes y formas inverosímiles, que se suceden casi ininterrumpidamente. Es la laguna un espejo cara arriba, terso, brillante... Un espejo que duerme siempre su sueño de sementera, teñido siempre del verde primero, aunque en la orilla tenga el color aún más tierno. En su centro, ora las aguas toman el tono serio del cuarto tinte del espectro solar, ora toman visos oscuros de verde-marino, azulándose o ennegreciéndose según le dé sombra su resquebrajada cima:

“Tú formas con la arena un negro marco
y contrasta en el lienzo la pintura,
de los rayos del Sol en la llanura
y de las verdes aguas de tu charco.

El cielo inmenso te ha formado un arco
y cuando creces, hacia él te subes,

reflejando el espejo de las nubes
la graciosa silueta de mi barco.

Es profundo el abismo en que reposas
y bate el mar tu lecho, tan sereno,
formándose las olas, caprichosas,
un cuadro de valor ultraterreno;
contraste de tus aguas tan verdosas
con tu lecho de arena tan moreno" (3).

Todo en esta laguna encantada es como la cita universal de los colores; el mar negro y azul marino; el mar celeste y plateado; el mar verde y transparente; la negra orilla entretrejida de espumas blancas; el sol enjabelgando el cielo, blanqueando los vellones de las nubes andariegas; el negro riguroso de la arena y las rocas rojas y rosadas; la laguna verde, de verdes distintos, separables, enmarcada por ese semicráter de amarillentas paredes, cuya superficie parece plegarse como dunas trepadoras.

Existieron en la laguna encantada unos mariscos comestible, vulgarmente conocidos por "clícos", y que se reproducían con abundancia, hasta el punto de que la laguna verde tomó el nombre popular de "Charco de los Clícos". Mas, a finales del pasado siglo, don Domingo Lorenzo Viera, que por las inmediaciones tenía casa de verano, adquirió dos tortugas que sin más soltó en las apresadas aguas de El Golfo, por lo que al cabo desaparecieron los "clícos" hasta su total extinción. Empero, cosa curiosa, por la ribera del Tahosín se han visto "clícos" durante estos últimos años, casi al alcance de la otra hermosa laguna del Salinar de Janubio.

Las arenas de El Golfo se pegan al imán como si fueran virutillas de hierro, particularidad que ha llegado a despertar la codicia de más de un pionero... La magnetita es tan corriente en Lanzarote como las arenas orgánicas y jables, no ofreciendo posible rentabilidad dadas sus exiguas cantidades de óxido ferroso.

Mas, lo admirable, sin duda, es el alcázar que constituye El Golfo. Porque este recinto parece hecho nada más que para ser contemplado, quizá, nada más que para admirar esos muros que antojan cerámica quebradiza... Acaso ningún otro arquitecto que Gaudí hubiera podido soñar cosa parecida, aunque el "rey de Port Lligat" haya dicho que la Geología lo imita. Estas paredes plegadas y corridas a modo de guirnaldas de granito, inspiraron al atrevido autor del templo expiatorio de la Sagrada Familia, lo que significa hasta qué punto la naturaleza y la inspiración andan hermanadas. También el afamado pintor lanzaroteño, César Manrique, incorpora a sus cuadros admirables abstracciones que tienen su mejor modelo en estas piedras monstruosas, milagrosamente onduladas y colgadas al modo de Gaudí. Si no fuera una pedantería se podría afirmar que esta naturaleza lanzaroteña "no imita" a Salvador Dalí, sino que la Geología se hace completamente inimitable... La Geología, sí, ha hecho posible en El Golfo todo el encanto de una arquitectura genial, porque lo evidente, lo tangible, lo real, es que en El Golfo hay consumado un milagro de arte inaudito...

(3) Soneto del Dr. López Socas, publicado en el semanario "Antena", de Arrecife.

EL SALINAR DE JANUBIO

CAPITULO XXXIII

Del Salinar de Janubio y de su mar interior, del gigantesco tablero ajedrezado y de sus mil pirámides de sal, de la pintoresca cacería del "pato moro" y de don Jaime Lleó Mira, el alcalde despensero.

Desde la bellísima cala de El Golfo, tras la andadura de un buen trecho litoral, se llega sobre lavas antiguas a la playa de la Montaña Bermeja, cuya original forma de hoz recibela de las escorias que, erupcionadas en 1731 por el volcán de La Vieja Gabriela, ganaron al mar esos extraños cantiles. La playa está al pie mismo de Montaña Bermeja, de sorprendentes atracciones para quien trepe sus laderas ensangrentadas, siempre en carne viva, desnuda, pero totalmente pudorosa aunque jamás la cubra el humilde oropel de las hierbas silvestres.

El Salinar de Janubio, sin duda, es una maravilla más de las tantas que contiene Lanzarote, una fantasía más de la geografía insular, que se desvela en lienzo de paisaje inhóspito, tal mal país, entre milicias de riscos cada vez más caprichosos e inverosímiles: allá está El Tahostín (1), enroscándose hacia la Punta del Volcán, como queriendo dar un salto enorme y sepultar a la charca, o mar interior, del Salinar de Janubio; al poniente, el árido Jaldal, que es propiamente un gigantesco oleaje de magmas petrificados; al naciente, brilla La Caletita, con su risco vertical, y que cubre toda la visión hasta los salientes de las Hoyas de Cho Bravo, por el Cortijo de la Mareta, desde donde se inician los pedregales de Rubicón con monotonía abrumadora. Mas ahí está muy bien centrado el Salinar de Janubio, símbolo de la cultura alárabe, pues el recinto se nos antoja ora un pequeño Egipto nevado, ora un inacabable tablero de ajedrez, con sus colores como los escaques y sus mil pirámides de sal. La tersa superficie del mar interior, inmóvil, azul, parece porción de luna llena, aprisionada por la barra de limpia gravilla, contra la que estalla el océano para filtrar sus aguas y alimentar los senos de la charca. Sobre esta superficie tremeluciente se ve la vela latina y barquillos a remos, que navegan sobre un íntimo maridaje de mar y tierra, sin posible salida al océano, de orilla a orilla, como se suele ver en las estampas románticas. Esas pequeñas embarcaciones, que parecen difuminarse entre azules y blancos, a veces, quieren navegar encima del suelo firme, sarpullido de matojos, que triscan las cabras según vienen bajando desde las lomas más próximas hasta los mismos escaques del Salinar.

En la mar interior de Janubio se hace el noble deporte de la caza del "pato moro", palmípeda emigrante, que llega en abril desde Africa para marchar allá por San Pantaleón. Resulta entretenido este deporte náutico, porque los cazadores, escopeta en cara, gozan disparando a todo pasto y se divierten persiguiendo

(1) Toponímico de evidente, raíz bereber.

el zambullir ininterrumpido de las aves despavoridas. A veces, pierde el equilibrio y cae grotescamente en la charca, ganándose además del chapuzón un buen rato de fastidiosa rasquiña. Sucede esto porque las aguas estancadas del Salinar contienen excesivo salitre, pero que resultan "jauja" para la buena marcha de la industria de Janubio, cuya producción es tanta como el total del nitrógeno obtenido en las sinnúmeras salinas de Lanzarote. No en balde, la vida lanzaroteña está en la mar, especialmente la vida de Arrecife, que existe por y para el mar, siéndole fundamental la industria salinera como pueblo esencialmente marineró y pescador (2).

La plasticidad que reina en el recinto del Salinar de Janubio resulta de una albura admirable, pura e indescriptible, capaz de ser comparada a la de los cerezos y almendros que florecen en la otra vida. Esta immaculada geometría, con sus piramidales montes de sal, verdaderas cordilleras nevadas, se refleja fielmente en cada uno de los cientos de escaques que forman el gigantesco ajedrez de Janubio, donde se fragua el agua del mar que llega carbonatada ya por obra y gracia de los cocederos (3). Estos estanques, poco profundos, requieren especiales cuidados de limpieza y conservación, pues lo contrario significaría la obtención de una sal marina de ínfima calidad. Todos los cocederos son negruzcos debido a la abundancia de musgo que crían, y donde tienen particular holgura los "salapicos", que cantan nada más que después de levantar vuelo. Vese asimismo el merodear de los cernícalos, ojo avizor, por si algún pato rezagado pudiera brindarle el mejor de sus sanguinarios almuerzos.

Si las salinas de Janubio constituyen un tablero escaqueado, los operarios de las mismas son, sin duda, las piezas vivientes del enorme ajedrez, con sus alfiles negros y blancos, con su reina andariega y sus reyes coronados, que no son otros sino sus torretas y elegantes molinos. Todo debajo de un sol total, que "pule y da esplendor", al académico modo. No puede uno sustraerse a la tentación de conversar con esas figuras del salinar, esos cultivadores de la sal que se mueven entre el más acabado juego de espejos, cuales son los infinitos estanques por todo Janubio esparcidos. Por lo general, estos alfiles humanos son campesinos afincados en Las Hoyas o en Las Breñas, y que han hecho la tradición de aprovechar el tiempo, entreverando las faenas agrícolas con las del Salinar, según el día y hora que los reclame alguna cosecha o la puesta a punto de la cristalización del agua. Son los campesinos modestos que carecen de terrenos propios y trabajan al destajo, con lo que evitan las jornadas de ocio a que los hombres se ven sometidos en estas tierras de tan particularísima condición agrícola.

En las salinas de Janubio existe, como en las factorías, un conubio febril de hombres y mujeres, distinguiéndose éstas, agachadas, como si estuvieran mirándose en los espejos del suelo, todas ellas haciendo su personal defensa del sol, tocadas de aladas sombreras de palma, con sus cintas negras y sus pañuelos blancos, azules y amarillos, que se atan debajo de las barbas. Empero, los hombres permanecen enhiestos, rastrilla en ristre, o carreta por delante, reuniendo los granos que, cual granizos de nieve, poco a poco, acabarán por formar nuevas y blanquísimas pirámides. Estos hombres son tipos silenciosos, de brazos hécúleos, ancho perímetro y de una cortesía extremada. Son, sencillamente, hombres originales, honrados a marchamartillo y leales en su quehacer, y que tienen gran parecido con el "roncote" y, a la par, idénticos con el típico labrador lanzaroteño. Acaso estos alfiles del gran ajedrez de Janubio sean los verdaderos

(2) Lanzarote exporta a otros mercados considerables cantidades de sal marina.

(3) Estanques rectangulares que se alimentan directamente del mar, y en ellos el agua se enriquece de carbonato cálcico y sulfato cálcico, para pasar luego a los escaques donde se obtiene la cristalización.

aristócratas de Lanzarote, cuyos blasones y nobleza acaso estén sumamente superados en la múltínime geometría del agua y de la sal. Todavía está por hacer una zarzuela que inmortalice el afán del hombre del Salinar de Janubio, en paciente lucha diaria, contra el viento y el sol, que señorean la solitaria intemperie de su inigualable labor. En "La Rosa del Azafrán" quedó estereotipado el pueblo manchego, y por eso mantenemos la soñada esperanza de que, algún día, un genial artista recoja el argumento del hombre del Salinar, por demás inédito y de indiscutible etiología.

Tan pronto el viajero conversa con los peones de Janubio, surge el recuerdo de don Jaime Lleó Mira (4), fundador del Salinar y que mereció en vida el glorioso título de "Dispensero de la Isla", porque a todos socorría sin cobrar un real a cuenta de los piensos y legumbres que los necesitados, en tiempos de pertinaz sequía, obtuvieron en las tierras de don Jaime. El dadivoso alcalde, que lo fue de Yaiza, ha merecido el perpetuo recuerdo de los isleños, quienes le honran con un monumento (5) de afecto imperecedero...

(4) Fallecido en Yaiza el 25-5-52, a los 53 años de su edad.

(5) Obra del artista canario Plácido Fleitas.

EL PAÍS DEL RUBICÓN

CAPITULO XXXIV

Del País del Rubicón y de su descarnado soma, de la Montaña Roja y de la Isla de Lobos, del marinero caserío de Playa Blanca y de La Torre de las Coloradas, del territorio de Papagayo y de la Catedral de San Marcial, del castillo-vivienda de Juan de Bethencourt y de otras cosas dignas de saberse.

A partir del Salinar de Janubio, traspuestas las mínimas casas que tiene Las Hoyas, comienza el País del Rubicón por sobre cuyos pedregales y llanuras cabalga la historia fundamental de Lanzarote. Porque solamente por este "país" la historia múltiple de la isla parece pulverizada al modo estéril de los llanos de La Calera y las malezas de la Tegala del Pendón.

Llegar a este nuevo paisaje lanzaroteño significa el reconcimiento definitivo que de originalidad bien ganado tiene la Isla de los Volcanes, porque por aquí la piedra atormentada desaparece para dar paso a un suelo desértico, ermitaño y místico... Tener delante de los ojos al País del Rubicón significa, además, la posesión de diversas y sosegadoras sensaciones, pues nos rodea una tranquilidad colosal, una muelle calma que agudiza los sentidos y ejercita la sensibilidad, acaso alentada por la inmóvil tensión de un ambiente que parece palpitar en el tiempo que transcurre. Pero, no es esta visión casi espectral, de pura luz, la clave del País del Rubicón, a pesar de mostrar en cada piedra la virtud mágica de un maravilloso fulgor; ni tampoco nos da la solución el velo calino de esta atmósfera que, como un inasible sudario de gasa, hace asimismo difusos a los tránsitos solares. Empero, creemos, que tal sosiego débase más bien al teológico recogimiento del inmenso pedregal, pregonero recogimiento que, como el pulmón de oro del Espíritu Santo, canta sin voz alguna, sin atracción, sin tiempo ni espacio, el triunfo de la Cristiandad sobre el paganismo. Por que la isla de Lanzarote en Rubicón se bautiza para entrar en la Historia...

Todo este "país" está dominado por la Montaña Roja, que es roja de verdad, casi de color de la sangre, y por la insuperable Atalaya de Femés, cumbre inhóspita y zarpeada, cuyas torrenteras y resquebrajaduras atestiguan su insondable antigüedad.

Siguiendo, pues, como se ha dicho, la cabalgada que hay desde Las Hoyas hasta los llanos de La Calera, vese voleadas por el suelo multitud de flores pequeñas, de raros colores, que apenas se distinguen y que no se puede menos que compararlas a las otras de San Francisco, santamente calificadas de humildes y sonrientes. Entre esta vegetación efímera, y a poco camino andado, llega uno a Las Breñas, que es un caserío de pastores, donde todo aparenta naufragio y desaliento... En Las Breñas cualquier cosa parece escombros de catástrofe, ya que las humildes viviendas, a tono con el paisaje, andan deshabitadas y en

carne viva, mostrando sus paredes desconchadas y sus muros sin el clásico vestido de la alegre cal. No tiene crnita, casi no tiene nada el pueblecito pastoril, y sus contados vecinos tampoco paran en sus viviendas porque trabajan en el Salinar de Janubio, en Yaiza o en Uga. Por tener algo, tuvo el pueblo un tipo original, cuyo talento natural le dio fama de poeta y pensador. Víctor Fernández, que así se llamó el filósofo analfabeto (valga el anacronismo para definir a tan extraordinario campesino), realizó entre otras genialidades, como su meritoria obra poética, la concepción de salinas que el más afamado ingeniero no hubiera tenido inconveniente en firmar como suya. Víctor Fernández alude en su obra escrita, después que aprendió él solo la escritura castellana, a todos los problemas que afectan a la Humanidad, y los trata con garbo, acierto y original picardía. Del poeta son los versos que a continuación siguen:

“Algunos que presumen de vista fina
no ven por las mallas de una barcina,
y otros que presumen de no ver nada
enhebran una aguja de madrugada”.

Así que se deja atrás a Las Breñas, se topa uno con Las Peñitas y Los Rocos, ya a la vista de Maciot (1), que está aprisionado entre los picos de La Aceituna y Redondo, y a poco tramo de Femés. En realidad, Maciot fue transplantado a Femés hacia los inicios del siglo XVI, debido a la afincación definitiva de Maciot de Bethencourt en la Madera, donde vivió después de vender la isla de Lanzarote a los portugueses (2). Existió en Maciot una casa-palacio, cuyos vestigios han desaparecido, y que estaba situada enfrente mismo de La Tegala del Pendón, a un tiro de ballesta, y sobre cuyo mamelón ondeó el blasón de Juan de Bethencourt como rey de Canarias (3), aunque sus actividades no merecieran en momento alguno ese título que inexplicablemente trataba de enaltecer su índole de pirata (4). Pero, no descorramos aún el velo que cubre a este aventurero, que tendrá cumplida claridad en la Punta de Papagayo, donde los esqueletos a flor de tierra gritan todavía justicia para el leproso Juan de Bethencourt (5).

De naciente a poniente, desde la Tegala del Pendón a los llanos de Piedra Alta, soportando una plenitud solar que lo esmerila todo, distínguese perfectamente los negros y abruptos cantiles de Cho Bravo, y detrás de los cuales se abraza el Caletón de Riyo, incipiente playa de un pintoresquismo extraordinario.

(1) Toma su nombre del francés Maciot de Bethencourt.

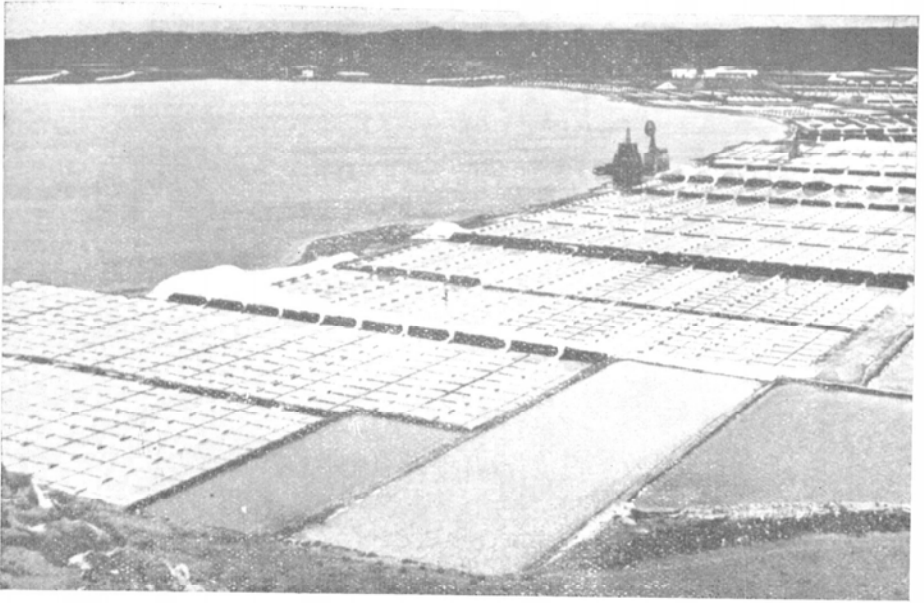
(2) La mayor parte de los historiadores afirman que Maciot cedió las Canarias a Pedro Barba, al que hacen residir en el Archipiélago después de 1424, y lo titulan tercer Señor de las Islas.

En la Información de Cabitos, publicada por el Dr. Chil en sus “Estudios” aparece íntegra la escritura de venta.

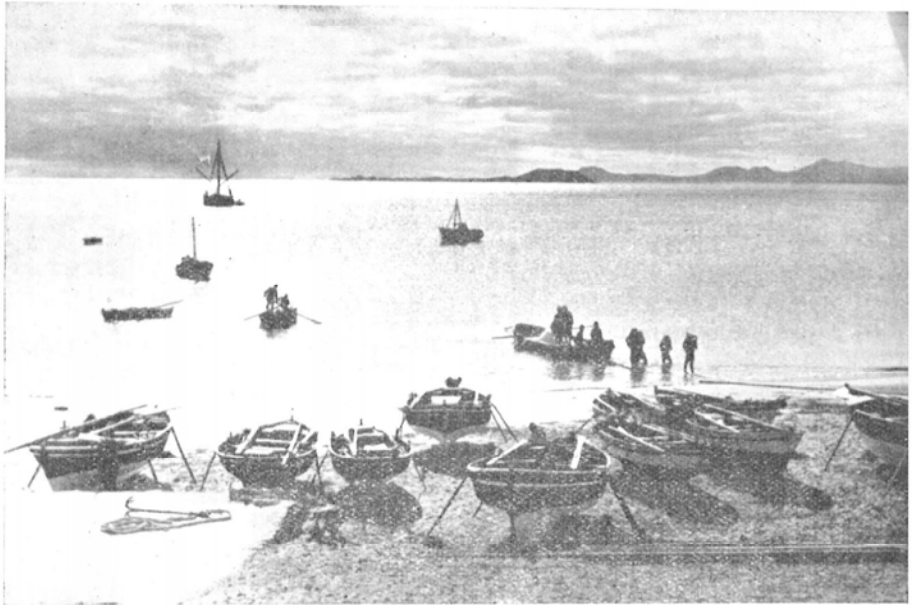
(3) Muchos autores rechazan este título del aventurero francés, pero en un asiento de las cuentas de Mayordomía del Municipio de Sevilla, encontrado por el archivero de aquel Ayuntamiento, don F. Colantes, que lo participó a don Enrique Marco Dorta, y publicado por don Elías Serra Rafols, en la revista “El Museo Canario”, núm. VI, y dice: “Primeramente, en miércoles, diez días de enero deste dicho año (1403), se fizo el pregón de Mesén Johan de Vetancorto, Rey de Canarias”.

(4) “A los naturales de las Canarias no solamente los maltrató sino que los vendió como esclavos, y esto a pesar del lenguaje dulzón y empalagoso del falsificador y autor del manuscrito de Juan V”.—Bonnet y Reverón.

(5) *Nobilis quidam ex regno Franciae magna progenie nomine Misser Johan de Betingkor leprosus propter verecundiam suorum nobilitum vendidit omnia bona sua, accipien que uxorem et familiam suam venit ad regnum Castellae ad civitatem Hispalim seu Sevice, et remansit ibi per aliquod tempus. Et audiens fama istarum insularum, quod essent dispopolatae, dicebat inter se, quod in nulla parte mundi posset melius et magis sine verecundia vivere quam in insulis illis, quod non essent populatae*”.—El texto latino del navegante Diego Gomes se publicó por primera vez en Munich (1847), y fue dado a conocer en España, con su versión castellana, por don Buenaventura Bonnet y Reverón.



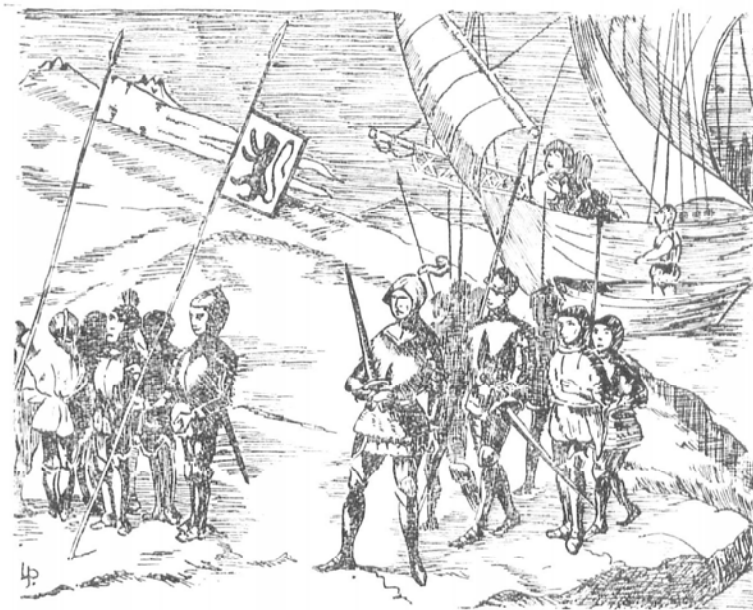
El salinar de Janubio, verdadero y gigantesco ajedrez.



*La sal de Janubio se transporta por la siempre pintoresca Playa Blanca.
(Al fondo, en primer término, la Isla de Lobos, y la isla de Fuerteventura).*



Histórica Torre de Las Coloradas, en la Punta del Aguila.



Desembarco de Juan de Bethencourt, según Leverrier.



Primitivos "majos" lanzaroteños, según un grabado de Leverrier.



*La primera misa celebrada ante el Rey y la Reina de Lanzarote
(Miniatura del Códice de Juan V).*



Ruinas de la Ciudad Rubicense, en primer término los cimientos del Castillo de Juan de Bethencourt.



Curioso pozo de San Marcial, en Rubicón, donde bebieron los conquistadores francos-normandos.

Desde aquí, hacia el sur, el desierto de Rubicón se blanquea con visos lunáticos, y quizá la última luz solar que se da por aquí sea más bien selenita, porque los pedregales se van transfigurando, no siendo ya separables sino compactos y uniformes, al modo de los eriales de pastos que se ven cárdenos por la Hoya de la Yegua y los Llanos de las Vacas, ya en plena costa de Rubicón, donde no existe otra altura que la de Montaña Roja. El paisaje es un ascua, con las humildes florecillas, mínimas como franciscanas, el cielo claro, totalmente azul, sin una sola nube, ningún pájaro en vuelo, porque se les ve dando saltos silenciosos, acaso buscando insectos entontecidos por tanto escolor... ¡Un sol terrible oboveda al País del Rubicón, y sus rayos caen sobre cada piedra con mármoleo fulgor, dándole bravura y, a la vez, desolación a este interminable erial, que no se acaba de concretar por despacio que se mire!

Las costas de Rubicón, entre Punta Gorda y el bajo de San Jacinto, son impresionantes. Por ejemplo, la Punta Ginés, tiene rocas que parecen que van a ser desplazadas por nuevos relieves, éstos asomando por la Caleta Negra, donde el sol resulta un espectáculo, porque su luz seca y ardorosa tiene mucho júbilo sobre las orillas y cantiles, transformándolos en un juego de matices que amenizan la andadura de estas malezas, reclinadas siempre sobre el Atlántico sonoro...

Sigue todavía dominando al paisaje la Montaña Roja, mucho más roja cada vez que avanzamos hacia Pechiguera (otro territorio del Rubicón), punta que hiende el océano y sobre la cual se alza el faro del mismo nombre, hermoso centinela de la navegación, construido en el Charco de las Cancelas, precisamente donde los argelinos y moratos solían colarse isla adentro a mediados del siglo XVII para hacer sus represalias al campante marqués de Lanzarote, que no dio más leña de la que dieron en la costa africana.

Desde el faro de Pechiguera la Isla de Lobos se alcanza casi con la mano, pues, está ahí mismo, parda, a veces renegrada, con su volcán viejo y su punta de Martino, donde en otros tiempos dormitaban enjambradas focas (6) similares a las que todavía se ven en la Bahía del Galgo. La Isla de Lobos está situada en la Bocayna (7), mucho más cerca de Fuerteventura que de Lanzarote, y en su parte de poniente tiene una caldera (8) ceñida a la Caleta del Palo, cuyos fondos son emporio de sabrosas "viejas" y, en general, de pesca diversa. En la punta de Martino, que se ve perfectamente, se alza el Faro de Lobos, que con el lanzaroteño de Pechiguera señalan el estrecho paso de La Bocayna. Durante los siglos XIV, XV y XVI fue la Isla de Lobos preferido lugar de corsarios, que utilizaron la Caleta y ponían vigías sobre el cercano cráter, en cuya cima, al partir, enterraban cartas que sirvieran de orientación a los demás compañeros de rapifía.

Desde Pechiguera, separada la vista del mar de La Bocayna, bordea uno el litoral de Lajas Blancas, para meterse de lleno por los eriales de La Mulata, que nace al nacimiento de Montaña Roja y van a terminar con igual monotonía hacia Montaña Baja, mamelón sin trascendencia que navega solo por las vastas llanuras de Las Vacas. Atrás quedan las playas de La Campana y la del Cachazo, lugarejos donde algunos moriscos tuvieron casa después de la segunda mitad del siglo XVI, y cuyas dedicaciones eran las de pescar y cuidar los ganados del primer marqués. Estos moriscos hacían además labores en cuero, que más

(6) Torriani dice que la isla debe su nombre a la "abundancia de lobos marinos" y la tradición también.

(7) Abreu Galindo, I, 1, págs. 11 y 12, adelanta su opinión, no demostrada, de que en la antigüedad Lanzarote y Fuerteventura estuvieron unidas, y que el mar formó el actual canal de La Bocayna.

(8) "En esta última parte tiene una montaña no muy alta que, como en Alegranza, derrama torrentes de piedra quemada".—Torriani, op. XVIII, pág. 1.

tarde algún inexperto calificó, al hallarse un pedazo de ese trabajado material, de artesanía aborigen. Bien es verdad que, en cuanto a las cerámicas, ha sucedido tres cuartos de lo mismo, por lo que a esta isla respecta. Pero, sigamos nuestra andadura hasta la Punta Limones, para contemplar la majestuosa serenidad de la Bahía de Las Coloradas, con su vistosa y ensangrentada Punta del Aguila, sobre cuya cocorota está el “medieval” Castillo de Las Coloradas. Empero, no adelantemos con la vista lo que aún es necesario caminar, porque de Punta Limones se llega, al poco, a la playa de Los Guardianes, donde está enclavado el pueblecito pescador de Playa Blanca, que parece empujado hacia el mar por la maleza y arenal de Los Fondos. En Playa Blanca se remansa el océano durante todo el año y por eso, entre el turista que disfruta de paz y de sol, vese a multitud de chiquillos desnudos y renegridos gozando de las aguas encalmadas. La ringla de típicos barquillos constituye el atávico exorno de Playa Blanca, donde sus hombres son todos marineros, curtidos de viento y garúa, muy honrados, y poseedores de los más íntimos secretos de “su” mar. La gente de Playa Blanca parece vivir envejeciendo, y con jobiana paciencia aguardan a que se produzca un acontecer familiar: una boda, un bautizo o un entierro para participar en la alegría o en el duelo que, de vez en vez, rompe el silencioso romance del caserío pescador. Las casitas de Playa Blanca son todas de una blancura extraordinaria, unas y otras por un estilo, con sus medios muros, y siempre con los exteriores signos del pescador delante de las puertas: hay nasas, redes, timones a modo de hoz y remos empinados sobre las paredes. Detrás del pintoresco pueblecito están las malezas y arenales sedientos, que quieren tirar al mar de Playa Blanca a esa afanosa humanidad, acogotándola sobre la orilla, empujándola día tras día:

“La llanura, amarguísima y salobre,
enjuta cuenca de océano muerto,
y en la gris lontananza, como puerto,
el peñasal, desamparado y pobre...”

Desde Playa Blanca se anda un tramo para llegar al Berrugo, cuyos molinos exornan el paisaje y nos dan la impresión de encantados Amadis que por estas salinas yerran desesperados por contrariedad amorosa... La típica molina de Playa Blanca, acaso sea la “dama” que agite sus aspeados brazos para recoger cuantos sueños tienen entretejidos los molinos de Berrugo. En este lugar, casi sobre la orilla, hay salinas que con sus montículos de nieve dulcifican un poco la aridez del suelo ardiente, siempre lleno de sol y de infinita soledad.

Después del Berrugo se mete mar adentro la Punta del Aguila, a modo de puñal ensangrentado, porque del color de la sangre resultan las rocas que constituyen su más pronunciado saliente. Encima de este promontorio se levanta el Castillo de Las Coloradas, construido por el Comandante General don Antonio Benito Pignatelli, quien entretuvo en dichas obras los últimos meses de 1741 y los primeros de 1742, obras que planeó el magnífico ingeniero don Claudio de Lisle, experto en tales edificaciones, ya que en la costa andaluza había edificado otra y restaurado varias. Esta Torre de las Coloradas pertenece al estilo estratégico de su época, o sea, como torreón de señales, quizá alineada con las referencias de Isla de Lobos y norte de Fuerteventura, objetivos perfectamente visibles y controlables desde este “puesto de observación”, al fin uno de tantos como se vieron en el litoral sureño español. La Torre de las Coloradas, empero, era impropia para adaptar la artillería de alcance que, desde el siglo XVI, logró gran progreso al fundirse los cañones en una sola pieza. La edificación de este castillo es de

forma circular, de dos plantas, y tiene un bello campanario preisabelino, que emula a otros existentes en las distintas fortalezas de Lanzarote.

El 12 de agosto de 1749 el Castillo de las Coloradas fue asaltado e incendiado por una partida de 400 argelinos, que desembarcaron por las playas de La Bocayna (9) para hacer razzias en las inmediaciones, ya que desde el mar veíase perfectamente, como víctima propicia, al caserío de Femés. Durante ese día y parte del siguiente apresaron a toda la guarnición de la Torre, trasladándose la sanguinaria morisma hacia los altos de Femés, cuyas viviendas habían visto cuando merodeaban por La Bocayna. El pueblo, habitado por humildes pastores, fue sorprendido cuando la mayoría de éstos andaban Rubicón abajo con sus ganados, por lo que la rapiña resultó fácil y rápida. La ermita de Femés fue maltratada, aunque no incendiada (10), como se ha dicho. El día 14 del mismo mes y año, un fraile franciscano, al frente de un grupo de isleños, hostilizó a los argelinos con tal ímpetu y encono que, después de hacerles 70 muertos y recuperar parte del botín sustraído en Femés, los obligó a reembarcar. Sólo ese desconocido fraile (11) resultó caudillo competente, héroe de pura acometividad, pues los soldados de la guarnición fueron apresados y fácilmente rendidos.

En la actualidad la Torre ocupa una superficie de 280 metros cuadrados, y su conservación es perfecta gracias a que veinte años después de ser destrozada por los argelinos, Don Carlos III, reconstruyóla (12), como todavía puede verse en la lápida conmemorativa clavada, con tal motivo, encima de la portena, y que dice así:

REINDO EL S.D.CARL.III
MANDO ES YSLA EL EXCMO
S.D.MIGUEL LOPES FERNS.
DE HEREDIA MARISCL.DE CPO.
SE REDIFCO.ES TRE.DE SAN MARCIAL
PO. DIS COLORADE PUNTA EL AGUILA
AÑO DEL 1769

Es curioso que se la llame entonces Torre de San Marcial y no de las Coloradas, como se denomina en realidad, porque confirma la regla de muchos autores, al citar esta bella fortaleza, que le atribuyen ese nombre. La verdad es que no se llamó como reza en la piedra, sucediendo más bien que cuanto cosa hubo por estas inmediaciones tomaba *vetis nolis* la común invocación "de San Marcial". Otro error que circula en papeles públicos es el que afirma que la Torre se llama también "del Aguila", cuando que bien desmostrado está que tal denominación corresponde a la punta, o promontorio, donde se alza la fortaleza.

El panorama que se ofrece a la vista desde la azotea de la Torre es extraordinariamente digno de admiración, porque si a poniente todo antoja un fantástico decorado, con el ensueño de Montaña Roja aplastando contra el azul marino al refulgente caserío de Playa Blanca, veremos que por el naciente la contemplación de los rojos cantiles abruma de tanta extraña y original belleza, máxima cuando la mar penetra verde y muellemente por la cala de Las Coloradas, acaso la bahía mejor acabada y más serena de las tantas con que cuenta

(9) Con toda seguridad en Playa Blanca.

(10) Algunos autores han creído que tal suceso ocurrió en la primitiva iglesia de San Marcial, pero ello no es posible debido a que ya no existía como edificio.

(11) Nos ha sido imposible su identificación.

(12) Dicha reconstrucción fue planada por don Alexandro de los Angeles, y a expensas del Rey.

Además de dichas mejoras, también en 1779, por mandato de Don Carlos III, se hicieron nuevas obras de conservación. Por una orden de 5 de junio de 1936 fue entregado el Castillo de Las Coloradas al ministerio de Hacienda.

Lanzarote. Esta cala de Las Coloradas tiene sobrados encantos naturales, capaces de ofrecer los más deseables atractivos a quienes sean devotos de los deportes náuticos. Pero, si desde esta Torre, por cuyas azoteas quiere ver uno a los centinelas, miramos cara al Atlántico veremos a la Isla de Lobos, como nueva y grata sorpresa, con su rica fauna marina y sus veriles dispuestos para que los submarinistas, a sus anchas, adquieran sobrosos y apetecibles trofeos. Mas la vista se estremece si volvemos los ojos hacia tierra adentro, porque toda se descarna, sangra y se resquebraja, como devorándose a sí misma... Todo cuanto es el Terminillo, más allá del Cortijo de La Punta y Los Rostros, es desierto calizo, un desierto manso, como un crepúsculo de muchos kilómetros, y en el que un patetismo solar nos hace incierta la noción de las horas. Porque las horas que transcurren por este inmenso erial parecen inasibles, confundiéndonos el aserto sobre tal cual determinado momento. El Terminillo se quiebra en repetidos tajos detrás de la montaña de Breña Estesa, para formar sucesivos valles y lomas que disienten del árido y monótono paisaje del Rubicón.

Abandonado el Castillo de las Coloradas, y traspuesta ya la planicie de la Punta del Aguila, andando poco más del kilómetro de pedregales, llega uno al histórico territorio de Papagayo, que tiene un no sé qué de mágico ambiente, como si en cada piedra oliérase el maleficio del mar... Estamos en las tierras antiguas de la Ciudad Rubicense, ásperas tierras arenosas, batidas por el viento terral que baja desde los Hachos Grande y Chico, cruzando loco por Breña Estesa, para cabalgar sobre el Atlántico que guarnece al Papagayo. Tiene Papagayo una playa original, conocida por la de Afe, o Aefé, cuyo fenómeno consiste en que sus arenas por días son encarnadas y por días negras (13). Son magnetitas que solas se limpian el orón, para luego oxidarse hasta el rojo vivo, como acaece con ese cantil de La Lajita, ahí mismo, que se ve chorreando sangre debido al óxido ferroso de su mineral, mientras las aguas verdísimas toman visos anaranjados según se remansan sobre la orilla. En las inmediaciones de la vaguada que vierte sobre esta playa hay pozos prehistóricos, que todavía son utilizados.

Fue por estas costas rubicencas donde desembarcó Juan de Bethencourt en 1402, probablemente a fines de mayo, no sin que antes hubiera madurado bien esta expedición, consultando a Gadifer de La Salle y a otros marinos (14) que habían sido tripulantes de la flota de Gonzalo Peraza Martell, cuando éste, en 1300, razzió la isla de Lanzarote. El 22 de diciembre de 1401 Bethencourt vende a M. Hué, señor de Dunquère, la casa y heredad que poseía en París, justipreciadas en 200 francos oro, con los que acometió los preparativos de la expedición. Por estas mismas fechas empeña a Robert de Braquemont (15) sus tierras en 7.000 libras tornesas y, a principios de 1402, hacía a su tío una transacción por las tierras de Grainville. A mediados de abril, lo vemos en La Rochela gestionando tripulación entretanto se le uniera Gadifer de La Salle (16), que no tardó para convertirse en la mano derecha de la expedición. Todo, pues, estaba a punto el 1.º de mayo de 1402. La aventura iba a comenzar...

(13) El 28 de julio de 1887 embarrancó en esta playa el bergantín-goleta "Casualidad", propiedad de los armadores Tomás Boch y cía. Este barco había salido de la Tinosa cargado de cebada y barrilla.

(14) "... que dos franceses de los que con él fueron en dha. Armada, se fueron a Francia, e como fablaron de la gente brava de las dichas Yslas que parecia milagro, e lo oyó Mosen de Betancourt, Camarero, e del Consejo del Rey de Francia, con deseo de los convertir a la nra. Santa Fe Cathólica".—Torres Campos, pág. 152.

(15) Mr. Ernesto Fréville en su "Comerce maritime de Rouen", afirma que Robert de Braquemont había dirigido la expedición de andaluces y vizcaínos a las Canarias en 1393.

(16) Puede afirmarse que Gadifer es el verdadero organizador de la expedición, pues aporta un navío soldados, mapas de derrota y una interesante biblioteca, mientras que a Bethencourt sólo le preocupa su provecho.

No cabe ya la menor duda, en particular, después de que los nuevos historiadores han aportado valiosas referencias (17), que don Juan de Bethencourt tiene muy pobre actuación durante la primera acometida de conquistar las Canarias ¡Qué distinto su lugarteniente Gadifer! Sabido es que Gadifer quedó solo luchando con los "majos" lanzaroteños a fin de hacerse fuerte en la playa de San Marcial y que Juan de Bethencourt nada hizo por ayudarle desde el mes de octubre, en que marcha a España (18), hasta el 19 de abril de 1404 en que regresa al campamento de Rubicón (en tierras de Papagayo). Pero, Bethencourt no se olvidaba de sí mismo, porque durante el año y medio que permaneció en la Península se le ve en Sevilla residiendo donde vivía doña Inés de Bracamonte, sobrina suya, casada con Guillen de las Casas, de cuyo matrimonio nació Inés de las Casas, que más tarde caso con Hernán Peraza, el viejo señor de las islas. Por medio de los Mendoza y de Robin de Braquemont, sus parientes, alcanzó el título de Señor de las Canarias, así como un subsidio para continuar la conquista, y que el aventurero despilfarró. Consiguió, además, la creación del Obispado de Rubicón.

Pero, en 1.º de julio de 1403 se avizó en el horizonte un barco, que se dirigía a la playa de San Marcial, y que resultó ser la nave que traía víveres para el campamento de Rubicón, a cambio de que se le diera permiso para comerciar en las demás islas, según lo convenido en España con don Juan de Bethencourt (19). Después que la pequeña embarcación dejó cuatro pipas de vino y diecisiete sacos de harina, se alejó de la costa rubicense para recorrer las islas y obtener algunas ganancias si posible fuera. Estas atribuciones de Bethencourt adigieron sobremanera a Gadifer, máxime cuando le pareció tomadura de pelo el alijo de víveres enviados por el normando, "y si no fuera por el Comendador de Calatrava y un gentilhombre de Sevilla, llamado Juan de las Casas, nos veríamos en gran apuro y escasez, pues no teníamos pan ni vino desde la última Navidad de 1402 hasta después de San Juan Bautista en 1403..." (20). En tan lamentable situación tuvo que luchar Gadifer de la Salle contra los "majos" de Lanzarote y Fuerteventura, islas que iban a constituir el señorío del implacable Juan de Bethencourt.

Por fin, el 19 de abril de 1404, llega a Lanzarote don Juan de Bethencourt que, por más ayuda a su gente del campamento, trajo a dos individuos que encontró en Sevilla, el uno Sancho de la Celleja y el otro Guillermo d'Auberbons, con dos criados llamados Terrín y Madrigal. En cuanto a los víveres, Bethencourt, no descargó más que las quince medidas de trigo que el señor Juan de Ponnens, arcediano de Reims, había entregado al aventurero para socorrer a Gadifer de la Salle, aunque éste no recibiera sino seis medidas, pues Bethencourt retuvo para sí las restantes... (21). Problemente fue en julio cuando Gadifer rompió de forma definitiva con don Juan, negándose a continuar en el país "porque tenía necesi-

(17) Don Elías Serra Rafols ha desarrollado una gran labor en el Rubicón lanzaroteño, y en general en toda la Isla de los Volcanes.

(18) Con seguridad, Bethencourt partió de Lanzarote en el mes de octubre de 1403, y es probable que en noviembre pidiera protección y amparo a la Corona de Castilla, según se deduce de la real cédula de 3 de diciembre en la que Enrique III resuelve la petición que le hace el aventurero.

(19) Bethencourt trató luego de convencer a Gadifer de la Salle, pero éste le contesta: "Todo esto está muy bien, pero hay una cosa de la que me hallo muy descontento, y es la que hayáis prestado homenaje de estas islas al Rey de Castilla, llamándoos señor de todas ellas, y haciendo que dicho Rey lo mandase así a pregonar en la mayor parte de su reino, y especialmente en Sevilla, ordenando que nadie viniese a dichas islas de Canarias sin vuestro permiso, y que se os pagara el quinto en efectos o en dinero, de todas las mercaderías que se extrajeran de estas islas y condujesen al reino de Castilla".

(20) Boutier, op. 31.

(21) Boutier, op. 61.

dad de regresar a Francia" (22). Empero, Bethencourt, con naturales de Lanzarote, atacó a los soldados de Gadifer, obligándolos a la sumisión.

Poco después, el antipapa Benedicto XIII publica una bula con fecha 7 de julio de 1404 erigiendo en Ciudad al campamento que Juan de Bethencourt poseía en Rubicón, exactamente en la punta de Papagayo, por la parte que hoy llaman playa de San Marcial. La Ciudad Rubicense que declara el antipapa consiste en un castillo y una iglesia de tres paredes, semitechada, sin puertas, donde se daban misas de campaña. Esta iglesia fue declarada por la misma bula Catedral, con dignidad episcopal sujeta a la hispalense, extendiendo su diócesis a toda la isla de Lanzarote y a las demás del Archipiélago, consagrándose Obispo a fray Alonso de Barreda, que no llegó a posesionarse de la nueva Silla. Mas, con anterioridad, según bula de Benedicto XIII, fechada en Aviñón el 22 de enero de 1403, Juan de Bethencourt y Gadifer de La Salle reciben autorización papal para elegir un eclesiástico que ejerciera excepcionales servicios, bula que motivó la errónea interpretación de que a Bethencourt se le concedía la facultad de elegir Obispo (23).

Cuanto se relaciona con las primicias históricas de Lanzarote está, en la mayoría de los casos, completamente a oscuras. Por cualquier rendija aparece un dato lleno de contradicciones, cuando no de estupefacción, y que sólo sirve para aumentar las dudas o sembrar de impedimentos a los hechos apenas esclarecidos. Empero, van surgiendo documentos auténticos que testifican los más insosprendibles sucesos, y ponen en claro muchos aspectos de los primeros pasos de la historia lanzaroteña. En cuanto a los Obispos de San Marcial de Rubicón acontece otro tanto, pues en su relación cronológica existen dificultades todavía insalvables.

Al parecer, no fue fray Alonso de Barrameda el primer Obispo de Canarias, sino el primero de los que tuvieron silla en Rubicón. Según Abreu y Galindo y José de Sosa, las primeras misiones mallorquinas establecidas en Canarias, tienen su principal acción en Gando, Telde y Agüimes, cuyos misioneros propagaban entre los canarios una elemental técnica constructiva y la erección de ermitas y santuarios donde recibían culto toscas imágenes. Así vemos que Clemente VI, por bula expedida el 7 de noviembre de 1351, erige por vez primera a las Islas Afortunadas en Obispado, designando al carmelita fray Bernardo como pastor a quien se le concedía además supremas facultades para elegir lugar donde levantar la Catedral (24). No arribó a Gran Canaria este primer Obispo de La Fortuna, ni tampoco el segundo, asimismo llamado Bernardo (1354-60?), quien muere en su calidad de "Obispo teldense", por lo que Inocencio VI promueve en 1360 para la Diócesis de Telde al presbítero Bartolomé como tercer Prelado. De este tercer Obispo teldense no hay noticias, pero sí se sabe que fue, como sus antecesores, un prelado misionero, que se conformaba con las necesidades de la época, y al margen de la jerarquización que hoy señala la Iglesia.

Desde entonces preside la Diócesis grancanaria Fray Bonanat Tarín (25), que perteneció a la Orden de Menores Franciscanos. Este Obispo rige su grey du-

(22) Gadifer no pensó reclamar ante la Corte de Castilla sus derechos de conquista, sino que su alegato era la inmediata vuelta a Francia.—Bonnnet y Reverón, op. VIII, pág. 82.

(23) Wülfel se equivocó, apunta Bonnnet y Reverón, cuando asegura que Bethencourt y Gadifer reciben poder de "elegir un sacerdote para hacerle Obispo de la nueva Diócesis".

(24) Viera y Clavijo dice que fue nombrado Obispo de las Afortunadas por bula de Clemente VI en 8-5-1353.

(25) "Sobrellevando... la carga del oficio pastoral que Dios te ha encomendado, es nuestro deseo que vayas a dichas islas... y en una de ellas y en el sitio más apto... fundéis una iglesia... Catedral, y al lugar donde la levantaréis le pongáis por nombre Ciudad, con cuyo nombre queremos que tú y tus sucesores en el Obispado seáis designados perpetuamente... "El Obispado de Telde", Antonio Rumeu, "Diario de Las Palmas", 10-1-59.

rante veinte años, siendo, pues, su pontificado una de las más dilatadas etapas del episcopologio canario. Fray Bonanat muere "Obispo de Telde" hacia 1390. El quinto y último Obispo de Telde es el dominico Fray Jaime de Olzina, de ilustre familia balear. Lo nombra Clemente VII en Aviñón, en 31 de enero de 1392, prohibiéndosele por el Sumo Pontífice que resida fuera de su Diócesis, advertencia que a Fray Jaime poco asustaría, ya que era misionero avezado en las peligrosas tierras de Berbería (26). Rumeu de Armas afirma que la presencia de este último Obispo teldense hay que situarla en todo el año 1392 y parte del 93, ya que luego se ve citado en 1394 como residente en Mallorca.

Se ha visto, aunque someramente, que el Obispado de Rubicón no fue el primero de Canarias, porque según la moderna investigación el de Telde mantiene su primacía en cincuenta y tres años respecto al de San Marcial, en Lanzarote (27).

En realidad, lo que antecede no afecta a la narración histórica del Episcopado lanzaroteño, ni a las penas y glorias de sus actuaciones, pero sí constituye referencia excepcional para completar el Episcopologio Canario. La verdad es que la vida de la Iglesia en Gran Canaria y en Lanzarote, durante todo el siglo XIV y gran parte del XV, fue efímera por su extrema modestia. De aceptarse el arribo de algún Obispo teldense, hay que reconocer que su Catedral no sería otra cosa que alguna cecvacha, o deficiente construcción de tipo misional, idealmente ubicada en las inmediaciones de Telde. La misma catedral de Lanzarote, en Papagayo, no debió ser sino de tres paredes dispuestas a modo de soco, con un rústico altar de piedra, donde se celebraban las ceremonias religiosas mientras los fieles permanecían afuera, tal y como puede verse en un grabado de la época (28). La pobreza de la Catedral rubicense era suma, y sus actividades pura teoría, hasta el punto que en 30 años consecutivos anduvo exenta del pago de los "servitia" a la Curia Romana (29).

Decíamos, pues, que el primer Obispo de Rubicón fue Fray Alonso de Barrameda, nombrado por Benedicto XIII en 1404, y que a pesar de las amonestaciones de la Tiara no se posesionó (30). Le sucede Fray Mendo de Viedma, aunque Viera diga que Fray Alberto de las Casas ocupara este Obispado en 1406 por nombramiento de Inocencio VII, y que fue recibido por el Gobernador Maciot de Bethencourt en tierras de Fuerteventura. Sin embargo, el Dr. Wölfel dice que si Fray Alberto no fue elegido en 1404 no existió jamás, porque no hay período de tiempo posible donde colocarlo, teniendo, por tanto, que borrarle definitivamente del Episcopado Canario.

Fray Alonso de Barrameda sigue, pues, siendo el primer Obispo de Rubicón hasta 1417, y se sabe que estuvo al tanto de la conquista franco-normanda de Lanzarote y Fuerteventura, en particular, de las dos naves cargadas de emigrantes que Bethencourt se trajo desde Harfleur para poblar las islas en 9 de mayo de 1405, después de visitar a sus parientes de Francia y obtener de Braquemont nuevos préstamos con que continuar la conquista (31). En una de esas naves llegó Maciot de Bethencourt, quien con plenas facultades de Gobernador de las

(26) "Por lo menos en 1378 —dice Serra Rafols— vemos al obispo Jaime de Olzina rescatando cautivos en tierras de infieles".

(27) La señorita Amada López de Meneses, publica en 1958, tomo VI de los cuadernos "El Correo Erudito", un documento en el que se expresa que el Obispado teldense están en las Islas Canarias.

(28) Monseñor Vincke cree que la catedral era una capilla del castillo de Bethencourt, pero una miniatura publicada con el Códice de Juan V refleja exactamente el lugar que, quien quiera puede comparar con los vestigios que hoy se ven.

(29) Así lo manifiesta el respetable profesor Vincke.

(30) En 1412 asiste a un Concilio en Sevilla, aunque Wölfel prolonga su episcopado hasta 1417.

(31) Bethencourt había salido para Francia el 31 de enero de 1405, después de la rendición de los dos reyes de Jandía y Maxorata.

islas conquistadas arremetió contra los aborígenes de forma cruel e inhumana, realizando sanguinarias razzias sin otra aspiración que la recluta de esclavos y extinción total de los isleños. ¡Qué diferencia de índole entre los reyes "majos" y el francés aventurero! La noble monarquía mahorera se confiaba a quienes, con engaños, no pretendía nada más que el propio lucro, aunque este se acumulara a base de la sangre inocente de los pacíficos habitantes de Lanzarote, cuyo último rey, Guadarfía, desapareció después de haber depositado su confianza en la conciencia de un pirata. Del paradero de Guadarfía poco o nada se sabe, aunque el apócrifo Códice de Juan V lo represente coronado, oyendo su primera misa en la rústica Catedral de Rubicón. Don Luis de Guadarfía desapareció como tantos y tantos isleños, hasta el punto que el mismo Benedicto XIII, que con sumo afán apoyara a Juan de Bethencourt, otorgándole la Bula de 1403, la revoca en 1.º de noviembre de 1414 a causa de las atrocidades cometidas por Maciot de Bethencourt, que esclavizaba y asesinaba naturales a su antojo (32).

Después de sometida la isla del Hierro, comprobadamente sometida por traición, y sin intentar desembarco alguno en otras islas (33), acaso temiendo nuevos desastres, regresa Juan de Bethencourt a Fuerteventura y allí distribuye tierras entre los colonos llegados de Francia (34). Recorrió la Erbanía durante un mes largo, dictando disposiciones para la buena administración del país, y al cabo regresó a su castillo-vivienda de Rubicón, donde nombró con toda solemnidad a su sobrino Maciot como Gobernador de las islas conquistadas. Por último reunió a todos los habitantes y compatriotas en la vaguada, o feria de San Marcial, de cara a la Catedral, en la que se dijo misa por el feliz término del viaje que disponíase a realizar el "Rey de Lanzarote". A continuación, Juan de Bethencourt hace pasar a sus más fieles servidores al interior del castillo, celebrándose en él un gran banquete de despedida, y durante el cual el "Rey", sentado en una silla enorme, para ser mejor oído, pronunció un discurso largo y sentimental (35).

El castillo de Rubicón era una edificación de tipo normando de dos plantas, la baja bicámara abovedada, azotea almenada, ballestera y sin poterna. Su ubicación estaba donde aún se aprecian sus cimientos, o sea, sobre una colina que domina el campamento y a la vez, el acceso de la playa de San Marcial, por La Latija, y dominando los pozos del santo de Limoges. El recinto de la Ciudad Rubicense estaba amojonado por grandes piedras extraídas de una cantera próxima, de la cual también se extrajeron los materiales para edificar las paredes de la Catedral, mole de la fortaleza, cuadras y refugios. Las dichas piedras yacen en la actualidad sembradas, como a voleo, por toda la árida zona del recinto histórico, porque son piedras distinguibles, de frágil consistencia, blanqueadas, conocidas por *cal y canto* (36).

(32) He aquí cómo comienza la Bula de 1.º de noviembre de 1414, expedida en Tortosa por Benedicto XIII: "Tratado por la voz pública ha llegado a nuestro conocimiento que algunos tesoreros, colectores, cobradores y receptores de limosnas dadas con motivo de las indulgencias concedidas por Nos, a todos aquellos que de algún modo ayudaren a la conquista de las islas Canarias, y re vocadas expresamente por Nos, por exigirlo los abusos y excesos cometidos por los mismos, según se dice, con ocasión de lo antes dicho, han sido detenidos por algunos oficiales y jueces, tanto eclesiástico como también seglares en sus cárceles. Nos deseando proveer saludablemente para remediar la justicia acerca de este asunto, a vuestra dirección (x) en la que confiamos para esta y otras cosas, recomendamos especial cuidado con nuestra autoridad, para que los mencionados capturados sean reclamados por vosotros u otros, y por los mismos señores y jueces de cualquier dignidad eclesiástica o mundana..."

(x) Se refiere a Fernando Pedro de Cenomanos, deán de Tarragona, Juan Textor, canónigo de Barcelona, y Guillermo Marinero, de Gerona.

(33) El 9 de octubre de 1405 salía Bethencourt desde Fuerteventura para intentar un asalto a Gran Canaria, pero salió muy mal parado, así como de La Palma, donde luchó sin éxito seis semanas.

(34) Algunos autores creen que Bethencourt repartió tierras a los naturales. ¿Es posible tal bondad?

(35) Dicho discurso lo transcribe íntegro el amanerado manuscrito de Juan V.

(36) *La caparrosa aquam sensim trasmitendo stillans*, de Línneo.

En este castillo-vivienda reside Juan de Bethencourt, titulado Rey, durante un año y cinco meses, ausentándose de él dos años, un mes y quince días, mientras Gadifer de la Salle, primero, y Maciot de Bethencourt, después, le conquistaban y gobernaban las islas de su efímero señorío. El 15 de diciembre de 1405 salió el aventurero del Archipiélago para no volver nunca más. Quede aquí, pues, la sojera actuación de Juan de Bethencourt, leproso y pirata, despilfarrador de los beneficios de las bulas papales y, por añadidura, traidor ante la noble estirpe canaria. Porque Juan de Bethencourt abandonó a Gadifer de la Salle cuando éste le conquistaba la isla de Lanzarote, mientras asimismo resquebrajaba a los dos reinos de Fuerteventura. Engañó y traicionó a los pacíficos habitantes del Hierro y experimentó pánico cuando la acometida de los canarios de Arguineguín. La actuación de Juan de Bethencourt en el Archipiélago fue condicionada a su baja estofa de oportunista y adulador, según se desprende de todos los actos de su vida. Murió sin mujer, sin hijos, sin las Canarias, sin patrimonio, sin amor, sin un afecto ni una amistad; roído por la lepra, abandonado de todos, casi un mendigo... (37). Era el año 1422.

Mas, retrocedamos de nuevo a Fray Mendo de Viedma, segundo Obispo de Rubicón, nombrado por Benedicto XIII papa de Aviñón, pero Martino V de Roma constituye en Autoridad Apostólica al Decán de San Marcial, Juan Leverrier, compañero de conquista de Bethencourt y administrador del bautismo al Rey lanzaroteño Guadarfía, como encargado de la Catedral de Rubicón, y coadjutor del Obispo. Al fin, Fray Mendo de Viedma reconoce al papa de Roma y arriba a la Ciudad Rubicense, designando cura de Santa María de Betancuría a su coadjutor Leverrier, cuya ermita acaso viera edificar cuando acompañó por tierras majoreiras al lugarteniente Gadifer de la Salle. Algunos autores creen que Maciot de Bethencourt obtaculizó la vida pastoral de Fray Mendo, pero hoy se sabe por documentos vaticanos que no fue Maciot quien provocó la erección del Obispado de Fuerteventura, sino Alfonso Casaus, que reconoció al Papa romano después de tomar, por las fuerzas, a las islas conquistadas, excepto la de Lanzarote, donde se hacía fuerte Maciot. Como tal iglesia romana, la de Betancuría fue la residencia del nuevo Obispado, creado en 20 de noviembre de 1424, nombrando pastor a Martín de Domibus (38). Pero Fray Mendo de Viedma se defiende a machamartillo y sale para Roma, donde Martino V le reúne nuevamente en su Obispado de Rubicón todas las islas Canarias, anulándose el de Fuerteventura hacia la mitad de 1430. Fray Mendo de Viedma se enfrentó duramente contra Maciot, a quien el Obispo echaba en cara sus malos tratos a los naturales. Murió Fray Mendo de Viedma en Roma, hacia 1431.

El Dr. Wölfer menciona (39) como sucesor de Fray Mendo a un desconocido Fray Enrique, jerónimo, que parece haber sido Obispo de Rubicón nada más que meses del año en que muere el de Viedma. Enrique IV designa a don Fernando Calvetos, jerónimo virtuoso, literato y teólogo en el Concilio de Constanza, como Obispo de Rubicón, quien con riesgo de su persona, pero a la vez con una asombrosa entereza, prohíbe a los señores de la isla que comercien con los mahoneros, cuyas ventas se prodigaban entonces a mansalva. El 12 de enero de 1443 el Papa Eugenio IV le suscribe Bula desde Florencia comunicándole que decretaba que los fondos retenidos por los camareros apostólicos, en tiempos de Pedro de Luna, fueranle entregados al Obispo de Rubicón, "para pasar a dichas islas un grupo de personas" que ayuden a convertir a los moradores que hasta hace poco no conocían a Dios. Don Fernando Calvetos, invocando la Bula de

(37) Bouquet y Reverón, op. XIV, pág. 128.

(38) O Martín de las Casas.

(39) "Quiénes fueron los primeros conquistadores y Obispo de Canarias", Dr. Wölfer

Eugenio IV, en 1435, autorizó el traslado de la Silla de Rubicón a Gran Canaria (40), falleciendo en su Diócesis hacia 1446.

Le sucede Fray Francisco, confesor del Príncipe de Asturias, y no fue promovido al Obispado en 1436, como se ha dicho, porque en 24 de octubre de 1446 Eugenio IV le expide Bula en la que le detalla las cantidades que recibirá de los reinos de Castilla y Aragón, tal como se le había prometido a su predecesor Fernando Calvetos. Lo más probable sea que Fray Francisco fuera nombrado Obispo de Rubicón en los primeros días de octubre de 1446. Este Prelado sufrió varias investigaciones debido a su dudosa conducta.

Don Juan Cid, racionero de la Metropolitana de Sevilla, es asimismo nombrado Obispo de Rubicón por Eugenio IV, desempeñando su misión con ardiente celo, enfrentándose en diversas ocasiones con los comerciantes de esclavos. Es Fray Juan Cid un Obispo del que poco se sabe.

Le sucede don Roberto, cuyo apellido no acaba de aparecer, y con toda seguridad fue nombrado por Pío II en 1459, aunque no llegó a posesionarse de la Mitra rubicense.

Don Diego López de Ylesca, deán de San Marcial, consejero de los Reyes Católicos, fue elegido Obispo de Rubicón en 1460 por Pío II, Papa éste que en 1462 ratifica la Bula de su antecesor respecto al traslado de la Catedral rubicense a Gran Canaria. Don Diego López de Ylesca, desde el instante en que toma posesión de su Diócesis, se convierte en paladín de la ciudad del Rubicón, realizando titánicos esfuerzos por dotarla de los más inmediatos adelantos materiales y espirituales. Con el Señor de la Isla, Diego García de Herrera, intentó el Obispo de Ylesca la conquista de Gran Canaria, pero a la larga, comprobadas más las pérdidas que las ganancias, abandonó la ardua empresa, y renunció al pontificado en 1468 para marcharse a la Península, donde vivió de la pensión que le remitía su sucesor por disposición papal.

Don Martín de Rojas, de la Orden de San Jerónimo, quien al recibir las bulas de manos de Paulo II en 1469 entregó los treinta y tres florines en que estaba tasada la Catedral de Rubicón. Don Martín no vino a su Obispado, por lo que fue trasladado a Zamora.

Don Juan de Sanlúcar, franciscano y vicario general de su Orden en Canarias, electo Obispo de Rubicón el 10 de diciembre de 1470, pero de quien nada más se sabe. Viera y Clavijo, empero, dice que tomó posesión de su Silla, aunque seguramente no aconteció así, según Chil y Naranjo.

Don Tomás Serrano, otro Obispo de Rubicón, acerca de cuya persona y pontificado muy poco se sabe, acaso porque anduviera dedicado a la conversión de canarios y guanches, sin preocuparse para nada en dejar las consuetas referencias de su pontificado. Empero, Viera dice que obtuvo la Mitra a principios de 1471.

El último Obispo de Rubicón fue don Juan de Frías, natural de Sevilla, electo en 1479 por Sixto V, y fue uno de los principales conquistadores de Gran Canaria, que concierta en 20 de abril de 1478 con Alonso de Palencia la sumisión de los canarios, a cambio de que para él se reservara la orchilla de aquella isla. Facilitó los dineros suficientes para la primera etapa de la conquista de Gran Canaria, aportando las recaudaciones efectuadas en su Obispado de Rubicón, cuya Silla trasladó, pendón en ristre (41), a la isla redonda el 20 de noviembre de 1485,

(40) Los misioneros Juan de Baeza y Alfonso de Yñibarren, hacían grandes progresos en Gran Canaria, y se pretexta de haber muchos convertidos y estar de buenas relaciones con los guanartemes, logran la bula de Eugenio IV, expedida en 25 de agosto de 1435, para trasladar a la isla redonda la Catedral de Rubicón, que "estaba expuesta a piratas y salteadores, y tan poco poblada que no podía subsistir en ella el Obispo ni la Iglesia".

(41) "Pendón de Frías", se llamó el de la Conquista.

afincándose definitivamente en el Real de Las Palmas (42), que ya entonces era llamada "villa".

La Catedral de San Marcial de Rubicón no estaba en servicio durante el catclismo insular, como se ha dicho, en la creencia de que durante los años de 1730 al 36 don Pedro Manuel Dávila administró en ella las cenizas de la Cuaresma de 1735, permaneciendo en tierras de Papagayo tres días, con sus noches, cuando la verdad es que donde pernoctó el Prelado fue en Femés, en cuya ermita presidió las rogativas para aplacar las erupciones volcánicas que desolaban a la isla (43). Fue en 1630 cuando el Obispo De la Cámara y Murga desahució, con la solemnidad acostumbrada, al viejo templo edificado hacia 1406 por orden de Juan de Bethancourt, quien antes de abandonar Rubicón hizo saber sus deseos al maestro de obras Juan Le Masson, según se desprende del *Le Canarien*.

A mediados de 1593 fue destruída la primitiva catedral por ciertos corsarios ingleses, que dejaron del edificio nada más que los tres muros todavía visibles en épocas recientes, entre los cuales la gente del país solía, a espaldas de la autoridad eclesiástica, enterrar a sus muertos, como lo atestigua el proceso abierto contra Marcial de Saavedra, en 1636, y los furtivos enterramientos de la primera mitad del siglo XIX, según una queja presentada ante el Alcalde de Femés, por el vecino de Papagayo, don Policarpo de León Perdomo, en 1827. Y a principios del presente siglo todavía se ponían flores y sahumerios sobre las invisibles sepulturas habidas en el interior de la vieja Catedral, como homenaje, o somero culto, a los antepasados.

En 1755 una comisión presidida por el Alcalde de Femés y don Manuel Sierra, párroco de dicho municipio (hoy extinguido), se desplaza al territorio de Papagayo para confeccionar un informe acerca de las históricas ruinas de la Catedral de Rubicón, por lo que parece capciosa la idea del descubrimiento que realiza en 1862 el cura de Yaiza ejercitando la caza por "aquellos alrededores", donde ni moscas hay. Este cura hace dibujar un plano que pretende recoger la misma planta de la primitiva Catedral, pero basta echarle un vistazo para comprobar que el trazado corresponde a una construcción más reciente que la edificada por el maestro de obras de Juan de Bethencourt. Lo que sucedió más bien fue que, por tales fechas, se consideró desaparecido el viejo edificio, por lo que el Obispo Codina (1848-61) ordena se señale el lugar sagrado con una cruz de hierro para que no se perdiera el punto de referencia, o sea, sobre un mamelón a naciente de los pozos de San Marcial, a unos 200 metros aproximados del mar. A esta primera cruz le hicieron una base de piedras recogidas de las primitivas construcciones habidas en el campamento de Bethencourt, como lo atestigua el documento de 21 de abril de 1850, que refiere esta peripecia (44). Después de un minucioso rebuscamiento en los archivos de la Parroquia de Yaiza, hemos podido comprobar muchas cosas últimamente aseveradas sin fundamento histórico, tales como la leyenda de los planos y la situación de la Catedral de Rubicón. Que la vieja edificación estuvo donde aparece la cruz lo confirma el Obispo Buenaventura Codina, quien durante la visita pastoral de aquel año de 1856 aprobaba y bendecía el proyecto de reedificar la Catedral (45), "que sirvió como fundamento

(42) Pedro de Vera y el Obispo Frías se dirigieron a los Reyes Católicos, y obtuvieron a principio de 1485 un Breve de Inocencio VIII por el que se facultaba al Obispo para el definitivo traslado de la Sede Diocesana al Real de Las Palmas.

(43) Sínodo de 1735. Sin embargo, resulta curioso que Zunznavar y Francia afirma que "en 1492 apenas se encontraban en Lanzarote los vestigios de la primitiva iglesia de Rubicón". Empero, Nicolás Hernández, que visita el lugar en 1602, vio los muros del castillo y catedral rubicenses.

(44) Documento que vimos en Yaiza, por cortesía del párroco don Andrés Hernández Mauricio.

(45) Instancia que consta en el archivo parroquial de Yaiza, mediante la cual se dirigen desde Fernández, que visita el lugar en 1602, vio los muros del castillo y catedral rubicenses. Medina, don Antonio Medina y don Jorge Rodríguez Fernández.

para la propagación de Nuestra Santa Religión en todo el Archipiélago; por lo cual suplica a V. E. Y. se digne si lo tiene a bien conceder su licencia para que se reedifique el esperado templo en la misma forma que indican los simientos” Se acompaña, empero, el plano de marras que, como hemos dicho, corresponde a ideas más avanzadas, y de él creemos que no es punto de partida para restablecer la iglesia de la Ciudad Rubicense. Es necesaria la previa y concienzuda excavación a fin de localizar cuáles eran las bases del viejo templo y cuáles fueron sus más inmediatas ampliaciones (46) a partir de 1407.

En 1880 visita el histórico lugar el notable publicista local don Antonio María Manrique, quien aporta datos de sumo interés, y que han sido muy provechosos para esclarecer más de un punto obscuro respecto a situaciones y controversias (47). En nuestra opinión la Catedral estaba ubicada, con toda seguridad, a poniente del mamelón, donde está enclavada la actual referencia, y enfrente a la loma donde se han excavado los cimientos de la fortaleza de Bethencourt (48). Tales vestigios han sido localizados por el Dr. José de C. Serra Rafols, y los constituyen tres paredes de las dos salas que, en la planta baja, debió tener el castillo. Una de las paredes, la central, tiene un ancho de 0,90 metros, lo que hace suponer que acaso tuviera techo abovedado, y sobre éste la supuesta planta alta que todos sospechamos. Lo que sí está perfectamente claro es el hallazgo de los quiciales, que definen a los dos accesos principales de la fortaleza. Cosa ardua supone el ancho de los muros exteriores, y forma que pudieran haber tenido, porque por dar hacia el declive de la loma sus vestigios rodaron con la “riada”, perdiéndose definitivamente tan interesante aspecto de la fisonomía exterior del castillo, al que se le supone un amplio patio rectangular, de estimable barbacana, aunque hasta la fecha sin localizar.

Descendiendo hacia la vaguada de San Marcial, se llega a unos lastrones de caliza, debajo los cuales se conservan dos pozos (49) que tienen forma de botella, o sea, estrechos por la boca y atinajados desde su mitad hasta el fondo. Son estos pozos una verdadera maravilla en su género por lo bien dispuesto de su vestido, ya que las piedras que lo integran obedecen a manos sumamente expertas en la materia. Los dos viejos samaritanos (siglo XV) contienen agua salobre, más bien salinosa que agria, debido a su segura mezcla con la del mar, en extremo cercano. Sabemos que en tiempos de pertinaz sequía estos pozos, y el principal de San Marcial, aún más próximo al mar, sirvieron de paliativo a la sed del Sur lanzaroteño, y que por tales urgentes necesidades hubieron repetidos intentos de alumbrar otros caudales, como lo atestiguan varias solicitudes existentes en Femés y que datan, precisamente, de los años 1731-36. Empero, bien porque el caudal fuera exiguo, bien porque no interesaran, dichos pozos se abandonaron, antes de llegar a prestar sus auxilios a la población sedienta. Y en fecha relativamente cercana, el Cabildo Insular, en su desesperada búsqueda de agua, realizó obras de remozamiento en dichos pozos. El propiamente llamado “Pozo de San Marcial” está ubicado en la playa del mismo nombre, construcción extraña, harto curiosa y digna de verse. Se trata de un edificio encajonado en una excavación hecha al efecto, cuyo techo abovedado no se alza apenas sobre la superficie del lugar donde está enclavado. Tiene un brocal confeccionado sobre la bien acabada bóveda, siendo de forma cilíndrica. Por una escala de baldosas —hoy cubierta de arena— se baja al arco de medio punto que constituye su acceso principal, donde el ganado bebía a placer y sin riesgos de clase alguna. Dicha escala está entre dos paredes de tosca cantería de *cal y canto*, extraídas de

(46) Don Antonio María Manrique habla de ellas, si bien no dice de dónde toma esas referencias.

(47) Rv. de “El Museo Canario”, año II, núm. 10, de 22-7-1880.

(48) Es meridiana la claridad si el lugar se compara con una miniatura del Códice de Juan V.

(49) A estos dos pozos y el curioso de San Marcial, son los propiamente llamados así.

la cercana cantera donde asimismo los franco-normandos extrajeron los materiales necesarios para sus edificaciones. El pozo está dividido en tres departamentos, o sea, una habitación rectangular, de 3,50 x 3,00 metros aproximadamente, inundada de agua, que se comunica con otra similar a través de un arco de medio punto, para acabar en una tercera habitación, de idéntica forma, pero con la particularidad de que en su fondo, en la pared, luce un nicho a modo de retablo. La tradición cree que en dicho hueco hubo una imagen de San Marcial, si bien lo importante sería vaciar sus tres interiores para explorar sus fondos, que seguramente revelarían objetos formando estratos y que, acaso, dataran indicios de la cultura aborigen (50).

Estos "Pozos de San Marcial" los recibe don Luis de León, El Viejo, el 12 de septiembre de 1506, de un tal Juan Perdomo y Arete, especificando la índole de cada uno, así como concretando que sólo eran "los tres pozos habidos en Rubicón, a poniente de San Marcial". Pero, en 20 de abril de 1575, aparece un inventario de bienes (51) que hacen los hijos del citado don Luis de León (52) y que suscriben don Alonso de Jerez, don Juan Monguía Betancor y don Gonzalo Díaz de Morón, que registran como bienes los "tres únicos pozos habidos en San Marcial de Rubicón".

Muy sugestivas y evocadoras resultan las ruinas de la ciudad rubicense, por lo que visitarlas es de lo más interesante, ya que entre las piedras diseminadas parece levantarse esa corte de preladados, conquistadores, piratas y mercaderes, mientras la historia de Lanzarote comenzaba a existir, acaso nada más que para vivir después de sus muertos, como lo atestigua el terror de los pastores y pescadores hacia los huesos calcinados por el tiempo (53). Entretanto, ahito de siglos, este dramático recinto sigue contando el paso del tiempo en la soledad infinita del Papagayo, la única zona de Lanzarote donde las tumbas asoman entremezclando sus huesos de santos y paganos, de nobles y piratas, con los ripios blancuzcos que refulgen debajo de un sol litúrgico y casi, casi, omnipotente...

(50) El Dr. Serra Rafols publicó recientemente en la "Revista de Historia Canaria", núms. 131-32, un autorizado estudio sobre sus excavaciones en Rubicón.

(51) Documento que nos muestra el investigador don Eugenio Rijo Rocha. El Dr. Cioranescu dice que Sancho de Herrera hizo merced de un solar y un pozo en Rubicón, en 1502, pero bien claro se ve que se refiere al de Montaña Roja.

(52) No sabemos si este don Luis de León es el vencedor de Tafareuste (Berbería), aunque creemos que sí. Empero, Viera cita a un don Luis de León, El Viejo, que en modo alguno podría ser el testador dados los años que separan a ambos.

(53) Abruma el número de supersticiones y leyendas tétricas nacidas en torno a las tumbas de la ciudad rubicense, hasta el punto de ser "tabú" para los moradores del sur insular.

F E M E S

CAPITULO XXXV

De los oráculos de Vallito Negro y del romance de pastores, del vetusto caserío de Femés y del Santo Patrono insular, de doña Doñores Casalesus y de sus plácemes epicopales.

Tan pronto se traspone el árido territorio del Papagayo, se deja atrás asimismo al País del Rubicón, con su historia dormida y sus funambulescos sueños medievales, que trotan invisibles por los pedregales y costaneros desiertos del Sur insular. En los oídos restalla el soniquete que viene de la mar próxima, en cuyo litoral de sotavento hay afijos rítmicos como los de La Juradita, El Pasito. La Fuentesita y El Pimentito, separados entrecambos nada más que por la Punta del Cojón, que es cosa así como la cola talar del Hacha Chica estirada hacia el océano. A partir de este promontorio renegrido, pasada ya la desembocadura del barranco de Las Pilas (1), se inicia la colorista Caleta del Fuego, con sus formidables pedruscos rojizos, algunos color de llama, con sus grandes desprendimientos basálticos que, tierra adentro, se abren más y se ensanchan para dar forma al endiablado Vallito Negro... ¡Vade retro! En este lugar se concitaban, aun después de conquistadas las islas, las dos sibilas de Fuerteventura (2) y el propio Satanás, para hacer consejas y oráculos a la luz de la luna. La tradición afirma que jamás nadie vió a las dos habladoras majoreras en siniestro diálogo con el demonio, pero bien es cierto que nadie duda de que, en noches amansadas, se han oído a las sibilas, patéticas y furiosas, interpretando las revelaciones del cabecilla infernal. Se sabe que el propio Maciot de Bethencourt acudió en 1440 a una conseja en Vallito Negro, y que al amor de la lumbre celebraban los primeros pastores cristianos del Rubicón. Al parecer, Maciot de Bethencourt conoció desde entonces su futura marcha a la Madera, así como la pérdida del señorío que ejercía en las islas de Lanzarote y Fuerteventura. Los viejos pastores cuentan todavía que una anciana, heredera del don de las sibilas Tibiabín y Tamonante, iba comunicando a Maciot las revelaciones obtenidas directamente del demonio, y que la anciana hablaba como danzando y, a la vez, haciendo muecas misteriosas. Al cabo, caía de bruces en medio de mil contorsiones, pareciendo como fulminada por un dardo incandescente. Por eso, la superstición sigue y no se extingue en Vallito Negro, donde también los pastores hacen consejas al amor del fuego... Durante cientos de años el Vallito Negro es causa y motivo de sucesos, alarmas, miedos, los más vividos en la audaz imaginación de los pastores, que han hecho del lugar una especie de arcaico "medium" con quien deliberar asuntos de moral y buen gobierno. En Vallito Negro se han hecho siempre importantes experimentos de la antequi-

(1) Hasta finales de 1785 se lavaba barrilla en "Las Pilas".

(2) Tibiabín y Tamonante, se llamaron según Terradani y Abreu Galindo.

simá sabiduría extrahumana, dirimiendo aquellos problemas que peor pudieran afectar a la familia y a la comunidad pastoril del Rubicón. Los pastores que vi vieron toda su vida por estos eriales, conocen muy bien los mensajes de Satán, y están al tanto del modo que el diablo les trasmite sus siniestros pareceres. Hay quienes han visto a Satán bailando, con pavorosas contorsiones, después de que algunas de sus profecías quedaron cumplidas. Acaso, cuando mayores fueron las consultas de los pastores a Satanás sea aquella época pintoresca de don Agustín de Herrera y Rojas, quien por obra y gracia de sus razzias por la costa africana sembró de moros éstos y otros lugares de la isla. Los pastores no podían entender que aquellos ruines infieles militasen en sus familias, y por esa causa iban al Vallito Negro para implorar la "muda comunicación" (3) de Satanás y así, saber si tal cual jarandino merecía a la pastora que, a propuesta del marqués de Lanzarote, se solicitaba. De ese modo tan extraño los pastores daban abasto a las demandas de felicidad que moriscos y cristianas reclamaron, de propio derecho, después del célebre edicto de don Agustín de Herrera (4). De estos viejos acontecimientos raciales no sólo queda la referencia histórica, sino además los nombres tópicos de lugares que todavía sobreviven, cuales son Las Mulatas y, más arriba, hacia la bahía de Avila, el paraje de Mulatitos, donde don Agustín de Herrera consumó a machamartillo la mezcla de sus rehenes con las ya cristianas mozas del país.

Al Vallito Negro lo pare y, a la vez, lo cobija el Hacha Grande, monte sin anfractuosidades, de escala fácil, desde donde se puede ver cómo el suelo se resquebraja hacia el noroeste, formando lomas y barranqueras casi interminables. Con la visión que los ojos abarquen, desde la corona del Hacha Grande, se contiene a los siguientes barrancos: Parrado, Los Dises, Las Casitas, La Higuera y, ya difuminado, el del Fraile, que desagua allá por la Playa Quemada y Las Coronas.

Para llegar a la vieja aldea de Femés (5) es preciso salvar los picos de La Aceituna y El Redondo, tras los cuales el paisaje comienza a tener la nota viva y verde de la palmera, aunque ésta sea por allí un árbol enano, un árbol que parece incapacitado para estirarse hacia el cielo. En verdad son sorprendentes las palmeras de Femés, pero en extremo gratas después de tanto desierto andado... Nos agrada descubrir, en la corta estatura de los árboles, ramas frondosas y palmas de recia armadura... Otro brusco cambio en el paisaje de Lanzarote.

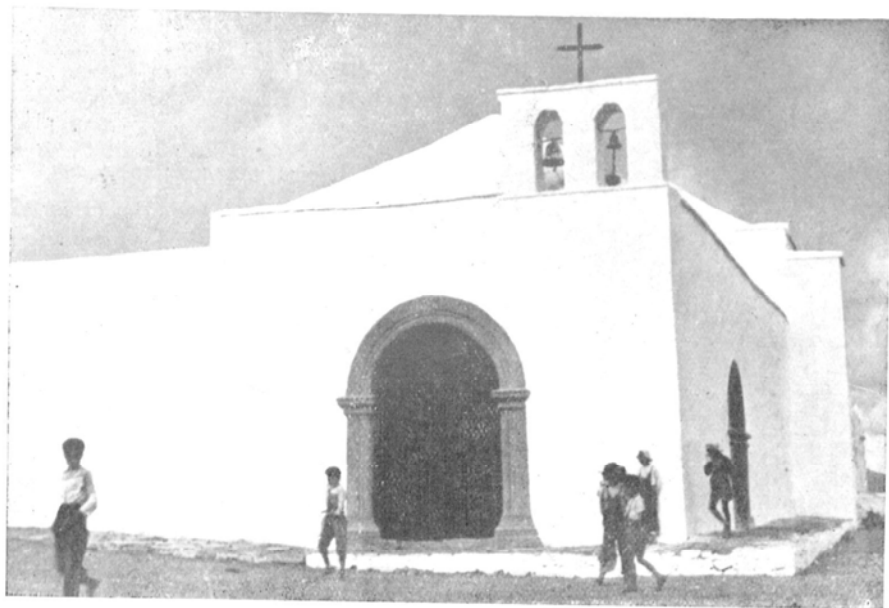
La aldea de Femés es una de las más remotas que hay en la isla, pudiéndose afirmar que, desde que entró en la historia, en el siglo XV, la ocupa una misma invariable comunidad. Para descifrar la fisonomía a Femés es preciso trepar la pina atalaya de 608 metros, punto culminante del sur, y desde esa altura contemplar el lugar en su auténtico y desnudo semblante. La tierra que se ve es bermeja, muy pedregosa, destacándose por eso más y mejor los cubos blanquísimos del caserío. Algún árbol se levanta, encorvándose, como ser enclenque golpeado por los invisibles aurigas de Eolo, furiosos y espectaculares. El conjunto de casas que integra a Femés se asienta en el talúd que el arrastre, acaso de milenios, formó en la alta y roquera pared de esta encrucijada montuosa, y que ocupa una situación de privilegio de cara al mediodía. En esta aldea, que por soñar demasiado perdió ha poco su municipalidad (6), aún considera la leyenda

(3) Juan Bautista Vico, en sus "Principios de una Ciencia Nueva", nos habla de unos "tiempos mudos anteriores a los "tiempos hablados".

(4) Se dice que realizó catorce expediciones a Berbería, obteniendo varios miles de esclavos que, luego, obligó a poblar ciertas zonas de Lanzarote, autorizándolos mediante pregon para que matrimoniasen en el país.

(5) Femés es nombre aborigen, femenino.

(6) Hace ahora doce años que el Ayuntamiento de Femés fue integrado al municipio de Yaiza. Ya en



Iglesia de San Marcial de Femés, patrono de Lanzarote.

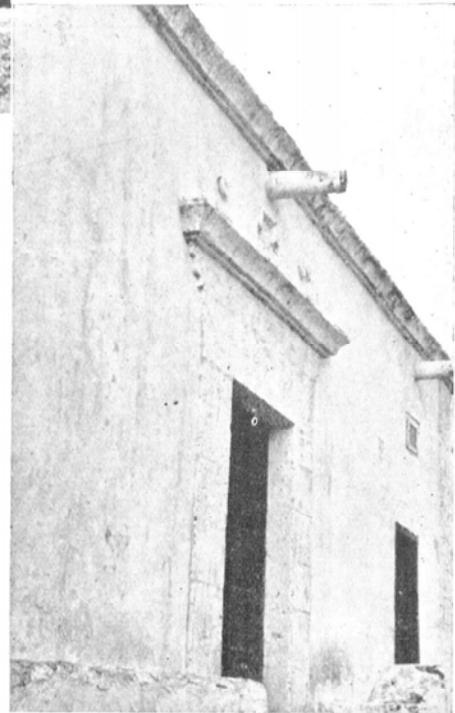


Típica vista parcial del antiguo caserío de Femés, con los picos de La Aceituna y El Redondo.



Típica prensa de lagar, con el torno dispuesto para la faena.

Detalle del domicilio de Dolores Casadesus, con gárgolas y alegoría eucarística, en piedra.

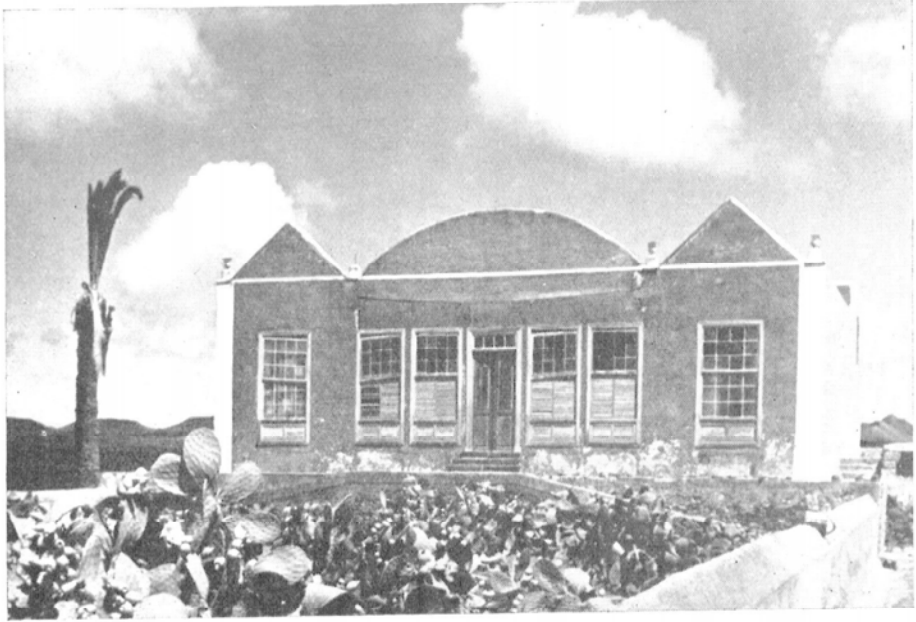




Iglesia de Yaiza y ombú americano, uno de los dos únicos existentes en Lanzarote.



Criba de trigo en una era de Yaiza, utilizando zaranda de paja.



Viejo caserón de Yaiza, cuando en Lanzarote era oro la barrilla, rica en sosa.



Casa donde vivió el escritor don Benito Pérez Armas, en Yaiza.

que San Marcial de Limoges, patrón de Lanzarote, no habrá de volver a su antigua Sede Episcopal del Papagayo, porque la catedral habida en Rubicón "fue devorada por fuego del cielo, que Dios puso en manos de infieles". Dice la tradición que las libertades y profanaciones fueron el motivo por el cual el Señor dispúsose a borrar de la faz de la tierra aquel trágico campamento de Juan de Bethencourt, quien con los suyos demostró en cien ocasiones no tener un ápice de santo temor de Dios. (7)

Hay en Femés pocos varones, tal y como ocurre en Las Breñas, según se ha dicho, y es que los más son "roncotes" de adopción, porque de condición son pastores que se embarcan con igual regularidad que los costeros de Arrecife. Los individuos que merodean en el pueblo, durante todo el año, son ancianos mujeres y chiquillos, éstos haciendo estatura alrededor del erial de pastos, conocido por El Pozo, donde cuidan del ganado hasta poseer aptitud para enrolarse como marineros. Las mujeres, sin embargo, cuidan de los ancianos, de la casa y de la huerta, obligaciones ancestrales que aquilatan maravillosamente con el fin de encontrar tiempo para el trenzado de empleitas con que confeccionan las típicas aladas sombreras, tan vistosas dentro y fuera del país. Son muy pías las mujeres de Femés y, quizá, pese sobre sus hombros toda vieja reliquia que constituye el histórico País del Rubicón, con sus cruces de piedra y sus eternas sombras episcopales. Ahí mismo, como una sombra, está la casa parroquial, con sus cruces treboladas, en piedra, sobre los dinteles labrados, o el escudo eucarístico del patio, con su cáliz y su pan de rica cantería, y sus formidables gárgolas de igual material, a modo de una batería de cañones abocardados. Todas las casas de Femés tienen algún signo religioso, y encima de los portones de las barbacañas son imprescindibles las cruces, o coronando cualquier loma.

La iglesia de San Marcial es pequeñita, pero de curiosa arquitectura, con sus arcadas y fuste de columnas adornadas por curiosos collarinos. La espadaña es rústica, ilustrada con dos campanillas y una cruz demasiado humilde para exorno del templo patronal. No es ésta que vemos la primitiva imagen de San Marcial, porque la primera se quemó con fuego musulmán hace ahora doscientos doce años. La actual imagen (8) del Obispo de Limoges data del siglo XVIII, y es un busto feo y sin valor, pero de gran devoción popular. La romería de San Marcial atrajo, en otros tiempos, no sólo al pleno insular sino, además, a multitud de romeros procedentes de Fuerteventura, cada cual con sus promesas y sus exvotos pintorescos. Todavía se recuerda a cierto majorero que salvó su dromedario de maligna enfermedad, porque los ojos de la imagen de San Marcial miráronlo con piedad. El majorero, agradecido, confeccionó a su modo un camello de cera, que depositó a los pies del venerado santo. Las paredes de la ermita de San Marcial parecen ofrecer una complicada y extraña exposición de los objetos más diversos, pues los exvotos todo lo ocupan a tropel. En realidad es un verdadero museo de figuras de cera lo que vemos en San Marcial, porque hay pálidas manos mutiladas, brazos transparentes y ante brazos desformados; pies, muslos regordetes, limpias costillas y cabezas fantasmales; hay zafias modelaciones que representan burros, cabras, caballos, camellos y hasta cochinos; en fin, hay barcos de mil tamaños, chalupas y barquillos,

1901 el diario "Lanzarote" reclamaba esa necesidad, pues se daba el caso que en el Ayuntamiento de Femés no había quien se ocupara de la menor cosa.

(7) Hubo en Femés una tabla, o rapsodia, de 1763, que así lo narra. Hoy dicha tabla, al parecer está perdida.

(8) Don Domingo Hernández de Quintana, pintor, y don Sebastián Fernández, escultor, restauraron dicha imagen en el siglo XVIII.

con sus velas latinas de trapo, arboladura de hilos negros y sus invariables banderitas españolas.

Fue en esta ermita de San Marcial aquel suceso de Navidad que tanto diera que hablar el siglo pasado. Con la llegada de cura nuevo, llegó a Femés la prohibición de silbar al Niño-Dios en el momento de su Advenimiento, como era la costumbre de los pastores. Un anciano zumbón y, a la vez, en extremo tradicional, no pudo contenerse y soltó el silbido cuando se disponía, delante del nuevo sacerdote, a reverenciar al recién nacido Niño, pero el cura tampoco supo refrenarse y tomando a la infantil imagen por los pies, rompióla contra la calva del anciano pastor:

“Al niño recién nacido
le dio muerte el señor cura
por mor de la calentura
que cogió con el silbío.”

Durante mucho tiempo se entonaba, con aires de folía, estos versos hijos de la agudeza popular, aunque en la actualidad poco o nada se comentan.

Una mujer vivió y murió en Femés, que según el pueblo afirma subió al cielo y entró en gloria eterna. Fue la señorita Casadesus, hermana del párroco don Domingo Casadesus, ambos catalanes y residentes por muchos años en esta aldea que parece colgada entre montes. La fama de santidad que desplegó Dolores Casadesus fue enorme, si bien hoy yace obscurecida y confundida por el amasijo de tumbas que existe en el camposanto de Femés.

Dolores Casadesus, o “santa Dolores”, como dicen por aquí, fue un alma privilegiada, un alma al estilo de San Juan de Capistrano, que era fraile luchador, un titán en la diplomacia y en la propagación de la fe, cuyo apostolado supo siempre revestir de dulzura y caridad sobrenaturales. Así la intrépida señorita Casadesus, catalana de cuna, conejera por ciudadanía, labró con espíritu seráfico el fortalecimiento religioso en Femés, acabando con las supercherías de los pastores, portadores eternos de los oráculos de Vallito Negro. Fue además, Dolores Casadesus, único médico en el pueblo solitario, maestra diligente y, sobre todo, vigilante perpetua del buen culto a San Marcial. Cuando el cura don Domingo, su hermano, se fue de este mundo sin inmediato sucesor, dispuso el Obispo Serra y Sucarrat que se trasladara el Santísimo Sacramento a la iglesia con cura más próxima, pero ante los ruegos de la señorita Casadesus el Prelado accedió para que se conservara la Hostia en el Sagrario de Femés, en el altar mayor, cuyo retablo repintó la “santita” casi con éxito artístico. Dolores Casadesus sobrevivió a su hermano unos treinta y cinco años, siendo ella el único y exclusivo apóstol que tuviera Femés en tan considerable período de tiempo. Vivía de la caridad pública, después de dar todo a los pobres, como hacen esas almas excepcionales que no tienen otra confianza sino en la Providencia.

El día 2 de diciembre de 1926, cuando se personó el Dr. Serra y Sucarrat en Femés, para hacer su visita pastoral, a quien primero ofrece su anillo es a la señorita Casadesus, que lo besa llorando.

Anteriormente, don Fernando Serrano, desde las columnas del diario “Lanzarote” (16-11-24), reclamaba a la isla entera un poco más de atención hacia lo que él interpretaba como “La tragedia de Femés”. Entre otras cosas, decía el periodista: “¿Pero qué importa que salvemos de la miseria a la hermana del cura? Lo importante es que la paguemos lo que la debemos, lo suyo, lo que nos ha dado: sangre, amor, vida, luz, poesía, dignidad... y me parece que no se lo vamos a poder pagar. ¡SANTA DOLORES CASADESUS!... yo no puedo darte

ni siquiera esa ínfima cantidad que reclama tu descubridor (9), en prosa que sin lirismo llega hasta los huesos. Yo también vivo de la enseñanza y no llego a ganar la peseta, pero pongo en tus manos sarmentosas de noble anciana, un beso para ti y para tus discípulos y perdona si te mojo con mis lágrimas, porque lloro, pero no por ti sino por la protagonista de esa terrible tragedia sin sangre y sin gritos, que se ha desarrollado ahora en las abrazadas cenizas de Femés, porque la protagonista no eres tú... Se llama ESPAÑA”.

Y murió pobre nuestra Dolores Casadesus. Ahí está su cuerpo arropado por la tierra caliente de la eternidad, enmarcada por las cuatro paredes del viejo cementerio de Femés...

¡Santa Dolores Casadesus! ¡Cómo te cuadran los versos de Ribera!

“A todos nos curó dolores viejos;
 eran maravillosos sus consejos,
 ¡y se murió de santidad un día...!”

(9) En días anteriores un tal “P.” reclamaba una subvención oficial para Dolores Casadesus, desde las columnas de dicho periódico lanzaroteño.

Y A I Z A

CAPITULO XXXVI

Del absentista pueblo de Yaiza y de sus viejas grandezas, del carromato de don Domingo Armas y de la casona de don Ruperto Vieyra, del santo cura don Andrés Hernández Mauricio y del vate Isuac Viera.

Para comprender mejor a este territorio del sur insular, con muy buena tierra, aunque poco trabajada, es necesario culminar la Atalaya de Femés, mole de 608 metros de altura sobre el nivel del mar y en cuya corona están instaladas las antenas telegráficas de la isla. Es la Atalaya un mirador ideal para contemplar la hinóspita costa del Rubicón, y para ejercitar la vista ante el impresionante “Mar de las crisis”, sinónimo del de la Luna, que viene bravo y trágico desde el Infierno de Timanfaya, y que se detiene en Yaiza no sin haber sepultado a Uga, la vieja, y cuyo magma constituye ahora el firme sobre el cual se alza la nueva Uga, incipiente y progresista, que se vanagloria de su crecimiento demográfico ante la cada vez más absentista Yaiza. Desde la Atalaya de Femés también la vista se extasia admirando las inacabables negras bellezas de La Geria de los Vinos, que a mi entender debieran llamarse “Mar de la tranquilidad”, tal y como se denominan las áreas más extensas y más oscuras de nuestro satélite. No hay el menor aburrimiento en ese riguroso luto de La Geria de los Vinos, ni monotonía, ni indiferentismo espiritual, sino deleite de gran serenidad y, quizá, deleite de sobrenaturales apetitos, al estilo de las Sagradas Escrituras, entretanto las vides de cepas retorcidas arrastran su pompa verde sobre las tierras negras, invadiendo los negros mamelones, o trepando por las montañas negras, para mostrar sus bíblicos pámpanos apretados al socaire de artísticos medio brocales, igualmente negros. Pero, de este otro paisaje insular se tratará en su momento, porque el presente capítulo pertenece a Yaiza, pueblo que parece herido de muerte por el absentismo..

Para llegar a Yaiza habrá que hacer el invariable barzoneo por la diminuta aldea de La Degollada, esparcida en el pintoresco valle de Fena, y en la encrucijada de dos enormes montañas (1) peladas, grises, sucias, y sin siquiera euforias o ahulagas. El trágico tópico le viene a La Degollada nada más que por su ubicación, siendo sus vecinos una comunidad extraña, silenciosa, introversa, que por no saber ignora hasta los días que vive. ¡Qué gente ésta! Poca es, pero es gente solidificada, pétreo, como si anduviera inanimada en pertinaz conjura del silencio. ¿Para qué permanecer un minuto más entre esta humana vegetación? Después de La Degollada pasa uno sobre los pies de las montañas El Medio y La Cinta, ésta muy parecida a una mitra de 487 metros. Al poco, y

(1) Las del Cabo y del Medio.

sin ningún esfuerzo, se trepa Los Lomos del Cura para admirar el paisaje impresionista de Yaiza, cuyo único vocabulario es el del color y la forma, sin que le sea una necesidad acudir a la literatura para explicar su contenida y original belleza. Porque Yaiza puede alcanzar, y la alcanza, con sus naturales recursos, las cimas del lirismo. No es su sobriedad, como tampoco la general de Lanzarote, un caso de penuria paisajística, sino la más extensa escala de matices y contrastes, amplios espacios aéreos, solares de delicada fluidez, por donde los seres y las cosas aparentan revestirse de íntimo y evocador encanto. El paisaje impresionista de Yaiza nos sensibiliza y nos gana para una visión en la salsa de la luz mañanera que envuelve al caserío...

Entrar en Yaiza es como ver descubrir el alma del pueblo, cordial hasta el dramatismo. Todos los colores y figuras de Yaiza parecen una extraordinaria sensibilización llevada al movimiento. Paisaje sensible es, sin duda, la mejor definición de Yaiza.

Hay en este pueblo viejos edificios de antañonas prosapias, que fueron mansiones de fugaces riquezas, hoy extinguidas desde cuando se vino abajo el flamante comercio de la barrilla y, sobre todo, por el absentismo que ha caracterizado a Yaiza. Una de las casonas más suntuosas, la primera que tuvo agua corriente en Lanzarote, fue construída en 1850 por don Ruperto Vieyra y Sousa, que se afincó en el Puerto del Arrecife como exportador de barrilla. Era un palacio donde todo el mundo encontraba hospitalidad, por lo que el recuerdo de don Ruperto Vieyra es muy grato todavía. Primeramente vivió en Las Palmas, a raíz del famoso terremoto de Funchal, y luego pasó a residir en Arrecife (2), donde casó con doña Joaquina Pereyra de Armas, de la que hubo tres hijos, falleciendo el 30 de julio de 1887. Otro gran señor de Yaiza fue don Domingo Armas, que para su uso particular tuvo aquel célebre carromato, de vara larguísima, tirado por un dromedario. El carromato de don Domingo fue la apoteósica manifestación del progreso durante los últimos años del siglo pasado, y aún en 1906 bajó al Puerto del Arrecife para realizar la visita de S. M. Don Alfonso XIII, que por cierto no lo utilizó.

En la actualidad Yaiza vive casi de las cebollas, porque su producción es número principal del total que suma Lanzarote para hacer frente a los nuevos cultivos de Las Bermudas y California. Sin embargo, Yaiza, dando cebollas a todo pasto, se despuebla y se esfuma en el tiempo, hasta ser hoy un fantasma de lo que fue. La gente de Yaiza es pobre, en general, porque la propiedad pertenece a los absentistas, y los hombres y mujeres que quedan en el pueblo no son sino jornaleros, como hace decenios... Por la Junta Municipal de Yaiza, en 4 de septiembre de 1927, se formó el reparto correspondiente al segundo semestre del año anterior, dándose el caso inaudito mediante el cual los señores de la Comisión tuvieron a bien rebajarse sus cuotas y, en cambio, aumentar las de los pequeños propietarios. Este suceso, y otros, fueron cercenando la propiedad de los actuales jornaleros de Yaiza:

“El cielo en mis dolores
cargó la mano tanto,
que a sempiterno llanto
y a triste soledad me ha condenado.”

Empero, la gente de Yaiza, conserva una educación y tranquilidad admirables; son nobles y nada rencorosos, y aceptan su sino suspirando a las sombras

(2) Vivió en la casa que ocupaba el solar donde hoy está el cine Atlántida, con un comercio que atendía su hermana doña Leopoldina Vieyra y Sousa.

de las pimentillas de la plaza, o sentados al soco de la iglesia de los Remedios, al pie del ombú (3) sudamericano.

El 12 de septiembre de 1728 tuvo lugar en Yaiza la entronización del Santísimo Sacramento, en la ermita de los Remedios, siendo el oficiante don Ambrosio Cayetano, Beneficiado-Rector de la Parroquia Matriz, y actuando de coadjutor don Ginés Guillén. Según nuestras noticias, la iglesia de Yaiza comenzó a construirse hacia 1670, quedando totalmente acabada en 1690, fecha ésta en que don Diego de Laguna inicia las gestiones encaminadas a la declaración de Parroquia a favor de la flamante ermita de Nuestra Señora de los Remedios.

Según un manuscrito que obra en la iglesia de Yaiza (4) el Obispo autorizó la fabricación de la primera ermita a cambio de que los vecinos de Yaiza y Femés, con sus pagos, se obligaran a firmar una escritura mediante la cual se comprometieran a sufragar los gastos implícitos a la construcción, así como del mantenimiento de cura y demás deberes sagrados. Firmaron los vecinos de Yaiza y Femés, Las Casitas, Uga y Chupadero, pero no así los de Mácher, Conil, La Tifosa y Santa Catalina. Los firmantes reunieron 170 fanegas de trigo que vendieron en Las Palmas y, con el fruto de la venta, y otras limosnas, edificaron la iglesia, mejor dicho, la ampliaron, puesto que ya existía la vieja ermita de los Remedios, cuya imagen era un cuadro traído de Tenerife por el canónigo Diego Laguna.

En cuanto a la actual imagen de la Virgen de los Remedios, se dice en el manuscrito (que obra en la Parroquia) que fue don Domingo de León Cabrera —Mayordomo de la iglesia— quien la compró con los dineros que le enviara su mujer, mediante la venta de un caballo, para rescatarse de los argelinos que lo tenían cautivo hacia diez años. Fueron los Padres de la Merced los redentores de Domingo de León Cabrera, claro, sin cobro alguno al interesado, y, por eso, con los cuarenta duros de la venta del caballo hizo compra de la actual imagen que está en el Altar Mayor.

Fue don Andrés Hernández Mauricio un bienaventurado cura pequeñito, de corta sotana, cansino paso, con sus gafas invariables, sus altos botines y su rústico bastón. Don Andrés, además, era empedernido fumador, con su eterna colilla en la comisura de los labios y sus dedos manchados por la nicotina. Don Andrés no es otro que ese elegido de Dios, tan familiar de la calle "Obispo Codina" y tan recoleto en la Alameda de Colón, en Las Palmas, desde donde sigue siendo párroco de Yaiza (5). Con el siglo cantó misa don Andrés y para celebrar el acontecimiento un nombrado jefe de casa inglesa le regaló al misacantano un flamante cáliz de oro. Más tarde, pastoreando almas en Casillas del Angel, Fuerteventura, recibe el impacto que supone la necrológica noticia de la muerte de su padre (6) y de sus dos hermanas en el mismo día. Y el afligido don Andrés pasó a Yaiza ya sabedor de muchas cosas humanas y divinas, con la resignación descansada en el ara de su cotidiana misa, con el alma restañada y sensibilizada por sus oraciones y, sobre todo, con el vivo recuerdo de aquellos tres queridos cadáveres, que parecían dormidos como si una droga infalible los hubiera inmovilizado para siempre...

¿Quién no quiere de verdad a don Andrés? Todos le ponemos cariño y le

(3) Dos únicos ombúes tiene Lanzarote, el de la iglesia de Yaiza y el de Veracruz, en Teguiise.

El ombú es un árbol fitolacáceo sudamericano, de corteza gruesa y blanda, madera fofa, copa muy densa, hojas elípticas y flores dióicas en racimos largos. Crece aislado en medio de la pampa y no ofrece otra utilidad que su sombra.

(4) Gentileza del Rvdo. don Diego Ortiz Sarmiento.

(5) Tenemos entendido que don Andrés Hernández Mauricio es el único párroco propietario que existe en Lanzarote.

(6) Empleado importante de una casa inglesa en el Puerto de la Luz.

reverenciamos, porque existe la seguridad de que Dios también le mimó y le bendice, porque Dios, en su infinita misericordia, le depara una predilección que, en los ojos de don Andrés, tiene verdad de vida eterna. No conozco una sola persona que no alabe y glose devotamente a la figura de este párroco. Y es que él pasó, por donde tuvo que pasar, llenándolo todo del grato perfume de la caridad cristiana, dándolo todo por su misión apostólica, reivindicando la religión católica con su inefable sonrisa parroquial, su ingenio humano y sus grandes convencimientos acerca del trato que dar a sus fieles, amándolos hasta el sacrificio, tal y como amó a la muerte que se alejó de él cuando se llevaba inanimados, endrogados, a sus tres seres más queridos.

Como no tenía sino una sola sotana, don Andrés usaba en Yaiza un cubrepolvo, y por eso un día, cuando descansaba a la sombra del ombú de la iglesia, unos soldados le confundieron con el fotógrafo, ya que el retratista habíale dejado a su vera la máquina de trípode. Don Andrés, ante la demanda soldadesca, contestó seráficamente que no era fotógrafo sino simple cura, y les mostró la tonsura.

Lo que más ha caracterizado a don Andrés fue su amor al burrillo apóstol, a lo Platero, a quien permitía recorrer de cabo a rabo toda la casa parroquial. Cuando alguien daba palmadas en el zaguán del párroco, igual era recibido por el burro que por don Andrés, y a los postigos veíase al "platerillo" rebuznando alegremente. Don Andrés y su burro eran una estampa tan familiar en Yaiza como Juan Ramón y Platero lo son ahora en el mundo.

Hubo en Yaiza una mujer célebre, llamada Magdalena, por más señas con cantina de ron y vino, que al igual que la de Magdala acaso trataba de buscarse el descanso eterno. Por eso, quizá, daba de comer a don Andrés Hernández Mauricio, porque si no el santo cura hubiérase muerto de hambre. No tuvo nunca una perra y si alguna le llegaba a las manos salía disparado hacia la casa más necesitada.

Cierto día Magdalena le preguntó:

—¿Don Andrés, por aquí vienen muchos hombres: unos dicen que hay Dios y otros que no hay...?

El buen cura, consciente de la noble intención de su anfitriona, sonrió dulcemente, chupa varias veces de la colilla, se toca las gafas con la diestra, y responde:

—Mira, Magdalena, pon otra caña y no te metas en esos gobiernos.

Esa mezcla de arpía y santa que fue Magdalena mantuvo por mucho tiempo a don Andrés, no aceptándole una sola peseta, a sabiendas de que el santo cura si las tenía, de raro en raro, eran exclusivamente para los pobres. El dar de Magdalena nada tenía que ver con el quitar a los borrachines y pastores que acudían a su mostrador, engodados acaso más de su hermosura que de sus rones y vinos.

¡Cuántas tardes de teología y lirismo pasó don Andrés con el vate Isaac Viera, nacido en Yaiza, gran jugador y periodista por tierras americanas, cuyas diversas fronteras tuvo que cruzar desesperado, casi con la muerte encima. Travieso y enamorado, don Isaac Viera atacaba por impresionar más que por razón y buen sentido. Volvió el poeta a su tierra sin haber visto acabado su machacón deseo de que en su corona literaria alguien colocara el verso de Dante a Virgilio: "Onorate l'altissimo poeta". Sin embargo, el no menos vate lanzaroteño don Leopoldo Díaz, le hace la siguiente loa:

"Es un noble poeta
que en sus musas constantes,
brotar hace a su lira

los más bellos tesoros,
y ha rendido mil damas
con las frases galantes
y el poder persuasivo
de sus versos sonoros.
Peregrino del arte
soñador y bohemio,
de indolente indumento
y burguesa silueta;
el respeto, es el pago
que mereco por premio
tan eximio patriota,
tan excelso poeta.
Yo te ofrendo estos versos
que rimé con esmero.
¡Quién pudiera al maestro
otra cosa ofrendar!”

Cariñosa ofrenda, sin duda, para quien como don Isaac Viera anduviera entregado a consignas extrainsulares, enemigas de la Provincia, según las cuales habría de percibir 150 pesetas a cambio de insultar y calumniar (6) a don Fernando León y Castillo y al no menos patriota don José Betancor (“Ángel Guerra”).

La figura de don Isaac se hizo popular por su gabán grasiento por el uso, su corbata de grandes lazos, su bigote de foca, poco cuidado, y su alado sombrero, eterno columpio de las moscas, que le seguían a todas partes. Para dar una idea de su acometividad capciosa, y por desmedido afán de sobresalir damos una réplica a doña Luisa de Iriarte:

‘María Luisa, causa risa
tus versos sin numen ni arte,
si tú sabes quién fue Iriarte
no escribas más, María Luisa.’”

Don Isaac Viera fue un poeta escabroso y de acaso valor literario, dispuesto siempre a la humillante venta de su menguado numen. Cultivó el teatro, pero sin éxito alguno por enrevesado y dudoso. Don Isaac Viera nació en Arrecife en 1858 y murió en dicha ciudad el 18 de febrero de 1941.

(6) Basta ojear el semanario local “Autonomista” para asombrarnos de lo que fue capaz el terrible “poeta”.

U G A

CAPITULO XXXVII

Del mogrebino pueblo de Uga y de sus iluminados vecinos, de las querencias de ermita y propio ayuntamiento, del famoso Pollo de Uga y del particular camélido lanzaroteño.

El lector creará que uno anda viendo moros, y cosas de moros por estos paisajes de Lanzarote, paisajes que son preciosos aunque se hayan visto más de una vez. Y este de Uga sí que es un caso de la más acabada plasticidad moruna, con sus "aduares" blanquísimos, sus abulbados minaretes, sus palmeras endilgadas, sus camellos y sus chumberas. En Uga no se le ve mucho el rostro a las mujeres, al modo mogrebino, allá en Africa, donde los hombres son enjutos, soñadores y aventureros, igual que éstos de Uga, que se van a "la costa" nada más que para cambiar de aire.

Desde Yaiza a Uga apenas hay un par de kilómetros, pero es en este tramo de camino donde me toca ver uno de los más hermosos aspectos del sol, que con sus luces penetrantes me hace más veraz y concreto este cuadro, cuya envoltura da la sensación de una estampa pastoril del Antiatlas, en la que el borrico, el camello y la velada mujer, son consuetos elementos sin los cuales la ordenación del paisaje sería imposible.

Dejando atrás La Almurcia (1), montaña que cabalga sobre las escorias lávicas, se llega en seguida a Los Lomos para contemplar, entre las próximas alturas de La Vieja y Las Lenguas, a la zona de Timanfaya, con sus inmensas llanuras de lavas y sus volcanes perfectos, cuyas cresterías rojizas antojan explotar a cada instante.

Uga es un pueblo de fisonomía mora, es un pueblo moro. Quizá no sean de esta índole las últimas casas edificadas, pero así y todo Uga conserva su entereza moruna. Semejante peculiaridad presta al pueblo un extraño aspecto, como si anduviera fuera de lugar o le hubiera quedado en su soma la huella indeleble de la antigua morería lanzaroteña. Entrar en Uga y oír casos de supersticiones es una misma cosa, tan natural como el pan nuestro de cada día. No se tarda gran tiempo para quedar al corriente del censo de iluminados, visionarios : hasta brujos, que hay en el pueblo. Sin el menor esfuerzo se puede dar un concienzudo repaso a los potingues, amuletos y demás zarandajas, que hacen falta para antes del mal de ojo, en el mal de ojo y después del mal de ojo.

El caserío de Uga es acaso uno de los más escondidos que hay en Lanzarote, entre lavas reforcidas y laderas por donde se enfilan paralelas las plantaciones del cereal, aún verde y crudo, a pesar del sol que, de pura benignidad, anima a las palomas para que completen el poema semiorienta de Uga, generosa de tanta blancura, aprisionada, apesada, por duras escorias en otros tiempos

(1) Tópico de raíz árabe.

verdadero mar impetuoso. La primitiva Uga está bajo este mar de piedra. Es este pueblo otro mundo lanzaroteño, porque Uga es fría de piel y de paisaje, que contrariamente a su verdad autoja ser un despojado sueño tendido de mucha fatiga. Acaso por eso sus hombres (2) rehuyan las labores del suelo, que creen mísero de tanto y tanto escoło solar. Quizá por eso sean en vez de fecundos labradores habituales marineros de bajura. Los que se quedan son, por lo común, campesinos modestos que tienen suficiente terreno para vivir, y algunos más humildes todavía que tienen que suplicar unas parcelas en arrendamiento, por un año o por dos, y que dedican por completo al plantío del cebollino. Asombrosa verdad ésta, porque Lanzarote, tan popular siempre con sus leguminosas y cereales, tiene ahora que volcarse hacia la explotación de la cebolla y del tomate, porque aquéllos ya no son rentables en la isla. Por eso, el campesino de Uga busca el mar, considerando el porvenir pesquero de la isla como su mayor esperanza y desconfiando de la agricultura. La tierra y el hombre viven en Uga con indiferente separatismo, porque el verde tierno del cereal se encandila entre bermejos de las barbecheras, a la vez que el campesino viene cantando su agosto en las trañías de la flota insular. Las chumberas trazan sobre el campo su rigurosa y verdeobscura geometría... El campesino pescador cuenta, de espaldas a la tierra, todas sus aventuras del mar...

Por todo no nos extraña ver a tanta mujer en faena, de cara a la tierra, unas mujeres totalmente distintas a las del resto insular, con sus ojos despabilados y ágiles, inquietos; sus indumentos peculiares, muy sonrosadas, guapetonas, espigadas, con su clásico moño empingorotado a la escondida nuca. Tales mujeres no son muy anchas de caderas, como las otras del norte, sino más bien proporcionadas y hasta elegantes si no fuera esa fatídica caída de hombros que les estropea bastante el tipo. Una mujer de éstas maneja a un dromedario, con tal facilidad y destreza, que pasma. Mas cuando un camello anda en celo ninguna moza quiere cuentas con la bestia, que no para mientes y puede aplastarla en su ardoroso decúbito.

¡Camello de Lanzarote, romático, casino e inexpresivo! ¡Ah, camello de Lanzarote, nocturno, calentón y atrevido! ¿Quién no ha visto el galope de un camello en celos, campo a través, tableteando la espumosa lengua, soltando entre dientes su vejiga? ¿Quién no lo ha visto invocar a la camélida, que se hace la distraída y que, empero, lo aguarda, lo anhela, para luego morderlo sádicamente en diversas partes? ¡Qué amor el del camello! Amor sin hache, como ahora se dice, amor porque sí, con sangre, vehemencia y apasionada locura. Ni pensarse puede que esta bestia idiota, tan dócil y tarda en todas sus cosas sea una verdadera fiera cuando se lanza en busca de trasnochadas "altisidoras", dejando tras de sí la rastra albina que le escurre desde los belfos tembladores.

A dos pasos de Uga están las montañas de Miguel Ruiz, la de Mesa y la de La Vieja, que asocan al pueblo y lo defienden de los constantes alisos, vientos éstos tan frecuentes como el sol, por cuyo motivo bien se puede afirmar, cerrados los ojos, el lugar preciso de estos parajes. Uga, por ser africana, tiene hasta el viento y la luz de las mesetas desérticas, siendo su excelencia principal la finura y claridad de su cielo, en el que no existe ningún rasgo opaco, porque las nubes, de tan limpias en el azul, parecen de nieve. Debajo de este cielo y de este sol relumbra el blanco caserío, como exhumiéndose de entre las escorias volcánicas, a la par que surge por doquier la nota verde y grácil de las palmeras, haciendo juego de vida y color con los minaretes, cúpulas y chimeneas abulbados. Las casas revestidas de cal contrastan, a veces, mostrando las cien troneras que las ventilan.

(2) Un cincuenta por ciento de los vecinos varones son marineros.

Cierta mañana fue encontrada, en julio de 1905, una vasija de barro que permanecía enterrada desde hacía unos trescientos veinte años. Midió una altura de 23 cm. por 50 de circunferencia, según data de Antonio María Manrique. Este mismo autor la describe así: "Esta jarra está barnizada de un color amarillento, parecido al de los lebrillos que vienen de Andalucía. Tiene hacia el cuello una cabeza grabada con largas barbas, y más abajo otras dos pequeñas y adornadas como las cabezas de los reyes. Luego sigue una inscripción de caracteres extraños y a continuación se ven cuatro cabezas como las dos anteriores".

Esta jarra contenía varias monedas de oro y de plata. Entre las primeras había algunas con inscripciones en ambas caras. En una se lee: *Joannes III rex Portugal*, y al dorso: *Zelator fider vosques ad mortum*. En el centro la imagen de un santo, con una palma en la mano derecha y un buque en la otra, tal vez San Vicente, o Santo Tomás o, acaso, San Antonio. Otra moneda dice: *Sebastiavs I rex Portug* + ... Luego sigue un escudo de armas y una cruz en la otra cara con esta inscripción: *Y in hoc signo vinces*.

No queda duda, pues, de que la primera moneda corresponde al monarca portugués que reinó desde 1521 a 1557, y la otra a don Sebastián, que reinó desde 1557 a 1578. ¿Qué motivó estos enterramientos? Con toda seguridad, más que el temor a la rapiña morisca, el miedo a que los españoles pudieran apreciar amor a Portugal en quienes las poseyeran.

No hay iglesia en Uga, pero sus vecinos además de querer templo para sus devociones quieren propio ayuntamiento, y en esa aspiración andan metidos. Al parecer desean entronizar a San Isidro, el labrador, acaso con el profundo convencimiento de demostrar a Yaiza que su pago prospera, y aspira a su propia hegemonía (3). No podrá decirse, en verdad, que tales propósitos de la Uga progresista constituyan un acto de exclusiva vanidad, ni siquiera que con ese buen deseo pretenda el pueblo poner vela a Dios y vela al diablo, ya que los uguenses quizá tomen el ejemplo de otras poblaciones que se han esmerado en lucir grandes y dignos templos, como significación de su mayoría de edad. Y eso es, en el fondo, lo que le pasa a Uga, que no se traga la rueda de molino de que Yaiza tenga el Ayuntamiento y, encima, la sede parroquial.

Uga es timplera y bailadora, porque le gusta el timple y el baile hasta reventar. Se baila tanto aquí como en todo el resto insular, aunque no tenga un solo casino o regulares centros de recreo. Los bailes los hace Uga en cualquier casa que tenga mediana habitación, y con unas guitarras, unos timplillos y algún que otro saxofón, se muelen los cuerpos y se estremecen las almas hasta biew entrada la madrugada. ¡Uga, Uga moruna, baila y trabaja, que bailando y trabajando estás dejando tras de ti, por tu fecundidad y provecho, a tu vecina Yaiza! Porque ese es tu sino, Uga moruna, trabajar y bailar, mientras Yaiza se duerme debajo de las pimientillas de la plaza...

Sabido es que los "majos" lanzaroteños, con la conquista franco-normanda (4), perdieron sus principales costumbres, pero de las cuales se salvó hasta nuestros días el deporte de la lucha, llamada propiamente canaria por practicarse en todo el Archipiélago. Es la lucha canaria un clásico juego especial y característico, que en Uga se ha mantenido en su genuina pureza. La lucha canaria no es un alarde de fuerza, sino más bien de agilidad y destreza, con determinadas reglas y modalidades idénticas en todas las islas, excepto en Gran

(3) Uga ha manifestado recientemente sus deseos de tener parroquia y Ayuntamiento propios.

(4) A partir de Maciot de Bethencourt, y con la arribada de los españoles, los "majos" perdieron sus usos y costumbres primitivos, asimilando fácilmente la nueva cultura que se les imponía.

Canaria, y especialmente en Telde, que se "agarra" mano arriba (5). La lucha canaria es de nobleza, y los contrincantes se saludan antes de "pegar", para en seguida sujetarse ambos con la mano izquierda a los pantalones, éstos muy holgados y de recia tela, igulando sus hombros, mientras que sus diestras se chocan a una prudencial altura desde el suelo. A la voz del juez, que dice: "¡Yu!" los luchadores se cruzan indistintamente la mano a la espalda, en cuyo momento comienza la lucha. El "tirar" la mano a la espalda y "armar" lucha es, a veces, un movimiento rapidísimo y no son muchos los espectadores que llegan a ver y distinguir una y otra acción.

El famoso Polla de Uga (6), campeón de Lanzarote, logró con su estilo y nobleza que la afición se desbordara en toda la isla. Personas de todas las clases sociales acudían al "terreno" para admirar a Joaquín Rodríguez, en particular, después de su gira por el Archipiélago, donde le vamos invencible durante todo el año veintiséis. El 19 de septiembre de ese mismo año tira en Las Palmas a seis luchadores, en primera tanda, y a dos en la última, tras la cual hubo de retirarse por sufrir una herida en el pie derecho. Muchos fueron sus triunfos en Tenerife, donde quedó solo en el "terrero", sin contrincantes capaces de competir con su arte y destreza.

Los lances de la lucha canaria llegan en cierto momentos a levantar verdaderas tempestades entre la muchedumbre. A veces es la lucha tan rápida, tan reñida e indecisa, incluso tan emocionada, que al caer uno de los contendientes el público estalla en un clamor unísono, demostrando su alegría y satisfacción, al tiempo que los sombreros cruzan el aire para caer a los pies del vencedor. Los espectadores ovacionan incansables al campeón, y éste, con noble gesto, levanta del suelo a su adversario, dándole una cariñosa palmada en la espalda que significa la superioridad que le reconoce al caído. Hay veces que se abrazan con mutuo afecto y admiración.

Pasarán los años, los siglos, pero la clásica lucha canaria continuará arraigada en el alma insular, especialmente en Uga, tradición de la raza, donde Joaquín Rodríguez constituyó una estirpe.

(5) En las demás islas se "agarra" mano abajo, aunque esas diferencias no sean óbáculo, ya que todos los luchadores adoptan ambas formas.

(6) Acaba de fallecer en su pueblo natal (junio, 1959).

M Á C H E R

CAPITULO XXXVIII

De la Playa Quemada y de Mácher de San Pedro, de la nueva riqueza insular y de La Asonada, del cultivo de la cebolla y del tomate, vértice de la economía de Mácher y sus alrededores.

Por la ensombrecida carretera de Uga se encamina el viajero a Mácher, aunque antes tenga que tropezar con la motafía del Dinero (1). El camino parece un sendero que corre entre el intrincado laberinto de los armarios de caña, o bien cruza por la pradería verde, o se esmalta de florecillas humildes... Ahí está la Caldera Riscada, luminosa, como hecha nada más que para ayudarnos a la contemplación del dilatado milagro que es el paisaje de Mácher. Cuando apenas comienza a rasgarse el panderero de la noche en el filo del amanecer, el pueblo de Mácher muestra a su naturaleza domesticada, encauzada hacia los nuevos cultivos del tomate y la cebolla. Desde las primeras horas muévense los campesinos que, formando taifas, se van a trabajar la nueva riqueza creada en sus tierras. La carapiña, poco a poco, se fondea de sol y levanta a sus pájaros... Las yuntas de dromedarios ascienden lentamente mamelones enarenados. Las rústicas trenzas de cañas suben y bajan por los recuestos... La vida nace sin prisiones, y los pulmones se ensanchan disfrutando el airecillo noble que se purifica entre los tomates.

Pero, ya estamos enfrente de Las Isitas (2) y sería imperdonable no bajar hasta la Playa Quemada, para desde allí comprender más y mejor a la gente de Mácher, creadora de riqueza, aunque en Mácher la llamen "hermana pobreza", al franciscano modo, para distinguirla así de los grandes caudales sin honor.

A medida que se acerca uno a Playa Quemada, maleza abajo, se llena el suelo de viles matojos que, según sale el sol, van adquiriendo un purpúreo esplendor y toman el nimbo del nuevo día. La ahulaga, de pobre flor, verdea acompañada de cardos y de rojas y oscilantes amapolas, entre otras criaturas de Dios, que viven en estos pedregales y se pierden por el barranco del Viento. Rompe esta impronta monotonía el Pico de las Naos, y más abajo la vuelve a romper una montañeta bermeja, que es un volcán con manchas de sangre en sus rocas cimera. En la desembocadura del barranco del Viento está la Playa Quemada, de arenas negras, o magnetitas, muy parecidas a las de El Golfo, aunque en La Bajita, que mira hacia el Paso de la Cruz, hay callaos grandes como pelotas, al contrario de lo que sucede frente al mínimo caserío de Playa Quemada, donde la gravilla son guijarros pequeñísimos, limpios y uniformes,

(1) Toma su nombre de una vieja tradición según la cual los reyes aborígenes escondían allí sus tesoros. En la última década del siglo XVIII se hicieron excavaciones sin resultados positivos.

(2) Isitas, y no Isitos, como se ve en algunos mapas.

que los ingenieros y contratistas de obras estiman sobremanera (3). En Playa Quemada hay cantiles de basalto hasta de 30 metros de altura, y el panorama que desde ellos se contempla es digno de cualquier pintor casto en el colorido, que pinte sin mixtificar esas leyes con que la naturaleza dota a cada piedra, al mar y a la tierra, que por aquí está ensortijada por mil extrañas formas. Sus siluetas se destacan, soberbias, sobre los espacios azules del horizonte...

Volviendo los pasos, pero ahora hacia el corazón de Mácher, se adentra uno por el pedregal de los Cortijos Viejos, cuyo sendero se encajona entre los cereales y legumbres, perfectamente enmarcados por amplios muros de ripios aprovechados. Hay que repechar veredas que suben hasta la Vega de Temuime culebreando. Al poco, se llega a los nuevos cultivos del tomate, que acaso estén alcanzando sus límites máximos por el abuso que de las tierras se viene haciendo. Empero, demostrado está que la parte costanera del sureste insular es, quizá, el mejor campo para el desarrollo de la tomatera, aunque se debe advertir que se calculen bien las cosechas que puede dar el suelo (4). Por encima de estos tomates hay una gran llanura de terrenos calizos que se llama La Capita, a dos pasos del Cascajo, desde donde se inicia una cuesta que nos lleva hasta El Mesón, éste en otros tiempos estación de tartanas, carromatos y jinetes. Enfrente, al otro lado de la carretera, está la ermita de San Pedro, adosada al viejo almacén lindante, y que ahora forma con ella un solo cuerpo sagrado. Desde la ermita de San Pedro se comprende el paisaje de Mácher, porque lo ve uno domesticado, lleno de un rumor lejano, quedo, como si pretendiera simular los esfuerzos del hombre que, día a día, ha revestido el suelo de cañizos casi artísticos. Vese alguna palmera y algún árbol, aislados, como si fueran árboles huídos de los bosques para vivir en Mácher sin estar ligados al laberinto de la selva...

El pueblo de Mácher es muy trabajador y, por ende, un gran creador de riqueza, por lo que sería injusto compararlo con esos otros lugares donde no se trabaja honradamente y no son capaces de recrear la vida que se respira por aquí. Yo creo que la gente de Mácher tiene escondido su talento creador debajo de sus tierras. ¡Hay que ver la tierra de Mácher soltando tomates y cebollas! Aclaro aquí que Mácher tiene su peculiar divisoria agrícola, porque de carretera arriba la tierra produce cebollas, y de carretera abajo da tomates. A fin de cuentas, Mácher se ha hecho lo que es por la valentía con que se enfrenta a la tierra, ha poco tiempo erial de pastos. No le ha sido fácil a Mácher su sobrevivencia, porque aparte su tesón sobre tanta maleza, luchó siempre contra las plagas de la langosta africana, a veces más terribles que aquellas otras de Egipto. Ha luchado contra la sequía, empleando muchos dineros por superar los medios del laboreo. A este tenor fueron surgiendo las nuevas casas que rejuvenecen a Mácher, dándole aspecto de pueblo recién nacido.

En el pueblo subsiste el viejo caserón de Pereyra, con su bello patio canario, que parece contarnos cosas pretéritas de sabia serenidad, y que nos dulcifica el ánimo al solo contacto de su recinto noble, cuya sombra dormida y adusta se nos antoja reclinada en el tiempo. Parece que desde este evocador edificio se aprecia todavía mejor el paisaje circundante, y es cuando uno repara que Mácher, además de palmeras, tiene vistosos eucaliptos y esa enmarañada vegetación bíblica que son las higueras, moteando la llanura con la nota de su verde negro clamor. Aquí, embebido, repara uno también que el suelo se ennegrece cada vez más... ¡El negro color de las cenizas volcánicas sosteniendo un firmamento de luz, donde la tonalidad más amable se hace cielo de nubes, sin celajes

(3) Este material llegará a desaparecer dada la ingente demanda.

(4) Se calculan cinco años de consecutiva cosecha, si la tierra es virgen.



Vista parcial de Mácher, donde abunda la famosa cebolla lanzaroteña.



Las campesinas de Mácher, en ringla, plantan el cebollino procedente de los semilleros.



El pintoresco pueblo de Uga,



Campesinas uguenses zarandeando cebada,



La Playa Blanca, considerada como la más importante del Archipiélago canario no sólo por su extensión sino, además, por su excelente benignidad.



La Tiñosa, pueblo marinero de ancestrales costumbres.



Otra extensa y apacible playa, conocida por la de Los Pocillos, a muy poca distancia de la capital.



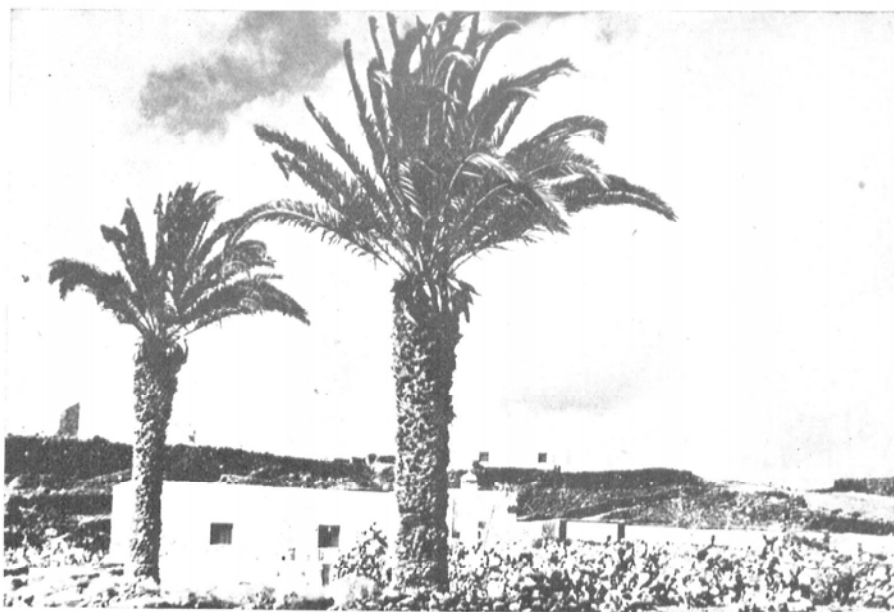
El Caletón del Barranquillo, abrigado por lastrones de lavas.



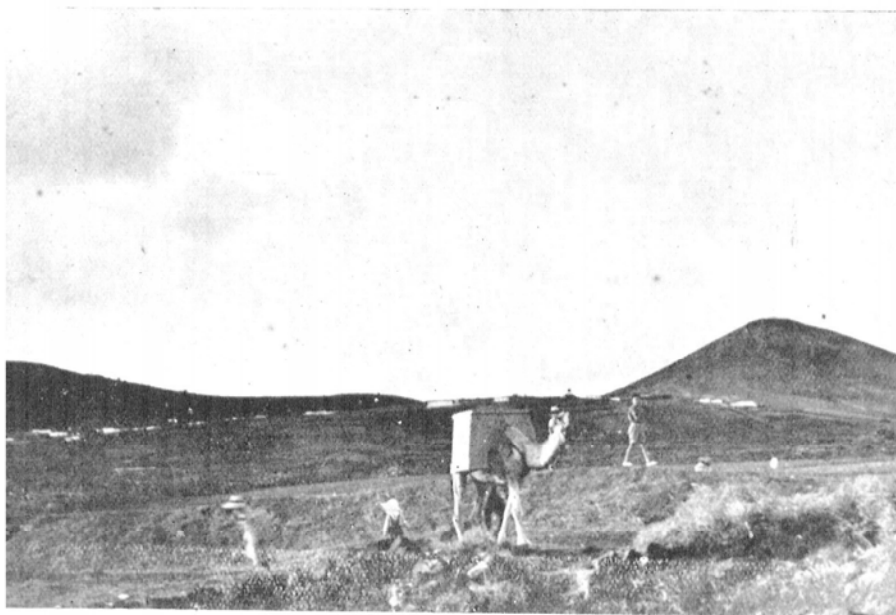
La soledad envuelve a la playa de Punta Lima, cuyas arenas son limpiísimas y finas.



La playa de Matagorda, y al fondo la ciudad de Arrecife.



Resplandeciente rincón de Las Tías de Fajardo.



Otro aspecto de Las Tías de Fajardo. En último término el caserío de Asomada, entremontañas.

ni obscuridades! ¡Bellas tierras de Mácher, tan despojadas de muelles relieves! Sin embargo, ahí está Tinasoria en su más descarnada geología, que tiene en la pelada cocorota una casa desde donde el pueblo se ve íntegro, todo esparcido, ancho y virginal, dándonos la impresión de estar mirando un paisaje inédito, magnífico, un paisaje que todavía no ha sido profanado por el hombre.

Pero los hombres están ahí, trabajando la tierra, como plantados en la tierra, con igual raíz que la de las cebollas y tomates. Son unos hombres empeñados en transformar, por voluntad de su impulso aborigen, estos eriales en sendos campos productivos, hasta el punto de que ya en Mácher es un común denominador el afán por la tierra, porque estando tan cerca del mar ve nacer una riqueza solamente como fruto de sus honrados esfuerzos. Y las mujeres de Mácher se desviven en el meticuloso envase del tomate, manejando con peculiar destreza cretos, virutas y papeles, hasta dejar perfectamente acondicionadas las frutas para la exportación. Tales menesteres no restan bríos y afanes a la mujer de Mácher, porque al cabo se le ve atendiendo los plantíos de cebollas, faena ardua que ella alegra con canciones de vida y esperanza. Pocas son las mujeres de Mácher que no van al campo, porque todas se sienten imprescindibles colaboradoras de sus hombres, los tenaces creadores de riqueza que han transformado el país.

Los vecinos de Mácher tienen, más o menos, sus tierras de labor, que han ido reivindicando de manos de los antiguos terratenientes. Debe uno añadir que el vecino de Mácher es fuerte, más bien alto que bajo, y tiene un gran sentido de la responsabilidad. Es honrado a todo honrar y, en su alma campesina, la sencillez le inmuniza de la doblez y de ese vivir al día tan en boga hoy. Sabe, por reconocida ciencia, ahorrar para ir enarenando sus fincas y dar así doble valor a la propiedad.

Entre las escorias lávicas de Los Llanos de Mácher y las extensiones de arenas negras, hacia las Peñas Blancas, hay grandes masas de vides exhibiendo varios y distinguibles matices verdes, cuyas cepas añosas parecen abstracciones dibujadas sobre la tersura negra del suelo. ¡Qué grata impresión topa con una bodega preciosista! Es más bien un laboratorio donde se lucha por la defensa de los caldos, y donde éstos son tratados con la dignidad que merece el buen nombre que tiene el vino lanzaroteño. Más que bodega el edificio antoja una hermosa clínica rural, con sus naves blanquísimas y sus accesorios impecables. Los pisadores usan traje propio, que consiste en sendas camisolas y calzones holgados, de blanco color, y que renuevan cotidianamente mientras dura la vendimia. Ver que por grandes ventanales se introduce la uva en el lagar resulta interesante, aunque más curiosa sea la operación de la desganzadora-estrujadora, que aparta mecánicamente los pámpanos dorados de su racimo, para formar montañas de pulpa olorosa. En seguida esa masa traslúcida y embriagadora pasa al cestón donde la prensa hace salir un mosto metálico, tremeluciente y tentador... Tiene esta bodega un laboratorio bien surtido, y en él se analizan todos los tipos de vino natural, observando sus graduaciones para encuadrarlos en las determinadas características respectivas. Es esa una labor paciente, que lleva tiempo y atención, pero que evita que los caldos se tornen agrios y ásperos, como sucede con los tratamientos inadecuados que han puesto en precario al famoso vino de Lanzarote, porque no basta meter el mosto en cubas y a esperar... Es necesario el tratamiento científico.

Siempre al Oeste, encontramos el paraje de Las Montañetas, que sólo tiene tres casas, como si fueran tres blancos mojones en la rigurosa negrura que cubre

la tierra. Poco tramo hacia arriba está la pintoresca Asomada, pequeña *sobrevida* de aquel otro pueblo de igual nombre que desoló la erupción volcánica de 1730 al 36. A la Asomada le viene el toponímico por su ubicación entre montañas, cuyos nombres son Guardilama y Caldera Gaida, tras las cuales se inicia un nuevo mundo, o sea, los inauditos paisajes del “Mar de la tranquilidad” y del “Mar de las crisis”.

L A T I Ñ O S A

CAPITULO XXXIX

Del pueblo pescador de La Tiñosa y de sus ancestrales costumbres, de la procesión marinera del Carmen y del pintoresco Cagafrecho, de la excelente ruta del verano insular y de las clásicas playas que la constituye.

Desde las inacabables tomarteras de Mácher se encamina el viajero hacia la costa, ceñida ésta por las formidables playas que constituyen la más excelente ruta del eterno verano canario (1). Este paisaje del sur lanzaroteño, solitario y agreste, de cielo y sol radiantes, empuja al viajero para que se apresure al consumo de esta breve y poética excursión, porque traspuesto el pueblo de Macher se alcanza en seguida El Cercado, caserío pintoresco que está extraviado entre las quiebras, barrancos y hondonadas que llevan a La Tiñosa (2), y que tiene al poniente la brava maleza del Rompimiento y al naciente la fuerza incipiente de los tomatales más próximos a la costa. Paso a pasito, viendo a la tierra cubierta de calina dorada, se llega al puerto de La Tiñosa, que se derrama sobre la cala mansa, aquietada en continuos remansos, cuyas aguas lamen las rocas de la orilla y forman sutiles encajes difusos. Algunas olas, deshechas en espumas, se deslizan sobre las tibias arenas rubias, mientras los barquillos de vela latina navegan brillantes y majestuosos sobre una mar regia, que parece tejida de plata según la opoteosis solar la vaya vistiendo...

El caserío pescador de La Tiñosa tiene la particularidad de ofrecer al observador poco sagaz menos habitantes de los que en verdad cuenta. Siempre se ha tenido de La Tiñosa un concepto descalabrado, porque respecto a tan simpático pueblo se han tejido mil fantasías al abrigo de su aislamiento, por un secreto ancestral, incontaminado, igualmente que su profunda belleza y su elemental cordialidad. De La Tiñosa se ha dicho que es retrógrada, partidaria del bacanal y enconada enemiga de la civilización, pero tales asertos infundados no pasan de ser incultos alegatos de quienes todavía tienen mucho que aprender de este pueblo mariner y laborioso. Es La Tiñosa un puerto natural en extremo simpático, un maravilloso caserío de leyenda, que trae a la imaginación aquellos cuentos fabulosos de las lecturas infantiles. Son casitas blancas, amarillas, azules, como si fueran esparcidos colorines para exornar la pintoresca orilla. El silencio espectacular de La Tiñosa sólo es turbado, de raro en raro, por el soniquete rítmico de los pescadores cuando éstos hacen ringla ante las

(1) Este litoral lanzaroteño alcanza unos doce kilómetros de playa ininterrumpida, de arenas finas y limpias, donde en la actualidad prestigiosas empresas se proponen realizar complejos turísticos al modo de Maspalomas y Puerto de la Cruz.

(2) El tópic La Tiñosa lo registra Torriani en su toponimia de 1590, pero no dice que el puerto natural estuviera entonces poblado.

redes. Las mujeres, acosadas a las puertas de las casas, hablan de los romances del mar, y los chiquillos, como ídolos totémicos, retozan sobre la arena húmeda, mientras el viajero respira un airecillo semejante al apetitoso sabor y olor de los mariscos...

La Tiñosa no tiene más de ochocientos habitantes, en su integridad pescadores que se ausentan del caserío para hacer la zafra corvinera a bordo de la flota insular. El marino de La Tiñosa está, pues, seis meses en Cabo Blanco, Africa, y seis meses en su pueblo natal, donde dedica sus esfuerzos y sus amores a los barquillos y chinchorros, por lo que resulta ser el pescador más laborioso de Lanzarote, trabajando el año entero, contrariamente al clásico "roncote" insular que se pasa seis meses anclado en la mar y seis disfrutando de las cantinas de tierra. En el trabajo un marino tiñosero es también superior a los demás roncotes, porque vive siempre cara al mar, dominándolo, con el objeto de sacar de él los más abundantes beneficios. Por la pericia con que gobierna, desde niño, a los timones, es designado en seguida como patrón de lancha, y acaso ahí tengan tal vez su éxito, como causa esencial de su atávica vocación:

"Todo el mar es misterio resonante
y palabra inicial;
nada hay a espaldas de él, nada hay delante:
el mar es una eternidad constante
y un movimiento en lo inmortal."

La mujer de La Tiñosa es fuerte, gruesa, colorada y de gran salud. Su trabajo, hasta hace bien poco, consistía en la cura del pescado que sus hombres capturaban durante los seis meses de permanencia en tierra, pero ahora, además, se concitan en los almacenes de empaquetado de tomates. En este nuevo oficio andan ya hartamente capacitadas, no sólo por lo que rinden sino por lo incansables que resultan. Son excelentes cantadoras, a grito pelado, y las cosas del mar se funden de tal modo en sus voces, que las cauciones salidas de ellas parecen el talismán de sus propios corazones:

"A las mozas alegres de la costa,
cuando más lindas van, se les agosta
en un solo día toda su beldad;
prometidas tal vez a un fiero esposo,
pierden en un abrazo misterioso,
como la tierra en junio, toda su majestad."

Las tiñoseras sienten un profundo desprecio por el índice de cosméticos y demás composturas femeniles con que se endulcoran las demás mujeres. Empero, a las tiñoseras les gustan los vestidos de vivos colores sin preocuparles jamás que tal cual zagalejo les caiga bien o no.

El pueblo de La Tiñosa es de espontáneo gracejo y en mutua narración se miente a sí mismo con la mayor infantilidad, fantaseando las cosas, exagerando los acontecimientos más elementales, e inventando asuntos escabrosos y que son capaces de erizar los pelos al más atrevido lobo de mar:

"Los barrios, junto al mar, de pescadores
son hornos de fantásticas mentiras..."

Las tardes de La Tiñosa son tranquilas, peculiarmente matriarcales, en las que las ancianas, tan arrugadas como las manos de los marineros, son el centro de la tertulia familiar. En La Tiñosa cae la tarde con augusta serenidad, y todo el

ambiente pescador se reviste de dulce melancolía. Las montañas y promontorios lejanos de poniente se recortan, lapislazulis, sobre el sonrosado mar del horizonte, entretanto unos celajes anaranjados se alargan hacia el espacio como luminosas jarcias de nave infinita. Van saliendo las estrellas, casi una a una, y el crepúsculo va moviendo una brisilla tibia, cariñosa y perfumada, como para que el viajero se sanee y no se decida a marchar. Entonces se oye el rumor de la marinería que llega del mar o que va hacia él, y son las voces vigorosas, que ordenan maniobras o que cantan unas folias, las que se confunden y deslíten con el roncar del Atlántico, lejano, invisible y trágico. En las casas se abren los postigos y se vuelven a cerrar, porque quien aguarda de noche el regreso de las barcas nunca sabe el tiempo, y vive el milagroso tiempo del mar como si, desde la nao terrestre, eternamente lo estuviera pasando. Es verdad, que el océano no tiene tiempo porque, a la vez, construye y destruye, da vida y muerte, desaliento y esperanza:

“Cual gigante ataúd, se balancea
en alta mar el buque destrozado;
aún por humanos seres habitado
lucha contra el furor de la marea.
Para auxiliarlo, aguarda si alborea
otro buque que vela a su costado;
la luna como un cizco plateado,
reflejada en el mar chisporrotea.
Las olas sucediéndose en legiones,
retumban como trágicos bordones
y alzan un “Dies Irae” funerario
mientras el mar antes de abrirse Oriente,
sepulta el ataúd lleno de gente
como lápida inmensa de un osario.

En las mujeres enlutadas, quedas y adustas frente al mar, puede leerse todo el drama del Atlántico, sus rostros aún bajo la impresión de la inesperada viudez, acompañadas por los niños y ancianos, de caras y narices coloradas, de ojos vivaces y rizadas cabezas cubiertas... Las tiñoseras madres, las tiñoseras esposas, viudas y novias truncadas, miran al insondable seno del Atlántico, entretanto se aproxima el alba, ya con su cielo cristalino asomando en el firmamento. ¡Siempre la misma augusta serenidad! El amanecer de La Tiñosa se presenta de súbito, y torna de nuevo blanquísimo el escaje de las olas, pero allí están todavía las mujeres aguardando no saben qué del océano:

“Mar sin fin, mar feroz, mónstruo sin bridas;
eres un cementerio sin reposo;
no cabe en tu vientre pavoroso
tanto horror, tantos ayes, tantas vidas.
Por tus riberas van enloquecidas
viudas que a tus senos de coloso
piden los dulces hijos y el esposo
que ahogaste entre grandiosas sacudidas.
Por esas madres que piedad imploran,
por esos niños que con hambre lloran,
vendo mi vida a aquel que la demande.
Si en mi ser está Dios como comprendo
al mismo Dios por les que lloran vendo
¡y sé que nunca haré cosa más grande!” (3)

(3) “Socorro al que llora”, de Salvador Rueda.

En La Tiñosa se conserva pura y estrictamente el consejo del Arcángel Rafael a Tobías, cuando en santa hermandad se comieron el célebre pez, excepto el hígado y el corazón. Los tiñoseros ahuyentan también al demonio quemando un hígado y un corazón de pescado, recién salido de la mar, en la casa de quien padezca posesión maligna, y por eso dicen ellos que de tanto quemar hígados y corazones a muchas leguas de La Tiñosa habrá de estar ya el diablo. No se olvide que Ecbatana (4) hizo lo mismo para ahuyentar al terrible demonio Asmodeo, que subyugaba a Sara y hacía morir a sus maridos. Tobías, aconsejado por el Arcángel Rafael, puso en fuga al satánico Asmodeo (5) con perfume de hiel de pescado, o indistintamente, con humo de hígado y corazón de pez quemados. Vemos, pues, cómo todo al cabo se repite, aunque sea en la escondida belleza de La Tiñosa.

La Tiñosa es, indisputablemente, uno de los parajes más originales de Lanzarote, de cuyo porvenir turístico es casi un sacrilegio dudar, porque para esa nueva fuente de riqueza es susceptible ganar los más audaces y ambiciosos planes. Una de las más hermosas rutas veraniegas que ofrecerse pueden en el Atlántico está en el litoral de La Tiñosa, con sus inmensas y serenas Playas Doradas, donde la isla parece consumir su verdadero verano-primavera, que perdura invariablemente durante las cuatro estaciones del año. Si el viajero quiere imaginar el próximo futuro del bello litoral de La Tiñosa verá, sin duda, a la Playa Blanca repoblada de pintorescos parasoles, de paja, formando exóticos conos, a modo de costa hawaiana, aunque con clima doblemente benigno, sin vientos huracanados ni imprevistas tormentas. La Playa Blanca está considerada como la más importante del Archipiélago canario, no sólo por su extensión sino además por sus excelencias naturales. Son sus arenas finísimas y muy limpias, donde el viajero puede disfrutar de unas aguas tranquilas, un clima sumamente benigno y del silencio adecuado para restablecer las fatigas que proporciona el tráfico de las grandes ciudades.

A partir de esta famosa playa, dejando atrás el simpático reducto de intimidad que es La Tiñosa, se sucede ya la extensa ringla de las playas formidables. El Caletón del Barranquillo, apto para el turismo más exigente, ya que de puro pintoresquismo reúne sobradas atracciones: acantilados de raras e interesantes escorias donde recrear la vista y preciosas caletas de aguas sosegadas para gozo de los submarinistas. Por añadidura, el Caletón del Barranquillo, como toda esta ruta veraniega, no está más distante de la capital que a un corto y rápido paseo en automóvil. Poco más hacia Arrecife está la playa de Los Pocillos, con su sol refulgente, su cielo muy azul y despejado, y sus aguas siempre remarcadas sobre las rubias arenas, resultando su conjunto un encanto hermético que alivia y prepara al viajero para que encuentre, más y mejor, su merecido descanso. Luego están las estupendas y soleadas playas de Punta Lima y de Matagorda, muy visitadas por sus panoramas aprisionados con hilos de oro, mientras la luz del cielo cae sobre el mar, que relumbra manso y discurre sobre la tibia orilla, enviando su suave frescura para completar el inefable hallazgo del ambiente... Más allá todavía, ya próximas a la capital de la isla, hay otras playas, como las de Guacimeta, la de Hondas, la del Cable y la del Reducto, que forman otro inigualable conjunto, donde el poeta se puede sentir engrandecido y el viajero descansado, porque tales parajes, solitarios y serenos, antojan ser islas doradas en medio de la soberbia majestad del Atlántico.

Más volvamos nuestras emociones a La Tiñosa, a fin de no acabarla de olvi-

(4) Capital de la antigua Media, residencia temporal de los reyes persas y medos. Hoy *Hamadán* (Persia).

(5) Este demonio figura en el "Libro de Tobías".

dar. Porque La Tiñosa, por marinera, deposita su fe y su esperanza en la Reina del Mar, celebrándole anualmente la procesión más atractiva de cuantas romerías se hacen en la isla. ¡Día grande en La Tiñosa es el que la Iglesia dedica para honra del Carmen! Cabritos tiernos como el queso, que encogen el corazón por comerlos recién nacidos; olorosa carne de cochino, adobada con aromáticos y picantes condimentos del país; el pescado frito, apenas capturado, rebosando su propia salsa sobre los mostradores improvisados; los roscos y muñequitas de pan azucarados, que huelen a un kilómetro alrededor y que concitan a la chiquillería flamante, de pura fiesta. Y vino, mucho vino, vino a granel que termina saliendo a las calles en forma de clásicas parrandas, donde los timplés de alada voz presiden los sones melosos de las guitarras. Después, la famosa procesión del mar que tanto romero atrae y que cada año reviste mayor atracción, siendo los “voladores” invariable elemento del fervor popular. Navega la Virgen escoltada de empavesados típicos barquillos, que hacen difíciles maniobras para festejar a la imagen sagrada, y surgen los patrones que, como aquel “Rey del Chopo”, arrojan caramelos y confiterías al océano para festejar también a los hermanos peces, que decía San Antonio. Algunos marineros, ébrios de alegría, se tiran a las aguas encalmadas, con toda la ropa puesta, como ofrenda a María Santísima, que les mira esos alardes desde su trono navegador...

La Tiñosa es, en fin, un admirable pueblo marinero de puras y ancestrales costumbres. La Tiñosa es como un hermoso caracol donde se puede oír eternamente la voz del mar...

LAS TÍAS DE FAJARDO

CAPITULO XL

De Las Tías de Fajardo y de sus burgos caciquiles, de la famosa "agarrada" de don José Manuel Fajardo y de su ciclópea esposa que le ganó la luchada, de don Leandro Fajardo y del templo de Nuestra Señora de Candelaria.

Las Tías de Fajardo (1) se formaron de la unión de dos burgos caciquiles: el Morro de la Molina, con su comarca arenosa y tierra flaca, sus casonas arropadas de tumeras, sus ruinosos cortijos de tiempos pasados, y sus pedregales repletos de sabandijas perezosas; en sentido opuesto, al noroeste, Las Tías de Fajardo, que esparcen sus casitas como siembra de maíz a la volada, sin más orden ni concierto que el de la propia conveniencia. Urbanizar este pueblo resultaría hoy un milagro tan espectacular como aquel otro que hiciera Moisés en el Mar Rojo.

El poblado de Las Tías de Fajardo parece trepar desde el mar al monte, porque sube siempre cuesta arriba para casi colgarse de las faldas bermejas de uno de sus montes, aunque al mediodía se recuesta como sobre un gran cercado, cuyas picras de piedra antojan ser viejos adarves de antiguas fortalezas. El anfiteatro que forma este territorio vese desde el mar de sotavento con perfección inigualable, dispuestas así sus pinas montañas, y al pie de las cuales la negra llanura se motea nada más que por blanquísimos cubos, que semejan rebaño de distraídas ovejas, alejadas entre sí, pero que al cabo se agrupan en torno a la iglesia de N. S. de Candelaria. Para barzonear en Las Tías de Fajardo tiene uro, pues, que andar trepa que trepa hasta las últimas colgaduras del caserío, entre el cual los matices y gradaciones del verde primero son estímulo necesario para no agotar al viajero. Por que éste, tan pronto olisquea la exigua fisonomía del pueblo, adquiere conciencia del cenicientismo que hay en Las Tías de Fajardo. El rumor del mar se oye lejano, pero muy fino y coladizo, como si el vientecillo que baja desde montaña Tersa, pasando entre las dos Bermejas, impidiera al Atlántico vocear fuertemente su profundo clamor... Tras los montes abruptos, azulados, aparecen las crestas cárdenas de algunos volcanes lejanos, mientras que el sol concita a sus fulgores para contribuir a que el cielo y la tierra vivan su estival letargo...

El corazón de Las Tías de Fajardo es la ermita de San Antonio, muy popular, hasta el punto de que su festividad tiene un rango profano de mucho vuelo y sonido. La mujer de por aquí, no es novelera, pero por un baile de San Antonio se pirra. La mujer de por aquí deposita en San Antonio todas sus esperanzas matrimoniales y sin contar con él no da un solo paso. Le compran velas que ellas mismas encienden y colocan a los pies del predicador de los peces, no

(1) Tópico real del pueblo, y no la abreviatura Tías, propia de la cotidiana cita.

sin pícaras peticiones de un buen noviazgo. También es verdad que estas pías mujeres suelen dudar, o cuando menos curarse de espanto, acerca de las tauturgias del de Padua, pues a veces sin más ni más sumergen en los bernegalles medallas acuñadas con la figura del santo y no las extraen del agua hasta que no les haga el milagro de un mozo apropiado. Otras, más irrespetuosas, colocan boca abajo a San Antonio, fundándolo así sobre cualquier consola hasta el día y hora en que tal cual individuo les diga que la lleva al altar. Las Tías de Fajardo, en este sentido anecdótico, es un verdadero museo de imágenes antouinas, y también de rezos, escondite del romántico más puro...

Empero en el trabajo, las mozas de este pueblo son tesoneras y vehementes, con grandes experiencias del empaquetado del tomate, para lo que son verdaderas artífices. Ellas mismas aseguran que en Lanzarote no hay tierras para cultivar tomates como las suyas, porque están cerca del mar e inmediatas a la población, con excelentes condiciones atmosféricas, y en especial porque el tomate exige una gran sequedad en el ambiente y aguas levemente salitrosas, cosa que se logra con las trashumantes lluvias caídas sobre los terrenos humedecidos por las salinidades del Atlántico. El resultado es óptimo, y las mujeres se entusiasman trabajando esa carne apretada e intensamente roja, como si manejaran la más extraña retorta para transformar en oro los ingentes esfuerzos de sus hombres clavados, de sol a sol, sobre estos oriales inmensos. En Las Tías de Fajardo, para el hombre y la mujer, no hay más piedra filosofal que el tomate, base fundamental de su prosperidad.

Es emprendedor el hombre de este pueblo tomatero, muy habilidoso, porque sin saber se adapta en seguida a la vida comercial, y a nadie confía su negocio. Los intermediarios pierden con él su tiempo, porque el hombre de Las Tías de Fajardo se embarca a Barcelona, y adonde sea, con tal de discutir personalmente los precios del tomate. Acaso, por estas causas, el hombre de Las Tías de Fajardo sea el que más habla por teléfono durante una zafra. No hay duda de que la riqueza estará siempre donde esté el tesón y la laboriosidad del hombre, porque a la vista están los óptimos resultados que obtiene el de Las Tías de Fajardo, trabajando unas tierras reseca, retorcidas junto al mar, perdiendo lluvias benignas por no tener una sola acequia, ni una represa, con que multiplicar la bondad de estos terrenos llanos y fecundos, pues que dan sus frutos aun muertos de sed.

Poca gente de Las Tías de Fajardo no se apellida Fajardo, y todos los Fajardos de Lanzarote proceden de este pueblo. El nombre del pueblo da honor y memoria a dos matronas (2) del antiguo señorío, de cuya época data el templo primitivo, que tiene su historia y su peregrinaje (3). Cuéntase que el cura don Domingo Gonzalo escuchó de labios de la Virgen de Candelaria, allá por el año de 1596, el deseo de que se levantara el templo prometido hacía ya diez años, o sea, desde la invasión de Morat Arráez. Tras esa manifestación mariana, los vecinos de Las Tías de Fajardo olvidaron su compromiso, pasando aún veintitres años hasta que decidieran comenzar las obras. El lugar asignado por la Virgen, según afirmaba don Domingo Gonzalo, era a unos centenares de metros más abajo de donde hoy lo vemos (4), aunque la verdad sea que el monterilla pedáneo, impuesto por el cacique de Las Tías de Fajardo, se empeñaba en una guerra fría para edificar el templo frente mismo a su cuco y ladino señor, cuya casa quería engrandecer con la vecindad de la religión. Pero, el cura, obedeciendo al deseo de su Señora se obstinó en su reiterado criterio, y cosa curiosa,

(2) Doña Francisca y doña Hernán Fajardo, solteras, y pvientas del gobernador Alonso Fajardo.

(3) La primitiva iglesia de N. S. de Candelaria se intentó edificar hacia 1618, aunque luego se levantara, en 1796, en otro lugar.

(4) El Obispo don José María Urquianona y Bidoz reedificó el actual templo en 1872.

sí de día se levantaba una pared en el lugar designado por don Domingo Gonzalo, por la noche se venía abajo como por arte satánico. Mucho miedo hubo entonces en Las Tías de Fajardo, pues el que más o el que menos aguardaba temblando, sin sueño ni sosiego, dando diente con diente, la horrible aparición del Ángel Negro... Lo cierto es que no había diablo alguno, sino que el síndico se valía de esos medios sacrílegos para llevarse el gato al agua. A la larga, ganó el monterilla y la iglesia se terminó felizmente donde él y su cacique querían. Todavía puede verse el templo inacabado, con sus arcos de medio punto, cuyo vértice clave le falta por la acción del tiempo, resultando así partida en dos la artística fábrica labrada por canteros de Gran Canaria, que en número de seis llegaron a Las Tías de Fajardo contratados por el mismo alcalde que les impedía llevar a cabo las obras iniciadas.

En este pueblo ha habido siempre grandes luchadores, y la afición al clásico deporte insular tuvo épocas de apoteosis. En cierta ocasión, a mediados del siglo XIX, don José Manuel Fajardo, puntal del equipo de Las Tías de Fajardo, barrió con todos los hombres de la "vuelta arriba" (5), quedando dicha noche como invencible campeón. A la luz de los hachones de breá, don José Manuel fue vitoreado por la muchedumbre partidaria, pero he aquí que se presenta en el "terreno" un tipo fuerte y bien dispuesto para retarle a una definitiva "agarrada". Se elige juez y "pegan" los contendientes ante el estupor general. Cae aparatosamente el flamante campeón al tiempo que huye y desaparece el imprevisto atleta... Don José Manuel Fajardo regresa cabizbajo a su casa, ya sin lauros de su victoria y en medio del silencio de sus admiradores. En la puerta le espera su mujer. Don José Manuel le dice: ¿Por que has hecho eso, precisamente cuando los de Las Tías de Fajardo teníamos asegurada la supremacía absoluta? La esposa (6) del luchador, de casi dos metros de altura, fuerte como un roble, pero muy bondadosa, le responde sonriendo: "Lo hice para evitarte un mes de borrachera por tus éxitos". Ni que decirlo habrá que don José Manuel Fajardo no volvió a luchar.

Un hombre destacado nació en Las Tías de Fajardo en la segunda mitad del siglo XIX, y fue don Leandro Fajardo, aquel político propietario del "Horizonte", que por elemental prudencia redactábalo él solito. Cuando Amadeo I renunció al Trono de España, los republicanos estaban divididos en distintos grupos y no llegaban a un acuerdo. En este entonces don Leandro Fajardo obtuvo todos los votos de la isla de Lanzarote, con lo que inició su efímera vida política. Escribió unos artículos muy sonados en "La Democracia", que pilotaba don Emilio Castelar, artículos ásperos y sangrantes... A don Leandro Fajardo le dieron un tiro en la cabeza, y en su propia casa de Las Tías de Fajardo, el día 6 de septiembre de 1896. Claro que el criminal fue condenado a muerte, y el verdugo llegó de Tenerife para darle el garrotazo. Pero alguien se las compuso para entretener la ejecución, hasta tanto llegara de Madrid el indulto de la última pena. Doña Mar'á Cristina así lo decretó y el verdugo se fue por donde había venido, no sin que por las autoridades insulares se le obligara a desmontar el cadalso de cajones vacíos y vigas que tan pomposamente había levantado en La Destila. El asesino de don Leandro pasó a mayor prisión, en Las Palmas, pero cuando al poco tiempo cumplía condena, aseando pozos negros se ahogó en uno de considerable profundidad, apenas un mes después de haber embarazado a su mujer, que había acudido a la cárcel para verlo y consolarlo.

Otro crimen de campana y voladores fue el cometido en la persona del Se-

(5) Los bandos insulares se dividían en "vuelta arriba" y "vuelta abajo".

(6) Silenciamos su nombre por respeto y admiración.

cretario Durán Curbelo, en 1921. Todo fue porque el asesino quería para sí el desempeño que aquél disfrutaba en el Ayuntamiento de Las Tías de Fajardo, y sin ningún otro motivo acechó al señor Durán para, a bocajarro, aplastarle el cráneo con un bolico. La Justicia preguntó al criminal la causa de su repugnante acción y él contestó que “por la cabezudez del Secretario, a quien había advertido que tal suceso le pasaría si no abandonaba el Ayuntamiento”.

Quede aquí la semblanza de Las Tías de Fajardo, pueblo de mucha intrahistoria, a lo Unamuno, para que su sueño estival siga sobresaliendo, inundando de tranquilidad, al margen del tiempo y de los hombres...

LA GERIA DE LOS VINOS

CAPITULO XLI

De La Geria de los Vinos y de su inhérito mundo lunar, de la famosa malvasía y de los universales autores que la elogian, de la insepulta ermita de la Caridad y del "astro muerto" que es el territorio de Masdache.

Ahora mismo el viajero no sabe si ha venido por aquí de propia cuenta, o si ha sido por obediencia de órdenes parecidas a las que dio Moisés a Josué y a Caleb para que explorasen la tierra prometida. Empero, a la vista de La Geria de los Vinos esa sensación se torna ambivalente, pues a veces creará uno estar dedicado a la contemplación de un paisaje del libro de Judit, y a veces creer que se anda por sobre el selenita Mar de la Tranquilidad, aunque el viajero sepa de antemano que nada hará el hombre en la Luna.

La Geria de los Vinos no es otra cosa que un inmenso mar de cenizas volcánicas, producto del dantesco cataclismo infernal de 1730 al 36, cuyo Prometeo tuvo la pícara habilidad de arrasar varias aldeas y, a la vez, purificar unas tierras inciertas, duras e inhóspitas. En la Geria de los Vinos las cenizas, o "lapilli", alcanzan hasta diez metros de profundidad, habiendo así altas montañas revestidas de esas arenas negras, excepto en las coronas cenicientas que se muestran desnudas y sin vegetación. Hay considerables mamelones que, por estar totalmente sepultados, atojan montes de "lapilli", cuando en realidad son artísimas montañetas que el diuvio incandescente cubrió por completo. ¡Seis años duró la lluvia pertinaz expulsada por treinta y cinco cráteres! Durante este trágico lustro y pico, la isla de Lanzarote hervía de cabo a rabo, y los lanzaroteños si se consolaban era debido a las palabras del cura de Yaiza, don Andrés Lorenzo Curbelo, que les afirmaba a marchamartillo aquello de que Cristo había comunicado a San Malaquías que el fin del mundo no tendría lugar sino en el siglo XX, y que la catástrofe amainaría pese a su aparatosa grandeza. Pero, don Andrés Lorenzo no las tenía todas consigo, y se apresuró a dar cuenta del apocalipsis al Obispo don Pedro Dávila y Cárdenes, propietario que era entonces de casi toda La Geria de los Vinos (1), siendo S. I. quien se apresuró a contestar, con la mayor inocencia del mundo, que "quitaran a lomo de camello todas las cenizas llovidas sobre sus tierras, y que continuaran haciendo el cultivo por precisarlos así la Santa Iglesia". Es para imaginar la cara de asombro que pondría el cura Curbelo al recibir tan candorosa orden, porque... ¿Cuántos años eran menester para quitar "a lomo de camello" esa inmensidad de arenas? Reconocida la precipitación de tal orden episcopal, el Dr. Dávila, esta vez con gran sentido, *dió nuevos despachos para que, pasadas las lluvias de cenizas,*

(1) En esta zona hubo una fuente llamada "del Obispo" en honor del citado.

hicieran hoyos en ellas al objeto de encontrar la tierra (2) y plantar linaza, "porque no es bueno tener esas nuestras capellanías sin producción". La iniciativa del Obispo Dávila fue emulada por los isleños, que en solares igualmente invadidos de "lapilli" plantaron, además de linaza, calabaceros, y cuyos frutos se desarrollaron con sobradas excelencias de tamaño y sabor, hasta el punto que llegaron casi a desplazar a los de igual especie en Las Palmas y Tenerife. Tales cultivos se mantuvieron durante largos años, hasta que al fin se implantó la viña, multiplicándose de tal manera que hoy, lo que fue antro apocalíptico, constituye una de las maravillas del paisaje insular.

Después de clausurar el Sínodo diocesano, inaugurado el día de San Agustín de 1735, don Pedro Dávila y Cárdenas llega a Lanzarote para hacer una visita pastoral, y de paso recorrer sus devastadas posesiones, que compartía con el Arcipreste don Diego Laguna, herederos del Mayorazgo que fue de doña Sancha de Herrera, y entonces administrado por don Juan de Lara Ocampo y Castro. Los dos clérigos eran dueños absolutos de La Geria de los Vinos, y de sus habilidades agrícolas salió el famoso cultivo de la "malvasía" (3) lanzaroteña, tan elogiada por autores y personajes de obras universales. El conocimiento mundial del vino lanzaroteño, acaso fuera debido a las tantas y repetidas reglamentaciones al objeto de restringir el comercio canario, por lo que vemos cómo las naves piratas de Hawkins y otros fondeaban en La Graciosa o en El Arrecife para negociar subrepticamente acerca de la tentadora "malvasía". Son muchos los personajes de Shakespeare, Walter Scott, Goldoni y Alexis Kuprin, que cantan la calidad de este tipo de uva cultivada en Lanzarote. Cuando el novelista norteamericano, Mayne Reid, en su obra "Guillermo el Grumete", narra el naufragio del barco "Pandora", coloca flotando sobre las aguas "la preciosa reliquia" de un tonel lleno de vino canario (4). El propio Don Carlos III ponía final a sus comidas con una copa de "malvasía", y el general del Zar de Rusia, don Agustín de Monteverde, la hace pedir a la isla de Lanzarote desde las heladas estepas rusas... Este tipo de uva, casi agotado en la actualidad en otros países vitivinícolas, y que tanto abunda en Lanzarote, pudiera aún ser ofrecido a todos los huéspedes del mundo, como en otros tiempos lo hiciera Zoya Kamarenkova (5). Porque la "malvasía" lanzaroteña, puede llegar a ser, en seco o en dulce, todavía sumamente estimada en los mercados nacionales y extranjeros, pero que por consuetas alteraciones se mantiene en baja considerable (6).

La consecuencia, pues, del cataclismo insular fue la conversión del anterior paisaje en este otro de simétricos y bellísimos medios brocales con que se exorna el país, que por su carácter de enigma indescifrable nos desencanta si a él acudimos para hallar la edónica exultación pagana de un Baco coronado de pámpanos rezumantes. No, porque el viajero andará sobre esta superficie de astro muerto con bíblico respeto, como si de un momento a otro fuera a tropezarse con aquella viña feraz, plantada por Noé a la salida del Arca sobre una tierra desolada por el Diluvio. En la Geria de los Vinos se tiene la impresión de que no es posible, entre las extensiones oscuras, la existencia del menor ápice de vida, porque nada indica una sola alteración en este Mar de la Tranquilidad, donde nada cambia y todo parece ser inmutable y como verdaderamente muer-

(2) Este fue el primer intento, mediante el cual, años más tarde, pudo aprovecharse el suelo de La Geria de los Vinos.

(3) La producción del *malvasía* en Lanzarote era exigua en épocas anteriores a la que nos ocupa, si bien ya tenía fama mundial.

(4) Francisco Morales Padrón, "El Comercio Canario-americano".

(5) Personaje de Alexi Kuprin, que ofrece a sus huéspedes vino de la lejana y volcánica isla de Lanzarote.

(6) Al mezclar la *malvasía* con otras uvas inferiores se comete en Lanzarote una gran injusticia contra su buena fama.

to. Pero la vida y la feracidad está escondida en los artísticos socos de toscas volcánicas, maravillosamente alineados y formando verdaderos problemas de agrimensura. La vid lo invade todo, simulada y silenciosamente, aunque tal invasión no sea vandálica ni homérica, porque, al contrario, las viñas mantienen una ordenación de fabulosa estrategia geométrica, escalando con rítmico paso todas las laderas y llanuras.

Ahí están los socos semicirculares, de perfecto amurallamiento, que parecen como hechos de labrada piedra, y que recostados sobre la negrura del suelo antojan abstracciones de índole diversa. En cada uno de los miles y miles de socos hay pámpanos dorados que cuelgan de las cepas robustas y retorcidas por los años, racimos apretados que reconcentran zumos para producir el sopor de que nos habla el libro santo:

“El vino letifica y transporta el corazón.”

O, como dice el poeta universal (7), para que “llegado septiembre, si el diablo no agua la fiesta, se colma esta copa, hasta el borde, de vino y se derrama casi siempre como un corazón generoso”.

Con asombro y estupefacción de todos, la ermita de La Caridad sobrevivió en medio de este mar de arenas y a pesar del diluvio, considerándose el suceso como milagroso. Antes de las erupciones volcánicas la ermita de La Caridad parecía un mojón en medio de grandes campos de cebada, pero hoy antoja una pequeña nao anclada sobre un negro océano. Su arquitectura es típica de la escuela andaluza, del siglo XVII, y la cubre un frondoso árbol desde la puerta principal. La Virgen y su divino Hijo aparecen en un lienzo de gran tamaño, de autor anónimo, que es una verdadera concepción de gusto refinado ideal fácil y espontáneo. Por el color y modo de vestir a las imágenes representadas recordará al viajero los cuadros de Zurbarán. Posee un valioso y antiguo cáliz (8), que en acción de gracias regaló a la Virgen el Arcipreste don Diego Laguna —que edificó la ermita hacia 1698—, grabando en él una leyenda pintoresca. La ermita de La Caridad, gracias a pías manos particulares que la cuidan, está perfectamente conservada y constituye un alto agradable para quien esté recorriendo este paisaje lunar.

Eafrente al otro lado de la carretera, pisa uno por sobre lo que fue La Geria de los Vinos antes del diluvio de cenizas, y el viajero puede entrar en una regia casona que se levanta, como quien dice, sobre los techos de otra señorial sepultada por la acumulación del “lapilli”. Ahí mismo, a pocos metros, hay unos viejos abrevaderos de piedra, que se asoman levemente quizá para respirar mejor atmósfera. Más adelante se llega a la montaña Diana, y con las manos enterradas bajo la arena se puede obtener agua cristalina, procedente de un manantial sellado por estas ingentes masas de cenizas, por lo que el precioso líquido se filtra formando húmedas vetas caprichosas e increíblemente impermeables (9). Al rededor existen otras innúmeras fuentes selladas, de puro vulcanismo, como la del Obispo Dávila y las otras varias del volcán de Guardilama, a cuya espalda renegrida y trágica se asienta el simplísimo caserío de La Asomada. ¡Qué hermosura debió ser esta zona de La Geria de los Vinos antes del diluvio! No queremos imaginar lo que nos dicen las crónicas, porque nos representaríamos extensiones vastísimas de verdes triguales, vides y cebadas, exuberantes de frescura y feracidad... Empero, hoy, aunque lo férax existe,

(7) Nuestro Juan Ramón Jiménez.

(8) Nos dicen que dicho cáliz se encuentra, desde tiempos, en la iglesia parroquial de Yaiza, sin causa justificada.

(9) Veces se observa a simple vista.

el paisaje anda perturbado por la acción del sol, que no se oculta nunca de día ni dulcifica su escolo. Hoy, La Geria de los Vinos significa para el viajero curioso y culto, cosa parecida a los móviles que inspiran la admiración del Everet o de cualquier parte inédita del mundo.

Recorriendo los interminables kilómetros de La Geria de los Vinos, piensa uno que el Creador despliega su sinfín de milagrosos alardes para cambiar la fisonomía del paisaje a cada instante. Colabora el sol que arranca destellos al inmenso Mar de la Tranquilidad, éste, que, como el de la Luna, parece tener diferentes temperaturas y oscilaciones producidas, acaso, en el tránsito del día a la noche, según la cantidad de calor recibida. El océano negro se remansa a la vez que la luz ofrece al viajero temas de máxima sugestión, porque al fin y al cabo, La Geria de los Vinos, no es más que una fiel y real fotografía del paisaje lunar. Paisaje lunar sí, pero además donde la vid antoja tener eterna pompa vernal sobre la inacabable negrura del suelo, como elemento y materia litúrgicos, transfigurándose en oro los pámpanos cual sorprendente promesa para dioses y hadas. ¡Brava naturaleza la de La Geria de los Vinos, brava y religiosa, porque por aquí todo es símbolo y parábola!

“Nos abrevaste, Señor,
con el vino de la compunción”.

Y la esposa, clama :

“Forzadme con vasos de vino;
cecadme de manzanas,
que estoy enferma de amor...”

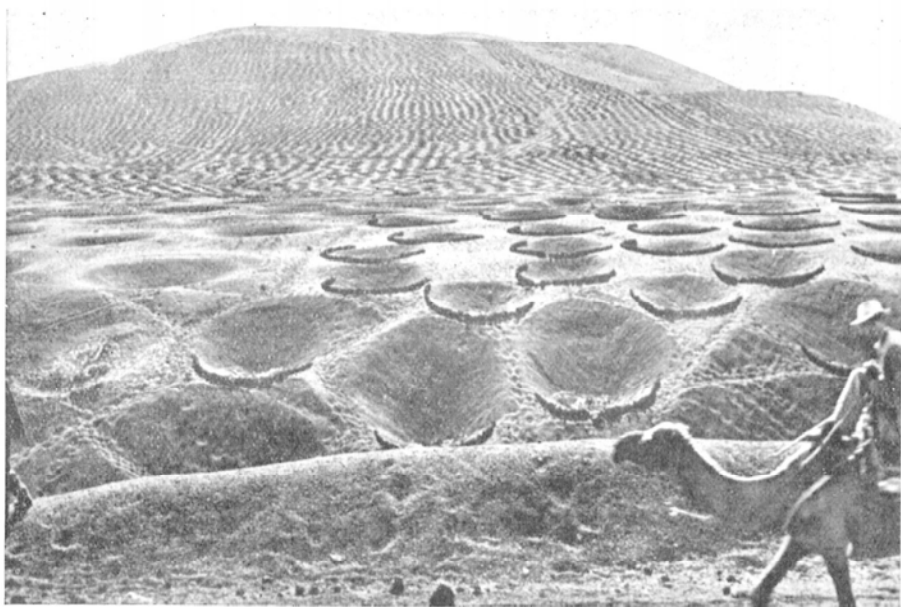
Así se hace sentir este nuevo mundo lanzaroteño, este singular paisaje de la Isla de los Volcanes, porque es un paisaje único como aquellos de las Sagradas Escrituras, que nos hace sentir gozo y dolor, alegría y sufrimiento.

Tras Los Cerros de Tegoyo está el caserío de La Vega, con su casa señorial, noble y arbolada, con adarves particulares, en cuyo flanco de naciente se alza la ermita del Corazón de Jesús, construída por don Mariano Stinga y doña Andrea Rodríguez, en 1863. Preside su altar un cuadro hermoso, pero de escaso valor artístico, de autor anónimo, y un crucifijo de cartón piedra, muy rústico. La construcción del cuerpo de la ermita carece asimismo de interés, por no poseer nada memorable.

Fue en Conil donde el día de San Pedro de 1918 tres “señoritos” parranderos mataron, de pura gamberrada, al pobre totorota Manuel Armas López. La broma consistió en tumbarlo sobre el suelo, boca abajo, para echarle encima una tabla de trilla, de por sí muy pesada, y a la que pusieron multitud de grandes piedras. Manuel, por bobo y santo a tales tropelías respondía con sus risas y simplezas, dulzuras que estimularon a los “gamberros” para arrancarle el bigote pelo a pelo. Cuando los endilgados trapisondistas descargaron de la tabla al pobre Ignacio, éste era ya cadáver... (10).

Desde La Vega de Tegoyo, pasado el diminuto caserío de Conil, encamina uno a las bodegas de Pereyra, señor que fue de por aquí, y que a principios del siglo se permitió el lujo de recoger 250.000 litros de vino, acontecimiento que le obligó a vaciar un aljibe para volverlo a llenar de mosto, ya que sus bocoyes y tanques no fueron suficientes para abrigar el caldo dorado que Dios le dió. Esta casona de Pereyra es en La Geria de los Vinos una reliquia agrícola, porque desde tiempos representó a la más genuina agricultura lanzaroteña:

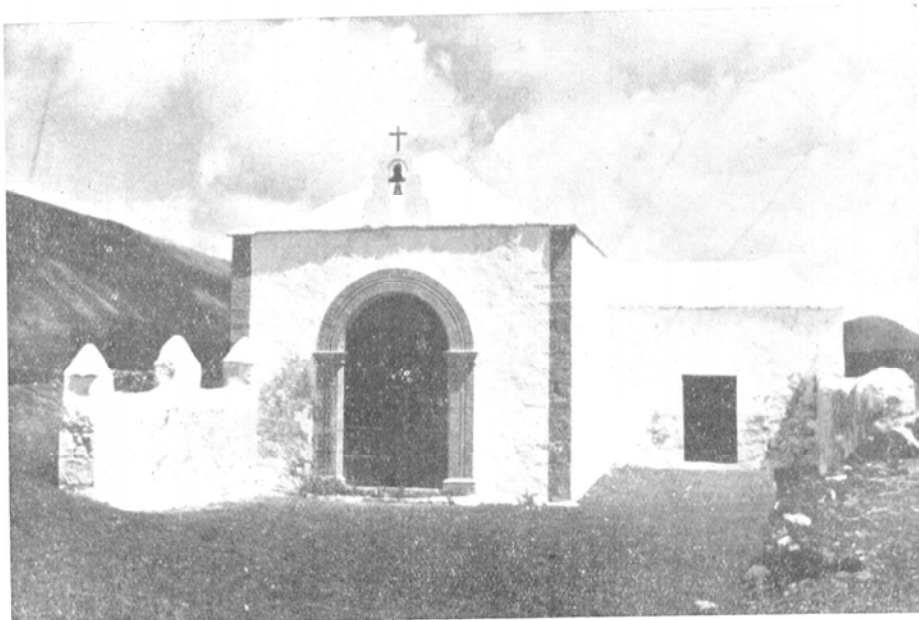
(10) No es del caso registrar a tales “gamberros señoritos”



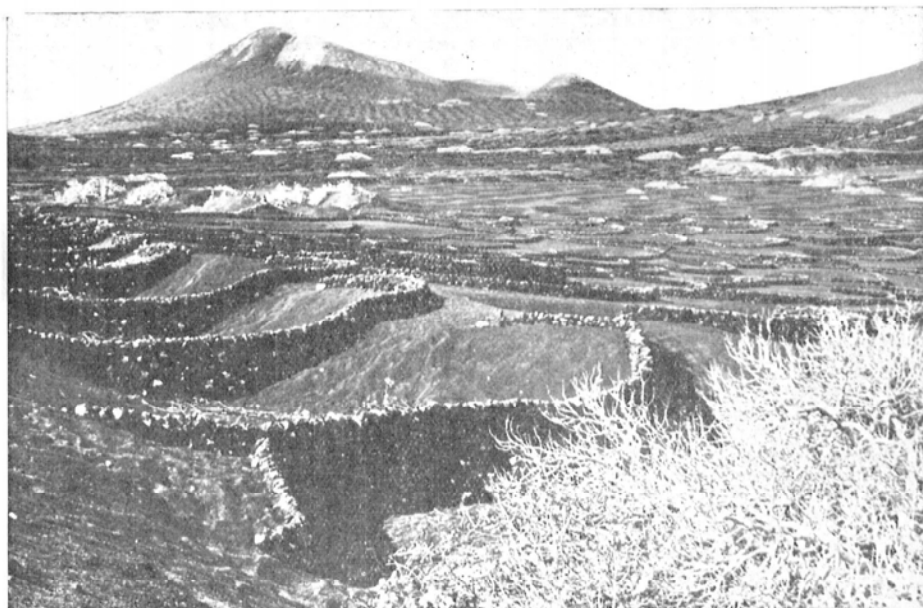
De maravilla insular han sido definidas las inmensas zonas de La Geria de los Vinos, donde en un mar de cenizas volcánicas brota la viña feraz.



Detalle ubérrimo de ramas y cepas.



La humilde ermita de N. S. de La Caridad, en La Geria de los Vinos.



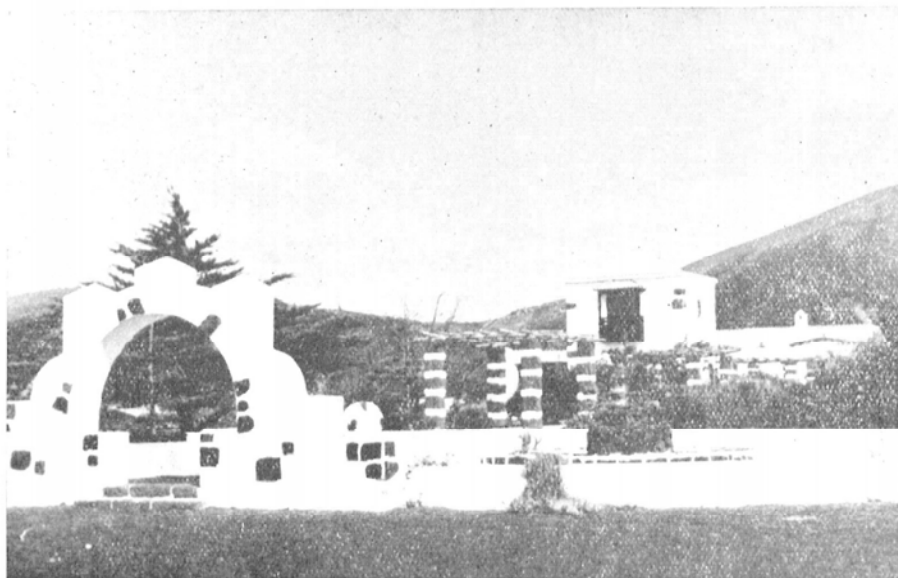
Engavados de vides, supremo esfuerzo del hombre insular. Al fondo la caldera de Ortiz, en cuyo seno más profundo brota una fuente.



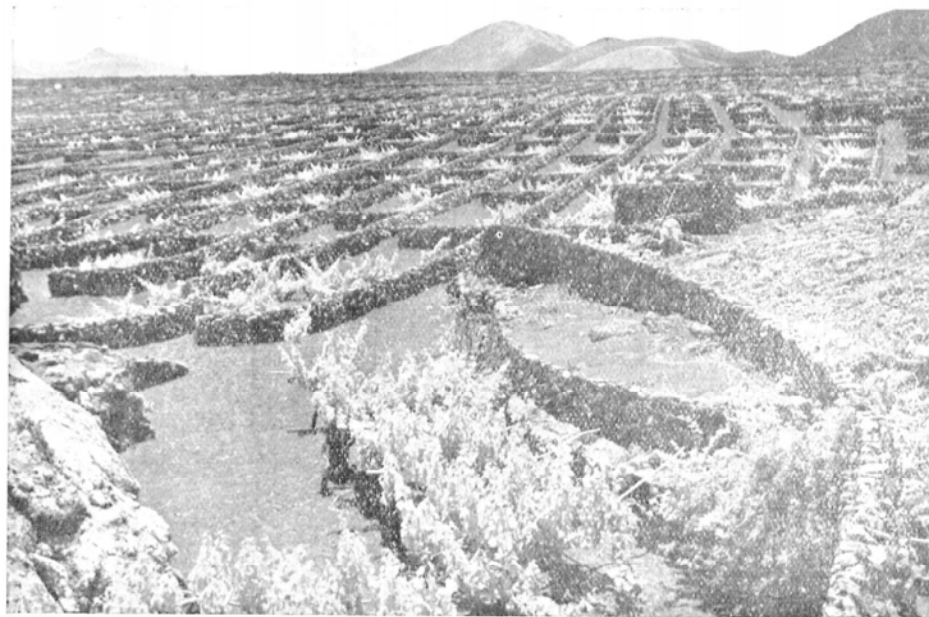
La inverosímil presencia de la vid, no hace olvidar lo ineluctable del paisaje lunar.



Detalle de uva, y modo de cultivo en El Rincón (Masdache).



Bella casa del colonial canario en Masdache.



Sobre las escorias lávicas, y cenizas, el hombre insular ha podido hacer la geometría más fecunda de la tierra.

“Esta es la bodega, la noble bodega
que guarda en su fondo los vinos añejos;
calmante que todos los males sosiega,
locuaz dictadora de sanos consejos.”

A poco tramo está la tercera ermita de La Geria de los Vinos, la de María Magdalena, diminuta, como plantada al soco de las vides que fueron del triunvirato clerical (11), en particular del canónigo Lara, excelente político y gran catador de las bondades del país. El panorama está ahora entre montañas negras, paso formidable que forman la Negra y la Colorada, ésta última el volcán que se inmortalizó durante las erupciones de 1730 al 36 por haber erupcionado más magma que ningún otro. Asociada por este fiero coloso está la ermita de María Magdalena, cuyo cuadro del impar retablo nos parece una reproducción de Axel, porque en el lienzo hay buena pintura, que data de 1797. La Magdalena que representa aparece postrada, recogida, escondiendo sus impudicias, como para ocultar su pasado de Magdala. No sabemos por qué, pero la contemplación de este bello cuadro conmueve sobremanera...

Hay que escalar la montaña Colorada para contemplar ahora más y mejor el paisaje de La Geria de los Vinos, porque en realidad es desde este cráter dormido donde la visión es capaz de fundir cenizas y rocas, para mostrarnos esos mares negros, profundos y permanentes, como los que se contemplan. A esta altura, siente uno que se sensibiliza precipitadamente, como si el hecho catastrófico acabara de acontecer delante de nuestros ojos. Aquí y allá, pinceladas verdes sobre el gran faldón negro del suelo, blancos caseríos muy separados, las tres ermitas solitarias, casi iguales, y las impares palmeras que se abren en la lejanía como abanicos de plumas. Abovedando el paisaje, que por lunar ni viento tiene, un cielo íntegramente azul, enmarcando el perfil de los volcanes, con rasgos siniestros, prontos a explotar al corjuro de la profecía de San Malaquías, o sea, cuando la piadosa leyenda deje de remansarse en el magín de los siglos...

“Corazón que sangraste
fundido
tu magma de piedra,
tu plasma de fuego.
Corazón de arritmia
latido
que arrojaste arenales
en forma de riego
y humeante oleaje
que lento fluía
fraguando ese estático
mar encrespado
de un negro azabache
al romper el día
y en claro de luna
paraje nevado.” (12)

Una caravana de dromedarios pasa lenta con turistas de todo el mundo, y va ascendiendo despaciosamente por el lomo de ébano de una ladera, y el viajero sien-

(11) Don Pedro Dávila, Obispo; don Diego Laguna Arcipreste, y don Antonio Anacleto Lara, Canónigo.

(12) P. Medina, “Pronósticos” de Arrecife, 19-3-46.

te el alivio de encontrarse con esa estampa familiar y pintoresca. Al parecer la recua se dirige hacia Masdache, a donde también está uno encaminando sus pasos. Los pulmones se abren para respirar el aire sano que parece tener alas azules y luminosas. El viajero, quiera o no quiera, habrá de sentir una perezosa voluptuosidad dentro y fuera de su ser... El profundo verdor de las vides es como un triunfo de Dios sobre las tinieblas de los formidables mantos arenosos, negros y trágicos, que penden maravillosamente de los hombros ciclópeos de las montañas... *La huella de los dromedarios*, que ya se pierde, antoja nidos sucesivos e infinitos que se llenan de sol para brillar como cubetas de plata. .

Para admirar a Masdache no hay otero como la cocorota del volcán de Testeina, como viejo y deshecho, a cuyo pie está la casona blindada, cual transición del castillo a la casa, edificada por el Gobernador de la Isla, don José Feo de Armas, oficial de mérito, que defendió a Santa Cruz de Tenerife, donde se en contraba, en 25 de julio de 1797 (13). Este Gobernador fue un tipo de gusto refinado, gustándole los rimbombantes exornos para su casa de Testeina, donde su dama, doña Antonia Bethencourt hacía fiestas rayanas en bacanales. En la casona de Testeina los capataces del Cabildo aprendían el morse (14) de los ojales de sus casacas para comunicar las señales de sus locuras políticas en el fondo dirigidas hábilmente por el acaudalado clérigo don José Feo, tío del dueño de la casona blindada, cuyo bien parecido y apostura plamara don Luis de la Cruz en el cuadro que presidía la sala de recepción. Tuvo el Gobernador, don José Feo de Armas, varios hijos de carrera, entre los cuales destacó don Víctor, que gobernó a Lanzarote hacia 1841, o sea, a los 17 años de ocurrir la muerte de su padre.

En la actualidad la casona del Gobernador es objeto de la mayor curiosidad debido a su tipología arquitectónica, con sus raros refuerzos exteriores y ventanales aberrojados.

Todo cuanto abarca la vista, desde Testeina, resulta increíblemente original y bello, porque hay veces que el Mar de la Tranquilidad deja de ser mar de arena para aparentar difuso océano de humo, consiguiéndolo, porque se enlazan tierra y cielo a través de gigantescas evaporaciones calinosas y visibles. Estos fenómenos atmosféricos son tenues, pero reales, y al mirarlos inmóviles en el silencio de estas inmediaciones, el tiempo parece intacto y el viajero un extraño fuera de él, sobrecogido acaso por la bíblica idea de que, por entre los innúmeros engaviados, surja un Hólcfermes, insano y cruel, como aquel sitiador de Betulia...

La gente que cuenta Masdache apenas habita una docena de casas, éstas muy blancas y limpias, repletas siempre de bungavillas y geranios. Tiene esta gente una lucha principal y es la de acabar con los conejos, porque éste ataca y destroza ávidamente a cuantas viñas alcanza. Por este territorio nunca hay veda y los cazadores pueden así ejercitar su favorito deporte matando por aquí roedores a granel. Bastaría unos meses de veda para que esa pacífica alimaña se comiera hasta las cepas más añosas, y que es insaciable y se reproduce con tanta facilidad que, a veces, parecen moscas salidas del estercolero.

Nombradas siempre fueron las fiestas de María Magdalena en las Cuatro Esquinas de Masdache, donde no ha mucho todavía se concentraban los mejores jinetes de Lanzarote para celebrar aquellas históricas carreras sobre soberbios caballos de la isla. Hacia 1799 aún existía en Lanzarote una considerable cantidad de caballos, que constituían una excelente casta y que se criaban

(13) De la invasión de Tenerife.

(14) Poner la mano en el ojal significaba "sí", pero lo contrario quería decir que la respuesta quedaba pendiente para mejor oportunidad y meditación. Por este medio, según Alvarez Rizo, a cualquiera proposición imprevista miraban para sus oráculos, y sin éstos mover los labios hacían sus negocios a placer.

en libertad, raza impar en Canarias, descendiente directa de los caballos árabigo-andaluces de los conquistadores, pero que desapareció por completo debido a la falta de piezos y reiterados embarques a la isla Madera. Durante casi todo el siglo pasado hubo sonadas carreras en Masdache (15), sucediéndose las apuestas más risibles e inverosímiles, como aquella que hiciera un acaudalado señor que, no sólo perdió su hacienda sino que además se quedó sin el catre Chippendale, donde dormía, adquiriendo rápidamente otro más plebeyo y que en Lanzarote se conoce por "catre de tijera". ¡Qué convites pantagruélicos se celebraban en las Cuatro Esquinas! Y tanta fiesta a la luz de bidones rebosantes de alquitrán inflamado, que humeaban como arengados por el diabólico Pedro Botero... ¡Cuántos bacos coronados de uvas! Al fin, los frenéticos y olímpicos desafíos a la lucha canaria, durante la cual alguna que otra dama de rango y prosapia insulares "pegaba" con cualquier beodo campeón, entre el jolgorio y apasionante orgía tumultuosa:

"Tus hijos serán como la vid frondosa
que flanquen los costados de tu casa."

Un poco más al sur de las Cuatro Esquinas está un edificio, de la primera época colonial, sepultado por el diluvio de cenizas, con sus muros anchos de adobe y grandes piedras sin labrar, por entre los cuales se descubre algún que otro hueco, en cuyos fondos han habido hallazgos de interés, pues en repetidas ocasiones, quienes lograron huronear las ruinas, encontraron doblas de oro, pipas de barro, con sus cañas largas y artísticamente exornadas, y una holla que está en buenas manos (16).

Empero, hacia el norte de las Cuatro Esquinas, está la clásica quinta de Sáenz, que al viajero se le antoja como una de aquellas haciendas de los príncipes, o mayorazgos de los adelantados. La suntuosa casa del colonial canario es en Masdache como un blanco lunar sobre el inmenso paño negro del país, con la particularidad de que la rodea, en parte, hacia el poniente, un brazo de lavas cordiformes, casi llanas, pero plegadísimas entre sí, revestidas de líquenes y "veroles" (17) como candelabros. Entre estas escorias, a modo de cuerdas ciclópeas, hay profundas hendiduras por donde se camuflan los conejos en la seguridad de sentirse invulnerables. Para los cazadores es esta zona donde se hace más difícil la captura de los vandálicos roedores. La Casa de Sáenz (18) es de lo más y mejor acabado, con sus pilares de toscas lávicas, a lo pérgola, sus trenzados parasoles invadidos de exuberantes buganvillas, con sombra tierna y colores de rojo rabioso, a veces con variantes de flores cardenales. Alrededor, geranios florecidos que trepan para cubrir las barbacanas; aquí y acullá la gama rarísima de las cantáceas, y las típicas piteras de la isla con sus estupendos pitones. Después de la avenida de las flores, la casa de Sáenz tiene una atractiva terraza, donde hay diversas mamilarias y calabazas del país, que cuelgan sus formas de abstractas modelaciones naturales, disecadas al rústico modo de la tierra. Mesas y sillas hechas de troncos, tipples y guitarras, todo sabiamente conjugado con la paz y la tranquilidad que imperan en tan original paraje. Pero, al noroeste, el paisaje de Masdache tiene otro edén a donde el turismo acude

(15) En la última gran carrera participaron las siguientes cabezas:

"Guanche", caballo de Tegüise (vencedor); "Guatfay", caballo de Tías; "Relámpago", caballo de Tías; "Gentella", yegua de Mozaga; "Volcán", yegua de Asomada; "Paloma", yegua de Goime y dos yeguas de Conil y de Máguez.

(16) Tenemos entendido que la posee el Comisario Provincial de Excavaciones.

(17) Berol, o *Kleina nesufolia*.

(18) Don Francisco Sáenz Infante, a quien debo su interesante colaboración.

embebido, y es la pintoresca casa de don Carlos Díaz, en el Rincón, encajonada ya en el torrente lávico de Tisalaya. Este palacio es, quizá, la construcción más canaria y mejor concebida que el viajero ha visto en Lanzarote, porque para realizarla se emplearon nada más que materiales y exornos propios del país. Sus puertas y ventanas están guarnecidas por toscas volcánicas, cuya negrura resalta sobre el immaculado blancor del edificio. Raras escorias, divinas escorias, adornan el suelo como idolillos extraños, mientras las exóticas tuneras bordean los entarimados y los geranios trepadores, como hiedras purpurinas, alcanzan las cornisas y alféizares. Enormes higueras de aquí para allá, en torno a la típica casa, que parece estar al margen del cerco de magmas retorcidos para mostrársenos idílica, prendida de sol y alegre albura, por lo que atrae y resulta de un encanto arrobador... Estamos seguros que la profusión de estas peculiares construcciones, ajustadas a este patrón canario, no sólo ayudaría a reivindicar el paisaje insular sino que, por añadidura, daría feliz solución al afianzamiento de nuestra individualidad isleña (19).

Ya sobre las escorias cordiformes del volcán de Tisalaya, por terrenos arenosos que lindan al naciente de las rocas, y que tienen la fama de ser los más feraces de la isla, se llega al caserío de El Cabezo, cuyos edificios los puede contar el viajero con los dedos de la mano, y más allá, muy solitaria, una antigua casona con su grácil y frondosa palmera. Aún más hacia el norte está El Grifo, plantado ya encima de las escorias blancuzcas, donde llaman terrenos de "piedras agrias", por constituirlos materiales de formas punzantes y afligranadas. Sobre los mantos de magmas petrificados, los campesinos han plantado gigantescas higueras, para lo cual han abierto auténticos pozos (20) en la piedra volcánica, a base de marrón y barra, resultando esforzada labor de meses, por lo que en ocasiones el intrépido campesino suelta su quehacer decepcionado y sin esperanza alguna de encontrar el fondo tierno de la tierra... Desde El Grifo se puede ir, entre frondosas parras y árboles hecúleos, al pintoresco Islote, después de trasponer la montaña de Juan Bello y ganar el nuevo mar de lavas que viene sin prisa Chibusque abajo, para pasar entre el caserío de El Sobaco y las adustas casonas del Islote, donde hay grandes árboles y bajo cuyas sombras pueden hallar cobijo hasta una docena de personas, pero que, sin embargo, sus frondas no sobrepasan nunca los pretiles de las azoteas, porque el viento se encarga de peinarlos a ras de los edificios. Son árboles vistosos, viejos y retorcidos, que se achaparran y se abren como cluecas, acaso para así ofrecer su hospitalaria sombra en medio de un sol absoluto, que todo lo entibia perennemente.

(19) En este sentido es elogiable la labor realizada en el Pueblo Canario, Las Palmas y Puerto de a Cruz, Tenerife.

(20) Algunos de éstos alcanzan perforaciones de siete metros.

EL PEÑÓN DEL INDIANO

CAPITULO XLII

Del volcán de Tisalaya y sus leyendas sismológicas, del caserío La Florida y de los pretéritos individualismos, del corazón insular y del Hidalgo de Tomaren, del Peñón del Indiano y de la peregrina historia de Marcial Borges.

Por este retorcido campo del Islote, salpicado de palmeras anacoretas, siente uno más certeramente la bravura del volcán de Tisalaya, que se nos presenta como un sueño de Camilo Flamarión, sin ver claro dónde anda camuflada la verdad, o dónde la mentira. ¡Todo aquí tendrá, para el viajero, aspectos inciertos! Porque el volcán de Tisalaya resulta tenebroso, temible, y además amenazante... La fantasía popular ha tejido en torno al coloso multitud de leyendas, todas ellas horribles, trágicas, pero también pintorescas. Dicen los viejos campesinos que el volcán se estremece cuando más llena está Selene, y que, después del plenilunio, amanecen fuera de lugar las piedras de antemano colocadas... (1). Por eso, en El Islote, en La Florida, en Tomaren y en el Peñón del indiano, unos depositan sus asertos en los "movimientos" sismológicos y otros en la magia, ésta nada más que como arte de consumir experimentos contrarios a las leyes físicas. Se puede afirmar (2) que embaucadores como Cagliostro quedarían harto ridiculizados por el saber oculto de algún que otro morador de estas casonas solitarias. Sin ir más lejos, en El Islote se dio el caso de Simón el Mago, que se atrevió a ofrecer al bueno de San Pedro bastante oro para que el Pescador le revelara el secreto de curar a los enfermos, o de resucitar a los muertos... Claro, que el párroco tentado se negó *per saecula saeculorum* a escuchar palabras venidas del mismo diablo.

Tanto el paisaje como la historia, por aquí, se hacen imposibles de atrapar entre tanta aldeilla, cortijos y casonas, diseminadas, ancladas como naves arrojadas sobre un mar de piedras... Entretanto, el paisaje se particulariza y se hace, en el suelo, precursor de muchos de los "ismos" actuales, como lo acreditan los lienzos que los abstractos más famosos pintaron inspirados por aquí. Mas si de abstracciones se llena el paisaje, la historia se hace a cada momento menos legible, porque se escurre entre los dedos, muy fría, como si fuera una porción de trozos de hielo a la deriva... Sin embargo, hay alrededor una tonalidad amable que es hija de la luz solar, ésta casi azulada como si fuera reboso de cielo sobre esta tremenda calcinación del país. Y no son frívolas formas que se ven, no, ni siquiera tienen la menor elemental pureza, como acontece en

(1) El vulcanólogo suizo Braum desmintió tales fantasías en 1908.

(2) Don Víctor San Martín, inolvidable párroco de San Bartolomé, nos dio la noticia.

otros parajes insulares, porque en estas encrucijadas, en estas llanuras escoráceas, participa el unísono de su fantasmagórica grandeza. ¡Una grandeza indecisa, pero real y palpitante, sin exigir que nadie la interprete y la comprenda! Que vengan pintores a beber sabiduría (3) en estas escorias distendidas, porque, de seguro, en tales jeroglíficos de magma, encontrarán lucha suficiente, o quizá lleguen a crisparse, o a padecer desmayo, buscando agilidad y ventura para interpretar las maravillas del suelo...

Desde *El Islole* a *La Florida* se prodigan ubérrimas viñas al socaire de las clásicas paredes, que sobre las lavas forman los grandes "macetones", o terrenos de artificio, consistentes en el superior esfuerzo de transportar tierra dulce hasta el solar estéril para, luego, recubrirla con las mismas cenizas del volcán y evitar así que el escolo absorba la humedad del nuevo emporio de riqueza, tal y como se viene haciendo en las comunes tierras enarenadas. Un espectáculo, grato y extraño a la vez, son las raras flores de los cactus y bercles, que brotan abundantes por entre las grietas de las lavas cordiformes (4), cuyos florones antojan raros candelabros y dragos de miniatura...

A *La Florida* hizo este canto Leopoldo Díaz Suárez:

"Como un lebrél que duerme sobre el solar tendido,
el negro volcán luce su fúnebre color,
junto a la alegre nota que muestra el colorido
de las fragantes parras henchidas de verdor.

Aquí sobre Chinitas, las palmas han nacido;
altivas y elegantes presiden tu esplendor,
y abajo, en los jardines, magnánimo y florido,
esparce el jazmín viejo perfume embriagador.

El pámpano en la zanja se siente como preso
y al borde del camino se asoma en un exceso
de líbero albedrío, de gran frondosidad.

Los pájaros silvestres acuden en bandadas
poblando los caminos, recodos y cañadas,
cantando las bellezas de tu fecundidad."

Rebasando a *La Florida*, que tan magistralmente canta el poeta insular, oye el viajero cosas abstrusas, las más incubadas por antiguos aquelarres, pero a las que poca atención se presta porque la admiración se prende en los ojos cuando, de súbito, aparecen las parras admirablemente engaviadas, o trenzadas, por sendos andamiajes, y con auténticos alardes de organización agrícola. Por aquí la viticultura se hace cátedra magistral.

Se van viendo grandes casonas, del siglo XVIII no más, con jardines repletos de buganvillas, con sus viejos y vistosos lagares, asomando los brazos hercúleos de sus prensas, y en lo alto, monótonos ventanales con celosías de listoncillos de tea... En realidad, estos pretéritos individualismos han desaparecido, y por quedar algo de ellos quedan los vetustos caserones que sobreviven de puro milagro. Con el progreso civil y la afirmación del Derecho, no ocurre ya que un solo quisique tenga más tierras de las que legalmente le corresponden. Ade-

(3) "El sólo hecho de nacer en esta isla, es un privilegio para cualquier artista".—César Manrique, "Diario de Las Palmas", 20-6-57.

(4) Tanto en estos campos de lavas cordiformes, como en el "malpei" costero, las tabaibas y el berol tan poco exigentes, dan un peculiar e interesante aspecto al paisaje.

más, los giros procedentes de América se suceden con la rapidez necesaria para reunir lo que vale tal cual pedazo de viñedos y de este modo los emigrantes, al cabo "indianos", van reivindicando el suelo del amo poderoso e indiscutible. ¡Cuánto más y mejor rinden ahora las vides y los enarenados en manos jóvenes y esforzadas! Porque, la verdad sea dicha, antes había mucho terreno sin labrar, dejando estéril por inexplicable desidia a unas tierras que, con poco mimo, dan ahora óptimos frutos a quienes se fueron al Orinoco con la bella idea de volver y adquirir propiedad en el solar nativo. ¡La Patria chica no es otra cosa que eso! Y de camino, quieras que no, se engrandece la Patria grande, como diría el Hidalgo de Tomaren.

En Tomaren, que está al noroeste de La Florida, experimenta uno la sensación de oír las apasionadas pulsaciones de Lanzarote. Los topógrafos afirman que Tomaren es el "corazón de la isla", y los campesinos convencerán al viajero que aquí están ubicados los más fecundos terrenos de Lanzarote, como si con ello se quisiera demostrar que tales tierras son carne viva del corazón insulario. ¡Qué cosas bonitas y raras hace el Creador, porque a nuestra isla le da un gran corazón excepcional, pero a la vez lo martiriza y acogota rodeándolo de infiernos y purgatorios por todas partes. Todo lo que es Tomaren está invadido de lavas, cuyos lastrones ciclópeos dan la dramática figura de un pueblo primitivo, desolado por una catástrofe.

Hubo un ilustre solterón de todos conocido, como el famoso don Quijote y a quien llamaban el Hidalgo de Tomaren, persona de sanas costumbres, campesino cien por cien, y de un gran sentido del humor. Su nombre de pila fue, a principios del pasado siglo, don Domingo Rocha, atildado, ceremonioso y amigo de responder a todo con sus clásicas agudezas. En cierta ocasión las hermanas Martínón, en Arrecife, dijeron al verle: "Ahí viene el señor marqués". Don Domingo, ni corto ni perezoso, rápido como una ardilla, respondíolas: "Si marqués no soy, si tengo bien acreditado mi título de varón". En otra ocasión, días de carnestolendas, las tales hermanas (5) de don Manuel Martínón, viendo llegar al "Hidalgo de Tomaren" vestido de pescador, dijeron en voz alta: "¿Qué, pescando besugos?" Don Domingo Rocha, pasó entre ellas, muy digno y diciendo: "No, porque con carnada vieja nadie pica". Don Domingo Rocha, siempre tuvo su casa abierta para el menesteroso y su muerte fue muy sentida en Lanzarote.

Caminando hacia El Peñón del Indiano (6) vese al Norte los lomos de Camacho, todos ellos dedicados al labrado, y hacia el Oeste la montaña de Chibusque, acá del volcán de Tisalaya, adonde va uno con la ilusión de barzonear por Cueva Palomas (7). Es este panorama bastante horizontal, y en él predominan los tonos amarillos, aunque en la lejanía todo sigue sugiriendo profundidades infinitas. Cuando el viajero llega a Cuevas Palomas hace la señal de la Cruz, y de un salto se cuele por una de las dos bocas que conducen a su galería principal, que ya no se interrumpe hasta los trescientos metros de andadura subterránea. Remirando esta curiosa caverna se reconocerá cuanto ha dicho la tradición, o sea, que por aquí han habido en otros tiempos diversos pasadizos, y que permanecen ocultos debido a sucesivos desprendimientos de la bóveda.

(5) Estas dos señoritas, entonces, tenían bastante edad.

(6) El Peñón del Indiano consiste en una aglomeración de grandes peñascos lávicos que forman una especie de gruta, en la que incrustaron más tarde unas gañanías y casa señorial.

(7) El Dr. E. H. Pacheco, la llama "Cueva de los Naturalistas", y dice de ella que "hacia los bordes de la bóveda ha escurrido por el techo la lava fundida y formado singulares estalactitas, algo más delgadas que un lápiz ordinario, largas desde 10 a 25 centímetros, y terminadas frecuentemente por un modo de tirabuzón, que acaba en punta. Debajo de cada una de las singulares estalactitas existen en las aceras, junto a las paredes, estalagmitas de 8 a 12 centímetros de altas, y de 2 a 4 de grueso cilíndrico o ligeramente cónicas".

Este escondrijo del subsuelo, con mucho estiércol de paloma, podría ejercer gran atractivo en las personas aficionadas a la caza de las colúmbidas, porque ahora revuelan por ahí, al rededor de las paredes carcomidas, para salir en grandes bandadas hacia la sala enorme que tiene boca al exterior. Por donde quiera aparece un nido, bien con pichones o con huevos calentitos. Cueva Palomas habla a la imaginación del viajero, y le cuenta la epopeya del volcán de Tisalaya, haciendo de su tragedia un magnífico canto poético. Por eso, y por todos sus naturales encantos, es necesario un serio estudio turístico de Cueva Palomas, para abrirla a los ojos del mundo.

Dejando a trasmano esta Cueva Palomas, llega uno a la carretera que va hasta el Peñón del Indiano, que está al pie mismo de la esmerilada montaña de Tamía. De un sitio para otro hay palmeras enauas, con palmas abundantes y despeinadas, que silban cuando la brisa las entrecruza. Hay especieros de vivos colores, y hay eucaliptus, viñas y labradías.

Llegar al Peñón del Indiano y conocer su historia peregrina es cosa unísona e imprescindible, porque no faltará chico ni grande que no se apresure a contárnosla. La casona del Peñón del Indiano está incrustada, como molusco en su concha, a una roca enorme llena de líquenes y euforbias. Hay quien compare al Peñón del Indiano con el clásico monte de Tracia, donde según la fábula se celebraban las bacantes. Al parecer, en este Peñón lanzaroteño también se ofrecían misterios al dios Baco, haciendo de la orgía y del malvasía consuetos elementos de las ceremonias al pagánísimo dios. ¡Qué bacanales ininterrumpidas, qué asados de lechoncillos, y qué adobos de cabritos recién nacidos! Entonces, durante el pasado siglo, el dios de la vendimia tuvo en el Peñón del Indiano sus fiestas dionisiacas, siendo su principal sacerdote el dueño de la casona que si no se coronaba de pámpanos sí concitaba al vino y a la carne, con menosprecio del verdadero Dios y desprecio del menesteroso.

Un día de 1896 se presentó Marcial Borges en Lanzarote, hecho un auténtico criollo, no sólo por sus modales y habla, sino por su indumento, su guayabera, su jipi-japa, y su inseparable veguero. Llegó Marcial Borges desposado con una negra rica, y ancha, vieja, pues casi le doblaba la edad cuando él contaba veinticinco años. Enamoriscada la negra, le autorizó para que adquiriera alguna propiedad en su tierra, por lo que Marcial dio la voz... Efectivamente, Marcial Borges, por comprar tierras lanzaroteñas compró el Peñón, pero aconsejado seguramente por Satán lo registró a nombre de un amigo, nada más que con la intención de darle el zarpazo a su costilla de color tan pronto regresaran a La Habana. Retornó el indiano, con su aburdante señora, a la isla de Cuba, y en agosto de 1898 se presentó de nuevo en su propiedad insular, que ya era conocida por "el Peñón del Indiano". Marcial Borges había, tal como se lo propusiera, abandonado a su mujer para venirse a su país y disfrutar él solito del Peñón, pero como donde las dan las toman, Marcial Borges se quedó sin negra y sin finca. Aquel a quien él confiara el Peñón, registrándose a su nombre (8) le dio tan fuerte bufido que el pobre indiano casi muérese allí mismo. "Tú aquí, Marcial, no tienes nada". Estas palabras lo volvieron loco...

Todavía la sombra de Marcial Borges vaga por los alrededores del Peñón del Indiano, haciendo cabriolas, tal vez de remordimiento, por abandonar a su cónyuge de ébano, o tal vez por no haber podido disfrutar de su malhadado Peñón... ¡Tiempos pasados...!

(8) No es del caso su anotación.

TIAGUA

CAPITULO XLIII

Del pueblo de Tiagua y de su pasada grandeza comercial, de las erupciones volcánicas de 1824 y del clérigo don Luis Duarte, del heroico Alcalde Mayor, don Ginés de Castro y Alvarez, y del inédito "diario" de don Baltasar Perdomo.

Desde el Peñón del Indiano hasta la población de Tiagua hay poco más de dos kilómetros, distancia que se cubre con bastante entusiasmo y amenidad, ya que el paisaje comienza a mostrarse más real y menos despojado de su propia riqueza. Bien es verdad que no corren por aquí aquellos hilillos de agua (1), los cuales acaso dieran el topónimo al lugar. Mas no es mentira si se afirma que el suelo de Tiagua no se rinde porque ahora el agua tarde en bajar desde los cielos. ¡Qué cielo impávido éste de por aquí! ¡Qué dolor y qué alegría ver árboles que sobreviven a pesar de andar muertos de sed, siempre con agónica existencia, mientras sus raíces se abren camino debajo de extensos mantos de escorias...! Y es que causa sorpresa esta vegetación indómita y a la vez escasa, con palmeras arqueadas y frondosas, que aprovechan minúsculos pedazos de tierra para crecer por encima de bulbosas chimeneas y típicas azoteas. Son peculiares de Tiagua los antañosos especieros, que se empeñan con singular desenfado contra los alisos, y a los que no ceden un ápice de victoria. ¡Qué soberbios y seculares personajes son en Tiagua el árbol y el viento!

Tiene Tiagua un caserío pintoresco, diverso y lleno de raras mezclas arquitectónicas. Algunas de sus casas muestran todavía los vestigios de su pasada grandeza comercial, pues durante todo el siglo XVIII y gran parte del XIX fue Tiagua la más importante despensa que Lanzarote haya tenido en dicho tiempo. El comercio de los Cabrerías (2) suministraba, ni más ni menos, a la totalidad humana de Lanzarote, "trust" que se vino abajo debido al auge que toma el Puerto del Arrecife a partir de mediados del siglo pasado, absorbiendo de la noche a la mañana todo el comercio insular, para transformarse en aorta del intercambio con los barcos, cada año más numerosos, procedentes de ultramar. Por aquellas calendas, Tiagua se agenció semillas de la maravillosa planta que fumaban los indios caribes, según dijera Colón, y de tal modo se prodigó el nuevo cultivo en Tiagua que, donde llaman El Patio, la cosecha de tabaco no sólo fue abundante sino, además, de exquisita calidad (3). En esta hora, pues, comienza la historia del tabaco lanzaroteño, aunque resulte inexplicable el abandono que hizo Tiagua acerca de tan óptimo cultivo, sin que diera mayor impor-

(1) En 1590, Torriani, vió "pequeños ríos donde los naturales llamaban Tiago".

(2) Así fue conocido el "monopolio" de Tiagua.

(3) Según afirma el recaudador del tabaco, en 1845, la primera cosecha registrada en Tiagua fue en este año.

tancia a las calidades y abundancia obtenidas de las incipientes plantaciones. Solamente casi un siglo después, indios llegados de Cuba reanudaron la creación de tabacales, para cuyas especiales labores traían sobradas pericias adquiridas en los plantíos habaneros. Los resultados fueron, en extremo, ubérrimos y las solanáceas se multiplicaron por la insulana tierra con igual rapidez que los ortópteros africanos, esos voraces *Djerad el arbi* que tanto inquietan a Lanzarote.

Tiagua, sicológicamente, resulta un tanto inexplicable, pues en su ánimo palpitan vivas tradiciones, abolengo y rancio, muy ponderadas. Porque la gente de Tiagua es de nobleza intachable, con grandes excelencias de pro, sin "contra" alguno, y de un acusado individualismo como si estuviera superdotada de definitiva conciencia acerca de su peculiar personalidad. En Tiagua cada quisque se distingue de cada cual, a lo Unamuno, sin que eso quiera decir que entre ellos existan asomos de antagonismo o de ficción social.

En Tiagua se trabaja la tierra con verdadero amor, con responsabilidad y con tesonería inigualables, porque saben muy bien que tienen que velar, por lo que Dios les da, a través del mismo tamiz con que el Creador alimenta a los pajarillos, que como los tiaguenses carecen asimismo de acequias y embalses. Mas, en rumbo y manga ancha, Tiagua siempre destacó sobre los demás pueblos insulares, ya que solamente Tiagua puede mostrar, como único y famoso, su índice de "sociedades" de recreo, que no fueron dos ni tres, sino muchas más, donde bailó lo mejor con lo más hermoso y tierno de la isla. Frecuentar las "sociedades" de Tiagua era, entonces, imprescindible signo de distinción, por lo que en ellas siempre se concitaron las recuas más endilgadas...

Hay en Tiagua una cueva que llaman de Los Majos, donde es tradición que los pastores aborígenes hacían sus majadas. Poco se puede contar acerca de este primitivo reducto, porque el acceso resulta imposible y anda casi sellado dentro mismo del Cortijo del Patio, carretera de Sóo arriba, hacia Muñique y Las Calderetas, caseríos éstos muy diseminados y paupérrimos que, como los árboles de por aquí, agonizan sobreviviendo en los eriales de Timbaiba (4).

La ermita de Tiagua se alza en una explanada que mira al desierto de Sóo, con fondos cerúleos, donde asoman las islas menores y el risco de Famara. Es una construcción sencilla, del siglo XVII, con baja barbacana y espadaña humilde, en la que se venera a Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, en torno a la cual cada 9 de septiembre se reúne porción de romeros, con sus exvotos, bellos exponentes irrevocables de la fe y tradición seculares. En la ermita del Socorro (5) existe una lámpara-araña de plata repujada, artísticamente valiosa, pues por sus formas y originales filigranas, del siglo XVI, merece ser calificada como joya del arte de la orfebrería.

Las últimas erupciones volcánicas sucedieron en Tiagua, donde reventó el suelo que gozaba don Luis Duarte, clérigo propietario de más de medio pueblo y parte de otros colindantes. El cura Duarte había extendido su hacienda por el Real Camino de Teguisse, en Tao y en Mozaga, aunque su principal cortijo tenía entronado sobre una montaña (6) que, el 31 de julio de 1824, explotó como una verdadera bomba, vomitando lavas y magmas de agua hirviendo asfixiando ganado y quemando cosechas... Pero, de estos sucesos da cumplida cuenta un testigo presencial, don Baltasar Perdomo (7), cuyo "Diario" es hoy

(4) Nombre igualmente dado a la montaña que domina dichos eriales.

(5) Esta ermita se reformó en 1898, por cuanta de los vecinos don Sebastián Velázquez, Amaro Rivel, Víctor Cabrera, Francisco González Brito y Luis Beltrán Tocibio.

(6) Del clérigo toma su nombre actual, y fue visitada en 1870 por Fritsch, que la dio a conocer.

(7) Párroco que fue de San Bartolomé (Lanzarote), cuyo "Diario" titula "Notas del volcán reventado en la isla de Lanzarote, 1824, por el testigo ocular don Baltasar Perdomo".

por hoy el más veraz perpetuador de aquellos acontecimientos, si bien todavía no muy divulgados (8). El "Diario" de don Baltasar parece que fue escrito en la Real Villa de Teguiise, porque la vieja capital de la isla es referencia continua desde donde se observan los fenómenos consuetos a las erupciones.

"Reventó el volcán en la isla de Lanzarote el día sábado, 31 de julio de 1824 siendo Alcalde Mayor de esta Isla el Capitán don Ginés de Castro y Alvarez" Consigna el cronista que desde 1813 se han registrado pequeños terremotos, "que aunque no fueron continuos cada año, no dejaban de advertirse más o menos, ya en unos pueblos, ya en otros, y con especialidad en los parajes de El Grifo, Mozaga, Tao y Villa". Pero, por más detalle, don Baltasar Perdomo dice que dos días antes de la erupción, "el día jueves 29, a las cinco de la mañana se advirtió un terremoto en muchos pueblos de la isla, aunque su movimiento no fue muy grande. El día 30 se oyeron igualmente porción de movimientos subterráneos, así en el día como en la noche, y en la misma se ha visto por los vecinos de Tao que hubo grandes porciones de *exalacioncitas*, o fuegos pequeños, que parecían relámpagos rastreros, y por la mañana en las inmediaciones de la Casa Cortijo del presbítero don Luis Duarte, algunas pequeñas endijas en la tierra, como asimismo en las inmediaciones del camino que viene de Tiagua para esta Villa, y algunas grietas notables, y un movimiento en la tierra como que hervía; todo lo que repararon algunos caminantes; y el día sábado, 31, a las 7 de la mañana se ha visto desde esta Villa Capital, a una legua de distancia, así al poniente y inmediato al citado camino que va de esta Villa al lugar de Tiagua, en los terrenos de la Capellanía que goza el Presbítero don Luis Duarte, en una peñita que estaba detrás de las expresadas casas del dicho presbítero, se levantó un remolino de improviso, que suspendió la tierra en figura de una bomba a manga de agua, y enseguida salió de dicha peñita una columna de humo recto y con violencia; sucesivamente se observó lo mismo en otra peñita más al Naciente e inmediata al citado camino, de la cual principió a salir una columna de fuego y vomitar lava, la que corría así al Naciente y dicho camino. Al momento se advirtió que era un volcán, y el señor Alcalde Mayor dispuso que se tocara generala; se tocaron las campanas de la Parroquia en señal de fuego y se dispararon del Castillo de Santa Bárbara los tres cañonazos de señal de alarma general, para que se reuniesen todos los naturales al socorro de los lugares inmediatos al volcán; mandó al momento que pasara a aquel paraje el Caballero Regidor decano don Antonio Barrios, a reconocer el nacimiento de dicho volcán y sus progresos, y al mismo tiempo para que auxiliara con gente a los lugares cercanos que más lo necesitasen; en efecto cumpliendo con su deber regresó y dio parte de que el volcán se dirigía... A las ocho y media el comisionado civil del lugar de Tao, ha dado parte de que a eso de media noche se sintió un gran temblor en aquel lugar, y que continuaron 4 ó 5 menores; que el humo es menor, sin embargo, que sale por cuatro bocas, pero el ruido solo se advierte más que otros días, en las dos horas que votan el humo, más al Naciente. El Alcalde trató de averiguar de algunas personas del lugar de Tiagua, y aseguran en cuanto al humo y al ruido, pero no los temblores, que no los han advertido, a pesar de tener guardias a las inmediaciones del volcán. Continuó todo el día exalando el humo, con la variedad solamente de más o menos porción, más cargado y más claro, y llegó la noche con los mismos términos, pero ha manifestado el Presbítero don José Pérez (9) que muy cerca de las nueve hubo de advertir un temblor muy perceptible; continuó la noche y a la ma-

(8) El Dr. E. H.-Pacheco publica en 1909 una copia del manuscrito original, que poseía don Tom's Lubary González.

(9) Cura ecónomo de Tao-Tiagua.

drugada, a eso de las tres, se ha visto desde esta Villa el mismo resplandor que otras veces. Amaneció el 7 y siempre el mismo humo un poco cargado, pero blanco, y a las siete ya era menor la porción; todo el día continuó así y sin más novedad que algunas alteraciones en el humo de más o menos porción, pero con buen aspecto porque era blanco, y a la tarde disminuyó un poco y entró la noche sin ninguna novedad ni progreso”.

Desde el día ocho de agosto hasta el diecinueve, al parecer, todo continuó sin mayores alteraciones, pero en la mañana de este último día “salía con más abundancia y cargado, arrojando grandes porciones de piedra menuda, y éstas y el humo por solo una boca y así anocheció. Amaneció el 20 el humo cargado y húmedo, y en grande porción y siguió arrojando algunas piedras volcánicas, pero lisas en figura de callados pequeños, y siguió todo el día sin otra notable novedad hasta la noche”.

”El día 21 amaneció el humo en los mismos términos y con la propia pesadez, y siguió así hasta la tarde que se puso más cargado; y a eso de las cinco abrió algunas grietas en la superficie de la degollada que forma las dos montañas del medio y poniente, por cuyas grietas echaba algún humo y se oyeron algunos golpes o tumbos en el interior o concavidad, que se hicieron muy notables, y con esta novedad anocheció. El día 22 amaneció con abundancia de humo cargado y fétido y a las siete de la mañana principió a echar agua con alguna abundancia por las nuevas grietas y por otras que se abrían, la cual se dirigía o bajaba de la citada degollada por la parte del S. en cantidad que las piedras, arena y cascajo de que es formada la montaña volcánica no era bastante para absorberla e impedir que corriese, pero, sin embargo, no fue tan abundante que pudo retirarse de la falda sin ser filtrada o consumida de las arenas. El Alcalde pasó al volcán y examinó personalmente todos los efectos del agua y encontró que es demasiada salada, y según puede comprender juzga sea producida por los efectos del mucho vapor, pues habiendo subido a la grande boca o caldera por donde sale la grande columna de humo y algunas piedras menudas ha visto que ésta está muy bien formada, redonda y en figura de una media tinaja, muy igual sus paredes, y que el continuo batir del humo en ellas le hacen echar por todas partes a su alrededor bastante agua que volvía a caer dentro, y que por la parte norte también escurría alguna agua que volvía a consumirse en la mucha lava que tiene a la falda, y observó también que por muchas partes de la superficie de la montaña salía humo y de él mismo, agua en más o menos cantidad según que el humo salía porque las montañas estaban por lo más alto cubiertas en parte de diferentes colores, como un campo de yerbas floridas (10), y en algunas partes unas grandes grietas por las cuales es imposible pasar; que hizo llenar unas botellas en las mismas grietas, del agua que salía, para remitir a Santa Cruz y a Canaria, bien lacradas, para que hiciesen experimentos químicos, y se retiró a la puesta del sol dejándolo en los mismos términos y que el humo así a la parte por donde el viento lo lleva arroja un rocío de agua que deja el campo muy mojado y que dicho humo y rocío tiene muy mal olor, semejante al humo de la pólvora no muy nueva”.

Según afirma el excepcional informador, los días del 23 al 28 de agosto transcurren sin mayores acontecimientos. “El 29 amaneció cargado sumamente el humo, nada de agua, la montaña muy disminuída que se habrá reducido por la parte del S. a dieciséis varas de alto, mostrando por todas partes hendiduras, por las que el fuego se deja ver”. Dice don Baltasar Perdomo que los días 30 y 31 de agosto, al 28 de septiembre, decrecieron las manifestaciones eruptivas, pero que “el día 29 amaneció el humo en mayor porción que ayer y a eso de

(10) Frase impagable en medio de la tragedia.

mediocía se oyó un grande ruido hacia la parte media de la isla, sobre el poniente y una grande explosión y sin haber precedido terremoto, temblor ni otra señal, se presentó una nueva erupción (11) asía la parte entre el pueblo de Tinajo y el de Yaiza, cuyo humo se advirtió en el puerto del Arrecife. Como a la una del día, el Alcalde sin saber el sitio o paraje de dicha erupción se puso a caballo y guiado del objeto del humo continuó su camino habiendo transitado por los volcanes antiguos cuatro y media leguas próximas, y llegando a las inmediaciones de dicho nuevo volcán (12) reventado el 31 de julio, estará así al poniente de éste, cosa de tres y media leguas a cuatro próximas; que su caudal e impulso es igual como el otro, pues aunque hasta esta hora no se habían manifestado sino sólo tres bocas, arrojaba por ellas tanta porción de piedra inflamada, y lava líquida que excedía su porción al otro, con un ruido tan tremendo que es mayor que el que hace el mar cuando está muy violento y embravecido y que sus olas chocan contra alguna roca que tiene concavidades; que forma una columna de humo, piedras y arena que se eleva a las altas nubes, y la arena cae a distancia de tres leguas; que la lava corre con mucha violencia como si fuera brea o plomo derretido. Este nuevo volcán ha reventado en medio de un islote (13) que quedó sin ocupar por la lava del que reventó el año de 30 del siglo pasado, en un espacio de terreno que no habían ocupado las montañas que formó el citado antiguo volcán, en medio de dos cráteres de él, en el paraje que llaman vulgarmente Montañas Quemadas o Montañas del Fuego, a distancia de un cuarto de legua al poniente de una montaña que llaman Tingafa y paraje de Los Miraderos; como tres cuartos de legua al N. de Yaiza, quedando entre este pueblo y el nuevo volcán una cordillera de montañas que llaman del Fuego o de las Alcaparrosas; reventó en una montañetita que nunca fue abierto cráter en ella, pero conservaba algún fuego, tal que por alguna advertura le entraban palos y salían quemados; esta montañetita estaba cubierta la mayor parte de tierra y arena y criaba algunos o muchos arbustos y especialmente ahulagas y de ella se sacaba tierra colorada o almagre. Hasta ahora la dirección que toma la lava no menaza perjuicio a pueblos, por cuanto corre por el Norte a pasar y unirse con la lava antigua (14). El Alcalde se retiró después de noche y llegó al Arrecife a las once de ella, dejando aquel nuevo fenómeno con ruido muy espantoso, aparecido a los 60 días de haber cesado el anterior. Mirando de la parte de su naturaleza, su situación se halla en más de tres cuartas partes de la isla, caminando de nacimiento a poniente o longitudinal. El día 30 el nuevo volcán con sus espantosos bramidos tiene atemorizados a estos habitantes, pues su grande ruido o llamarémoslos truenos continuos más fuertes y resonantes que los de la mayor tempestad cuando está muy próxima y en la mayor fuerza, pues a diez leguas de distancia se oían tan terribles que impedían el reposo. El 1.º de octubre el volcán sigue con la misma bravura y aún más que ayer; sus fuertes bramidos, la elevación de la columna de humo, fuego, arena y piedra que llega a las más altas nubes, el vomitar continuamente lava líquida que corre por tres partes y el terror y espanto trae consigo semejante

(11) El 17 de febrero de 1960 fue identificado este volcán por el geólogo don Telesforo Bravo, quien dice que se trata de la montañeta El Cuervo, que está a la derecha del recodo que sube hacia el Islote de Hilario.

(12) El alcalde de Tegüise, 1825, afirma que "este volcán ardió como 18 horas, los demás días sólo hizo aparatos y amenazas".

(13) Islote de Hilario.

(14) El alcalde de Tegüise, 1825, asegura que "el 29 de septiembre reventó en el mismo año de 1824 el segundo volcán, cerca de las Montañas del Fuego, con tanta fuerza que su lava llegó al mar y retiró las aguas 200 brazas por el charco de Las Malvas, hasta el 4 de octubre, sepultando el Mojón de Mazo, Lomos Altos y a la montaña Vermeja".

fenómenos, tiene a todos sin tranquilidad en tal estado que cualesquiera nube que se presenta encima de una montaña, cualesquiera cosita no acostumbrada a ver, todo parece una nueva erupción. Ayer se dejó ver en la parte del N. de la Isla y encima del Risco de Famara una nube formada por el viento nuevo del N. O. que a todos pareció una columna de humo, cosa que causó generalmente en el Pto. de Arrecife un sobresalto e inquietud que a las cuatro y media de la tarde se puso el Alcalde en caballo y marchó a examinar el sitio y habiendo llegado hasta Maramajo reconoció ser causa de una nube que se batía contra lo elevado del risco y salía para arriba en figura de columna de humo con lo que se retiró después de tres leguas de camino y llegó al Pto. a las 9 de la noche".

Durante los días siguientes, dice el cronista, la erupción aumenta y el viento arrecia sobremanera, y que el 4 de octubre "la lava continúa, introduciéndose en el mar, saliendo a las orillas porción de peses muertos, mariscos y demás, que la mar arroja medio guisados porque se calentó en tal extremo el agua que estaba demasiado caliente para un baño. El día 5 el Alcalde Mayor de la Isla decidió reconocer nuevamente los efectos del volcán, cabalgando su caballo, a las seis de la mañana, y a las 5 horas de camino, continuando atravesando volcanes del siglo pasado casi intransitables, llegó al paraje de la orilla del mar en donde entró el volcán (15). A las once del día ya había cesado de correr, pues aquella noche a las doce dejó de dar bramidos y concluido la grande columna de fuego, y un paisano le dijo que hasta esta mañana arrojaba algún vómito de lava; calculó la distancia del volcán visible que está descubierto e introducido en el mar y puede tener 400 varas adentro desde la orilla de la playa sin poder decir el que pueda haber cubierto con la mar. El Alcalde intentó salir a la punta del volcán y dijo llamarse la Playa del Islote de las Tabaibas (16), ésta está al O. de Punta Gaviota y al N. de la Montaña Blanca de Perdomo, al E. del Cochino, más cerca de Tenesar". Comenta el impagable don Baltasar que los ruidos fueron menos durante los días del 6 al 15, pero que el 16 por la mañana "el volcán de 31 de julio echó algún humo y el último de 29 de septiembre que no echaba ninguno arrojó una grande porción que hizo un grande ruido, se quedó uno y otro pasivo y todo en silencio sin más golpes subterráneos ni movimientos, pero después de anochecer, como a las seis y cuarto, hizo un grande estrépito y se presentó al mismo tiempo una nueva erupción con una grande columna de fuego tan recta y elevada que tenía iluminada toda la Isla, superando las grandes montañas que podían hacerle sombra y con unos bramidos tan terribles que a pesar de estar acostumbrados a oírlos los de los volcanes anteriores atemorizaba a los naturales; se advirtió a un propio tiempo de todas las partes de la isla, y el Alcalde desde la Villa demarcó el sitio en donde se presentó, y se conoció que estaba así el paraje del otro de 29 de septiembre, más o menos lejos porque le impedían las montañas a ver su nacimiento, y que formaba dirección de naciente a poniente con el de 31 de julio. Esperó por los partes, y en efecto el Alcalde de Tinajo y otros comisionados cumpliendo en esto con su deber, pero ninguno aseguraba el paraje en que reventó. En esta incertidumbre y que uno de los partes decía que juzgaba que era en Los Rostros de Mesa. jurisdicción de Tinajo, inmediato al lugarillo de Tinguatón, el Alcalde se puso a caballo saliendo de la Villa a la una de la noche acompañado solamente

(15) El Dr. Haussen, en su mapa geológico de Lanzarote hace desembocar por la Punta del Roncador las dichas lavas: "On the Geology of Lanzarote", 1958. Pero don Telesforo Bravo lo rectifica en "Diario de Las Palmas", 23-2-60, diciendo que desembocaron por la playa de Las Malvas, a unos dos kilómetros al norte del lugar indicado por el sabio filandés.

(16) En la actualidad playa de Las Malvas.

de un agualcil y caminando a la claridad de la iluminación del volcán, cuatro leguas próximas más que menos, llegó a Los Rostros de Mesa a las tres de la mañana, desde donde conoció que el volcán en su nacimiento no hacía estragos ni ofendía poblado; allí se apeó porque el tránsito con la noche no era muy fácil y encima de una peña sentado, solo y sin oír más viviente que el resuello del aguacil que dormía y el caballo que tenía a su lado, hasta que al alba del día 17 se presentaba que volvió a poner a caballo y siguió el tránsito de Los Rostros de Mesa, y ya de día encontró en aquellos parajes al Alcalde de Tinajo con mucha gente que también observaba la dirección de la lava. Localizado el nuevo cráter éste apareció en medio de una gran espacio de lava del siglo pasado, sin haber allí ni loma ni peña, a distancia de tres cuartos de legua aproximado del cráter que formó el de 29 de septiembre último, al naciente de él, como un tiro de fusil de la Montaña Coruja, S. O. de ella, al N. del parage de la Geria... que tiene un grande cráter y tres pequeños, que vomitaban mucha piedra inflamada y arena, que había formado tres brazos de lava, uno al naciente, otro al poniente y otro al N., que la caldera que había formado estaba llena de un líquido que subía y bajaba como inflamado... A las dos de la tarde ya había disminuído el humo en parte y siguió así hasta cosa de las cuatro y media que principió a salir de aquella caldera y por la misma parte que salió la lava, un torrente de agua tan fuerte e intrépido que desocupó en poco tiempo la gran pared o atajo que formó la piedra y quedó libre en curso, dirigiéndose según el mismo volcán al N. por este mismo; el agua de color de lejía corría tanto que otro volcán no le servía de obstáculo, dejando a todos con admiración y espanto al ver reemplazado al fuego con agua..." (17).

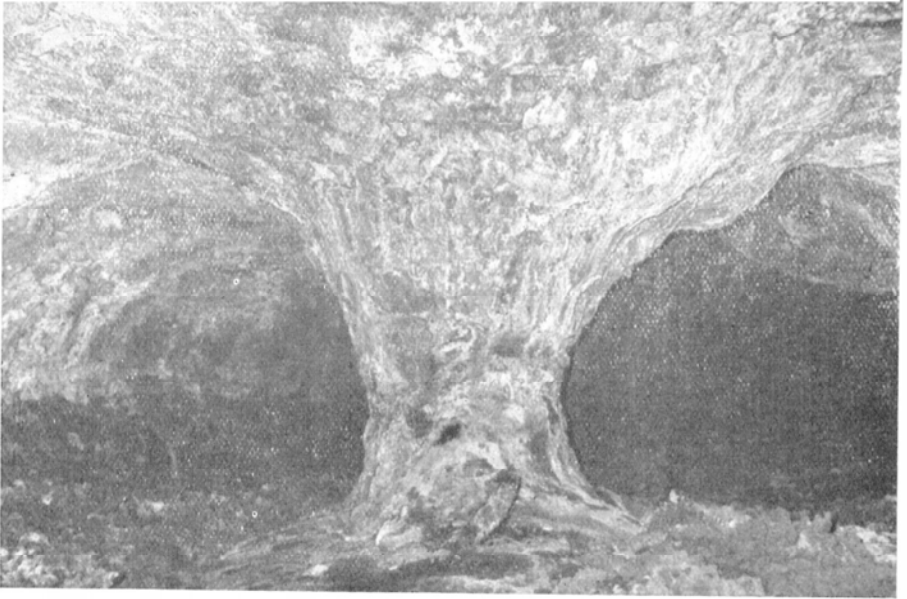
A partir del día 18 hasta el 21 el fenómeno de las potentes mangas acuíferas se sucede, y durante los cuales el eximio don Ginés de Castro y Alvarez, no cesó de cabalgar y auxiliar donde fuera menester. El Alcalde Mayor fue todo un héroe, un hombre de pro, no solamente por su gran valentía y decisión, sino además por su extraordinaria humanidad como lo prueba aquel gesto suyo de entregar sus caudales para que se adquiriera el suficiente trigo con que aplacar el hambre de principios del siglo pasado, y que tantos estragos hizo en esta isla (18). Don Girés de Castro y Alvarez fue un tipo hercúleo, de gran resistencia física y alma tesonera, como bien puede deducirse después de haber leído el "Diario" de don Baltasar Perdomo. El Ayuntamiento de Arrecife ha inmortalizado su nombre dándole a una calle principal de la capital de la Isla.

Digamos por último que estas erupciones de 1824 cesaron definitivamente a finales de octubre del mismo año, volviendo la paz y la tranquilidad hasta nuestros días.

La estela de los volcanes constituyen en Lanzarote un gigantesco monumento a Selene, tan peculiar y tan lleno de angustia, que por buena voluntad que se tenga no es para descrito, sino para visitado, y en él, con la vista perdida, meditar la existencia terrenal del Infierno...

(17) El ilustre geólogo don Telesforo Bravo está completamente de acuerdo en estas expulsiones acuíferas, y afirma que proceden de grietas habidas en el subsuelo por donde penetraron las aguas del mar que, al hervir, buscaron salida por dichas bocas, como las de Tinguatón, que tiene tres.

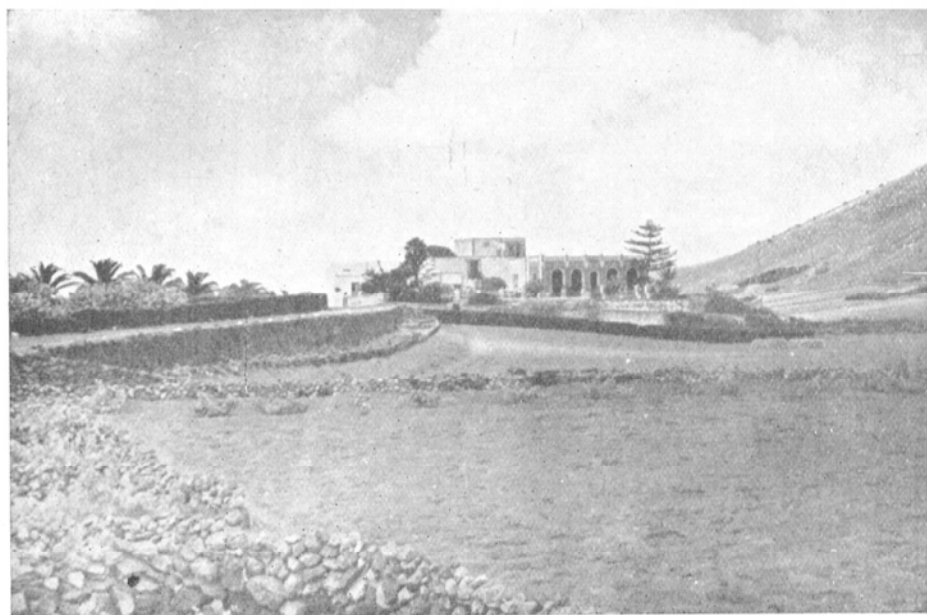
(18) Durante el "Año del Hambre", dice el alcalde de Tegüise que "apareció muerto detrás de La Mareta un mozo con un pedazo de cuero en la boca, como si se lo comiera".



Un maravilloso pilar de lavas en Cueva Palomas, detrás del cual se bifurcan dos espectaculares galerías.



Elafiligranado exorno de las estalactitas y estalagmitas en Cueva Palomas constituye un atractivo de rigor científico.



Casona del Peñón del Indiano, al pie de la vieja montaña de Tamia.



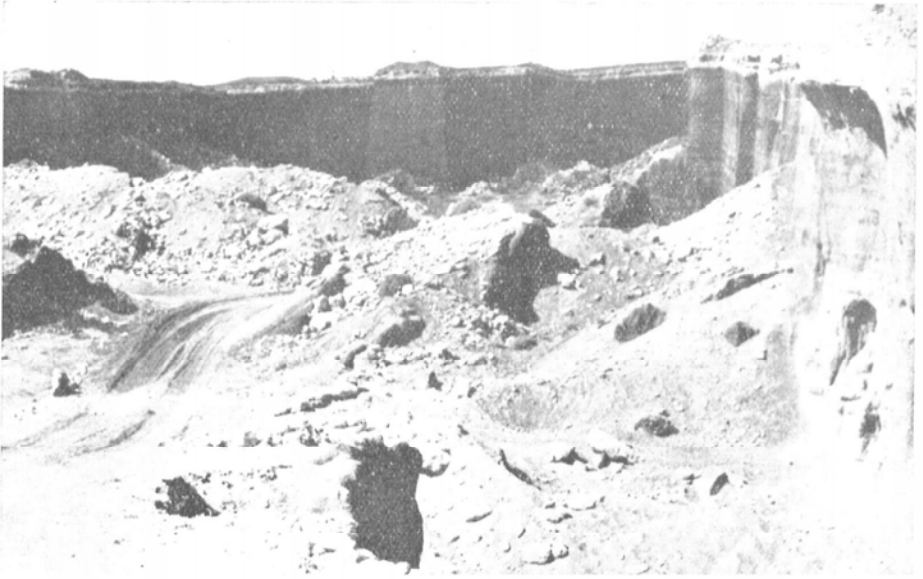
Lavas cordiformes en las inmediaciones del Peñón del Indiano.



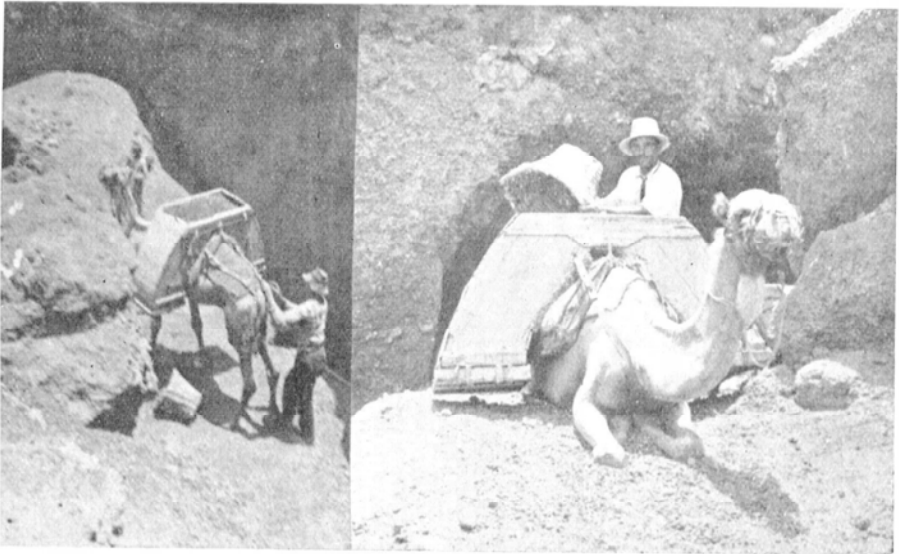
Ermita de Tiagua, cuya lámpara es una joya de orfebrería.



Recolección de arvejas, célebres por su sabor.



Rofero de Tao. (Obsérvese en la cima la figura humana).



Meses y años supone enarenar una finca a base de cerones.

T A O

CAPITULO XLIV

Del laborioso y ejemplar pueblo de Tao y de las imborrables huellas del P. Claret, del San Andrés atribuido a Luján Pérez y de la singular belleza de sus mujeres.

Para hacer una buena entrada en Tao hay que aguardar esa hora imprecisa en que despierta la mañana, porque así contemplará el viajero a la divina escoria del Clérigo Duarte recostada, entre gasas difusas, como si esperase hacer ahí mismo nuevas nupcias con el sol... Este amanecer dorado sorprenderá siempre a quien temprano llegue a Tao, donde las luces primeras parecen tener perezosos bostezos y gran honestidad... Hay quien afirma que este paisaje de Tao está purificado, no ya por el fuego de su volcán, sino por las predicaciones que hiciera San Antonio María Claret el día 22 de marzo de 1849, durante las célebres misiones organizadas por el Obispo Codina y Augerola. El confesor de Isabel II recordaba, entonces, a los pobladores de Tao sus obligaciones para con las partes de los frutos que debían de pagar a la Iglesia, significándoles la sucesión de catástrofes acaecidas en la isla, en particular, Tao-Tiagua, pueblos castigados por erupciones volcánicas no ha veinticinco años (1), acontecimientos que el Padre Claret relacionaba con la poca atención que el pueblo prestaba a sus deberes para con la Iglesia. Ya el Obispo Dávila había implantado la misma fórmula, cuando en un edicto de 1735, relativo al modo de diezmar, trae a la memoria de los insulares las calamidades del volcán y de la langosta africana, "como castigo de Dios por la usurpación de los diezmos, o por el modo de abandonarlos, con muy poco temor de Dios".

Por eso, una vez evangelizado, Tao no volvió jamás a sisar un solo diezmo, y de su acendrada religiosidad conserva todavía el rezo del Rosario en comunidad, pasándolo un vecino desde un patio o cualquier portal, y a quien responden voces pías por todos los rincones. En general, forman agrupaciones en torno al que dirige el rezo, y en la paz de la tarde suena el soniquete monótono, sonnoñento y sin alma alguna. ¡Son las huellas del Padre Claret, que están calientes aún y continúan incubando religión en este pueblo de San Andrés! Porque Tao perdió, por algún tiempo, su primitivo topónimo para llamarse Lomo de San Andrés, como lo mencionan entre otros documentos las "Sinodales" de 1733, en plena apocalipsis insular. Un siglo después, comenzó de nuevo a llamarse Tao de San Andrés y, en la actualidad, Tao a secas.

Este pueblo tiene Las Vistas, preciosas por demás, desde donde el viajero puede admirar la soberanía que hay por los cantiles de Famara, con su escolta de islas, éstas parecidas a sueños de San Borondón, como si fueran ilusiones de espiritual sosiego y ternura. Se ve lejano al famoso Risco de Famara, debajo de

(1) Se refiere al volcán del Clérigo Duarte, que erupció en 1824.

un sol poderoso, como si la Luna durante la noche anterior hubiérale derramado encima parte de su luminoso vestido. Por el naciente, hacia Majapalomas, el pueblo de Tao tiene bien definida su divisoria agrícola, pues de mitad al norte son lavas de 1824, y de mitad abajo imperan los jabales distendidos, donde el hombre de Tao cultiva papas, batatas y jugosas sandías. Por el Norte tiene este pueblo sus viñas antiguas y sus nuevos enarenados, en medio de los cuales se alza la histórica cruz que conmemora aquella urgente "bajada" que hiciera 'Virgen de los Volcanes en 1.º de agosto de 1824, "para que apagara el volcán de la Capellanía". Hacia el Sur encontramos los Hoyos del Agua, con excelente tierra para cereales y legumbres, donde el paisaje deja de ser salvaje naturaleza para transformarse en libro que, pese a su modestia, contiene grandes enseñanzas... Cualquier parcela parece una página de ese libro, como si cada labrador de Tao se esmerara para ofrecer su sabiduría de la tierra a quien venga por aquí. A cada paso, el viajero se admira de lo bien amaestrado que anda el suelo, porque los trazos y picas de cada finca nos advierten, sin hablar, por dónde debemos caminar...

Al poniente de Tao, al otro lado de la carretera general, están los clásicos "roferos" y el flamante camposanto tñense, construido por los vecinos y a su propia costa. La fuerte religiosidad de Tao le ha hecho amante de las "honras fúnebres", y a éstas se aferra como entontecido por el "dies irae", aunque acaso sin entender bien la profunda amonestación de la jaculatoria (2). Porque a nadie puede honrar la purpurina, de plata o de oro, ni la coreografía tenebrosa que se derrocha en Tao, como si de tal culto a los muertos se tratara. No quieren convencerse los de Tao que el culto a los muertos es religión de paganos, pues como bien dice el agonizante canto del fraile todo será "in favilla", y entonces de nada valdrá habernos enterrado dentro de cajas estupendas...

De los "roferos" de Tao han salido y salen grandes volúmenes de arena para formar el "colchón" que actúe de capa protectora y regule por tanto la temperatura del suelo. Este sistema de enarenar las tierras ha dado en Tao suficiente riqueza. En tiempos no lejanos se efectuaba siempre el transporte de la arena a lomo de camello, dificultad que encarecía y prolongaba sobremanera la puesta en marcha de una parcela. En la actualidad, los transportes del "lapilli" se hacen con vehículos motorizados, resultando interminable la caravana de camiones que, a veces, se ve por estos caminos donde los enarenados experimentan un incremento importante, gracias a las facilidades con que cuentan los pequeños propietarios de alguna que otra maleza, y que en la actualidad han transformado en fincas ubérrimas (3).

Los hombres de Tao son de conducta intachable, ponderados, hombres de hogar y practicantes de la vida fraterna. El hombre de Tao siempre tiene dinero a mano, sabe "pintar" el dinero cuando hace falta, y acaso no sea fábula el que un vecino de Tao no gaste nunca un tercio de los caudales destinados a sus subsistencia.

En este pueblo se dan las mujeres guapas como en el Irán las amapolas, y como estas papaveráceas las féminas de Tao narcotizan a cualquiera el sentido. Según el viajero vaya haciendo su barzoneo por las incipientes calles de Tao verá que los postiguillos se abren, de abajo hacia arriba, para mostrar rostros académicos, fuertemente sonrosados, con vivos ojazos, con labios gruesos, húmedos y sensuales, amén de otras tantas magistrales insinuaciones... Mas no se crea que en Tao la belleza ande refñida con las labores

(2) De fray Francisco Tomás de Solano.

(3) Debido al amparo de la Ley de 27 de abril de 1946, de Colonizaciones de Interés Local, y del Decreto y Orden Ministerial de Agricultura de 7 de junio de 1949.

agrícolas, porque por aquí la mujer trabaja la tierra con afanes insospechados. Habrá que verlas ahí, en pleno campo, envueltas en ropas talares, en general, estampadas de vivos colores, sus caras ocultas por sendos pañuelos que, hábilmente, se anudan debajo de la barbilla, y tocadas por aladas sombreras de palma, al típico modo. ¿Y de tanta beldad qué ha quedado? Llegado el domingo tales mozas "enmascaradas" se despojan de sus falsos miriñaques para surgir en la vida festera de Tao con mucha más hermosura y garbo, porque por algo se traen consigo los ardores del sol y los aromas del campo.

Existe en Tao reminiscencias del patriarcado primitivo, pues por criterio exclusivo del más anciano los hijos del pueblo ocometen obras de diferente destino: unas veces fabrican la casa para un futuro matrimonio sin recursos, otras contribuyen económicamente para evitar la ruina de cualquier vecino y, las más, se entienden ellos solos en asuntos que competen al municipio. En Tao hay muchas cosas hechas pura y exclusivamente por sus pobladores, sin ayuda de nadie, porque ellos ni siquiera pensaron en pedir nada para llevar a cabo sus iniciativas. La pobreza-pobreza, puede decirse, no existe en Tao.

La iglesia de San Andrés fue hasta el otro día (4) nada más que humilde ermita, pero como andaba por el aire la posibilidad de convertir al pueblo en sede parroquial, los vecinos de Tao se esforzaron aunados para endosar al viejo cuerpo nueva nave, dándole así rango de "iglesia". Tiene esta iglesia una valiosa imagen de San Andrés, atribuida a Luján Pérez, que representa al mártir crucificado en un patíbulo a modo de aspa. La devoción popular la comparte San Andrés con el jefe de las Milicias Celestiales, San Miguel, según nos lo tienen explicado los Padres de la Iglesia. La imagen del bélico Arcángel no es de gran valor artístico, pero tiene la aguerrida postura de costumbre, o sea, oprimiendo el negro cogote de Satán con una pierna, mientras blande su espada, finita como un verduguillo del siglo XVIII.

El pueblo de Tao, laborioso y ejemplar, es como un símbolo del Cristianismo en Lanzarote, pues en su gente hay algo así como un himno permanente a la fraternidad en la tierra... ¡Son las huellas aún calientes del Padre Claret, huellas bien marcadas por los caminos de Tao! Acaso el apuesto San Miguel de Tao, con sus alas arcangélicas, aviente del pueblo todos los tufo del mal, que como tal polvo volandero podría, al caer, cubrir las hasta ahora imborrables pisadas claretianas.

Ya transponiendo este idílico pueblo vese en el paisaje formas fuertes, masas de flores rojas que cuelgan sobre las pircas, pero a la vez dichas formas se distienden como por fondos de gran desierto, con sopor aplomado, quizá hasta con raro cencientismo, pero que demuestra el gran amor y libertad en que viven los pobladores de Tao, verdaderos juglares en su escondite romántico...

(4) En 1958 se inauguró la nueva nave de la iglesia de Tao.

M O Z A G A

CAPITULO XLV

*De las "minas" de cenizas volcánicas y del pueblo de Mozaga,
de la Virgen de la Peña y de los velatorios a Santa Lucía, de don
Domingo Pérez Galdós y de otras cosas.*

Mozaga está enclavada hacia el este de la prehistórica aldea de Hainaguadez, bastión que luchó durante varios años contra las huestes franco-normandas, hasta que el volcán del Islole la sepultó para siempre. Mozaga, que debió llamarse Hainaguadez, se llama así de pura juventud.

Los pueblos que el viajero recorre por esta meseta central de Lanzarote forman verdaderas comunidades de intereses, hermandades efectivas de familias, vinculadas por territorio y por identidad de usos y costumbres. No ignoran entre sí sus respectivos problemas, porque los de unos y los de otros son paralelos y se presentan con iguales fundamentos y necesidades. Estos pueblos, como Tiagua, Tao y Mozaga, no tienen todavía personalidad jurídica ni constituyen por sí solos municipios, aunque se pasen la vida soñando el logro de sus respectivas autonomías y tengan el alma en vilo hasta poseer alcalde y párroco...

Desde Tao a la infantil Mozaga anda uno "descubriendo", a cada tramo, "minas" de cenizas, pertenecientes a viejísimas erupciones, ya sedimentadas, formando capas diversas que pueden contarse y distinguirse según se ahonde en la corteza terrestre. Es esa "sal gema" de Lanzarote tal útil a la tierra, cuyos óptimos resultados bien expuestos quedan si contemplamos los suelos, que ha poco eran eriales, transformados en fincas excelentes, capaces en buen año de rendir dos cosechas. Por aquí se ven "roferos" que son auténticos claustros de paredes complicadas, que si se mantienen a pesar de sus muchos metros de altura es por verdadero milagro, incluso burlando las leyes de la gravedad. Se admira el viajero, porque tales paredes son de minúsculos granos de arena, y bastaría el menor arañazo para que se formara un alud considerable y peligroso. ¡Cuántos campesinos han abonado con sus vidas el tributo que le exigen esas "minas"! ¡Cuánto luto en los hogares para alcanzar la fecundación, por mágica virtud de la arena, en las tierras estériles! Porque, a veces, en Lanzarote se muere el hombre para que reviva el suelo, como si el sacrificio humano fuera la pagana ofrenda exigida por la naturaleza, que sin dar mucho apenas da nada sin el previo regusto de tan crueles holocaustos. No se lucha en Lanzarote tan sólo contra la pertinaz sequía, que es agónica, ni en particular contra la turba de los alisos, que son constantes y diabólicos... En Lanzarote, se lucha además contra los mil inconvenientes que supone recubrir a las tierras reseca, de ese "lapilli" benefactor, con sus traiciones y crueldades.

Entra uno, pues, en Mozaga y en seguida se topa con la típica escena agrícola, porque sobre los paños verdísimos vienen recuas de pacientes dromedarios y borriquillos, los primeros arados en la cruz y los últimos con alforjas re-

pletas de fresca rama. El colorista vestir de las mujeres dulcifica la presencia cansina del labrador, cachorro bien calado y su invariable bardino. Todos regresan del campo... cada cual con su alegría, pero en las adelantadas orejas de los burros y en las ratoniles de los camellos, las narices bien abiertas, hay insoslayables muestras de contento porque saben la libertad que les aguarda tan pronto suelten los aperos en el alpende. El viento sopla sin merced a través de las escorias cordiformes, llanas y desarboladas, a no ser algunas higueras que parecen escapadas y se camuflan en medio de los grietas del volcán. Estos frutales antojan árboles huidos de sus agrupaciones, como si se negaran a vivir en comunidad, deseando tan sólo no dar de propia cuenta tregua alguna al escolo ni a los vientos. Así se explica que cuando las mozas acuden a la recolección, vayan embozadas, solamente visibles sus ojos entre la sombrera y el pañuelo.

A la vista de Mesa Honda, al mejor labrantía de Mozaga, tendrá el viajero la impresión de estar rodeado de tuneras "indias", que se alongan sobre el camino enseñando sus frutas silvestres, con forma de clásico trompo, y que tanto gusto y sabor dan a los pastorcillos cuando el tuno cardinal ruzuma. de puro pasc, su tinta halagadora. Un río de lavas cordiformes, invadido de líquenes, pasa por la carretera, y sobre ese suelo que parece un gran derroche de asfalto, crecen las tabaibas y los raros beroles, esa típica *kleina nestifolia* que tanto agradece el paisaje, con sus flores inodoras y diminutas. Aquí y acullá, hay piteras que exhiben sus elegantes pitones, como si en el suelo despoblado hubieran candelabros funerarios.

Ya en las "puestas" de Mozaga no se siente ningún latido de vida, y el paisaje continúa conservando su salvaje pureza. Todo pueblo adentro, parece virginal, porque nada altera la hermosura de su panorama. Es la hora del Angelus y de esta oración participan los especieros frondosos, las incipientes palmeras y los eucaliptus oscilantes, que encajonan el sendero con el rumor quedo de sus ramas, éstas ahora de un intenso verde, donde pían y revuelan enjambrados los pájaros antes de dormir. El viajero llena los pulmones de aire sano y oloroso... Una casona sobresale y se impone al resto del caserío, sin que se sepa bien dónde muestra su insular estilo y dónde sus pretensiones del "Al Andalus", porque por tener estilo tiene traza rara. Uno se interna por Mozaga rebasando trechos entre muros de maleza, y anda los caminos arenosos, de piso desigual, como si paseara una población abandonada por sus moradores. Incluso una anciana, de negra mantilla, que hace pasitos menudos, más que persona parece una sombra del pasado... Los habitantes de Mozaga parecerán siempre nada más que sombras, porque a cada paso se les ve cruzar, de aquí para allá, sin exhalar un suspiro. Es el detenido temblor de una vida lejana, la presencia casi fantasmal de gente que parece vivir horas pretéritas, que no se quieren morir y se aferran a la vida sonambulizando a esta población de Mozaga. Porque, por algo, la gente ésta hace una existencia distinta, lenta y honda, que apenas se les descubre en los ojos y en el espíritu. Acaso, por tan índole, Mozaga haya aceptado como cierto, y sin más discusión, un error de las viejas crónicas. A finales del siglo XVIII se coló en Mozaga la leyenda piadosa de la Virgen de la Peña, que como es bien sabido tuvo su lugar en Santa María de Betancur'a (Fuerteventura), por el barranco de Las Peñas, cuando Fray Diego, notando la extraña ausencia del teólogo Julián de San Torcaz, se lanzó a las malezas en busca del fraile (1) desaparecido. Fray Diego, que llegaría a santo, iba pregun-

(1) Don Pedro A. del Castillo dice que fray Diego "avía tomado el riesgo y se detubo a entrar en él (Se refiere al lago donde había caído San Torcaz), salió corriendo por aquellos yermos, a buscar gente para sacar o recoger el hendito cuerpo, y aviendo pasado más de tres horas (desde que cayó hasta que o sacaron) que ocurrieron al sitio, se vió, por el cristal diáfano de las aguas, que estaba de rodillas en lo

tando a los pastores, a las aves del cielo, y a los animalitos de la tierra, si vieron pasar a Fray Julián. Algunos respondíanle que no vieron a San Torcaz, y añadían:

“Lo que vimos, Padre,
fue, anoche, en las Peñas,
llamas que subían
hasta las estrellas;
y el valle encendido
de una viva llama...” (2)

Pero, Mozaga, no sabemos por qué razón asegura que también en la Peña, de unos cinco metros de alto, se apareció la imagen de aquella Virgen que protegiera a San Torcaz. Sea como sea, Mozaga tiene por patrona a Nuestra Señora de la Peña, siendo su principal referencia un acta de asientos (3) que alude a la importación de “una pequeña Virgen de la Peña para protección de estas tierras amenazadas por el volcán, de gente piadosa de Fuerteventura” La talla es muy corriente, fabricada, al parecer, en serie, e idéntica a las que todavía se ven por las casas de particulares de aquella isla mohonera.

En realidad, es Santa Lucía la que más gente agradecida lleva a Mozaga, no sólo en su fiesta de 13 de diciembre, sino durante todo el santo año de Dios. Y es que la valiente santita de Siracusa tiene hecho mucho y bueno en esta isla, porque consueta a los ciegos y refresca la fe de los videntes que, como cada hijo de vecino, no andan exentos de las enfermedades de los ojos. Los velatorios de Santa Lucía son famosos en Lanzarote, y pocas son las familias que duermen la víspera del día que conmemora la victoria de la Santa sobre la pretensión inmoral del romano. En Mozaga, una noche de Santa Lucía tiene semejanza a aquella otra de Belén, porque la campiña pronto duerme su sueño invernal, mientras que en las casas, en las rústicas cocinas de piedra, crepitan la leña y el ramaje para guisar café y chocolate, para pasar las horas hasta la mañana siguiente. Reunido el vecindario hablará de todo, en especial, de sus labores agrícolas y de los milagros de la Virgen de la Peña y de los favores de Santa Lucía. El caserío se envuelve en un silencio religioso, y sólo el viento quiebra la quietud del pueblo que vela embebido para cumplir la retahila de sus promesas. Cerrada la noche, el cielo sin estrellas ni luna pesa como un sudario sobre los campos dormidos, pero en cada casa de Mozaga vive y late la emoción de los rezos, cuyo rumor suave y lejano se oye a la vez que se abre alguna puerta... A nadie, en esta noche, Mozaga cierra su puerta, porque es noche única, excepcional, en la que hasta los perros y gatos comen bizcochos bien untados de espeso chocolate.

Tiene Mozaga un mal recuerdo, y fue aquel en que dos (4) de sus vecinos se amotinaron contra la Guardia Civil, a principios del presente siglo, merced por ello el severo castigo impuesto por el Consejo de Guerra. Llegaban a Mozaga, el 16 de marzo de 1903, don Domingo Pérez Galdós y don Ricardo

profundo, en fervorosa oración; y saliendo de ella, todo era elogios a María Santísima y misterios de su Inmaculada Concepción, de que era devotísimo. Hízose, en esta memoria, un poco separado de este sitio, donde lo permitió el terreno, una iglesia con título de Nuestra Señora de la Peña”.

(2) Viera y Clavijo, comenta la fecha de la muerte de fray Julián, y la rechaza. Se señalaba como año del óbito el de 1485, pero dice que no puede ser, porque parte de la base de que San Diego salió de las islas en 1449, después de haber muerto fray Julián (dato asimismo falso, si no es que todo ello lo resulta).

(3) Fechada en Teguise en 1786.

(4) Fueron José Uorta Maclado y Juan Lemes Maclado.

García, oficiales de infantería y artillería respectivamente, para entender en los preliminares de dicho Consejo.

Las Peñas del Santo, al sureste de Mozaga, tienen tierra excelente para el labradío y para las vides. Desde estas Peñas del Santo puede verse a la Real Villa de Teguiise, hacia los fondos de Morro Alto, más allá de la lengua sedienta que forma Majapalomas, con su alto campanario y sus vetustas siluetas de señoriales caserones y conventos. A Mozaga la cruzan cuatro caminos, y desde este pueblo puede irse el viajero a donde quiera, para gozar de clima y paisaje, o para "ver danzar el sol".

SAN BARTOLOME

CAPITULO XLVI

Del folklórico pueblo de San Bartolomé y del Mayor Guerra Clavijo, del Cura-Alcalde don Víctor San Martín y del Plan Beneficial para la Parroquia.

Bajando desde Mozoga, hacia el poblado de San Bartolomé (1), se llega en seguida a La Vega, de tierras ricas en cereales y legumbres, que tiene porción de palmeras aisladas y entre las cuales prenden las vides al socaire de testes caprichosos. Siempre al Sur, pero a poniente de la carretera general, está la otra Vega benigna, llamada de Quintero, igualmente repleta de cereales y legumbres, aunque acaso más recargada de viñas que se recuestan sobre montones de piedras menudas. Por aquí se ve algún ganado cabrío, en medio del cual aligeros pastorcillos se afanan, zurrón en bandolera y cayado en ristre, por agrupar a sus reses, y evitar así que los rumiantes “envenenen” (2) a las cepas y sementera. También verá el viajero a mujeres solitarias, sentadas sobre sus piernas, en cuchillas, absortas, mirando a la nada, como si alrededor nada existiera... Son seres petrificados, y acaso parte consuetada al paisaje, mujeres de piedra, como montones de ripios, en los que las flores se niegan a vivir y sobre los que pasan los pájaros sin tocarlos...

Camina ahora, pues, el viajero sobre las vértebras volcánicas que unen a la Vega de Quintero con la Caldera Honda, ésta ya en pleno corazón bartolino. La vida humana que se empequeñecía en Mozoga toma en San Bartolomé realidades sorprendentes, hasta el punto de que se puede afirmar que por aquí la voz del hombre resuena con resignación moruna, como si en su rostro estuviera pintado el colmo de la paciencia. Quizá ésta le venga al hombre bartolino de su insospechado quehacer, cual es su tradicional empeño en domesticar a los alisios y a los jables, con cuyos elementos ha creado una nueva ciencia agrícola. El hombre de San Bartolomé ha domesticado a cierta parte de la naturaleza, pero no para hacer jardines ni museos botánicos, no, sino para crear riqueza donde siempre hubo erial y desierto. La naturaleza que antes ofrecía por aquí el espectáculo de la indisciplina de los jables, ahora se muestra encauzada, ordenada, con diminutos desiertos artificiales, modestas y estéticas parcelas que enseñan demasiado a quienes quieran entender la catalogación de sus “bardos”. Este aprovechamiento de las arenas “voladoras”, que cruzan la isla de medio a medio, es ciencia agrícola que tendrá su explicación en el próximo Capítulo XLVIII, dedicado a Goime, donde existe la más peregrina “comunidad de regantes”, porque refresca al suelo no con las ya

(1) Llamado por los aborígenes “Aldea de Ajei”.

(2) Es creencia del campesino insular que donde trisque una cabra no nace jamás, ni se reproduce, planta alguna. Empero, del burro afirma que fue éste el primer podador de las parras.

clásicas cenizas volcánicas sino con el jable marino, orgánico y salitroso. En 1830 el cura de San Bartolomé, don Baltasar de Perdomo, hizo un interesante croquis del jable, que divulgó el Dr. Hernández Pacheco.

Estar en San Bartolomé significa la admiración de su paisaje pagano, porque por algo tiene todo el sabor de lo primitivo, y suficiente pureza para congozarse el viajero de tanta soledad e intacta belleza. Estar en San Bartolomé significa, además, el conocimiento perfecto del folklore insular (3), porque en este pueblo vive el alma cascabelera de Lanzarote jaleada por las típicas rondallas. Pese a los vivos colores con que se visten las mozas y el traje mahorero de los "tocaeros", estas rondallas de humildes musicalidades andan mezcladas de alegría y de tristeza, todo contrapunteado por el soniquete del timple y el son de las guitarras. Se suceden las isas y folías, con rapsodias y entremeses, impagables porque desvelan todo el ascencial sentimiento de una isla de amores y tormentos. Las voces populares "hui" y "jiloo", de pronunciación gutural, que lanzan los tocadores para enardecer y jalear a los que bailan el "sorondongo", tienen suma importancia y no todos pueden de ese modo alentar a las parejas, que a veces se ponen frenéticas de puro entusiasmo:

"Santo Domingo
de la Calzada,
llévame a misa
de madrugada."

Es el mismo "Santo Domingo" que fue uno de los bailes que más arraigó en la población rural de Tenerife, si bien en La Palma y en Lanzarote tienen letra distinta, aunque la música se conserve muy parecida, pero nunca idéntica. Igual pasa con el "sorondongo", cuya musicalidad es asimismo muy igual a la del "Santo Domingo":

"El sorondongo, nondongo del fraile,
es un baile muy bonito,
lo bailan los pobres,
lo bailan los ricos.
Me llaman Bartolo,
tú te llamas Lola,
no quiero estar solo
ni que estés tú sola.
No tengo zapatos,
no tengo alpargastas,
andando descalzo
más frescas las putas."

Por eso, San Bartolomé, es el gran teatro de Lanzarote, y cuando la isla no se mete en este pueblo, son las rondallas las que pasean sus canciones por toda la geografía insular:

"Nunca fui a la escuela,
no escribo ni leo,
y arreglo mis cuentas
"toas" con los dedos."

(3) Capitaneado siempre por el jocosos y picante don José María Gil.

En el aire quedan las canciones populares, y es que el pueblo de San Bartolomé se encarga de lanzar al éter ese folklore dulce y alegre, como si con ello quisiera llenar la falta de flores que hay en la isla.

El paisaje de San Bartolomé es personalísimo, con bastante mérito para ser paseado despacio y serenamente, pues entre dulces llanuras y pinas montañas toman asiento las viejas casonas y palacios, cuales son la casa-castillo de Carrasco y la del indómito Mayor Guerra. Hay en el paisaje de San Bartolomé típicas molinas que, en sumo grado, embellecen la panorámica de esta villa prodigiosa y recoleta, con sus vistosas torres de madera trenzada y sus blanquísimos velámenes hinchados de viento. Hay edificios de la época colonial, del siglo XVI, que parecen pira de pavesas bajo el escolo solar... ¡Siempre el sol como elemento imprescindible! ¡Sol en todos los lugares y rincones de Lanzarote! Porque es el sol, sí señor, quien da carácter a este pueblo, que se mete como dentro de sí mismo para descansar en el regazo del valle silencioso, únicamente roto su mutismo por el incansable silbo de los jables voladores. Aquí y acullá, chimeneas como bulbos de cebollas, entre las cuales sobresale el rojo capirote de la iglesia, cuya mole vista desde el aire toma la forma de una gran cruz sobre la tierra.

El fundador de la iglesia de San Bartolomé fue don Cayetano Guerra Clavijo y Perdomo, Mayordomo de Fábrica (4), cuyo retrato al óleo se conserva en uno de los principales salones del palacio del Mayor Guerra, con fecha y leyenda de 1799. El 20 de abril de 1787 don Cayetano y su hermano don Francisco Guerra Clavijo, Alguacil Mayor y Regidor de Lanzarote, solicitan la erección de la Parroquia de San Bartolomé, unida a la vecina de Las Tías de Fajardo, y presentan un curioso mapa, o paño de pintura, de toda la isla, con el fin de "demostrar los distritos y distancias de los pueblos y pagos de ella, en consecuencia de lo cual salió el tan esperado "Plan Beneficial de la Isla de Lanzarote" (5).

(4) Lo era asimismo de la parroquia matriz de la Real Villa de Tegüise.

(5) "Plan Beneficial de la Isla de Lanzarote" :En la ciudad de Canaria a diez de julio de mil setecientos noventa y nueve, El Ilmo. Sr. Don Manuel Berdugo, por la Gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de esta Diócesis, del Consejo de S. M. N.; habiendo visto este expediente sobre el Plan Beneficial de la Isla de Lanzarote en cumplimiento de las Reales Ordenes del Rey nuestro señor y señores del Real y supremo Concejo de la Cámara comunicadas al Ilmo. Sr. don Antonio Tavira, nuestro antecesor en las cuales se manda que, con arreglo a lo prevenido, por punto general en la Carta Circular de doce de junio de mil setecientos sesenta y nueve, se proceda a la creación en verdaderos Curatos propios o vicarías perpetuas y colativas sujetándolos a formal concurso, y a la provisión de S. M. por medio de remisión de consulta a dicho Supremo Concejo de la Cámara, imponiendo a dichos Curas las obligaciones correspondientes y aplicando para su dotación las utilidades y emolumentos que hasta aquí han gozado y asimismo agregando las rentas y obtenciones de los Beneficios de las respectivas Iglesias Parroquiales que S. T. tenga por conveniente suprimir, oyendo para ello instructivamente al Promotor fiscal Excmo. de esta Diócesis y a los demás interesados, con prevención de que lo que en su virtud proveyere no se ha de poder variar en tiempo alguno, sin que para ello proceda Real consentimiento que ha de recaer sobre representación que hagan a S. M. los reverendos prelados: vistas igualmente las certificaciones de las ventas y emolumentos de los Beneficios y Curatos de la Isla, informes que precedieron y deslindes que practicaron para la más completa instrucción y formación de dicho Plan Beneficial, que el expresado Ilmo. Señor Don Antonio Tavira formalizó y extendió por su decreto de treinta de noviembre de mil setecientos noventa y cinco, al igual habiéndolo remitido al Real y Supremo Concejo de la Cámara en solicitud del asenso de S. M. y su real auxiliatoria, salieron oponiéndose los señores Dean y Cavildo. Ecco, por no habérseles pedido su asenso ni dado ciencia de lo obrado como interesados; con lo cual no se ha verificado todavía la real aprobación y teniendo asimismo presentes las discusiones, disputas y pleitos, que se han ofrecido entre aquellos vecinos con motivo de haberse tratado de poner en ejecución en la parte que cabía dicho Plan, en la ausencia del mencionado Señor Obispo, y nuestra en la Península; los varios recursos que se han movido sobre el distrito y la feligresía del Curato de San Bené y el pago de Mozaga, y Tomaren, y lo que ha resultado acerca del ingreso, y objeciones con lo expuesto en su razón por el Fiscal General de este Obispado, y conformidad de los relacionados Sres. Dean y Cavildo, a quien tuvimos por conveniente, y juzgamos deber dar ciencia de su estado para el asenso prevenido, y como

Con la larga historia de la casa del Mayor Guerra, van unidas multitud de leyendas que se adhieren a la pura historia; así la glotonería del coronel, que solía apuñalar a los lechoncillos antes de entregarlos a sus cocineros. Este Mayor Guerra anduvo siempre envuelto por la politiquilla de su tiempo, aun que supo guardarse, más que bien, de las pasiones y estratagemas que coti-

interesado en observancia de la Circular citada, y de la R. O. P. para este Obispado a veintidós de enero de mil setecientos noventa y cuatro, comunicada por acuerdo de la Real Cámara por el Señor Marqués de Murillo, su secretario, y del Real Patronato de Castilla, y lo demás que dicho Expediente produce, dijo debía declarar y declaraba que con las advertencias y modificaciones que se anotarán en este Expediente indispensables a vista de las novedades posteriormente ocurridas, debe llevarse a puro y debido efecto el relacionado Plan Beneficial de la Isla de Lanzarote, conteniendo en el citado auto cuyo tenor a la letra es como sigue: "En la Ciudad de Canaria Cristóbal de La Laja, a treinta de noviembre de mil setecientos noventa y cinco: El Ilmo Sr. Don Antonio Tavira y Almazán, Obispo de Canaria, del Concejo de S. M. N., mi Señor: Teniendo presente el Expediente sobre establecimiento de nuevas Parroquias en la Isla de Lanzarote que tuvo principio en veinte de abril de mil setecientos ochenta y siete por representación que hizo el Teniente Coronel Don Francisco Guerra Clavijo, Aguacil Mayor y Regidor de la misma Isla, en que solicitó la erección de Parroquia en el lugar de San Bartolomé, unido con el de Tías de Fajardo, presentando un mapa o paño de pintura de toda la isla para demostrar los distritos y distancias de los pueblos y pagos de ella, de cuyo escrito se dio traslado a los dos Beneficiados de la Villa Capital, los que expusieron instructivamente cuanto se les ofreció, contradiciendo la otra erección en cuyo estado habiendo llegado S. I. a aquella Isla para hacer su visita en el año de mil setecientos noventa y dos, con fecha veintinueve de junio en el Puerto del Arrecife, mandó librar edicto que se leyese en todas las Iglesias y Ermitas y se fijase en sus puertas, citando y emplazando con el término de diez días a todos los que tuvieren solicitud de erección de Parroquia, y pudiesen hacer constar tener necesidad, y las proposiciones que se requirieren y asimismo a los Beneficiados para que expusiesen también de nuevo cuanto juzgasen conveniente, en virtud del cual emplazamiento representaron los vecindarios de dicho Puerto del Arrecife, el de San Bartolomé, el de Tinajo y el de Tías de Fajardo, con pretensión ya separada del de San Bartolomé, cuyas representaciones obran en el Expediente, y a su continuación lo expuesto por los Beneficiados que insistiendo en hacer oposición a la erección de Curato en San Bartolomé, la ampliaban a la del Arrecife y Tinajo, y sólo convenían en que se erigiese una ayuda de Parroquia en el lugar de Tías de Fajardo, a consecuencia de lo cual S. I. representó a S. M. y Sres. de su Real Cámara el triste estado en que había hallado aquella Isla que no había más que una Parroquia en la Villa de Tequise con dos Beneficiados de renta tan pingüe, que excedía cada uno en mucho la de un Canonato de esta Sta. Iglesia, y sólo con do ayudas de parroquia en los dos extremos de la isla y lugares de Haría y Yaiza, habiendo crecido con siderablemente la población, y pudiendo esperarse que creciese más cada día dada la fertilidad de aquella Isla, y aplicación al cultivo que tienen con lo demás que tuvo conveniente sobre lo cual se libró la Real Cédula que corre y va incorporada al folio 39 del Expediente, fechado en San Lorenzo a 17 de octubre de 1792, por lo cual S. M. se sirvió declarar arreglada a los sagrados Cánones la dicha representación y propuesta en ella contenida reducida, a que por entonces y hasta tanto que se verificasen las vacantes de los beneficios se erigiesen en los cuatro referidos lugares del Puerto del Arrecife, San Bartolomé, Tías de Fajardo y Tinajo, cuatro ayudas de Parroquia, con separación de las primicias correspondientes a cada uno de los Curas que se pusiesen en ellas, y los dueños parroquiales o de Estola, encargando a S. I. que pasase a escrutar la dicha erección y formar el "Plan Beneficial de la Isla, oyendo instructivamente al Promotor Fiscal y demás interesados con arreglo a la Circular de doce de junio de mil setecientos sesenta y nueve, y le remitiese para su aprobación, después de lo cual se dio traslado a todo el Expediente al Fiscal General de este Obispado, quien expuso la urgente necesidad que había de erigir las cuatro Parroquias por la total falta de Pasto Espiritual que tenía la mayor parte de la Isla, por los graves perjuicios que sufrían aquellos vecinos, en exportar los cadáveres a las distancias de cuatro, cinco o más leguas, y de llevar a bautizar a los niños recién nacidos con mucho peligro de perecer, y por otras razones que difusamente expuso; y concluso en esta forma el Juicio instructivo para el señalamiento y demarcación de límites de las Parroquias, y ayudas de Parroquias, S. I. dio comisión al Vicario Ecco. de aquella Isla para que nombrase peritos de la mayor integridad y conocimiento del país, que hiciesen bajo de juramento su dictamen, lo que practicaron con citación previa que se hizo de los vecindarios para que igualmente hiciesen presente cuanto les conviniese en orden a la dicha demarcación como lo hicieron algunos y todo consta en el Expediente, con informe que separadamente dio el Vicario Comisionado, y asimismo las obligaciones respectivas que los otros pueblos han hecho para la dotación de la campana, a excepción del Puerto del Arrecife, que la tenía anteriormente dotada. Con lo apuntado se pide a erección de Ayudas de Parroquias de la Capital, las Ermitas de los expresados pagos de San Bartolomé Tías de Fajardo, Tinajo y Arrecife".

dianamente se le tendían... El poeta lanzaroteño, Leopoldo Díaz, ha inspirado este soneto:

“Vetusto caserón, cual cosa muerta,
te queda el cascarón de un gran pasado,
derruido balcón en un costado
y escudo señorial sobre la puerta.

Hay dos siglos o tres, dije a mi Berta,
vivió un Guerra, el Mayor, un potentado,
bien querido y también muy bien odiado,
si la historia es verdad y ésta es muy cierta.

Hubo luchas, pasiones, poderío,
esplendor y algazara en la casona
que hoy al verla tan sola, nos da frío.

Vestigios de un ayer, ya desplazado,
sólo siguen viviendo, como ha siglos,
los pájaros criando en el tejado.

Muchas veces, en los dulces atardeceres de San Bartolomé, el paseo por las evocadoras ruinas del palacio del Mayor Guerra resulta muy interesante, porque entonces las figuras del pasado se nos presentan coronadas con el protocolo más solemne de nuestra fantasía. Quedan todavía, sobre clásica colina, el cuadrado caserón, nido de aves, amarillento, sobresaliendo la valiosa chimenea de piedra labrada: los muros ahuecados por las inquietas sabandijas... Quedan su portalada en arco de medio punto, sus simuladas dovelas y los blasones del Mayor en el escudo, éste rematado por casco y gola de armadura del siglo XVI. El escudo del Mayor Guerra es de forma de lira invertida, probablemente de origen italiano. Descendiente de este ilustre militar fue el también Gobernador de las Armas, don Bartolomé Lorenzo Guerra Clavijo, sobrino del Mayor, que alcanzó el coronelato gracias a sus buenos oficios con el Comandante General, Marqués de Casa-Cajigal (6). Los líquenes, musgos y geranios trepadores han trabajado lo suyo, mientras que las sabandijas ensanchan las grietas del viejo y suntuoso caserón. Los familiares de la rama Guerra Clavijo emigraron a Puerto Rico, Uruguay e Isla de Cuba. El último Guerra residente en el Palacio murió en 1939, y se llamaba don Sebastián Martín Guerra, popularmente conocido por “Tío Sebastián”, que al parecer, fue más querido y menos odiado que sus antepasados. “Tío Sebastián” consagró toda su existencia al bien común, haciéndose tan pobre en el ejercicio de la cristiana caridad que, los más recalcitrantes, asombrábanse todos de las virtudes del preclaro varón. Flota en el ambiente de San Bartolomé una leyenda, que no podía falta, y que asegura que en noches oscuras, cuando el viento más azota a las palmeras y especieros, se ve al “Tío Sebastián” rondando por los muros y empedrados del caserón, y que su figura venerable se distingue en medio de un halo fulgurante y fantasmal... Es don Leopoldo Díaz quien al “Tío Sebastián” dedica el siguiente soneto:

“La muerte inexorable fue acallando
las vidas que lucharon tormentosas,

(6) Cuando el Gobierno Militar fue trasladado al Puerto del Arrecife, don Bartolomé Lorenzo Guerra Clavijo vivió en la casa n.º 15 de la hoy calle “Fajardo”.

y así, como llenábanse las fosas,
se iba esta mansión desocupando.

El último expiró, cuando ya, cuando
la fortuna dejaba pocas cosas,
y fueron sus acciones tan piadosas
que en virtudes la casa fue aumentando.

Como un santo vivió, tan tiernamente,
que a pesar de ser pobre, aquella gente
demandaba del pobre sus socorros.

Y hay quien crea y quien diga, ser muy cierto,
que al tío Sebastián, aun siendo muerto,
de noche se le ve por estos morros."

Doña Damiana Guerra, con el fin de lograr una pensión, remitió los documentos existentes en la casa del Mayor Guerra a la Capitanía General de Canarias, y allá deben estar. La recuperación de dichos importantes legajos sería de sumo interés para desvelar asuntos acerca de Lanzarote.

En 1925 la Prensa local arma un jaleo de los gordos para proteger en contra del alcalde de San Bartolomé, José Cabrera Torres, que había adoptado el encerramiento de los detenidos en el cuarto mortuorio, sin más compañía que la del ataúd de los desheredados. El Gobierno así que oyó la queja unánime de los periódicos dispuso la prohibición de tal conducta para con los arrestados. Asimismo la Audiencia provincial prohíbe la "Vela de las Paridas", debido a los fuertes escándalos derivados de las acostumbradas fiestas posnatales.

Estar en San Bartolomé y no visitar la casa donde falleciera, hace ahora trece años, el ilustre alcalde-cura, don Víctor San Martín (7), es olvido imperdonable. Todo cuanto de valor hay en la casa nos llena la memoria de gratos e imborrables recuerdos, porque don Víctor, siendo de aguda y amplia inteligencia, supo, como los bienaventurados, renunciar a brillantes perspectivas intelectuales y escaños eclesiásticos. Don Víctor San Martín fue un pobre cabal, y por cumplir su vocación ni calcetines tenía. Don Víctor tuvo cordiales contactos con don Miguel de Unamuno, a quien trató en Fuerteventura. Cuando el Rector de Salamanca entró en "su" España, desde Hundaya, lo primero que hizo fue telegrafiar su júbilo al alcalde de Fuerteventura (8) y al eximio don Víctor. No se enfrió esa amistad nacida en el destierro del pensador españolísimo, porque continuaron escribiéndose muy a menudo. Mas de tan rico epistolario nada se supo, porque tan pronto el alma de don Víctor traspuso de este mundo desaparecieron las cartas, sin que hasta la fecha se sepa nada de su paradero (9).

Fue en San Bartolomé donde el tristemente célebre jarandino partió la cabeza de Rocío a hachazo limpio. El viejo Rocío, al parecer, se oponía a la intención que el "Turco" llevaba desde meses en la cabeza, o sea, la de quitarle la virginidad a una moza sonrosada, y a la que "engodaba" con telitas de regalo y pulseras de a perra gorda. Nadie quiso creer que el "Turco" mandara a mejor vida al viejo Rocío, pues hacían ellos pública vida de fraternidad y de notable entendimiento, sin roces ni destemplanzas. Para cazar al fugitivo ase-

(7) Fue alcalde en 1931.

(8) Don Ramón Castañeyra Schaman, quien me hizo la ofrenda de varias fotocopias de las cartas manuscritas a él dirigidas por don Miguel.

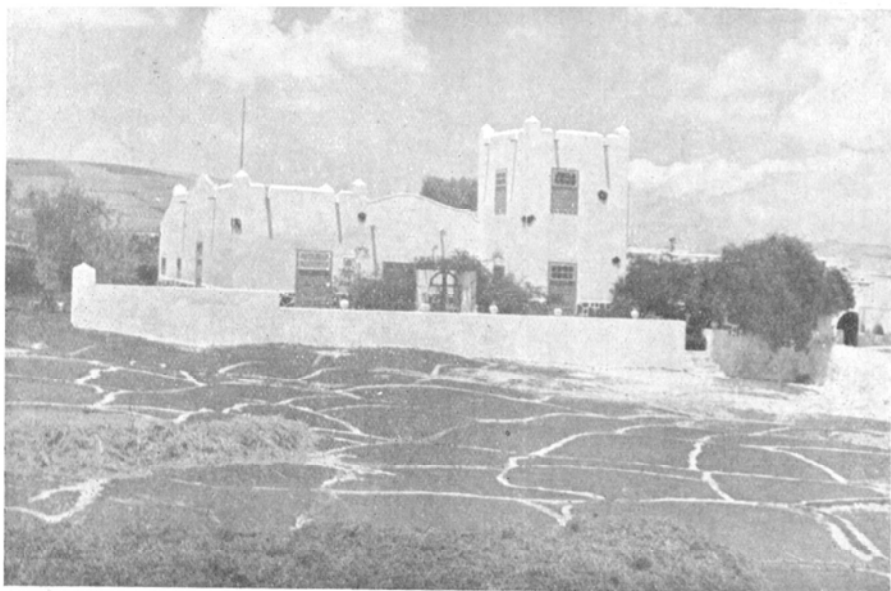
(9) Nos ha sido imposible localizarlas.

sino hubo necesidad de efectuar un rastreo de muchos kilómetros, formando línea 70 hombres que se desplegaron, de dos en dos, isla a través, hacia el Sur, donde cerraron el copo en torno a una casa situada en las faldas del macizo de los Ajaches, por Papagayo, desde donde el "Turco" pensaba pasarse a la isla de Fuerteventura, contratando un barquillo de los tantos que, en continua "rifa", cruzan el estrecho de La Bocayna. Al jarandino lo sorprendió Juan Quesada, cuando aquél engullía ávida y desesperadamente un plato de potaje en casa de "señó" Felipe el del Terminito, para reponer las fuerzas perdidas durante su forzado peregrinaje. No resistió, y sin más explicó que todo fue cuestión de faldas.

También llegaron a San Bartolomé los pioneros del "oro" (10) insular, so pretexto de instituir una fundación. Quien quiera puede leer el texto que fija las bases de dicha institución benéfica, y que tan campantes firmaron los pioneros ante el Pleno Municipal. En tales bases, debidamente timbradas y numeradas, se afirma que los benefactores se comprometen a financiar la obra con quinientas acciones de a mil pesetas cada una, para acoger a todos los hijos del pueblo que demuestren su natural inteligencia, sin tener en cuenta sus ideas políticas, sus patronímicos, o su categoría social. También se estipula que dichas becas serían ampliables para realizar estudios en zonas nacionales y extranjeras... Claro, que las realizaciones de esta "fundación" en San Bartolomé aguardan todavía a que surja entre los matureros ese nuevo Paracelso capaz, no ya de hacer imposibles a distancia, sino además de convertir en oro las escorias lávicas de Lanzarote.

San Bartolomé, dulce de ambiente, llanuras arenosas, y viejas montañas . San Bartolomé, alegre de folklore, con grandes casonas y palacios, y entonadas leyendas... Apartada de todo la acrópolis de los Guerras, desde donde es posible que los ojos vayan del valle al monte, siempre descansando sobre lo verde...

(10) Mucha jocosidad produjeron los tales, pero también muchos disgustos en particular, para quienes fueron víctimas de la "fiebre del oro".



Casa del colonial canario en Mozaga. En primer término, obsérvese que el suelo de la era no es otro que un manto de lavas.



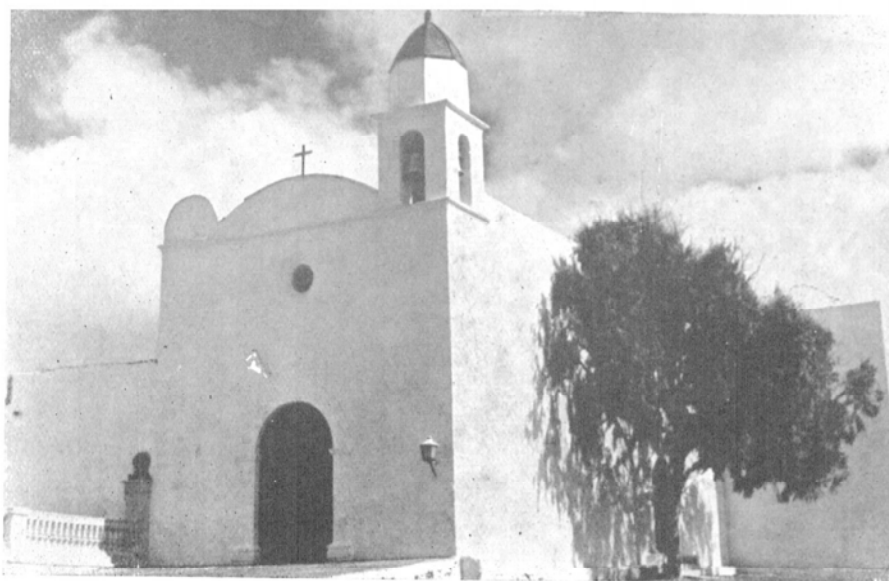
Detalle de la vendimia.



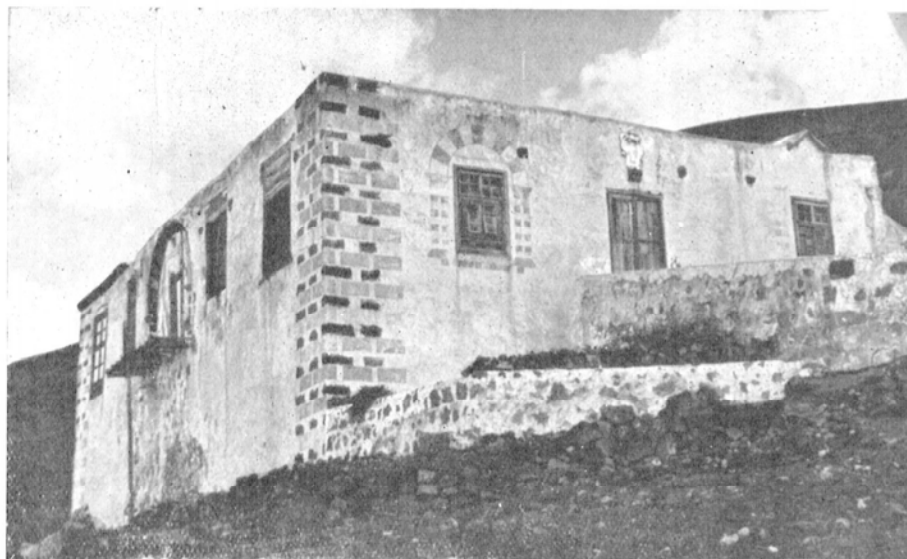
Vista parcial de San Bartolomé.



Un precioso aspecto de la Florida, donde la casona rural destaca sobre el suelo geométrico.



Iglesia de San Bartolomé, que vista desde el aire tiene cabal aspecto de cruz.



Vetusto caserón del Mayor Guerra, con escudo de mármol a modo de lira y blasones de barras.



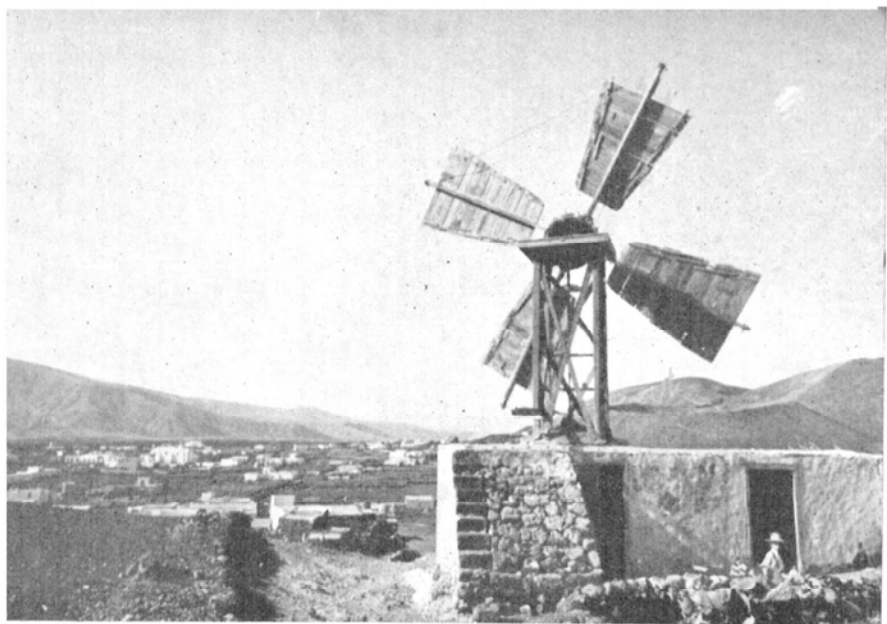
Panorámica del pintoresco pueblo de Montaña Blanca.



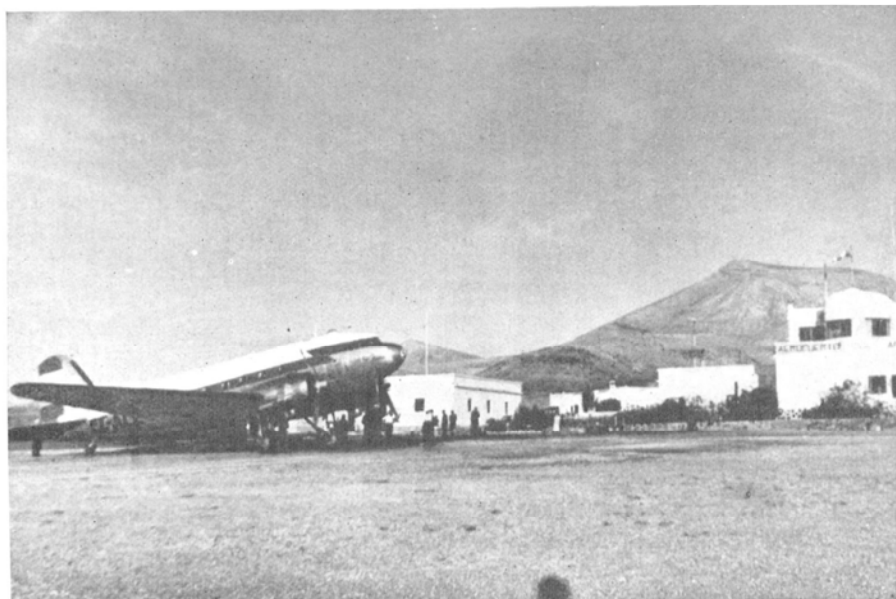
Vista parcial de la "comunidad" de regantes de jable.



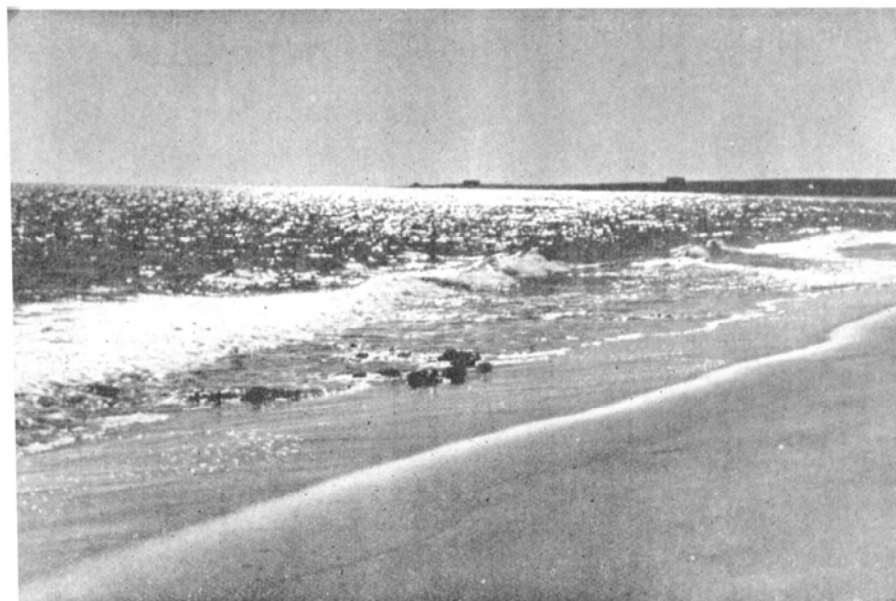
*Según se aren los jables el viento hará sus efectos
en tal cual terreno.*



Molina de viento y caserío de Goime.



Aeropuerto de Guacimeta.



*La tremeluciente playa de Guacimeta, colindante al Aeropuerto Nacional,
a poco tramo de la Capital.*

MONTAÑA BLANCA

CAPITULO XLVII

*Del caserío de Montaña Blanca y de sus pequeños y grandes
indianos, de la marianología popular y del desentierro del pueblo,
de Santa Trahamunda y de la redención de la tierra.*

Para llegar a Montaña Blanca, desde San Bartolomé, hay que rebasar la Piedra Hincada, donde se alza el camposanto bartolino, y al que acaso le haga falta una vieja, como aquella Cinta, que vivía de lo que apañaba por cuidar las sepulturas, o por quitar hierbajos de la bendita tierra.

Montaña Blanca se nos presenta "entre montañas", siendo su caserío de pintoresca estampa. Este paisaje de Montaña Blanca produce, nada más mirarlo, justo y extraordinario deleite, porque cuanto abarca la vista está sumamente claro, y la materia se perfila con la misma idéntica pureza que hay arriba, en el cielo, tan limpio, que antoja un solo e infinito lienzo azul.

En Montaña Blanca parece todo demasiado normal, como si el viajero tuviera a la mano los difíciles ingredientes de la pintura, para pintar sin paparruchas la abundante presencia de la vid que, repleta y dorada, constituye un motivo imperecedero. Desde el lugar de La Quinta al otro de La Hoya de las Raíces, todo son viñas feraces, sabiamente defendidas de los alisios por a mano ciclópea que posee el campesino. Entretanto, el sol abrasa a los demás frutales en sazón, y la luz descubre en la breva un terciopelo suave y rezumante que se columpia en las higueras deshojadas. Las ramas del bíblico árbol parecen vencidas, a primeras vista, por los vientos constantes, pero basta fijar los ojos para descubrir un derroche de vida entre el desnudo ramaje. El sol de Montaña Blanca, quema, aunque la intensa luz no disuelva muchas cosas, porque más bien son esos resplandores los que perfilan al caserío, haciéndolo menos vulgar. Ahí está la típica casona de Arroyo, con sus barbacas repletas de eucaliptus olorosos, y especieros de grandes racimos rojos, los balcones de primitivo sabor colonial y la soberbia bodega, ejemplos que superviven todavía, como para hacer memoria de aquellas primeras grandezas de la isla. Todo esto abrazado por la mitología de piedra y fruta que es el panorama de Montaña Blanca que, con toda seguridad, aguarda al poeta que haya de venir para que vibre y diga, con sonoro verso, que la primera vendimia de Lanzarote la hace el sol, porque desde que en esta isla se inició el cultivo de la vid, fue Febo quien, invariablemente, inició tales bellos menesteres agrícolas. Y es que el sol de junio, si así se le antoja, provoca para agosto una precipitada vendimia, aunque el campesino calculara efectuar la recolección para septiembre. ¡El sol lanzaroteño imperante, victorioso y demagogo!

A Montaña Blanca le viene el tópico de un viejo monte que cae hacia el clásico paso de Entremontañas, en derecha a La Geria de los Vinos, y que

nada tiene que ver con esta bellísima aldea que se arropa y trepa las laderas de Guatisea.

Montaña Blanca logró, con tiempo y tesón, desenterrarse de las cenizas volcánicas que la cubrían. Montaña Blanca volvió a la vida casi desesperadamente... Montaña Blanca sufrió sobremana la erupción de 1730-36, en cuyas fechas apenas tenía catorce vecinos. Esta reducida población tuvo que emprender un trágico éxodo, y vio con terror cómo la lluvia implacable de cenizas iba cubriendo heredades y ganados, incendiándose las mieses, a la vez que desaparecían los oxiguos depósitos de agua. ¡Todo bajo grandes masas de "lapilli" ardiente, humeante, pestilente... Fue cuando se personó el capitán don Melchor de Arbelo para ordenar el peregrinaje, a marcha forzada, hacia el norte insular. El trágico éxodo de aquel vecindario resultó inenarrable, pues todos tenían en sus rostros los visos de la locura. Detrás de aquella humanidad dolida iban los perros, los dromedarios, los caballos y los burros, éstos rebuznando la alarma que les causaba la pavorosa situación, aquéllos ladrando, los otros impávidos o reinuchando. ¡Grande hubo de ser tan desgraciada catástrofe, porque en medio de tan triste cortejo correteaban los conejos y las ratas guiados por el instinto de conservación! Hasta los pajarillos, que son los moradores del cielo, bajaron horrorizados a la tierra, dando locos y desorientados saltos, de aquí para acullá, como si buscaran aire nuevo, ya que la densidad atmosférica, saturada de gases y arenillas volatilizadas, impedía volar hacia el amplio camino que Dios les hizo.

Data, desde entonces, la devoción que hay en Montaña Blanca por María Auxiliadora, cuya ermita está adosada a las nuevas escuelas. No es capcioso afirmar que en Montaña Blanca la devoción a la Virgen está por encima de todas las cosas de este mundo, y se puede decir asimismo que Montaña Blanca vive la era mariana a machamartillo. La marianología de esta aldea no es la de San Pablo, v. g., porque para el apóstol, Jesucristo resultó continuada alusión como Hijo de mujer, y, para Montaña Blanca, María Auxiliadora se haya plenamente conocida e incorporada a los misterios de la Revelación.

La gente moza de Montaña Blanca, casi por vocación emigra a Venezuela, país de moda, pero nunca hace tan largo viaje sin guardar la estampita de María Auxiliadora en la cartera. Estos campesinos van a Hispanoamérica decididos a luchar, no ya contra un clima por demás exigente, sino también contra la selva y sus estómagos. De todo se privan, y allá se alimentan a base de exageradas economías, que, en general, reducen el único plato a patatas sancochadas y algún que otro rocío de "mojo". No aguantan mucho tiempo fuera de la nativa tierra, y a ésta vuelven con la media fortuna de quince o veinte mil bolívares, ganados a pulso en labranzas de terrenos completamente abruptos y despoblados. Es el dinero venezolano que se mete en Lanzarote para crear o estimular la revalorización agrícola, dando gusto ver al joven indiano, con sombrero de ancha ala y cazadora de cuero brillante, que recorre su flamante propiedad, mimándola, haciendo con propia mano que produzca más y más, seleccionando los cultivos, o ensayando nuevas formas de los mismos.

Otros indianos, con las monedas que traen, se convierten en importantes señores de "expor" e "impor", y lucen gordo anillo de oro moro, o alemán, sendo habanero y leontina.

En general, estos individuos "bolivareros" no se tornan pedantes de su nueva vida, y se les ve trabajar con verdadero afán de superación. Acaso esta enconada lucha por la vida sea estimulada por agrias rememoraciones de la selva americana, que en el decir de estos indianos viene a ser cosa así como el filtro adecuado para las almas tardas y remolonas. ¡Qué fracaso—dice el indiano de

Montaña Blanca— para el señorito! Porque en Venezuela solamente tiene lugar el músculo hecho a la tierra...

El regreso de un indiano supone, casi siempre, fiesta en Montaña Blanca, porque en torno al recién llegado se forma la corte de vecinos ansiosos de saber la suerte que corren sus deudos en Venezuela. Al indiano no sólo se le preguntará por la salud de los que con él emigraron, y allá están, sino que incluso se le interrogará acerca de los dineros ahorrados por el prójimo de cada cual. Claro, que el indiano da casi siempre buenas noticias, y así recibe la acogida popular como si de rey se tratara.

Da gusto el pasco de Montaña Blanca en compañía de un indiano recién llegado, porque en seguida queda midiendo parcelas que comprar, o explicando mil superlativos negocios que acometer. Gusta asimismo oírle la media jerga que trae pegada a la lengua, y es un placer verlo sobre la tierra propia, cuando tanto agobio habría de tener en ajenas "colonias" americanas. No tiene nada de particular que la felicidad que hay en el ambiente de Montaña Blanca se deba, en gran parte, a esta independencia laboral que está logrando la juventud emigrante, que no embarca jamás sin antes hacer depósito del timón de sus vidas en las manos milagrosas de la Virgen Patrona.

Estos jóvenes con caras de "cow-boy" tienen fraguado un deseo, una común promesa, que desean cumplir a toda costa. El deseo de los jóvenes indianos de Montaña Blanca consiste, nada menos, que entronizar en la pequeña ermita a Santa Trahamunda, de cuyo nombre y virtudes poco o nada se sabía por aquí. Ellos, enconados, explican que Santa Trahamunda vivió a fines del siglo ocho, en un ermitorio de la isla de Tambo, desde donde fue raptada y presentada al Califa de Córdoba, que quedó prendido de la belleza y hermosura de la monja. Al parecer, el moro le ofreció villas y castillas, pero Santa Trahamunda lo rechazó soñando la paz de su cenobio. Mas, el día de San Juan, que se celebraba en aquella isla con bastante solemnidad, Dios se apiadó de su nostalgia, haciéndola montar una palmera, que con gran tino y sabiduría la llevó otra vez al monasterio. "Cuando nosotros queremos volver a la tierra chica —dicen estos devotos indianos— se lo rogamus a Santa Trahamunda, y la virgen, de un modo o de otro, siempre satisface nuestros deseos".

Pueblo religioso este de Montaña Blanca, cuyos vecinos, a pesar de sentir en la sangre la frescura del goce mariano, aún quieren cubrirse con los posibles milagros de la cenobita Trahamunda, cuyas "saudades" hicieron posible su escapatoria de las sacrílegas garras del Califa cordobés. Sí, pueblo meritísimo este de Montaña Blanca, porque por su fe religiosa y su acendrada laboriosidad, sin disputa, merece estar incluído en las milicias del cielo.

G O I M E

CAJITULO XLVIII

Del pueblo de Goime y de su abolengo morisco, de la "Comunidad de Regantes de Arena" y de las canteras de Las Majadas.

Para pasar de Montaña Blanca al poblado de Goime hay que trasponer la montaña Bermeja, que domina las Vistas de Tías, éstas empujadas sobre amplias sábanas de maíz, y desde donde puede verse perfectamente la limpia blancura de la capital insular. Al poniente de las Vistas de Tías se muestran oscuros algunos montes, entre los cuales se abre camino el lugar de Los Roferos, que va a morir a la vera del anárquico caserío de Las Tías de Fajardo, esfumado al fondo del sediento paisaje. Al naciente, los eternos jables (1) voladores que el hombre ha domesticado, encauzando sus impulsos con bardos de centeno para "regar" a los batatales de ramas andadoras. Enfrente de esta tierra aparece la plenitud oceánica, quizá distante, pero por lejama más infinita y deseable. Tiene el mar, allá, un color de puro cobalto, que el sol cristaliza todavía más, poniéndole visos de plata a las cócleas de las olas. En ese mar, y debajo de ese sol entero, los peplros de los barcos parecen nieves peregrinas...

El moruno poblado de Goime vive apañado, como agrupación de gaviotas sobre roca, en una masa de arenas fosilizadas, procedentes de antiguas erupciones volcánicas, sin que se sepa exactamente la datación de su fecha. Lo más probable, según prestigiosos geólogos, es que el subsuelo de Goime contenga lavas y cenizas de varios milenios. Nace, pues, Goime sobre arenas, y de éstas hará vida, ciencia y porvenir.

(1) En 3 de diciembre de 1830, don Baltasar de Perdomo, cura de San Bartolomé, hizo un croquis en el que traza la zona del Jable, demostrando que la extensión y anchura del arenal experimentan variaciones, desde hace un siglo, producidas por la tala de los matorrales, que en determinados lugares encauzaban el río de arena.

Por creerlo de interés general reproducimos el pie que al croquis del Jable escribe el inquieto cura barrolino: "La mancha blanca que atraviesa la isla del Norte al Sur son las arenas del Jable que han inutilizado casi del todo estos terrenos que eran férces y alguno de los mejores de las islas, como la Vega de Mosaga, Regla, Bebederos, etc. Los terrenos que ocupan las dos líneas amarillas descendiendo de la playa de la Caleta a la playa Honda, eran los límites de las arenas hasta el año de 1800, que desde aquella época se han ido extendiendo así a una y otra parte de los terrenos colindantes: 1. El paraje donde fue el lugar de Mosaga y hoy sólo queda su ermita y un vecino, y los demás se han pasado sobre el volcán. 2. Casas ya arruinadas por dichas arenas, así en San Bartolomé, como en Corral de Guirres. 3. Casas de los Sres. Torrens, Carrasco, González y Tejera, donde ya tocan las arenas. 4. Campos que se hallaban cubiertos de arbustos, los que impedían extenderse estas arenas, que arrojaban y arrojan las playns de la Caleta y Famara y han causado los extragos que se ven en los campos limítrofes por haberlos desmontado. 5. Montañas de arenas moveilizs que llamamos mélanos. 6. Donde deben hacer paredes de dirección.

Hecho en San Bartolomé el día 3 de diciembre de 1830, en la isla de Lanzarote".

Si el viajero dice que Goime tiene jeta bereber es sin ánimo de recordar a nadie aquel verso de Machado:

“Soy de la raza mora,
vieja amiga del sol.”

Porque, por fortuna o por desgracia, Goime es biológicamente morisco. Es la sangre que perdura enmascarada, la ascendencia de aquellos esclavos de don Agustín de Herrera y Rojas, que a fines del siglo XVI en Goime se afincaron para defender el litoral de Guacimeta al decidido marqués, quien al estilo de don Gonzalo de Saavedra, en Fuerteventura, empleaba así a los mogataces.

La psicología de Goime trasciende a su paisaje, que pregona antiatlismo por todos sus cardinales. El paisaje que se ve, sin duda, moruno, con sus tuneras y palmas arremolinadas en torno a los blancos y simples aduares, con la paz ficticia de un oasis desmantelado, sin agua ni verdor, y su peculiar clochelete minúsculo, más propicio de singular morabito que de cristiano templo. Este aspecto de Goime lo corroboran las mudéjares lastras de sus callejas inverosímiles amén de los muros de adobe infectados de euforbias. Sólo le falta a Goime la voz cansina, monótona y sonámbula, del almuédano convocando a la encuajonada comunidad para hacer las rituales oraciones corácicas. ¿Y no antoja verdadero mimbar esa torreta de la colina? ¿Y la mezquita, no es magia, fatalismo y desmesura? Basta que el viajero hable confidencialmente con la gente de Goime para empapar la memoria de esa magia, fatalismo y desmesura. En los ojos y en los labios de Goime hay la suma de esas tres definiciones con que siente, vive y padece, el vecindario de Goime. Y es que en este pequeño pueblo insular existe mucho abracadabrantismo, cuya práctica se hace como verdadero sacerdocio, tradicionalmente transmitido de generación en generación. En Goime se cree en los prodigios de las fuerzas misteriosas, y de antemano aceptan que no todos los humanos pueden dedicarse a tales ejercicios. La gente de Goime tienen gran temor de Dios, pero ello no es obstáculo para que, a la vez, posean “diablos” preferidos.

Se ha dicho que este pueblo nació sobre arenas, y que de ellas ha hecho vida, ciencia y porvenir.

Vienen silbando con el aire los jables desde la opuesta mar de Penedo, y llegan a Goime como fresca bendición de las brumas que se concitan en los picachos de Famara. En esos jables, auténtica bandolera que encintura a Lanzarote, el campesino cultiva batatas, sandías, papas y melones. Mas, entre los pueblos que aprovechan los jables, hay excepciones dignas de consideración, como ocurre con San Bartolomé y Goime, que suplen su intemperie con el más elevado espíritu de colectiva superación, de profundo amor a la tierra, de la que les brota ese “Derecho” no codificado, pero que ellos mantienen vivo *motu proprio*, a sabiendas de que el mutuo respeto por nada será perturbado.

La humedad que puedan conservar estos eriales de rubias arenas se evapora, como es natural, por capilaridad, haciéndose necesaria la interrupción de dichas evaporaciones a base de nuevas capas salitrosas, que habrán de realizar una labor de impermeabilidad. Para administrar esas necesarias corrientes de arenas voladoras, deteniéndolas y encauzándolas, los hombres de San Bartolomé y de Goime integran, por sí mismos, una verdadera “Comunidad de Regantes”, con sus nexos naturales, espontáneos, tan fuertes y tan ecuanímenes como los creados en las altas cámaras judiciales. Así tienen estipulados sus derechos y sus necesidades acerca de las arenas voladoras, con el fin de atender a todas las parcelas, sin perjuicio de ninguna determinada.

Si una finca ha tomado bastante grosor arenoso se ara a favor del viento reinante, y éste se encarga de transportar el jable sobrante hacia otra parcela que lo

precise, y que debe estar arada en sentido horizontal a la vertical de los alisios, por lo que en seguida quedan cubiertos los surcos. Este control, cuya ciencia estriba en la colocación de los bardos, se repite tantas veces como sea menester hasta que la parcela quede dispuesta para rendir cosecha. Desde un alto, no muy elevado, puede verse la corriente de las aéreas arenas que obedece a la sabia disposición de los bardos, haciendo de ella el campesino lo que quiere. ¡Es la ciencia de Goime! Vida y ciencia que interesan hasta los ingenieros agrícolas, quienes ya han experimentado asombro comprobando esta habilidad.

Mientras este paraje de Los Goises está invadido de jable, Los Tableros son maleza de ripios y puerta que lleva a Los Llanos de Guacimeta. Pero, hacia Las Vistas, ya se inician los flamantes enarenados del henequén, acogidos al Crédito Agrícola. También por aquí Goime cultiva cebada a todo pasto, y guisantes, y tomates. El paisaje es desnudo y no rompe su monotonía hasta Las Majadas, canteras famosas e inagotables.

Llegar a Las Majadas y desaparecer la idea de estar en Goime es cosa que le sucederá a cualquier viajero, porque sentirá al momento una sensación como de haber entrado en la exhumada ciudad de Paleópolis. Los escombros de las canteras, caprichosamente alineados, antojan viejas murallas de pueblo romano, con sus dioses partidos, aunque no sean clásicos ni de mármol. Los canteros de estas Majadas están integrados, cuando más, por tres o cuatro familias, cuyas virtudes y tradiciones se mantienen por esa sabiduría elemental con que el Creador suele distinguir a los pueblos sin orgullo. ¡Qué vida de cooperación hacen estos canteros de Goime! Cuando cualquiera de ellos tiene necesidad de levantar un paño de cantería (tosca fosilizada), todos a una aportan torso y brazo para facilitarle la ardua labor, y cuando tienen algún enfermo, todos a una, contribuyen al sufragio de sus males. Los canteros de Las Majadas trabajan desde el alba y sueitan cuando el sol llega al mediodía, porque saben que la salud importa mucho para quienes deben tenerla. ¡Cuántos mozos, de músculos formidables, fueron a parar a un sanatorio! ¡Cuántos han caído desmayados, medio deshechos por el esfuerzo y la acción solar, principales enemigos del cantero...! Por eso, trabajan semidesnudos y se marchan al hogar tan pronto como el padre Sol les avisa con sus dardos...

Ni que decirlo habría, que el manjar de Goime lo constituye el melón, cuya planta supervive en los jables salitrosos, por lo que con toda seguridad sus raíces asumen azúcares suficientes para equilibrar la presión osmótica, permitiendo que continúe la absorción hídrica para que el fruto mantenga siempre su gran fama de sabroso e insustituible. Sin duda, ese buen sabor del melón de Goime se lo da el salobre senco de los jables, porque por algo dice el refrán que "no hay melón malo con sal".

G U A C I M E T A

CAPITULO II

*De los llanos de Guacimeta y del escarceo de su tópicu, del
Aeropuerto Nacional y de los murales de César Manrique, de las
impagables playas y de los exitos de don Agustín de
Herrera y Roja.*

Por un caminito inverosímil desciende el viajero desde Las Majadas de Goime hasta los llanos de Guacimeta. Esta planicie es árida y horizontal, dedicada no hace mucho a proporcionar pasto efímero al ganado cabrío de las inmediaciones. *Hubo por aquí sendos aljibes de agua salobre, con raros y zafios abrevaderos, donde los guirres bebieron siempre a la par de las reses (1).* Las aves de cogote pelado vuelan sobre Guacimeta unguadas de mahometana paciencia, como si tales buitreras hicieran propia la majadería coránica, que se empeña en demostrar a sus correligionarios que, aguardando, verán pasar el cadáver del más singular enemigo. Así los guirres de Guacimeta vuelan a la expectativa, sin buscar nunca el pudridero que esperan ver sin grandes esfuerzos.

El territorio de Guacimeta no tiene un solo árbol, ni una casa, a no ser la del caminero. Por no tener tiene tan sólo trahumantes pastores, que a veces se vuelven locos en medio del erial, porque para abastecer a un ganado de pocas cabezas habrán de rebuscar, de cabo a rabo, los escondrijos de las matas.

Pero, antes de que el viajero se meta de lleno en Guacimeta, es preciso que considere el tópicu de tan desgarrado lugar. Así vemos en mapas y citas oficiales la denominación "Guasimeta", pero los escritores y minorías de buena voluntad interpretan el vocablo con "c", quizá por eso de la fonética y demás cosas que embellecen a las palabras. Claro, que esta espontánea corrección en la erudita toponimia no ha ido acompañada del serio estudio sobre el origen y significado del tópicu en cuestión. Sin embargo, bien es sabido, contra la primera intención, un nombre puede ser depurado para que corresponda a la Preceptiva clásica o, cuando menos, para que su enunciación se engarce a la lingüística con suficiente pericia (2).

En Guacimeta, hacia el mar, está ubicado el amplio y moderno Aeropuerto to Nacional de Lanzarote, con sus incipientes zonas verdes y sus pintorescos caminitos en flor, para dar acceso a los edificios de recepción, y evitar así un impío descampado. Las instalaciones del Aeropuerto Nacional son completísimas y están al día. Los servicios aéreos se efectúan cotidianamente con la más impecable regularidad.

(1) En estas inmediaciones ha realizado meritorios esfuerzos, con éxito, en pro de la búsqueda de aguas potables, don Andrés González García, Cte. Militar de Lanzarote, por cuyo motivo merece el eterno reconocimiento de la Isla de los Volcanes.

(2) Creemos, con otros autores, que el vocablo gana así.

La sala de viajeros posee un mural del pintor lanzaroteño César Manrique (3). Que César sea de Lanzarote es dato imprescindible para comprender la importancia y veracidad de su pintura. En este mural de César está la interpretación más fiel que de esta isla haya podido admirar el viajero, porque el celebrado pintor acierta a reflejar la mineralogía donde nació, las tierras ardientes, los colores austeros y calcinados, en especial, los blancos agónicos de la cal y los negros típicos del país, sin los remanidos grises atribuídos graciosamente a las escorias lávicas. César Manrique, en esta antesala de su isla, conjuga el paisaje con el paisanaje, sin desordenarlo nunca, antes al contrario, lo hace con plasticidad asombrosa, y se recrea mostrándonos hasta qué punto se debe considerar esta pintura suya, aún no entroncada con sus igualmente magistrales abstracciones de hoy. Acaso, en este mural de Guacimeta, César Manrique quisiera demostrar, a todo el mundo que visita su isla, su gran conocimiento profesional, pintando arenas oxidadas, caseríos sumergidos en la luz de su propia cal, piedras que muerden famélicas raíces... En fin, tipos del país, en cuyas facciones anda señalada la voluntad de vivir...

Fue el 12 de junio de 1946 cuando, por vez primera, se inauguraba el enlace aéreo con Gran Canaria, celebrándose el acontecimiento como era menester. Desde entonces el movimiento de aviones se ha acentuado considerablemente, por lo que el Aeropuerto Nacional de Guacimeta ha tenido que ampliar varias veces sus instalaciones.

Llegar a la Punta Lima y olvidar los eriales de Guacimeta constituye un hecho indiscutible, pues nada menos supone esta visita al litoral, ya que desde Punta Lima hasta el mismo casco urbano del Arrecife capital se suceden tranquilas y extensas playas aptas para el turismo más exigente. Es la apacible ruta de verano de la Isla de los Volcanes (4), acaso la mejor ruta de tal índole que ofrecer pueda el Archipiélago, porque todas son playas de buen clima, de suma limpieza y suficientemente amplias como vivir en ellas con libertad y sosiego, durante todo el año. ¡Cómo se le prepara en la playa de Matagorda el merecido descanso a quienes lo demande! Esta playa es ancha, muy serena y encalmada, pareciendo tener ese estado virginal de un mundo nuevo no profanado. Desde esta bellísima playa de Matagorda se ve perfectamente la capital de la isla, y desde sus seguras y saludables orillas el visitante podrá admirar la eterna y limpia fusión de azules celestes y marinos, sin límites, como si cielo y mar fueran cobalto de incontenibles magnitudes.

Todavía más cercana a la capital de Arrecife está la no menos clásica playa de Guacimeta, donde no cabe duda de que el azul flota como con vagas transparencias, con sugerencias que rebasan los volúmenes naturales... Hay en sus aguas una simple y desnuda pureza, con sus crepúsculos boreales, sus paisajes de olas sinuosas, y encima el sol pleno que desmesura la mirada no hecha para ver de cerca tantos tonos que se evaden de la pura plástica. La playa de Guacimeta, por tan próxima a la capital y por excesiva benignidad, constituye un recinto impagable para gozar de la intimidad individual y colectiva.

Casi en Arrecife ya, están la playa del Bufadero, con sus múltiples caletones y cantiles de raras e interesantes escorias. El viajero habrá de recrear la vista ante tanto pintoresquismo, porque estas calas preciosas son pintiparadas para el goce de la caza submarina.

Otra playa más hay donde se ha volcado el veraneante, y es la de Honda, que hasta el otro día no tenía más casa que la vieja de Molina, y en la actualidad posee un verdadero emporio de alegres familias.

(3) Este mural data de la época en que era figurativo.

(4) Véase el cap. XXXIX, del presente volumen.

Desde playa Honda, camino de Arrecife, se llega, al cabo, a la Caseta del Cable, edificio solitario, lo suficiente grande y sólido para cumplir su importante deber. Poco más, al naciente, están los acantilados de la Bufona, lugar histórico, donde a fines del siglo XVI tres expediciones de corsarios ingleses, de los que hacían la carrera de Indias, trataron de hacer base para aguadas, o acaso un refugio para eludir la presencia de galeones de la Corona. Pero, tales pretensiones piráticas fueron, con sobrada pericia, sucesivamente abatidas por nuestro valiente marqués, don Agustín de Herrera, quien habiendo capturado una nao cargada de especias, no dudó en remitirla a la Península, como homenaje a Su Majestad Católica. En otra ocasión, don Agustín, que tanto *palo recibiera en Africa*, apresó en la Bufona una embarcación repleta de azúcar, y asimismo a la nave inglesa que la había rendido en aguas de la cuenca sur de las Canarias. Don Agustín de Herrera, por tales éxitos, recibió plácemes de Su Majestad Católica en 1 de junio de 1585.

Traspuesta la Bufona no está lejos la cascada de luz que resulta la capital de Arrecife. Desde la Bufona arranca una pina bajada que da al Camposanto de la ciudad, después, la planicie se precipita hacia el Atlántico pasando por la playa del Reducto, donde las aguas brincan entre los arrecifes, con fuertes rumores de alegre expansión. Los barcos muestran sus lustrosos perfiles recortados en el luminoso horizonte... Por doquier surgen islitas como familias de corales... El capirote de la iglesia de San Ginés resalta encendido de luz solar... Las jarcias de los barcos, como si fueran telas de araña, también relumbran, como si su tejido estuviera formado con rayos de sol...

I N D I C E

<u>Capítulo</u>	<u>Página</u>
	PREFACIO 9
I	EL PUERTO DEL ARRECIFE 11
II	ARRECIFE, CAPITAL 23
III	ALFONSO XIII EN ARRECIFE 37
IV	LA SACROSANTA DIVISION 43
V	YACIMIENTOS ARQUEOLOGICOS DE ZONZAMAS 49
VI	TAHICHE EL GRANDE 57
VII	NAZARET 61
VIII	REAL VILLA DE TECUISE 65
IX	TESEGUITE 77
X	EL MOJON 81
XI	LAS DOS GUATIZAS 85
XII	MALA 91
XIII	ARRIETA 95
XIV	JAMEOS DEL AGUA 99
XV	CUEVA DE LOS VERDES 103
XVI	ORZOLA 109
XVII	ISLA GRACIOSA 113
XVIII	ISLA MONTAÑA CLARA 119
XIX	ISLA DE LA ALEGRANZA 123
XX	VISTAS DE GUATIFAY 127
XXI	Y E 131
XXII	MAGUEZ 133
XXIII	OASIS DE HARIA 137
XXIV	VALLES DE SANTA CATALINA 143
XXV	CALETA DE LA VILLA 147
XXVI	S O O 151
XXVII	DOÑA ANA VICIOSA 155
XXVIII	T I N A J O 159
XXIX	SANTUARIO DE MANCHA BLANCA 163
XXX	LA VEGUETA 169
XXXI	INFIERNO DE TIMANFAYA 175
XXXII	E L G O L F O 183
XXXIII	SALINAR DE JANUBIO 187
XXXIV	EL PAIS DEL RUBICON 191

<u>Capítulo</u>	<u>Página</u>
XXXV F E M E S	207
XXXVI Y A I Z A	213
XXXVII U G A	219
XXXVIII M A C H E R	223
XXXIX L A T I Ñ O S A	227
XL L A S T I A S D E F A J A R D O	233
XLI L A G E R I A D E L O S V I N O S	237
XLII E L P E Ñ O N D E L I N D I A N O	245
XLIII T I A G U A	249
XLIV T A O	257
XLV M O Z A G A	261
XLVI S A N B A R T O L O M E	265
XLVII M O N T A Ñ A B L A N C A	273
XLVIII G O I M E	277
XLIX G U A C I M E T A	281